

En este número:

EL PRINCIPE IDIOTA

genial novela del gran escritor ruso **FEDOR DOSTOIEWSKI**



• HOY MISMO envíenos su nombre y dirección, y a vuelta de correo recibirá, usted, GRATIS Y SIN COMPROMISO, la "GUIA de ENSEÑANZA", interesante libro de 92 páginas ilustrados, con los detalles completos de los cursos que enseñamos por correo, desde el año 1923.

• SABER LEER Y ESCRIBIR es suficiente para estudiar cualquiera de los cursos Comerciales, Técnicos y Especiales, pues nuestros textos, exclusivamente preparados para la enseñanza por correo, son de fácil comprensión. Usted estudiará en su casa en sus MOMENTOS LIBRES, hasta llegar al fin de sus estudios recibir su DIPLOMA.

• NUESTRA ORGANIZACION, moderna y perfecta, instalada en EDIFIC PROPIO, con un cuerpo de Profesores competentes, numeroso personal técni administrativo y elementos mecánicos, permite a las ESCUELAS LATIN AMERICANAS ofrecer una enseñanza práctica, útil y eficaz a un costo reduci

• PIDA USTED, gratuitamente, la "GUIA DE ENSEÑANZA". Hágalo AHO MISMO.

EXTERIOR

Lon interesados deben dirigirse a nuestra SUCURSAL, especialmente instalada en su PAIS, para solicitar GRATUITAMENTE, la "Guia de Enseñanza" y otros informes.

URUGUAY: Calle Sorandí 492, Montevideo.
CHILE: Calle San Antonio 126, Santiago.
BOLIVIA: Calle Ayacucho 160, La Paz.
PERU: Jirón Quilca 251, Lima.
ECUADOR: Calle Venezuela 858, Quito.
COLOMBIA: Carrera 13, número 18-95, Bogotá.
VENEZUELA: Norte 11, numero 19, Caracas.

OBSEQUIOS A LOS ALUMNOS

Inscripto como alumno en las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS recibirá algunos de los siguientes obsequios:

VELOCIGRAFIA: "el nuevo metodo de escritura rápida". Regalamos el material de estudios y la enseñanza completa de VELOCIGRAFIA.

DICCIONARIO: 512 páginas y 50.000 palabras.

CARNET DEL ESTUDIANTE: Con letras doradas y terminación artística.

CURSOS QUE ENSEÑAMOS

Precios en Moneda Argentin

SECCION COMERCIAL	$
Empleado de Comercio	50
Cajero	50
Secretario Comercial	90
Tenedor de Libros	70
Perito en Contabilidad	90
Técnico en Publicidad	90
Administrador de Estancias	110
Empleado de Banco	60
Vendedor	60
Jefe de Ventas	90
Gerente Comercial	200

SECCION TECNICA	$
Técnico Mecánico	95
Técnico Maquinista	95
Técnico Metalúrgico	95
Motores Diesel	95
Motores a Explosión	95
Mecánico de Automóvil	95
Técnico Tornero	95
Técnico Fresador	95
Técnico en Máquinas de Taller	95
Carpintería y ebanistería	95
Técnico Electricista	95
Instalador Electricista	60
Bobinajes	95
Fotografía Artística	95
Calefacción	95
Refrigeración	110
Construcciones	110

SECCION TEXTIL	$
Técnico en Hilados	100
Técnico en Tejidos	120
Técnico en Tejidos de Punto	100
Técnico en Hilados de Algodón	70
Técnico en Hilados de Lana	70
Técnico en Tintorería Textil	90
Técnico en Dibujo Textil	90

SECCION RADIO	$
Técnico en Radio y Televisión	95
Técnico en Radio F. M.	40
Armador de Radio	70
Televisión y Radio F. M.	60

SECCION INDUSTRIAL	$
Técnico en Industria Lechera	75
Técnico Avicultor	75
Técnico Apicultor	75
Perito Enólogo	75
Técnico Jabonero	75
Técnico Curtidor	90

SECCION QUIMICA	$
Técnico Químico	90
Químico Industrial	150
Químico Agrícola	100

SECCION IDIOMAS	$
Inglés	90
Francés	90

SECCION DIBUJO	$
Dibujo Artístico	90
Dibujo Lineal	90
Dibujo Mecánico	90
Dibujo Arquitectónico	
Caricaturas e Historietas	
Dibujos Animados	
Dibujo Comercial	
Dibujo de Letras	

SECCION FEMENINA	$
Profesora de Corte y Confección	
Labores	
Confección de Sombreros	
Cocina	
Arte de Tejer	

SECCION ESPECIAL	$
Periodismo	
Taquigrafía	
Aritmética	
Aritmética Comercial	
Gramática y Ortografía	
Caligrafía	
Dactilografía	
Velocigrafía	
Escriba Bien	

GRATIS

Llene y envíenos el cupón y de inmediato le será despachado el interesante libro la "GUIA DE ENSEÑANZA", de 92 páginas ilustradas.

LAS MAS ACREDITADAS
ESCUELAS LATINO-AMERICANAS

Sr. Director de las ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
Avda. BOYACA 932 - BUENOS AIRES
Sírvase enviarme GRATIS y SIN COMPROMISO el interesante libro "GUIA DE ENSEÑANZA"
Nombre............
Domicilio............
Localidad............
Curso que le interesa............

Desde $5 POR MES PUEDE USTED ESTUDIAR EN LAS ESCUELAS LATINO-AMERICANAS



LEOPLÁN

Magazine Popular Argentino

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

AÑO XIII - Nº 296
18 septiembre 1946

CORREO ARGENTINO — Central B — FRANQUEO A PAGAR CUENTA 70 — TARIFA REDUCIDA CONCESIÓN 3016

ESMERALDA 116
U. T. 33 - 6963
BUENOS AIRES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº. 218.846

SUMARIO

Págs.

En este número:

EL PRINCIPE IDIOTA la célebre novela de FEDOR DOSTOIEWSKI 36

Literarias

LA PARDA BALCARCE, un cuento histórico, de Héctor Pedro Blomberg 4

CUENTOS DE CAZA, por Fray Mocho .. 10

LA PULPERA DE PAGO GRANDE, cuento, por Alejandro J. Lerena 14

LA HERENCIA, cuento, por Jean Bertheroy 20

LA SUERTE DE ROARING CAMP, un cuento de F. Bret-Harte 24

Notas y artículos

LA AGONIA DE SAN JOSE DEL MORRO, un pueblecito puntano sumido en sus recuerdos, por Valentín de Pedro 8

SALON DE PRIMAVERA, en la mujer se expresa y vive la más bella estación del año 12

UNA MIRADA HACIA EL FUTURO, la electricidad domina ya al vapor, por Sapiens 18

CASTRUCCIO, UN PRECURSOR DE PETIOT, el caso que conmovió a Buenos Aires a fines de siglo, por Octavio de la Gándara 22

Secciones

CINE, por Amelia Monti 16

ACTUALIDADES GRAFICAS 35

LA GRANJA, temas de campo, por Emilio Pérez 112

AQUI LE CONTESTAMOS, correo de "Leoplán" 114

RISA Y SONRISA

CONRADO NALE ROXLO, en su "Por el estilo de...", imita esta vez la prosa de Julio Verne, el inmóvil viajero, en la sección donde los mejores lápices contribuyen también a la alegría 26

ILUSTRACIONES DE:

- BERNABO - RAUL VALENCIA, GUBELLINI, VALDIVIA, ARTECHE.

HISTORIETAS Y DIBUJOS DE:

VALENCIA, VILLAFAÑE, GONZALEZ FOSSAT, IANIRO, CHRISTIE, JAN KIEL, ANDRINO, RODRIGUEZ, MARTINEZ.

...l próximo número

EL PADRE GORIOT

célebre novela de HONORATO DE BALZAC

DESPUES DE CASEROS...

HECTOR PEDRO BLOMBERG evoca, en una serie de artículos, la vida y el destino de los que estuvieron cerca de Rosas

•

LEOPLAN aparece el 2 de octubre

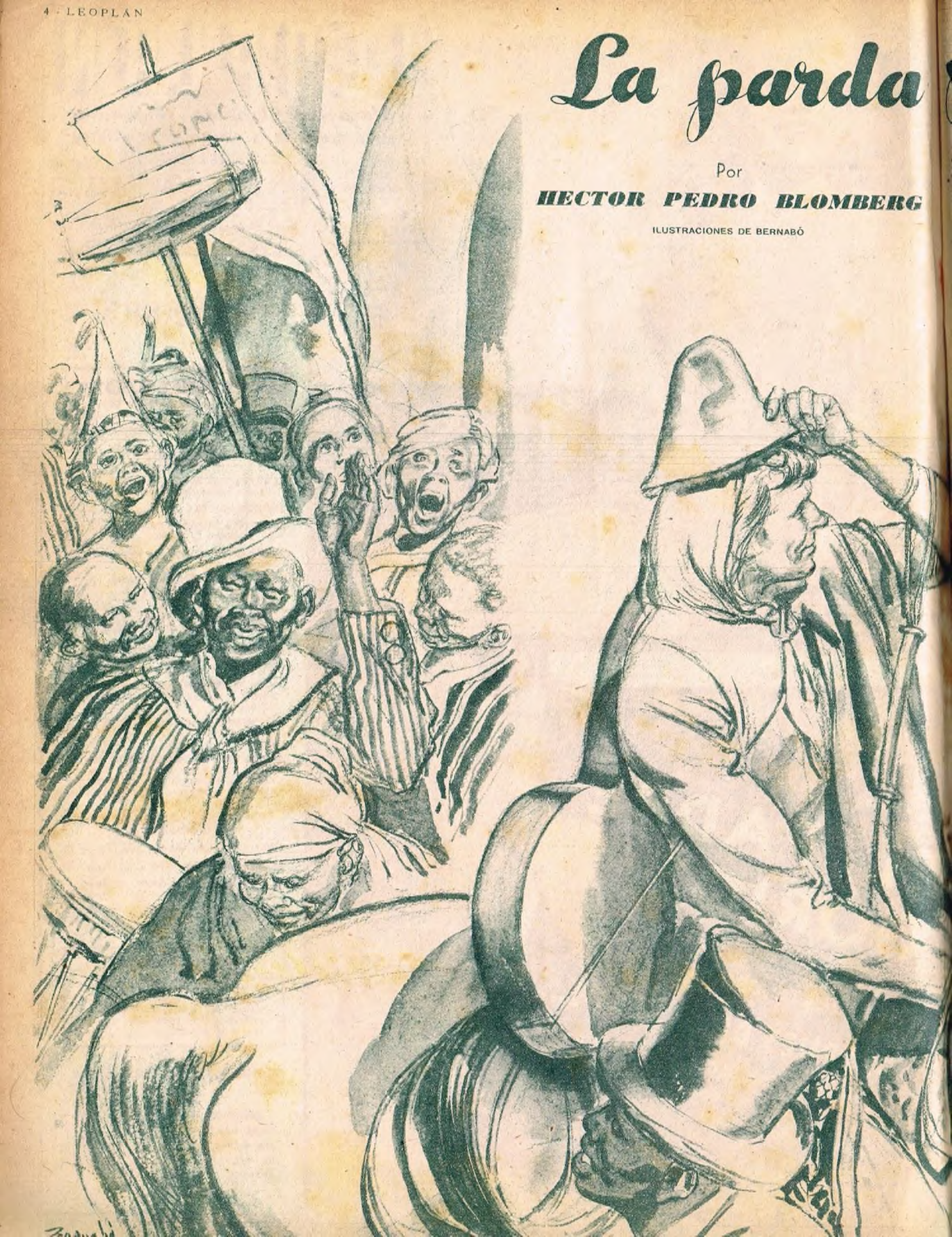
40 centavos en todo el país

La parda

Por

HECTOR PEDRO BLOMBERG

ILUSTRACIONES DE BERNABÓ



Balcarce



Un carnaval de Rosas

¡Ahí vienen los candombes!

Del sur, por el lado del matadero, venía un rumor extraño, ronco, monótono. Las casas viejas de los barrios de San Telmo, Monserrat y la Concepción, resonaban con el acorde bárbaro y obsesionante:

—¡Ta-ca-tán! ¡Ta-ca-tán! ¡Ta-ca-tán!

La negrada del sur de la ciudad se volcaba en la calle Buen Orden. Era un carnaval de Rosas. El "cañonazo" había sonado en el Fuerte a la una de la tarde, y ahora eran pasadas las dos, en aquel ardoroso día de febrero de 1840.

—¡Morenos lindos!

Los "Banguelas" marchaban delante. Eran unos 200 negros, descalzos, con pantalones rayados y blusas de bayeta roja. Ataban sus motas con una vincha color sangre, y un gran escudo de plumas de avestruz, con un pequeño espejo en el centro, ceñido con una correa, cubría sus espaldas musculosas.

Al frente marchaba un negro gordo, chorreando sudor, pintado de rojo y blanco, ostentando las grotescas insignias de reyezuelo africano.

—¡Ta-ca-tán! ¡Ta-ca-tán! ¡Ta-ca-tán!

Detrás de los candombes rodaban los carros, adornados con ramas de sauce y de paraíso, con grandes barriles, tristeles monumentales y vejigas llenas de agua olorosa.

La gente que llegaba de las orillas a caballo o en carretas atestaba las pulperías del barrio famoso. Las risas, los cánticos, las blasfemias, resonaban en las plazuelas. Grupos pintorescos de hombres a caballo, pintarrajeados, con chalecos y ponchos colorados, barbas postizas de crines y colas de caballo, caracoleaban alrededor de los candombes.

—¡Vivan los negros de Rosas!

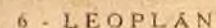
El ruido de los tambores se hacía cada vez más ronco, más frenético. Veíanse muchas negras en el candombe, casi todas esbeltas y jóvenes, luciendo sus bustos arrogantes, sus desnudos brazos, sus dientes blanquísimos.

—Mirá, Mariana... Ahí viene Lázaro...

Una parda de unos veinticinco años, muy delgada, alta, de ojos dulces, se volvió hacia otra un poco más baja y más gruesa, bellísima, y señaló a un jinete que pasó casi rozándolas junto al veredón de ladrillo de la plazuela de Monserrat.

—¡Salú, porteñas!

La llamada Mariana vió brillar sobre los suyos unos ojos azules, brillantes de pasión; sintió el leve choque, la humedad y el perfume de un "huevo de carnaval" en su hermoso brazo desnudo, y desvió el rostro con un mohín de disgusto. El jinete la contempló con ojos que ardían. Era un paisano del suburbio, vestido con chiripá y camisa bor-



dados casi lujosamente, terciado con donaire el poncho colorado y una guitarra a la espalda.

—Salú, cantor...

De las dos mujeres, sólo una, la delgada y alta, había contestado al saludo del jinete, que se volvió sobre el recado para mirarlas y se perdió en la multitud.

En medio del estrépito de los tambores, de las cornetas, de los silbidos, de los gritos y los cánticos, llovían sandías, zapallos, huevos de patos y avestruz, llenos de agua olorosa, de bermellón y de harina.

El bullicio iba en aumento. Detrás de los "Banguelas", con su negro y sudoroso monarca al frente, marchaban los "Congos", los "Lugolas", los "Cambungos", las "naciones" de Rosas, enardecidas por la caña y por la música.

Luego, cerrando el bárbaro cortejo, seguían los negros viejos, los patriarcas de los "Tambos", con sus fracs grotescos y sus enormes divisas federales.

—¡Vivan los negros! ¡Viva Rosas!

Las platerías habían cerrado sus puertas. Sólo permanecían abiertas las pulperías, y eran muchas las que funcionaban en aquel tiempo en los alegres y populosos barrios del sur.

Las dos bellas pardas que hemos encontrado en el veredón de la plazuela de Monserrat eran arrastradas por la multitud. Desde las comparsas jadeantes y las pulperías bulliciosas las saludaban "huevazos" y piropos.

—¡Adiós, parda orgullosa!... Ni que fuera la misma Manuelita...

Un mulato airoso clavó en Mariana sus ojos admirativos, brillantes y enrojecidos por el alcohol. Pero ella lo envolvió en una mirada despreciativa, y el mulato desapareció entre la muchedumbre.

Varias veces el jinete de la guitarra pasó cerca de ellas entre la marejada humana. Mas, advirtiendo la mirada desdeñosa de Mariana, volvía a alejarse.

Los candombes se dirigían hacia el centro. Las parroquias de San Miguel y de San Nicolás resonaban con su bárbaro tumulto. En la puerta de más de una casa de unitarios corrió sangre.

A las seis de la tarde volvió a oírse el cañonazo. El primer día del carnaval de 1840 había terminado.

Los candombes, sudorosos y extenuados por la larga peregrinación a través de calles y plazas, emprendían el regreso a sus rancherías. Los gritos guturales de los músicos en delirio, las voces roncas de los tambores, se alejaban hacia el sur. Los carros llenos de ebrios se perdían por las calles de tierra.

Sólo quedaban grupos de rezagados en las pulperías.

Las dos pardas de la plazuela de Monserrat, después de cruzarla, penetraban en el callejón del Pecado, cuando un hombre a caballo les salió al paso.

Era el jinete de la guitarra.

—Quiero hablar con usté, Mariana...

El acento, varonil y triste, la hizo detenerse.

—Hable, cantor...

—¿Por qué me trata así, y en una tarde de carnaval, a mí, que me estoy muriendo por usté?

Frunció ella el ceño.

—Déjenos ir, que es tarde y estamos muy cansadas...

Hundiéronse en el callejón oscurecido ya por las sombras del crepúsculo. Vibró una guitarra, y un cielito, triste y apasionado, lloró detrás de ellas.

El último candombe se perdía a lo lejos, en dirección a San Telmo:

—¡Ta-ca-tán! ¡Ta-ca-tán! ¡Ta-ca-tán!

II

Mariana Balcarce

Mariana Balcarce había nacido en lo alto de San Pedro, frente a la antigua cárcel de San Juan, un día de primavera de 1820.

Su padre, un liberto de la familia de los generales Balcarce, murió en tiempos de Dorrego, en una revuelta callejera, y la madre lo siguió pocos años después. Quedaron tres hermanos, Felipa, Manuel y Mariana.

Muerta la madre, que era hija de mulatos, fuéronse a vivir al barrio de Monserrat. Felipa y Mariana eran bordadoras, y Manuel había ingresado, cuando aun era casi un niño, en uno de los regimientos negros organizados por Rosas en 1833.

A los quince años, la menor de las Balcarce era la parda más bella de su barrio. Blancos y morenos la requebraban en las fiestas populares de la Santa Federación, pero el corazón de Mariana permanecía indiferente.

En nada parecíase a su hermana mayor. Era el suyo un carácter arrebatado. Movíanla súbitos y violentos impulsos, y Felipa, dulce y suave, entristecíase al verla así, y preveía dolores para el futuro.

En el año que comienza nuestra historia, Manuel se hallaba en el Cuartel de Restauradores, en la esquina de Méjico y Defensa. Era cabo en el famoso regimiento del coronel Ravelo, donde todos, oficiales y tropa, eran morenos, excepto su jefe.

Diez y nueve años tenía Mariana cuando apareció en su camino Lázaro Samaniego, el cantor de San Telmo.

Lázaro trabajaba en el matadero. Tendría unos veinticinco años, y su guitarra, siempre adornada con cintas rojas, era conocida en los patios y en las pulperías de los tres barrios.

La vió un día salir de la iglesia de la Concepción, y desde ese instante el gallardo cantor del matadero no dejó de suspirar por la linda pardita de ojos de fuego y labios desdeñosos.

—"¡Mariana! ¡Mariana!"

En vano resonaron las serenatas de Lázaro en las noches del barrio de Monserrat. Felipa contemplaba con vaga curiosidad a su hermana. Lázaro era tan lindo mozo, con sus ojos azules, y cantaba como un zorzal.

—Más de una blanca daría su anillo de plata porque Lázaro la quisiera, Mariana — dijo un día, dulcemente, y las pupilas de Mariana se llenaron de ira.

—Por mí... — exclamó encogiéndose de hombros y prosiguiendo su labor.

Avanzaba el verano y se aproximaba el carnaval. Lázaro continuaba suspirando.

—Por una parda cualquiera — decía, con mal disimulado despecho, una muchachita blanca de la Concepción, a la cual había cantado más de una vez la guitarra de Lázaro.

Mariana seguía insensible. Los jazmines y las coplas del cantor no lograban ablandar el soberbio corazón de la Balcarce, y la dulce Felipa se entristecía cada vez más.

—Se diría que eres tú la que está enamorada de él — díjole un día Mariana, clavando sus ardientes ojos en el rostro apacible de su hermana, y la pobre Felipa sintió un extraño calor en las mejillas morenas.

—No digas eso, Mariana... — balbuceó.

Solían transcurrir largas semanas sin que Lázaro apareciera por el barrio. Felipa sabía que el mozo andaba recibiendo tropas por las estancias del sur y del oeste, pero no decía nada a Mariana, a la cual parecían dejar indiferente las ausencias prolongadas de su enamorado.

Así llegó el carnaval de 1840. Durante los tres días, Lázaro anduvo siempre cerca de ellas en medio del bullicio. Pero, desde la noche en que fuera desairado por la hermosa parda en el callejón del Pecado, no volvió a hablarlas. Y fué después de ese carnaval cuando Lázaro decidió consultar a la negra Mercedes.

La negra Mercedes, una bruja atezada, de edad inmemorial, vivía en un ranchito perdido entre los sauzales del bajo de San Telmo, y era la adivina más popular de los barrios del sur. El mismo "Carancho del Monte", el famoso coronel Vicente González, había ido una vez a consultar sus mágicas artes.

—¿Qué querés, hijo? — preguntó la vieja, al ver entrar en su rancho al desolado cantor —. Vos padecés de mal de amores — agregó, consultando con sus ojillos hundidos, enrojecidos por el alcohol, el pálido rostro de Lázaro. Era casi centenaria. Un cigarro negro humeaba constantemente entre sus labios resecos y hablaba sin cesar, oprimiendo el cigarro entre sus desdentadas encías.

Lázaro paseó una mirada curiosa por el rancho de la adivina. Un pájaro extraño, inmóvil, lo contemplaba con ojos casi humanos. Era un pájaro indio de plumaje oscuro y brillante. En las paredes de adobe pendían amuletos africanos, dientes y garras de puma, lagartos disecados.

—Acércate, hijo...

Puso sus manos esqueléticas sobre los hombros del mozo y acercó al de él su horrible semblante. Sintió Lázaro un vaho de caña, y se apartó bruscamente. Luego de mirarlo con atención, sentóse la vieja en un catre cubierto de sucios ponchos, y sacó unos naipes mugrientos.

—Ella no te quiere... Así dicen las cartas...

—No. No me quiere — balbuceó el mozo.

La adivina siguió sus misteriosos manipuleos. Un murmullo monó-

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 109)

La agonía de San

DUERME EN SUS RECUERDOS, VUELTO SOBRE UN PASADO MEJOR, EL SOLEDOSO PUEBLO DE LA PROVINCIA DE SAN LUIS

Por Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



UNA TURISTA CONTEMPLA LAS RUINOSAS CASAS DE PESADOS CONTRAFUERTES

LA mayoría de los pueblos levantados por los conquistadores sobre las tierras inmensas y deshabitadas que andando el tiempo constituirían nuestra patria, nacieron bajo el signo de la humildad. Pasarían muchos años sin que buena parte de ellos conocieran ni aun los adelantos más elementales de la civilización, que el descubrimiento trajo a las costas del Nuevo Mundo: caseríos, o más exactamente rancherías, que quedaban lejos de las ciudades capitales y de las vías de comunicación, por las cuales el progreso se echó a andar, aunque al paso lento de las carretas. Islotes del mar de tierra de la Pampa, donde el hombre había de atenerse a sus propios medios, comenzando por hacer sus casas —ranchos— con los elementos del paisaje: barro y paja.

La prosperidad de estos pueblos, durante la época colonial, se iba dibujando en su arquitectura, que cambiaba el ladrillo por el adobe, y la paja con que se cubría el techo de las casas, por tejas; que ponía sobre balcones y ventanas el arabesco de los hierros forjados, y que hacía de las puertas, no usadas en los ranchos, uno de sus grandes primores. Pero muchos pueblos, aislados en medio de inmensas soledades, no llegaron a conocer estos lujos, y se asoman a los tiempos modernos con su fisonomía primitiva.

LA ANTIGUA IGLESITA DE SAN JOSE DEL MORRO, Y EL POZO, IGUALMENTE ANTIGUO, QUE SURTE DE AGUA A LA MAYORIA DE LAS GENTES DEL PUEBLO PUNTANO

José del Morro

Con los actuales medios de comunicación ya no hay aislamiento posible. Y si a pesar de todo no salen de su pobreza, permaneciendo al margen de todo progreso, ya no se nos aparecen como pueblos aislados, sino como pueblos agonizantes. Uno de esos pueblos es San José del Morro, en la provincia de San Luis, casi en el límite con la de Córdoba y límite otrora de lo que se llamaba *tierra adentro:* los dominios del indio.

Este pueblo, que se nos ofrece como imagen del abandono, tiene el encanto y la sugestión de los ruinosos castillos medievales de Europa, que como él subsisten, o mejor dicho agonizan, en medio de la vida que los circunda. Aquellas reliquias del pasado tienen quinientos o mil años, las nuestras sólo cincuenta o cien, pero su significación es la misma.

Como esos castillos, San José del Morro fué baluarte de la civilización. El cerro, a cuyo amparo nació y vivió este pueblo, era como una avanzada de la cordillera de los Andes. Frente él, la extensión ilimitada y plana, el paisaje pampeano por donde el malón podía correr como un huracanado viento de desolación. Pero, es sabido que, en llegando al pie de la montaña, el indio se detenía con supersticioso temor. Y, cuando el malón llegaba al pie del cerro donde está situado San José del Morro, los habitantes del pueblo ganaban las alturas, dejando al indio sus viviendas abandonadas. Para que pudieran ponerse a salvo a tiempo, cuenta la tradición que el cerro se encargaba de avisarles —con su voz cósmica, traducida en largo ulular— de la proximidad del malón.

Cuando se acabaron los malones, comenzó la agonía de San José del Morro, porque su existencia estaba ligada a aquella amenaza que pesaba sobre la llanura. La vida se trasladó a esas otras poblaciones que se establecieron cuando el peligro del indio había pasado, junto a las nuevas vías de comunicación, como ocurrió con la hoy floreciente Villa Mercedes, quedando San José del Morro en un segundo término de abandono y olvido. Y fué en esa época de transición, como para salvarlo de la muerte que empezaba a arañar sus muros, cuando Lucio V. Mansilla asocia el nombre de este pueblo a uno de los

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 111)



UN POBLADOR, CON LA HIJA DE UNOS TURISTAS QUE SE HAN DETENIDO EN EL PUEBLO

EL CEMENTERIO, UNAS CUADRAS ANTES DE LLEGAR A SAN JOSE DEL MORRO

RANCHO DE SAN JOSE DEL MORRO



Cuentos de caza

por **FRAY MOCHO**

ILUSTRACIÓN DE GUBELLINI

Como en ese momento una nube de humo amenazara ahogarlo, mi tío Martín se echó para atrás a fin de dejarla pasar, y luego de dar vuelta sobre las brasas el pedazo de carne que chamuscaba, dijo con firmeza:

—Miren, che... yo me he criado en los pajonales y sé lo que son tigres. ¡Bueno sería que hubiese estado esperando, para aprenderlo, a que ustedes vinieran del pueblo!

—¡Yo no le digo eso!... Lo que le he dicho es que ni el tigre, ni el perro cimarrón, ni ningún animal salvaje ataca al hombre si éste no lo ataca a él. El instinto de la fiera es huir.

—¿Ve?... Eso es lo que en buen criollo se llama macana.

Y como nosotros insistiéramos en negar a las fieras un espíritu agresivo, deseosos de oírle contar algunas de sus aventuras —que era bastante reacio para referir—, él, para probarnos su tesis, desplegó ante nuestros ojos los cuadros de la vida salvaje en que había actuado, y la verdad es que, impresionados por su relato o sugestionados por las circunstancias que nos rodeaban, comenzamos a mirar con respeto el pajonal que atravesábamos creyendo ver a la muerte que avanzaba hacia el campamento, ya en forma de una serpiente de cascabel que desarrollaba sus anillos brillantes al pie de un algodoncillo florecido, ya de una yarará que dormitaba sobre las ramas de un ceibo, acechando la vuelta de la torcaz propietaria que andaba por las cuchillas lamentando sus penas, o de un yacaré que emergía de entre las aguas fangosas y nos miraba con sus ojos sin párpados, o de una nube de cimarrones que nos seguían hambrientos y nos asaltaban furiosos, o de tigres sentados al borde de los arroyos, entretenidos en echar espumarajos sobre las aguas, a fin de atraer peces para sacarlos con un manotón certero y que al vernos se ponían de pie y batiendo los flancos con sus colas inquietas bramaban enfurecidos.

Y no sé si serían iguales a las mías las impresiones de todos los que rodeábamos el modesto fogón campero, donde preparábamos nuestra comida, y que poco a poco se había ido apagando, pero en esos momentos envidiaba a las bandadas de siriríes que pasaban por sobre nosotros en viaje hacia la costa del bañado.

—Sí, che, con el tigre no se juega, sobre todo cuando es cebado. Entonces es feroz y más audaz que el mismo yacaré, que es capaz de venirse sobre uno hasta fuera del agua, buscando llevarle aunque sea una mano. Siempre me acordaré de un suceso que me impresionó en cierta excursión que hice al Mocoretá, como quien dice a la patria de los guazuviraes y de los ciervos. Almorzaba en el rancho de una familia correntina, cuando de repente oigo unos quejidos y unos sollozos que me alarmaron.

—¿Qué es eso?

—No te asustés, que no es nada —me dijo una de las muchachas, con esa familiaridad guaraní que no conoce el usted y con esa tonadita que da a la frase suavidades de terciopelo.

—¿Cómo que no es nada?...

—Es un gringo que está llorando a su compañero... Eran dos que pidieron hacer noche en la ramada y vino un tigre cebado y se llevó a uno...

Y como en ese momento se oyera un ruido sordo, que venía del pajonal, mi tío se interrumpió y exclamó con toda naturalidad, tanta quizá como la de la joven correntina de su relato:

—Es una banda de chanchos del monte que marcha en retirada... Seguro que atrás viene algún tigre cebado... ¿Quieren que lo veamos?

Confieso que en mi vida me he puesto de pie con mayor celeridad ni con más gusto. ◈

CONTRIBUYA A FORMAR
EL MUNDO DEL FUTURO

ESTUDIE
UNA DE ESTAS 5 CARRERAS DE GRAN EXITO!

RADIO - TELEVISION - CINE SONORO
Receptores - Diseño, Construcción y Reparación; Sistemas de Amplificación; Radio - Difusión; Radio - Comunicación en sus variados aspectos; Novisimas Aplicaciones Electronicas etc. etc.

FUERZA MOTRIZ DIESEL
Motores de gasolina, Dieset y Semi-Diesel; Lubricación; Enfriamiento; Trasmisión de fuerza; Maquinario Agrícola e Industrial - su instalación, cuidado y reparación; Taller mecánico, etc. etc.

AVIACION
Aerodinámica; Pilotaje, Meteorologío; Instrumentos de vuelo; Construcción de Aviones; Motores; Comunicaciones por Radio; Radiofaros, etc. etc.

ELECTROTECNIA - REFRIGERACION
Acondicionamiento de Aire o Clima Artificial; Motores y Generadores; Embobinado de Armaduras; Centrales Eléctricas y Subestaciones, Tableros de Control; Alternadores; Soldadura, etc. etc.

IDIOMA INGLES
Enseñanza objetiva y fonética al alcance de todos, con audiciones fonográficas que dan la pronunciación correcta. De aplicación al Comercio, Industria, etc.

• ENVIAMOS **GRATIS** CUALQUIERA DE LOS LIBROS DESCRIPTIVOS DE ESTAS ENSEÑANZAS •

Fundada en Los Angeles, California en 1905
Cuenta con SUCURSALES en todo el Continente



Sucursal: VICTORIA 1556
BUENOS AIRES, ARGENTINA

ENVIE HOY MISMO ESTE CUPON

Dr. J. A. ROSENKRANZ, Presidente:
Depto. Núm. GK9-380

Mándeme su libro GRATIS sobre la carrera que he seleccionado y marco al margen con una "X", así: ☒

Escoja sólo una

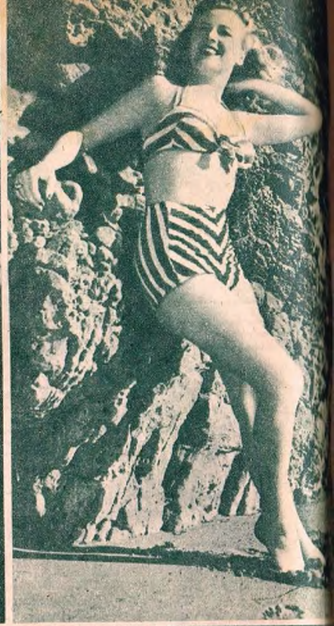
NOMBRE ______________ EDAD ____ RADIO ☐
DIRECCION ______________ DIESEL ☐
LOCALIDAD ______________ AVIACION ☐
PROVINCIA ______________ ELECTRO-TECNIA ☐
INGLES ☐



AUDREY YOUNG



MARTHA VICKERS



ANNE JEFFREYS





SALON DE

¿DE cuántas maneras se ha definido hasta hoy a la Primavera, cuando regresa otra vez, como todos los años— puntual e infatigable hada —, seguida de su cohorte de alegres y traviesos gnomos, de cupidos regordetes y sonrosados, provistos de sus consabidos arcos y flechas; de oscuras golondrinas becquerianas, rasgando con sus afiladas alas el azul del cielo?

No se diga que la Primavera es "la estación del año que comienza en el equinoccio del mismo nombre y termina en el solsticio de verano". No nos gusta esa definición. Hasta el más serio astrónomo, cuando mira a través de su gigantesco telescopio el firmamento estrellado, se distrae a veces un poco y se da cuenta entonces de que también tiene algo de poeta...

En la Primavera se nace de nuevo. Los espíritus despiertan del letargo invernal. Se vive paladeando

JENI FREELAND

ADELE MARA

LYNN MERRICK

PRIMAVERA

la vida, con sonrisa en los labios y esperanzas en el corazón. Podríamos quizá afirmar que la Primavera es un vals de Strauss, o una rima de Gustavo Adolfo, o simplemente una delicada flor de almendro. Sin embargo, para representar cabalmente a la estación más idealizada del año, ¿qué mejor que elegir precisamente a la gracia y la armonía hechas mujer? Primavera es nombre de mujer, e implica además renovación. La belleza se renueva como todo en la vida. Por eso decimos que la Primavera está encarnada en una muchacha bonita. Por eso creemos haber conseguido retratar a la Primavera en estas diez estrellas nuevas de la constelación de Hollywood, para que al abrir estas páginas sea como abrir de par en par las puertas de un fantástico Salón de Primavera, de una auténtica exposición de cuadros de la estación de los romances y de los ensueños...





La pulpera de Pago Grande

Cuento, por

Alejandro J. Lerena

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACION DE VALDIVIA

YO juro que la patria no ha conocido a ninguna más linda.

En Pago Grande, todos la queríamos. ¡Blanca, la pulpera!

* * *

Y tenía dueño...

Casada; con juez, padrinos y todo.

El casorio fué en la capilla de Pago Grande.

Yo en ese entonces andaba trabajando de esquilador. Ese es mi oficio. Cuando terminaron las esquilas rumbié para mi rancho. De pasada, desensillé en la pulpería. Ya lo he dicho: Blanca, la pulpera, tenía dueño.

* * *

No acabaremos nunca de conocer el mundo: el marido la tenía abandonada. Así como lo oyen.

Para él: la taba, el monte y las cuadreras. Todo esto bien rociado con caña.

Se pasaba días y semanas sin allegarse a la pulpería. ¡Siendo el dueño! Yo, que tengo la costumbre de pensar sonseras, he terminado por creer que se alejaba de Blanca, porque la quería mucho. Tanto como nosotros. ¿No podría ser así?

Tal vez, para no mancharla; tal vez, para no disfrutar más de la vida de lo que la vida tiene destinado para un hombre. Porque ser querido por Blanca era estar en deuda con el cielo.

Sufría, como sufríamos todos los hombres de Pago Grande.

* * *

Blanca, la pulpera, nos llenaba la copa y el alma.

Llegábamos a la pulpería al atardecer. Desmontábamos. El pingo relinchaba satisfecho del frescor de las acacias. El relincho zumbaba en nuestros oídos.

Desde el palenque presentíamos a Blanca.

Atábamos despacio, prolongando aquel momento.

Al final nos decidíamos. Sombrero en mano — así se entra en las iglesias — adivinábamos los primeros escalones.

Desde la puerta saludábamos. En general.

Los más allegados contestaban. Los forasteros nos orejiaban desde la sombra del chambergo y saludaban bajito. Desde la mesa de

truco apenas si nos veían. Algún indio curtido, en el rincón más oscuro de la pulpería, no sabía si irse o quedarse.

Como nunca falta un amigo para tomar una copa, nos acodábamos al mostrador.

Entonces, saludábamos nuevamente. Pero sólo a Blanca.

Lo que pasaba por nuestro corazón en esos momentos sólo nosotros lo sabemos.

Y nos contestaba Blanca. A todos por igual, con el mismo tono, con igual dulzura.

Nosotros la mirábamos apenas. Y pensábamos: hoy está más triste; o, debe estar cansada.

Pedíamos:

—Una caña.

Y Blanca, la pulpera, nos llenaba la copa.

❦ ❦ ❦

No se nombraba en Pago Grande.

¿Para que?

A los hombres, nos hubiera quemado los labios; ellas...

Sólo las chinas viejas, en rueda cerrada, solían pronunciar su nombre.

Algunos troperos pasaban de largo. No querían verla.

Quien la vió una vez ya la llevaba para siempre en la brasa del cigarro, el ala del chambergo, las orejas del pingo, y en los horizontes.

Todos los hombres de Pago Grande estábamos heridos de imposibles.

❦ ❦ ❦

Ya dije que soy esquilador. A tijera. Lindo oficio.

A pesar de la influencia de los estancieros, a las majadas les crece la lana una sola vez al año; de ahí, que me permito descansar una ponchada de meses entre zafra y zafra. Y mato el tiempo pensando sonseras.

El invierno largo se presta para trenzar y destrenzar ideas. Y yo —que soy solo— no tengo otra cosa que hacer; y pienso...

Pienso en Blanca, en Pago Grande, en los hombres de Pago Grande; pero, por sobre todo, en Blanca.

¿Qué es, qué piensa, qué desea? ¿Por qué está siempre triste? ¿Por su marido?

No.

¿Por qué, entonces?

Desde los ojos se le escapaba la tristeza. Ojos azules.

Sobre todo a la hora de la oración.

Por la puerta de la pulpería se cuela la puesta del sol. La pulpera lo ve partir. Entonces hay que pedir dos veces antes de que oiga. Porque Blanca está muy lejos. Para mí que anda con la tardecita atrás de los últimos montes; más allá todavía. A donde se va el sol cuando se va: atrás de la noche.

Yo respeto su silencio. Y suelo mirarla profundamente. Como nunca me animaría a mirarla si no fuera porque está tan lejos.

❦ ❦ ❦

Hoy puedo afirmar con propiedad qué es Blanca.

Blanca es una canción.

Ahora verán:

Estábamos como siempre, acodados al mostrador y hablando de bueyes perdidos. Blanca miraba la tardecita. Triste como siempre; tal vez un poco más triste.

Noté que alguien me quitaba la luz. Ese saludó.

Sonó la voz como una bordona bien templada.

Comprendí que se trataba de un forastero.

La pulpera miraba al recién llegado. Entre los dos, yo era un intruso. Tomé de un trago y pedí otra.

Blanca no oyó.

Después, sonó una guitarra.

❦ ❦ ❦

Se la ganó cantando.

Así es.

❦ ❦ ❦

La que para mí fué una madre solía decir que los payadores estaban en vaca con las brujas.

Yo no creo eso.

Se la ganó cantando, nada más.

Y la pulpera lo quiso, porque era su destino hacerse canción. Por eso. El payador se la llevó de pago en pago enredada en las cuerdas de su guitarra.

Se la llevó de fogón en fogón, de esquila en esquila, de fiesta en fiesta.

La cantó por los cuatro rumbos de la patria.

Mientras tanto, en Pago Grande, Blanca tenía menos tristeza en los ojos.

Color de flor de cardo
son tus ojos, pulpera;
cielitos azulanos
donde despunta el sol...

❦ ❦ ❦

Yo sabía que Blanca tenía los ojos azules. Bien que lo sabía.

Pero sólo el payador supo verlos color de flor de cardo.

Pensando y pensando en sonseras, ahora se me ha metido en la cabeza que si yo, en fin... Que si yo los hubiera visto color de flor de cardo... Bueno: pero eso sería alargar la historia. ◈

CINE

por AMELIA MONTI

ENTRE ASTERISCOS



Walt Disney anda en la mala. Los nuevos gastos y el aumento en el costo de las películas van a obligarlo a hacer un paréntesis en sus dibujos. Por de pronto ya ha suspendido las producciones cortas de Mickey y el famoso Pato Donald. Piensa dedicarse solamente a films de largo metraje.



Alexis Smith, en vista de que no puede encontrar el papel dramático que quisiera interpretar, va a intervenir en una película donde encarnará a una célebre danzarina. Como esa es su verdadera profesión y además baila maravillosamente bien, Alexis puede dar un gran envión en su carrera.



Greer Garson ofreció una comida magnífica en su casa, en honor de Clark Gable, festejando el regreso al cine del popular astro y por ser ella la primera estrella que trabaja con él, en esta oportunidad.



Bing Crosby, el celebrado actor y entusiasta turfman, piensa volver a la Argentina tan pronto le sea posible. Su entusiasmo por la raza caballar de estas tierras es grande. Espera poder llevarse unos cuantos "pingos" más.

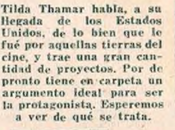


No parece haberle resultado su viaje a Suecia a Greta Garbo. Ha regresado a Estados Unidos. Se dice que tal vez la gran estrella levante su casa y se vaya definitivamente o se quede para siempre en Hollywood. Antes de cualquiera de estas decisiones, se asegura que hará otra película... pero a su gusto.

INSTANTANEA CURIOSA



Esta sí que es una foto de las que se llaman "al natural". En ella aparecen la estrella Ingrid Bergman, el galán Cary Grant y el director británico Alfred Hitchcock. Fué tomada durante la filmación de "Notorius". Observen los lectores el simpático grupo. Los tres parecen estar en "la luna"...



"SOY UN INFELIZ", EN PUERTA

"Soy un infeliz", primera producción de A. T. I. C. A., cuyo rodaje ha terminado, cuenta con una música de fondo, de acuerdo con el tono festivo de la misma, que ha realizado el maestro Bert Rosé, músico de ponderables valores. La acción del film también se presta para intercalar algunas canciones, una de las cuales, que lleva el título de "Soy un infeliz", ha sido escrita especialmente por el compositor Rodolfo Sciammarella.

"Soy un infeliz", que dirigió B. H. Hardy, cuenta con un elenco encabezado por Augusto Codecá y Benita Puértolas.

ANGULOS Y ENFOQUES



Tilda Thamar habla, a su llegada de los Estados Unidos, de lo bien que le fué por aquellas tierras del cine, y trae una gran cantidad de proyectos. Por de pronto tiene en carpeta un argumento ideal para ser la protagonista. Esperemos a ver de qué se trata.



Amelia Bence ha quedado contenta con lo que han dicho sobre su labor en "María Rosa" los críticos y el público. Y desea realizar más papeles de índole dramática.



Quien también parece muy satisfecha con el papel de "La senda oscura" es Elsa O'Connor. Encarna un tipo humano de mujer algo "felino" al principio, pero de una gran ternura al final. María Duval y Ricardo Passano (hijo) tienen papeles importantes en esta producción que ya ha comenzado a filmar San Miguel.



Niní Marshall filmará para Argentina Sono Film, antes de fin de año, una película, cuyo argumento está preparando Benito Perojo, quien, desde luego, tendrá también a su cargo la dirección.



Parece que a Luis Sandrini y a Tita Merello les va espléndidamente en México. Pero no por eso olvida Sandrini sus pagos. Según noticias, no tardará mucho en darse una vueltecita por aquí para dejar finiquitados asuntos relacionados con cine y teatro para el año próximo. Regresará a México para terminar los compromisos artísticos que tiene en tierra azteca.

UNA CHICA QUE PROMETE

Rita Corday es una muchacha que, además de ser muy agraciado, canta y baila a las mil maravillas. En Hollywood se asegura que esta nueva estrella va a hacer una carrera meteórica. No hay más que mirarla para darse cuenta de que su sonrisa tiene ya mucho de sonrisa de triunfo... ¿Verdad que sí?



UNA GRAN ESTRELLA PARA UN GRAN PAPEL

Pocos minutos bastan para descubrir lo que piensa Delia Garcés del séptimo arte.

—Muchas satisfacciones le ha dádo el cine, ¿verdad?

—¡Muchas! —dice sonriendo—. Al principio, ¡claro!, me costó, pues es una tarea tan llena de dificultades como de sorpresas. Pero un poco por el decidido empeño de ver cumplida una esperanza, otro poco por la ayuda de los que me guiaron en mis primeros pasos, y otro poco, ¿por qué no reconocerlo?, debido a la buena suerte, fuí viendo cómo se iba despejando el horizonte de mis caras aspiraciones.

—¿Y llegó?

—Pero, ¿verdaderamente, puede decirse con seguridad alguna vez que "se llega"? Yo creo, sinceramente, que no. Quien sienta viva siempre dentro de su alma la inquietud de mirar cada vez más adelante, no puede contentarse con esa seguridad. Queda siempre el deseo de ir más allá...

—Sin embargo, usted no se puede quejar...

—¿Quién ha dicho tal cosa? Sería una ingrata si me quejara. Dios me ayuda y me ha ayudado siempre. He sabido esperar. Hoy me parece un sueño llegar donde he llegado, y si bien no me creo vencedora todavía, me siento, sí, más segura, más dueña de mí misma que en los días de iniciación en los "sets".

La conversación recayó luego en la última película, donde Delia encarna la romántica figura de Julia Espín, el único amor de Bècquer.

Esta película se basa en el episodio más sobresaliente de la atormentada vida del gran poeta. Titúlase "El gran amor de Bècquer", evocando época, ambiente y caracteres con precisa y delicada fidelidad. Empezando por Delia Garcés, en el papel de Julia Espín, y Esteban Serrador, en el del gran poeta, figuran, además, nombres del prestigio de Josefina Díaz, Pedro Codina, Andrés Mejuto, Susana Freyre, Domingo Márquez, Juan Serrador, Herminia Más y otros. La dirección estuvo a cargo de Alberto de Zavalía.

LILY ANTE LA CAMARA

Si en la Meca del cine hoy alguna actriz que tenga debilidad por las vestimentas típicas, esa actriz es Lily Norwood, figura de reciente aparición en la pantalla y que ya está causando sensación. He aquí un magnífico retrato en el cual vemos a Lily ataviada de aldeana polaca.



A TRAVES DE LA ELECTRICIDAD Y SUS MILAGROS, CON SUS APARATOS MISTERIOSOS Y MAGICOS, LA HUMANIDAD CONTEMPLA LO PORVENIR

Una mirada

LA VISION DE UN MUNDO ELECTRIFICADO, ANTICIPA EL ADVENIMIENTO DE UNA CIVILIZACION DE PERFECCIONADA FELICIDAD PARA EL HOMBRE

Por Sapiens

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

La máquina de vapor es un imán que atrae a los seres humanos. El motor eléctrico, por el contrario, es un ventilador poderoso que esparce ampliamente la población sobre la tierra. La máquina de vapor es centrípeta; el motor eléctrico, centrífugo.

Por espacio de 150 años, después de las elucubraciones de James Watt, la máquina de vapor dominó en forma creciente a la humanidad, llevándola a ciudades negras por el humo, insalubres, estrepitosas. Los ferrocarriles no saltan tan fácilmente por las montañas; las plantas productoras de energía, cuya existencia depende del abastecimiento de carbón, tienen que estar ubicadas sobre las líneas ferroviarias o las vías fluviales. El sistema económico de estos imperativos constituye lo que pudiéramos llamar "Megalópolis", la ciudad de la noche terrible, de los

hacia el futuro

edificios espantosos, de las contribuciones y los costos horrendos.

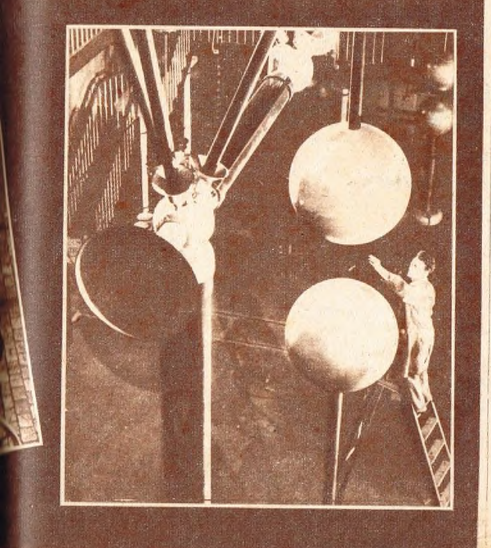
La máquina de vapor, siempre encadenada, está muy seriamente limitada. Un mecanismo impulsado por el vapor es incapaz de realizar operaciones termoquímicas o electrolíticas. Pero cuando la máquina de vapor se hace a un lado y queda substituída por la fuerza eléctrica, las limitaciones desaparecen y tienen lugar sorprendentes cambios de orden social.

La substitución comenzó hace algo más de treinta años, pero los resultados revolucionarios del cambio se hacen sentir todavía. Presenciamos el advenimiento de una nueva civilización, junto con el desplazamiento que la energía eléctrica va haciendo de los antiguos sistemas de fuerza. La electricidad cambia la población, reacciona favorablemente sobre los oídos, los ojos, la nariz y las células de la piel; afecta profundamente tanto al número como a la habilidad de los trabajadores, mejora la variedad y calidad de los productos, quiebra la división entre el campesino y el ciudadano y, si no es destruída por la brutalidad de un sistema económico absurdo, promete un mundo lleno de libertades y felicidad, el mejor que la humanidad pueda haber soñado.

Los primeros pasos

La primera aplicación de la electricidad se hizo en el alumbrado; después vino la congestión urbana producida por los tranvías y los ascensores, pero he aquí que la electricidad por fin se ha erguido sobre sus propios pies, desde que fué una realidad la línea trasmisora de alta tensión. Desde entonces, la fuerza puede generarse en donde cueste menos; y hoy sólo una séptima parte de la fuerza eléctrica generada se usa en cosas de utilidad doméstica; la industria absorbe el resto.

Hay un camino muy largo y penoso desde 1887, cuando toda la energía eléctrica se empleaba en el alumbrado, hasta la fecha. En ese tiempo, cuando las plantas generadoras sólo producían corriente para el alumbrado, las dínamos comenzaban su trabajo al atardecer, llegaban a su máximo rendimiento a las veinte horas, y se detenían más o menos a la medianoche. Los costos eran muy elevados y mucha gente no podía disfrutar de las ventajas del alumbrado eléctrico. ¿Cómo reducir los costos? ¿Era posible emplear esa energía durante el día? Sí, lo era; ahí estaban las fábricas. (CONTINÚA EN LA PÁGINA 114)





La herencia

Un cuento de

JEAN BERTERHOY

ILUSTRACION DE RAUL VALENCIA

Se ha dicho que el mayor placer de un viaje es el regreso. Beltrán de Morgène había comprobado veinte veces la veracidad de este aserto trivial. Y hoy todavía, al regresar a su casita de Neuilly, después de haber recorrido durante varios meses los países balcánicos, sentía un goce indecible al encontrarse de nuevo entre las cosas que le eran caras, pues cada una de ellas representaba para él un recuerdo agradable.

Rico y sin lazos de familia, soltero empedernido, porque la independencia siempre le había parecido el mejor de los bienes, Beltrán dedicaba su amor a las bellas obras de arte y del pensamiento. Sus cuadros, su biblioteca y sus muebles, elegidos con todo gusto, eran los depositarios de toda su ternura. Otros tratan de gastar en aventuras efímeras el sobrante que hierve en la urna frágil y estremecida de los corazones. El era un hombre cuerdo —cuando menos así lo creía—. No estaba expuesto a las traiciones, a las vicisitudes y a las renuncias de la voluntad que, casi siempre, son el resultado de un comercio demasiado íntimo con nuestros semejantes; él deseaba una edición rara de Edgar Poe, una tela de Degas y ese amplio sillón con brazos complacientes que lo aprisionaban para transportarle a la más dulce de las ensoñaciones.

Esta noche se sentía verdaderamente cansado. ¿Estaba a punto de huir de él su juventud haciéndole la señal imperceptible de la ninfa que se escabulle entre los sauces sabiendo que su amante no podrá seguirla allí? Corre tras de ella, pobre Hipómenes; trata de alcanzar esa Atalanta insensible que, al volverse hacia ti, te atravesará con sus flechas de oro. Y llora, si aun te quedan algunas lágrimas. La ninfa, ágil, caprichosa y vagabunda, se reirá de tu desesperación.

Beltrán pensaba en eso y sólo se afligía a medias. Pero la evidencia de la señal que súbitamente había percibido le sorprendió. Nunca se le había ocurrido pensar en eso, ni en el término fatal de toda existencia. Esta noche pensaba en ello con curiosidad, como si desde ese minuto estuviese condenado a una decadencia rápida. Y, después de todo, le era igual. ¿Acaso no había aprovechado bien la vida? Había disfrutado todo lo bueno que le podía ofrecer; lo que quedaba serían las mismas sensaciones, pero debilitadas; los mismos goces, menos completos; los mismos deseos, realizados con crecientes dificultades...

Una lámpara eléctrica, cuya luz atenuaba una pantalla de

gasa rosada, iluminaba voluptuosamente el pequeño salón y el cuarto de al lado, donde luego iría a dormir. Beltrán acariciaba con la mano una bombonera de marfil adornada con una miniatura del siglo XVIII. Ese *bibelot* había pertenecido a su madre, y el retrato que lo ornamentaba era el de una antepasada lejana, cuya sonrisa volvía a encontrar él en su propia boca cuando se miraba al espejo. Quería a esa testigo de una época, cuyas gracias, tan diferentes de las brutalidades contemporáneas, se han perdido. Hubiera querido refugiarse en ella, aun cuando sólo fuera durante un instante, para olvidar la señal y para que el pasado le diese fuerzas para afrontar el futuro.

Pero sentía que el tiempo irreparable le empujaba irremisiblemente. ¿Entonces esto quería decir que todas esas cosas que había amado tanto, y que le había costado tanto trabajo adquirir, después que él desapareciera, se irían al azar de las ventas públicas? ¿Significaba que todo eso sería poseído por extranjeros que sólo conocerían el valor material de esos objetos y no su alma delicada y sutil? Verdaderamente, esta idea le resultaba insoportable. Descubría que el verdadero sentido de la vida, su única razón de ser probable, es esa ley natural que prolonga en los hijos la existencia del padre y conserva el patrimonio laboriosamente adquirido. Aun cuando un hijo pródigo gastase algunas migajas, el padre, al legarle la herencia, tiene, cuando menos, conciencia de haber obedecido a la ley natural. Y se duerme dulcemente, con la serenidad de haber cumplido con su destino.

Beltrán, por el contrario, no dejaría a nadie encargado de sobrevivirle; ninguna mano piadosa recogería los objetos que él había amado, y la sorda angustia que de repente sentía ante el porvenir sería el castigo de su egoísmo de solterón recalcitrante.

* * *

Al día siguiente, cuando despertó, bastante tarde — pues esa noche había sido perturbado por reflexiones dolorosas —, Beltrán de Morgène tocó el timbre para que acudiera su sirviente.

—Va usted a hacer otra vez mis valijas; partiré de nuevo esta tarde.

El sirviente le miró sorprendido: era un viejo servidor que había tomado la costumbre de hablarle con entera libertad.

—¿El señor no teme fatigarse? Hasta ahora al señor le agradaba quedarse en su casa durante un tiempo después de sus grandes viajes.

—Haga lo que le digo, Bautista, y prepáreme todo lo que haga falta para una ausencia bastante larga; no tengo la menor idea de cuándo regresaré.

¿Acaso regresaría? No estaba seguro de ello. No podía soportar la vista de este ambiente encantador, cuyas riquezas antaño contemplaba con deleite, o, más bien dicho, era él quien se había convertido en un extraño para todo lo que allí le rodeaba. Era como el huésped temporario de una vivienda que pronto — quizá mañana — no conservaría ningún vestigio de su presencia. ¡Qué locura la suya al atarse a lo que sólo era la ilusión de sus sentidos! Ahora deseaba no poseer nada en la tierra más que las cinco monedas del Judío Errante sonando en un bolsillo vacío, mientras que él, vagando de comarca en comarca, pasearía su eterna desolación. Y una voz le gritaba: "¡Camina, camina! Sufrirás menos así. ¡Camina, porque estás solo, porque eres estéril, porque eres el hombre destinado a la antigua maldición de la rama seca que no extiende su sombra sobre el sendero! ¡Camina! ¡Sufrirás menos así! Aliviarás tu cerebro de ese arrepentimiento intolerable. Si te quedas, en vano buscarás el medio de enmendar tu error. Es demasiado tarde. ¡Vamos! No mires hacia atrás. Trata, más bien, de olvidar esas vanidades sin elementos sensibles en las cuales habías creído encontrar el goce; no hay felicidad en este mundo como la de sentirse querido. ¡Camina, camina! Todavía tienes mucho que aprender antes de encontrar el apaciguamiento definitivo".

La hora de la partida había sonado; las valijas habían sido colocadas en el automóvil que trepidaba en la puerta. Beltrán de Morgène miró por última vez a los cuadros, cuyos personajes permanecían indiferentes, y también miró a las encuadernaciones preciosas, que ya no parecían pertenecerle. Entonces, con un movimiento rápido, llevó contra su pecho la bombonera de marfil donde sonreía el retrato un poco borroso de la antepasada.

—¡Bella señora! —propuso—, usted me hará compañía y, si le parece bien, terminaremos nuestros días juntos. Cuando menos, habré sustraído esto a mi herencia problemática.

Castruccio,

LUIS CASTRUCCIO, EN EL TALLER DE LA CARCEL

SUS "FILANTROPICOS PROPOSITOS" ATERRARON A BUENOS AIRES A FINES DEL SIGLO PASADO, Y SI LA JUSTICIA LO CONDENO A MUERTE, LA MISERICORDIA LO INDULTO POR SABERLO LOCO

Por Octavio de la Gándara

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

(Fotos Archivo Gráfico de la Nación)



EL DR. LUIS MARIA DRAGO, EN EL CENTRO, QUE ESTUDIO EL CASO

El alarde de imaginación sorprendente, la agilidad polémica desconcertante, la vanidad egolátrica y pintoresca, y sobre todo, la ausencia del sentido común y la perversión del sentido moral, determinantes de una absoluta incapacidad de remordimientos, fueron rasgos característicos del doctor Petiot, que tienen sus antecedentes en diversos casos típicos de desequilibrio mental o semilocura delictiva. El más cercano al de Petiot, en el terreno jurídico, es el de su compatriota Landrú, al que pudiera llamarse "el maestro del género", si bien Petiot lo supera en frío horror al actuar como agente apocalíptico de guerra.

Si no tan extraordinario como ellos, hay uno entre los precursores de esos dos "maniáticos" terribles que nos interesa especialmente, por tratarse del protagonista de uno de los procesos más sensacionales de la Argentina en los últimos cincuenta años: el inmigrante italiano Luis Castruccio, quien, contando veinticinco años de edad y ocho de residencia en el país, fué condenado a muerte, convicto y confeso, aunque jamás arrepentido, de cometer — en julio de 1888 — el asesinato de su mucamo.

El presidente Juárez Celman ejerció la prerrogativa de clemencia y evitó la ejecución de Castruccio, tenido por loco en opi-



FRENTE DE LA PENITENCIARIA NACIONAL, POR AQUELLOS DIAS

un precursor de Petiot

nión popular y aun en la de personas doctas.

Conmutada la pena capital por la de reclusión perpetua, empezó a cumplirla en la Penitenciaría Nacional de Buenos Aires, hasta que su degeneración cerebral de amoral congénito se convirtió en demencia crónica de tipo pacífico, de las que por engendrarse en la prisión llaman los alienistas "locura carcelaria", y hubo que asilarlo en el Hospicio de las Mercedes.

Gracias al indulto, su caso sirvió ampliamente al progreso de la ciencia penal y dió origen a luminosos estudios experimentales de psicopatología para determinar la frontera de la delincuencia entre la sensatez y la vesania, principalmente a los del doctor Luis María Drago, en su libro "Los hombres de presa", y José Ingenieros, en su obra "Criminología".

Un "seguro" de vida

La empresa que concertó con "el empleado del Congreso de la Nación", señor Alberto Bouchot Constantin, un seguro de vida —cobrable, en caso de fallecimiento, por un cuñado suyo con quien convivía—, no tardó veinticuatro horas, al morir aquél, en denunciar a la policía de la Capital Federal sus vehementes sospechas de que se trataba de un crimen, sin otro móvil aparente que el de cobrar la póliza, que importaba varios miles de pesos.

El médico de cabecera reconoció que, habiendo hecho dos o tres visitas al enfermo y creyendo el suyo un caso perdido de gastritis aguda, le había bastado saber el desenlace fatal —comunicado por su cliente don Luis Castruccio, pariente y protector afectuoso del paciente— para certificar la defunción sin examinar *post-mortem* al extinto Bouchot.

Averiguóse, además, que éste, de nacionalidad francesa, nunca había sido funcionario del Congreso, ni cuñado del tal Castruccio, sino mucamo del mismo, quien, por su parte, también había sido mucamo —y sereno de comercio y corredor mercantil— entre otras cosas, impropias del acaudalado rentista por el que se hacía pasar últimamente.

Súpose, en fin, que dicho personaje, antes de atrapar a Bouchot, había intentado asegurar el porvenir de cuatro personas más, todas ellas contratadas por él como servidumbre, incluso un niño desvalido, de ocho o nueve años. El pequeño se salvó de la muerte, porque las compañías que visitó acompañado de "su tutor" denegaron la solicitud "considerando inmoral el seguro de vida de un menor a favor de un adulto"; los otros candidatos a la eliminación escaparon con vida porque entraron en sospechas y abandonaron la casa antes que firmar la extraña cláusula de la póliza ofrecida por el patrón...



AQUI, COMO GROSSI, DEBIO SER FUSILADO EL LOCO Y ASESINO

Estrecha la mano del muerto

En la exhumación del cadáver, Castruccio —severo traje gris, corbata negra, brazal de luto— estrechando entre las suyas una mano del difunto, la cubrió de besos y de lágrimas, y gimió:

—¿Será posible, hermano Alberto, que con esta mano leal y hacendosa te hayas tomado algún veneno mortal, en un descuido mío, para no sufrir más de aquella maldita gastritis, ni hacerme sufrir a mí viéndote padecer tanto?

El análisis de las vísceras reveló que, en efecto, Bouchot había sido envenenado con arsénico. Entre los papeles del inculpado hallóse una libreta donde anotara, día a día, con sendas crucecitas —del 18 al 22 de julio— las dosis de veneno suministradas —20 gramos en total—, y las fechas 19, 20 y 21 al margen de las visitas médicas y las medicinas prescriptas por el galeno. Se descubrió, además, un ejemplar de

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 110)



La Suerte de

AGITÁBASE en conmoción Roaring Camp. No sería por una reyerta, pues en 1850 no era ésta novedad bastante para reunir todo el campamento. No sólo estaban desiertos los fosos, sino que hasta la especería de Tuttle contribuía también con sus jugadores, quienes continuaron reposadamente su partida el día en que Pedro el francés y Kanaka Jos se mataron a tiros por encima del mostrador, en la sala delantera. Todos los vecinos estaban reunidos ante una tosca cabaña, hacia el lado exterior del campamento. La conversación seguíase en voz baja, y a menudo se repetía el nombre de una mujer, nombre bastante familiar en el campamento: *Cherokee Sal.*

Cuanto menos hablemos de ella, mejor. Era una mujer grosera y desgraciadamente muy pecadora, pero al fin y al cabo la única mujer del campamento Roaring, y cabalmente entonces sufría la crisis suprema que más necesita de los cuidados de su sexo.

Disoluta, abandonada e incorregible, padecía, sin embargo, un martirio cruel aun cuando lo atienden y dulcifican las compasivas manos femeninas, y más duro en su soledad.

La maldición de Eva había caído sobre ella en aquel aislamiento original que tan terrible debió hacer el castigo del primer pecado. Formaba, tal vez, parte de la expiación de sus faltas, que en el momento en que más falta le hacía la ternura intuitiva y los cuidados de su sexo, sólo se encontrara con las caras de menosprecio de sus compañeros. Sin embargo, creo que algunos de los espectadores se hallaban afectados por sus sufrimientos. Sandy Tipton pensaba que aquello era muy duro "para Sal", y conmovido con tal reflexión, se hizo por el momento superior al hecho de tener escondidos en la manga un as y dos de triunfos.

Se comprenderá también la novedad del caso. No eran poco comunes en Roaring Camp los fallecimientos, pero un nacimiento no era cosa conocida. Se habían expulsado varias personas del campamento, resuelta y terminantemente y sin ninguna probabilidad de ulterior regreso; pero esta era la primera vez que en él se introducía alguien *ab initio*. De aquí la conmoción.

—Entra tú aquí, Stumpy —dijo un ciudadano prominente, conocido por Kentuck, dirigiéndose a uno de los ociosos—. Entra aquí y mira lo que puedas hacer, tú que tienes experiencia en esos negocios.

La elección no podía ser más acertada. Stumpy en otros climas había sido la cabeza putativa de dos familias. En efecto, a alguna informa-



Roaring Camp

Un cuento de
F. BRET-HARTE
ILUSTRACIONES DE ARTECHE

lidad legal en ese proceder se debió que Roaring Camp, pueblo hospitalario, le contase en su sociedad. La multitud aprobó la elección y Stumpy fué bastante sabio para acomodarse a la voluntad de la mayoría. La puerta se cerró tras del improvisado cirujano y comadrón, y todo Roaring Camp se sentó en los alrededores de la cabaña, fumó su pipa y aguardó el desenlace.

La asamblea contaba unos cien hombres; uno o dos de éstos eran verdaderos fugitivos de la justicia, otros eran criminales y todos del "qué se me da a mí". Físicamente no dejaban traslucir el menor indicio sobre su vida y carácter pasados. El más desalmado tenía una cara de Rafael, con profusión de cabellos rubios: Oakhurst, el jugador, tenía el aire melancólico y el ensimismamiento intelectual de un Hamlet: el hombre más sereno y valiente apenas medía cinco pies de estatura, con una voz dulce y maneras tímidas y afeminadas. El término truhán aplicado a ellos constituía más bien una distinción que una definición. Tal vez los detalles menores, como dedos de la mano y pies, orejas, etc., faltaban en el campamento; pero estas leves omisiones no le quitaban nada de su fuerza colectiva. El hombre más fuerte de entre ellos, no tenía más que tres dedos en la mano derecha; el más certero tirador sólo tenía un ojo.

Tal era el aspecto físico de los hombres dispersos en torno de la cabaña. El campamento lo formaba un valle triangular entre dos montañas y un río, y era su única salida un escarpado sendero que escalaba la cima de un monte frente a la cabaña, camino iluminado entonces por la luna que se levantaba.

La paciente podía haberlo visto desde el tosco lecho en que yacía. Podía verlo serpentear como un hilo de plata, hasta parecer que en su alto confinaba con las estrellas.

Un fuego de ramas de pino carcomidas fomentaba la sociabilidad en la reunión. Poco a poco reapareció la alegría natural de Roaring Camp. Se hicieron apuestas a discreción respecto al resultado: Tres contra cinco que Sal saldría con bien de la cosa; además, también apostóse que viviría la criatura y se atravesaron apuestas aparte sobre el sexo y complexión del presunto forastero. En medio de una animada controversia oyóse una exclamación de los que estaban más cercanos a la puerta y calló el campamento para escuchar. Dominando el rumor del aire entre los pinos que agitaba, el murmullo de la rápida corriente del río y el chisporroteo del fuego, oyóse un grito agudo, quejumbroso, un grito que no se parecía a nada de lo que hasta allí se había oído en el campamento. Los pinos cesaron de gemir, el río cesó en su murmullo y el fuego de chisporrotear: parecía como si la Naturaleza se hubiese parado también para escuchar.

El campamento se levantó como un solo hombre. Alguien propuso volar un barril de pólvora, pero prevalecieron más sanos consejos, y sólo se acordó el disparo de algunos revólveres en consideración al estado de la madre, la cual, sea debido a la tosca cirugía del campamento, sea por algún otro motivo se acababa por momentos. Antes de una hora, como si ascendiese por aquel escarpado camino que conducía a las estrellas, salió para siempre del Roaring Camp, de su pecado y de su vergüenza. No creo que tal noticia preocupara a nadie a no ser por la suerte de la criatura.

—¿Podrá vivir ahora? —le preguntaron a Stumpy.

Su contestación fué dudosa. El único ser del sexo de Cherokee Sal que quedaba en el campamento en condiciones de maternidad, era una burra. Hubo sus dudas respecto a la propiedad de semejante nodriza, pero se sometió a la prueba, menos problemática que el antiguo tratamiento de Rómulo y Remo y al parecer tan satisfactoria.

En el arreglo de todos estos detalles, se pasó todavía otra hora. Por fin se abrió la puerta, y la ansiosa muchedumbre de hombres que ya se había formado en cola desfiló ordenadamente por el interior. Al lado del bajo lecho de tablas, sobre el cual se dibujaba fantásticamente perfilado el cadáver de la madre envuelto en la manta, había una mesa de pino. Esta sustentaba una caja de velas, y dentro, envuelto en franela de un encarnado chillón, estaba tendido el recién llegado a Roaring Camp. Al lado de la caja de velas había colocado un sombrero; pronto se comprendió su destino.

—Señores —dijo Stumpy, con una extraña mezcla de autoridad y de complacencia *ex oficio*—, los señores tendrán la bondad de entrar por la puerta principal, dar la vuelta a la mesa y salir por la puerta trasera. Aquellos que deseen contribuir con algo para el huérfano, encontrarán a mano un sombrero.

El primer hombre entró con la cabeza cubierta, pero al girar una mirada en torno suyo se descubrió, y así inconscientemente, dió el ejemplo al próximo, pues en tal comunidad de gentes, las acciones buenas y malas son contagiosas. A medida que desfilaba la procesión, se dejaban oír los comentarios críticos, dirigidos más particularmente a Stumpy en su calidad de expositor.

—¿Y es eso?

—El ejemplar es muy pequeño.

—¡Qué coloradote está!

—¡Si no es más largo que un revólver!

No fueron menos característicos los donativos: una caja de rapé, de plata; un doblón; un revólver de marina, montado en plata; un lingote de oro; un hermoso pañuelo de señora, primorosamente bordado (de parte de Oakhurst, el jugador); un alfiler de pecho, de diamantes; una sortija de diamantes (regalo sugerido por el precedente, con la observación del dador de que vió aquel alfiler y lo mejoró con dos diamantes); una honda; una Biblia (dador incógnito); una espuela de oro; una cucharita de plata (siento tener que decir que sus iniciales no eran las del dador); un par de tijeras de cirujano; una lanceta; un billete de banco de Inglaterra, de cinco libras, y como unos doscientos pesos sueltos, en oro y en monedas de plata. Durante la ceremonia, Stumpy mantúvo un silencio tan absoluto como el de la muerta que tenía a su izquierda, y una gravedad tan indescifrable como la del recién nacido de su derecha.

Sólo un incidente rompió la monotonía de aquella extraña procesión. Mientras Kentuck se inclinaba curiosamente sobre la caja de velas, la criatura se volvió, y en un movimiento de espasmo cogió el errante dedo del minero y por un momento lo retuvo fuertemente.

Kentuck puso la estupefacta cara de un imbécil. Algo parecido al rubor se esforzó en asomar a sus mejillas curtidas por el tiempo.

—¡Maldito chicuelo! —dijo, retirando su dedo, con mayor ternura y cuidado de los que se podrían sospechar en él.

Y al salir mantenía el dedo algo separado de los demás, examinándolo con curiosidad.

Este examen provocó la misma original observación respecto de la criatura.

En efecto, parecía regocijarse al repetirlo.

—¡Se ha peleado con mi dedo! —dijo a Tipton, mostrando este órgano privilegiado—. ¡Maldito chicuelo!

Las cuatro eran cuando el campamento se retiró a descansar. Ardía una luz en la cabaña donde alguien velaba; Stumpy no se acostó aquella noche ni Kentuck tampoco; éste bebió a discreción y relató gustosamente su aventura de un modo invariable, terminándola con la calificación característica del recién nacido; esto parecía ponerle a salvo de cualquier acusación injusta de sensibilidad, y Kentuck tenía las debilidades del sexo fuerte. Cuando se hubieron acostado todos, se llegó hasta el río silbando con aire pensativo. Después remontó la cañada, y pasó por delante de la cabaña silbando aún con significativo descuido. Descansó junto a un enorme palo campeche y volvió sobre sus pasos y otra vez pasó por la cabaña. A la mitad del camino del río se pasó otra vez, retrocedió y llamó a la puerta.

Stumpy la abrió.

—¿Cómo va? —dijo Kentuck, mirando por encima de Stumpy, hacia la caja de velas.

—Todo marcha —contestó Stumpy.



—¿Ocurre algo?

—Nada.

Hubo una pausa, una pausa embarazosa. Stumpy continuaba con la puerta abierta; Kentuck recurrió a su dedo, que mostró a Stumpy.

—¡Se peleó con él el maldito chicuelo! —dijo, y se retiró.

Al día siguiente Cherokee Sal tuvo la ruda sepultura que podía darle Roaring; después, cuando su cuerpo hubo sido devuelto al seno del monte, celebróse una reunión formal en el campamento para discutir lo que debería hacerse con su hijo. La resolución de adoptarlo fué unánime y entusiasta. Pero a la vez se levantó una animada discusión respecto de la posibilidad y manera de proveer a sus necesidades. Fué de notar que los argumentos no participaron de ninguna de aquellas feroces personalidades a que conducían, por lo general, las discusiones en Roaring Camp. Tipton propuso enviar la criatura a Red-Dog, a cuarenta millas de distancia, en donde se le podrían prodigar femeniles cuidados; pero la desgraciada proposición encontró feroz y unánime oposición. Vióse claramente que no se tomaría en cuenta plan alguno que encerrase la idea de separarse de la nueva adquisición.

—Además —dijo Tom Ryder—, aquella gente de Red-Dog lo cambiaría y nos endosaría otro —incredulidad respecto a la honradez de los vecinos campamentos, que prevalecía en Roaring Camp, como en otros sitios.

La entrada de una nodriza en el campamento también encontró oposición. Arguyóse que no se alcanzaría de una mujer decente el que aceptara como hogar Roaring Camp, y añadió el orador que no hacía falta nadie de otra especie. Esta indirecta, poco caritativa para la difunta madre, por dura que pareciese, fué el primer síntoma de regeneración del campamento. Stumpy nada dijo; tal vez por motivos de delicadeza no quiso meterse en la elección de su posible sucesor, pero, cuando le preguntaron, afirmó resueltamente que él y *Jinny*, el mamífero antes aludido, podían arreglárselas para sacar adelante a la criatura. Algo de original, independiente y heroico había en este plan, que gustó al campamento. Stumpy conservó su cargo, y se envió a Sacramento por algunas prendas.

—Cuidado —dijo el tesorero, poniendo en manos del enviado un saco de arena aurífera, que se pudo encontrar—; encajes, trabajos de filigrana y randas... el precio no importa.

Por extraño que parezca, la criatura salió adelante; tal vez el clima vigoroso de la montaña compensó la insuficiencia maternal. La Naturaleza amamantó con su robusto pecho a este aventurero. En aquella atmósfera de las colinas, al pie de la sierra, en aquel aire vivo, de olores balsámicos, halló cordial, a la vez que purificante y vivificador, lo que se le servía de alimento, o bien una química sutil que convertía la leche de burra en cal y fósforo. Stumpy se inclinaba a creer que era lo último, y su buen cuidado.

—Yo y la burra —decía— le hemos servido de padre y madre.

Y acostumbraba añadir, dirigiéndose al envoltorio mal pergeñado que tenía ante sí:

—Nunca jamás te vuelvas contra nosotros.

Cuando el niño cumplió un mes, hízose evidente la necesidad de darle nombre. Hasta entonces había sido conocido como el "corderito", "el niño de Stumpy", "el coyote", alusión a sus facultades vocales, y aun por el tierno diminutivo de "el maldito chicuelo". Pero comprendieron que esto era vago y poco satisfactorio y finalmente fué desechado bajo otra influencia. Los jugadores y los aventureros son supersticiosos: Mr. Oakhurst declaró un día que la criatura llevaba la *suerte* a Roaring Camp. Y lo cierto era que en los últimos tiempos había sido el campamento afortunado. Así, pues, éste fué el nombre convenido, con el prefijo de Tommy, para mayor claridad. No se hizo alusión alguna a la madre, y el padre era desconocido.

—Mejor es —dijo el filósofo Oakhurst— dar de nuevo las cartas, llamarle *La Suerte* y comenzar bien el juego.

Por consiguiente se señaló día para el bautizo. El lector que ya ha recogido algunas ideas acerca de la despreocupada irreverencia de Roaring Camp, puede imaginar lo que significaba esta solemnidad. El maestro de ceremonias era un tal Moston, célebre taravilla, y la ocasión parecía ofrecerle chistosas ocurrencias. Este ingenioso bufón pasó dos días preparando una parodia del ceremonial de la Iglesia, con algunas alusiones locales. El coro fué convenientemente ensayado y Sandy Tipton debía ser el padrino. Pero después de la procesión llegó a la arboleda con música y banderas al frente, y la criatura fué depositada al pie de un altar simulado. Stumpy se adelantó al frente de la muchedumbre en expectación.

—No es mi costumbre echar a perder las bromas, muchachos —dijo el hombrecillo resueltamente, haciendo frente a las miradas en él fijas—, pero me parece que esto no cuadra. Es jugar de mala ley contra el chiquitín, eso de mezclarle en bromas que no puede comprender. Y si es que haya de haber padrino, quisiera saber quién tiene más derechos que yo para ello.

Un profundo silencio siguió al discurso de Stumpy. En honor de todos los bromistas sea dicho, que el primer hombre en reconocer la justicia fué el organizador del espectáculo, que de esta suerte se vió privado de su éxito.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 108)



—¡Cuidado, don José, que hay ropa tendida!



FILOSOFICULA

Un descubrimiento sorprendente

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

En una neblinosa mañana del mes de enero de 1896, "La Bella Jardinera", "brick" de tres palos, zarpaba misteriosamente del puerto de Liverpool. Al tercer día de navegación apareció sobre cubierta un anciano de cabellos blancos, rostro expresivo y sonrosado como el de un niño, cuyos pequeños ojos grises chisporroteaban continuamente detrás de sus gruesos anteojos de carey. Vestía un largo redingote color avellana, de cuyos enormes bolsillos salían las puntas de muchos libros y folletos de diversos colores. Sujeto con una correa a la espalda, como si fuera una escopeta, llevaba un gran paraguas rojo. Se dirigió al capitán y le dijo:

—Joe: ¿cuándo llegaremos al término de nuestro viaje?

—Perdone usted, sir Mammel Cocktail, pero yo no me llamo Joe, sino Daniel Jhones.

—Pues habrá usted de disculparme, pero como mi secretario se llama Joe y es la única persona a quien hablo habitualmente, le digo a todo el mundo Joe, pues si me pusiera a aprender nuevos nombres tendría que distraerme de los pensamientos científicos a que estoy dedicado.

—Muy bien, sir Mammel; diré al pastor que bautice de nuevo a la tripulación para que pueda recibir sus órdenes sin desdoro.

—Eso es cosa suya. ¿Cuándo llegaremos?

—Difícil me sería decirlo de un modo exacto o tan siquiera aproximado y hasta no sé si llegaremos algún día.

—¡Qué dices, Joe!

—Resulta, sir, que el primer día se me rompió la brújula y por la noche un ciclón se llevó la arboladura; el segundo día se rompió el timón y esta mañana el segundo oficial se rompió la cabeza en ocho pedazos al caer sobre el castillo de proa, que quedó igualmente destrozado. Usted, sir Mammel, no se ha enterado de nada porque estaba dedicado a sus investigaciones científicas, que mucho respeto.

Sir Mammel Cocktail meditó un momento y luego dijo:

—Dígame, Joe, ¿se le ha roto también a usted la tetera?

—No, sir.

—Entonces tráigame un taza de té, o dígale a otro Joe de menos importancia que me la traiga.

Mientras el sabio entomólogo sir Mammel Cocktail toma su té, veamos los antecedentes de esta expedición científica a la América española, pues no era otro el objeto del misterioso viaje de "La Bella Jardinera".



Un mes antes se celebró en la Real Academia de Entomología de Londres una borrascosa sesión que terminó a paraguazos entre el profesor Harry Dix y nuestro conocido sir Cocktail. Se trataba del modo de caminar de las cucarachas de América y, mientras Dix decía que estos ortópteros eran muy veloces, Cocktail afirmaba que, por lo contrario, eran de lento andar y muy expuestos a sufrir de los pies. Y, para demostrar la verdad de sus aseveraciones, nuestro sabio había organizado en secreto el viaje de "La Bella Jardinera".

Y ahora continuemos nuestra narración en el lugar en que la hemos dejado.

Quince días más derivó el "brick" a merced de las corrientes, hasta que una mañana de radiante sol, un marinero que hacía de vigía subido en una silla, pues, como se recordará, la nave estaba desmantelada, dijo:

—¡Tierra!

Poco después, la expedición desembarcaba en una costa baja y arbolada.

—¿Será esto América? —preguntó el verdadero Joe, un joven de cabellos rubios y largas piernas, que daba galantemente el brazo a la hija única del sabio, la bella miss Arabela.

—Creo que sí; allí veo una revolución —respondió el sabio.

Efectivamente: al pie de una colina, treinta y dos generales al frente de un negro marchaban en dirección a veintisiete generales que, al frente de un mulato, hacían lo mismo en sentido contrario.

—¡Alto! —les gritó sir Mammel Cocktail.

Los dos ejércitos libertadores se detuvieron en seco. Cinco o seis generales de cada bando se acercaron al sabio y, después de darle los buenos días, le preguntaron qué se le ofrecía.

—Díganme, Joes: ¿hay aquí cucarachas?

Los generales enemigos cambiaron una mirada de inteligencia y respondieron a coro:

—Ni para remedio.

¿Por qué mentían aquellos hom-

bres? Por patriotismo. Aunque estaban dispuestos a perjudicarse físicamente por conquistar la presidencia de su país, no estaban dispuestos a entregar las riquezas patrias a la explotación extranjera, sin entrar en la combinación, y suponían que el inglés era el representante de algún consorcio yanqui para la extracción de petróleo de la cucaracha.

—¿Y buscando bien? —dijo el sabio, guiñando el ojo y haciendo saltar en sus manos unas libras esterlinas.

Esto robusteció más aún la opinión de los indígenas y, el más general de todos, tomó la palabra:

—Míster —le dijo—: nosotros lo acompañaremos por la selva impenetrable hasta el lugar en que se ocultan las cucarachas, siempre que usted pague los gastos y, una vez hecho el negocio, nos dé el veinticinco por ciento de la entrada bruta.

El sabio no comprendió de aquel discurso más que lo de que lo acompañarían al cucarachal, pues el americano hablaba una mezcla de español, portugués y comanche, por lo que respondió:

—Trato hecho, nunca deshecho, Joe.

Los generales dispararon sus armas en señal de júbilo y, seguidos por los dos componentes de sus ejércitos, penetraron en la selva virgen, rodeando al ilustre entomólogo.

El primer día estuvieron a punto de perecer devorados por un coatí. El segundo día permanecieron una semana encerrados en una caverna para evitar que los comiera una feroz catanga. El tercer día se mojaron los pies al cruzar un arroyo. El cuarto día el ejército desertó, dejando desamparados al sabio, a su bella hija, al verdadero Joe y a los cincuenta y nueve generales en plena selva. ¡Situación más espantosa jamás conoció viajero alguno! Pero sir Mammel Cocktail, que había tomado las riendas de la expedición y de un burro gris que se llamaba Doctor Lacedemonio Gutiérrez, nombre del actual presidente de la república, que le habían dado por escarnio los patriotas rebeldes, dijo:

—No se amilanen, Joes, que mi hija Arabela hará en adelante la comida.

Arabela bajó los ojos y todos los generales se inflamaron de amor por ella y se relamieron el bigote pensando en que iban a gustar los sabrosos platos de la cocina de la vieja Europa.

Aquella noche, Arabela hizo una torta de manzanas deliciosa, pero como no tenía manzanas, la hizo de aguacates. Tan contentos quedaron los generales, que uno tomó la guitarra y se puso a cantar:

La cucaracha, la cucaracha,
ya no puede caminar, etc., etc.

—¡Eureka! —gritó el inglés sir Mammel y echó a correr, no parando hasta el mar, donde se embarcó en una goleta danesa de ciento veinte toneladas y cuarenta y ocho metros de eslora, que pasaba con destino a Liverpool.

Demás está decir que en Londres obtuvo un éxito rotundo contra su contrincante y que la teoría sostenida por él de que la cucaracha americana era un bicho de lento andar, fué universalmente aceptada, gracias a las pruebas que trajo de su viaje y que consistían en la canción que se aprendió de memoria y que entonaba con cierta gracia científica.

Cuando llegó a su casa, de vuelta de la Real Academia de Entomología, cubierto de honores, su mujer le dijo:

—Eres un distraído incorregible..., ¿dónde dejaste el paraguas?

Sir Mammel Cocktail se rascó la cabeza y respondió:

—En América; pero no te preocupes, porque también dejé allí a la chica y a Joe y ellos lo cuidarán.

—Siendo así... —dijo su digna esposa, y le alargó las zapatillas.



Cosas de magia



En el circo Medrano un ilusionista realizaba múltiples pruebas con la ayuda de unos pañuelos. Un niño asistió a uno de esos espectáculos, y al otro día explicó a su padre lo siguiente:

—Había un mago extraordinario: ¡cambiaba una moneda de dos francos en un pañuelo!

Y el padre respondió:

—Tu madre es una "maga" mucho mejor. La semana pasada transformó veinte billetes de mil francos en un vestido...

DUDA — *Por Raúl Valencia*



—¿No será grave, doctor? ¡Hace una semana que está así!



LOS ZAPATOS HABLAN DEL CARACTER...

La manera de gastar los zapatos proporciona uno de los medios existentes de conocer el carácter de las personas. He aquí algunos de los descubrimientos que pueden hacerse gracias a esta ciencia:

El que gasta los tacones es sanguíneo, activo, tiene aplomo y su porte es bastante rígido.

El que gasta toda la suela en la misma forma es un soñador, linfático, de movimientos y marcha lentos.

El que rompe el empeine revela indolencia. Es más lento aun que el anterior.

El que gasta la suela en el centro es bilioso, de carácter reservado, egoísta y aficionado a la contemplación.

El que gasta la punta es nervioso, activo, se mueve mucho. Camina rápidamente, saltando un poco.

El que deforma los zapatos demuestra un carácter ingenuo y muy crédulo, y modales sencillos y despreocupados.

El que dobla los zapatos hacia adentro es tímido y desconfía de sí mismo.

El que gasta la suela en los bordes exteriores es una persona con libertad de acción y temeraria.



COSAS DE ARABIA

El rey de Arabia, Ibn Séoud, es dueño de un magnífico Dakota, regalo del presidente Roosevelt. Hace tiempo, el soberano quiso realizar un viaje de placer por el Hedjaz, subiendo a su aparato por primera vez. Pero como el rey es un hombre prudente, antes de efectuar la travesía quiso que sus veintisiete esposas probaran el avión.

Las lindas árabes, con pantalón y cubiertas por un velo, ocuparon la cabina en compañía del hermano del rey, el emir Faycal, que por la fuerza de las circunstancias tuvo que representar, momentáneamente, el papel de gran eunuco. Tenía a su cargo una doble tarea: calmar los temores de las señoras y vigilar la conducta de los cuatro norteamericanos de la tripulación que fueran puestos a disposición del rey Ibn Séoud por el presidente Roosevelt cuando le regaló el avión.

A los pilotos se les había advertido que no debían mirar a las esposas reales, aunque tuvieran la cara cubierta por el velo. Este es un sacrilegio, que en la Arabia gobernada por Séoud es castigado con la pena de muerte.

El viaje se efectuó sin inconvenientes, y los norteamericanos obedecieron escrupulosamente, pero al bajar, los cuatro tenían el cuello duro...



INCAUTOS NOCTAMBULOS

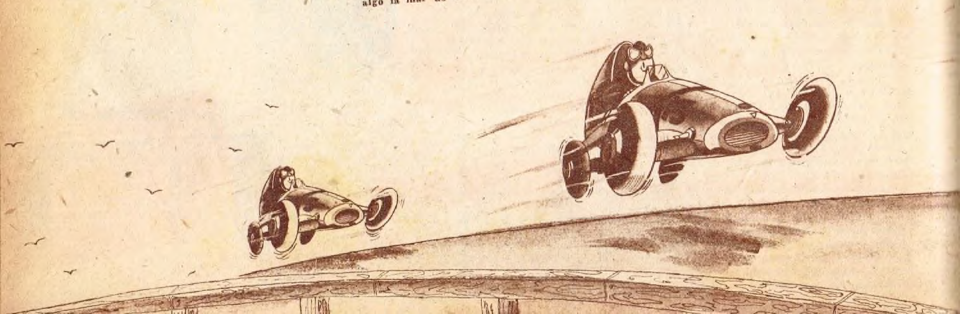


—En esta misma cuadra sucedió anoche algo la mar de extraño...

CORTESIA



—Comisario, adivine quién quiere decirle unas palabras...




PINCELITO PURAPOSE
Realismo
Por Domingo Villafañe
¡CRAC!...
LAMENTABLE CONFUSION
UN PINTOR PINTORESCO
—En mi vida recibí una humillación tan espantosa.
—Es cierto que pintando no gano ni para cigarrillos, pero en cambio ¡si vieras cómo me divierto!...
3
3
CARRERA
Por Ianiro
—¡Perdón!... ¿Podría decirme si este es el camino que lleva al autodromo?...

LOCOS SUELTOS — *Coartada* — **Por Fernando Alvarez**

¡ME ECHASTE ENGRUDO EN LA SOPA!... ¡NO LO NIEGUES, BESTIA!...
NO LO NIEGO
...¡PUES TE APLASTARE LA NARIZOTA, GRANDÍSIMO ANIMAL!...
MOMENTITO, PLISS!...
SEA COMPASIVO CON LOS ANIMALES
PLOP!...
Fernando Alvarez

INTIMIDAD — **Por Rafael Martínez**



—Mi número es el 54567389, pero mis amigos me dicen 89 a secas.

DE ULTIMA MODA

EL VENDEDOR:

—...y aquí tiene este magnífico estampado: la última palabra de la moda...

LA CLIENTA:

—¿No perderá el color?

EL VENDEDOR:

—Puede llevarlo con absoluta confianza. Hace más de tres años que lo tenemos en la tienda, y está como el primer día.

♣

A PROPOSITO...

—...porque no sé si sabrás que los sabios hacen los proverbios, y los tontos los repiten.

—Sí, es verdad. Y a propósito, ¿qué sabio hizo el que terminas de decir?

♣

UN BUEN MEDICO

Después de una larga enfermedad, el señor X recibió la cuenta, bastante recargada, de su médico. En ella figuraba una visita en una fecha en que, curado ya, pasó el día fuera de su casa.

—¡Cómo! ¿No recuerda que ese día nos encontramos en el bulevar? —le telefoneó—. ¡Si usted me estrechó la mano!

—Es cierto —repuso el médico—. Le tomé el pulso con disimulo, para no asustarlo...

♣

EL CALCULISTA

Un calculista viaja por el sur del país con un amigo. A la vista de un rebaño de ovejas, el matemático empieza a contar en alta voz y con celeridad:

—20, 32, 57, 145, 173, 195 ovejas.

El cálculo asombra al amigo, que le pregunta:

—Pero, ¿cómo has podido contar 195 ovejas en tan pocos segundos?

—Muy fácil. Cuento el número de patas y después divido por cuatro.

♣

ENTRE AMIGAS

Dos amigas hablan de sus respectivos maridos:

—En quince años que llevo de casada no he tenido por culpa de mi marido más que un solo disgusto.

—¿Cuál?

—El de haberme casado con él.

♣

FUERZA DE VOLUNTAD

Un transeúnte al pordiosero:

—¡Pero, hombre, siempre lo veo aquí pidiendo a los que pasan! ¿Es que nunca siente ganas de trabajar?

—Algunas veces, sí; pero las aguanto...

TODO ES ACOSTUMBRARSE

—¿Así que usted es un gran bebedor de whisky?

—En efecto.

—¿Y cómo acostumbra tomarlo?

—Verá: primero lo tomaba con agua, después sin agua, y ahora... como agua.

ESCENA HOGAREÑA

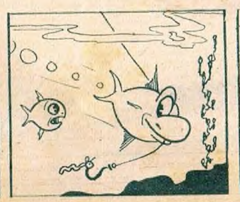
ELLA. — Cuando te casaste conmigo, estabas fundido. Si no fuera por mi fortuna, este automóvil no estaría aquí...

EL. — Qué gracia. Sin tu fortuna, tampoco tú estarías.

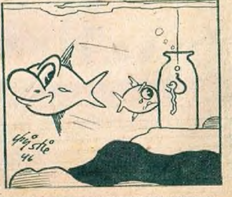


AGALLITA — *Buen padre* — **Por J. CHRISTIE M.**

NO







OFRECIMIENTO

Por Más Mate

El empleado: ¿Qué va a hacer usted ahora?
El jefe: Nada.
El empleado: ¿Quiere que le ayude?

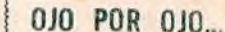


EL HUMO DE LA GLORIA

Todos los parisienses fuman cigarrillos norteamericanos. Sólo hay un francés que es una excepción, a pesar de que fuma cincuenta cigarrillos por día: el general de Gaulle.

Se empeña en no fumar sino cigarrillos ingleses, que llegan para él mandados especialmente desde Londres. Cuando partió para Estados Unidos, en el momento de levantar vuelo llevaron al avión una cantidad de atados, suficientes para el viaje de ida y vuelta y para la estada en Norteamérica.

La carga suplementaria no resultaba muy pesada para un gran cuatrimotor... Y sin ella, el general no habría estado contento.



OJO POR OJO...

Por González Fossat







TOXICO Y BIBERON
por Janiro
.....¡Y AL VER LA CARA MONSTRUOSA, MUERE DEL SUSTO!... ¡FORMIDABLE!.
¡MI HABILIDAD PARA EL DIBUJO ME SERVIRA' PARA MATAR A UN INFELIZ!... ¡MATAR.! ¡QUE BUENO!
LABORATORIO
¡MI CORAZÓN SALTA DE ALEGRIA!... ¡BAH! ¡ESO LO DIJE YA EN OTRA HISTORIETA!
¡SIN LUGAR A DUDAS, ÉSTA ES MI OBRA MAESTRA!... ¡SOY GENIAL, GRANDE, ETC.!
¡PARECE QUE DA RESULTADO, EH! ¡EL ESTÚPIDO DE BIBERÓN QUEDÓ K.O.!
¡AHORA A PRERARAR EL PLATO FUERTE!... ¡MATAR DE LA IMPRESIÓN AL PRIMERO QUE SE PRESENTE!
¿SUFRIRA' ANTES DE MORIR?, OH, DUDA CRUEL
¡SE BUSCA!
NO PAGA LOS IMPUESTOS
¡NO PAGA LOS IMPUESTOS, EH? ¡ES INÚTIL QUE REPITA QUE NO ES USTED!.. ¡VI BIEN EL CARTEL!
¡MALDICIÓN MALDITA!

ACTUALIDADES GRAFICAS



PICTORICAS.—Con asistencia del embajador de los Estados Unidos, señor Messersmith, y su señora, fué inaugurada con mucho éxito en el Museo Nacional de Bellas Artes una exposición de acuarelas de pintores norteamericanos, cedidas por la Gallery of Art, de Wáshington.



ANIVERSARIO.—La Asociación Tucumana celebró el 136° aniversario del nacimiento de Alberdi con diversos actos. Uno de ellos tuvo lugar en la Sociedad Científica Argentina, en el que tomaron parte, en números de concierto y declamación, las señoras Dora H. de Brizuelo y Lucila Caporale de Merzario. Intervinieron, además, el presidente de la asociación, Dr. Emilio Terán Frías, y el Sr. Vicente P. Cacuri.



DISTINCION.—El gobierno de Francia ha otorgado recientemente el grado de caballero de la Legión de Honor al Dr. Juan Carlos Palacios, como premio a la labor que viene realizando en favor de las relaciones entre nuestro país y la República Francesa.



LETRAS.—Ha sido muy bien recibido por parte de la crítica y del público en general el libro de poemas titulado "Playa Sola", obra del joven escritor Alberto Girri, en quien se confirman así los juicios elogiosos que merecieron anteriores producciones suyas.



CONFERENCIA.—En la sede de la Asociación de Ex Alumnos "María Curie", el conocido escritor y periodista Sr. José Luis Lanuza pronunció una conferencia en torno a "Algunas impresiones sobre Chopin", con ejecuciones al piano del Sr. Humberto Ubriaco.



DE AVIACION.—Con motivo de cumplirse el 6° aniversario de la creación de las Líneas Aéreas del Estado (L. A. D. E.) se llevaron a cabo varios actos para celebrar la fecha. Uno de ellos consistió en la entrega de una plaqueta recordatoria a los directores, comandantes José Badín, E. Abrahim y Oscar Muratorio por parte del personal de la empresa.



LITERARIAS.—Sobre el tema "Aunque es de noche... (Evasión Lírica)", el destacado escritor y periodista Sr. Valentín de Pedro pronunció una interesante disertación en la Universidad Popular "Alejandro Korn", de La Plata.



MUSICALES.—Eugene Ormandy, prestigioso músico inglés, director de la Orquesta de Filadelfia, que se encuentra en nuestra ciudad para conducir una serie de conciertos, los primeros de los cuales han sido ya muy aplaudidos y elogiados por la prensa.



DISERTACION.—El profesor francés André Siegfried pronunció en el Instituto Popular de Conferencias una brillante disertación acerca de "La educación cívica y la enseñanza de la ciencia política", acto que contó con una nutrida concurrencia.



PUBLICACION. — El afamado dibujante Ramón Columba, ex director de taquígrafos del Senado, que ha dado a publicidad un "Manual Sintético de Taquigrafía", fruto de la experiencia de sus cuarenta años de labor en el Congreso Nacional.

★

APLAUDIDO. — El distinguido arpista español Nicanor Zabaleta, cuya magnífica actuación en una de nuestras principales salas ha sido elogiosamente comentada en los círculos musicales de esta capital.





EL PRINCIPE

I

Finalizaba el mes de noviembre; con un tiempo frío, húmedo y brumoso, el tren de Varsovia dirigíase a toda velocidad a San Petersburgo.

La niebla era tan densa que, a las nueve de la mañana, apenas se veía; a derecha e izquierda de la vía resultaba muy difícil distinguir los objetos a través de las ventanillas.

Entre los viajeros figuraban algunos procedentes del extranjero; pero los coches que iban más ocupados eran los de tercera clase, cuyos viajeros, gente humilde, procedían de los pueblos cercanos. Iban cansados, transidos; sus ojos denotaban pesadez a consecuencia de haber pasado la noche sin dormir. La niebla daba a sus rostros una palidez amarillenta.

En uno de los coches de tercera hallábanse desde el alba, sentados uno frente al otro, cerca de una de las ventanillas, dos viajeros, jóvenes ambos, vestidos con descuido, con rostros igualmente atrayentes, y deseosos de entablar conversación.

Si cada uno de ellos hubiera sabido lo que su vecino ofrecía de particularmente curioso en aquel momento, habríase sorprendido, sin duda, de la extraña circunstancia que los había colocado frente a frente en un vagón de la línea de Varsovia a San Petersburgo.

Uno de ellos, de unos veintisiete años, era de pequeña estatura y tenía el cabello espeso, casi negro, y ojos grises, pequeños y vivaces. Su nariz era achatada y los pómulos salientes; en sus labios delgados vagaba constantemente una sonrisa burlona y maligna; pero la frente, ancha y bien modelada, hacía olvidar la desagradable

IDIOTA

la célebre novela de

FEDOR DOSTOIEWSKI

TAPA E ILUSTRACIÓN DE RAUL VALENCIA

impresión producida por la parte inferior del rostro. Lo que más llamaba la atención en aquella cara era su palidez cadavérica, que le daba cierto aire de agotamiento, a la par que algo de dolorosamente apasionado, incompatible con la sonrisa descarada de sus labios y con la atrevida y jactanciosa expresión de su mirada.

Envuelto en una larga pelliza de piel de cordero, el frío glacial de la noche no había hecho presa de él, mientras que tenía helado a su vecino, el cual, evidentemente, no había tomado precauciones para resistirlo.

Este último cubríase con una especie de capote provisto de capucha, pero sin mangas, como suelen usarlo los viajeros que visitan en invierno la Alta Italia y Suiza.

Mas si aquel capote era bueno para viajar por esos países, en Rusia resultaba muy insuficiente.

Este era de estatura algo superior a la media, cabellos rubios y espesos, mejillas hundidas y barba puntiaguda y casi blanca. Tenía los ojos grandes y azules; en su mirada, dulce, pero pesada, advertíase esa peculiar expresión que revela al observador un individuo sujeto a ataques epilépticos.

Sus rasgos fisonómicos eran agradables, finos y delicados, pero tenía el rostro pálido y, en aquel momento, un poco amoratado a causa del frío.

Sobre sus rodillas descansaba un atado de ropa, probablemente todo su equipaje, envuelto en un pañuelo de seda muy descolorido. Calzaba zapatos de gruesa suela y usaba polainas, otra particularidad contraria a las costumbres rusas.

El de la pelliza de piel de cordero examinó a su vecino, como distraído, de arriba abajo, y finalmente le dirigió la palabra:

—¿Es usted friolento? —le preguntó, levantando ligeramente los hombros.

—¡Sí! ¡Muy friolento! —respondió con precipitación extraordinaria el interpelado—, y eso —añadió— que estamos en la época de la fusión de las nieves. ¡Qué sería si helase! Yo nunca creí que nuestro país fuese tan frío... Me había desacostumbrado a este clima.

—¿Viene del extranjero, sin duda?

—Sí, de Suiza.

—¡Ah!

El de los cabellos negros se puso a silbar y luego a reír.

La conversación continuó. Con sorprendente amabilidad el joven rubio contestó a todas las



preguntas de su interlocutor, sin reparar que algunas de ellas estaban fuera de lugar.

Para satisfacer la curiosidad del preguntón, dijo que desde hacía cuatro años no pisaba el suelo de Rusia; que su estada en el extranjero se debía a hallarse atacado de una afección nerviosa caracterizada por estremecimientos y convulsiones, algo así como la epilepsia o el *baile de San Vito*.

Oyéndolo, el joven de los cabellos negros sonrió varias veces, sobre todo cuando a su pregunta: "¿Y le han curado?", contestó su vecino: "No, nada de eso".

—Y, sin duda, le habrán hecho gastar mucho dinero inútilmente... ¡Aquí tenemos demasiada confianza en esos médicos! —exclamó con acritud el viajero de la pelliza de cordero.

—Eso es la pura verdad —apoyó otro individuo, mal trajeado, que ocupaba un asiento cerca de ellos—; es exactísimo. No hacen más que absorber, sin ninguna ventaja para nosotros, todo el dinero de Rusia.

El que de tal suerte intervino en la conversación era un hombre con aspecto de curial, robusto, de unos cuarenta años, con la nariz roja y la cara llena de granos.

—¡Ah, pues por lo que a mí respecta, se engaña usted! —repuso con acento dulce y conciliador el partidario de la medicina suiza—. Indudablemente, no puedo rebatir sus palabras, porque ignoro los motivos que tiene para hablar así; pero sí puedo asegurarle que mi médico casi se ha arruinado para facilitarme los medios de regresar a Rusia, después de haberme mantenido casi dos años a sus expensas.

—¿Cómo? ¿No tenía usted nadie que le pagase? —preguntó el viajero de los cabellos neg...

—No; el señor Pavlichtcheff, que proveía a mi sostenimiento en Suiza, murió hace cerca de dos años; escribí luego a la esposa del general Epantchine, que es parienta mía, aunque lejana, y no obtuve respuesta. Por eso decidí regresar a mi patria.

—¿Y adónde se dirige usted ahora?

—Yo mismo no lo sé...

—¿De modo que no sabe adónde irá a parar? Y de nuevo el viajero de los cabellos negros se puso a reír, acompañado esta vez por el hombre de la nariz roja.

—Estoy casi seguro de que ese pañuelo contiene todo su equipaje, ¿no es cierto? —preguntó el primero.

—Apostaría cualquier cosa a que lo ha adivinado usted —repuso el segundo con aire satisfecho—. Sin embargo, la pobreza no es un vicio...

La hipótesis era acertada, y el joven rubio no vaciló en confirmarla.

—Ese bulto que lleva usted no carece de cierta importancia —continuó el de la nariz roja, después que se hubieron reído cuanto les vino en gana (y cosa digna de ser notada, aquel de quien se burlaban, acabó por asociarse a la hilaridad de ambos, lo que hizo que las carcajadas menudeasen) —; pero podría apostarse que los cartuchos de napoleones y de federicos (¹) brillan por su ausencia... Pero si dispone usted de una parienta como la esposa del general Epantchine, es muy fácil que el contenido de ese pañuelo se cambie pronto de una manera sorprendente. Claro está que esto en el caso de que la generala Epantchine sea realmente parienta de usted, y no se equivoque al afirmarlo, por distracción...

—¡Oh! También esta vez ha adivinado usted —interrumpió el viajero rubio—; porque, en efecto, esa señora apenas si es parienta mía. Por esta razón no me ha sorprendido su silencio; me lo esperaba.

—A lo menos, es usted franco e ingenuo, lo cual es digno de alabanza. Conozco al general Epantchine, porque, ¡quién no lo conoce! También conocí al señor Pavlichtcheff, el que proveía a su sostenimiento en Suiza... —digo, si se ha referido usted a Nicolás Andreievitch Pavlichtcheff, puesto que hubo dos primos hermanos del mismo nombre—, también lo hemos conocido. Uno de ellos vive aún, en Crimea; pero Nicolás Andreievitch ha muerto; era un hombre muy estimado, contaba con grandes relaciones y poseía cuatro mil siervos...

—¡Es el mismo! —exclamó el joven, mirando sorprendido a aquel hombre que todo lo sabía.

Suelen encontrarse estas personas tan bien informadas, en ciertas clases sociales.

Durante aquella conversación, el joven de los cabellos negros miraba negligentemente por la ventanilla, bostezando a menudo, y mostrábase impaciente por llegar al término de su viaje. Parecía distraído, muy distraído, casi inquieto, y su actitud causó extrañeza a sus compañeros.

—¿Será indiscreción preguntarle con quién tengo el honor de hablar? —dijo de pronto el de la cara granujienta al dueño del envoltorio.

—Con el príncipe León Nikolaievitch Muichkine —contestó éste.

—¿El príncipe Muichkine? ¿León Nikolaievitch? No le conozco. Ni siquiera he oído hablar de él —dijo el preguntón mientras reflexionaba—; no me refiero al nombre, que es histórico, y se puede hallar en la historia de Karamzine, sino a la persona. No se encuentra ya en parte alguna a los príncipes Muichkine, y la fama ha dejado de ocuparse de ellos.

—¡Oh, lo creo! —repuso con viveza el joven—; soy el único príncipe Muichkine que existe, y mucho me temo que sea el último. En cuanto a mis antepasados, fueron, durante varias generaciones, nobles provincianos. Mi padre fué suboficial del ejército, y no acierto a explicarme cómo puede ser también princesa Muichkine la generala Epantchine, pues ella también es la última de su género... (¹).

—¡La última de su género! ¡No está mal! —exclamó, riendo, el hombre con aspecto de curial.

La frase había hecho también aflorar la sonrisa a los labios del joven de cabellos negros.

Comprendiendo que sin querer había hecho un juego de palabras de bastante mal gusto, el príncipe apresuróse a decir:

—Les aseguro, señores, que no era mi intención...

—¡Se comprende, se comprende! —repuso el de la nariz roja.

—¿En Suiza estudiaba usted con algún profesor? —preguntó, de pronto, el otro viajero.

—Sí..., estudiaba...

—También yo, pero nunca aprendí nada

—Tampoco yo adquirí muchos conocimientos —dijo el príncipe como queriendo excusarse—. El estado de mi salud no me permitía estudiar muy seguido.

—¿Conoce usted a los Rogojine? —preguntó de nuevo el joven de cabellos negros.

—No. No los conozco. Aunque a decir verdad, no conozco a nadie en Rusia... ¿Es usted, acaso, un Rogojine?

—Sí, Parfenio Rogojine.

—¿Parfenio?... ¿Será usted, por casualidad, uno de los Rogojine?... —empezó a decir el curial con gravedad exagerada.

—Sí, uno de ellos —respondió con impaciencia el joven, sin dar tiempo al de la nariz roja para que terminara la frase. Por otra parte, durante el curso de la conversación no se había dirigido una sola vez a él, pues sólo hablaba el príncipe.

El curial, estupefacto, abriendo tamaños ojos, asumió una actitud de respeto servil y temeroso.

—¡Cómo! —prosiguió—; ¿acaso es usted hijo de Senén Parfenovitch Rogojine, el burgués que murió hace un mes, dejando un capital neto de dos millones y medio?

—¿Cómo has logrado saber que dejó dos millones y medio de capital neto? —interrogó el joven de cabellos negros, sin dignarse aún mirar al curial; y añadió, haciéndole un guiño malicioso al príncipe—: Todavía no sabe quién soy y ya me olfatea... La verdad es que mi padre ha muerto y que yo, tras una permanencia de treinta días en Pskov, vuelvo a mi casa vestido miserablemente. Ni el bribón de mi hermano ni mi propia madre se han tomado la molestia de mandarme nada; no he recibido dinero ni aviso... ¡No se hubieran portado peor con un perro! La fiebre me ha obligado a permanecer en Pskov un mes entero...

—Pero ahora recibirá usted, de un solo golpe, un millón, por lo menos. ¡Oh, señor! —exclamó el hombre de la nariz roja, frotándose las manos.

—Y ¿qué puede importarle a éste eso? Le ruego que me lo explique —exclamó Rogojine, indicando nuevamente al curial con un gesto de disgusto—. No te daría un copec —añadió—, aunque caminases delante de mí a cuatro patas.

—Precisamente es lo que voy a hacer.

—¡Habráse visto cosa igual! Pues bien, aunque estuvieras bailando una semana entera, no habría de darte nada...

—¡No me dé nada! ¡Eso es lo que yo quiero! Pero yo bailaré. Haré abandono de mi mujer y mis hijos, y vendré a bailar delante de usted...

—¡Puf! —exclamó el joven de los cabellos negros, escupiendo con gesto de asco, y añadió dirigiéndose al príncipe—: Fíjese usted; hace cinco semanas, cuando huí de la casa paterna para ir a Pskov, a la de mi tía, no llevaba yo más equipaje que un bulto de ropa, como el suyo. Allí caí enfermo, y durante mi ausencia falleció mi padre de un ataque apoplético. Dios lo tenga en su santa gloria... que hizo cuanto pudo para que yo le precediera en el otro mundo a fuerza de latigazos. ¿Lo creerá usted, príncipe? Si no hubiera huído de su casa, me habría matado, seguramente.

—¿Qué hizo usted para excitar así su cólera? —preguntó el príncipe, que contemplaba con curiosidad a aquel millonario tan pobremente vestido.

Por su parte, el joven gustaba de hablar con el príncipe, pero lo hacía, más que por efusión, por hallar un calmante a la agitación de que estaba poseído.

En cuanto al curial, estaba pendiente de los labios de Rogojine, conteniendo hasta la respiración para recoger, cual si fueran diamantes, las palabras que salían de aquella boca.

—Acaso no le faltaban motivos para estar furioso —prosiguió Rogojine—, pero fué mi hermano quien me indispuso con él. De mi madre es inútil hablar: es vieja, lee a menudo el Menologio (¹), pasa todo el día en la iglesia, y no ve por otros ojos que por los de mi hermano Senka. Pero, ¿por qué no me avisó a su debido tiempo? Esto se comprende fácilmente. La verdad es que yo no podía darme cuenta de nada. Tengo entendido, sin embargo, que me enviaron un telegrama, pero lo recibió mi tía, viuda hace treinta años, y que no ve en todo el día otra cosa que los *iurodivüs* (²). No es monja, sino algo peor. El telegrama la llenó de espanto, y, sin abrirlo siquiera, lo llevó al puesto de policía, donde lo guardan aún. Me enteré de esto por una carta que recibí de Basilio Vasilitch Konieff, informándome de ciertos detalles. Habiendo cubierto a mi padre con un paño de terciopelo adornado con franjas de oro, mi hermano cortó las franjas, porque eran de mucho valor. Eso es suficiente en mi opinión para mandarlo a Siberia si yo quisiera, pues se trata de un robo sacrílego. ¿Eh? ¿Qué me dices a esto, cabeza de chorlito? —preguntó al hombre de la nariz roja—. ¿Cómo califica la ley al robo de las cosas sagradas?

—Claro, hurto sacrílego —confirmó prontamente el curial.

—¿Envían a uno a Siberia por eso?

—Sí, inmediatamente.

—Ellos creen que continúo enfermo —prosiguió Rogojine, dirigiéndose al príncipe—, pero yo, subrepticiamente, sin decir palabra a nadie

(¹) Napoleón: moneda francesa de plata. Federico: antigua moneda prusiana de oro.

(¹) La palabra rusa *rod*, que significa a la vez *género y estirpe* (como la latina *genus*), se presta a un juego de palabras intraducible en castellano.

(¹) Martirologio de los cristianos griegos.
(²) Fanáticos religiosos.

he tomado el tren, y aquí me tiene, camino de San Petersburgo, aunque no repuesto del todo. ¡Qué sorpresa se va a llevar mi hermano Senén Semenovich cuando me vea! El me indisponía con el difunto, lo sé. Pero también es cierto que si en aquella ocasión mi padre se puso furioso conmigo, no fué a causa de manejos suyos, sino por intrigas de Anastasia Filippovna. ¡La culpa, pues, fué toda mía y me llevaré mi merecido!

—A propósito de Anastasia Filippovna... — murmuró servilmente el curial, a quien este nombre pareció recordarle algo.

—¡No irás a decir que también la conoces! — exclamó Rogojine, impaciente.

—¡Pues sí que la conozco! — repuso con aire de triunfo el de la nariz roja.

—¡No lo creo! Hay muchas mujeres que responden al nombre de Anastasia Filippovna. ¡En verdad que eres fresco! ¡Estaba seguro — añadió, dirigiéndose al príncipe — que este individuo trataría de acercarse a mí de cualquier modo que fuese!

—No es de extrañar que yo la conozca — repuso el curial — porque Lebedeff tiene muchas relaciones. Vuestra Alteza me injuria... pero, ¿y si yo le demuestro que digo la verdad? Esta Anastasia Filippovna, por la cual le ha dado a usted su padre unos latigazos, se llama en realidad Barachkoff, y, en su clase, es una noble señora, una especie de princesa. Tiene relaciones íntimas con cierto propietario llamado Atanasio Ivanovitch Totzky. Este Totzky es un opulento capitalista, miembro de varias sociedades financieras que, por esta causa, tiene relaciones de negocios con el general Epantchine...

—¡Diantre! ¡Pues parece que la conoce realmente! — exclamó Rogojine, sorprendido.

—¡Lebedeff lo sabe todo, no ignora nada! Durante dos meses he viajado por todas partes con Alejo Likhatcheff, que también había perdido a su padre y no podía dar un paso sin mí. Actualmente se halla preso por deudas, pero entonces tuve ocasión de conocer a muchas de ellas: Armancia, Coralia, la princesa Patzky, Anastasia Filippovna...

El joven palideció, sus labios tornáronse pálidos y un estremecimiento agitó su cuerpo.

—¿Anastasia Filippovna? ¿Ha estado, acaso, con Likhatcheff? —preguntó, lanzando una mirada colérica al curial.

—No, no — se apresuró a contestar éste —. Likhacheff le ha ofrecido una fortuna, sin obtener nada de ella. Su único amante es Totzky; pero, por la noche, se la ve en su palco del Gran Teatro o del Teatro Francés, y los oficiales que allí concurren murmuran entre sí, pero sin poder probar nada.

—Así es, en efecto — observó Rogojine con aire sombrío —. Esto está muy de acuerdo con lo que en cierta ocasión me dijo Zaliojeff. Atravesaba yo la avenida Nevsky, envuelto en un abrigo desechado por mi padre, en el momento que salía ella de una tienda y subía a su carruaje. De pronto sentí como una flecha de fuego que me traspasaba el corazón. A los pocos pasos me tropecé con Zaliojeff: su indumentaria no tenía ni parecido con la mía; iba elegantemente vestido y usaba monóculo, mientras yo calzaba zapatos de cuero ruso.

"—Esa mujer no es de tu clase — me dijo —; es una princesa; la llaman Anastasia Filippovna Barachkoff y vive con Totzky. Ahora éste quisiera desembarazarse de ella a toda costa, pues, a pesar de sus cincuenta años, aspira a casarse con la primera beldad de San Petersburgo.

"Zaliojeff añadió que si iba yo aquella noche al Gran Teatro a la representación del "ballet", vería a Anastasia Filippovna.

"En mi familia no era considerado correcto asistir a los "ballets"; por lo tanto, exponíame a ser molido a golpes por mi padre. Sin embargo me arriesgué, y fuí al teatro, donde estuve más de una hora contemplando extasiado a Anastasia.

"Mi padre, al día siguiente, me entregó dos títulos de renta del cinco por ciento, que representaban un valor de cinco mil rublos cada uno.

"—Véndelos — me dijo —; ve luego a pagar una cuenta que tengo pendiente con Andreieff y vuelve en seguida con el resto del dinero. No te distraigas por el camino, pues te espero.

"Negocié los títulos, pero en vez de ir a casa de Andreieff, entré en la joyería inglesa, compré unos pendientes de brillantes, cuyo valor pasaba de cuatrocientos rublos, superior a la cantidad que yo llevaba en los bolsillos; pero al darme a conocer, el joyero me fió el resto.

"Seguidamente fuí a encontrar a Zaliojeff, y le dije:

"—Ven conmigo a casa de Anastasia Filippovna.

"No podría referir lo que me sucedió en aquellos momentos; sólo me acuerdo de que cuando me encontré frente a ella, en el salón de su casa, permanecí mudo e inmóvil, sin darme a conocer, y Zaliojeff, haciendo una reverencia, ofreció el obsequio.

"—De parte de Parfenio Rogojine —dijo—, en recuerdo del encuentro de ayer; le ruego que lo acepte.

"Ella abrió el estuche, miró los pendientes y sonrió.

"—Dé usted gracias a su amigo el señor Rogojine, por su amable atención — dijo luego, y, haciendo una reverencia, se retiró.

"¿Por qué no caí muerto en aquel momento? Al asumir aquella responsabilidad, habíame dicho a mí mismo: "¡Qué importa! ¡No he de volver vivo!"



"Lo más irritante para mí, era verme eclipsado por aquel animal de Zaliojeff. Con mi pequeña estatura y mi pobre traje, yo conservaba un silencio embarazoso, limitándome a contemplarla abriendo tamaños ojos; él, por el contrario, vestido como un pisaverde, perfumado, rizado, y con la desenvoltura de un hombre de mundo, ponía de manifiesto mi ridiculez.

"Cuando estuvimos en la calle, le dije:

"—Desde ahora, no quiero que me acompañes, ¿entiendes?

"—Muy bien — me contestó riendo —; pero dime, ¿cómo te las compondrás para ajustar cuentas con Senén Parfenovitch?

"Confieso que en aquel momento me sentía más inclinado a tirarme de cabeza al río que a volver a casa de mi padre; pero me dije: "¡Bah! ¡Sea lo que Dios quiera!", y regresé a mi casa como un condenado.

"Lo sucedido no tardó en llegar a oídos de mi padre; verdad es que Zaliojeff habíase apresurado a pregonarlo a los cuatro vientos. El viejo me hizo subir al último piso de la casa y, después de encerrarse conmigo en una habitación, me dió una zurra que duró por lo menos una hora.

"—Esto no es más que un pequeño anticipo —me dijo—; esta noche volveré para darte el resto.

"¿Qué cree usted, príncipe, que hizo luego? Aquel hombre de cabellos blancos fué a casa de Anastasia Filippovna, la saludó con una profunda reverencia y le suplicó, llorando... Finalmente, ella fué a buscar el estuche y se lo arrojó diciendo:

"—Toma, viejo avaro, ahí tienes tus pendientes, a pesar de que ahora tienen para mí muchísimo más valor, porque sé a lo que se ha expuesto Parfeño para ofrecérmelos. Dale las gracias y salúdale en mi nombre.

"Entretanto, yo, de acuerdo con mi madre, pedí prestados veinte rublos a Sergio Protuchine y salí para Pskov, adonde llegué presa de la fiebre.

"Aquí gasté el dinero en bebidas alcohólicas. Al salir de una taberna, rodé por el suelo completamente borracho, quedando allí toda la noche. Al día siguiente deliraba y costó no poco trabajo hacerme recobrar el conocimiento.

—¡Vaya, vaya! ¡Ahora podremos hacer grandes fiestas con Anastasia Filippovna! — exclamó el curial restregándose las manos —. ¿Qué importan ya aquellos pendientes? ¡Ahora, señor, le regalaremos otros!

—¡Si vuelves a nombrar para nada a Anastasia Filippovna, te cruzo la cara, aunque hayas sido compañero de Likhatcheff! — exclamó Rogojine, asiendo violentamente por el brazo a Lebedeff.

—Si me abofeteas, será señal de que no me rechazas — repuso éste tranquilamente —. Pégame, pues; los golpes son prenda de posesión. Y cuando se le pega a alguno, es una marca que se le pone... Pero, ¡ah!, hemos llegado.

En efecto, el tren llegaba a la estación.

Aunque Rogojine había dicho que todos ignoraban su viaje, varios individuos esperábanle, y, al verle, comenzaron a gritar, agitando los gorros.

—¡Ajá! ¡También está Zaliojeff! — murmuró Rogojine, mirándole con mezcla de orgullo y de malicia.

Luego, bruscamente, añadió, dirigiéndose a Muichkine:

—Príncipe, no sé por qué te he cobrado afecto... Tal vez sea porque te encontré en una situación parecida a la mía. Sin embargo, también he tropezado con éste —añadió señalando a Lebedeff— y no me inspiró simpatía. Ven a verme; te quitaré esas polainas y te regalaré un abrigo de marta de lo mejor; encargaré para ti los trajes que quieras, de sociedad, con chaleco blanco o de color, a tu gusto. Te llenaré los bolsillos de dinero e iremos juntos a ver a Anastasia Filippovna. ¿Vendrás, sí o no?

—¡Tómele la palabra, príncipe León Nikolaievitch! — dijo solemnemente el curial —. ¡No pierda tan buena ocasión!

El príncipe Muichkine incorporóse a medias en su asiento y extendió la mano cortésmente a Rogojine, respondiéndole con amabilidad:

—Iré a verle con mucho placer y le quedo reconocidísimo por la amistad que me brinda. Quizá vaya hoy mismo a su casa si tengo tiempo. Le doy las gracias anticipadas por el abrigo y los trajes que me ha prometido y que muy luego habré de necesitar, pues en estos momentos apenas poseo un copec.

—Esta misma tarde tendrás dinero; no dejes de venir.

—¡Esta misma tarde tendrá usted dinero! — repitió como un eco el curial.

—¿Eres amante del bello sexo, príncipe? ¡Dímelo con franqueza!

—¡No!... Escuche... Quizá no lo crea usted, pero lo cierto es que, a causa de mi enfermedad congénita, no conozco ninguna mujer.

—¡Bien, príncipe! —exclamó Rogojine—. Eres un verdadero *iurodivii*, y Dios ama a los hombres que son como tú.

—¡El Señor los ama! — exclamó a su vez el curial.

—¡Tú, zángano, sígueme! — dijo Rogojine a Lebedeff, mientras todos descendían del tren.

Lebedeff había logrado, finalmente, su objeto.

En seguida toda aquella gente se puso en marcha en dirección a la plaza de Voznesensky.

Muichkine tenía que ir hacia la Liteinaia.

El tiempo era húmedo.

El príncipe interrogó a los transeúntes, y cuando supo que tenía que recorrer tres *verstas* para llegar al punto de su destino, decidióse a tomar un carruaje.

II

El general Epantchine habitaba en una casa de su propiedad, situada a poca distancia de la Liteinaia, cerca de la Transfiguración.

Aparte de este inmueble considerable, del que alquilaba cinco departamentos, el general sacaba muy buena renta de otra casa mucho más grande que poseía en Sadovaia.

Además, era propietario de una fábrica en el distrito de San Petersburgo y de un dominio, que producía bastante, sito en las mismas puertas de la capital.

Decíase que era riquísimo y que gozaba de gran influencia.

Tenía la habilidad de hacerse necesario en ciertos asuntos, especialmente en los domésticos, y era muy inteligente.

No obstante, nadie ignoraba que Iván Fedorovitch Epantchine era de mediocre educación y que había comenzado su carrera como soldado.

Indudablemente, comparando estos humildes comienzos con su actual fortuna, podía mostrarse orgulloso; pero el general, hombre de buen sentido, tenía sus debilidades y no gustaba de que le recordasen ciertas cosas; por eso sabía siempre ocupar el lugar que le correspondía.

¿Qué hubieran dicho los que le juzgaban por este su proceder si hubiesen podido leer en el fondo de su corazón?

El caso es que, si bien unía a una gran experiencia de la vida facultades extraordinarias, Iván Fedorovitch fingía obrar, no tanto por sus aspiraciones personales, cuanto por obedecer a la voluntad ajena. Añadamos que la fortuna no cesaba de favorecerle, incluso en el juego, en el que arriesgaba cuantiosas sumas.

La sociedad que frecuentaba era, sin disputa, muy heterogénea, pero compuesta exclusivamente de personajes importantes.

El general Epantchine tenía cincuenta y seis años, la edad en que, propiamente hablando, empieza la verdadera vida.

Físicamente era un hombre rechoncho, de complexión robusta y de salud a toda prueba; no carecía de frescura su tez, y sus dientes, aunque negros, estaban muy firmes.

Si por la mañana aparecía de mal humor ante sus empleados, por la noche, ante la mesa de juego o en casa de Su Alteza, sonreía continuamente.

Formaban la familia del general su esposa y tres hijas.

Cuando no era más que subteniente, Epantchine casóse con una señorita de su misma edad, que no poseía belleza ni instrucción y cuya fortuna reducíase a una pequeña renta. Sin embargo, nunca se le oyó al general quejarse de haber hecho un mal casamiento, cediendo a los transportes inconscientes de la juventud; tenía para su mujer un respeto rayano a veces con el temor, equivalente a un amor verdadero.

Pertenecía la generala a la familia principesca de los Muichkine, casa poco ilustre, pero antiquísima, y estaba orgullosa de su estirpe.

Cierto personaje influyente de aquel tiempo, uno de esos protectores que protegen sin hacer intervenir para nada su bolsillo, se dignó interesarse por el enlace de la joven princesa, y una palabra deslizada en su oído por Iván Fedorovitch bastó para arreglar el asunto. Durante más de veinticinco años, los dos esposos vivieron en la más perfecta armonía.

Como último retoño de una noble estirpe, y tal vez también en virtud de sus cualidades personales, la esposa del general habíase conquistado, desde su juventud, la benevolencia de muchas damas de la alta sociedad. Más adelante, cuando su marido llegó a la cumbre alcanzando los más altos grados en el ejército, comenzó a figurar en primera línea en el gran mundo. Entretanto, las tres hijas del general llegaron a la edad núbil. Poseía cada cual una espléndida dote, y su padre podía aspirar a asegurarles un porvenir brillantísimo, tanto más, cuanto que las tres eran de una belleza notable, incluso la mayor, Alejandra, que había cumplido ya el quinto lustro.

La segunda, Adelaida, tenía 23 años, y la tercera, Aglae, contaba ya 20. Esta última era la más bella de las tres y empezaba a llamar la atención en los círculos sociales.

Pero hay más: las tres señoritas se distinguían por su instrucción, por su inteligencia, por su talento. Era notorio que se prestaban mutuo apoyo, y se hablaba también de supuestos sacrificios que se habían impuesto las dos hermanas mayores en favor de la tercera, que era el ídolo de la familia.

En sociedad no procuraban brillar; antes al contrario, mostrábanse con excesiva modestia. Nadie podía tacharlas de orgullosas o de arrogantes; sin embargo, se sabía que eran altivas y se estimaban en su justo valor.

Alejandra era amante de la música; Adelaida cultivaba la pintura con bastante acierto, y, no obstante, nadie pudo saberlo durante varios años, y aun el descubrimiento debióse a una casualidad.

En una palabra, la voz pública hacía los más calurosos elogios de las tres hermanas. Verdad es que también eran objeto de ciertas murmuraciones: hablábase con horror de la gran cantidad de libros que leían. No mostraban prisa por contraer matrimonio y no apreciaban sino muy relativamente la esfera en que vivían.

Serían más o menos las once cuando el príncipe Muichkine llamaba a la puerta del general.

Un criado de librea abrió la puerta, y el príncipe hubo de entrar en engorrosas explicaciones con aquel hombre que lo examinaba de arriba abajo, con aire de desconfianza.

Finalmente, después de haber repetido muchas veces que era, en realidad, el príncipe Muichkine y que tenía absoluta necesidad de ver al general para un asunto muy urgente, el criado le hizo pasar a una pequeña antecámara, donde lo dejó en manos de otro sirviente. Era éste un hombre de unos cuarenta años, vestido de frac, y tenía el especial encargo de anunciar las visitas a Su Excelencia.

—Pase usted un momento al salón, pero deje aquí ese envoltorio — le dijo, sentándose en una butaca con acompasada gravedad, al mismo tiempo que con mirada inquisitiva examinaba al príncipe, el cual, sin abandonar su equipaje, habíase

sentado en una silla, junto a la butaca del sirviente.

—Si me lo permite —dijo—, esperaré aquí, en su compañía; ¿qué quiere que haga yo ahí solo?

—Puesto que viene de visita, no debe permanecer en la antecámara —repuso el criado—. ¿Es al general en persona a quien desea usted hablar?

—Sí, para un asunto... —comenzó a decir el príncipe.

—No le pregunto de lo que se trata —interrumpió el criado—; mis funciones se limitan a anunciarle; pero le advierto que antes habrá de verse con el secretario.

El sirviente desconfiaba cada vez más; el príncipe, con su pobre atuendo, difería en gran manera de los visitantes habituales de aquella casa. Por lo tanto, el avisado sirviente no se determinaba a asumir semejante responsabilidad, y pensó que era mejor dar intervención al secretario.

—¿Pero es realmente cierto que usted... viene del extranjero?

No tuvo valor para formular la verdadera pregunta que se le venía a la lengua, o sea: "¿Es usted realmente el príncipe Muichkine?"

—Sí —contestó el interpelado—; desde la estación he venido aquí directamente. Creo, sin embargo, que usted quería preguntarme si en efecto soy el príncipe Muichkine, pero la cortesía le ha contenido.

—¡Oh! —exclamó el sirviente, sorprendido.

—Le aseguro que no le he mentido y que no se acarrea usted ninguna responsabilidad por mi causa. No hay razón para maravillarse de que me presente vestido de esta manera y llevando este bulto en las manos, pues mi situación actual no tiene nada de brillante.

—¡Oh, no es eso lo que me preocupa! Yo estoy aquí para anunciarle y el secretario no tardará en salir... Sólo que..., ¿me permite preguntarle si viene como postulante de algún socorro?

—¡De ningún modo! A ese respecto, puede usted estar tranquilo; es otro el objeto de mi visita.

—Perdone mi indiscreción, motivada a que creí..., juzgando por su aspecto... Espere usted al secretario. En este momento el general está ocupado con un coronel; luego verá llegar al secretario de la... Compañía.

—Si la espera ha de ser larga, le ruego me indique un sitio donde yo pueda fumar una pipa.

—¡Fumar! —exclamó el criado con indignación, pareciendo que no quería dar crédito a sus oídos—. ¡No, usted no puede fumar aquí!

—Ya sé que aquí no se puede fumar; por eso le pedí me indicara dónde podía hacerlo. He adquirido esta costumbre, y ya llevo tres horas sin fumar. Sin embargo, me amoldaré a lo que usted disponga. Hay un proverbio que dice: "Allá donde fueres..."

—Pues bien —barbotó involuntariamente el doméstico—, ¿en qué concepto debo anunciarle? Como visitante, no es éste su sitio, sino el salón, y permaneciendo en la antecámara me expone usted a que me den una reprimenda... Piensa usted en quedarse a vivir con nosotros, ¿no es verdad? —añadió lanzando otra mirada oblicua al envoltorio, que era lo que más le daba que pensar.

—No, ni sueño con eso. Y aunque ellos me lo propusieran, tampoco aceptaría quedarme aquí. El único objeto de mi visita es conocer personalmente a los dueños de esta casa.

Esta respuesta pareció intranquilizar mucho al desconfiado sirviente.

—¡Cómo! ¿Conocerles personalmente? ¿No me había dicho qué venía para tratar de negocios?

—Quizás me he excedido al usar esa frase. Cierto es, sin embargo, que vengo a hablar de un negocio, pero no en el sentido que da usted a la palabra: es un consejo lo que vengo a pedir, y me interesa más que nada presentarme a la familia de Epantchine, porque la señora generala es también una Muichkine, y ella y yo somos los últimos descendientes de este linaje.

Estas palabras devolvieron la tranquilidad al doméstico.

—¿Así que resulta que son ustedes parientes? —preguntó con cierta vacilación.

—Sí, algo... En verdad, existe ese paranteseco; pero es tan lejano que puede considerarse nulo. Estando yo en el extranjero, escribí una carta a la generala, sin obtener contestación. A pesar de eso, una vez de regreso en mi patria, me he creído obligado a presentarle mis respetos. Le doy estas explicaciones para disipar sus dudas, pues me doy cuenta de su inquietud. Anuncie al príncipe Muichkine, y en cuanto oigan pronunciar este nombre comprenderán cuál es el objeto de mi visita.

Mientras más se esforzaba el príncipe por parecer sencillo y bueno a los ojos del criado, más perdía en el concepto de éste.

El sirviente no podía dejar de reconocer que una conversación oportuna y conveniente entre personas de igual condición está fuera de lugar entre un visitante y un criado; por eso le dijo en un tono imperioso que no había usado hasta entonces.

—Es preciso que pase usted al salón.

—De haberme sentado ahí, no me hubiera sido posible darle las explicaciones que acaba usted de oír —repuso el príncipe con una amable sonrisa— y estaría usted aun bajo la influencia de las prevenciones que han despertado en usted mis ropas y el bulto que llevo en las manos. Ahora quizá juzgue inútil esperar al secretario y no vacilará en anunciarme.

—No puedo anunciar una visita como la suya sin oír primero el parecer del secretario. Además, hace un momento, el general ha prohibido que se le moleste por quienquiera que sea, excepción hecha de Gabriel Ardalionovitch, para el que no reza la consigna.

—¿Es algún funcionario?

—No, está al servicio de la Compañía... Pero, a lo menos, deje usted ese envoltorio.

—Es lo que estaba deseando, y ya que me lo permite... ¿Y si me quitase el capote?

—Sin duda; no puede llevarlo puesto para presentarse delante del general.

El príncipe se levantó, y despojóse del capote, debajo del cual llevaba un saco de buen corte, aunque algo deteriorado. Sobre el chaleco destacábase una cadena de acero; el reloj era de plata, de fabricación ginebrina.

Aunque el criado continuase teniéndole por un idiota, acabó por comprender que contravenía las leyes de la buena educación hablando, tan familiarmente como lo hacía, con un visitante.

Sin embargo, agradábale el carácter del príncipe, si bien, desde otro punto de vista, le producía gran indignación.

—¿Cuándo recibe la generala? — preguntó Muichkine, sentándose nuevamente.

—Eso no me concierne. Sus horas de recibo varían según las personas. Sin embargo, Gabriel Ardalionovitch es recibido también en cualquier momento.

—En el invierno — observó el príncipe — la temperatura de las habitaciones rusas es mejor que la del extranjero. Allí el aire exterior es más templado que en Rusia, pero las casas son inhabitables, durante el invierno, para los compatriotas nuestros que no estén habituados a aquel clima.

—¿No hay calefacción?

—Sí, pero las casas no están construídas como en Rusia; es muy diferente el sistema de estufas y ventanas.

—¿Estuvo usted mucho tiempo en el extranjero?

—Cuatro años, pero casi todo ese tiempo lo pasé en el mismo lugar; vivía en una aldea.

—Le parecerá ahora que se encuentra fuera de su centro.

—Es cierto, y me sorprende no haber olvidado la lengua rusa. Mientras estamos conversando me digo a mí mismo: "¿Estaré hablando bien?, ¿me entenderá?" Quizá sea por esto por lo que hablo tanto. Desde ayer siento una necesidad imperiosa de hablar en ruso...

—¿Ha residido usted antes en San Petersburgo?

—¿En San Petersburgo? Sólo estuve de paso! — repuso el príncipe —. Entonces yo no conocía nada de Rusia, y ahora, según me han dicho se verificaron tantos cambios, que se ven obligados a estudiarla de nuevo aquellos que la conocían. En la actualidad se habla mucho de las instituciones judiciales...

—Sí, es cierto, tenemos instituciones judiciales — interrumpió el criado —; ¿quizá administran la justicia en el extranjero mejor que nosotros?

—No lo sé. He oído hablar muy bien de nuestros tribunales. Aquí, por ejemplo, no existe la pena de muerte.

—¿Y en el extranjero, sí?

—En Lyon, ciudad de Francia, adonde me llevó Schneider, presencié una ejecución. El condenado era un tal Legros, un hombre inteligente, intrépido, que se hallaba en todo el vigor de la edad. Pues bien, créame o no, en el momento de subir las gradas del patíbulo, estaba más blanco que el papel y lloraba como un niño. ¿No es esto espantoso? ¿Quién es el que llora de miedo? Creía que el terror no podía arrancar lágrimas más que a los niños; pero a un adulto, a un hombre de cuarenta y cinco años, que no había llorado jamás, lo creía imposible. ¿Qué pasaría en su alma durante aquel minuto? ¿De qué inmenso terror sería presa? Aquello era ni más ni menos que un atentado cometido contra su alma. ¡El Evangelio dice "no matarás", y porque un hombre ha matado, le matan también! Eso no debiera ser permitido. Hace más de un mes que asistí a semejante espectáculo, y aun no he conseguido apartarlo de mi imaginación. ¡He soñado con él cinco veces!

A medida que hablaba, el príncipe, aunque sin levantar la voz, se iba exaltando y un ligero carmín coloreaba su pálido rostro.

El criado lo escuchaba con visible interés.

—A lo menos, con esa clase de suplicio no se sufre mucho tiempo — observó.

—Eso es lo que todo el mundo dice — repuso el príncipe —, y, con objeto de no prolongar los sufrimientos, inventaron la guillotina. Pues bien, mientras asistía a esa ejecución, decíame a mí mismo que aquella rapidez de la muerte la hacía más cruel. Acaso le parezca a usted ridícula o absurda esta reflexión; pero semejante idea cruza por nuestra mente, a nuestro pesar, en tales momentos. Imagínese usted, por ejemplo, un hombre al que le están dando tormento: tiene el cuerpo lleno de heridas y, por consiguiente, los dolores físicos le distraen de los sufrimientos morales, de suerte que, hasta que sucumbe, sus heridas constituyen su único suplicio. Ahora bien, la más insoportable tortura ¿no es por ventura la ocasionada, no por las heridas, sino por la convicción de que al cabo de una hora, de pocos minutos quizá, de un instante, el alma se separará del cuerpo, dejando de ser una criatura viva? ¡Lo más horrible, es esa certidumbre! ¡Ese momento fatal, en que el reo, con el cuello encogido espera la caída de la cuchilla! ¡No, no es lícito someter a este suplicio a los seres humanos!

El criado no hubiera podido exteriorizar sus sentimientos en la forma expuesta por el príncipe; pero su semblante revelaba la emoción de que estaba embargado.

—Si realmente no puede usted pasarse sin fumar — dijo —, hágalo sin reparo, pero procure despachar pronto, porque puede ser llamado de un momento a otro. Salga por esa puerta; al lado de una pequeña escalera, verá usted una habitación; ahí puede fumarse una pipa; tenga la precaución de abrir la ventana, para que no se perciba el olor del tabaco.

Pero el príncipe no tuvo tiempo de ir a fumar. En aquel momento apareció en la antecámara un joven que llevaba unos papeles en la mano.

El criado le ayudó a sacarse el abrigo.

El joven dirigió a Muichkine una rápida mirada.

—Gabriel Ardalionovitch —dijo el sirviente en tono confidencial, casi familiar —, este individuo se ha presentado bajo el nombre de príncipe Muichkine y dice que es pariente de la señora. Acaba de llegar del extranjero, según afirma, y solamente trae un pequeño envoltorio de ropa...

El príncipe no pudo oír más, porque el criado siguió hablando en voz baja. Gabriel escuchaba atentamente y dirigía de vez en cuando miradas de curiosidad al príncipe.

—¿Es usted el príncipe Muichkine? — dijo, volviéndose hacia el viajero y haciendo gala de una cortesía y afabilidad exageradas.

Era un joven de veintiocho años, bastante bien parecido, rubio, de estatura mediana, barba recortada en punta, y porte elegante. Unicamente la amabilidad de su sonrisa parecía fingida; en vano afectaba bondad y alegría; su mirada era fija y escudriñadora.

"Este debe tener otro aspecto cuando está solo, y quizá no ríe jamás" — pensó el príncipe.

Y se apresuró a dar cuantos informes podía de sí propio, repitiendo, poco más a menos, lo que había dicho al criado y a Rogojine.

—¿Es usted el que, hace cerca de un año, escribió, desde Suiza, una carta a Isabel Prokofievna? — preguntó Gabriel, evocando sus recuerdos.

—Sí.

—Entonces aquí se le conoce y seguramente será usted recibido. ¿Desea ver a Su Excelencia? Voy a anunciarle... Dentro de un momento el general podrá escucharle. Pero no es aquí, sino en el salón, donde habrá de esperar. ¿Por qué no ha pasado antes? — añadió en tono severo, dirigiéndose al criado.

—Creo haberle dicho a usted que se obstinó en permanecer aquí...

En aquel momento abrióse bruscamente la puerta del despacho, apareciendo un militar que llevaba un cuaderno bajo el brazo, y que en voz alta despedíase del dueño de casa.

—¿Estás ahí, Gania? — preguntó una voz desde el interior del despacho —. Entra, entra.

Gabriel Ardalionovitch saludó con una ligera inclinación de cabeza y apresuróse a obedecer la indicación que acababan de hacerle.

Dos minutos después volvía a abrirse la puerta del despacho, y se dejaba oír la voz sonora del secretario:

—Tenga la bondad de pasar, príncipe — dijo cortésmente.

III

Cuando apareció el visitante, Iván Fedorovitch Epantchine, que se hallaba de pie en el centro del despacho, lo examinó con profunda curiosidad y aun avanzó dos pasos hacia él.

El príncipe, saludando al general, dióse a conocer.

—Bien — dijo el dueño de casa —, ¿en qué puedo servirle?

—No me trae aquí ningún asunto urgente; el objeto único de mi visita es el de conocer a usted... Sentiría importunarle, pues ignoro sus horas y días de recibo... Acabo de llegar de Suiza y desde la estación he venido directamente aquí.

El general sintió deseos de sonreír, pero la reflexión le contuvo y tras un momento de silencio que empleó en examinar por segunda vez al visitante, desde la cabeza hasta los pies, le indicó con un gesto rápido que tomase asiento, al mismo tiempo que lo hacía él un poco de costado y mirando de un modo inquisitivo al príncipe, como si quisiera adivinar el motivo de aquella visita.

Entretanto, Gania, de pie, examinaba unos papeles que estaban esparcidos sobre la mesa de trabajo.

—No dispongo de mucho tiempo para hacerme de nuevas relaciones — dijo Iván Fedorovitch —; pero como supongo que habrá usted venido por algún motivo...

—Había supuesto — interrumpió el príncipe — que atribuía usted mi visita a algún fin particular; pero le aseguro que, excepto el de tener la satisfacción de conocerle personalmente, no me ha conducido aquí ningún otro interés.

—No es menos intensa mi satisfacción — repuso el general —, pero usted comprenderá que no me es posible distraerme, pues obligaciones perentorias reclaman toda mi atención... Por otra parte, hasta ahora no acierto a comprender que exista nada de común entre usted y yo, es decir, que haya alguna causa para...

—Es muy cierto, no existe nada, ninguna causa... Porque yo sea un Muichkine y su esposa de usted pertenezca a la misma familia, no hay razón para que suponga que existe algo de común entre nosotros; lo comprendo muy bien. Sin embargo, repito que ningún interés particular me guía a venir a verle. He pasado más de cuatro años en el extranjero, ¡y sólo Dios sabe en qué situación me encontraba cuando salí de Rusia! Sufría una enfermedad mental..., no conocía a nadie... Ahora me sucede lo mismo, o quizá algo peor... Tengo necesidad de hallar personas honradas, gestiono un asunto y no sé a qué puerta llamar. En Berlín decía para mí: "Son casi parientes, me dirigiré a ellos, pues tal vez me podrán ayudar y yo a ellos, si son personas correctas". Y tenía entendido que usted lo era.

—¡Muy agradecido! — exclamó el general, extrañado —. ¿Me permite preguntarle dónde se aloja usted?

—En ninguna parte, por ahora.

—¿Luego, desde la estación ha venido aquí directamente? ¿Y... con su equipaje?

—Mi equipaje se compone de un pequeño envoltorio de ropa interior que he dejado ahí afuera. De aquí a la tarde, tengo tiempo de buscar alojamiento.

—¿Piensa usted alquilar alguna habitación?

—Sin duda.

—Por sus palabras, yo creí que esperaba instalarse en mi casa.

—Para ello hubiera sido preciso que usted me lo ofreciera; pero confieso que, en este caso, tampoco aceptaría. No es que tenga motivos para rehusar el ofrecimiento, sino que... a ello se opone mi carácter.

—Siendo así, he hecho muy bien en no invitarle. Permítame, príncipe, que deduzca la conclusión de esta entrevista: usted y yo hemos reconocido que entre nosotros no existe parentesco, aunque ello sería muy halagüeño para mí; por consiguiente...

—Por consiguiente, debo marcharme, ¿no es

cierto? — interrumpió el príncipe, levantándose sonriente y alegre, a pesar de que su situación era crítica en extremo—. Le aseguro, general, que, a pesar de mi inexperiencia de la vida de San Petersburgo, presentía que nuestra entrevista había de acabar así. Pues bien, quizá sea mejor que esto haya sucedido... Por lo demás, tampoco mi carta fué contestada... ¡Vaya, adiós, y perdone que le haya molestado!

—Usted sabe, príncipe, que si bien es cierto que yo no le conozco, tal vez Isabel Prokofievna, por la identidad de apellidos, tenga interés en conocerle... ¿Puede esperar un momento, si no tiene mucha prisa?

—¡Oh, puedo disponer de cuanto tiempo me plazca! — contestó el príncipe, dejando al punto sobre la mesa su abollado sombrero—. Se lo confieso francamente: confiaba en que quizá Isabel Prokofievna recordara haber recibido una carta mía. Hace un momento, mientras esperaba en la antecámara, su criado me tomaba por un pordiosero que venía a pedir una limosna. No pasó inadvertido eso para mí y supuse que la servidumbre de esta casa ha recibido órdenes muy rigurosas sobre este particular. Le aseguro, empero, que se han equivocado, pues, vuelvo a repetirlo, no me ha traído otro motivo que el de conocer a usted. Desgraciadamente, observo que le he molestado.

—Oiga lo que voy a decirle, príncipe — repuso el general—; si es usted realmente lo que parece, tendré mucho gusto en que se estrechen nuestras relaciones; pero usted se hará cargo de que soy un hombre muy ocupado. En este momento, tengo aún que leer y firmar varias cartas; luego iré a saludar a Su Alteza y de allí, a la comandancia militar. Así, pues, no obstante el placer que experimento conversando con una persona de sus méritos..., pues no dudo de su exquisita educación y... ¿Qué edad tiene usted, príncipe?

—Veintiséis años.

—¡Ah! Lo suponía más joven.

—Sí, todos dicen que no represento la edad que tengo. Bueno, procuraré no molestarle en lo sucesivo, pues no gusto de fastidiar a nadie. Además, me persuado de que entre nosotros no puede haber nada de común, y que, a juzgar por las apariencias, nada podrá acercarnos. Con frecuencia nos parece que existen ciertos puntos de contacto donde no puede haberlos... La pereza humana hace que no lo echemos de ver... Empiezo a aburrirle, ¿verdad? Sin embargo, aseguraría que usted...

—Tengo que decirle aún dos palabras — interrumpió el general—: ¿posee usted algo de fortuna o piensa dedicarse a algún trabajo? Perdone que le hable con tanta franqueza.

—¡Bah! Su pregunta es muy natural y me la explico perfectamente. Por ahora carezco de fortuna y también de ocupación, y a fe que lo necesito. Hasta hoy, han sido personas extrañas las que han proveído a mi sostenimiento. Al abandonar Suiza, el profesor Schneider, a cuyo cuidado estaba, me entregó escasamente el dinero necesario para el viaje, de manera que apenas me quedan algunos copecs...

—Entonces, ¿cómo piensa usted vivir? ¿Cuáles son sus intenciones? — interrumpió el general.

—Quisiera trabajar, no importa en qué...

—¡Oh, veo que es usted filósofo! Sin embargo, creo que tendrá usted aptitudes especiales, que poseerá algunos conocimientos que le permitan ganarse el pan de cada día... Vuelvo a rogarle que me dispense.

—Nada tengo que dispensarle. Creo que no poseo conocimientos de ninguna clase ni aptitudes especiales; todo lo contrario, pues a causa de mi salud delicada, mi instrucción ha sido incompleta. Pero, en cuanto a ganarme el pan, me parece...

El general interrumpió de nuevo a su interlocutor, haciéndole varias preguntas acerca de su pasado. El príncipe volvió a hacer el relato de su vida, y supo que Iván Fedorovitch había oído hablar de Pavlichtcheff; es más, que le había conocido personalmente.

Muichkine ignoraba por qué se había encargado éste de su educación, a menos de atribuirlo a la amistad que le unía a su padre.

Quedó huérfano en edad muy temprana y le criaron en el campo, porque su salud exigía aires libre y sanos.

Pavlichtcheff lo confió a unas señoras ancianas, parientas suyas y propietarias, las cuales le pusieron primero una institutriz y luego un preceptor.

Mas, aunque lo recordase todo, declaró el príncipe que no podía explicar satisfactoriamente muchas cosas que eran aún muy obscuras para él. Los repetidos accesos de su enfermedad habíanle dejado idiota casi por completo.

Idiota: ésta es la palabra que él mismo empleó.

—Finalmente — prosiguió el narrador—, Pavlichtcheff tropezóse un día en Berlín con el doctor Schneider, médico suizo especialista en la enfermedad que yo padecía, el cual ha establecido en el cantón de Valais un sanatorio psiquiátrico, en el que trata el idiotismo y la locura por medio de la hidroterapia y la gimnasia. Hace cosa de cinco años que Pavlichtcheff me hizo ingresar en dicho establecimiento, y tres que murió repentinamente mi protector, sin haber tenido tiempo para poner en orden sus asuntos. Esto no impidió, sin embargo, que el doctor Schneider me retuviese dos años más con él, y, gracias a los cuidados que me ha prodigado, estoy bastante mejor, pero no curado por completo. A pesar de esto yo tenía grandes deseos de regresar a Rusia y, como sobrevino un incidente de mucha importancia, el doctor se vió obligado a dejarme partir.

Este relato impresionó hondamente al general.

—¿Y no conoce usted a nadie en Rusia?

—Todavía no; mas espero... He recibido una carta...

—A lo menos — interrumpió el general, que no había entendido bien

las últimas palabras del príncipe —, a lo menos habrá usted aprendido algo, y su enfermedad no le impediría desempeñar algún empleo fácil en la administración, ¿no es cierto?

—¡Oh, seguramente! Y mi mayor deseo es hallar ese empleo, pues quiero saber de qué soy capaz. Durante los cuatro años que residí en Suiza he estudiado, aunque no de una manera sistemática, siguiendo un método propio del doctor Schneider. Además, tuve ocasión de leer muchos libros rusos.

—¿Libros rusos? Así, pues, ¿sabe usted leer y escribir correctamente?

—Desde luego.

—Muy bien; ¿tiene usted buena letra?

—Magnífica. En esto soy un verdadero genio, un calígrafo consumado, puedo decirlo sin jactancia. Déme los útiles necesarios y se lo probaré al punto — dijo el príncipe con calor.

—Con mucho gusto; es más, lo creo necesario — contestó el general.

—¡Qué bien provisto está usted de objetos de escritorio! Plumas, lápices, papel excelente, terso y fuerte.. Realmente es magnífico este despacho.

—Gania — dijo el general dirigiéndose al secretario —, déle papel al príncipe. Aquí tiene plumas; le ruego que se siente ante aquella mesita.

"¿Qué es eso? — preguntó luego el general a su secretario, el cual había sacado de su cartera un retrato y lo mostraba a su jefe—. ¡Hola! Es Anastasia Filippovna... ¿Te lo ha dado ella misma? — añadió con viva curiosidad.

—Sí, me lo entregó hace un momento, cuando fuí a felicitarla. Tiempo ha que se lo había pedido..., y quién sabe si lo ha hecho para darme una lección por haberme presentado, en un día como hoy, con las manos vacías, sin ningún regalo — añadió el secretario con una amarga sonrisa.

—¡Oh, qué susceptible eres! — replicó el general—. ¿Cómo puedes suponer semejante cosa siendo Anastasia tan desinteresada? Además, ¿qué hubieras podido regalarle, fuera de tu retrato? Y, a propósito, ¿te lo pidió?

—No, todavía no... ¿Creo que no se habrá olvidado usted de la velada de esta noche? Ha sido invitado muy especialmente.

—No, no la olvido, y concurriré, con toda seguridad. ¡Un cumpleaños, un vigésimoquinto aniversario! Bien, Gania, me decido a revelarte un secreto... Escucha: nos ha prometido a Atanasio Ivanovitch y a mí que esta noche tomará una resolución definitiva, ya estás avisado. ¡A ver cómo te portas!

Gania palideció intensamente y un estremecimiento agitó su cuerpo.

—¿Es cierto eso?

—Nos lo prometió anteayer, accediendo a nuestros ruegos. Pero nos pidió que no te dijéramos nada.

El general no apartaba su mirada de Gania, cuya turbación le causaba viva inquietud.

—Recuerde usted, Iván Fedorovitch — repuso con visible agitación el joven—, que ella me ha dejado en entera libertad para tomar una resolución hasta que ella misma lo hiciera y que sólo en este último caso podré manifestar mis propósitos.

—¿Y qué has resuelto?

—Nada puedo decir.

—¿Te portas así con nosotros?

—No me niego...; quizá no me he expresado bien...

—¡Sólo faltaría eso, que te negaras! — interrumpió el general, dando libre desahogo a su irritación—. Amigo mío, no se trata ya de *rehusar*, sino de *aceptar* con premura y alegría... ¿Qué es lo que ocurre en tu casa?

—En mi casa no hay más voluntad que la mía. Mi padre sigue haciendo las extravagancias de costumbre. Yo ya no le hablo y guardo las distancias que marca el respeto, aunque, a decir verdad, de no ser por mi madre, le hubiera pedido que se fuera de casa. Naturalmente, mi madre no hace más que llorar y mi hermana está cada día más insufrible; de suerte que me he visto obligado a decirles sin rodeos que sólo yo soy el llamado a resolver sobre mi porvenir, que en casa no hay más amo que yo y que quiero ser obedecido. Todo esto se lo dije a mi hermana, pero mi madre estaba presente.

—Pues yo, amigo mío, sigo sin entender una sola palabra —repuso el general con aire pensativo—. No hace mucho que la propia Nina Alejandrovna vino a lamentarse ante mí... ¿Te acuerdas del día de su visita? "¿Qué te pasa?" — le pregunté. Me contestó que consideraba ese matrimonio como un *deshonor* para la familia. "¿Qué deshonor puede haber en esto, si me es lícito preguntarlo? — repliqué—. ¿Qué se le puede reprochar a Anastasia Filippovna y quién puede decir, con fundamento, la cosa más insignificante en contra suya? ¿Que ha sido amante de Totzky? ¡Bah! Esto es absurdo, sobre todo si se tienen en cuenta ciertas circunstancias..." "¿Le daría usted por compañera y amiga a sus hijas? — interrumpió. "¡Oh, ésta sí que es buena! — repliqué—. Nina Alejandrovna, se ve que no quiere usted comprender..."

—Su posición — interrumpió Gania, terminando la frase del general—. La comprende, sí, esté tranquilo por este lado. Además, aquel mismo día le di una buena reprimenda para que no vuelva a inmiscuirse en los asuntos de los otros.

El príncipe oyó toda esta conversación desde el sitio donde se hallaba escribiendo. Cuando hubo terminado, acercóse a la mesa-escritorio para entregar al general la muestra de sus aptitudes caligráficas.

—¿De modo que ésta es Anastasia Filippovna? —preguntó, examinando el retrato con curiosidad—. ¡Es de una belleza asombrosa! — añadió con calor. Y no exageraba.

Anastasia Filippovna aparecía en aquella fotografía peinada con negligencia. Sus ojos eran de mirar profundo, y la frente espaciosa. Su rostro, fino, delicado y pálido, reflejaba la pasión con cierta arrogancia.

El general y Gania dirigieron al príncipe una mirada de sorpresa.

—¡Cómo! ¿Acaso conoce usted a Anastasia Filippovna? —preguntóle el general.

—Sí, no hace aún veinticuatro horas que me encuentro en Rusia y ya conozco esa beldad — contestó el príncipe.

Y refirió su encuentro con Rogojine y lo que éste le había contado.

—¡He aquí otro contratiempo! — murmuró el general, que había escuchado con interés el relato del príncipe y trataba ahora de escudriñar el alma de Gania.

—Es muy probable — observó éste, algo turbado también por lo que acababa de oír — que sólo se trate de una broma. El hijo del mercader es muy divertido... Oí hablar de él.

—Y yo también, amigo mío — repuso el general—. Anastasia nos contó esa historia de los pendientes. Pero ahora han cambiado las cosas y están en juego un millón y... una gran pasión. Aun admitiendo que esa pasión fuese la de un muchacho alegre, no por eso sería menos violenta, y ya se sabe de lo que es capaz un joven enamorado. ¡Ah! ¡Ojalá que el asunto no traiga cola! — concluyó el general con inquietud.

—¿Teme usted por el millón? — preguntó Gania.

—¿Y tú no?

—¿Qué le pareció Rogojine, príncipe? — preguntó de pronto Gania, dirigiéndose a Muichkine —. ¿Le tiene usted por un hombre serio o por un charlatán? ¿Qué impresión le causó?

Mientras Gania hacía estas preguntas, una nueva idea abrasaba su cerebro, haciendo brotar rayos de sus ojos.

—No sé qué decirle — respondió Muichkine —; sin embargo, me pareció observar en él un amor sincero, que constituye una especie de enfermedad. Por otra parte, no hay duda de que aun sufre mucho y tal vez se verá obliga-

do a guardar cama por algún tiempo.

—¿Lo cree usted? — preguntó el general, aferrándose a esa idea.

—Sí — afirmó el príncipe.

—Quizá sea cierto que tenga que guardar cama dentro de algunos días — observó Gania, dirigiéndose al general —; pero los sucesos que tememos pueden desarrollarse en un momento, y quién sabe si esta misma noche tendremos una sorpresa.

—Ciertamente, no lo dudo... Todo dependerá del estado de ánimo de Anastasia Filippovna.

—Y bien sabe usted que a veces es muy rara.

—¿Qué quieres decir? — exclamó Iván Fedorovitch, desconcertado —. Escucha, Gania; te ruego que no la contradigas y que procures ser con ella... ¿cómo te diré?... muy cortés. Ha llegado el momento de hablar claro: ¿qué fin perseguimos en este matrimonio? Por lo que a mí se refiere, nada tengo que temer; cualquiera que sea la forma en que se resuelva el asunto, ha de ser favorable para mí, porque nada ni nadie podrá hacer desistir a Totzky de la resolución que ha tomado; por consiguiente, no corro ningún riesgo. Así, pues, lo único que deseo es tu bien. Examínate a ti mismo; ¿o es que no tienes confianza en mí? Además, tú eres un hombre... inteligente, y yo contaba contigo. Ahora, en el caso presente, es... es...

—Esencial — dijo Gania con sonrisa venenosa que no trató de disimular. Y fijó sus ojos llameantes en los del general, como si hubiera querido leer su pensamiento con aquella mirada.

Iván Fedorovitch se puso rojo de ira.

—Pues bien, sí, es esencial demostrar talento — repuso, mirando audazmente a su interlocutor —, y tú, Gabriel Ardalionovitch, eres un hombre ridículo. Diríase que la llegada de ese comerciante te llena de alegría y ves en ella una escapatoria con la que no contabas. Mas esto es precisamente lo que exige decisión... Es necesario resolverse; ya faltan pocas horas y... En resumidas cuentas, ¿quieres o no quieres? Responde, y acabamos de una vez. Nadie te obliga, Gabriel Ardalionovitch.

—¡Quiero! — murmuró en voz baja, pero con tono resuelto.

Esta respuesta satisfizo al general. De pronto, se volvió hacia el príncipe, reflejando en su rostro la inquietud que le producía el temor de que Muichkine se hubiese enterado de la conversación. Pero le bastó mirar al príncipe para recobrar la tranquilidad.

—¡Oh! — exclamó, examinando la muestra de caligrafía que le presentaba el joven —; ¡esto es admirable! Mira, Gania, qué talento tiene el príncipe.

Muichkine había escrito en un pliego de papel de barba, la siguiente frase:

"El humilde *igumen* Pafnutii ha puesto aquí su firma."

—Miren ustedes esto — comenzó a explicar el príncipe con alegre animación —; es la verdadera firma del *igumen* Pafnutii, tomada de un manuscrito del siglo catorce. Los *igumenes* y los metropolitanos de aquel tiempo firmaban de una manera perfecta, a veces con gusto y siempre con escrupuloso cuidado. Seguramente tiene usted, general, alguna obra de Pogodine, ¿verdad? He reproducido también otro tipo: mire usted, éstos son los caracteres redondos que usaban los franceses en el siglo pasado; es la escritura propia de los copistas de entonces. Fíjese qué redondas son esta *D* y esta *A*; yo he trasladado el carácter francés a la caligrafía rusa y confieso que lo he conseguido no sin poco trabajo. ¿Y esta otra escritura original? Lean esta frase: "Con tesón, se alcanzan todas las cosas". Forzoso es reconocer que no tiene nada de fea. La usan en las cancillerías rusas, y, sobre todo, en las comunicaciones oficiales que se han de dirigir a los personajes importantes. Las letras son uniformemente redondas y negras, pero trazadas con verdadero gusto. Cuando, no hace mucho, cayó ante mis ojos una muestra de esta forma de letra, quedé hondamente impresionado... ¿Dónde fué?... ¡Ah, sí, ya lo recuerdo; en Suiza!... Este es el carácter inglés ordinario; no se puede dar mayor elegancia; esto es admirable, perfecto. Finalmente, aquí tiene usted una variante, una escritura mixta, cuyo modelo me fué entregado por un viajante francés. En el fondo predomina el carácter inglés, sólo que los perfiles gruesos son más negros...

—¡Oh! — interrumpió riendo el general —, ¿dónde ha profundizado usted de este modo para conocer todo esto? ¡Verdaderamente, usted es más que un simple pendolista, es un artista! ¿Verdad, Gania, que es un verdadero artista?

—Indudablemente — repuso el secretario, sonriendo burlonamente.

—Ríete cuanto gustes — expresó el general —; pero yo te aseguro que veo en esto un porvenir... ¿Sabe usted, príncipe, a qué personaje irán dirigidos los documentos que usted ha de escribir? Es muy probable que, al principio, no le den más de treinta y cinco rublos mensuales... Ya es más de mediodía — añadió consultando su reloj —; hablemos de intereses, príncipe, porque es muy fácil que no volvamos a vernos durante el día. Siéntese, pues, por un momento; ya le dije que no podré recibirle con mucha frecuencia, pero quiero ayudarle en algo...; entendámonos, en algo quiere decir, en las necesidades más urgentes. Empero, una vez colocado, le dejaré en entera libertad para que obre usted como tenga por conveniente. Procuraré colocarle en un escritorio donde no tendrá mucho trabajo, aunque sí le exigirán que sea puntual. Ahora, escúcheme: Gabriel Ardalionovitch Ivolguine, mi joven amigo aquí presente, y con quien le ruego que trabe relación, vive en familia, es decir, con su madre y una hermana; estas señoras disponen de tres habitaciones amuebladas y muy limpias, que alquilan a personas de inmejorables referencias. En el alquiler va comprendida la comida. No dudo de que Nina Alejandrovna atenderá una recomendación mía. Esta casa será para usted un verdadero tesoro, pues se trata de una familia que le cuidará como si fuera usted uno de sus individuos. Nina Alejandrovna y Bárbara Ardalionovna, madre y hermana, respectivamente, de Gabriel, son dos señoras a las que tengo en mucha estima. Le digo esto, príncipe, para darle a entender que le recomiendo personalmente y que, por lo tanto, respondo de usted en cierto modo, como si fuera su fiador. El precio de la pensión es muy módico y espero que, con su sueldo, podrá hacer frente a ese gasto... Pero el hombre, por morigerado que sea, necesita disponer siempre de algún dinero; no obstante, a mi juicio, haría usted bien en no llevar dinero encima. Mas, como creo que en este momento sus bolsillos están completamente vacíos, permítame que le entregue estos veinticinco rublos..., en concepto de préstamo, se entiende. Si es usted un hombre tan diestro como leal, según creo, viviremos siempre en buenas relaciones. Si me intereso por usted es porque se me ha ocurrido una idea que a su debido tiempo le comunicaré. Ya ve que le hablo con toda franqueza, pues tengo en usted absoluta confianza. Gania, ¿tienes algún inconveniente en hospedar al príncipe en tu casa?

—¡Oh, ninguno! Al contrario, mamá tendrá en ello un verdadero placer.

—Me parece que tienen ustedes otro huésped, ¿no es cierto? Un tal Ferd... Ferd...

—Ferdychtchenko.

—¡Ah, sí! Pues bien, ese Ferdychtchenko no me es nada simpático. Es un bufón de pésimo gusto... Bueno, príncipe, ¿qué le parece mi ofrecimiento?

—Le doy las gracias más sinceras por una prueba de bondad que tanto más me conmueve cuanto que nada le he pedido. No se lo digo por orgullo; la verdad es que no tenía dónde reclinar la cabeza. Rogojine me invitó a ir a visitarle...

—¿Rogojine? Pues bien, paternalmente se lo aconsejaría y como amigo se lo ruego, que olvide a ese joven. Creo que no le conviene extender sus relaciones más allá del círculo de la

familia con la que va a habitar.

—Puesto que es usted tan bueno, debo decirle que tengo un asunto...

—Perdóneme, amigo —interrumpió el general—; no puedo perder ni un momento más. Voy a anunciarlo a mi esposa, y si ella consiente en recibirle en seguida (le hablaré en términos que la induzcan a hacerlo), le aconsejo que se aproveche de la ocasión y procure agradarle, porque Isabel Prokofievna puede servirle de mucho; además, también es una Muichkine. Si se niega a recibirle, no insista usted; otra vez será... Tú, Gania, entretanto, revisa estas cuentas.

Dicho esto, Iván Fedorovitch abandonó su despacho, sin que el príncipe pudiera, a pesar de sus intentos, explicarle en qué consistía el asunto que traía entre manos.

Gania encendió un cigarrillo y ofreció otro al príncipe; éste, no atreviéndose a romper el silencio, por temor de molestar al secretario, se puso a examinar el aposento.

De pronto, el secretario acercóse al príncipe, que en aquel momento contemplaba de nuevo el retrato de Anastasia Filippovna.

—¿De manera, príncipe, que le gusta esa mujer? —preguntóle bruscamente, mirándole con ojos escrutadores.

Aquella pregunta envolvía un sentido que no podía alcanzar el interrogado.

—El rostro es precioso —contestó Muichkine—. No es, de seguro, una mujer vulgar... Su cara es alegre, pero ha debido sufrir horriblemente ¿no es cierto? Su mirada lo dice; fíjese en esos hoyuelos, en esos dos puntos bajo los ojos, al comienzo de las mejillas. Ese rostro es arrogante, altivo, y me pregunto si ella es buena. ¡Ah, si fuese buena, todo se habría salvado!

—¿Se casaría *usted* con una mujer semejante? —insistió Gania, que no apartaba del príncipe su llameante mirada.

—Yo no puedo casarme con mujer alguna; estoy enfermo.

—¿Y Rogojine, se casaría con ella?

—Sí, creo que sí, y mañana mismo, si fuera posible; pero la asesinaría antes de ocho días.

Al oír estas palabras, Gania se estremeció tan violentamente, que el príncipe pudo a duras penas contener un grito.

—¿Qué le pasa? —le preguntó asiéndole de un brazo.

—Alteza —dijo en aquel momento un criado—, el general le ruega que pase a las habitaciones de Su Excelencia Isabel Prokofievna.

El príncipe siguió al doméstico.

IV

Las señoritas Epantchine eran de constitución robusta y gozaban las tres de excelente salud; tenían espaldas muy desarrolladas, magífico busto y músculos casi varoniles.

A esta vigorosa organización correspondía, como es natural, un estómago exigente; y la madre, Isabel Prokofievna, quedábase a veces con la boca abierta, como suele decirse, viéndolas comer con apetito devorador y desenfado sin igual.

Pero como, a pesar del respeto que exteriormente le testimoniaban sus hijas, hacía mucho tiempo que éstas habían perdido la costumbre de inclinarse ante sus ideas, la generala creía que, por propia dignidad, debía abstenerse de hacer observación alguna.

Por lo demás, el apetito de la generala nada tenía que envidiar al de sus hijas. A las doce y media en punto tenía la costumbre de sentarse a la mesa, con sus hijas, ante un copioso almuerzo, servido en un reducido comedor contiguo a las habitaciones de Isabel Prokofievna.

El propio general, cuando sus ocupaciones se lo permitían, participaba de aquellos almuerzos íntimos.

Había en la mesa café, manteca, queso, miel, carne, chuletas y ciertas masas a las que Isabel era muy afecta.

La mañana en que comienza nuestra historia, toda la familia, reunida en el pequeño comedor, esperaba al general, que había prometido acompañarlas.

Al acercarse a su mujer para darle los buenos días y besarle la mano, Epantchine notó algo inquietante en la expresión de su rostro.

Desde el día anterior había presentido que en aquel momento ocurriría algo, y por la noche, antes de dormirse, torturó en vano su mente para conjeturar qué podría ser ese algo; sin embargo, el caso, no por previsto, le alarmó menos.

Las jóvenes abrazaron a su padre; y si bien no le demostraron enojo, parecíale notar también en ellas algo insólito.

Cierto es que varias circunstancias habían hecho al general sospechoso ante su familia; pero, como padre astuto y esposo experimentado, tomó sus medidas.

A riesgo, empero, de alterar el orden de nuestro relato, tenemos que abrir un largo paréntesis, para explicar la situación de la familia Epantchine en el momento en que comienza nuestra historia.

Aunque en general no hubiese hecho estudios especiales, y se hubiese instruído, según decía, por sí mismo, era esposo experimentado y padre astuto.

Mientras la mayor parte de los hombres a quienes el cielo ha concedido larga descendencia femenina piensan en casarla lo antes posible, Iván Fedorovitch, por el contrario, no inclinaba a sus hijas al matrimonio, no ejercía presión sobre ellas.

Dejadas enteramente libres, las jóvenes pondrían ellas mismas manos a la obra cuando creyeran llegado el momento de casarse, y entonces el asunto se deslizaría por sí solo.

Entonces la tarea de los padres se limitaría a prevenir una elección mal hecha o una inclinación fuera de lugar, mediante una vigilancia estrecha y lo más disimulada posible.

Además, era de tener en cuenta que la fortuna y la importancia social de la familia aumentaban cada año en proporción geométrica, y, por consiguiente, a medida que pasaba el tiempo, las señoritas Epantchine eran cada vez más espléndidos partidos.

Pero, mientras el general razonaba de esta manera, se produjo un hecho que era fácil de prever y que, sin embargo, fué una sorpresa para todos: la hija mayor, Alejandra, cumplió los veinticinco años.

Casi al mismo tiempo, Atanasio Ivanovitch Totzky manifestó sus deseos de contraer matrimonio, a pesar de sus cincuenta y cinco años.

Perteneciente al gran mundo, inmensamente rico, de maneras elegantes y de gustos refinados, Totzky quería hacer un buen casamiento, en el que entrase por mucho la belleza de la novia.

Y, como desde hacía mucho tiempo uníale íntima amistad con Iván Fedorovitch, socio suyo en varias empresas financieras, le confió sus intenciones y, so pretexto de pedirle un consejo de amigo, preguntóle si podía aspirar sin temor a la mano de una de sus hijas.

De éstas, la más bella era Aglae, la menor de las tres. Pero el mismo Totzky, a pesar de su egoísmo, comprendía que por ese lado nada tenía que esperar, pues era muy difícil que Aglae le fuera concedida. Cegadas, tal vez, por una ternura excesiva, Alejandra y Adelaida soñaban para ella con un partido excepcionalmente brillante, el ideal de la felicidad terrestre.

Esto no lo ignoraban sus padres; por lo tanto, cuando Totzky expuso sus propósitos matrimoniales, creyéronse poco menos que seguros de obtener el consentimiento de Alejandra o de Adelaida.

Profundamente versado en la ciencia de la vida, el general había acogido desde un principio, con la atención que merecían, las proposiciones de Totzky. Y como éste, por razón de circunstancias especiales, habíase insinuado con mucha circunspección, limitándose, por decir así, a tantear el terreno, los padres, a su vez, al comunicar el caso a sus hijas, tuvieron cuidado de dejarlas en la incertidumbre.

La respuesta que obtuvieron no fué tampoco muy concreta; sin embargo, bastó para convencerles de que, en el momento preciso, Alejandra mostraríase sumisa a sus deseos.

Era Alejandra una joven agraciada, de carácter resuelto, pero en extremo indiferente; buena y razonable, se casaría con Totzky sin repugnancia, y si empeñaba su palabra, mantendríala lealmente. Enemiga del escándalo, en vez de atentar contra la tranquilidad del marido, procuraría su reposo y bienestar. ¿Qué más podía desear Totzky?

Sin embargo, el asunto iba para largo. De común acuerdo, Totzky y el general habían decidido que, de momento, no contraerían ningún compromiso irrevocable.

Los padres, por consiguiente, no se atrevían a encarar con resolución el asunto ante sus hijas. De pronto, en el matrimonio comenzaron a surgir disentimientos: la generala mostrábase disgustada, y esto era un mal síntoma.

Existía una circunstancia enojosa o, como decía Totzky, "un caso embarazador", susceptible de convertirse en obstáculo insalvable.

Para explicar este obstáculo, es preciso que retrocedamos dieciocho años.

En aquella fecha, en una provincia del centro de Rusia, donde Totzky poseía uno de sus mejores dominios, tenía por vecino un modesto hacendado llamado Felipe Alejandrovitch Barachkoff. Era éste un antiguo oficial que pertenecía a una buena familia, de mejor cuna que Atanasio Ivanovitch, pero perseguido implacablemente por la mala suerte. Agobiado de deudas, había conseguido al fin, tras inauditos esfuerzos, poner en orden sus cosas.

Con el corazón henchido de esperanza, fué, por algunos días, a la capital del distrito, para hablar con uno de sus principales acreedores y tratar de convenir un arreglo.

Mas, a las cuarenta y ocho horas de haber llegado, recibió la visita de su administrador, quien había ido a galope tendido y con el rostro lleno de quemaduras, para darle una terrible noticia: el día antes, a las doce, habíase declarado un incendio en la habitación de Barachkoff, tomando tales proporciones el fuego, que destruyó por completo la casa, pereciendo el ama entre las llamas y salvándose las hijas milagrosamente.

Esta catástrofe colmaba la medida; por acostumbrado que estuviese a los golpes del destino, éste no pudo soportarlo: se volvió loco y un mes después fallecía.

Los acreedores se apresuraron a reclamar la venta de sus propiedades; y Atanasio Ivanovitch Totzky hízose cargo generosamente de las niñas, la mayor de las cuales contaba siete años, y seis la pequeña. Las hizo educar junto con las hijas del administrador, antiguo empleado suyo.

De las dos huerfanitas, pronto quedó sólo la mayor, Anastasia; la otra murió de tos ferina.

Toztky, que a la sazón residía en el extranjero, no tardó en olvidarse de las niñas; pero cinco años después ocurrióscle visitar su dominio y echó de ver al punto, en la rústica casita, entre los hijos de su administrador, una graciosa muchacha de doce años, avispada, inteligente, que prometía ser una mujer encantadora.

En esto, Atanasio Ivanovitch poseía un ojo infalible.

Su estada en la hacienda fué corta, pero tuvo tiempo de tomar ciertas disposiciones. En la educación de la niña se operó un cambio radical: fué confiada a los cuidados de una institutriz suiza, la cual, durante los cuatro años que tuvo a su lado a la discípula, le enseñó el francés y los conocimientos indispensables para una señorita bien educada.

Totzky poseía también, en otra provincia lejana, un dominio de escasa importancia, en el que había hecho construir y amueblar con cierto lujo una casita de madera. Como hecho de propósito, el lugar se llamaba *Otradnoié* (El consuelo).

A una versta de la casita vivía una propietaria, viuda y sin hijos.

Cuando Anastasia terminó sus estudios, esta señora, convenientemente instruída, y con plenos poderes de Atanasio Ivanovitch, fué a hacerse cargo de la joven, la condujo a *Otradnoié* e instalóse con ella en la tranquila casita. Totzky puso, además, al servicio de Anastasia una anciana cocinera y una experta y joven doncella.

Quince días después, Totzky llegaba a la modesta casita y, desde entonces, pareció cobrarle cariño a aquel rincón perdido entre las estepas, y cada verano pasaba allí dos o tres meses.

Así transcurrieron cuatro años en un ambiente de paz y de alegría. Un día de principios de invierno, enteróse Anastasia Filippovna, por ser notorio en el lugar, que Atanasio Ivanovitch estaba a punto de casarse, en San Petersburgo, con una bellísima joven, según decían, de gran fortuna.

Esta noticia produjo una revolución radical en la existencia de Anastasia Filippovna. La joven reveló de pronto una audacia insólita y una firmeza de carácter inesperada. Sin vacilar un instante, abandonó su casita de madera y trasladóse a San Petersburgo, yendo a caer como una bomba en casa de Atanasio Ivanovitch.

Estupefacto, Totzky quiso levantar la voz, pero desde las primeras palabras hubo de bajar el tono: su lenguaje de otro tiempo ya no producía efecto; su lógica, antes tan persuasiva, no daba ningún resultado.

Frente a él hallábase sentada una mujer muy diferente de la que había conocido hasta entonces y que el mes de julio anterior viera tan tranquila en la aldea de *Otradnoié*. En primer lugar, esta nueva mujer sabía y comprendía muchísimas cosas.

Totzky tenía ahora ante sí a una criatura extraña que le miraba con desprecio, le agobiaba con sus amargos sarcasmos y le declaraba abiertamente que nunca había sentido por él sino desdén, porque a la sorpresa del primer momento había sucedido una repugnancia que le producía náuseas.

Totzky podía casarse en seguida, tomar por esposa a quien le viniese en gana, pues a ella, personalmente, la tenía eso sin cuidado; pero ella había ido a San Petersburgo para impedir ese matrimonio por maldad, porque así lo quería. Obrando de este modo, Anastasia no perseguía otro fin que el de divertirse a costa de Totzky; una vez a cada uno, dice el proverbio. Y ahora le tocaba reír a ella.

Mientras la nueva Anastasia Filippovna hablaba con ese lenguaje inusitado, Totzky reflexionaba sobre el incidente, tratando de coordinar sus ideas. Trabajo le costó lograrlo. Durante quince días no supo qué partido tomar. Finalmente se decidió.

Totzky, que a la sazón tenía cincuenta y cinco años, era muy bien visto en la alta sociedad, pues hacía mucho tiempo que su posición social descansaba sobre bases muy sólidas.

No amando ni apreciando más que a sí mismo, a su reposo y bienestar, no podía sufrir el más leve atentado contra todo esto.

Sin embargo, él sabía que con su fortuna y relaciones podíase cometer impunemente alguna pequeña ilegalidad para librarse de estorbos.

Además, no había duda de que en el terreno judicial, por ejemplo, Anastasia Filippovna ningún daño podía causar, ni era de temer un grave escándalo, pues éste, al primer amago, sería prontamente ocultado.

Pero estas consideraciones no devolvían la tranquilidad a un hombre tan clarividente como Atanasio Ivanovitch: él había leído en los ojos llameantes de Anastasia Filippovna que ella se daba perfecta cuenta de su impotencia en el terreno judicial y que acariciaba otro proyecto, aunque esto la perdiese y se viera deportada a Siberia.

Atanasio Ivanovitch no había disimulado nunca que era un poco miedoso, por mejor decir, conservador en sumo grado de las normas establecidas en la buena sociedad, y enemigo a muerte del escándalo.

Ahora bien, Anastasia había adivinado esto, sin dejarlo traslucir; Totzky ignoraba que le había estudiado profundamente, que le conocía a maravilla y que, por consiguiente, seríale fácil encontrar el punto vulnerable. En resumidas cuentas, Atanasio Ivanovitch renunció al matrimonio que tenía en proyecto.

Otra circunstancia influyó también en su determinación. Era muy difícil imaginarse cuán diferente era de la otra, físicamente considerada, esta nueva Anastasia. Antes no era más que una muchacha bonita, y ahora... Totzky estuvo disgustado durante mucho tiempo consigo mismo por haber sido miope durante cuatro años.

Por otra parte, no olvidaba que ya antes habían cruzado por su mente extraños pensamientos motivados por los negros y misteriosos ojos de la joven.

Hacía dos años que Atanasio venía observando, con sorpresa, que se operaba un cambio sensible en el rostro de Anastasia; cada día estaba más pálida, y esta palidez realzaba su belleza.

Totzky, al principio, le dió escasa importancia a aquella conquista; y luego acabó por preguntarse si su manera de ver no era equivocada.

De todos modos, la primavera última había pensado en casar lo más pronto posible a Anastasia, dotándola y eligiéndole un marido razonable y digno de ella.

Mas ahora, al descubrir en aquella mujer una nueva belleza, Totzky creyó que era una tontería entregarla a otro, y, en consecuencia, decidió retenerla en San Petersburgo, donde la instaló con todo lujo y comodidades.

Desde entonces transcurrieran cinco años, durante los cuales habían tomado carácter definitivo muchas cosas no resueltas aún.

La situación de Atanasio no tenía nada de envidiable, pues no lograba desterrar sus primeras inquietudes, que le atormentaban cruelmente. Tenía miedo sin saber de qué: temía sencillamente a Anastasia.

Durante los dos primeros años, supuso Totzky que ella abrigaba el deseo de ser su esposa, y que, si lo ocultaba, era por un exceso de amor propio, esperando que fuese él quien le propusiese su enlace.

Esta idea le llenaba de terror, haciéndole forjar mil quimeras angus-



tiosas. Pero su sorpresa fué inmensa y — rarezas del corazón humano — experimentó hondo disgusto cuando, cierto día, pudo convencerse de que Anastasia Filippovna no le quería por marido.

No sabía a qué atribuir el extraño proceder de la joven, una sola explicación era admisible: aquella mujer "altiva y romántica" llevaba su orgullo más allá de la posición brillantísima que podía esperar, y prefería la vana satisfacción de manifestar su desprecio con una negativa.

Para colmo de desventuras, Anastasia era inaccesible a las seducciones vulgares; el interés no existía en ella, y si bien aceptó las comodidades que le brindaron, vivía con relativa modestia, y durante aquellos cinco años no hizo ningún ahorro.

Atanasio Ivanovitch recurrió a un medio bastante ingenioso para romper sus cadenas: rodeó hábilmente a la joven de los tipos más a propósito para influir en su imaginación de mujer; y sin dejar traslucir sus proyectos, la puso en relaciones con príncipes, militares, secretarios de embajada, poetas, escritores y hasta con socialistas.

Pero todo fué en vano: parecía que Anastasia tenía una piedra en el lugar del corazón y que toda sensibilidad había muerto en ella. Vivía retirada, ocupándose sólo en leer, estudiar o tocar el piano; sus relaciones eran muy restringidas.

Por la noche sólo le acompañaban en sus veladas cinco o seis personas, entre ellas Totzky, que era el más asiduo, y el general Epantchine, que, no sin trabajo, había logrado ser admitido en estas reuniones.

Pero lo que tan difícil fué para el general, había sido sencillísimo para un joven empleado, llamado Ferdychtchenko, que se tenía por gracioso y no era, en realidad, más que un vulgar bufón.

Los otros asiduos de la casa eran Gabriel Ardalionovitch y un extraño joven llamado Iván Petrovitch Ptitzine, perteneciente a la clase media y que en la actualidad ejercía la profesión de prestamista.

Anastasia Filippovna habíase creado una notoriedad singular; todo el mundo elogiaba su extraordinaria belleza y la vivacidad de su genio, pero de ahí no era posible pasar; nadie podía decir, sin calumniarla, algo que le fuera desfavorable o pusiera en tela de juicio su conducta.

Tal era la situación cuando Totzky habló al general de sus proyectos matrimoniales. Hízole en su confidencia una confesión sincera, sin omitir detalle, y le declaró que estaba firmemente resuelto a no retroceder ante *ningún* obstáculo, con tal de recobrar su libertad; pero que si Anastasia se limitaba a prometerle que lo dejaría tranquilo al fin, no podría creerla si esa promesa no se traducía en hechos.

Los dos hombres resolvieron proceder de común acuerdo. Convinieron en emplear medios suaves y persuasivos, tratando de hacer vibrar "las nobles fibras del corazón".

Con este objeto, presentáronse ambos en el domicilio de Anastasia Filippovna, y Totzky comenzó a exponerle sin preámbulos cuán espantosa era su situación; cargó sobre sí todas las culpas; dijo francamente que no tenía perdón la conducta que había observado con ella; se acusó de ser un libertino empedernido, incapaz de resistir a sus pasiones, pero que deseaba casarse para poner fin a su vida licenciosa; que el matrimonio que proyectaba, tan conveniente para todos, estaba en manos de ella, y que, finalmente, para verificarlo, hacía un llamamiento caluroso a sus nobles sentimientos.

El general Epantchine, que inmediatamente tomó la palabra, en su calidad de padre, empleó un lenguaje razonable, evitó ser patético, limitándose a decir que reconocía sin rebozo el derecho que asistía a Anastasia para decidir de la suerte futura de Totzky. Haciendo con suma habilidad alarde de una modestia que estaba muy lejos de sentir, dióle a entender que el porvenir de una de sus hijas, y quizá también el de las otras dos, dependía de la firme resolución que tomase Anastasia.

Y como preguntara ésta qué se deseaba de ella, Totzky, con la misma franqueza empleada durante el tiempo en que fuera su amante, le respondió diciendo que durante los últimos cinco años la había temido de tal modo, que sólo le tranquilizaría en el caso presente el matrimonio de la propia Anastasia. Y apresuróse a añadir que semejante pretensión sería absurda aun para él mismo, si no tuviese sobrados motivos para formularla.

En efecto, dijo que un apuesto joven, perteneciente a ilustre familia, Gabriel Ardalionovitch, el cual no era desconocido para Anastasia puesto que le recibía en su casa, la amaba con locura y daría gustoso la mitad de su vida por ser correspondido. El propio Gabriel habíale hecho la confidencia de su amor, después de haberlo declarado a Iván Fedorovitch, que era su protector.

Finalmente, si él no se engañaba, Anastasia había notado el amor de que era objeto y no miraba al joven con malos ojos.

Atanasio Ivanovitch era, sin duda, el menos indicado para hablar de semejante asunto; sin embargo, si Anastasia se dignaba creer que, aparte del deseo egoísta de asegurar su propia felicidad, guiábale el interés de ella, comprendería que no podía ser insensible a la vida de retraimiento y de soledad que hacía. ¿Por qué ese desapego a todas las cosas, esa incredulidad respecto a la vida, que en el amor y en la familia podía renacer más bella aun y encontrar un nuevo objeto? Malograr las dotes brillantísimas que poseía era una especie de romanticismo indigno, a la vez, de la inteligencia privilegiada y del noble corazón de Anastasia Filippovna.

Y después de repetir que era él el menos indicado para tratar un asunto tan delicado, Totzky terminó diciendo que abrigaba la esperanza de que Anastasia no respondería con el desprecio al ofrecimiento que, para asegurar su porvenir, osaba hacerle de setenta y cinco mil rublos.

A guisa de explicación añadió que desde hacía tiempo pensaba entregarle esa suma, que no representaba una indemnización, sino simplemente un deseo, muy natural y perdonable, de descargar en algo su conciencia...

La respuesta de Anastasia sorprendió grandemente a los dos amigos. El lenguaje de la joven no dejaba traslucir la animosidad violenta, el escarnio odioso que hacía temblar a Totzky. Al contrario, con una sonrisa, triste al principio, pero que poco a poco fué alegrándose, dijo que nada había que lamentar sino el pasado, pues el tiempo había modificado su manera de ver, y si bien su corazón no había cambiado, comprendía la necesidad de reconocer la fuerza de los hechos consumados. Así, pues, a lo hecho, pecho. Por lo tanto, consideraba injustificada la constante inquietud de Atanasio Ivanovitch.

Luego, dirigiéndose al general, le dijo en tono respetuoso que había oído hablar a menudo de sus hijas, que experimentaba por ellas profundo y sincero afecto y que el solo pensamiento de que podía serles útil en algo, le hacía dichosa y le prestaba valor. Añadió que, realmente, la situación actual le era muy penosa y que la soledad en que vivía comenzaba a aburrirle.

Atanasio Ivanovitch había adivinado sus sueños; ella quería renacer, sino al amor, a lo menos a la familia, y deseaba que su vida tuviese algún objeto; pero en cuanto a Gabriel Ardalionovitch, era muy poco lo que podía decir.

Efectivamente, parecía que la amaba, y tal vez le correspondería ella, si tuviera ocasión de convencerse de la sinceridad de su cariño; pero había otra causa que la hacía vacilar: Gabriel era demasiado joven. Además sabía que tenía madre y hermana, y faltaba saber si ellas la recibirían en su familia. En fin, Anastasia no se oponía a contraer aquel matrimonio, pero exigía que le dejasen tiempo para reflexionar y no la molestasen con insistencias continuas.

Respecto a los setenta y cinco mil rublos, los aceptaba sin reserva. Agradecía a Totzky la delicadeza de que había dado pruebas no hablando con nadie de sus generosos propósitos, ni aun con Gabriel Ardalionovitch, a pesar de que éste no debía ignorarlo, para que si ella entraba a formar parte de la familia Ivolguine, no tuviese que avergonzarse de la procedencia de su dote.

No se casaría con Gabriel Ardalionovitch sin estar segura de que ni él ni los suyos abrigaban ningún oculto pensamiento sobre lo que a ella concernía.

Y como, al fin y al cabo, Anastasia no se podía reprochar ninguna falta, era mejor que Gabriel supiese en qué condiciones había ella vivido en San Petersburgo durante cinco años.

Hablando de esta manera, Anastasia Filippovna se animaba extraordinariamente, cosa por otra parte muy lógica, y esa vivacidad causó inmenso placer al general, que daba el asunto por terminado; pero Totzky, que no olvidaba tan fácilmente el primer susto, no fué del mismo parecer, y durante algún tiempo temió alguna represalia.

Anastasia, mientras tanto, se puso al habla con Gania; cambiaron, empero, pocas palabras, como si su conversación resultase violenta y penosa para el pudor de la joven. Aun permitiéndole a Gania que la amase, hízole saber que a nada se comprometía: reservábase el derecho de decir *no* hasta el momento en que se celebrase la ceremonia del casamiento, y reconocía la misma libertad a su prometido.

La casualidad hizo que Gania no tardase en saber que Anastasia conocía la oposición que la familia del joven haría a su matrimonio; pero en vano esperó que su prometida abordase un tema tan escabroso.

Además, circulaban ciertas murmuraciones más o menos veladas. Decíase, por ejemplo, y llegó a oídos de Atanasio Ivanovitch, que, a espaldas de los cónyuges Epantchine, habíanse entablado relaciones, cuya índole se ignoraban, entre Anastasia Filippovna y las hijas del general.

Pero esta especie era, sin duda, falsa, completamente infundada. En cambio, Totzky no podía por menos que prestar fe a otro rumor que le alarmaba sobremanera. Habíanle dicho que Anastasia estaba perfectamente enterada de los fines que perseguía Gania; que si se casaba con ella, era por su dote; que poseía un alma negra, violenta, sórdida, envidiosa y un amor propio indecible; y que, después de haber deseado ardientemente hacer de Anastasia su amante, la detestaba desde que el general y Totzky, explotando su pasión en beneficio de ambos, trataban de imponérsela como esposa legítima.

Anastasia Filippovna, decían, estaba muy bien enterada de esto y maquinaba secretamente su plan. Esta noticia espantó de tal modo a Atanasio Ivanovitch, que no se atrevió siquiera a comunicar sus impresiones al general Epantchine.

Sin embargo, quitósele un terrible peso de encima y se forjó las más halagüeñas ilusiones cuando Anastasia le prometió, ante Epantchine, que el día de su cumpleaños daría una respuesta definitiva.

Pero el más extraño, el más inverosímil de los rumores puestos en circulación, el que se refería al honorable Iván Fedorovitch, era, por desgracia, demasiado cierto. A primera vista, la especie propalada pareció el colmo de lo absurdo. ¿Cómo era posible que al declinar de su existencia respetada, pudiese Iván Fedorovitch alentar un capricho rayano con la pasión amorosa? ¿Con qué contaba en este caso? Tal vez con la complacencia de Gania.

A lo menos, Totzky sospechaba que entre el general y su secretario existía uno de esos pactos tácitos que se establecen entre personas que se entienden con medias palabras.

Sabíase que, con motivo del cumpleaños de Anastasia Filippovna, el general quería ofrecerle un collar de magníficas perlas de un valor enorme. Aunque conocía el desinterés de la joven, concedía gran importancia a su regalo, y veinticuatro horas antes de entregarlo sentíase invadido por la agitación, a pesar de la habilidad con que fingía estar perfectamente tranquilo.

La generala había oído hablar de aquellas

perlas.

Indudablemente, habituada como estaba a las infidelidades de su esposo, Isabel Prokofievna no le hubiera dado importancia; pero en el caso de ahora era imposible cerrar los ojos: lo que le habían dicho de las perlas le había interesado vivamente.

Iván Fedorovitch lo advirtió a tiempo; el día anterior habían llegado a sus oídos ciertos rumores sobre el particular y, presintiendo una escena violenta, tenía miedo.

He aquí por qué, la mañana en que comienza nuestro relato, mostrábase poco dispuesto a almorzar con su familia. Desde antes de aparecer el príncipe, había resuelto ya alejarse, pretextando un asunto cualquiera que no admitiese demora.

Y, de pronto, aparecía el príncipe, como si hubiera sido llamado de intento, para salvar la situación.

"¡El cielo me lo envía!", pensó el general, mientras se dirigía a las habitaciones de su esposa.

V

Isabel Prokofievna estaba orgullosa de su estirpe. ¿Qué no pasaría, pues, por ella, cuando de pronto, sin preparación alguna, le anunciaron que el último representante de su linaje, aquel príncipe Muichkine, del que ya había oído hablar en otra ocasión, no era más que un desgraciado idiota, un pobre joven que vivía de limosna?

El general había premeditado este golpe teatral: temiendo un interrogatorio acerca de las perlas, quiso desviar la atención de su esposa para fijarla en otro objeto impresionante.

De ordinario, en las circunstancias excepcionales, Isabel Prokofievna abría desmesuradamente los ojos y, echando el cuerpo hacia atrás, miraba vagamente sin proferir palabra.

Era una mujer alta y flaca, de nariz ligeramente corva, mejillas pálidas y hundidas, cabello grisáceo, abundante, frente alta y estrecha y ojos grises, bastante grandes, que tenían a veces una expresión extraña.

En su juventud había tenido la debilidad de creer que su mirada producía un efecto extraordinario.

—¿Recibirlo? ¿Dices que debo recibirlo ahora mismo?

Y diciendo esto, la generala hacía rodar sus ojos lo más posible, mirando a su marido, que iba y venía delante de ella.

—¡Oh, no te enojes, querida mía! —se apresuró a rogar Iván Fedorovitch—; lo recibirás únicamente si así lo tienes por conveniente. Es un verdadero chiquillo, y un chiquillo digno de compasión... Sufre accesos de cierta enfermedad... Acaba de llegar de Suiza, y desde la estación ha venido directamente aquí... Viste de una manera rara, un poco al modo alemán, y, lo que es peor, no posee ni un copec; no exagero, tiene casi lágrimas en los ojos. Le he entregado veinticinco rublos y le procuraré un empleo en nuestra cancillería. Os ruego, queridas, que le déis algo de comer, pues me parece que tiene hambre...

—¡Es increíble! —repuso, sin cambiar de tono, la generala—. Tiene hambre y padece accesos... ¿Qué clase de accesos son ésos?

—¡Oh, no le dan con frecuencia!... Además, es como un niño y ha recibido muy buena educación. Quisiera rogaros que le sometierais a un examen —añadió el general dirigiéndose a sus hijas—; es conveniente saber de qué es capaz.

—¿Someterle a un examen? —repitió la generala con voz quejumbrosa.

—¡Oh, querida mía, no des a este asunto tanta importancia! Haz como te plazca. Mi único objeto era tratarlo con benevolencia y presentároslo, creyendo hacer una buena acción.

—¿Presentárnoslo? ¡Y viene de Suiza!

—¿Qué tiene que ver que venga de Suiza? Sin embargo, repito que sólo se hará lo que tú quieras. Creí que, como individuo de la familia, despertaría en ti algún interés.

—¡Naturalmente, mamá! —dijo Alejandra—. Llega del extranjero, tiene hambre y no sabe dónde ir, ¿por qué no darle de comer?

—¡Vamos, mamá; basta de hacerte la interesante, te lo ruego! —intervino Aglae con visible despecho.

Adelaida, que era de carácter alegre, lanzó una carcajada.

—Llámalo, papá —dijo Aglae—; mamá lo permite.

Iván Fedorovitch tocó la campanilla, dando orden de que fuera introducido el príncipe.

—Pero a condición de que se atará una servilleta al cuello cuando se siente a la mesa —declaró la generala—; será preciso encargar a Fedor y a Marcos que se pongan detrás de su silla y le vigilen durante la comida. ¿A lo menos no son violentos sus accesos? ¿No hace gestos raros?

—Al contrario, está muy bien educado y sus maneras son distinguidas, aunque a veces algo sencillas... Pero, ahí lo tenéis en persona... Pase usted... Os presento, hijas mías, al último príncipe Muichkine, un homónimo de mamá y muy posible también un pariente... Lo recomiendo a vuestra benevolencia. Príncipe, las señoras se disponen a sentarse a la mesa; le ruego que les dispense el honor de acompañarlas... ¡Ah, perdónenme que no me detenga un momento más! Llegaría tarde.

—¡Ya me imagino adónde vas! —replicó con tono significativo Isabel Prokofievna.

—Me marcho, me marcho, querida; ya me he retrasado... ¡Ah!... Os recomiendo presentar al príncipe vuestros albúmes para que escriba alguna cosa. ¡Veréis qué talento tiene! ¡Es un calígrafo admirable!... Me voy a casa del conde; está impaciente, pues hace rato que tendría que estar allí. ¡Hasta la vista, príncipe!

Y el general abandonó apresuradamente el aposento.

—¡Ya sé quién es el conde que te espera! —dijo con tono áspero Isabel Prokofievna, clavando sus ojos llenos de ira en el rostro de Muichkine—. Y bien —siguió diciendo la irascible generala, simulando hacer un esfuerzo mental—. ¿De qué hablábamos? ¡Ah, sí! De que es un calígrafo muy bueno.

—Dejemos ahora eso, mamá —dijo Alejandra—. Lo mejor que podemos hacer es ir a almorzar, pues tenemos apetito.

—Sea —repuso la generala—. Vaya, príncipe, acompáñenos, pues supongo que también usted tendrá apetito.

—Sí, ahora comería con mucho gusto, y le quedo muy reconocido.

—Es una gran cosa ser educado... Observo que no es usted tan... original como me habían dicho al anunciarme su visita. Siéntese ahí, príncipe, frente a mí —añadió la generala, cuando estuvieron en el comedor—; no quiero perderle de vista. Alejandra, Adelaida, cuidad vosotras del príncipe. ¿Verdad que no parece muy cierta la presunción de... que está enfermo? Me parece que será innecesaria la servilleta... Dígame, príncipe, ¿le sujetan una servilleta debajo de la barba cuando come?

—Creo que lo hacía en otro tiempo, cuando era niño; mas ahora acostumbro a ponérmela en las rodillas.

—Así se hace, pero, ¿y los accesos?

—¿Los accesos? —repitió el príncipe, sorprendido—. Ahora me dan muy de tarde en tarde. Sin embargo, me dijeron que el clima de Rusia me será perjudicial.

La generala seguía acompañando con movimientos afirmativos de cabeza las palabras de Muichkine.

—Habla muy cuerdamente —dijo por lo bajo a sus hijas—, y esto me sorprende. Ya veo que, como de costumbre, nos han dicho una sarta de falsedades y tonterías. Coma usted, príncipe —añadió en alta voz—, y cuéntenos su vida. ¿Dónde nació? ¿En qué país fué educado? Quiero saberlo todo, pues me está resultando usted muy interesante.

El príncipe le dió las gracias, y mientras comía con bastante apetito, repitió el relato que había hecho varias veces aquella mañana.

La generala se mostraba por momentos más

satisfecha; las señoritas le escuchaban con suma atención.

El príncipe conocía perfectamente su ascendencia, y después de analizar minuciosamente su árbol genealógico, hubo de admitir que, en caso de serlo, el parentesco era muy lejano.

Esta árida conversación satisfacía sobremanera a Isabel Prokofievna, la cual gustaba hablar de sus antepasados, si bien casi nunca tenía ocasión de hacerlo.

Por consiguiente, estaba de excelente humor cuando se levantó de la mesa.

—Vamos todos a nuestro saloncito —dijo—; allí tomaremos el café. Tenemos un aposento común —añadió mientras abandonaban el comedor—; es mi saloncillo, en el que nos reunimos cuando estamos solas y cada cual se ocupa de lo suyo: Alejandra, la mayor de mis hijas, toca el piano, lee o borda; Adelaida pinta paisajes o retratos, sólo que nunca es capaz de concluirlos; en cuanto a Aglae, se lo pasa sin hacer nada, lo mismo que yo, porque el trabajo se me escapa de las manos... Bien, ya estamos aquí; siéntese, príncipe, junto a la chimenea y cuéntenos algo. Veamos si es usted un buen narrador, tengo interés en saberlo, y cuando vea a la anciana princesa Bielokonsky le hablaré de usted. Quiero recomendarle a todas mis amigas... Empiece, pues.

—Pero, mamá, es muy difícil contar así como así, sin saber de qué se ha de hablar —dijo Adelaida, preparando su caballete.

Alejandra y Aglae se sentaron en un mismo sofá, y cruzándose de brazos, dispusiéronse a escuchar la conversación. El príncipe notó que era objeto de la atención general.

—Yo no diría una palabra, si me lo ordenaran de este modo —dijo Aglae.

—¿Por qué? ¿Qué tiene ello de particular? Vamos a ver: ¿por qué no puede hablar? ¿Acaso no tiene lengua? Yo quiero saber cómo habla —repuso vivamente la generala; y añadió—: Que cuente cualquier cosa, por ejemplo, sobre su estada en Suiza, cuál fué su primera impresión.

—Mi primera impresión fué fortísima —comenzó a decir el príncipe Muichkine—. Cuando me condujeron al extranjero, recuerdo que no hacía ninguna pregunta acerca de lo que veía en las ciudades de Alemania que visitaba; limitábame a mirar en silencio. Sufría entonces frecuentes y violentos ataques, y el efecto de cada ataque, como toda recrudescencia de mi enfermedad, era sumirme en una estupidez completa. Perdía la memoria, la mente seguía trabajando, pero, por decir así, el desarrollo lógico del pensamiento quedaba interrumpido, sin que me fuera posible coordinar las ideas. Cuando pasaban los accesos recobraba con la salud la lucidez, como en este momento. Recuerdo que experimentaba una angustia indecible; sentía imperiosa necesidad de llorar y estaba siempre aturdido e inquieto, y el saberme rodeado de cosas *extranjeras* hacía más vivos mis sufrimientos. Pero todo eso desapareció en cuanto llegué a Suiza, y lo más extraño es que debí mi casi curación al rebuzno de un asno que vi en la plaza del mercado de Basilea. Aquel asno me impresionó de tal modo, me produjo un placer tal, sin saber por qué, que mi cerebro súbitamente recobró toda su lucidez...

—¡Un asno! ¡Es curioso! —exclamó la generala—. Sin embargo, no es tan raro como parece; aquí en esta casa también hay alguien que se ha enamorado de un asno —añadió mirando coléricamente a sus hijas, que habían soltado la risa—. Esto sucedía ya en los tiempos mitológicos. Continúe usted, príncipe.

—Desde entonces quiero entrañablemente a los asnos. Entre ellos y yo se estableció una especie de simpatía. Comencé a estudiarlos, pues los desconocía por completo, y no tardé en comprobar que son animales utilísimos, trabajadores, fuertes, pacientes y económicos. En una palabra, aquel asno me hizo cobrar cariño a Suiza entera, de suerte que como por encanto desvanecióse mi melancolía.

—¿De qué te ríes, Aglae? ¿Y tú, Adelaida? El príncipe habla muy bien de los asnos, porque los ha visto con sus propios ojos. ¿Y tú, que es lo que has visto? ¿Estuviste en el extranjero?

—Yo he visto asnos, mamá —repuso Adelaida.

—Y yo los oí rebuznar —añadió Aglae.

De nuevo dejáronse oír las alegres carcajadas de las tres jóvenes, a las que hizo coro el príncipe.

—Hacen ustedes muy mal —dijo Isabel Prokofievna—; discúlpelas, príncipe; a pesar de eso, son muy buenas. Yo las riño continuamente, pero las amo con ternura. Son así, algo ligeras, atolondradas, loquelas...

—¿Por qué dice eso? —replicó, sonriendo, el príncipe—. Yo, en su lugar, también hubiera aprovechado la ocasión y me hubiera reído. Pero mantengo el elogio del asno: es el asno un ser bueno y útil...

—¿Se tiene usted por bueno, príncipe? Lo pregunto por curiosidad —dijo la generala.

Estas palabras provocaron un nuevo acceso de hilaridad.

—¡Otra vez han vuelto a pensar en el dichoso asno! —exclamó Isabel Prokofievna—. ¡Yo lo había olvidado por completo! Crea usted, príncipe, que mis palabras no envolvían ninguna...

—¿Alusión?... ¡Oh, lo creo sin esfuerzo alguno! —repuso Muichkine, riéndose de buena gana.

—Hace usted bien en reírse; ya veo que es un buen muchacho —observó la generala.

—No siempre —contestó el príncipe.

—Pues yo sí —replicó vivamente Isabel Prokofievna—, y no recuerdo un solo momento haber dejado de ser buena; es mi único defecto, porque la bondad constante suele ser perjudicial. Me irrito demasiado a menudo contra mis hijas y, sobre todo, contra su padre; pero lo extraño del caso es que, cuando estoy irritada, soy la mujer más buena del mundo. Hace poco, antes de llegar usted, estaba encolerizada, fingiendo que no comprendía o que no quería comprender nada. A veces me sucede esto; soy como una niña. Verdad es que todo esto no significa nada. No soy tan tonta como parezco o como mis hijas quieren hacer creer. Soy mujer de carácter y no me avergüenzo de mí misma... Continúe usted, príncipe; tal vez recuerde algo más interesante que lo de los asnos.

—Repito —observó Adelaida— que no sé cómo se puede hablar sólo por hablar, a tontas y a locas... Confieso que yo me vería en un apuro.

—Pero el príncipe no; Muichkine es muy inteligente, por lo menos diez o doce veces más que tú. Así, pues, espero que le escucharás con atención. Demuéstrele usted que no me he engañado, príncipe. Pero deje usted a un lado el asno. ¿Qué más ha visto en el extranjero, aparte de eso?

Muichkine prosiguió:

—Llegamos a Lucerna y me hicieron pasear por el lago. Yo admiraba la soberbia belleza del paisaje, pero sentía el corazón oprimido.

—¿Por qué? —preguntó Alejandra.

—No sabría explicarlo; pero lo cierto es que me siento oprimido e inquieto al ver por primera vez un paisaje; me encantan y me trastornan a la vez. Además, no hay que olvidar que en esa época yo estaba enfermo.

—¡Pues yo deseo ardientemente conocerlos! —exclamó Adelaida—. La verdad es que no comprendo por qué no vamos nunca al extranjero. Hace ya dos años que en vano busco el asunto. Indíqueme usted el tema, príncipe.

—Yo no entiendo de eso. Pero me parece que basta mirar y pintar después.

—¡Yo no sé mirar!

—¿Qué lenguaje enigmático es ése? —exclamó la generala—. No les entiendo. "Yo no sé mirar..." ¿Qué quieres decir? Tienes ojos, y basta con abrirlos. Si aquí no sabes mirar, tampoco lo aprenderás en el extranjero. Que nos cuente el príncipe, antes de nada, cómo ha mirado él.

—Sí, será mejor —repuso la joven artista—; en el extranjero, el príncipe ha aprendido a mirar.

—Lo ignoro —replicó Muichkine—; el hecho cierto es que recobré la salud, pero no sé si he aprendido a mirar. Por lo demás, fuí muy feliz todo el tiempo que allí he residido.

—¿Feliz? ¿Sabe usted cómo se puede ser feliz? —exclamó Aglae—. ¿Por qué dice, pues, que no ha aprendido a mirar? Debe usted enseñarnos...

—¡Enséñenos usted, por favor! —apoyó Adelaida, riendo.

—Nada puedo enseñarles —repuso el príncipe, riendo también—. Durante mi permanencia en el extranjero no abandoné la aldea suiza en que residía; mis salidas limitábanse a alguno que otro paseo por los alrededores. ¿Qué podría enseñarles, pues? Al principio, cesé únicamente de aburrirme; bien pronto recobré la salud, y después, cada día que pasaba, parecíame más bella la vida... Me acostaba muy contento y los amaneceres sorprendíanme completamente feliz. Mas, ¿de dónde procedía este contento, esta felicidad? Sería muy difícil decirlo.

—¿De manera que no sentía usted deseos de ir a parte alguna, no experimentaba ninguna necesidad de cambiar de ambiente? —preguntó Alejandra.

—Al principio, sí; mi espíritu era inquieto y vagabundo. Pensaba siempre en mi porvenir, quería probar suerte y en ciertos momentos aquella vida de quietud y casi de aislamiento me resultaba muy penosa. Ustedes no deben ignorar que eso sucede muy a menudo en los momentos de soledad. Donde yo habitaba existía una pequeña cascada o, por mejor decir, un chorro de agua que caía de la montaña casi perpendicularmente; era un agua rumorosa, llena de espuma... Encontrábase el torrente a media versta de nuestra casa, pero a mí me parecía que sólo estaba a cincuenta pasos. De noche gozaba oyendo aquel rumor y, a veces, apoderábase de mí una gran agitación. De vez en cuando sucedíame que, sin saber cómo, me hallaba solo, al mediodía, en las montañas. Veíame rodeado de grandes y seculares pinos, que exhalaban fuerte olor a resina; en lo alto de una colina divisábanse las ruinas de un antiguo castillo feudal; nuestra aldea, perdida en el valle, apenas se distinguía; el sol era brillante, azul el cielo y en derredor reinaba profundo silencio. Pues bien, era allí donde experimentaba un vivísimo deseo de viajar; parecíame que si hubiera seguido camino adelante y traspasado la línea en que el cielo se confunde con la tierra, habría encontrado la solución del enigma: una vida nueva, mil veces más accidentada que la nuestra; soñaba con una gran ciudad como Nápoles, llena de palacios, de rumores, de agitación, de vida... Sí, tenía muchas aspiraciones; pero en seguida pensaba que hasta en la prisión se podía encontrar mucha vida.

—Ese hermoso pensamiento lo leí en mi *Crestomatía* a los doce años —observó Aglae.

—¡Filosofía pura! —repuso Adelaida—. Es usted filósofo, y ha venido a instruirnos, príncipe.

—Quizá tenga usted razón —dijo Muichkine, sonriendo—. Soy filósofo, en efecto, y quién sabe si podré sugerirles algunas ideas... Es posible, sí, muy posible...

—Y su filosofía —replicó Aglae— es idéntica a la de Eulampia Nikolaievna, la viuda de un empleado que suele caer en nuestra casa como un parásito. Para ella, todo el problema de la vida se reduce a comprar barato, a gastar lo menos posible. No habla más que de copecs, y no crea que es pobre, sino una pícara comadre. Lo mismo puede decirse de la mucha vida que, según usted, puede hallarse en una prisión y aun de la felicidad que afirma haber gozado durante sus cuatro años de residencia en una aldea suiza, felicidad por la cual ha vendido usted su ciudad de Nápoles y, a lo que parece, con ganancia, aunque esa felicidad no valga un copec.

—Por lo que a la prisión se refiere, discrepo de su parecer —replicó el príncipe—. He conocido a un hombre que estuvo doce años preso; a la sazón se hallaba en la casa de salud del médico que me cuidaba a mí. Sufría frecuentes ataques, veíasele a menudo agitarse y llorar a mares y en cierta ocasión trató de suicidarse. Su vida carcelaria era muy triste, indudablemente, pero valía más de un copec. Todas sus

relaciones y amistades se reducían a una araña constancia muy extraña, sumamente extraña. Mas prefiero hablar de otro hombre a quien conocí el año pasado. En su caso hay una circunstancia muy extraña, sumamente extraña, porque se produce muy raras veces. Este hombre había sido conducido al suplicio, donde debía ser ejecutado por delitos políticos. Veinte minutos pasaron, entre la lectura de la sentencia y los preparativos, y en ese ínterin llegó la conmutación de la pena. Durante ese intervalo, el desventurado creyó firmemente que moriría al cabo de pocos instantes. Yo ardía en deseos de saber cuáles habían sido sus impresiones, y más de una vez le interrogué sobre el particular. Las recordaba con una precisión extraordinaria, asegurando que jamás podría olvidar nada de lo que experimentó en aquellos terribles momentos. A veinte pasos del suplicio, que rodeaban los soldados y el pueblo, alzábanse tres postes, porque eran varios los condenados. Ataron los primeros tres a los postes, formóse ante aquellos desgraciados el piquete que debía ejecutar la sentencia. El hombre de quien hablo figuraba en el octavo lugar de la lista de los condenados; por lo tanto debía ser ajusticiado en la tercera serie. Un sacerdote, llevando un crucifijo en la mano, se acercó, sucesivamente, a cada uno de los tres reos que estaban sujetos a los postes. Les quedaban cinco minutos de vida, todo lo más. Decía mi amigo que estos cinco minutos habían representado para él una eternidad; parecíale que contenían tantas vidas, que ni se le ocurrió pensar en el último momento. Había dividido el tiempo en la siguiente forma: dos minutos para despedirse de sus compañeros; otros dos minutos para recogerse en sí mismo, y uno para lanzar la última mirada en su derredor. Recordaba perfectamente haber tomado estas disposiciones supremas. Iba a morir a los veintisiete años y en la plenitud de su vida. Recordaba que, al despedirse de sus amigos, había dirigido a uno de ellos una pregunta indiferente y escuchado la respuesta con bastante interés. Terminados los adioses, llegaron los dos minutos que había destinado al recogimiento; sabía de antemano lo que había de pensar, y el objeto de sus meditaciones: "Ahora vivo, pero dentro de tres minutos, ¿dónde estaré, qué será de mí?" ¡Tales eran las cuestiones que se proponía resolver en aquel insignificante espacio de tiempo! No lejos de allí había una iglesia cuya cúpula dorada resplandecía a los rayos del sol. Se acordaba de haber tenido obstinadamente fija la mirada en aquella cúpula y en los rayos que reflejaba; no podía apartar los ojos de ella; parecíale que aquellos rayos fuesen su nueva naturaleza, que al cabo de tres minutos se confundiría con ellos... La incertidumbre, el horror a lo ignoto que sentía tan próximo, eran, sin duda, espantosos; sin embargo, decía, nada le atormentaba tanto como este pensamiento: "¿Y si no muriese? ¿Y si me hiciesen gracia de la vida? ¡Qué eternidad! Y sería mía... ¡Oh, entonces cada minuto sería una existencia nueva, no perdería ni uno, contaría todos los instantes de mi vida, para no malgastar ninguno!..." Finalmente, la obsesión de esta idea le desesperó de tal modo, que hubiera querido ser fusilado antes de que le llegara el turno.

El príncipe se detuvo; sus oyentes creyeron que continuaría el relato, pero Muichkine guardó silencio.

—¿Ha concluído usted? —preguntó Aglae.

—¿Que si he concluído? —murmuró el príncipe, que se había quedado pensativo.

—Pero ¿por qué nos contó eso?

—Por nada... Porque se me vino a la memoria... y como una idea se enlaza con otra...

—Su relato es incompleto, príncipe —repuso Alejandra—; quizá usted trataba de demostrar que no hay momento que no valga un copec y que, a veces, cinco minutos son más preciosos que un tesoro. Este pensamiento es muy laudable...; pero permítame una pregunta: al amigo que le contó sus angustias le fué conmutada la pena, le fué concedida esa "vida eterna", pues bien, ¿qué empleo hizo de semejante tesoro? ¿Ha vivido llevando la cuenta de cada minuto para no malgastar ninguno inútilmente, conforme se había prometido?

—¡Oh, no! Yo le pregunté si había cumplido sus promesas; y él mismo me confesó que le fué imposible llevarlas a cabo, y que había perdido muchos, pero muchos minutos.

—Pues ahí tiene usted una prueba incontestable. Eso demuestra que no se puede vivir llevando la cuenta de los minutos que pasan. ¡Es imposible!

—Sí, es imposible —repuso el príncipe—; eso pensé yo también en seguida... No obstante, ¿por qué no creerlo?...

—¿Pretende usted vivir con más inteligencia que todos los demás? —interrogó Aglae.

—Sí, a veces tuve esa idea.

—¿La tiene usted ahora?

—Ahora... también —repuso el joven.

Hasta aquel momento, Muichkine había contemplado a Aglae con sonrisas dulces y tímidas; pero, dichas estas palabras, se puso a reír y miró regocijado a la joven.

—No se puede ser más modesto —dijo ésta con acento desdeñoso.

—¡Qué valerosas son ustedes, a pesar de todo! —exclamó el príncipe—. Se ríen de un relato que me impresionó hasta el punto de haber soñado repetidas veces con aquellos cinco minutos...

De nuevo, paseó sobre sus oyentes su mirada seria y escrutadora.

—¿Se han enojado conmigo? —preguntó de repente, algo turbado, pero sin dejar de mirarlas fijamente.

—¿Por qué? —exclamaron ellas sorprendidas.

—Porque como tengo aspecto de maestro...

Las cuatro se echaron a reír.

—Les ruego que me perdonen —prosiguió el príncipe—; sé que he vivido muy poco y que tengo escasísima experiencia de la vida... Con frecuencia digo simplezas...

Al final de estas palabras, el príncipe estaba visiblemente turbado.

—Siendo, como usted ha asegurado, tan feliz, ha vivido mucho tiempo; ¿por qué trata, pues de

excusarse? — dijo Aglae con tono severo—. Por lo demás, no debe usted tomar ese aspecto de modesto triunfador, pues aquí no triunfa ni poco ni mucho. Con su carácter puede hacerse dichosa una vida, aunque dure cien años.

—¿Por qué te irritas siempre tan fácilmente? — preguntó la generala, que desde hacía rato escuchaba en silencio la discusión, observando a los interlocutores—. No comprendo tu enojo. El príncipe habla bien, sólo que no es muy divertido lo que cuenta. ¿Por qué lo atemorizas? Al comienzo de su relato, se reía, y ahora, míralo qué serio está.

—No te preocupes por eso, mamá. Es una lástima, príncipe, que no haya presenciado usted una ejecución capital; de ser así, yo le hubiera pedido una cosa.

—He visto una — repuso Muichkine.

—¿Que ha visto una? — exclamó Aglae—. ¡Habría debido sospecharlo! Esto es un digno remate de su historia. ¿Cómo pudo usted vivir siempre dichoso habiendo presenciado una ejecución? ¿Es que nos ha engañado usted?

—¿Pero se ejecuta la pena de muerte en la aldea donde usted residía? — preguntó Adelaida.

—No, fué en Lyón, adonde me llevó Schneider. Quiso la casualidad que el mismo día de nuestra llegada ejecutasen a un reo, y asistimos al espectáculo.

—¿Y le agradó ese espectáculo? ¿Es edificante o útil? — interrogó Aglae.

—No podía agradarme, y a consecuencia de aquella terrible escena estuve algo enfermo; pero confieso que ejerció sobre mí una fascinación singular y que, a pesar de mis esfuerzos, no me era posible apartar los ojos del patíbulo.

—Lo mismo me hubiera sucedido a mí — observó Aglae.

—Cuéntenos la ejecución de que fué testigo — dijo bruscamente Adelaida.

Esta petición pareció embarazar al príncipe, cuyo rostro ensombrecióse ligeramente.

—Preferiría diferirlo para otra ocasión — contestó.

—Diríase que le falta valor para hacer ese relato — observó Aglae en tono burlón.

—No, puesto que lo hice no hace mucho rato.

—¿A quién?

—A vuestro criado, mientras esperaba...

—¿Pero a cuál de nuestros criados? — preguntaron, a coro, las cuatro mujeres.

—¡A uno! A ese hombre de cabellos blancos y rostro encendido que estaba en la antecámara; conversé con él todo el tiempo que tardó en recibirme Iván Fedorovitch.

—¡Es sorprendente! — murmuró la generala.

—El príncipe es muy demócrata — observó maliciosamente Aglae—. Bueno, puesto que se lo contó a Alejo, no puede negárnoslo a nosotras.

—¡Quiero oírlo a toda costa! — insistió Adelaida.

—En seguida — contestó el príncipe con animación y dirigiéndose a la joven—. Cuando hace un rato me pidió usted un asunto para su cuadro, se me ocurrió uno: el rostro de un condenado a muerte en los momentos que preceden a la ejecución, cuando sujetan al desdichado a la báscula de la guillotina.

—¡Cómo! ¿Solamente el rostro? —replicó Adelaida—. ¡Qué asunto tan original! ¿De qué manera podría hacerlo?

—En este momento no acertaría a explicarme — replicó vivamente el príncipe—. No hace mucho, vi en Basilea un cuadro de este género... Otro día se lo describiré. Me causó gran impresión.

—Otro día me hablará del cuadro de Basilea, de acuerdo — replicó Adelaida—; mas ahora, indíqueme cómo podría hacer el mío. ¿Puede usted explicarme los detalles tal como los ha visto? ¿Cómo era ese rostro?

—Sí, un minuto antes de la muerte — interrumpió el príncipe, que llevado de sus recuerdos parecía haber olvidado todo lo demás—; en el momento en que el condenado llega al último peldaño y pone un pie sobre la plataforma del patíbulo. Sus ojos desencajados se dirigieron al lugar donde yo estaba; yo le miré y leí en su rostro la terrible angustia que le dominaba... ¿Pero cómo describirlo? Desearía ardientemente que usted, o cualquier pintor, mejor usted que otro, pintase ese cuadro. Desde aquel instante me hice cargo de que un lienzo semejante sería muy útil... Comprenda, que se trataría de representar todo lo que precedió a la ejecución, todo. El reo estaba en su calabozo y contaba que, si observaban todas las formalidades de rúbrica en tales casos, tendría aún ocho días de vida por lo menos; pero, ignoro por qué causa, se abreviaron aquellas formalidades. Era a fines de octubre, hacía frío, y el reo dormía aún cuando a las cinco de la mañana, antes de que despuntase la aurora, el director de la cárcel, acompañado de un carcelero, entró en el calabozo sin hacer ruido, y puso una mano en el hombro del desdichado.

"—¿Qué ocurre? — preguntó el condenado, al ver la luz de la linterna.

"—Hoy, entre nueve y diez de la mañana, se cumplirá la sentencia — contestó el director.

"Medio adormilado aún, el preso no podía creer la tremenda noticia, protestando que faltaban ocho días para la ejecución, pero cuando estuvo bien despierto, cesó de discutir y guardó silencio, después de haber dicho con profunda amargura:

"—Semejante comunicación hubieran debido hacérmela menos bruscamente... pero, en fin, ¡no importa!

"Después de esto, guardó silencio y no fué posible arrancarle una palabra más.

"Conocidos son los trámites que siguen a aquellas tres o cuatro horas que le quedan de vida al reo: la visita del capellán, el desayuno, que se compone de carne de buey, vino y café... Después le obligan a montar en una carreta y le conducen al patíbulo.

"Durante el trayecto, quizá el reo se dice para sí: "Tengo de vida lo que tardaremos en recorrer tres calles, o sea un buen rato..."

"En derredor del carro se apiña una turba rumorosa, diez mil cabezas con veinte mil ojos que lo contemplan... Es preciso sufrir todo esto y especialmente soportar este pensamiento: "Hay aquí diez mil personas y, sin embargo, no matarán más que a una, y ésa he de ser yo ¡Yo sólo he de morir!"

"Una escalera da acceso a la guillotina. Al poner el pie en el primer tramo de esa escalera, el reo, a pesar de ser un hombre fuerte y de enérgico carácter, no puede contener las lágrimas, lágrimas que a nadie enternecen porque quien las vierte ha sido un empedernido criminal. El sacerdote, que no se ha separado de él desde que montó en la carreta, sigue exhortándolo a tener resignación; me parece que el desdichado no le oye, aunque le escucha con atención. Finalmente, comienza a subir la escalera fatal; las cuerdas que le sujetan los pies le obligan a caminar a saltitos.

"Al pie de la escalera, el reo estaba ya palidísimo; ahora, al llegar a la plataforma, tiene el rostro más blanco que un papel. Indudablemente, se le doblan las piernas; tiene oprimido el corazón, le parece que un dogal le aprieta la garganta; la sangre, helada, se le paraliza en las venas...

"En aquellos momentos terribles, la razón subsiste toda entera, pero no ejerce ya su imperio.

"Viéndole en semejante estado de debilidad, el sacerdote, silenciosamente y con gesto rápido, acércale a los labios el pequeño crucifijo de plata. A su contacto, el condenado parece reanimarse por contados segundos, abre los ojos y prosigue su marcha. El reo besa el crucifijo con la avidez y la precipitación del hombre que, en el momento de partir para un largo viaje, teme olvidar algún objeto que luego ha de echar de menos; pero es de creer que toda idea religiosa está ausente de su conciencia. Y así sigue, hasta el momento en que le atan a la báscula...

"¡Es extraño que en momentos tan horribles no se produzcan los síncopes sino muy raras veces! Por el contrario, la cabeza conserva una vida intensísima, y trabaja, sin duda, con fuerza inusitada, como una máquina en movimiento. Supongo que toda clase de ideas se entrechocan en el cerebro, ideas confusas y ridículas, tal vez ajenas a la situación. Sin embargo, tiene conciencia de todo, no se olvida de nada. En aquel cerebro siempre hay una idea, un punto fijo, que es imposible olvidar ni rechazar, y todo gravita alrededor de ese punto. ¡Y pensar que esto dura hasta el último cuarto de segundo, cuando, sujeta la cabeza por la media luna, comienza a caer la cuchilla! De improviso siente la fría hoja que le cercena... Porque, sin duda, la siente y la oye... Si yo estuviese acostado sobre el tablado, aguzando el oído, percibiría ese sonido... Quizá no llega su duración a la décima parte de segundo, pero lo percibiría...

"Figúrense ustedes, señoras, que hasta ahora no se ha podido poner en claro si durante el primer segundo que sigue a la ejecución, la cabeza tiene conciencia de que ha sido separada del tronco... ¡Qué horror! ¿Y si tal estado persiste durante cinco segundos?

"Pinte usted, pues, el patíbulo de modo que sólo quede a la vista el último peldaño de la escalera; el reo ha subido ya al tablado; está blanco como una hoja de papel; y el sacerdote acerca la cruz a sus descoloridos labios; él mira y... *lo sabe todo*. Una cruz y una cabeza: he aquí el cuadro; el sacerdote, el verdugo y sus ayudantes; en el fondo las figuras de algunos espectadores; pero todo esto puede dejarse, por así decir, en última fila, entre una niebla; es algo accesorio. ¡Así concibo yo el cuadro!

El príncipe guardó silencio, y miró a sus oyentes.

—Esto no es, seguramente, la calma tranquila del preso — dijo Alejandra, como hablando consigo misma.

—Ahora, príncipe, cuéntenos sus amores — dijo Adelaida.

Muichkine la miró sorprendido.

—Escuche — añadió la joven con precipitación—, luego nos describirá el cuadro de Basilea; ahora quiero oír la historia de sus amores... No niegue, príncipe, que usted ha estado enamorado. Por otra parte, en cuanto comience a hablar dejará de ser filósofo.

—Se ha avergonzado usted del relato que acaba de hacernos — observó Aglae—. ¿Por qué es eso?

—¡Qué necia eres! — dijo la generala, envolviendo a su hija en una mirada de reproche—. No le haga usted caso, príncipe, ni lo tome a mal —prosiguió Isabel Prokofievna—. Habla impensadamente, y su conducta actual no responde a la educación que ha recibido. No crea que pasa inadvertido para mí, que lo están fastidiando. Seguramente lo hacen para sacarlo de sus casillas; pero en el fondo le aprecian, lo leo en sus rostros.

—Yo también leo en sus rostros — repuso el príncipe, recalcando las frases para darles un significado especial.

—¿Cómo es eso? — preguntó Adelaida, intrigada por el tono equívoco en que se había expresado Muichkine.

—¿Qué es lo que usted lee en nuestros rostros? — insistieron las otras dos hermanas.

Pero el joven, que se había puesto pensativo, no contestó en seguida, como ellas esperaban.

—Más tarde lo diré — repuso, al fin, en voz baja y en tono grave.

—Evidentemente trata usted de excitar nuestra curiosidad — exclamó Aglae—. ¡Qué serio se ha puesto!

—Bueno, bueno — intervino vivamente Adelaida—; siendo usted tan buen fisonomista, sin duda ha de haberse enamorado alguna vez; por consiguiente, cuente usted.

—No estuve enamorado jamás — replicó el príncipe en el mismo tono bajo y severo—; yo... yo he sido dichoso, pero de otro modo.

—¿Cómo? ¡Díganoslo!

—Pues bien, voy a complacerlas.

A juzgar por su semblante, el príncipe parecía entregado a hondos pensamientos.

—Ahí va el relato de mis amores.

"Allá, en la aldea suiza donde yo residía, había siempre niños, un verdadero ejército de escolares, con los que yo pasaba todo mi tiempo. No les diré que los instruía, no; tenían su maestro, un tal Julio Thibaut. Más bien, yo aprendía de ellos, aunque sólo buscaba su compañía. Así transcurrieron los cuatro años que permanecí en la aldea.

"Yo se lo decía todo, nada les ocultaba. Esto acabó por acarrearme la aversión de las familias, pues los niños no podían pasarse sin mí, y me rodeaban continuamente. Como es natural, el maestro fué el primero que se declaró enemigo mío. Malquistéme con muchas personas, siempre a causa de los niños; el propio Schneider me hizo muchos reproches por lo mismo. ¿Qué era lo que temían? A los niños se les puede decir todo, ¡absolutamente todo! Me sorprende la falsa idea que los adultos tienen de los pequeños, a quienes ni sus mismos padres comprenden. No es preciso ocultar nada a los niños so pretexto de que son pequeños y de que, a su edad, se deben ignorar ciertas cosas. ¡Qué triste y perniciosa rutina! Los niños se percatan de que sus padres los consideran como muñecos, a pesar de que lo comprenden todo.

"Mas la causa de la enemistad que me acarreé en el pueblo, hay que atribuirla a otra circunstancia... El odio de Thibaut era sencillamente envidia, o, por mejor decir, celos. Al principio movía la cabeza, sorprendido de que los niños comprendieran todo lo que yo les decía, mientras él no conseguía hacerse entender jamás. Luego se burló de mí cuando le dije que no éramos nosotros los que enseñábamos a los niños, sino éstos a nosotros. ¿Cómo pudo estar celoso de mí y calumniarme viviendo con los niños? El trato con los niños cura las enfermedades del alma.

Entre los enfermos que trataba Schneider, había un hombre desgraciadísimo. No creo que pueda existir desventura igual a la suya. Había ingresado allí como enfermo mental, mas para mí no era un loco, sino un hombre que sufría horriblemente, y en eso consistía toda su enfermedad. Pues bien, ¡si ustedes supieran lo que los niños llegaron a ser para él!... Luego hablaré de este enfermo; ahora quiero contarles cómo nació el amor que yo sentí por las criaturas.

"Al principio, los pequeñuelos mirábanme con muy poca simpatía; es más, se burlaban de mí... Como fuí siempre poco avisado, bastante torpe y no poco feo... Por añadidura, era extranjero. Así, pues, los chiquillos de la aldea divertíanse haciéndome mil burlas y travesuras, y acabaron por arrojarme piedras el día que me sorprendieron abrazando a María... No la abracé más que una vez. ¡No, no se rían ustedes! —añadió el príncipe en respuesta a las sonrisas de sus oyentes—. ¡Aquel abrazo era casto, el amor no entraba para nada en aquella expansión!

"Si hubieran ustedes conocido a aquella desventurada joven, también la hubieran compadecido como yo...

"Era una muchacha de la aldea; vivía con su madre en una pobre casita de dos ventanas. La vieja vendía cintas, hilo, tabaco, jabón y otros artículos en un mostrador que ponía en una de sus ventanas. Este comercio le producía algunas monedas, que bastaban para su subsistencia. Estaba enferma, y tenía los pies hinchados, lo que la obligaba a estar todo el día sentada en una silla.

"María, su hija, tenía veinte años y era de constitución muy débil. La tisis habíasele ya declarado y, no obstante, iba a las casas pudientes de la localidad para fregar los pisos, barrer, lavar la ropa y cuidar de los animales domésticos.

"Un viajante francés la sedujo, llevándola consigo, para abandonarla al cabo de ocho días.

"Abandonada en un camino, lejos del pueblo, vióse obligada a pedir limosna para poder regresar a su casa, a la que llegó sucia, cubierta de andrajos y descalza... Había caminado durante ocho días, descansando durante la noche en los campos abiertos y soportando grandes fríos. Los pies le sangraban; tenía las manos llenas de sabañones y de grietas. Su aspecto inspiraba piedad; amor, era raro que lo hubiera despertado, pues no tenía de bonita más que sus ojos soñadores e inocentes. Además, era en extremo taciturna.

"Recuerdo que una vez, antes del incidente de que he hablado, la oyeron cantar mientras lavaba, y la sorpresa que causó fué tal, que quienes la oyeron no pudieron por menos de exclamar entre grandes risas: "¡Qué milagro! ¡María ha cantado!" La pobre joven, turbada y confundida como si la hubieran sorprendido cometiendo un delito, se encerró desde aquel día en un mutismo obstinado.

"Entonces la trataban con alguna benevolencia; pero cuando, después de su falta, regresó a la aldea, andrajosa, hambrienta, descalza y con los pies sangrando, nadie tuvo la menor compasión de ella. ¿Por qué el corazón humano es tan duro en estos casos? ¿Por qué esa horrible severidad?

"La madre de María fué la primera en lanzar su desprecio y su ira en contra de la infeliz muchacha. "¡Me has deshonrado!" —le dijo—. Y la expuso a los insultos de la muchedumbre. Cuando en la aldea se esparció la noticia del regreso de María, viejos y niños, hombres y mujeres, todos corrieron a verla; la población entera invadió la choza de la vieja.

"Desfallecida de hambre, vestida de harapos, estaba María tirada en el suelo, a los pies de su madre, deshecha en un mar de llanto, tratando de substraerse a las miradas de los curiosos.

"Los aldeanos la rodeaban, contemplándola como a un monstruo; los viejos censurábanla con las frases más duras; los jóvenes hacíanle befa, y las mujeres la colmaban de injurias, haciendo gestos de repugnancia, como si estuvieran ante una araña.

"La madre, sentada en medio del aposento, lejos de oponerse a aquellas manifestaciones, las provocaba con sus palabras y sus ademanes.

"Ya entonces la anciana hallábase gravemente enferma, y dos meses después fallecía, sin haber querido perdonar a su hija.

"No le hablaba jamás, hacíala dormir en el patio y apenas le daba alimento. María, sin embargo, prodigábale los más solícitos cuidados, que la vieja aceptaba sin proferir palabra alguna de afecto.

"La joven lo soportaba todo con resignación, y más adelante, cuando trabé relación con ella, observé que aprobaba todo lo que le hacían, pues se consideraba como la última de las criaturas.

"Cuando murió la madre, el pastor evangélico no tuvo reparos en vilipendiar públicamente a María en la propia iglesia. Vestida con sus miserables harapos, estaba arrodillada junto al féretro y lloraba desconsoladamente. La curiosidad había llevado mucha gente a la fúnebre ceremonia: prometíanse un gran espectáculo viéndola llorar siguiendo el cadáver.

"El pastor evangélico, hombre joven aun y que cifraba toda su ambición en llegar a ser un gran predicador, se dirigió a la multitud y señalando a María, la acusó de todo.

"Todos los presentes escucharon con brutal placer las palabras insensatas del pastor protestante; pero en seguida se produjo un hecho imprevisto: todos los chiquillos asumieron la defensa de la joven, porque estaban ya de mi parte y comenzaban a compadecer y a querer a María.

"He aquí la razón de este cambio. Yo deseaba ayudar de algún modo a la desventurada muchacha. Mucha necesidad tenía ella de dinero, pero durante toda mi permanencia en Suiza, no fuí nunca dueño de un solo copec. Pero, en cambio, poseía un alfiler de corbata con un diamante y lo vendí a un ropavejero que recorría aquellos lugares. Me dió ocho francos por un objeto que valía cuarenta.

"Transcurrieron varios días antes de que yo pudiera hablar a solas con María. Por último, conseguí tener una entrevista en las afueras de la aldea, en un sendero, detrás de un árbol. Le entregué los ocho francos recomendándole que no los malgastara, pues en lo sucesivo me sería imposible darle más dinero. Después la abracé.

"—No me atribuya ninguna mala intención — le dije —. La abrazo, no porque esté enamorado de usted, sino porque me inspira profunda compasión. Desde el primer momento vi en usted una desventurada y no una culpable.

"Cuando acabé de hablar, me besó la mano; yo tomé la suya y quise besarla, pero ella la retiró vivamente. De pronto aparecieron ante nosotros todos los escolares. Supe después que hacía tiempo que nos vigilaban.

"Los muchachos comenzaron a reír, silbar y aplaudir, y María huyó despavorida. Quise hablarles, pero en vez de atenderme, descargaron sobre mí una lluvia de piedras. El mismo día, enteróse toda la aldea de lo sucedido, y la maledicencia pública ensañóse aún más en la pobre María. Oí decir que se había pensado en infligirle un castigo; pero, gracias a Dios, desistióse de llevar a cabo semejante idea. En cambio, los niños no dejaban en paz a su víctima, y con animosidad creciente la insultaban, arrojándole puñados de barro.

"Este deplorable suceso me impulsó a dedicarme más al estudio y a la lectura con objeto de enseñarles a los niños lo que yo aprendía en los libros, y no me aparté de esta regla de conducta en los tres años siguientes.

"Cuando Schneider y otros me reprendían porque hablaba a los niños como si fueran hombres, sin ocultarles nada, yo les contestaba que era vergonzoso engañarles. "Por lo demás — añadía yo —, a pesar de todas las precauciones que ustedes adopten, ellos sabrán lo que ustedes quieran que ignoren; sólo que lo aprenderán de un modo que pervertirá su imaginación, mientras que con mi sistema no hay que temer ese peligro. Cada cual, que interrogue los recuerdos de su infancia".

"Pero este razonamiento no convencía a nadie.

"Fué quince días antes de la muerte de la madre de María cuando abracé a ésta.

"Los niños estaban ya de mi parte, como he dicho, en el momento en que el pastor evangélico pronunció su sermón. En lo que más empeño puse, fué en hacerles ver el odioso e incalificable ensañamiento de aquel hombre contra una indefensa criatura. Todos, pues, se sublevaron, llegando algunos a exteriorizar su indignación rompiendo a pedradas los cristales de la casa del pastor.

"Les di a comprender que habían hecho mal; sin embargo, se esparció por la aldea la especie calumniosa de que había sido yo el instigador de semejante desafuero, y me acusaron de pervertir a los escolares. Toda la aldea notó en seguida la predilección de los niños por María y renació la inquietud; pero la joven era dichosa.

"Los padres perdían lastimosamente el tiempo prohibiendo a sus hijos que se tratasen con ella, pues éstos iban a encontrarla secretamente cerca de una alquería, donde ahora trabajaba y guardaba las vacas — distante de la población media versta —, unos, para llevarle regalos y otros, por el solo deseo de abrazarla y decirle: "Te queremos mucho, María". Lugo volvían con toda rapidez.

"Poco faltó para que dicha tan inesperada hiciese perder el juicio a María. Ella no había vislumbrado jamás cosa semejante, ni siquiera en sueños, y estaba trastornada de confusión y de júbilo. Los niños, y especialmente las niñas, gustaban de ir a verla para decirle que yo la amaba y que les hablaba mucho de ella.

"Luego venían a mi encuentro, y entre mil graciosas muecas me contaban lo que habían visto y me daban recuerdos de María.

"Al atardecer iba yo a la cascada de que ya les he hablado. Allí había un sitio oculto a la vista de la aldea por los altos álamos que lo rodeaban; en aquel paraje recibía yo, a los atardeceres, la visitas de los niños. Casi venían a escondidas.

"Parece que a ellos les causaba vivo placer el amor que, a su juicio, sentía yo por María, y sólo en esto engañé a mis amiguitos en todo el tiempo que permanecí con ellos. Yo les dejaba creer que estaba enamorado de María, aunque sólo experimentaba por ella profunda compasión; pero, viendo que esta idea les era agradable, me guardé muy bien de desengañarles, dejándoles creer que habían sorprendido mi secreto.

"También yo iba de vez en cuando a escondidas a visitar a María.

"Agravóse de tal modo en su enfermedad, que apenas podía tenerse en pie. Finalmente hubo de dejar el servicio de la alquería, pero continuó guardando las vacas. Sentábase en una roca y allí permanecía inmóvil hasta la hora de conducir el ganado al establo.

"Aniquilada por la tisis y respirando con dificultad, se pasaba todo el día en una especie de somnolencia, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en una roca. Su rostro demacrado parecía el de un esqueleto y el sudor bañaba continuamente su frente y sus sienes. En semejante estado la encontraba siempre que iba a visitarla, y permanecía a su lado un momento, porque tampoco yo quería ser visto.

"En cuanto me acercaba a ella, María se estremecía; abriendo los ojos, apresurábase a besarme las manos, sin que yo me opusiera, pués esto le agradaba. En todo el tiempo que estaba a su lado, no cesaba de temblar y llorar; a veces hablaba también, pero era difícil entenderla; tenía el aspecto de una loca, tan conmovida y exaltada estaba.

"A veces llegábamos juntos, los niños y yo, y en ese caso manteníanse a cierta distancia, para que nadie pudiese sorprenderme hablando con María. Ese papel de centinelas era lo que más les gustaba.

"Una mañana no pudo conducir a pacer el ganado y permaneció sola en su pobre vivienda. Supiéronlo los niños y aquel día le hicieron varias visitas; estaba en cama y no tenía a nadie que la cuidase. Durante dos días los niños le prestaron los cuidados necesarios, estableciendo turnos de enfermeros entre ellos mismos.

"Por último, cuando se supo en la aldea que María estaba moribunda, algunas ancianas campesinas se colocaron a su cabecera. Parecía que en la población comenzaba a sentirse alguna compasión por la pobre joven: dejaban a los niños que se acercaran libremente a ella, y no la insultaban ya como antes.

"La enferma seguía en estado comatoso; tenía el sueño agitado y tosía de un modo horrible. Entonces, y en vista de tal gravedad, las ancianas prohibieron a los niños que entrasen en la habitación, pero ellos se encaramaban a la ventana aunque no fuese más que por el tiempo necesario para decirle: "Buenos días, María, ¿estás mejor?"

"Ella, en cuanto los divisaba u oía sus voces, se reanimaba y, sorda a las observaciones de sus enfermeras, se incorporaba penosamente en el lecho y daba las gracias a sus amiguitos con ligeros movimientos de cabeza.

"Gracias a ellos, se lo aseguro a ustedes, la pobre joven murió casi dichosa, olvidando su desventura y considerándose en cierto modo perdonada, pues hasta el último momento teníase por una gran culpable.

"Murió la joven antes de lo que yo pensaba. El día anterior al de su muerte estuve a visitarla, antes de la caída del sol; ella pareció reconocerme y yo le estreché la mano por última vez... ¡su mano descarnada! A la mañana siguiente me anunciaron el fallecimiento de María.

"Entonces, a pesar de todas las prohibiciones, los niños entraron en la casa, cubrieron de flores el cadáver y le pusieron una corona en la frente.

"En la iglesia, el pastor evangélico respetó la memoria de la que había insultado en vida. Por otra parte, no valía la pena lucir sus brillantes dotes oratorias ante aquel reducido cortejo fúnebre.

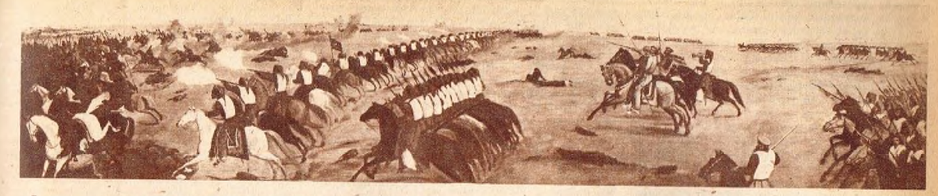
"Los niños hubieran querido transportar el ataúd; pero, como sus fuerzas no se lo permitían, limitáronse a seguirlo llorando.

"Después del entierro de María fué cuando especialmente se desencadenaron contra mí las iras de toda la población por mis relaciones con los escolares. Los promotores de esta nueva agitación fueron, en primer lugar, el pastor evangélico y el maestro de escuela. Llegaron hasta a prohibirles que me saludaran y Schneider les prometió que me vigilaría estrechamente. Mas, a pesar de todo, nos hablábamos desde lejos, por señas, y me mandaban cartitas.

"Más tarde cambiaron las cosas, con gran contento de mi parte. Esta persecución contribuyó a estrechar aún más mi intimidad con los niños.

"El año próximo pasado me reconcilié con Thibaut y con el pastor evangélico; pero, en cambio, las discusiones entre Schneider y yo eran frecuentes, debido a sus reproches a lo que él llamaba "pernicioso sistema con los niños", como si yo hubiera tenido algún sistema.

"Finalmente, el día anterior a mi partida, manifestóme la extraña opinión que se había formado de mí:



DESPUES DE CASEROS...

"Muchos años después de 1852 —dice HECTOR PEDRO BLOMBERG, el escritor argentino cuya firma es familiar para los lectores de

LEOPLÁN

— vivían aún muchos de los principales personajes de la época de Rosas. Gran parte del personal de la Federación subsistía, unos tolerados y otros estimados por la corrección que se impusieron. Otros, los menos, aislados en el silencio severo del repudio, hasta que la pluma del periodista apasionado y del folletinista popular los arrancaba de la penumbra para recordar sus reales o supuestas demasías y crueldades. Hombres y mujeres de distinta clase social prolongaban el dramático recuerdo de la dictadura en los barrios céntricos y el suburbio. Alcanzaron la ancianidad sin perder la memoria y la emoción de los sucesos que presenciaron en su juventud y en su madurez, viviendo en un retiro que no era inaccesible a una justificada curiosidad.

¿QUE FUE DE ELLOS?..."

Pues bien, HECTOR PEDRO BLOMBERG irá resucitando en sucesivos envíos, con el poder evocativo de una pluma argentina y de lo argentino enamorada, los hombres y las cosas de esos tiempos, tan lejanos y tan cercanos a la vez, que la leyenda hizo suyos y todavía la historia no los ha alcanzado plenamente...

DESPUES DE CASEROS...

comenzará en LEOPLÁN desde el PROXIMO NUMERO



"Estoy plenamente convencido — me dijo — de que no es usted ni más ni menos que un niño, pero niño en el verdadero sentido de la palabra. De adulto no tiene usted sino la estatura y el rostro; en cuanto al desarrollo del alma y del carácter, y quizá también de la inteligencia, no es usted hombre hecho aún, y es muy posible que continúe así, aunque viva sesenta años más.

"Estas palabras me hicieron reír muchísimo. Evidentemente, Schneider se engañaba. ¿Tengo yo, acaso, aire de niño? Sin embargo es lo cierto que no me hallo en mi centro entre los hombres, o entre personas mayores, y será, sin duda, porque no los conozco. Díganme lo que quieran y por más que extremen su bondad para conmigo, su conversación y su trato no me satisfacen, y me resulta penosa la compañía de ellos.

"Quizá la sociedad con los hombres me tiene reservados muchos fastidios y contrariedades; pero he tomado la determinación de ser constantemente honrado, cortés y sincero con todos; no se me puede pedir más. Es posible que no me tengan aquí, como en Suiza, por un niño, aunque eso me sería indiferente.

"Creen todos que soy idiota; es verdad que estuve enfermo, y tenía la apariencia de tal; mas ahora poseo toda la lucidez de mi inteligencia, como lo demuestra el hecho de que noto quiénes son los que por idiota me tienen.

"Cuando recibí en Berlín algunas cartitas que mis amiguitos habíanme dirigido, comprendí cuánto les quería. La primera carta que se recibe causa siempre una impresión penosa.

"¡Qué tristes estaban todos el día que me despidieron!

"Un mes antes de mi partida, tomaron la costumbre de acompañarme a casa, y decían entristecidos a los que encontrábamos por el camino: "¡León se va! ¡León se va para siempre!"

"El día que emprendí viaje, todos me acompañaron hasta la estación, que quedaba a una versta de distancia de la aldea. Esforzábanse para disimular su emoción; pero por más que hicieron, muchos de ellos, las niñas especialmente, no pudieron contener las lágrimas.

"Subí al vagón, silbó la locomotora y arrancó el tren en medio de los vítores y adioses de aquellos pequeñuelos, que permanecieron en el andén, como yo en la ventanilla, hasta que nos perdimos de vista.

El príncipe Muichkine hizo una pausa, y prosiguió:

—Cuando, hace poco rato, entré en este salón, al contemplar los rostros de ustedes, que son muy bellos, por cierto — ahora observo mucho las fisonomías —, y al escuchar sus primeras palabras, he sentido aligerado mi corazón, oprimido lo indecible desde que salí de Suiza. Me he creído realmente feliz; suponía que no era posible hallar persona alguna a la que desde la primera mirada se pudiese amar, y desde el momento que puse los pies en este aposento, se desvaneció mi error... No ignoro que no es costumbre hablar de los propios sentimientos, y he aquí que yo hablo de ellos sin ningún temor. Soy misántropo y quizá no vuelva por esta casa en mucho tiempo... Y no crean que digo esto porque haya recibido algún agravio o tenga motivo de queja... Ustedes me pidieron mi impresión de lo que leí en sus rostros; pues bien, se lo diré gustoso. Usted, Adelaida Ivanovna, tiene el aire de ser enteramente feliz; su rostro es el más simpático de los tres. Además, tiene mucha personalidad, y al mismo tiempo un gran corazón, y al verla no se puede menos de decir: "He ahí una buena hermana". Con sus maneras sencillas y alegres, lee usted pronto en el corazón de las gentes. Tal es la impresión que su rostro me ha producido. Usted, Alejandra Ivanovna, tiene un aspecto gracioso, pero alguna pena secreta la hace sufrir; su alma es, seguramente, buena si las hay, pero no está satisfecha. Este es mi parecer acerca de usted; reflexione si es justo o erróneo... En cuanto a usted —dijo el príncipe volviéndose bruscamente, y encarándose con la generala—, en cuanto a usted, Isabel Prokofievna, su rostro me hace suponer o, mejor dicho, me demuestra que, a pesar de su edad, es usted una niña, una verdadera niña, con todas las cualidades y todos los defectos que esa palabra implica. ¿No se enfadará conmigo si sigo hablándole así? Usted no ignora el respeto y el cariño que me inspiran los niños... Y si me he expresado con tanta franqueza respecto a sus rostros, no crean que lo he hecho por ingenuidad, no; quizá tenga mis razones para ello.

VII

Cuando el príncipe cesó de hablar, sus oyentes, incluso la propia Aglae, le miraron con aire satisfecho; pero la más contenta de todas era Isabel Prokofievna.

—¡Ya está el examen hecho! — exclamó ésta —. Pensabais vosotras, hijas mías, en proteger al príncipe como si fuese un pobre infeliz, y creo que podemos darnos por dichosas si él nos otorga su protección; y tuvo buen cuidado de decirnos que vendrá de tarde en tarde. ¡Nos hemos engañado de medio a medio, pero el que resultará más chasqueado de todos será, sin duda, Iván Fedorovitch, mi esposo! ¡Bravo, príncipe! ¡Figúrese usted, que antes de marcharse nos dijo que le sometiéramos a un examen!... Lo que ha dicho usted acerca de mí es perfectamente cierto: ¡soy una niña, lo sé! Lo sabía antes que usted me lo dijera; con una sola frase ha expresado exactamente mi pensamiento. Creo que nuestros caracteres, desde todo punto de vista, son idénticos. Nos parecemos como dos gotas de agua. Sólo que usted es hombre y yo, mujer.

—¡No corras tanto, mamá! — exclamó Aglae —. El príncipe dijo que al hablar con la franqueza que lo ha hecho, no fué por ingenuidad, sino porque tiene sus razones para ello.

—¡Es cierto, es cierto! — confirmaron, riendo alegremente, las otras dos hermanas.

—No os riáis, hijas mías, porque él solo es más fuerte que vosotras tres juntas; ya lo veréis. Díganme, príncipe, ¿por qué no nos dijo su opinión sobre Aglae? Ella la está esperando, y yo también.

—En este momento no puedo pronunciarme; lo dejo para otra ocasión.

—¿Por qué? ¿La encuentra usted más interesante que las demás?

—¡Oh, sí, interesantísima! ¡Es usted extraordinariamente hermosa, Aglae Ivanovna! ¡Tan hermosa, que da miedo mirarla!

—¿Eso es todo? ¿Y el carácter? — insistió la generala.

—Es muy difícil juzgar la belleza — prosiguió el príncipe —. Yo, a lo menos, por ahora, no me considero capaz de hacerlo. La belleza es un enigma.

—Eso quiere decir que propone usted un enigma a Aglae — replicó Adelaida —. ¡Adivínalo, Aglae! ¿Pero la encuentra, realmente, tan hermosa como dice?

—¡Sí, muy hermosa! — repitió el príncipe, contemplando a la joven con arrobamiento —; casi tanto como Anastasia Filippovna, aunque los rostros sean diferentes...

Las cuatro mujeres se miraron recíprocamente con indecible estupor.

—¿Cómo quién? — exclamó, con alterada voz, la generala —. ¿Como Anastasia Filippovna? ¿Qué Anastasia Filippovna?

—Hoy, Gabriel Ardalionovitch enseñaba el retrato de esa joven al general, en el despacho de éste.

—¡Cómo! ¿Le trajo el retrato de esa mujer a Iván Fedorovitch?

—Para enseñárselo únicamente — repuso el príncipe —. Anastasia Filippovna le regaló hoy su retrato a Gania y éste lo trajo...

—¡Quiero verlo! — interrumpió vivamente la generala —. ¿Dónde está ese retrato? ¡Que hagan venir en seguida a Gabriel Ardalionovitch!... Pero no, malditas las ganas que tengo de verle... Querido príncipe, tenga usted la bondad de ir por el retrato... Dígale que quiero verlo, hágame este favor.

—Es un buen joven, pero demasiado... ingenuo — observó Adelaida, cuando el príncipe hubo salido del aposento.

—Sí, demasiado ingenuo — confirmó Alejandra —, y me parece que algo ridículo también.

Ni una ni otra expresaban su verdadero pensamiento.

—Sin embargo — dijo Aglae —, hablando de nuestros rostros se ha portado admirablemente; a todas nos lisonjeó, incluso a mamá.

"En verdad, he cometido una tontería hablando del retrato — pensaba no sin arrepentimiento el príncipe Muichkine, mientras se dirigía al despacho del general —; pero quizá he hecho bien, después de todo..."

En su mente comenzaba a germinar una idea extraña, aunque muy confusa aun. Gabriel Ardalionovitch se encontraba todavía en el despacho de su superior, examinando unos documentos. Era evidente que la Compañía no le regalaba el sueldo.

Cuando el príncipe, por encargo de la generala, le pidió el retrato, Gania quedóse un momento aturdido.

—¿Qué necesidad tenía usted — rugió luego — de charlar sobre lo que aquí había visto u oído? — Y murmuró para su coleto —: ¡Idiota!

—Perdóneme usted — repuso Muichkine —, lo hice sin pensar...; se me escapó en el curso de la conversación, al decir que Aglae era tan hermosa como Anastasia Filippovna.

Gania pidióle que le contase todo lo que había sucedido, y el príncipe obedeció.

Mientras hablaba, el secretario le miraba con expresión burlona.

—Decididamente, Anastasia Filippovna ha ocupado por completo su imaginación — murmuró, y permaneció unos instantes silencioso y pensativo.

Su perplejidad era evidente. Muichkine volvió a hablarle del retrato.

—Escúcheme usted, príncipe — dijo, de pronto, Gania, como iluminado por una idea repentina —; tengo que pedirle un gran favor, pero, realmente, no sé...

No terminó la frase; su turbación iba en aumento; una lucha terrible se libraba, sin duda, en su interior. El príncipe le contemplaba en silencio. Gania le envolvió una vez más en una mirada penetrante, escrutadora.

—Príncipe — dijo, al fin, el secretario —, por lo que a mí se refiere... por una circunstancia rara... y ridícula... en la que no entro para nada... Bien, es inútil hablar de esto; en una palabra, las señoras parece que están enfadadas conmigo, de manera que, desde hace algún tiempo, no quiero entrar en sus habitaciones... Pero es el caso que en estos momentos tengo absoluta necesidad de hablar con Aglae Ivanovna. Con este objeto, le he escrito cuatro renglones (Gania tenía en la mano una carta), y no sé cómo hacerla llegar a sus manos... ¿Quiere usted, príncipe, encargarse de dársela de inmediato, y en su propia mano, a Aglae Ivanovna?

—Me gustan muy poco estas comisiones — repuso Muichkine.

—¡Ah, príncipe, si supiese cuánta importancia tiene esto para mí! — suplicó Gania —. Ella, quizá, responderá... Crea que se trata de un asunto urgente, urgentísimo, de lo contrario no me hubiera atrevido... ¿A quién recurrir en este momento?... No puede imaginarse la enorme importancia que esto encierra para mí...

Consternado por la negativa del príncipe, Gania le miraba con expresión suplicante.

—Sea, entregaré esa carta — dijo, al fin, Muichkine.

—¡Pero sin que nadie le vea! — insistió Gania, contentísimo —. Cuento con su palabra de honor, príncipe.

—Nadie la verá.

—La carta no está cerrada, pero...

El secretario se interrumpió, avergonzado de haber dejado traslucir una sospecha ofensiva para Muichkine.

—No la leeré, pierda usted cuidado — repuso, y, tomando el retrato, salió del despacho.

Cuando quedó solo, Gania tomóse la cabeza con ambas manos, murmurando:

—Una sola palabra de ella, y... romperé con todo!...

Entretanto el príncipe volvía, pensativo, a las habitaciones de las señoras Epantchine. El encargo que le habían confiado le contrariaba vivamente, y no le resultaba menos penoso el hecho de que Gania escribiese secretamente a Aglae.

Antes de llegar a las habitaciones, Muichkine se detuvo bruscamente, como si alguna repentina idea hubiese cruzado por su imaginación; miró en torno suyo y acercóse a la ventana para examinar a su gusto el retrato de Anastasia Filippovna.

La primera impresión que le había causado continuaba fija en su imaginación y quiso someterla a una contraprueba. Contemplando de nuevo aquel rostro que sólo tenía de notable su rara belleza, el príncipe experimentó una sensación aun más fuerte que la vez anterior.

La belleza deslumbrante de Anastasia Filippovna tenía algo de extraordinario; un rostro pálido, mejillas casi hundidas y ojos ardientes; ¡esto constituía una belleza bien extraña!

El príncipe contempló el retrato un momento y, después de asegurarse de que no podía ser visto, se lo llevó a los labios y besólo con precipitación.

Cuando, un minuto después, entró en la estancia, su rostro no delataba la emoción que experimentara un momento antes.

Al atravesar el comedor, encontró a Aglae, que estaba sola, junto a la puerta de otra pieza contigua al salón.

—Gabriel Ardalionovitch me ha rogado que entregue a usted esto — dijo el príncipe, presentándole la carta.

Aglae tomó el pliego y miró a Muichkine con expresión extraña. La fisonomía de la joven no delataba la menor confusión; todo lo más, cierto estupor producido únicamente por el papel poco airoso que estaba representando el príncipe.

La mirada tranquila y altiva de Aglae parecía preguntar a Muichkine cómo y por qué se hacía cómplice de Gania. Durante unos segundos permanecieron silenciosos, uno frente a otro; finalmente, Aglae rió con malicia y lo dejó plantado.

La generala examinó desdeñosamente el retrato de Anastasia Filippovna, teniéndolo a distancia de sus ojos.

—Sí, es hermosa — dijo, al fin —; hasta muy hermosa. La he visto dos veces, pero desde lejos. ¿Así que le gusta a usted esta clase de belleza? — preguntó la generala con brusquedad al príncipe.

—Sí..., me gusta... — respondió éste con cierto embarazo.

—Pero ¿ésta precisamente?

—Sí, ésta.

—¿Por qué?

—En ese rostro... se adivinan grandes sufrimientos... — articuló como involuntariamente el príncipe, que más parecía responderse a sí mismo, y no dirigirse a la generala.

—¡Bah! ¡Usted sueña! — replicó Isabel Prokofievna, y con gesto arrogante tiró el retrato sobre la mesa.

Alejandra lo tomó, Adelaida acercóse a ella y ambas se pusieron a examinar atentamente el rostro de Anastasia.

En aquel momento entró Aglae en el salón, echó una rápida ojeada al retrato, hizo un mohín de desprecio y fué a sentarse en una butaca con los brazos cruzados.

La generala tocó el timbre.

—Diga a Gabriel Ardalionovitch que venga en seguida — ordenó al criado que se presentó.

—¡Pero, mamá! — dijo en tono significativo Alejandra.

La generala, cuyo mal humor iba en aumento, no hizo caso alguno de la exclamación de su hija.

—¡Quiero decirle dos palabras!... ¡Basta!... — replicó con acento colérico —. En mi casa, príncipe, no hay ahora más que secretos, ¡siempre secretos! Son indispensables, así lo exige la buena educación... Pero el asunto de que voy a tratar requiere mucha claridad, franqueza y, sobre todo, mucha honradez. Los matrimonios que se tratan como un negocio, no me gustaron nunca.

—Pero, mamá — insistió Alejandra —, ¿por qué dices eso?

—¿Es que te gustan a ti, por ventura, hija mía? ¡Qué importa que nos oiga el príncipe! Somos amigos; por lo menos yo soy su amiga. Dios busca a los buenos, pero detesta a los malvados y a los caprichosos que hoy dicen una cosa y mañana sostienen otra. ¿Comprendes, Alejandra Ivanovna? Dicen mis hijas, príncipe, que soy muy original, pero sé discernir... Lo esencial es tener corazón; lo demás nada significa... La gracia, sin duda, es lo necesario, sino lo más esencial... No sonrías, Aglae... Esto es una gran verdad. Yo soy una tonta que tengo corazón y muy poco ingenio; tú, en cambio, eres graciosísima, pero no tienes corazón; somos, pues, ambas desgraciadas, tanto sufrimos una como otra.

—¿Qué te hace tan desgraciada, mamá? — preguntó Adelaida, riendo, pues era la única que conservaba su buen humor.

—Me parece, sapientísimas hijas mías, que he dicho lo suficiente para hacerme comprender. Bastante hemos hablado ya. Veremos si vosotras dos (descarto a Aglae), sabéis salir del paso con la gracia y la facundia de que hacéis gala; ya veremos, Alejandra Ivanovna, si eres feliz con el

respetable señor... ¡Ah! —exclamó, viendo entrar a Gania—, he aquí otro matrimonio que se está negociando. ¡Buenos días! —añadió con sequedad, respondiendo al saludo del secretario; y sin invitarle a sentarse, le espetó a boca de jarro—: ¿Usted está negociando un matrimonio?

—¿Un matrimonio?... ¿Qué matrimonio?... —balbuceó Gabriel Ardalionovitch, estupefacto.

—El suyo, hombre, el suyo; ¿prefiere que se lo diga así, sin tapujos?

—¡Ah, no..., yo... no...! —tartamudeó el secretario, rojo de vergüenza.

Seguidamente dirigió una rápida mirada a Aglae, que permanecía sentada, y que, fríamente, sin pestañear, observaba su turbación.

—¿Que no? ¿Ha dicho que no? —prosiguió la implacable generala—. Está bien; recordará en el momento oportuno que a mi pregunta ha contestado usted que *no*. ¿Qué día de la semana es hoy?, ¿miércoles?

—Creo que sí, mamá —repuso Adelaida.

—¡Ni siquiera están seguras del día en que viven! ¿A cuánto estamos del mes?

—A veintisiete —contestó Gania.

—¿Veintisiete? Bueno es saberlo. Puede retirarse; tiene usted mucho que hacer, a lo que parece, y yo también; ya es hora de que me vista. Tome usted su retrato y salude en mi nombre a su pobre madre. ¡Hasta más ver, querido príncipe! Venga a visitarnos con frecuencia. Voy a casa de la vieja Bielokonsky expresamente para hablarle de usted. Escuche todavía esto, estimado amigo; creo que es precisamente para favorecerme a mí por lo que Dios le ha enviado de Suiza a San Petersburgo. Tal vez le hayan traído aquí otros asuntos, pero el objeto principal he sido yo. ¡Así estaba escrito en los inescrutables designios de Dios! Hasta luego, hijas mías; ven conmigo, Alejandra.

Y la generala abandonó el salón.

Apabullado, furioso, desconcertado, Gania tomó el retrato, que había quedado sobre la mesa, y se dirigió a Muichkine, esforzándose por sonreír:

—Príncipe, cuando salga de aquí iré directamente a casa. Si no ha desistido usted de venir a habitar con nosotros, le acompañaré, puesto que no conoce nuestro domicilio.

—Aguárdese usted un momento, príncipe —dijo Aglae, abandonando vivamente su asiento—. Antes de marcharse, es preciso que escriba algo en mi álbum. Papá nos dijo que tiene usted una letra primorosa. Vuelvo en seguida.

Y desapareció.

—Hasta la vista, príncipe; yo también me retiro —dijo Adelaida.

Estrechó cordialmente la mano de Muichkine, acompañando la presión con una amable sonrisa, y se retiró sin dignarse siquiera mirar a Gania.

Este no esperaba otra cosa que hallarse a solas con el príncipe para desahogar su ira. Con el rostro encendido y los ojos llameantes se precipitó hacia Muichkine, interpelándole con violencia, aunque en voz baja.

—¡Ha sido usted —dijo, rechinando los dientes— el que les habló de mi matrimonio! ¡Charlatán!

—Le aseguro que se engaña —repuso el príncipe con tono tranquilo y cortés—; ignoraba que pensara usted siquiera en casarse.

—Pero habrá usted oído decir al general que esta noche diría Anastasia Filippovna su última palabra, y lo ha repetido aquí. ¡Usted miente! ¿Por quién iban a saber ellas eso? ¡El diablo me lleve, si no ha sido usted! ¿O le parece que la vieja no me ha hecho alusiones bastante claras?

—Si cree usted que sus palabras encerraban esas alusiones, debe averiguar quién es el que la ha informado, porque, vuelvo a repetirlo, yo no fuí —repuso el príncipe, sin perder su calma habitual.

—¿Ha entregado usted mi carta? ¿Y la contestación? —preguntó Gania, devorado por la impaciencia.

En aquel momento entró Aglae y Muichkine no tuvo tiempo de responder.

—Aquí tiene, príncipe —dijo la joven, poniendo el álbum sobre la mesa—. Escoja usted la hoja que le parezca y escriba algo en ella.

Aglae parecía no advertir la presencia de Gania. Pero mientras Muichkine se preparaba para escribir, el secretario acercóse a la joven —que, de pie junto a la chimenea, tenía al príncipe a su derecha—, y en voz queda y suplicante le dijo:

—¡Una palabra, diga usted una palabra no más, y estoy salvado!

El príncipe se volvió rápidamente hacia ellos y les miró con fijeza. El rostro de Gania expresaba la más viva desesperación. Aglae, en cambio, lo miraba con ese estupor tranquilo que el príncipe había notado cuando la encontró en la habitación contigua al comedor.

—¿Qué quiere usted que escriba? —preguntó el príncipe.

—Yo le dictaré —repuso la joven, volviéndose hacia él—. ¿Estamos? Pues bien, escriba: "Yo no acepto ese negocio". Ahora ponga usted la fecha arriba... Así... ¿A ver?

El príncipe le entregó el álbum.

—¡Magnífico! ¡Está admirablemente escrito! ¡Tiene usted una mano que vale una fortuna! Muchas gracias, príncipe, y hasta la vista... ¡Ah, no! —añadió, como si de pronto recordase algo que había olvidado—; venga conmigo, pues quiero darle un recuerdo mío.

El príncipe la siguió, pero cuando entraron en el comedor, Aglae se detuvo.

—Lea usted esto —dijo a Muichkine, presentándole la carta de Gania.

Muichkine la tomó, mirando a Aglae de un modo indeciso.

—Sé que usted no la ha leído y que no es cómplice de ese hombre. Lea, quiero que la lea.

La carta decía lo siguiente:

Hoy se ha de decidir mi suerte, y ya sabe usted de qué manera. Hoy he de dar una palabra irrevocable. No tengo ningún derecho a que usted se interese por mí, y no me atrevo a alimentar esperanza alguna; pero en cierta ocasión usted pronunció una palabra, una sola, y esa palabra brilló en la noche de mi existencia, fué para mí un faro siempre luminoso. Repita una palabra semejante, y me habrá salvado. Dígame solamente: "Rompa con todo", y hoy mismo seré libre. ¿Qué compromete usted con decir esto? Al suplicar esa palabra, solamente *imploro de usted una señal de compasión,* ¡nada más que esto! *No me atrevo a acariciar esperanzas, porque no ignoro que valgo muy poco. Pero si recibo su respuesta favorable, volveré gustoso a la pobreza, soportaré alegremente mi situación desesperada, afrontaré la lucha con placer y decisión.*

Escríbame, pues, esa palabra de compasión, de compasión nada más, *se lo juro! No se enoje con un desesperado ni le acuse de insolente por haber tenido el atrevimiento de hacer un supremo esfuerzo para substraerse a su perdición.*

G. I.

Cuando el príncipe acabó de leer, dijo Aglae con airado acento:

—Asegura ese hombre que la frase *rompa con todo* no me compromete a nada, no me liga a él de ninguna manera; ya lo ve usted, esta carta es una garantía escrita. Observe usted cómo ha subrayado inocentemente algunas frases y con qué claridad brutal revela sus íntimos pensamientos. El sabe perfectamente que si rompiese con todo espontáneamente, sin esperar a que yo se lo ordenase, sin decirme siquiera una palabra de esto, sin fundar en mí ninguna esperanza, él sabe, repito, que si obrase de este modo tal vez cambiarían mis sentimientos hacia él y que quizá sería amiga suya. ¡Sí, lo sabe, no puede ignorarlo! Pero es de alma tan vil y miserable que, a pesar de saber esto, no se decide, exige garantías anticipadas; para renunciar a cien mil rublos, quiere que yo le autorice para esperar que un día llegaré a ser su esposa. En cuanto a la palabra de que habla en esa carta y que dice que ha iluminado su vida, no es más que una imprudente mentira. Un día le demostré únicamente cierta compasión; pero él es insolente y presuntuoso, y sobre ello ha fundado sus esperanzas. Yo lo noté en seguida. Desde entonces no hace más que tenderme lazos como el de ahora. Bueno, bastante hemos hablado ya de esto. Tome, príncipe, la carta, y devuélvasela en cuanto estén en la calle, pero no antes, ¿entiende?

—¿Qué le he de responder, si me pregunta?

—Nada; ¿qué más respuesta quiere que la devolución de su carta? Dígame, ¿va usted a hospedarse en su casa?

—Así me lo recomendó su padre de usted —contestó el príncipe.

—Pues bien, ándese con cuidado, porque le prevengo que no le perdonará jamás el que le haya devuelto su carta.

Aglae estrechó ligeramente la mano del príncipe, y se retiró sin dedicarle una sonrisa: estaba malhumorada.

—Estoy a su disposición, permítame solamente recoger mi lío —dijo el príncipe a Gania, que le aguardaba en el despacho del general.

El secretario dió una patada en el suelo, devorado por la impaciencia y ciego de ira.

Al fin, los dos jóvenes abandonaron la casa.

—¿Y la respuesta? —bramó Gania en cuanto hubieron salido—. ¿Dónde está la respuesta? ¿Qué le ha dicho? ¿Le entregó usted mi carta?

El príncipe le presentó, sin despegar los labios, la que Aglae le había devuelto. Gania se quedó mudo de estupor.

—¡Cómo! ¡Si es mi carta! —exclamó al fin, presa de indecible furor—. ¡Maldito! ¿Por qué no se la entregó? ¡Debiera haberlo sospechado!

—Perdone —replicó el príncipe, impasible—; se la entregué a los pocos momentos de habérmela dado usted, y lo hice en la forma que me indicó. Si ahora se la entrego, es porque la propia Aglae Ivanovna me ha ordenado que se la devolviera.

—¿Cuándo?

—Apenas acabé de escribir en el álbum las palabras que ella misma me dictó, díjome que la siguiera... ¿Pero no lo oyó usted? Entramos en el comedor, me dió la carta, hizo que yo la leyera y me ordenó después que la restituyera a usted.

—¿Que se la hizo leer? —rugió Gania—. ¿Y usted la ha leído?...

—Sí, la he leído.

—¿Pero fué ella misma la que se la dió para que la leyera?

—Sí, ella fué; de lo contrario, jamás me hubiera atrevido a hacerlo.

Durante un minuto, Gania permaneció silencioso, esforzándose por reunir sus ideas; pero de pronto exclamó:

—¡Pero algo le habrá dicho! ¡Qué hace usted, desgraciado, que no me repite sus palabras!

—Al terminar yo de leer la carta, me dijo que usted le tendía un lazo, que trataba de comprometerla, que antes de renunciar a cien mil rublos quería usted ser recompensado por este sacrificio con su mano de esposa. Si eso lo hubiera hecho sin comerciar con ella —añadió—, si hubiera roto con todo espontáneamente, sin pedirle garantías anticipadas, tal vez le habría concedido su amistad... Creo que fué esto todo lo que me dijo.

Una cólera terrible apoderóse de Gania, haciéndole olvidar toda mesura.

—¿De manera que así se desprecian mis cartas? —bramó rechinando los dientes—. ¡Conque se niega a pactar conmigo! ¡Ah, ya lo veremos! ¡Todavía no he quemado mi último cartucho!

Los dos jóvenes anduvieron unos minutos sin pronunciar palabra.

Gania, sin hacer caso del príncipe, al cual no daba ninguna importancia, daba libre curso a su exasperación, como si estuviera solo en su cuarto. Y la paciencia con que Muichkine aguantaba sus continuas ofensas le exasperaba aún más.

El irascible joven, ya en el colmo de la ira, lo trató de *idiota*. Entonces el príncipe, se paró de pronto.

—Escuche, Gabriel Ardalionovitch: en otro tiempo sufrí una especie de idiotismo, a con-

secuencia de mi enfermedad; pero hace más de tres años que estoy curado por completo y me causa muy poca gracia que me llamen idiota. Es cierto que la ira provocada por el fracaso que acaba de sufrir, pone en sus labios frases bastante molestas que hasta ahora he disculpado. Pero su cólera colma ya toda medida. Esto es intolerable. Por consiguiente, es mejor que nos separemos; puesto que nos encontramos en esta plaza, de la que parten varias calles, tome usted por la derecha, para ir a su casa, si gusta, que yo seguiré por la izquierda. Tengo veinticinco rublos y encontraré fácilmente un alojamiento.

Grande fué la confusión de Gania, que, hasta aquel momento creyó que estaba tratando con un imbécil. Reconociendo, pues, su error, enrojeció de vergüenza, y sustituyó súbitamente la insolencia de que había hecho alarde por la más refinada cortesía.

—Perdóneme, príncipe — dijo Gania en tono suplicante —. ¡Por el amor de Dios, perdóneme! Hágase cargo de mi desventura. Si supiera cuán desgraciado soy, seguramente me compadecería, aunque no lo merezco.

—Nada tengo que perdonarle — interrumpió Muichkine —. Me hago cargo de su contrariedad, y dejo de lado sus hirientes frases. Vamos, pues, a su casa; le acompañaré con mucho gusto.

"Ahora es imposible dejarlo marchar — decíase Gania, mirando de reojo y con rencor al príncipe —. Este bribón me ha tirado de la lengua y luego se ha sacado la máscara... Conviene tenerlo en cuenta... ¡Nos veremos, amiguito!... Bueno, todo quedará arreglado hoy.

Momentos después, llegaban a la casa de Gania.

VIII

Sin que la vivienda encerrase nada de extraordinario, notábase al punto que no correspondía a la situación económica de un empleado, que, con dos mil rublos de sueldo, había de atender las necesidades de una familia algo numerosa.

La casa estaba dividida en dos departamentos por medio de un corredor que comenzaba en la antesala. De un lado estaban las tres habitaciones que alquilaban a personas "especialmente recomendadas"; además, al extremo del corredor, cerca de la cocina, había otro aposento, más reducido que los otros, ocupado por el general Ivolguine, el jefe de la familia, que tenía por lecho un ancho sofá. Para entrar y salir tenía que pasar fozosamente por la cocina, y no le estaba permitido usar otra escalera que la del servicio.

Aquella estrecha habitación servía también de alojamiento a Kolia, el hermano menor de Gania, muchacho de trece años; que hacía allí sus trabajos escolares y dormía sobre otro sofá estrecho y deteriorado. Pero el verdadero motivo de la casi continua permanencia de Kolia allí, era para vigilar a su padre, que cada día que pasaba era más extravagante.

Dieron al príncipe la habitación del centro, situada entre la de Ferdychtchenko, a la derecha, y otra, a la izquierda, que estaba aún desalquilada.

Gania hizo pasar antes a Muichkine al departamento que la familia Ivolguine habíase reservado, compuesto de tres habitaciones: una sala, que se transformaba en comedor cuando era necesario; un saloncito, que de noche servía a Gania de despacho y de alcoba, y otro aposento, que permanecía siempre cerrado, en el que dormían Nina Alejandrovna y su hija. En una palabra, no era posible vivir más estrechos.

Aunque Gania quería mostrarse respetuoso con su madre, observábase a primera vista que era el déspota de la casa.

Nina Alejandrovna no estaba sola en el salón: acompañábala su hija Bárbara y tenían una visita, Iván Petrovitch Ptitzine.

Nina Alejandrovna representaba unos cincuenta años, tenía el rostro flaco y ajado y un círculo negro rodeaba sus ojos. Aunque su aspecto era enfermizo y algo triste, su fisonomía y su mirada eran bastante agradables; a las primeras palabras descubríase en ella un carácter serio y digno. A pesar de su apariencia tímida, adivinábase en ella firmeza y resolución.

Bárbara Ardalionovna tenía veintitrés años. Muy delgada y de mediana estatura, poseía uno de esos rostros que, sin ser precisamente bellos, tienen, sin embargo, el privilegio de agradar y aun de fascinar casi tanto como la belleza perfecta.

Era bastante parecida a su madre. La mirada de sus ojos grises podía ser, en ocasiones, alegre y afable, pero, de ordinario, era seria y melancólica. Desde hacía algún tiempo, la fisonomía de la joven había tomado una expresión que delataba hondas preocupaciones.

La firmeza y la resolución leíanse en su rostro como en el de su madre; pero se adivinaba que el carácter de su madre era aún más enérgico y más emprendedor. Bárbara era pronta a la ira, y a menudo imponía pavor a su propio hermano Gania, cuando estaba encolerizada.

No le temía menos Iván Petrovitch Ptitzine, que se hallaba de visita en el salón de los Ivolguine en el momento que lo presentamos a nuestros lectores.

Este, que representaba unos treinta años, vestía con elegante sencillez, y sus modales eran agradables, aunque algo acompasados. Usaba barba recortada color castaño; hablaba con soltura y gracia. Saltaba a la vista que su estada allí no era, por cierto, por indiferencia hacia Bárbara Ardalionovna. Esta, por su parte, le trataba como un amigo, pero haciendo oídos sordos a ciertas sugestiones que éste había intentado poner sobre el tapete más de una vez. Esto, sin embargo, no desanimaba a Ptitzine.

Nina Alejandrovna le acogía siempre con exquisita amabilidad y, desde hacía tiempo, había puesto en él una gran confianza. Sabíase, además, que era prestamista.

Gania saludó secamente a su madre, no dijo palabra a su hermana, presentó al príncipe con pocas, pero explícitas palabras, y abandonó seguidamente el salón, acompañado de Ptitzine, mismo".
del que era íntimo amigo.

Nina Alejandrovna acogió amablemente a Muichkine, y viendo a Kolia en el hueco de la puerta, le mandó que condujese al nuevo huésped a la habitación del centro.

Era Kolia un muchacho de rostro sonriente y muy agradable; su carácter franco e ingenuo, inspiraba confianza desde el primer momento.

—¿Dónde está su equipaje? — preguntó al príncipe.

—En la antecámara; es un pequeño envoltorio...

—Voy a buscarlo. La servidumbre de la casa está reducida a la cocinera y a Matrena, y, por lo tanto, yo he de hacer de camarero. Varia (1) nos vigila a todos y no para un minuto de gruñir. Dijo Gania que ha llegado usted hoy de Suiza. ¿Es cierto?

—Sí.

—¿Es bonito aquello?

—Muy bonito.

—Voy a recoger su equipaje.

Bárbara entró en el aposento.

—Matrena va a arreglarle todas las cosas — dijo al príncipe —. ¿Ha traído usted baúl?

—No; un pequeño envoltorio, que su hermano fué a buscar.

—¡Allí no había más que este lío de ropa! — exclamó Kolia, haciendo irrupción en la pieza —. ¿Y su equipaje?

—No traigo más equipaje que éste — contestó el príncipe tomando su pañuelo.

—¡Ah! Me temía que Ferdychtchenko lo hubiera hecho suyo.

—¡No digas necedades! — dijo severamente Varia, que hablaba también al príncipe en tono seco y poco cortés.

—Querida hermanita, podías hablarme con

(1) Diminutivo de Bárbara.

más consideración, pues ya sabes que yo no soy Ptitzine.

—Sigue haciéndote el tonto, y todavía me veré obligada a darte una bofetada — repuso la joven, y dirigiéndose al príncipe añadió —: Para cuanto usted necesite, diríjase a Matrena. Almorzamos a las cuatro y media; puede almorzar aquí, o en el comedor con nosotros, a su elección. Vamos, Kolia, ven conmigo y no molestes.

—¡Ya voy! ¡Qué genio!

En el comedor tropezaron a Gania.

—¿Está papá en casa? — preguntó a Kolia.

El muchacho contestó afirmativamente, y Gania le susurró unas palabras al oído.

Kolia asintió con un movimiento de cabeza, y siguió a Bárbara.

—Dos palabras, príncipe — dijo el secretario de Epantchine, entrando en la habitación —; se me había olvidado hacerle una recomendación sobre el asunto del que hemos hablado en la calle. Si no le resulta muy molesto, le ruego que no cuente aquí lo que ha pasado entre Aglae y yo, ni *allá* lo que verá en esta casa, que, a decir verdad, son cosas sin mayor importancia.

—Le aseguro que soy menos charlatán de lo que usted se figura — contestó el príncipe con aire ofendido.

Las relaciones entre ambos jóvenes hacíanse por momentos más tirantes.

—¡Qué habitación tan fea! — exclamó Gania, desentendiéndose y paseando su mirada despreciativa por el aposento —. No se ve muy bien, que digamos, y las ventanas dan al patio... Por dondequiera que se mire, se ve que ha llegado usted a nuestra casa con poca oportunidad. Después de todo, esto no es de mi incumbencia. Yo no soy posadero.

Ptitzine vino en busca de Gania. Este le siguió, pero se observaba que el secretario tenía algo más que decir al príncipe y que no se atrevía a abordar la cuestión por una especie de vergüenza que le retenía, y prefirió hablar de la habitación, hasta ver una oportunidad propicia para ello.

Muichkine apenas había tenido tiempo para asearse un poco, cuando se abrió bruscamente la puerta de su cuarto y apareció un nuevo personaje.

Era un hombre de unos treinta años, más bien alto que bajo y de anchos hombros que sostenían una cabeza enorme coronada de cabellos rizados y rojizos; tenía el rostro carnoso y encendido, labios gruesos, nariz grande y achatada, y ojos pequeños y burlones, como si constantemente guiñasen a alguno; en una palabra, en su fisonomía dominaba la impudicia. La vestimenta de aquel individuo hacía juego con su cara.

—Soy Ferdychtchenko — dijo, fijando una mirada escrutadora en el príncipe.

—¿Y bien? — repuso éste, casi risueño.

—Soy huésped de esta casa — añadió el visitante, sin apartar los ojos de la cara de Muichkine.

—Y quiere usted conocerme, ¿no es cierto?

—¡Bah! — profirió Ferdychtchenko, introduciéndose los dedos en los cabellos y mirando hacia la puerta —. ¿Tiene usted dinero? — añadió repentinamente.

—Un poco.

—¿Cuánto?

—Veinticinco rublos.

—Muéstremelos.

El príncipe sacó del bolsillo del chaleco el billete de veinticinco rublos que le prestara el general Epantchine y lo presentó a Ferdychtchenko. Este lo desdobló, examinólo atentamente por todos lados, y por último lo miró al trasluz.

—¡Es raro! — exclamó con aire misterioso —. No me explico por qué se ponen tan negros.

El príncipe guardó de nuevo sus veinticinco rublos.

Ferdychtchenko se levantó.

—He venido para advertirle que no me preste dinero, pues ya me encargaré yo de pedírselo a menudo.

—Perfectamente.

—¿Piensa pagar su hospedaje aquí?

—Seguramente.

—Yo no; gracias. Ocupo la habitación de al lado, la primera puerta a la derecha. Procure no visitarme con demasiada frecuencia; yo vendré a verle a menudo, pierda cuidado. ¿Ha visto al general?

—No.

—¿Ni le ha oído?

—Tampoco.

—Pues bien, le verá y le oirá. ¡Figúrese que hasta a mí me pide dinero prestado! ¡Ojo, querido amigo! ¡Adiós! ¿Se puede vivir cuando uno se llama Ferdychtchenko?

—¿Por qué no?

—¡Adiós!

Y se dirigió hacia la puerta.

El príncipe supo más tarde que aquel individuo consideraba como un deber que todo el mundo quedara asombrado por sus originalidades y su buen humor; desgraciadamente, no conseguía más que hacer el ridículo.

La impresión que causaba a algunos le era muy desfavorable; Ferdychtchenko lo deploraba sinceramente, pero no se enmendaba.

Al salir del aposento, la casualidad le proporcionó un pequeño desquite.

Junto a la puerta se tropezó con un caballero, a quien el príncipe no conocía y que trataba de entrar en su cuarto. Ferdychtchenko se hizo a un lado para dejarle pasar, al mismo tiempo que guiñaba los ojos a Muichkine de un modo significativo, como para ponerle en guardia contra el nuevo visitante.

Era un hombre de elevada estatura y corpulento, ojos grandes, casi a ras de la cabeza, rostro carnoso, encendido y adornado de espesas patillas y bigote blanco. Representaba tener cincuenta y cinco años por lo menos. Llevaba un abrigo viejo, descolorido y deshilachado por los codos, y su camisa hacía muchos días que había dejado de ser blanca.

Acercándose a él, percibíase en seguida un repugnante olor a aguardiente; pero sus modales, de distinción algo estudiada, delataban el inocente deseo de causar impresión adoptando cierto aire majestuoso.

Lentamente y con la sonrisa en los labios, el visitante se acercó al príncipe y tomando su mano la retuvo varios segundos sin pronunciar palabra, al mismo tiempo que examinaba el rostro de Muichkine, como si tratase de recordar los rasgos fisonómicos de alguna persona conocida.

—¡Sí, es él, no hay duda! — exclamó, al fin, en tono solemne, pero sin levantar la voz —. ¡Me parece que le estoy viendo! He oído pronunciar un nombre conocido, el de un amigo queridísimo, y evocando un pasado que jamás ha de volver... ¿Es usted el príncipe Muichkine?

—El mismo.

—Yo soy el general Ivolguine, en situación de retiro forzoso y desgraciado. ¿Su nombre de pila es el mismo de su padre?

—Sí, me llamo León Nikolaievitch.

—¡Eso es, eso es! ¡Es usted hijo de mi amigo, de mi compañero de la infancia, de Nicolás Petrovitch!

—Mi padre se llamaba Nicolás Lvovitch.

—Sí, Lvovitch —rectificó el general, pero con calma y perfecta seguridad.

Sentóse en el sofá y obligó al príncipe a que hiciera lo mismo a su lado.

—Yo lo he tenido en mis brazos...

—¿Es posible? — repuso el príncipe —. Hace veinte años que murió mi padre.

—Sí, veinte años, veinte años y tres meses. Hicimos juntos nuestros estudios; después, a la salida del colegio, abracé la carrera militar...

—Mi padre también perteneció al ejército; fué subteniente en el regimiento Vasilkovsky.

—No, de Bielomirsky; perteneció a este regimiento hasta la víspera de su muerte. Yo me encontraba allí y le asistí en los últimos momentos. Su madre de usted...

El general se detuvo como para calmar la pena que aquel doloroso recuerdo le ocasionaba.

—Mi madre murió seis meses después, víctima de una pulmonía — dijo el príncipe.

—No murió de una pulmonía, crea usted a este viejo... Yo estaba presente y asistí a su entierro. Lo que lo mató fué el dolor de haber perdido a su príncipe... ¡Sí, yo también tengo hondos recuerdos de la princesa!... ¡Cosas de la juventud! Por ella estuvimos a punto de matarnos el príncipe y yo, que éramos amigos de la infancia.

Muichkine comenzó a escucharle con cierto escepticismo.

—Yo estuve locamente enamorado de la madre de usted, antes de su matrimonio, cuando era la prometida de mi amigo. Este dióse cuenta y sufrió un gran trastorno. Presentóse una mañana muy temprano y me despertó. Me vestí apresuradamente y en vano me preguntaba por el motivo de visita tan intempestiva. Los dos guardábamos silencio. Entonces lo comprendí todo.

"El príncipe sacó del bolsillo dos pistolas. Convinimos en batirnos, sin testigos y separados únicamente por un pañuelo. ¿Qué necesidad había de testigos si en menos de cinco minutos nos habíamos de mandar al otro mundo? Cargamos las pistolas, extendimos el pañuelo y, mirándonos fijamente en la cara, aplicamos las armas uno al pecho del otro.

"De pronto, gruesas lágrimas brotan de nuestros ojos; las manos nos tiemblan y entonces... ¡los dos a la vez, los dos a la vez, bajamos las armas!

"En aquel momento, naturalmente, nos arrojamos el uno en brazos del otro, entablándose entre ambos un combate de generosidad.

"—¡Es tuya! —exclamó el príncipe.

"—¡No, tuya! —repliqué yo.

"En fin..., en fin... ¿Ha venido usted a hospedarse en nuestra casa?

—Sí, por algún tiempo —contestó el príncipe con cierta vacilación.

—Príncipe, mamá desea hablar con usted —dijo Kolia entreabriendo la puerta.

Muichkine se levantó y disponíase a salir; pero el general le puso una mano en el hombro y con suave violencia le obligó a sentarse de nuevo.

—Como verdadero amigo de su padre —prosiguió el anciano—, debo prevenirle. Ya lo ve usted mismo; he sufrido mucho a consecuencia de una catástrofe... Nina Alejandrovna, mi esposa, es una mujer muy rara, y Bárbara Ardalionovna, más rara aun que su madre. La necesidad nos obliga a alquilar habitaciones amueblada. ¡Ha sido una caída tremenda! ¡Yo que estaba a punto de ser nombrado general gobernador!... En fin, experimentamos un vivo placer en tenerle de huésped... Sin embargo, en mi casa se está desarrollando una verdadera tragedia.

Al oír estas palabras, el príncipe miró al general con ávida curiosidad.

—Están arreglando un matrimonio, un casamiento raro entre una joven de vida equívoca y un joven que podría ser gentilhombre de la Corte. ¡Y piensan introducir a esa mujer en la misma casa en que habitan mi esposa y mi hija!... ¡Pero no! ¡Mientras me quede un soplo de vida no entrará!...

—Príncipe, le ruego que tenga la bondad de acompañarme al salón —interrumpió Nina Alejandrovna, apareciendo en el umbral.

—¡Figúrate, querida mía, qué sorpresa! —exclamó el general—. ¡He llevado al príncipe en brazos, cuando era niño!

La señora de Ivolguine dirigió a su marido una severa mirada y salió de la habitación sin despegar los labios.

Muichkine la siguió.

Se dirigió al salón, y cuando estuvieron sentados ambos, Nina Alejandrovna trató de entablar conversación con el príncipe, hablando en voz baja; mas apenas había pronunciado las primeras palabras, el general entró bruscamente en la habitación.

Nina Alejandrovna, con visible disgusto, gua

dó silencio e inclinó la cabeza sobre el trabajo que tenía en la mano.

El general notó, sin duda, la contrariedad de su esposa, pero se hizo el desentendido.

—¡Es el hijo de mi amigo! —exclamó, dirigiéndose a Nina—. ¡Un encuentro completamente inesperado! ¡Hace tiempo que había perdido la esperanza de encontrarle! Querida, quién sabe si te acordarás del difunto Nicolás Lvovitch. Lo viste en... Tver.

—No recuerdo a ningún Nicolás Lvovitch —repuso Nina—. ¿Era su padre? —añadió, dirigiéndose al príncipe.

—Sí, pero tengo entendido que mi padre murió en Elisabethgrad y no en Tver —repuso tímidamente el joven—. Así me lo dijo Pavlichtcheff.

—Fué en Tver —sostuvo el general—. Le trasladaron allí poco antes de su muerte, cuando estaba en sus comienzos la enfermedad que le llevó al sepulcro. No es posible que se acuerde usted de aquel viaje, porque era muy pequeñito. Pavlichtcheff se ha equivocado, seguramente, a pesar de ser un hombre de mucho mérito.

—¿Ha conocido usted también a Pavlichtcheff? —preguntó el príncipe.

—Era un hombre raro; no me explico cómo habiendo sido un testigo ocular... Yo recé ante su cadáver...

—Mi padre tenía que ser juzgado, en el momento que le sorprendió la muerte, aunque no he podido nunca averiguar de qué se le acusaba —replicó el príncipe—, y murió en el hospital.

—¡Ah!... Fué por el asunto del soldado Kolpakoff, y el príncipe hubiera sido absuelto, seguramente.

—¿Sí? ¿Luego usted sabe positivamente esto? —preguntó Muichkine, excitado por las últimas palabras del general.

—¡Ya lo creo! —exclamó Ivolguine, satisfecho—. El Consejo de Guerra se disolvió sin tomar ninguna determinación... Era un asunto muy difícil de resolver, demasiado misterioso. El capitán ayudante, Larionoff, que mandaba una compañía, murió repentinamente, y le sucedió en el mando el príncipe. Ahora bien, el soldado Kolpakoff hurtó a un camarada suyo varios objetos que se apresuró a vender para gastar su importe en bebida. El príncipe —y esto ocurrió en presencia de un sargento mayor y de un cabo— reprendió severamente a Kolpakoff, amenazándole incluso con hacerle apalear. Bueno; el soldado Kolpakoff vuelve al cuartel, se tiende en una cama de campaña, y un cuarto de hora después lo hallan muerto. El caso era muy raro, parecía imposible; sin embargo, enterraron a Kolpakoff, el príncipe dió el parte de rigor y aquél fué borrado de las filas del ejército. Era lo único que cabía hacer, ¿no es cierto? Pues bien, seis meses después, cuando se pasaba la revista de la brigada, el soldado Kolpakoff fué descubierto, como si nada hubiera ocurrido, en la tercera compañía del segundo batallón del regimiento de infantería de Novozemliansky, perteneciente a la misma brigada y a la misma división.

—¿Es posible? —exclamó el príncipe, asombrado.

—No sucedió así —dijo vivamente Nina Alejandrovna, mirándole con cierta ansiedad—. Mi marido se engaña —añadió en francés.

—Querida mía, es muy fácil decir "se engaña". Vamos, explícalo tú. Todo el mundo puede equivocarse. Yo sería el primero en decir "que se engañaron"; pero, por desgracia, fuí testigo del hecho, formé parte de la comisión. Quedó plenamente demostrado que aquel soldado era el mismo Kolpakoff que fué enterrado seis meses antes con el ceremonial de costumbre y el redoble de los tambores. Claro está que el hecho es muy raro, inverosímil, pero...

—Papá, tiene usted ya servida su comida —anunció Bárbara Ardalionovna.

—¡Ah, magnífico! Me estaba muriendo de hambre... Pero, el caso era verdaderamente psicológico...

—Se enfriará la sopa —insistió Varia.

—Voy en seguida, voy —repuso el general, abandonando el salón—; se multiplicaron las investigaciones...

Estas últimas palabras las dijo estando ya en el corredor.

—Tendrá usted que perdonarle muchas cosas, príncipe, si continúa habitando con nosotros —dijo Nina Alejandrovna—. Sin embargo, no tendrá muchas ocasiones de molestarle; come solo. Reconocerá usted, seguramente, que cada cual tiene sus defectos..., sus debilidades, y quizá las personas a quienes se las señala con el dedo son las que tienen menos. ¡Ah!, quisiera hacerle un ruego: si mi marido le pidiese el importe de su hospedaje, dígale que ya me lo ha abonado. No tengo necesidad de decirle que es igual que lo abone a mi hijo o a mí... ¿Qué pasa, Varia?

La joven entró en el salón presentando a su madre el retrato de Anastasia Filippovna.

La respetable señora se estremeció y durante unos instantes contempló la fotografía, primero con espanto y, luego, con una sensación de amargo dolor. Por último, alzó los ojos hacia su hija, como pidiéndole una explicación.

—Ella misma se lo ha regalado hoy —dijo Varia—, y esta noche quedará resuelto definitivamente el asunto.

—¡Esta noche! —repitió en voz baja Nina Alejandrovna con el acento de la desesperación—. ¡Ya no cabe duda, se ha desvanecido toda esperanza! Este retrato lo dice claramente... ¿Te lo ha enseñado él mismo? —añadió con aire de sorpresa.

—Ya sabe usted que hace más de un mes que no nos hablamos —repuso la joven—. Todo lo que pasa lo supe por Ptitzine, y en cuanto al retrato, lo vi en el suelo, a los pies de la mesa, y lo recogí.

—Príncipe —dijo de pronto Nina Alejandrovna—, permítame hacerle una pregunta, pues sólo con este objeto lo he llamado aquí: ¿hace mucho tiempo que conoce usted a mi hijo? Él dijo, si no he oído mal, que ha llegado hoy mismo del extranjero.

El príncipe dió ligeras explicaciones que las dos mujeres escucharon con la mayor atención.

—Crea usted que si le pregunto no es por el deseo de descubrir los secretos de mi hijo —dijo la anciana—. Si existe algo que él no quiera o no pueda confesarme, tampoco yo quiero saberlo por otra boca que no sea la suya. Sabe usted únicamente lo que Gania dijo en su presencia; pues bien, cuando salió usted, contestó a las preguntas que le hice respecto a su persona: "El príncipe lo sabe todo; no hay que preocuparse por él". Y quisiera saber hasta qué punto...

Gania y Ptitzine entraron en aquel momento y Nina Alejandrovna se interrumpió inmediatamente. El príncipe permaneció sentado junto a ella, pero Varia se retiró a un ángulo del salón.

El retrato de Anastasia Filippovna estaba de manifiesto sobre la mesita de Nina Alejandrovna. Al verlo, Gania, pálido de ira, lo tomó con mano trémula y lo arrojó sobre su escritorio, que estaba en el extremo opuesto del salón.

—¿Será hoy, Gania? —le preguntó bruscamente su madre.

El joven se estremeció.

—¿Cómo hoy? —profirió, mirando airadamente al príncipe—. ¡Ah, ya comprendo!... ¡Estando usted aquí!... Oiga, príncipe: ¿es una enfermedad suya, eso que se le vaya la lengua tan fácilmente?... Pues bien, Alteza...

—Aquí el único hablador he sido yo —interrumpió Ptitzine.

Gania le miró estupefacto.

—Escucha, Gania... Quizá haya sido mejor, tanto más, cuanto que la cosa ya no tiene vuelta de hoja —murmuró Ptitzine entre dientes.

Dicho esto, fué a sentarse junto a la mesa y sacando de su bolsillo un papel escrito con lápiz, se puso a examinarlo atentamente.

Gania estaba tan preocupado por la escena doméstica que le esperaba, que ni siquiera se le ocurrió disculparse con el príncipe.

—Si todo está ya convenido, Iván Petrovith Ptitzine ha hecho perfectamente en advertírnoslo —observó Nina Alejandrovna—. No frunzas el ceño ni te enfades, Gania, te lo ruego. No te haré ninguna pregunta sobre lo que tú no puedes decirme, y te aseguro que estoy resignada a todo; te ruego que permanezcas tranquilo.

Pronunció estas palabras sin levantar la cabeza de su trabajo y con aparente calma.

Gania quedóse sorprendido; pero calló prudentemente, esperando que su madre se explicase con más claridad. Las rencillas domésticas le exasperaban lo indecible.

Nina Alejandrovna notó la circunspección de su hijo, y añadió con amarga sonrisa:

—Observo que no me crees, Gania; pero te repito que puedes estar tranquilo; por mi parte se acabaron ya los ruegos y las lágrimas; mi único deseo, tú lo sabes, es que seas feliz; me he sometido al destino y mi corazón será siempre el mismo para ti, vivamos juntos o separados. Naturalmente, yo respondo de mí, pero de Varia no puedo hacer lo mismo...

—¡Ah, todavía ella! —exclamó Gania, mirando desdeñosamente a su hermana—. Mamá, lo he jurado y vuelvo a repetirlo: mientras yo esté aquí, mientras yo viva, se la respetará a usted como yo quiero que sea respetada... Y toda persona, quienquiera que sea, que traspase nuestro umbral, tiene que prometerme el más grande respeto para usted...

—No temía por mí, Gania, tú lo sabes —repuso Nina Alejandrovna—; no era por mí por quien tantas lágrimas he vertido y sufrido tanto... Dicen que hoy quedará todo arreglado; ¿qué arreglo es ése?

—Ella ha dicho que esta noche manifestará si consiente o no en ser mi esposa —respondió Gania.

—Hace tres semanas que evitamos abordar este tema, y hacíamos bien. Ahora que el asunto está terminado, me permitiré únicamente hacerte una pregunta: ¿cómo ha podido aceptar tu ofrecimiento y regalarte su retrato, sin asegurarse de que tú no la amas? ¿Es posible que sea tan... tan?...

—Tan positiva, ¿no es cierto?

—No es eso lo que he querido decir. ¿Cómo has podido engañarla hasta tal punto acerca de tus sentimientos?

En estas palabras se traslucía una irritación tan repentina como violenta, y Gania, tras un corto silencio, respondió con acento sarcástico:

—Mamá, tampoco esta vez ha sabido usted contenerse, y de nuevo ha perdido la paciencia... ¿Quién le ha dicho que yo engaño a Anastasia Filippovna? En cuanto a Varia, que haga lo que le parezca. ¡Ea, se acabó!

A medida que hablaba, Gania se iba exaltando.

Cada vez que se abordaba este asunto, producíase una tempestad en la casa.

—¡He dicho que si esa mujer entra aquí, saldría yo, y cumpliré mi palabra! —exclamó Varia.

—¡Por testarudez! —gritó Gania—. ¿Es también por testarudez por lo que no te casas? ¿Por qué me miras con aire de reto? ¡Me río de tus retos, Bárbara Ardalionovna! Si llega el caso, no seré yo el que me oponga a que realices tu propósito. ¡Así me libraré de un estorbo! ¡Cómo! ¿Al fin se marcha usted, príncipe? —añadió, viendo que Muichkine disponíase a salir.

El príncipe, que había llegado a la puerta, se volvió para responder; pero el rostro alterado del que acababa de injuriarle le hizo ver que sólo bastaba una gota para que rebosara el vaso, y creyó oportuno alejarse sin replicar.

La discusión siguió su curso con mayor animación y vocerío.

Para llegar a su cuarto, el príncipe tenía necesariamente que atravesar la sala, pasar por el recibimiento y seguir por el corredor.

Al llegar a la antecámara, frente a la puerta de entrada, observó que alguien hacía, desde afuera, grandes esfuerzos para llamar; pero, sin duda, habíase estropeado la campanilla, pues a pesar de moverse furiosamente, no producía ningún sonido.

El príncipe descorrió el cerrojo, abrió la puerta y retrocedió estupefacto: frente a él se encontraba nada menos que Anastasia Filippovna, a la que reconoció al punto, pues había examinado con sobrada atención su retrato...

Al ver a Muichkine, los ojos de Anastasia llamearon de ira. Entró apresuradamente en la antesala, dió un violento empujón al príncipe y dijo, encolerizada, mientras se despojaba del abrigo de pieles:

—Ya que no eres capaz de arreglar la campanilla, debieras no moverte de aquí para abrir la puerta a quien llame... ¡Bueno, ahora deja caer mi abrigo en el suelo! ¡Qué torpe eres!

En efecto, el abrigo de pieles había caído al suelo, porque Anastasia, sin esperar a que la ayudasen, habíaselo quitado por sí misma, soltándolo por detrás, antes de que el príncipe tuviera tiempo de recogerlo.

—¡Merecerías que te despidieran! ¡Ve a anunciarme!

Muichkine quiso hablar, pero las palabras expiraron en su garganta, y con el abrigo sobre el brazo se dirigió hacia el salón.

—¡Muy bien! ¡Ahora se lleva mi abrigo! ¿Por qué te lo llevas? Sin duda, tú debes de estar loco, ¿no es cierto? ¡Ja, ja, ja!...

El príncipe se volvió, mirando a Anastasia con estupor. Al verla reír, sonrió él también; pero la lengua seguía pegada a su paladar. En el momento de abrir la puerta a la joven, Muichkine había palidecido; mas ahora, toda su sangre habíale afluído al rostro.

—¿Pero quién es este idiota? —exclamó Anastasia golpeando, encolerizada, el suelo con el pie—. ¿Adónde vas? ¿A quién vas a anunciar?

—A Anastasia Filippovna —balbuceó el príncipe.

—¡Cómo! ¿Luego me conoces? —replicó vivamente la joven—. Pues yo te aseguro que es la primera vez que te veo... ¿Por qué gritan ahí dentro?

—Están disputando —dijo el príncipe, y se encaminó al salón.

Cuando apareció en el umbral, la discusión tomaba mal cariz. Nina Alejandrovna estaba a punto de olvidarse por completo de que "se había resignado". Verdad es que defendía a Varia.

Ptitzine, que se había guardado en el bolsillo el papel escrito con lápiz, estaba también de parte de la joven. Ésta, a la que no faltaba valor ni se intimidaba fácilmente, escuchaba impasible las injurias, cada vez más brutales, de su hermano. En casos semejantes, acostumbraba guardar silencio y a mirar a Gania con expresión burlona. Sabía que así le exasperaba más.

—¡Anastasia Filippovna! —anunció el príncipe.

IX

Siguió a estas palabras un silencio general; todas las miradas se dirigieron a Muichkine, como si nadie le comprendiera o deseasen no comprenderle. El terror había dejado a Gania clavado en su sitio.

La visita de Anastasia Filippovna, sobre todo en aquellos momentos, constituía para la familia un suceso extraordinario, inaudito, inquietante. Era la primera vez que se presentaba en casa de los Ivolguine.

La duda que se leía en todos los ojos fijos en el príncipe, no tardó en disiparse: Anastasia Filippovna apareció en la puerta del salón y entró resueltamente, apartando, sin violencia, a Muichkine.

—¡Al fin he podido llegar hasta aquí!... ¿De qué sirve la campanilla de esta casa? —dijo alegremente, tendiendo la mano a Gania, que se había adelantado a su encuentro—. ¡Diríase que está usted asombrado de verme en su casa! ¡Vaya, preséntenme a su familia, se lo ruego!

El joven, completamente aturdido, la presentó primero a Varia. Las dos jóvenes, antes de estrecharse las manos, miráronse en los ojos de un modo extraño. Anastasia, sin embargo, sonreía, esforzándose por parecer alegre; Varia, por el contrario, permaneció ceñuda y grave, sin el más leve disimulo, sin que ni el asomo de una sonrisa de cortesía apareciese en su rostro.

Gania se sentía morir; pero aquel momento no era el más a propósito para suplicar; así que lanzó a su hermana una mirada tan amenazadora que la joven, comprendiendo en el acto la gran importancia que aquel minuto tenía para su hermano, esbozó una mueca que quería ser una sonrisa dirigida a Anastasia.

Hecha esta primera presentación, Gania presentó Anastasia a su madre, o mejor dicho, presentó ésta a aquélla, pues el joven estaba de tal modo aturdido que no sabía lo que se hacía.

Nina Alejandrovna mostróse muy cortés; mas apenas hubo pronunciado las primeras palabras de cumplido, Anastasia, sin escucharla, volvióse hacia Gania y sin esperar a que le ofrecieran una silla, se sentó en una butaca que estaba cerca de una ventana y le interpeló con sonrisa maliciosa...

—¿Cuál es su despacho? Y.. ¿dónde están los huéspedes? Porque tengo entendido que alquila usted habitaciones amuebladas, ¿no es cierto?

Gania enrojeció hasta la raíz del cabello, al tiempo que balbuceaba una respuesta ininteligible.

—¡Pero Gania, qué cara tiene usted! ¡Oh, Dios mío, si se viera lo raro que está!

Aquella hilaridad duró algunos instantes.

En efecto, Gania no se parecía a sí mismo: su estupor y su cómico espanto habían desaparecido de repente, pero estaba horriblemente pálido, sucesivas contracciones nerviosas crispaban sus labios y tenía los ojos fijos con expresión siniestra, en la joven, que no daba tregua a su risa.

El príncipe no había podido sacudir aún la especie de catalepsia que habíase apoderado de él al ver a Anastasia, y permanecía como petrificado en la puerta del salón. No obstante, la palidez y la alteración del rostro de Gania le impresionaron tristemente, y con un movimiento inconsciente que no fué dueño de contener, acercóse a él y le dijo en voz baja:

—Beba usted un poco de agua y no mire de esa manera...

Evidentemente estas palabras no encerraban doble sentido; habían salido espontáneamente de labios del príncipe, en un impulso compasivo; sin embargo, produjeron un efecto extraordinario.

Toda la cólera de Gania pareció reconcentrarse en Muichkine; le tomó de los hombros y, en silencio, como si la ira le hubiese privado del uso de la palabra, le envolvió en una mirada terrible de odio y de rencor.

Esto produjo en el salón un movimiento de alarma.

Ptitzine, temiendo algún acto de violencia, acercóse a los dos jóvenes. Kolia y Ferdychtchenko, que llegaban en aquel momento, se quedaron estupefactos en la puerta del salón. Únicamente Varia permanecía impasible, de pie, algo separada de los demás y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Mas en aquel momento, Gania recobró el dominio de sí mismo, y cedió su cólera a una sonrisa nerviosa.

—Pero, ¿qué me está diciendo, príncipe? —exclamó, fingiendo gran regocijo—. ¿Le parece que será preciso llamar a un médico? ¡Me ha dado un buen susto! Anastasia Filippovna, ¿me permite que se lo presente? Es un hombre excepcional, a quien conocí esta mañana.

Anastasia miró a Muichkine completamente atónita.

—¿Príncipe? ¿Es realmente príncipe? Pues yo hace un momento, en el recibimiento, le tomé por un criado, y le mandé que viniese a anunciarme. ¡Ja, ja, ja!

—Es uno de nuestros huéspedes —añadió Gania.

Naturalmente, quería presentar al príncipe como un animal raro, pues su presencia le facilitaba el medio de salir de una situación embarazosa, y empujaba a Muichkine hacia Anastasia.

—Dígame usted, ¿por qué me dejó en ese tan grande error, sobre su alcurnia, cuando le encontré en la antesala? —preguntó Anastasia examinando de pies a cabeza al príncipe con curiosidad desconcertante y presumiendo que su respuesta disparatada había de divertir a todos los presentes.

—Me quedé sorprendido al verla, así, de pronto, frente a mí... —balbuceó Muichkine.

—¿Pero cómo me ha reconocido?... ¿Dónde me vió antes de ahora?... Sin embargo, yo también creo haberlo visto en alguna parte... Y dígame, príncipe, ¿por qué, hace un momento, clavado ahí en la puerta, me miraba de ese modo? ¿Encontró en mí algo que llamara su atención?

—¡Animo, príncipe, ánimo! —dijo Ferdychtchenko alegremente, que se había agregado al grupo—. ¡Oh, Dios mío! ¿Por qué no me habrán hecho a mí esa pregunta? Vamos, príncipe, hay que ser tonto de capirote para no contestar en seguida. ¡Cuántas cosas le diría yo!

—Yo también se las diría —contestó Muichkine, riendo y mirando a Ferdychtchenko—. Hace pocas horas —añadió dirigiéndose a Anastasia— su retrato me impresionó hondamente; luego hablé de usted a la familia Espantchine, y esta mañana, antes de llegar a San Petersburgo, Parfenio Rogojine, a quien conocí en el tren, me habló mucho de usted. Y... al abrir la puerta, mi pensamiento estaba ocupado por usted... y, de repente, como un sueño, la veo ante mis ojos...

—¿Cómo pudo saber que era yo?

—Porqué había visto su retrato y...

—¿Y qué más?

—Porque responde a la idea que de usted me había formado... Me parece que yo también la he visto en otra parte...

—¿Dónde? ¿Dónde?

—Sus ojos los he visto antes, seguramente... Pero no, es imposible... no sé lo que me digo... Yo no he residido en San Petersburgo... Habrá sido en sueños...

—¡Muy bien, príncipe! —exclamó Ferdychtchenko.

Muichkine había hablado con voz trémula, interrumpida, como si le faltase la respiración. Su agitación era visible, y Anastasia Filippovna lo miraba con curiosidad, pero ya no reía.

De pronto, tras el círculo que se había formado en derredor de la joven y del príncipe se dejó oir una voz sonora; el grupo se separó para dejar paso, y apareció el jefe de la familia, el general Ivolguine en persona. Vestía levita negra y camisa de impecable blancura, y habíase teñido el bigote y las patillas.

La aparición de Ardalión Alejandrovitch fué un golpe terrible para Gania. El vanidoso joven,

LA VIDA DE LA HUMANIDAD EN UNA OBRA ESCRITA PARA TODO EL MUNDO



Historia Universal

de CESAR CANTU













Estupenda creación de la historiografía moderna que resume, en su indiscutible jerarquía intelectual, todas las ventajas que puede exigir el lector de hoy: *es una espléndida crónica del mundo a través de los siglos y hasta nuestra época, que posee el atractivo imponderable de la veracidad crítica, está ilustrada con generosa riqueza documental y escrita con destacable brillantez y colorido.* Creada con admirable unidad de concepción y de método, esta obra, mundialmente célebre, ofrece un vastísimo y perdurable testimonio humano que instruye, reconforta y maravilla.

La HISTORIA UNIVERSAL de César Cantú es un precioso y completísimo documento de la vida de la Humanidad, en el que no se sabe qué admirar más: si su gigantesca labor de investigación, tan elogiada, o la gracia y plasticidad de su atrayente estilo. Desde las primeras páginas, el lector se siente ganado por la variadísima riqueza de información, y advierte, además de las notables cualidades del literato y del historiador, una maravillosa ponderación entre los elementos reales y artísticos.

También recogió Cantú, con la amplitud que exige su importancia y con la perspicacia de un cronista prolijo, las grandes efemérides, el progreso científico, artístico, filosófico, literario; las múltiples manifestaciones de cada pueblo y de cada época; es decir, ofrece al lector agudas síntesis del esfuerzo y del fruto de la inteligencia humana en los diversos ciclos de su desarrollo.

...Y, en suma, cuanto debe figurar en una historia del mundo que aspire a llenar la función informativa y crítica que exige el lector moderno, documentado y escrito todo con amenísimo estilo.

Principales características de esta edición de la Historia Universal, de César Cantú. Puesta al día, hasta los últimos acontecimientos, por el Prof. José D. Calderaro.

11 GRANDES TOMOS DE 640 PAGINAS c/u. (TAMAÑO 18×27 cm.), IMPRESOS A DOBLE COLUMNA, EN PAPEL ESPECIAL, CON LETRA SUMAMENTE LEGIBLE, Y LUJOSAMENTE ENCUADERNADOS EN TELA INGLESA, CON TITULOS Y ESTAMPACIONES EN ORO. ILUSTRADA CON 112 HERMOSAS LAMINAS EN NEGRO, REPRODUCCIONES DE CUADROS HISTORICOS, Y RETRATOS DE PERSONAJES CELEBRES. COMPLEMENTADA CON UN PRACTICO INDICE GENERAL QUE FACILITA CUALQUIER CONSULTA.

Solicite informes a la

EDITORIAL SOPENA ARGENTINA S. R. L

Capital $ 3.800.000 m/n.
ESMERALDA 116
U. T. 33-0063 - Bs. Aires





La HISTORIA UNIVERSAL puede adquirirse con un elegante mueble de pie, construído en finísimo roble americano lustrado a mano, y también con un práctico y lujoso mueble de sobremesa, de líneas sobrias y elegantes como el anterior.

Sírvanse enviarme informes y folleto de la HISTORIA UNIVERSAL, de César Cantú.

Nombre..

Dirección.......................................

Localidad.......................................

F. C... L. 296

cuyo amor propio rayaba en la necedad, había tenido que soportar muchos bochornos en los dos últimos meses, y aun le estaba reservada esta otra humillación, la más cruel de todas. ¡Tenía que pasar por el suplicio de sonrojarse de su propio padre y en su propia casa! Sin embargo, una idea de resignación cruzó por su mente: "¿Para qué tanto ruido por tan poca cosa?" —pensó.

Diez minutos antes, cuando llegó Anastasia Filippovna, la turbación hízole olvidar completamente que el general podría presentarse de un momento a otro, y no tomó, por lo tanto, ninguna medida para impedirlo.

Y he aquí que, de improviso, Ardalión Alejandrovitch aparecía en el salón y, lo que es peor, hacía su entrada triunfal en traje de etiqueta, precisamente cuando Anastasia Filippovna sólo buscaba una ocasión para escarnecer a Gania y a su familia.

El joven estaba persuadido de que tales eran las intenciones de Anastasia. ¿Qué otro objeto podía tener su visita? ¿Había ido a su casa para darse a conocer a su madre y a su hermana o bien para burlarse de ambas?

La actitud de esas dos señoras demostraba claramente que no le engañaban sus presunciones: Nina Alejandrovna y su hija permanecían a un lado de la sala, como personas extrañas, y Anastasia parecía haber olvidado que se encontraban aquéllas en el salón.

Ferdychtchenko apoderóse del general y lo condujo a presencia de Anastasia. Ivolguine se inclinó sonriente, delante de la joven.

—Ardalión Alejandrovitch Ivolguine — dijo gravemente—, veterano y desgraciado militar, jefe de una familia que se felicita por la esperanza que acaricia de contar entre ella a una tan hermosa...

No pudo terminar. Ferdychtchenko se apresuró a tomar una silla, en la que el general se dejó caer pesadamente, porque, después de comer, le quedaban las piernas algo vacilantes.

Sentóse, pues, frente a Anastasia y lentamente, con exquisita galantería, se llevó a los labios la diminuta mano de la joven. Ardalión Alejandrovitch no se desconcertaba fácilmente. Aparte de cierta negligencia en el vestir, su aspecto era el de un hombre elegante, cosa que él no ignoraba.

Anastasia parecía muy contenta de ver al general, a quien, sin duda, conocía ya por su reputación.

—He sabido que mi hijo... —comenzó Ardalión.

—¡Sí, su hijo! Es usted muy cortés, papá —interrumpió la joven—. ¿Por qué nunca viene a mi casa? ¿Es que se oculta usted voluntariamente o que le oculta su hijo?

—Los hijos del siglo diez y nueve y sus padres... —quiso explicar el general.

—Anastasia Filippovna, le ruego que permita a mi esposo que la deje por un instante —intervino en voz alta Nina Alejandrovna—; han venido a llamarle...

—¿Que me deje?... Perdone usted, había oído hablar mucho de él y tenía verdaderos deseos de conocerlo... ¿Qué asuntos pueden reclamarle? ¿No está retirado del servicio? Usted no me dejará, general. ¿No es verdad que permanecerá aquí?

—Le prometo que volverá, pero en este momento es preciso que descanse...

—¿Oye usted, Ardalión Alejandrovitch? Dicen que es preciso que usted descanse —exclamó Anastasia con el acento compungido de una niña caprichosa a la que privan de un juguete.

—¡Amiga mía, amiga mía! —profirió el general en tono de reproche, volviéndose gravemente hacia su mujer y con la diestra sobre el corazón.

—¿No se moverá usted de aquí, mamá? —preguntó en voz alta Bárbara Ardalionovna.

—No, Varia, aquí estaré hasta el final.

Anastasia oyó la pregunta y la respuesta, y precisamente por eso mostróse más regocijada y se puso a interrogar al general. Cinco minutos después, éste, que se había ido animando por momentos, peroraba en medio de la hilaridad de todos los presentes.

—¡Llévese usted a papá! —suplicó Kolia al príncipe, tirándole con energía de la americana—. ¿Es posible que se prolongue más esta escena? ¡Lléveselo, se lo ruego!

En los ojos del pobre muchacho brillaban lágrimas de despecho.

—¡Oh, maldito Gania! —murmuró luego, entre dientes.

El general seguía contestando a las preguntas de Anastasia.

—Efectivamente, he sido íntimo amigo de Iván Fedorovitch Epantchine. El difunto príncipe Nicolás Lvovitch Muichkine, a cuyo hijo he podido abrazar hoy después de veinte años de no saber de él, Epantchine y yo, éramos inseparables, algo así como los tres mosqueteros Athos, Porthos y Aramis. Pero, ¡ay!, uno de los tres yace en la tumba, víctima de una calumnia y de una bala, y otro está delante de usted, luchando aún contra la calumnia y contra las balas...

—¿Contra las balas? —exclamó Anastasia.

—Sí, llevo aún dentro del pecho las que recibí en el asedio de Kars, y cuando el tiempo está mal me dan bastante que hacer...

—Papá, tengo que decirle algo importante —le interrumpió Gania, con temblorosa voz, poniendo maquinalmente sus manos en los hombros del general. El odio más profundo se leía en los ojos del joven.

En aquel momento resonó un tremendo campanillazo. Habían tirado del cordón hasta romperlo. Aquello anunciaba una visita extraordinaria. Kolia corrió a abrir la puerta.

X

De pronto, oyóse un gran estrépito que partía de la antecámara, como si entraran a la vez varias personas alborotando y continuase la irrupción.

Los circunstantes se miraron unos a otros, preguntándose qué podía ser aquello. Gania se precipitó fuera de la estancia, pero varios individuos le cortaron el paso.

—¡Hola! ¡Aquí está Judas! —exclamó una voz que el príncipe reconoció en seguida—. ¡Buenas tardes, bribón!

—¡Es él! ¡Es él! —observó otra voz.

El príncipe no podía dudar ya: el que había hablado primero era Rogojine, y Lebedeff, el segundo.

Gania se quedó como petrificado en el umbral de la sala y miró en silencio aquella invasión, sin tratar siquiera de interceptar el paso a los diez o doce hombres que seguían a Parfenio Rogojine.

La comitiva era muy heterogénea y había en ella algunos individuos de mala catadura. En rigor de verdad, no estaban completamente borrachos, pero sí bastante achispados, como si hubiesen buscado en el alcohol el valor para acometer aquella empresa. Parecía que tenían necesidad de apoyarse el uno en el otro y que ninguno habríase atrevido a entrar aisladamente, de manera que avanzaban en columna cerrada.

El propio Rogojine se adelantaba con circunspección, a la cabeza de sus acompañantes. Su séquito componíanlo unos cuantos comparsas que había asalariado para que, en caso necesario, le prestasen eficaz ayuda.

Entre éstos figuraba, además de Lebedeff, el petimetre Zaliojeff, que se había despojado de su sobretodo en la antesala y afectaba una desenvoltura de hombre del gran mundo. Rodeábanle dos o tres jóvenes de la misma categoría, hijos, sin duda, de honrados comerciantes. Señalemos también un estudiante de medicina, polaco, amigo de enredos; un hombrecillo obeso que reía continuamente; otro individuo que, por el aspecto de su ropa, podía ser un militar, y un hombrachón de atlética musculatura que guardaba sombrío silencio, y que mostrábase ufano de la fuerza de sus puños.

En el descansillo quedaron dos mujeres mirando hacia el interior, pero sin decidirse a entrar; Kolia les dió con la puerta en las narices.

—¡Buenas tardes, bribón! ¡No esperabas la visita de Parfenio Rogojine!, ¿verdad? —dijo éste encarándose con Gania, que continuaba de pie en el umbral del salón.

Casi al mismo tiempo sus ojos tropezaron con los de Anastasia Filippovna, que estaba allí, a dos pasos de él.

Evidentemente Rogojine no contaba encontrarse con la joven, pues al verla palideció intensamente y le temblaron los labios.

—¿De manera que es cierto? —murmuró para sí, medio aturdido—. No hay remedio... ¡Vaya, responde! —añadió mirando fijamente a Gania con los ojos llameantes de ira—. ¡Vamos!...

Se ahogaba; las palabras le salían a duras penas de los labios. Maquinalmente, traspasó el umbral, y notando, de pronto, la presencia de las señoras Ivolguine, se detuvo algo confuso, a pesar de su agitación.

Lebedeff le siguió; el curial, que hallábase bastante borracho, no se separaba un momento de Rogojine, del que parecía su sombra. Tras de éste penetraron en el salón el estudiante, el atleta, Zaliojeff, que iba saludando a derecha e izquierda, y por último, el hombrecillo obeso.

Todos se quedaron un momento perplejos y cohibidos en presencia de Nina Alejandrovna y Varia.

—¡Cómo! ¿Tú también por aquí, príncipe? —dijo un tanto sorprendido—. ¿Siempre con tus polainas?

Pero pronto olvidó a Muichkine, y fijó su mirada en Anastasia, hacia la que avanzaba sin darse cuenta, como movido por una atracción magnética.

Por su parte Anastasia miraba a los recién llegados con curiosidad no exenta de inquietud.

Gania recobró, al fin, su presencia de ánimo, paseó una severa mirada por los intrusos y, dirigiéndose especialmente a Rogojine, le preguntó en tono áspero:

—¿Qué significa esto? Me parece, señores, que no han entrado ustedes en una cuadra: ¡aquí están mi madre y mi hermana!

—Las hemos visto bien —murmuró entre dientes Rogojine.

—Eso salta a la vista —apoyó Lebedeff, por decir algo.

El atleta dejó oír un sordo gruñido.

—Sin embargo —prosiguió Gania, cuya voz cambió bruscamente de tono, alcanzando el más elevado—, en primer lugar, les invito a entrar en la sala, y, en segundo término, espero saber...

Rogojine no se movió de su sitio.

—¡Ah, él no sabe nada! —repuso en tono sarcástico—. ¿Así que no conoces a Rogojine?

—Quizá le haya visto en alguna parte, pero...

—¡Vean ustedes esto! ¡No está seguro si me ha visto en alguna parte! No hace aún tres meses que me ganaste en el juego doscientos rublos, que pertenecían a mi padre, el cual no se enteró de la pérdida, por haberle sorprendido la muerte. Tú me distraías mientras Kniff hacía fullerías con las cartas, que yo no podía notar. ¿Te callas? Ptitzine no me dejará mentir, pues él era testigo. Bastaría que sacase ahora tres rublos de mi bolsillo y te los enseñara, para que, si te lo ordenaba, anduvieras a cuatro patas por el bulevar Vasilievsky. ¡Así eres tú! ¡Así es tu alma! Pues bien, vengo a comprarte entero... No mires mis zapatos... Tengo muchísimo dinero, amigo mío, te compraré entero, junto con tu vida... ¡Y si yo quiero, puedo comprar a todos ustedes! —gritó Rogojine, en el que el vino iba produciendo sus efectos—. ¡Anastasia Filippovna! —añadió, dirigiéndose a la joven—: no me desprecie, diga una sola palabra: ¿se casa usted con ese hombre, sí o no?

Al hacer esta pregunta, Rogojine estaba tan turbado como si se dirigiese a una divinidad. Esperaba la respuesta, presa de mortal ansiedad.

Anastasia le envolvió en una mirada altiva y desdeñosa; pero al notar que Varia y Nina Alejandrovna tenían los ojos fijos en ella, cambió súbitamente de actitud, y contestó en tono bajo y serio, en el que se traslucía cierto estupor.

—De ningún modo. ¿Qué le sucede a usted?... ¿Cómo se le ocurrió hacerme tal pregunta?

—¿No? ¡Dijo que no!... —exclamó Rogojine, transportado de júbilo—. Sin embargo, me habían dicho... ¡Ellos pretenden que usted ofreció su mano de esposa a Gania! ¿A él?... ¿Es que eso es posible?... ¡Yo compro a Gania con cien rublos! Le compraré ese derecho por mil rublos..., llegaré hasta tres mil, y el día anterior al de su casamiento desaparecerá, dejándome en el pleno goce de la propiedad de su novia... ¿Verdad, cobarde? ¿No es cierto que te conformarás con los tres mil rublos? ¡Aquí los traigo!... He venido para que hagas un traspaso en regla.

—¡Fuera de aquí, borracho! —exclamó Gania, que enrojecía y palidecía alternativamente de rabia.

Un murmullo prolongado acogió estas palabras. Rato hacía que los acompañantes de Rogojine sólo esperaban un pretexto para intervenir.

Lebedeff se inclinó sobre el joven comerciante y le deslizó algunas frases al oído.

—¡Tienes razón, lacayo! ¡Tienes razón, tonel de vino! ¡Sea!... —dijo Rogojine—. ¡Anastasia Filippovna! —suplicó luego, mirándola con ojos de insensato; pero, repentinamente trocada en insolencia su timidez, añadió—: ¡Aquí tiene dieciocho mil rublos!

Esto diciendo, arrojó sobre la mesa un paquete envuelto en papel blanco, atado en cruz con cordoncillo de seda.

—Por ahora, eso...; luego habrá más.

Algo más quería añadir, pero no se atrevió a exponer enteramente su pensamiento. Lebedeff se inclinó nuevamente sobre Rogojine y le habló en voz baja.

—¡No, no, no! —se le oyó susurrar.

Era evidente que la enormidad de la suma así arrojada había llenado de espanto al curial, quien le aconsejaba rebajarla en mucho.

—No, amigo mío, tú no entiendes de estas cosas... ¡No hay duda de que tú y yo somos un par de embéciles! —replicó Rogojine estremeciéndose ante la mirada de fuego de Anastasia—. ¡No debí hacerte caso! ¡Me has hecho cometer una tontería! —añadió en tono que revelaba profundo arrepentimiento.

Anastasia no pudo por menos que lanzar una carcajada al observar la expresión compungida de Rogojine.

—¡Dieciocho mil rublos a mí! ¡Eso huele a *mujik* a la legua! —exclamó con desenfado, levantándose como para marcharse.

Gania presenciaba esta escena, mudo de asombro y de indignación.

—¡Pues bien, no dieciocho, sino cuarenta mil! —replicó vivamente Rogojine—. Ptitzine y Biskoup me han prometido entregarme esta noche a las siete cuarenta mil rublos. ¡Cuarenta mil rublos pongo sobre el tapete!

Este modo de comerciar hacíase francamente innoble; pero Anastasia Filippovna parecía que se gozaba en prolongarlo y no cesaba de reír.

Las señoras Ivolguine habíanse levantado también y esperaban, presas de la mayor inquietud, el desenlace de aquella escena.

—¡Aumento mi oferta hasta cien mil! Hoy mismo pondré a su disposición cien mil rublos.

—Delira bajo la influencia de la bebida —observó malignamente Anastasia.

—¡No, no deliro, esta misma noche estará el dinero a su disposición! —replicó Rogojine más exaltado aún—. ¡Ptitzine, alma de usurero, cuento contigo; búscame cien mil rublos, al interés que tú quieras, pero pronto!

De improviso, Ardalión Alejandrovitch, perdiendo la paciencia, intervino disgustado:

—¿Qué significa esto? —exclamó con voz amenazadora, encarándose con Rogojine.

El silencio que hasta entonces había guardado hacía más cómica esta salida imprevista. Oyéronse algunas risas.

—¿Qué es lo que quieres tú? —dijo Rogojine, dirigiéndose al general—. Ven conmigo, viejo, te convido a una copa...

—¡Esto es una villanía! —exclamó Kolia, que lloraba de vergüenza y de rabia.

—¿Pero es posible que no haya aquí nadie capaz de arrojar a la calle a esta desvergonzada? —bramó de pronto, Varia, temblando de ira.

—¿Soy yo esa desvergonzada? —replicó con risa despreciativa Anastasia—. ¡Tonta de mí! ¡Y yo que había venido a invitarlos a la fiesta que doy esta noche! Gabriel Ardalionovitch, ¡ya ve usted cómo me trata su hermana!

Gania habíase quedado paralizado por el asombro al oír el insulto proferido por su hermana; pero, viendo que Anastasia se marchaba realmente, se precipitó como un loco hacia Varia y, asiéndola por una mano:

—¡Qué has hecho! —rugió mirándola como si quisiese verla caer fulminada a sus pies.

—¿Qué he hecho? ¡Lo que tú quisiste que hiciera! ¿Crees acaso que voy a pedirle perdón porque ha insultado a tu madre y ha deshonrado esta casa con su presencia? ¡Eres un hombre bajo! —repuso Varia mirando a su hermano con aire retador.

Durante unos instantes permanecieron ambos en esta actitud, uno frente al otro, sin que Gania soltase la mano de Varia. Por dos veces trató ésta de librarse de la presión que le trituraba los dedos, y no pudiendo conseguirlo, acabó por escupir a su hermano en el rostro.

—¡Esto se llama ser una mujer resuelta! —exclamó Anastasia—. Lo felicito, Ptitzine.

Una nube pasó por los ojos de Gania, y perdida por completo la razón, levantó el puño cerrado sobre la cabeza de su hermana; pero en el momento en que iba a descargarlo, un brazo le asió por la muñeca.

El príncipe habíase interpuesto entre los dos hermanos.

—¡Basta ya! —exclamó con voz firme, aunque una agitación extraordinaria hacía temblar todo su cuerpo.

—¡Pero es que siempre te he de encontrar en mi camino! —rugió Gania en el paroxismo de la rabia, y así diciendo dió al príncipe un terrible bofetón.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Kolia, estrujándose las manos—. ¡Qué va a pasar aquí!

De todos los ámbitos de la habitación partieron exclamaciones. El príncipe palideció. Miró a Gania con singular expresión de reproche, y movió los labios para hablar, pero no pudo, una extraña sonrisa crispaba sus labios.

—Lo mío..., no importa... —murmuró al fin—. Pero a ella..., ¡a ella no lo consentiré nunca!

Y como si la presencia de Gania le hiciese daño, se separó bruscamente de él y cubriéndose el rostro con las manos se retiró a un ángulo del salón.

—¡Oh, cómo se ha de avergonzar usted de esta acción! —murmuró, vuelto de cara a la pared.

Gania, en efecto, parecía aterrado. Kolia corrió a estrechar a Muichkine entre sus brazos y a colmarle de caricias, y tras de él fueron rodeando al príncipe Rogojine, Varia, Ptitzine, Nina Alejandrovna, todos, incluso Ardalión Alejandrovitch.

—No es nada, no es nada —decíales Muichkine con la misma sonrisa que tan honda impresión había causado momentos antes.

—¡Ah, cómo se habrá de arrepentir! —exclamó Rogojine—. ¿No te da vergüenza, Gania, de haber pegado a un... corderillo? (no acertó a encontrar otro nombre más adecuado). Príncipe, alma mía, deja a esta gente, escúpeles a la cara y vente conmigo. ¡Ya verás cómo sabe querer Rogojine!

Anastasia Filippovna estaba también fuertemente impresionada por la conducta de Gania y la respuesta del príncipe. Su alegría habitual, que, tan poco armonizaba con su rostro, de ordinario pálido y pensativo, pareció ceder a un nuevo sentimiento. Sin embargo, era visible que la joven se esforzaba por disimular esta impresión adoptando un aire burlón.

—¡Realmente, yo he visto esta cara en alguna parte! —exclamó, de pronto, seriamente, como ratificando estas palabras que ya había dicho momentos antes.

—¿Y no se avergüenza usted de su manera de ser? ¿Es usted en realidad lo que ha querido parecer? ¿Es esto posible?... —exclamó repentinamente el príncipe dirigiéndose a Anastasia.

Estas palabras de reproche y la emoción sincera con que el príncipe las pronunció, sorprendieron a la joven. Visiblemente turbada, sonrió, sin duda para mantenerse en carácter, miró fijamente a Gania y se encaminó hacia la puerta. Pero, antes de llegar a la misma, volvió bruscamente, acercóse a Nina Alejandrovna y, tomándole la mano, la llevó a sus labios.

—En efecto, no soy lo que parezco. El me ha comprendido... —murmuró precipitadamente y con acento conmovido.

Dicho esto se retiró sin que nadie pudiera adivinar el motivo que la había hecho volver.

Gania, vuelto en sí, corrió tras Anastasia, pero ésta había salido ya de la sala y sólo la pudo alcanzar en la escalera.

—No se moleste en acompañarme —le dijo ella—. ¡Adiós, hasta la noche! Cuento con que no faltará, ¿eh?

Gania volvió a entrar en su casa, turbado, pensativo, oprimido por algo misterioso que sentía gravitar sobre su alma.

Pensaba en el príncipe.

Junto a él pasaron como una tromba los camaradas de Rogojine.

En cuanto a éste, salió acompañado de Ptitzine, a quien, al parecer, hacía las más perentorias recomendaciones.

—¡Has perdido, Gania! —le dijo al salir.

Gabriel Ardalionovitch le siguió con mirada inquieta hasta que desapareció.

XI

El príncipe retiróse a su cuarto, adonde fué prontamente Kolia a consolarlo.

—Ha hecho usted muy bien en venirse aquí —le dijo—. El jaleo va a empezar de nuevo, con mucha más fuerza. Ahí tiene cómo transcurre nuestra vida, por culpa de Anastasia Filippovna.

—¡Se sufre mucho en esta casa! —observó el príncipe.

—Sí, sí, pero es mejor no hablar de ello; sufrimos mucho porque así lo queremos. Tengo, sin embargo, un amigo, que es aún más desgraciado que nosotros. ¿Quiere usted conocerlo?

—¿Es algún camarada tuyo?

—Sí, casi un camarada. En otro momento le explicaré... Ahora, dígame, ¿qué le ha parecido Anastasia Filippovna? ¿Verdad que es muy bella? No la había visto nunca y a fe que no ha sido por falta de ganas. ¡Le aseguro que me ha deslumbrado! Todo se lo perdonaría a Gania si se casase con ella por amor; ¡pero por dinero! ¡Eso es una maldad!

—Confieso que tu hermano no me gusta mucho.

—¡No me extraña! Después de lo que ha pasado...

—Tu hermana sí que me ha gustado mucho.

—¡Varia es intrépida!... Pero, ¡ah!, hablando del lobo... ¡Ahí está Varia! Ya sabía yo que vendría; mi hermana es noble, a pesar de sus defectos.

—¿Qué haces aquí? — dijo la muchacha entrando en el cuarto—. Debieras estar al lado de papá, en vez de venir a molestar al príncipe.

—No me molesta; al contrario.

—¡Siempre estás gruñendo, Varia! — repuso Kolia—. Vea usted, príncipe, eso es lo malo que ella tiene. A propósito, me alegro que papá no fuera con Rogojine, pues a estas horas estaría arrepentidísimo. Voy a ver qué tal se porta — añadió el muchacho, saliendo del cuarto.

—¡Gracias a Dios que he podido llevarme a mamá y hacer que se acueste! Afortunadamente, no se ha reproducido la escena. Gania está avergonzado y pensativo, ¡y a fe que no sin motivos! ¡Qué lección!... He venido, príncipe, para darle de nuevo las gracias y pedirle un favor. ¿No había conocido usted hasta ahora a Anastasia Filippovna?

—No, no la conocía.

—¿Cómo, pues, usted le ha dicho en su propia cara que no era lo que parecía? Confieso que, a mi juicio, lo ha adivinado. Es muy posible que no sea lo que aparenta. Sin embargo, no me tomaré el trabajo de averiguarlo. Es indudable que a nuestra casa la trajo únicamente el propósito de ofendernos. He oído contar muchas extravagancias suyas. Si su intención era la de invitarnos a la fiesta que da esta noche, ¿por qué trató a mamá con tanta desconsideración? Ptitzine, que la conoce a fondo, dice que no se explica su conducta... ¿Y con Rogojine? Una mujer que se aprecie en algo, no se permite ciertas conversaciones en casa de su... Mamá está intranquila por lo sucedido entre usted y mi hermano...

—Pues no hay motivo para ello — repuso el príncipe encogiéndose de hombros.

—¡Qué dócil se ha mostrado Anastasia con usted!

—¿Dócil? ¿Cuándo?

—Sí, le dijo usted que debía avergonzarse de su conducta y en seguida cambió por completo. Usted, príncipe, ejerce una gran influencia sobre ella — añadió Varia, sonriendo levemente.

En aquel momento abrióse la puerta y, con gran sorpresa de ambos interlocutores, entró Gania.

La presencia de su hermana no le desconcertó; permaneció unos instantes en el umbral y dirigióse resueltamente a Muichkine.

—Príncipe, he cometido una villanía, ¡perdóneme, querido amigo! — suplicó con voz trémula por la emoción.

Su semblante reflejaba un profundo sufrimiento. Muichkine le miró estupefacto, sin acertar a contestarle.

—¡Perdóneme, se lo ruego! — añadió Gania—; si me lo permite, le besaré la mano.

Hondamente conmovido, el príncipe, sin decir palabra, abrió los brazos a Gania, y un sincero beso selló su reconciliación.

—Estaba muy lejos de creerlo a usted capaz de semejante acción... — dijo, al fin, Muichkine, que respiraba con dificultad.

—¿De reconocer mis yerros? — interrumpió Gania—. ¿Por qué le habré tenido un instante siquiera por idiota? ¡Observa usted a primera ojeada lo que a muchos pasa inadvertido! Con usted se podría hablar con frecuencia..., pero es mejor no decir nada.

—Hay aquí alguien para quien ha sido usted culpable — dijo el príncipe, indicando a Varia.

—No, ella será siempre enemiga mía. Crea usted, príncipe, que le hablo por experiencia, que ciertas personas no perdonan nunca sinceramente — replicó Gania, y apartóse de su hermana.

—¡Pues sí, te perdono! — exclamó la joven.

—¿E irás esta noche a casa de Anastasia Filippovna?

—Iré, si tú me lo exiges; pero, ¿no te parece que, a lo menos por ahora, no debo ir?

—Ella no es así. ¡Esa mujer es un enigma! — repuso Gania, sonriendo amargamente—. ¡Todo es motivo de juego para ella!

—Ya sé que ella no es así, y que sólo se trata de un juego, ¡pero qué juego! Es cierto que ha besado la mano de mamá. Su insolencia era un juego, admitido; pero de lo que no hay duda, es de que se ha burlado de ti. Créeme, Gania; me parece que eso no lo pueden compensar setenta y cinco mil rublos. Tú eres aún capaz de sentimientos nobles, y por eso te hablo así. Tú mismo no debieras ir esta noche a su casa. ¡Ten cuidado! ¡Ese asunto no puede tener buen fin!

Dicho esto, Varia salió precipitadamente del aposento, presa de la más viva agitación.

—¡Siempre lo mismo, ya lo ve usted, príncipe! — dijo Gania, sonriendo—. ¡Se imaginan que yo ignoro todo eso! Sé mucho más que ellos...

Mientras decía esto se sentó en el sofá, con el deseo evidente de prolongar la visita.

—Siendo así — aventuró tímidamente el príncipe—, ¿por qué se somete a semejante suplicio que, como usted sabe, no puede ser compensado con setenta y cinco mil rublos?

—No me refiero a eso — murmuró Gania—; pero, a propósito, quisiera conocer su opinión... Dígame, ¿cree usted que setenta y cinco mil rublos valen o no la pena de imponerse semejante "suplicio"?

—A mi juicio, no lo valen.

—Conformes. Según usted, es una vergüenza casarse en estas condiciones.

—Una gran vergüenza.

—Pues bien, yo me casaré. Es una cuestión absolutamente resuelta. Hace poco vacilaba, pero ahora no. Déjese usted de observaciones, pues sé de antemano lo que me puede decir.

—Lo que yo le diría, no es lo que usted cree. Me sorprende mucho la seguridad con que habla.

—¿Mi seguridad sobre qué?

—Sobre su casamiento con Anastasia Filippovna. Pero, aun suponiendo que ese enlace fuese hecho, no creo que pueda usted estar absolutamente seguro de que los setenta y cinco mil rublos caigan en sus manos... Verdad es que ignoro muchas cosas.

Gania se acercó al príncipe con un brusco movimiento.

—En efecto, usted sabe muy poco de este asunto — le dijo—. Si no fuera así, ¿cómo iba yo a pasar por lo que estoy pasando? Pero, en fin, ¿en qué se funda usted para suponer que Anastasia pueda rehusarme su mano?

—Únicamente en lo que visto; acaba usted de oír a Bárbara Ardalionovna.

—Las palabras de mi hermana no tienen importancia, no sabe lo que se dice. De quien Anastasia Filippovna se ha burlado, no lo dude usted, ha sido de Rogojine. Me he fijado bien. Confieso que al principio tuve miedo, pero ya sé de qué se trata y estoy tranquilo. Tal vez objetará usted que la conducta observada por Anastasia Filippovna con mi padre, con mi madre y aun con mi hermana...

—Y con usted también.

—Sea; pero ha obrado por despecho y nada más. Es una mujer terriblemente irascible, vengativa y orgullosa; diríase que se cree víctima de alguna injusticia, y tuvo el capricho de hacer vano alarde de desprecio hacia ellos... y hacia mí; pero, a pesar de eso, será mi esposa. No puede usted imaginarse qué comedias es capaz de representar el amor propio. Anastasia Filippovna me tiene por un bribón porque sabe que si me caso con ella es únicamente por interés; pero quien así piensa de mí es una mantenida, una amante, que ignora que cualquier otro obraría aún con menos delicadeza que yo. Lo que me perjudica a sus ojos es que no finjo en la medida que ella desea.

—Quizá la ha amado usted antes de ahora — observó el príncipe.

—Es cierto, al principio la amé; pero comprenda usted que ciertas mujeres son muy buenas para amantes, pero no para esposas. No quiero decir con esto que he sido amante de Anastasia Filippovna. Así, pues, si ella quiere vivir en paz conmigo, tendremos paz; si se pone fastidiosa y se subleva, tomo la puerta y me largo con el dinero. No estoy dispuesto a hacer el ridículo; esto es lo que quiero evitar a toda costa.

—Me parece que, como Anastasia no tiene nada de tonta, habrá tomado sus precauciones — repuso tímidamente el príncipe—. ¿Y por qué, presintiendo las tribulaciones que la aguardan, iba a meterse ella misma en la trampa? Podría fácilmente casarse con otro. Eso es lo que me asombra...

—Es cuestión de cálculo — interrumpió Gania—. Usted no sabe lo que pasa, príncipe. A pesar de todo, Anastasia Filippovna cree que yo la amo con locura; y, por mi parte, tengo fundadas razones para creer que me ama, a su modo, desde luego. Ya conoce usted el proverbio que dice: "Quien bien te quiere te hará llorar". Durante toda su vida me tendrá por un hombre sin consideración y probablemente es un hombre así lo que le conviene; pero, a despecho suyo, me amará y como ella puede amar; a esto obedece su actitud; se está ensayando, pues tal es su carácter. Es una rusa de pura sangre, se lo aseguro; pero yo también le tengo preparada una sorpresa. Sin que fuese premeditada, la escena ocurrida con Varia llegó a propósito para favorecer mis intereses: Anastasia Filippovna ha encontrado, si es que la buscaba, una prueba de cariño; ha visto que, por amor a ella, rompo con todos los vínculos de familia. ¡No crea que soy tan tonto como usted se figura! ¿No le parece que estoy hablando demasiado?... Quizá no obre bien haciéndole estas confidencias... No obstante, como es usted el primer hombre de nobles sentimientos que me he echado a la cara, aprovecho la ocasión para "confiarme a usted". ¿Sonríe usted, príncipe? Los bribones aman a las personas honradas, ¿no lo sabía usted? Y yo... Pero, al fin y al cabo, ¿por qué soy un bribón? Dígamelo francamente. ¿Por qué me llaman todos así, empezando por Anastasia Filippovna? Verdad es que yo, ante ellos y ante ella, me doy también el epíteto de bribón...

—Desde este momento — dijo Muichkine — dejaré de tenerle por tal. Poco ha le había tomado por un malvado; mas ahora me ha proporcionado usted una gran alegría... Es una lección para demostrar que nadie debe ser juzgado a la ligera.

Gania sonrió desdeñosamente al oír estas palabras.

—¿Le ha pedido dinero mi padre? — preguntó, de improviso.

—No.

—Se lo pedirá, pero le ruego que no le haga caso. Él también era un hombre importante, era bien recibido en la alta sociedad... ¡Pero qué pronto llega la decadencia para estos viejos caballeros! En cuanto sufren un revés de fortuna, se verifica en ellos una transformación completa. Antes no mentía jamás, aunque solía exagerar demasiado; en cambio, ahora, ya lo ha visto usted. Quizá sea por culpa del vino. ¿Sabe usted que también mantiene a una amante? Ahora no es más que un charlatán inofensivo...

Y Gania lanzó una sonora carcajada.

—¿Por qué me mira usted así? — preguntó de pronto a Muichkine.

—Porque me sorprende verle reír tan francamente. En verdad, tiene usted aun una alegría infantil... Hace un momento vino a reconciliarse conmigo y me dijo: "Si me lo permite le besaré la mano". Un niño hubiera hecho lo mismo. Luego, usted es capaz todavía de hablar y de obrar con la ingenuidad de los niños.

Pero he aquí que, de pronto, me habla de ese tenebroso proyecto, de esos setenta y cinco mil rublos... Realmente esto me parece absurdo, imposible.

—¿Qué deduce usted de todo eso?

—Que se lanza usted temeraria y locamente a realizar una empresa que debiera usted pensar y repensar antes de acometerla. Es muy posible que Bárbara Ardalionovna tenga razón.

—¡Oh! ¡No me salga usted ahora con sermones de moral! — replicó vivamente Gania —. Sé muy bien que soy un chiquillo, y lo he demostrado hablándole a usted de esas cosas. Pero sobre ese proyecto, le diré que lo persigo porque quiero ser rico, ya que el dinero confiere poder y fuerza... Pero bastante hemos hablado ya; Kolia asomó dos veces las narices por la puerta, y eso quiere decir que la comida nos espera. Me voy; vendré a verle algunas veces. En nuestra casa no estará usted mal, porque le consideraremos como de la familia. ¡Pero cuidado con hacerme traición! Me parece que usted y yo hemos de ser muy amigos o grandes enemigos. Dígame, príncipe, si yo le hubiese besado la mano, como estaba dispuesto a hacerlo de corazón, ¿no cree usted que desde ese momento me hubiera transformado en su enemigo?

Muichkine reflexionó un momento y repuso luego riendo:

—Lo hubiera sido, ciertamente, pero no por mucho tiempo; más tarde hubiera experimentado un sentimiento superior a otra pasión y me habría perdonado.

—¡Con usted hay que tener pies de plomo para hablar! — exclamó Gania —. ¡Quién sabe si es ya mi enemigo! A propósito — dijo soltando una carcajada —; quería hacerle una pregunta y ya me olvidaba: ¿sabe que me parece que a usted no le desagrada Anastasia Filippovna?

—Sí..., me gusta...

—¿Está usted enamorado de ella?

—No...

—Se ha puesto usted como la grana, y además, parece causarle pena esta pregunta. Bueno, no me río más; basta. ¿Sabe que es una mujer honrada? Sin duda usted supone que es la amante de Totzky y en esto se engaña, pues hace mucho tiempo que rompieron sus relaciones. ¿Se ha fijado con qué facilidad pierde los estribos, y que por momentos se apodera de ella una gran turbación? Eso es innegable. No obstante, ahí tiene usted una mujer amiga de ejercer el dominio. Hasta luego, príncipe.

Gania salió con más desenvoltura que cuando entró; había recobrado por entero su buen humor. Durante diez minutos el príncipe permaneció inmóvil, pensativo. Kolia volvió a entreabrir la puerta y asomó la cabeza.

—No comeré, Kolia; he almorzado más de lo de costumbre en casa del general Epanchine, y no tengo apetito.

El muchacho entró en el cuarto y entregó al príncipe una carta cerrada, que le enviaba Ardalión Alejandrovitch.

En el rostro de Kolia se leía claramente el disgusto que le ocasionaba el ser portador de aquella misiva. Después de haber leído la carta, Muichkine levantóse y tomó su sombrero.

—Está a dos pasos de aquí — dijo el muchacho con visible turbación —, bebiendo, como de costumbre. ¿Cómo ha podido abrirse crédito en ese establecimiento? No me lo explico. Querido príncipe, le ruego que no diga a nadie que yo le entregué esa carta. He jurado mil veces que no volvería a hacer semejantes encargos, pero no tengo valor para negarme. De todos modos, le ruego que no se ande con demasiados miramientos; déle unos cuantos copecs y asunto concluído.

—Precisamente quería ver a tu padre, pues tengo que hablarle... Vamos, Kolia.

XII

El príncipe no tuvo que ir muy lejos. Kolia lo condujo a un café de la Liteinaia, donde encontró a Ardalión Alejandrovitch, que estaba sentado ante una mesita sobre la que había una botella, y tenía en la mano *La independencia belga*.

Esperaba al príncipe y, en cuanto le vió, dejando el periódico, comenzó una explicación animada y prolija de la que Muichkine no pudo sacar nada en claro, porque el general tenía ya la lengua torpe a causa de las repetidas libaciones.

—No puedo darle más que diez rublos — interrumpió el príncipe —. Aquí tiene veinticinco, cambie el billete y devuélvame el resto, pues, de lo contrario, seré yo el que se quedará sin un copec.

—¡Oh, ciertamente, en seguida!

—Además, tengo que hacerle un ruego, general. ¿Estuvo usted alguna vez en la casa de Anastasia Filippovna?

El general irguióse con orgullo.

—¿Que si yo estuve en la casa de Anastasia Filippovna? ¿A mí me pregunta éso? ¡Muchísimas veces, amigo mío, muchísimas veces! — exclamó con ironía triunfal —. Pero dejé de visitarla, porque no quiero prestarme a un enlace que no puedo por menos de reprobar enérgicamente.

—Pues yo quería suplicarle que me presentara esta noche en casa de Anastasia Filippovna. Es absolutamente necesario que la vea yo hoy mismo, y no sé cómo podría llegar hasta ella... Claro está que le fuí ya presentado, pero no se me invitó a la reunión de esta noche, que, por añadidura, tiene el carácter de íntima. Sin embargo, estoy dispuesto a pasar sobre ciertas conveniencias. No me importa que se rían de mí con tal de que logre mi objeto.

—¡Muy bien dicho, joven, aplaudo sus ideas, en todo conforme con las mías! — replicó entusiasmado Ardalión Alejandrovitch —. Pero no ha sido por esta nadería — añadió, guardándose el billete de veinticinco rublos en el bolsillo — por lo que le he llamado, sino con el objeto de pedirle que me acompañe en una expedición a casa de Anastasia Filippovna, o, mejor dicho, contra Anastasia Filippovna... ¡El general Ivolguine y el príncipe Muichkine! ¡Qué sorpresa cuando oiga nuestros nombres! Su idea, príncipe, no podía ser mejor. Iremos a las nueve; todavía tenemos tiempo por delante.

—¿Dónde vive ella?

—Muy lejos de aquí, cerca del Gran Teatro, en el primer piso de la casa de Mytovtzoff... No habrá mucha gente y, aunque sea su cumpleaños, se retirará temprano...

Hacía mucho que la noche había llegado, y el príncipe continuaba aún escuchando al general, que comenzaba un cuento tras otro sin acabar ninguno.

A la llegada de Muichkine habíase hecho servir otra botella, empleando una hora en apurarla, y pidió la tercera, que también vació, intercalando, como es de suponer, entre copa y copa un pedazo de su historia.

Finalmente, el príncipe se levantó diciendo que no podía esperar más. Ardalión Alejandrovitch apuró las gotas que habían quedado en el vaso, y salió del establecimiento con paso vacilante. El príncipe estaba irritado contra sí mismo por haber puesto su confianza tan neciamente en aquel beodo.

En el fondo, del general no esperaba otra cosa sino que le introdujera en casa de Anastasia Filippovna, aun a costa de algún escándalo; pero veía ahora que el escándalo sobrepujaría a cuanto pudiera imaginarse.

Por fin llegaron a la Liteinaia. El deshielo continuaba; en las calles soplaba un viento templado y malsano; los coches caminaban sobre el barro, y por las aceras cruzaban melancólicamente los peatones, entre los que se veían algunos borrachos.

—¿Ve usted los balcones espléndidamente iluminados de esos primeros pisos? — dijo el general —. Pues ahí viven camaradas míos; y yo, que llevo más años de servicio que ellos y que he sufrido más que todos y que cada uno de ellos, voy a pie hasta el Gran Teatro para visitar a una mujer de vida equívoca. ¡Un hombre como yo, que lleva trece balas en el pecho! ¿Lo creerá usted? Espérese que le contaré...

—Lo que yo quisiera saber ahora, general — dijo el príncipe, desanimado —, es si puedo contar con usted o si debo ir solo a casa de Anastasia Filippovna.

—¡Si puede contar conmigo! ¡Ir solo! ¿Olvida usted que esa visita es para mí esencialísima porque en ella se juega el porvenir de mi familia? ¡Ah, usted no conoce a Ivolguine! Decir Ivolguine, es decir "muro"; así decían mis subordinados, cuando hablaban de mí, en el regimiento donde hice mis primeras armas. Pero antes entraremos, aunque sólo sea por un minuto, en la casa donde, desde hace algunos años, mi corazón se ve por unos momentos libre de angustias y se consuela en el amor...

—¿Quiere volver a su casa?

—¡De ninguna manera! Lo que quiero es visitar a la señora Terentieff, viuda del capitán Terentieff, mi antiguo subordinado y amigo... En casa de esa señora cobro ánimos, adquiero nuevas fuerzas para soportar las penas de la vida, los sinsabores domésticos. Y como precisamente llevo hoy un gran peso sobre mi corazón...

—Me parece — murmuró el príncipe — que he cometido una gran necedad en molestar a usted hoy... ¡Adiós, general!

—¡Oh, eso sí que no, mi joven amigo, eso sí que no! ¡Usted no partirá solo!... — exclamó el general —. Es una viuda, una madre de familia, que arranca de su corazón acentos que conmueven todo mi ser. Una visita a esa señora es cuestión de cinco minutos; en esta casa gozo de plena libertad, es decir, estoy ahí como en mi propia casa; quiero lavarme y asearme un poco; luego tomaremos un coche para ir al Gran Teatro. Créame, tengo necesidad de usted toda esta noche... Ya hemos llegado, es esa casa... ¡Cómo! ¿Qué haces aquí, Kolia? Dime, ¿está en casa Marfa Borisovna, o acabas de llegar?

—¡Oh, no, hace mucho rato que estoy aquí! — contestó el muchacho que se hallaba en la puerta de la casa cuando llegaron el general y el príncipe —. Estuve haciéndole compañía a Hipólito; anda bastante mal, no pudo levantarse esta mañana. Bajé para comprar naipes. Marfa Borisovna le espera... ¡Pero, papá, en qué estado está usted! — añadió el muchacho observando el desorden del traje y el porte de su padre.

—Pues bien; vamos arriba.

El encuentro de Kolia determinó a Muichkine a acompañar al general al domicilio de Marfa Borisovna, pero firmemente decidido a no permanecer allí más de un minuto.

Tomaron la escalera de servicio para subir a

la vivienda de la señora Terentieff.

—¿Quiere usted presentar al príncipe? — preguntó Kolia mientras subían.

—Sí, hijo mío, lo voy a presentar. ¡El general Ivolguine y el príncipe Muichkine!... Pero, ¿qué pasa?... ¿Cómo?... Marfa Borisovna...

—Me parece, papá, que hubiera usted hecho muy bien en no venir. ¡Lo va a comer! Hace dos días que lo está esperando con el dinero... ¿Por qué se lo ha prometido? ¡Siempre será usted el mismo, papá! ¡Ahora, arréglese como pueda!

En el cuarto piso se detuvieron ante una puerta más baja que las otras. Ardalión Alejandrovitch, visiblemente desconcertado, colocóse detrás del príncipe.

—Yo me quedo aquí — balbuceó —; quiero darle una sorpresa.

Kolia entró el primero. La dueña de la casa lanzó una mirada al descansillo, y la sorpresa fué para el general. Apenas vió a Ardalión Alejandrovitch, armó tal tremolina, que parecía una poseída.

Marfa Borisovna, que era una mujer de cuarenta años, vestía una blusa moldava, calzaba zapatillas, iba excesivamente pintada y llevaba el cabello peinado en pequeñas trenzas, que descansaban sobre la coronilla.

—¡Llegaste por fin, mal hombre, mal caballero! ¡Ya me lo daba el corazón!

El anciano trató de poner al mal tiempo buena cara.

—Entremos — dijo al príncipe al oído —; esto no es de mayor importancia.

Pero era más serio de lo que él se figuraba. En cuanto los visitantes entraron, la señora Terentieff prosiguió sus invectivas con el tono lastimero que le era peculiar:

—¿No te da vergüenza, di, no te da vergüenza, salvaje, tirano de tu familia? ¡Me has despojado de todo lo que tenía! ¡Hasta del tuétano de mis huesos te has aprovechado! ¿Hasta cuándo voy a ser tu víctima, sinvergüenza, canalla?...

—¡Marfa Borisovna! ¡Marfa Borisovna! — balbuceó Ardalión desconcertado y tembloroso —. Es... el príncipe Muichkine... ¡El general Ivolguine y el príncipe Muichkine!

—¿Creerá usted — prosiguió la viuda Terentieff, dirigiéndose de pronto al príncipe —, que este desvergonzado no ha respetado ni los ahorros de mis hijos? ¡Todo me lo ha robado, todo se lo ha llevado; lo que no ha empeñado lo vendió, dejándonos desnudos! ¿Qué quieres que haga yo de tus pagarés, hombre corrompido y sin conciencia? ¡Responde, bribón, responde, corazón insaciable! ¿Con qué voy a darle de comer a mis hijos? Y para colmo, se presenta borracho perdido, tambaleándose... ¿En qué habré ofendido yo a Dios Nuestro Señor? ¡Responde, gusano infecto!...

Este cuestionario dejó indiferente al general.

—Marfa Borisovna, aquí tienes veinticinco rublos, es todo lo que poseo... y esto, gracias a la generosidad de mi noble amigo, el príncipe Muichkine... Me he engañado lastimosamente...; pero ésta es la vida... Y ahora, perdóname, soy débil... — balbucía Ardalión Alejandrovitch, que, de pie en el centro de la sala, saludaba a un lado y a otro—; ¡soy débil, perdóname!... Lenotchka —añadió—, una almohada, querida.

Lenotchka, niña de ocho años, corrió presurosa a buscar la almohada pedida, la que colocó en la cabecera de un viejo sofá color cereza, que estaba en un rincón del aposento.

El general tenía el propósito de decir muchas cosas aún, pero en cuanto se tendió en el sofá volvióse de cara a la pared e instantáneamente se quedó dormido como un bienaventurado.

De la habitación contigua salió Kolia.

—Me alegro de haberte encontrado aquí — le dijo el príncipe —; ¿podrías hacerme un favor? Es indispensable que vaya esta noche a casa de Anastasia Filippovna. Yo le había rogado a tu padre que me acompañara, pero ya ves que se ha quedado dormido como una piedra. Sírveme de guía, porque yo no conozco las calles, aunque sí la dirección: casa Mytovtzoff, cerca del Gran Teatro.

—¿Anastasia Filippovna? ¡Pero si ella jamás vivió allí, y mi padre no la visitó nunca! ¡Parece mentira que se haya fiado de él! Anastasia Filippovna habita cerca de la calle Vladimiro, en las Cinco Esquinas, y está mucho más cerca de lo que le ha dicho. ¿Quiere ir en seguida? Ahora son las nueve y media. ¡Vamos, yo lo acompaño!

Kolia y el príncipe salieron sin pérdida de tiempo. Pero, ¡ay!, como el príncipe no disponía de la cantidad necesaria para tomar un coche de alquiler, tuvieron que ir a pie.

—Hubiera querido hacerle conocer a Hipólito —dijo Kolia—. Es el hijo mayor de la señora Borisovna. Está enfermo y tuvo que guardar cama todo el día. Pero es un carácter muy extraño, una verdadera sensitiva, y pensé que tal vez se hubiera visto incómodo en su presencia, pues llegó usted en un momento... A mí no me importa tanto como a él, porque es mi padre el que...; pero se trata de su madre y la situación no es la misma; lo que deshonra a una mujer no mancilla el honor de un hombre.

—¿Está tísico?

—Así parece. Para él sería mucho mejor que muriese lo más pronto posible. Indudablemente, si yo estuviese en su lugar llamaría a la muerte con todas mis fuerzas. La suerte de sus hermanitos es la que le causa pena... ¿De manera que Anastasia Filippovna le ha invitado?

—A decir verdad, no.

—¿Entonces por qué va usted a su casa? — exclamó Kolia, al cual la sorpresa le hizo detenerse en mitad de la acera—. ¿Y, con ese traje quiere usted ir a la fiesta?

—La verdad es que no sé cómo entraré. Si me reciben, mejor; si no me reciben será un plan fracasado. En cuanto a mi indumentaria, no puedo hacer nada, pues no tengo otra ropa.

—Algún motivo importante le lleva a casa de Anastasia Filippovna, a menos que sólo pretenda pasar la velada en *noble compañía.*

—En efecto, mi visita tiene un objeto determinado... Se trata de un asunto que es difícil de explicar, pero...

—Bueno. Que sea por una cosa o por otra, eso sólo interesa a usted y no quiero saberlo. Lo importante es, a mi juicio, que no va allí por el simple placer de pasar la velada en compañía de cortesanas, generales y usureros. Si así no fuese, perdóneme, príncipe, que se lo diga: me reiría de usted y sería causa de que empezara a despreciarle. Las personas honradas escasean aquí demasiado. Por eso usted, príncipe, me encanta. Su conducta de esta tarde no la podré olvidar jamás.

—Tú también me encantas, Kolia.

—Escuche, príncipe, ¿tiene usted intenciones de vivir en San Petersburgo? Me buscaré alguna ocupación para ganar algo; si usted quiere, viviremos juntos los tres: Hipólito, usted y yo... Alquilaremos un piso y nos llevaremos a papá con nosotros.

—Tendré sumo placer en ello. Ya hablaremos del asunto. Ahora estoy muy preocupado. ¡Cómo!, ¿hemos llegado ya? ¿Es ésta la casa? ¡Magnífica escalera! Veremos, Kolia, lo que resulta de todo esto.

El príncipe estaba agitadísimo.

—¿Me contará usted mañana el resultado de su visita? No tema, pues yo le aseguro que saldrá muy bien del paso. Adiós, vuelvo allá para referir a Hipólito la proposición que le he hecho. En cuanto a ser recibido, no dude ni un segundo que le abrirán las puertas de par en par. Anastasia Filippovna es muy original... Suba usted por esta escalera; es el primer piso; el portero se lo indicará.

XIII

Era grande la inquietud del príncipe, mientras subía la escalera.

"Lo peor que me puede suceder —pensaba— es que no me reciban, que se formen mal concepto de mí o que me hagan objeto de sus burlas. ¡Bah! esto no me importaría".

En efecto, no era eso lo que le preocupaba. "¿Pero qué vengo a hacer yo aquí?" —añadía. En vano trataba de hallar una respuesta satisfactoria a esta pregunta.

Aun en el caso favorable de poder hallarse a solas con Anastasia, ¿obraría correctamente, diciéndole: "No se case usted con ese hombre, que no la ama y sólo busca su dinero; me lo ha dicho él mismo y Aglae Epantchine me ha hablado en el mismo sentido"? No había lugar a dudas que eso no sería correcto. Pero, además, quedaba por resolver otra cuestión que el príncipe no se atrevía siquiera a pensar en ella, pues apenas cruzaba semejante idea por su imaginación, el rubor le subía a la cara y temblaba como un azogado.

Mas, a pesar de estas inquietudes y de todas sus dudas, acabó por entrar y preguntó por Anastasia Filippovna.

Con gran sorpresa por su parte, la criada a quien se dirigió le escuchó amablemente, sin expresar el más ligero asombro; y sin vacilar un momento ante los zapatos sucios del visitante, su raro sombrero de anchas alas y su capote, le introdujo en la antesala y fué a anunciarle.

Poco numerosa era, en aquellos momentos, la concurrencia que rodeaba a Anastasia Filippovna. Sólo habían llegado los más íntimos. Entre éstos debemos citar, en primer lugar, a Atanasio Ivanovitch Totzky y a Iván Fedorovitch Epantchine. Ambos se mostraban afables y sonrientes, pero no lograban disimular por completo la inquietud que experimentaban esperando la decisión del destino de Gania.

Este último, naturalmente, se hallaba allí también; taciturno, preocupado y sombrío, no trataba de aparecer amable y permanecía casi siempre alejado de la tertulia, sin hablar una sola palabra. No había llevado consigo a su hermana, y Anastasia Filippovna fingía no haber notado la ausencia de Varia; pero, en cambio, y como si lo hubiera hecho a propósito, apenas hubo correspondido a los cumplimientos de Gania, aludió claramente a la escena ocurrida algunas horas antes entre éste y el príncipe.

El general, que no había oído hablar aún del caso, quiso conocerlo con todos sus pormenores; y Gania refirió el incidente de aquella mañana, sin ocultar que luego había pedido perdón al príncipe.

En esta ocasión expresó en términos categóricos la opinión que tenía de Muichkine, esto es, que era una gran equivocación tenerlo por idiota; que se había llevado un gran chasco, pues, por el contrario, era un hombre inteligente y hasta casi peligroso.

Mientras Gabriel Ardalionovitch emitía su juicio, Anastasia le escuchaba con profunda atención, sin apartar su mirada del joven; pero bien pronto recayó la conversación sobre Rogojine, cosa que interesó vivamente a Totzky y a Epantchine.

Pritzine era quien estaba en mejores condiciones para dar informes acerca de Parfenio Rogojine, pues hasta las nueve de la noche tuvo que aguantar sus ruegos para que le proporcionara los cien mil rublos que le había pedido en casa de Gania.

—Cierto es —observó Pritzine— que estaba ebrio, pero su petición era muy formal. Cien mil rublos no se encuentran con la facilidad que él supone; pero, si no todo, algo se le podrá reunir esta misma noche.

Estas noticias, aunque oídas con avidez, no eran las más a propósito para animar aquella reunión.

Anastasia permanecía silenciosa; evidentemente no quería decir lo que pensaba; lo mismo sucedía a Gania. El general Epantchine era, sin duda, el que más motivos tenía para sentirse inquieto, pues las perlas que por la ma-

ñana había regalado fueron recibidas con una amabilidad demasiado fría y con no escasa ironía.

De todos los contertulios, sólo Ferdychtchenko se mostraba alegre; a menudo reía ruidosamente, sin que nada justificase aquella hilaridad, a no ser su deseo de mantener su papel de bufón.

Totzky parecía no tenerlas todas consigo; él, que gozaba fama de ser un gran conversador y que en tales reuniones tenía siempre la palabra, guardaba ahora absoluto silencio. Los otros invitados eran un anciano profesor, un pobre diablo, al decir de los circunstantes, y un joven desconocido, cuya timidez era tan grande que no le permitía decir palabra. En cuanto a mujeres, había una actriz, cuarentona, y una joven bellísima, vestida con admirable elegancia, pero extraordinariamente taciturna.

Lejos de animar la reunión, estas cuatro personas pasaban su tiempo pensando cómo hacer para decir alguna palabra.

Así, pues, el príncipe no podía llegar en mejor ocasión. El anuncio de su visita produjo una sensación de sorpresa, y sonrisas equívocas retozaron en más de una boca, especialmente al observar, juzgando por la perplejidad de Anastasia, que ésta ni había soñado en invitarle. Mas, pasado el primer momento de estupor, la dueña de casa exteriorizó la más viva satisfacción, y la mayor parte de los allí reunidos se dispuso a hacer blanco de sus burlas al inesperado visitante.

—Es muy posible que sea efecto de su inocencia —dijo el general Epantchine— y si bien, en tesis general, es peligroso alentar semejantes inclinaciones, en el caso actual ha hecho muy bien en venir, por muy original que sea esta manera de presentarse. Por lo que podido observar, creo que nos divertiremos.

—Tanto más, cuanto que se ha invitado él mismo —apoyó Ferdychtchenko.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó secamente el general, que detestaba al bufón.

—¡Que tendrá que pagar su entrada! —repuso el interpelado.

—¡El príncipe Muichkine no ha llegado todavía a ser otro Ferdychtchenko! —replicó Iván Fedorovitch.

Era algo que no cabía en la cabeza del general y que no podía digerir, al encontrar a Ferdychtchenko en un salón, codeándose con él.

Anastasia levantóse vivamente, fué a recibir en persona al príncipe.

—Siento en el alma —le dijo— no haberle invitado a esta reunión íntima; atribúyalo solamente a la precipitación con que salí de aquella casa... Y me congratulo de que me haya usted ofrecido ocasión para darle las gracias y aplaudir su resolución.

Mientras hablaba, no dejó de mirar los ojos de Muichkine, como si quisiera leer en ellos el motivo de aquella inesperada visita. Si el príncipe hubiera estado menos turbado, habría contestado cumplidamente a las amables frases con que fué acogido por Anastasia; pero estaba deslumbrado y sus labios no pudieron emitir palabra alguna.

La joven notó con íntimo placer el efecto extraordinario que había producido en Muichkine.

Tomando al príncipe del brazo, le condujo al salón. Mas en el momento que estaban junto a la puerta, Muichkine reaccionó, y deteniéndose bruscamente murmuró con voz agitada:

—En usted todo es perfección...; su delgadez..., su color pálido... Tenía tales deseos de venir a su casa... Perdóneme.

—Nada tengo que perdonarle —repuso Anastasia, sonriendo—; y si lo tuviera, perdería esta visita toda su originalidad. No se equivocan los que dicen que es usted un hombre extraño... ¿De manera que no ve en mí más que perfecciones?

—Sí.

—Pues, a despecho de su penetración, se engaña usted. Volveremos a hablar hoy mismo de esto...

Anastasia presentó a Muichkine a sus invitados, entre los cuales la mayoría le conocía ya. Totzky acogió con exquisita amabilidad al recién llegado. La conversación, que languidecía, se reanimó al punto; todas las lenguas se desataron al mismo tiempo. Anastasia hizo sentar al príncipe a su lado.

—En resumidas cuentas, ¿qué es lo que ven ustedes de sorprendente en el príncipe? —gritó Ferdychtchenko, dominando con su voz todas las otras—. ¡El asunto es claro, y se explica por sí mismo!...

—El asunto es demasiado claro y se explica también demasiado por sí mismo —dijo bruscamente Gania, que hasta entonces había guardado silencio—. Hoy he observado constantemente al príncipe desde el momento en que atrajo sus miradas el retrato de Anastasia Filippovna, que vió por primera vez en el despacho del general Epantchine. Recuerdo que entonces me asaltó una sospecha que ha dejado de serlo para convertirse en absoluta realidad, confirmada, dicho sea de paso, por la confesión que él mismo me ha hecho.

Al terminar estas palabras, Gania quedó pensativo y serio, cosa que extrañó a la concurrencia.

—Nada le he confesado —repuso el príncipe enrojeciendo—; me limité a contestar a sus preguntas.

—¡Muy bien, muy bien! ¡Esto se llama tener franqueza! —exclamó Ferdychtchenko—. ¡Es a la vez listo y franco!

Una explosión de carcajadas siguió a estas palabras.

—¡No grite usted tanto, Ferdychtchenko! —dijo a media voz Ptitzine, molestado por el tono en que se expresaba el bufón.

—No esperaba de usted semejante proeza —observó Iván Fedorovitch—. ¿Está usted seguro de haberse creado un rival? ¡Y yo que le tenía por un filósofo! ¡Ah, picarón!

—Viendo al príncipe enrojecer como una señorita por una broma tan inofensiva, afirmó que es un noble joven en cuyo corazón sólo tienen cabida elevados sentimientos —observó inopinadamente el anciano profesor.

Era éste un septuagenario sujeto a un vicio de pronunciación a causa de haber perdido toda la dentadura. No había dicho aún media palabra, y nadie podía presumir que despegaría al fin los labios aquella noche.

Las risotadas fueron generales. Creyendo el viejo que la hilaridad había sido producida por sus frases ingeniosas, se asoció a ella ruidosamente, y acabó con un violento acceso de tos.

Anastasia Filippovna gozaba lo indecible oyendo a aquellos viejos extravagantes, y se apresuró a besar y a obsequiar al profesor, sirviéndole otra taza de té. Cuando entró la criada, su ama le pidió un chal, en el que se envolvió, e hizo echar unos troncos en la chimenea.

—¿Qué hora es? —preguntó luego.

—Las diez y media —contestó la criada.

—Señores, ¿quieren ustedes aceptar una copa de champaña? —propuso, de repente, Anastasia—. Eso quizá les alegre; vamos, les ruego que no gasten cumplidos.

La velada comenzaba a animarse, pero no se parecía en nada a las precedentes. Nadie rechazó el ofrecimiento, excepto Gania, que fué el único que no quiso tomar nada.

Anastasia acompañó a sus invitados, diciendo que aquella noche estaba dispuesta a apurar tres copas de champaña.

Ante estos arranques repentinos y extraños, nadie sabía qué pensar; en ciertos momentos veíasela pensativa y taciturna, casi triste, y repentinamente, sin causa alguna que lo justificase, prorrumpía en carcajadas nerviosas. Algunos sospecharon que era presa de la fiebre; pero al fin notaron que esperaba algo, pues miraba de vez en cuando el reloj con aire de impaciencia.

—Me parece que tiene usted un poco de fiebre —le dijo la actriz.

—Diga usted más bien que la fiebre me devora; por eso es por lo que me puse este chal —repuso Anastasia, cuya palidez iba en aumento y de vez en cuando tenía estremecimientos convulsivos.

Entre los contertulios se produjo un movimiento de inquietud.

—Debiéramos retirarnos para que pudiera descansar —dijo Totzky, mirando a Epantchine.

—¡Nada de eso, señores; siéntense, se lo ruego! La presencia de ustedes me es hoy más necesaria que nunca —repuso Anastasia en tono conminatorio y significativo.

Y como ninguno de los concurrentes ignoraba que la dueña de casa había prometido hacer aquella noche importantes revelaciones, estas palabras produjeron enorme sensación. El general y Totzky cambiaron una mirada de inteligencia; Gania se agitó convulsivamente.

—Podríamos entretenernos con algún juego —repuso la actriz.

—Yo sé uno magnífico y enteramente nuevo —dijo Ferdychtchenko—. Ha sido jugado una sola vez, y yo era de la partida.

—¿En qué consiste? —preguntó la actriz.

—Cierto día me encontraba en una reunión y, la verdad sea dicha, todos estaban algo ebrios. De pronto, uno de los invitados hizo la proposición siguiente: sin levantarse de la mesa, cada cual referiría en voz alta la acción más pecaminosa de su vida; era preciso ser sinceros; la primera condición era la sinceridad, no se debía mentir.

—¡Qué ocurrencia! —observó el general.

—Muy extraña, sí, pero en eso precisamente estriba su atractivo.

—¡Es una idea ridícula! —añadió Totzky—. Por lo demás, es un medio como otro cualquiera de singularizarse.

—¡En verdad que debe ser divertido! —exclamó Anastasia, animándose de repente—. ¡Hay que hacer la prueba, señores! Quizá esto nos divierta, y anime así esta decaída reunión. Si cada cual quisiera referir algún hecho..., bien entendido que de ese género... Pero, eso sí, ha de ser espontáneamente, no se debe obligar a ninguno... ¿Qué dicen ustedes? ¿Les gusta, sí o no? La idea es, por lo menos, original.

—¡Originalísima! —exclamó Ferdychtchenko—; por lo demás, las señoras quedan excluídas; únicamente los hombres han de confesarse; echaremos suertes, como hicimos allí. Escriban sus nombres, señores, en un pedacito de papel y pónganlos aquí, en mi sombrero; el príncipe sacará la suerte. La teoría del juego es muy sencilla: contar la acción más vergonzosa de la propia vida; es una cosa muy fácil, ya lo verán ustedes. Si a alguno le es infiel la memoria, yo le ayudaré.

Esta extraña proposición no fué recibida con mucho agrado por los concurrentes; unos frun-

cían el ceño, otros sonreían entornando los ojos y algunos aventuraban objeciones, pero sin insistir demasiado. Entre éstos se distinguía Iván Fedorovitch, que no se atrevía a combatir abiertamente un proyecto que agradaba a la dueña de casa. Si Anastasia Filippovna manifestaba un deseo, era preciso satisfacerlo a toda costa, aunque ese deseo fuese insensato, o perjudicial para ella misma. En aquel momento, la joven se estremecía como poseída de un acceso histérico, y reía nerviosa y convulsivamente, sobre todo, cuando Totzky hacíale alguna observación.

Sus obscuros ojos brillaban como carbones encendidos, y en sus pálidas mejillas notábanse manchas de encarnado color. Tal vez su deseo de exacerbaba más y más al observar los semblantes sombríos de algunos de sus invitados; quizá esta idea la había seducido precisamente por su brutal cinismo. No faltaba quien sospechara que la joven perseguía algún fin oculto. Sin embargo, aprobaron el proyecto y se dispusieron a ponerlo en ejecución.

—¿Y cómo se demostrará que uno no miente? —interrumpió Gania—. Si miente, el juego pierde todo su interés. ¿Quién nos garantiza que nadie mentirá? Es casi seguro que nadie dirá la verdad.

—Pues bien, por sí solo, ya será divertido ver cómo mienten las personas. Por otra parte, Gania, puedes ahorrarte el contarnos tu acción más fea, pues la conoce todo el mundo. Y fíjense ustedes en esto, señores —añadió Ferdychtchenko, riendo estrepitosamente—: ¿con qué cara nos miraremos unos a los otros, después de habernos contados esas cosas?

—¿Pero va esto en serio, Anastasia Filippovna? —preguntó Totzky con aire digno.

—El que tema al lobo, que no vaya al bosque —repuso sonriendo la joven.

—Permítame que le diga, Ferdychtchenko —prosiguió Totzky, cada vez más alarmado—, ¿es posible hacer un juego de semejante cosa? Esto no puede resultar jamás. Usted mismo ha confesado que la vez anterior fué un completo fracaso.

—¡De ninguna manera! ¡Así que al juego, señores, al juego! Aquí están todos los nombres, el de usted también, Atanasio Ivanovitch, y, por consiguiente, todos han aceptado el proyecto.

En silencio, metió el príncipe la mano en el sombrero; el primer nombre que salió fué el de Ferdychtchenko, luego el de Pritzine, y así sucesivamente el de Epantchine, Totzky, Muichkine, Gania, etc. Las mujeres se abstuvieron de tomar parte en aquella lotería.

—¡Dios mío, qué desilusión! —exclamó Ferdychtchenko—. Pensé que el primero sería el príncipe y luego el general. Me consuela pensar que detrás de mí viene Iván Petrovitch Pritzine... ¡Es una compensación! Bueno, señores, me veo en la necesidad de dar un ejemplo alentador; pero en este momento me confunde mi propia pequeñez; lo que voy a contar es muy insignificante. ¿Qué puede importar que Ferdychtchenko haya cometido una mala acción? Más que nada, quiero demostrar con esto, cómo estorban las riquezas mal adquiridas. Referiré un hurto, para demostrar a Atanasio Ivanovitch que se puede robar sin ser ladrón.

—Y me demostrará usted también, señor Ferdychtchenko, que se puede hallar un placer embriagador contando las propias torpezas sin que nadie nos lo pida... Por lo demás..., perdóneme usted, señor Ferdychtchenko.

—¡Comience ya, Ferdychtchenko! ¡Hace dos horas que está hablando inútilmente! —exclamó Anastasia, encolerizada e impaciente.

Todos observaron que a su alegría febril había sucedido bruscamente un profundo mal humor; habíase tornado gruñona e irascible, sin que por esto desistiese de su capricho. Atanasio Ivanovitch sufría un verdadero martirio, y se irritaba al ver la calma de Iván Fedorovitch, que bebía champaña tranquilamente y se disponía, quizá, a contar su anécdota correspondiente, cuando le llegase el turno.

XIV

—¡Es que no tengo ingenio, Anastasia Filippovna; por eso charlo inútilmente! —repuso Ferdychtchenko a guisa de preámbulo—. Si tuviera el talento de Atanasio Ivanovitch o de Iván Petrovitch, estaría callado, como hacen ellos. Príncipe, permítame preguntarle su parecer; creo que el número de ladrones es muy superior al de los que no roban y que no existe un hombre, por honrado que sea, que no haya robado en su vida. Esta es una opinión mía; sin embargo, no quiero decir que toda la humanidad esté compuesta de ladrones, aunque a veces me siento inclinado a creer que sí. ¿Qué le parece?

—¡Déjese de tonterías! —interrumpió Daría Alexievna, la actriz—. No es posible que todo el mundo sea un ladrón. Yo nunca robé nada a nadie.

—Lo creo. Mas, ¿pudiera usted decirme por qué se ha puesto el príncipe más rojo que una cereza?

—En lo que usted ha dicho, quizá haya algo de verdad, pero ha exagerado mucho —repuso Muichkine, que, en efecto, estaba del color de la grana.

—¿De manera, príncipe, que tampoco usted ha robado jamás?

—¡Basta! ¡Es usted muy ridículo! ¿No podría usted, señor Ferdychtchenko, pensar un poco antes de hablar? —exclamó el general.

—Lo que pasa es que, puesto entre la espada y la pared, se avergüenza de contar lo que ha hecho y quiere unir al príncipe a su fechoría. Es una suerte para usted que sea el príncipe de tan buen carácter. —arguyó Daría Alexievna con sequedad.

—Ferdychtchenko, o habla usted para contar su caso o se lo guarda para usted solo, pues es capaz de hacer perder la paciencia a un santo —dijo con irritación la dueña de casa.

—Al momento, Anastasia Filippovna; pero dígame, si el príncipe ha confesado, porque para mí las palabras y el sonrojo del príncipe equivalen a una confesión, ¿qué diría, por ejemplo, cualquier otro (no me refiero a ninguna persona determinada) si quisiera ser sincero?

"Por lo que a mí se refiere, señores, con pocas palabras habré salido del paso.

"Hace dos años, un domingo, me encontraba en la casa de campo de Senón Ivanovitch Ichtchenko, que tenía convidados a su mesa.

"Terminada la comida, los hombres continuaron bebiendo vino, y a mí se me ocurrió la idea de ir a pedir a María Senevovna, la hija de nuestro anfitrión, que tocase el piano.

"Al atravesar la sala contigua, vi un billete de tres rublos, sobre la mesa de trabajo de María Senenovna; sin duda lo había puesto allí para pagar alguna cuenta de la casa.

"En la salita no había nadie; tomé el billete y me lo guardé en el bolsillo. ¿Por qué? No lo sé.

"No puedo explicarme aún a qué inspiración obedecí. Perpetrado el hurto, volví apresuradamente al comedor y ocupé mi sitio en la mesa.

"Pensando en las consecuencias que podía tener la acción que había cometido, estaba agitadísimo, hablaba hasta por los codos, reía a más no poder y, por último, fuí a reunirme con las señoras.

"Al cabo de media hora notaron la desaparición del billete y en seguida interrogaron a la servidumbre.

"Las sospechas recayeron sobre una criada llamada Daría.

"Yo manifesté una curiosidad y un interés extraordinarios, y recuerdo que, mientras la pobre Daría, aturdida y confusa, no sabía qué responder, yo la exhortaba a que confesase su falta, asegurándole que únicamente así podría contar con el perdón de María Senenovna.

"Todos tenían los ojos fijos en mí, y sentía un extraño placer al pensar que mientras le estaba predicando moral a la criada, el billete se hallaba en mi bolsillo.

"Aquella misma noche me bebí los tres rublos: entré en un restaurante y me hice servir una botella de Château-Lafite. Hasta entonces no me había ocurrido jamás que apurase una botella sin haber comido algo; pero tenía prisa por gastar aquel dinero.

"Ni en aquel momento ni después he sentido lo que suele llamarse remordimiento de conciencia. Realmente, no quisiera volver a hacerlo; sin embargo, ese hurto, créanlo o no, jamás me ha preocupado. He dicho".

—Esa no es, seguramente, su peor acción —dijo con acento desdeñoso Daría Alexievna.

—Es un caso psicológico, pero no un acto —observó Atanasio Ivanovitch.

—¿Y la criada? —preguntó Anastasia Filippovna con marcado disgusto.

—La criada, naturalmente, fué despedida al día siguiente. ¡En aquella casa no se puede jugar!

—¿Y permitió usted que la despidieran?

—¡Qué gracia! ¡Iba a denunciarme yo mismo? —repuso con sorna, aunque algo desconcertado, Ferdychtchenko, pues no se le escapaba la desagradable impresión que había causado a sus oyentes el relato que acababa de hacer.

—¡Eso es repugnante! —exclamó Anastasia.

—¡Oh! ¿Quiere usted que un hombre le cuente la acción más fea de su vida, y, por añadidura, pretende que sea edificante? Las acciones más feas son siempre las más repugnantes, Anastasia Filippovna. De esto podremos convencernos cuando oigamos a Iván Petrovitch.

—¿Dejamos aquí el juego? —preguntó Atanasio Ivanovitch.

—Me ha tocado el turno —dijo Pritzine— y usando de la libertad que nos han dejado, no contaré nada.

—¿No quiere usted?

—No puedo, Anastasia Filippovna; además, no veo que este juego sea divertido.

—Ahora le toca a usted, general —dijo Anastasia, dirigiéndose a Iván Fedorovitch—; si usted se niega también, el juego carecería de interés, y a fe que lo sentiría, porque proponíame contar, al final, una anécdota "de mi propia vida". Pero no hablaré antes que Atanasio Ivanovitch; quiero que su narración me sirva de estímulo —añadió sonriendo.

—¡Ah! En vista de esa promesa, estoy dispuesto a contar toda mi vida, pero, lo confieso, mientras llegaba mi turno, he ido preparando lo que tenía que contar.

Ferdychtchenko sonrió maliciosamente.

Basta mirar a Vuecencia para adivinar con qué galanura literaria adornará su pequeña anécdota —observó el bufón.

Anastasia Filippovna dirigió una rápida mirada al general y una ligera sonrisa apareció en sus labios; pero cada minuto que pasaba hacían se más evidentes su laxitud y su irascibilidad.

Desde que prometió ella contar una anécdota de su vida, Atanasio Ivanovitch estaba como sobre ascuas.

—Me ha sucedido lo que a todos, señores: he cometido muchos actos reprobables en el curso de mi vida —comenzó el general—; pero cosa rara, el que voy a contar es el que me parece peor de todos los cometidos por mí.

"A pesar de haber transcurrido desde entonces cerca de treinta años, siento, al recordar aquel hecho, cierto sufrimiento moral.

"En aquella época, acababa de ser nombrado abanderado; nadie ignora que un abanderado es un muchacho con la sangre caliente y el bolsillo vacío. Tenía por asistente a un cierto Nikifor, que se ocupaba con celo de todas las faenas domésticas. Era un hombre abnegado y muy honesto.

"Yo, naturalmente, era severo, pero justo. Tuvimos que residir por algún tiempo en una pequeña ciudad, y nos alojaron en el d

micilio de la viuda de un antiguo subteniente, situado en uno de los barrios extremos.

"Aquella mujer era octogenaria, o poco le faltaba. Vivía en una casa de madera, reducida, vieja y desmantelada, y su pobreza era tal que ni siquiera tenía una criada que la cuidara. En otro tiempo, habíasele conocido una familia numerosa, pero, unos habían muerto, otros habíanse dispersado, olvidando a aquella pobre vieja. En cuanto al marido, hacía medio siglo que había fallecido.

"Algunos años antes, la viuda había tenido en su compañía a una sobrina suya, pero esta sobrina era, según decían, jorobada y más mala que una bruja, hasta el punto de que un día dióle a su tía un tremendo mordisco en un dedo. Llevóse Dios a aquel *ángel*, quedando la pobre viuda sola. Yo me aburría más de lo regular en aquella casa, y, por añadidura, la vieja estaba medio chocha. Un día me robó un gallo. El hecho, hasta hoy, no se pudo poner en claro, pero todos los indicios la condenaban.

"Con motivo del hurto del gallo tuvimos un vivo altercado, y solicité que me cambiasen de alojamiento. Me trasladaron entonces al extremo opuesto de la ciudad, a casa de un comerciante, padre de numerosa familia, que ostentaba luenga barba. ¡Me parece que le estoy viendo todavía!

"Nikifor y yo fuimos contentísimos a aquella casa, y nos despedimos de la vieja en términos poco amistosos.

"Tres días después, cuando regresé de las maniobras, me dijo Nikifor:

"—Ha hecho usted mal, señor, en dejar su sopera a la vieja; ahora no tengo en qué servir la sopa.

"Naturalmente, yo no comprendí lo que quería decirme.

"—¿Por qué razón tiene la vieja nuestra sopera? —le pregunté.

"Esta vez fué mi asistente el que me miró sorprendido.

"—Cuando nos marchamos de su casa —me contestó—, negóse a entregármela, diciendo que usted había roto una vasija de su propiedad y que, en compensación, habíale usted regalado la sopera.

"Es inútil decir que semejante mentira me hizo montar en cólera; hirvió en mis venas toda mi sangre de abanderado y en dos saltos me planté en casa de la vieja. Llegué, presa de la más viva cólera; desde la puerta vi a la viuda; estaba sentada en un rincón del vestíbulo, como para resguardarse de los ardientes rayos del sol, y tenía la mejilla apoyada en la palma de la mano.

"Sin tomar aliento, comencé a lanzarle las peores invectivas, en términos violentísimos.

"—Eres una tal y una cual...

"La vieja tenía los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en mí; continuó mirándome, pero sin decir palabra; parecía, por lo vacilante, que se iba a caer de la silla. Finalmente se calma mi ira, examino a la vieja, la interrogo, y ella no me contesta. No sé qué pensar; los moscardones zumban, el sol se pone, el silencio reina en la casa; en fin, me retiro bastante turbado.

"No volví directamente a mi alojamiento; el comandante había preguntado por mí; pasé por su casa, fuí luego a dar un vistazo a mi compañía y cuando regresé a mi vivienda ya era bastante tarde.

"Las primeras palabras de Nikifor fueron éstas:

"—¿Sabe usted, señor, que ha muerto la viuda?

"—¿Cuándo.

"—Esta tarde, al anochecer, hará una hora y media apenas.

"De manera que, mientras yo la insultaba, la pobre vieja entregaba su alma al Señor. Les aseguro que esta coincidencia me afectó hondamente y me costó gran trabajo volver a hacer gala de mi jovialidad. Aquella noche soñé con la difunta.

"Nunca he tenido prejuicios, pero al día siguiente asistí al entierro. En una palabra, a medida que pasaba el tiempo, pensaba más en aquella desgraciada vieja, y me decía:

"—Aquella mujer, aquella criatura humana, vivió largos años; tuvo hijos, marido, una familia, parientes; todo aquello agitábase alrededor de ella, como un círculo de sonrisas, y, de pronto, todo esto desapareció, quedóse sola como... una mosca, llevando consigo la maldición de la edad. Al fin, Dios la llamó a su lado a la puesta del sol en un dulce día de verano; y en vez de lágrimas para acompañarla en su postrer viaje, no tuvo más que insultos proferidos por un joven abanderado que, con los brazos en jarra, la llenaba de improperios por causa de una sopera...

"Ahora, reflexionando aún con más sangre fría sobre el hecho, compadezco con mayor pena a la pobre mujer. La compadezco hasta el punto de que yo mismo me sorprendo de este sentimiento, pues, al fin y al cabo, no soy responsable de lo que sucedió. ¿Por qué se le ocurrió morirse precisamente en aquel momento?

"De todos modos, no pude calmar mis remordimientos sino fundando dos camas en un hospital para asegurar a dos ancianas enfermas el reposo y el bienestar durante los últimos días de su existencia terrenal.

"Esta fundación existe desde quince años ha, y tengo la intención de hacerla perpetua, y así lo dispondré en mi testamento.

"He concluído, señores. Repito que, sin duda, he cometido muchos otros actos reprobables, pero, en conciencia, es ése el que más me reprocho."

—Lejos de ser la acción más vituperable de su vida, Excelencia, lo que nos ha contado constituye un alto exponente de su bondad. ¡Vuecencia se ha burlado de Ferdychtchenko! —exclamó con cierta ironía el bufón.

—De veras, general, no imaginaba en usted tan noble corazón —dijo negligentemente Anastasia Filippovna.

Iván Fedorovitch, satisfecho de sí mismo, apuró su copa de champaña.

Le tocaba el turno a Atanasio Ivanovitch, el cual había preparado entretanto su anécdota.

Totzky tomó la palabra con dignidad extraordinaria, que armonizaba muy bien con su aspecto imponente.

Era, digámoslo de pasada, un hombre de arrogante presencia, alto y bastante grueso; usaba dentadura postiza, tenía las mejillas encarnadas y algo colgantes, y la parte de su cabeza que no estaba calva cubríanla cabellos blancos. Elegantemente vestido, sus manos blancas y regordetas llamaban la atención. En el dedo índice de su mano derecha lucía una sortija de diamantes.

—Facilita mucho la tarea que me he impuesto —comenzó diciendo en tono amable y sonriente Atanasio Ivanovitch—, la condición precisa de que he de referir el acto más vituperable de mi vida.

"En estos casos, la vacilación es imposible: la elección está pronto hecha, por poco que uno quiera dejarse guiar por la conciencia y por los recuerdos del corazón.

"Entre las muchas... ligerezas que me reprocho, hay una especialmente, cuyo recuerdo me es en exceso penoso.

"Se remonta el hecho a una veintena de años atrás. Me encontraba a la sazón en la casa de campo de Platón Ordyntzeff, recién nombrado mariscal de la nobleza, y que había ido a pasar una temporada de invierno a provincias con su joven esposa.

"Se acercaba el cumpleaños de Anfisa Alexievna y había que preparar los bailes. En aquel tiempo comenzaba a hacer furor en la alta sociedad *La Dama de las Camelias*, de Dumas, hijo, esa deliciosa novela que, a mi juicio, será inmortal y siempre joven.

"El entusiasmo reinaba entre las señoras que la habían leído. La moda había adoptado las camelias; ninguna señora se resignaba a no ostentarlas. Ahora bien, ¿cómo procurárselas en una localidad en que todo el mundo se las disputaba?

"Petia Vorkhovsky estaba entonces locamente enamorado de Anfisa Alexievna. Ignoro si había realmente algo entre ellos, es decir, si podía él alimentar alguna esperanza.

"El pobre joven quería a toda costa llevar algunas camelias a Anfisa Alexievna para que ésta las luciera en el próximo baile.

"Sabíase que Sofía Bezpaloff y la condesa Sotzky —una visita petersburguesa de la gobernadora— llevarían sendos ramos de las codiciadas flores, precisamente de camelias blancas.

"La señora Ordyntzeff, por el contrario, y a efecto de destacarse de las demás, prefería las camelias rojas, y puso en campaña a su marido, el cual se empeñó en encontrarlas.

"Desgraciadamente, el día anterior, Catalina Alejandrovna Mytichtcheff, que estaba disgustada con Anfisa Alexievna, había adquirido todas las camelias. El resultado es fácil adivinarlo: ataques de nervios, desmayos de la joven y desesperación de Platón.

"Se comprende también fácilmente, que si Petia era capaz de conseguir lo que el marido no había podido, aquello se convertiría en una gran posibilidad para el logro de sus esperanzas. La gratitud de la mujer no conoce límites en casos semejantes.

"Petia se revolvía por todas partes como el diablo en el agua bendita, pero... ¿es necesario decirlo?, todos sus esfuerzos resultaban infructuosos. La víspera del baile le encontré, casualmente, a las once de la noche, en casa de una vecina de Ordyntzeff, una tal María Petrovna Zubkoff. Estaba radiante de júbilo.

"—¿Qué te pasa? —le pregunté.

"—¡Las he encontrado! ¡Eureka!...

"—¡Me dejas aturdido, amigo mío! ¿Cómo? ¿Dónde?

"—En Ekchaisk, a veinte verstas de aquí, en la residencia de un viejo y rico mercader llamado Trepaloff. Es un hombre casado y sin hijos. El y su esposa se dedican a la cría de pájaros y ambos tienen pasión por las flores. ¡Trepaloff me dará las camelias que necesito!

"—Pero, ¿estás seguro de ello?

"—Me pondré de rodillas ante él, me arrojaré a sus pies y no me levantaré hasta que las tenga en mi poder.

"—¿Cuándo vas a ir?

"—Mañana, a primera hora, a las cinco.

"—Pues que el Señor te acompañe.

"Aquello me alegró sobremanera por él. Volví a casa de Ordyntzeff, después de la una de la madrugada, y en el momento en que me disponía a acostarme acudió a mi mente una idea original.

"Bajé a la cocina y desperté al cochero Savel.

"—Engancha los caballos de aquí a media hora —le dije, poniéndole quince rublos en la mano.

"Naturalmente, antes de que transcurrieran los treinta minutos, el coche estaba preparado. Me habían dicho que Anfisa Alexievna deli-

raba, presa de la fiebre. Monté en el carruaje y partí para Ekchaisk, a donde llegué entre cuatro y cinco de la mañana. Me apeé en la posada, y en cuanto despuntó la aurora, esto es, a eso de las siete, me dirigí a la quinta de Trepaloff.

"–¡Tú tienes camelias, padre mío, socórreme, sálvame, te lo suplico de rodillas!

"–¡No, no, de ninguna manera, yo no consiento eso! –me contestó el comerciante, un anciano alto, de cabellos blancos y rostro severo.

"Yo caí de rodillas a sus pies, me prosterné ante él.

"–¿Qué hace usted, que hace usted, amigo mío? –exclamó entre sorprendido y asustado el anciano.

"–¡La vida de un hombre va en ello! –exclamé a mi vez.

"–Bueno, siendo así, recoja usted las camelias y que Dios le ayude –me contestó.

"No había el viejo acabado su última palabra, cuando yo ya estaba agachado cortando las flores y llenando con ellas una canasta. Daba gozo verlas.

"Trepaloff suspiraba y yo, sacando mi cartera, quise consolarle ofreciéndole cien rublos.

"–No, hijo mío –me dijo–, le ruego que me ahorre esa ofensa.

"–En este caso –repliqué–, acepte esta pequeña cantidad para el hospital de esta población.

"–Eso ya es otra cosa –me contestó–; recibo este dinero, puesto que se trata de una buena obra, de una acción noble y grata a los ojos de Dios; que Él se lo pague.

"Aquel viejo me gustó; era, como suele decirse, un ruso de pura cepa.

"Contentísimo de haber realizado mi intento, emprendí inmediatamente el regreso, tomando por caminos de travesía para no encontrarme con Petia.

"Apenas llegué, lo primero que hice fué enviar las camelias a Anfisa Alexievna, que las recibió en el momento de despertar. Pueden ustedes imaginarse su alegría y las demostraciones de su agradecimiento. Platón, que el día anterior estaba aplanado y medio muerto, se arrojó en mis brazos sollozando.

"¡Ay! Todos los maridos son lo mismo desde la creación... del matrimonio.

"No me atrevo a añadir una palabra más; me limitaré a decir que el pobre Petia quedó definitivamente fuera de combate a causa de este incidente. Supuse al principio que, en cuanto se enterase de mi jugarreta, procuraría matarme, y tomé las debidas precauciones; pero las cosas tomaron un giro muy diverso del que yo había supuesto.

"Petia se desvaneció; por la noche deliraba y al día siguiente era presa de una fiebre cerebral; sollozaba como un niño y tenía violentas convulsiones. Su enfermedad duró un mes, y en cuanto se restableció se hizo enviar al Cáucaso y, ¡breve historia de amor!, murió en la guerra de Crimea. Su hermano, Esteban Vokhovskoi, era ya un bizarro coronel.

"Confieso que esa mala acción me dejó hondos remordimientos. ¿Por qué le ocasioné tal disgusto a Petia? Hubiera tenido cierta excusa si a la sazón hubiese estado yo enamorado de Anfisa; pero no, yo sólo sentía un capricho de libertino.

"Si no hubiese ido yo a buscar aquellas camelias, Petia quizá viviría aún, sería feliz, y a buen seguro que no se le hubiera ocurrido la idea de hacerse matar por los turcos".

Atanasio Ivanovitch terminó su relato con la tranquila dignidad que lo había empezado.

Cuando hubo concluído, observaron todos que los ojos de Anastasia Filippovna brillaban con fulgores extraños y que le temblaban los labios.

Todas las miradas se fijaron alternativamente en Totzky y en la joven.

–¡Han engañado otra vez a Ferdychtchenko! ¡Esto es una mistificación! ¡Nos están estafando, señores! –gimió el bufón, persuadido de que podía y debía lanzarse una frase chistosa.

–¿Quién tiene la culpa de que usted no comprenda nada? –replicó casi triunfalmente Daría Alexievna, la actriz cuarentona amiga de Totzky–. ¡Ahí tiene, aprenda de las personas de ingenio!

–Tenía usted razón, Atanasio Ivanovitch, este juego no tiene nada de divertido y es preciso acabarlo cuanto antes –dijo negligentemente Anastasia Filippovna–; voy a cumplir mi promesa contando mi correspondiente anécdota, y después podrán jugar a las cartas.

–¡Aceptado! –dijo el general con calor–. ¡Empiece su narración!

Pero, de pronto, y con gran sorpresa de los presentes, interpeló a Muichkine:

–Príncipe –le dijo con voz vibrante–, mis viejos amigos aquí presentes, el general y Atanasio Ivanovitch, me ensalzan las bellezas del matrimonio. Déme usted su parecer, y yo haré lo que usted me diga. ¿Debo casarme?

Atanasio Ivanovitch palideció; el general se quedó estupefacto; a Gania helósele la sangre en las venas y todos abrieron asombrados los ojos.

–¿Con... con quién? –preguntó Muichkine con voz apenas perceptible.

–Con Gabriel Ardalionovitch Ivolguine –repuso Anastasia silabeando las palabras.

Siguióse un embarazoso silencio que duró unos segundos; parecía que pesaba sobre el pecho del príncipe una montaña que impedíale articular un sonido.

–¡No..., no se case usted! –murmuró al fin, lanzando un suspiro de desahogo.

–¡Así será! repuso Anastasia, y seguidamente, con acento de autoridad y, en cierto modo, de triunfo, dirigióse a Gania, diciéndole–: Gabriel Ardalionovitch, ya oyó usted lo que el príncipe ha decidido. Mi respuesta, por lo tanto, es que no me casaré con usted... No se hable más del asunto.

–¡Anastasia Filippovna! –exclamó el general en tono perentorio, no exento de inquietud.

–¿Qué significa esto, señores? –repuso la dueña de casa aparentando sorpresa por la actitud de sus invitados–. ¡Qué cara han puesto todos!

–Pero..., recuerde usted, Anastasia Filippovna –balbuceó Totzky–, que prometió espontáneamente... y hubiera debido, por lo menos, ahorrarnos... este espectáculo... No sé cómo explicarme, tan turbado estoy... En una palabra, ahora..., en estos momentos..., delante de todos... tomar a juego un asunto tan serio, un asunto de honor y de... corazón, del que depende...

–No le entiendo, Atanasio Ivanovitch –interrumpió la joven–. En efecto, parece que está usted desconcertado. En primer lugar, ¿qué significan sus palabras "delante de todos"? ¿No es ésta una reunión de amigos, de personas distinguidas? Además, ¿qué quiere decir eso de que "tomo a juego un asunto tan serio"? Había prometido contar una anécdota, y es lo que he hecho. ¿No les ha gustado? ¿No es seria, acaso? Oyó usted que dije al príncipe que haría indefectiblemente lo que él me dijera. Si hubiera contestado *sí*, hubiera dado yo mi consentimiento; pero ha dicho *no* y sigo su consejo. Mi porvenir pendía de un cabello... ¿Quiere usted algo más serio?

–¡El príncipe! ¿Quién es el príncipe, para hacerle intervenir en este asunto? –barbotó el general, que a duras penas podía contener su indignación al ver la importancia de' que era objeto Muichkine por parte de Anastasia.

–El príncipe es, para mí, el primer hombre cuyo afecto sincero me ha inspirado confianza. Desde el primer momento me ha comprendido y creo que yo también a él.

Pálido, y con los labios temblorosos, Gania tomó al fin, la palabra:

–No me queda más que dar las gracias a Anastasia Filippovna por la extrema delicadeza que ha usado para... conmigo –dijo con voz trémula por la ira, y añadió–: Esto, por otra parte, era de esperar. Pero... el príncipe... e príncipe en este asunto...

–¡Le priva de setenta y cinco mil rublos ¿No es cierto? –interrumpió bruscamente Anastasia, y añadió–: ¿No es eso lo que quería ustec decir? No trate usted de negarlo, porque serí inútil. Atanasio Ivanovitch, tenía algo más qu decir –prosiguió la joven, dirigiéndose a Totzky–; guárdese sus setenta y cinco mil rublos y sepa que le devuelvo su libertad gratuitamente Justo es que al fin pueda usted respirar, despué de nueve años y tres meses. Mañana comenzar para mí una nueva vida; pero hoy es mi fiest y soy dueña de mí misma por primera vez desd que estoy en el mundo. General, recoja ustec las perlas que me ha traído, y regáleselas a s esposa; aquí están. Mañana abandonaré par siempre esta casa. ¡Se acabaron las fiestas, señores!

Dicho esto, se levantó repentinamente com si hubiera querido marcharse.

–¡Anastasia Filippovna! ¡Anastasia Filippovna! –exclamaron a coro los concurrentes.

En aquel momento vibró un fuerte campanillazo, tan violento como el que unas horas ante había puesto en conmoción la casa de Gania.

–¡Ah, el desenlace! ¡Por fin! ¡Son las onc y media! –exclamó Anastasia–. Se aproxima e desenlace.

Sentóse, sin apartar los ojos de la puerta.

–Rogojine con sus cien mil rublos, sin dud –murmuró Ptitzine.

XV

La doncella Katia apareció llena de espanto

–¡Dios sabe lo que va a ocurrir, Anastasi Filippovna! –exclamó–. Han entrado diez hombres embriagados, diciendo que usted los conoce

–Dicen verdad, Katia; hazles pasar en seguida

–¿A todos? ¿Es posible, Anastasia Filippovna? ¡Si viera usted qué mala facha tienen!

–Que pasen todos, absolutamente todos, nada temas, Katia. Por otra parte, aunque t opusieras entrarían igual. ¡Oh, qué estrépito ¡Lo mismo que antes! –y añadió la joven, dirigiéndose a sus amigos–: Tal vez encuentre ustedes de mal gusto que reciba en su presenci a gente de esta ralea. Lo siento en el alma les ruego que no me desairen, que sean ustede testigos del desenlace. Sin embargo, son mu dueños, señores, de hacer ustedes lo que mejo les parezca.

Los invitados no cesaban de mirarse unos otros con estupor y de hablar en voz baj entre ellos. La curiosidad había hecho presa e ellos.

Por otra parte, no había por qué asustars demasiado.

No se encontraban allí más que dos señora ajenas a la casa: Daría Alexievna y la bella silenciosa desconocida. La primera había vist cosas peores y, por lo mismo, ya estaba curad de espanto; y en cuanto a la otra, no se darí cuenta de lo que se trataba.

La joven era extranjera, alemana, y no entendía una palabra de ruso; además, parecía qu su imbecilidad corría parejas con su belleza. Su amigos invitábanla a sus reuniones, sólo porqu era decorativa.

En cuanto a los hombres, Ptitzine, por ejemplo, era amigo de Rogojine; Ferdychtchenk estaba allí como el pez en el agua; Gania n había podido aún volver en sí de su estupor y una fuerza irresistible le tenía como clavad en su sitio; el anciano profesor no comprendí nada de lo que en torno suyo pasaba, y al ve la agitación extraordinaria de que era presa l dueña de casa y todos los que la rodeaban, sentía ganas de llorar y temblaba de terror; per antes que abandonar a Anastasia Filippovna e semejantes circunstancias hubiera preferido morir, pues el anciano la quería como un abuel puede querer a su nietecilla.

Por lo que respecta a Atanasio Ivanovitch le repugnaba, seguramente, mezclarse en tale aventuras; pero el asunto tenía para él dema

siada importancia y, por añadidura, habíanle preocupado ciertas frases de Anastasia Filippovna y no quería marcharse sin tener con ella una explicación. Así pues, Totzky decidió permanecer allí hasta el fin.

Unicamente el general, ofendido de un modo tan descortés al devolverle su valioso regalo, no estaba dispuesto a tolerar nuevas excentricidades.

Si momentos antes la influencia de la pasión habíale puesto al nivel de Ptitzine y de Ferdychtchenko, ahora se despertaba en Iván Fedorovitch el respeto de sí mismo, el sentimiento del deber, la conciencia de la posición social que ocupaba, y de su jerarquía en el ejército.

En una palabra, no trató siquiera de disimular que un hombre como él no podía alternar con Rogojine y sus acompañantes.

Anastasia le interrumpió en cuanto comenzó a hablar.

—¡Oh, general, no había caído en la cuenta! Pero esté seguro de que había previsto este mal momento para usted. Si lo que está ocurriendo le desagrada, muy dueño es de retirarse, aunque, a decir verdad, en este momento hubiera deseado más que nunca tenerle a mi lado. De todas maneras, le quedo sumamente agradecida por su visita y, sobre todo, por su delicada atención... Pero, si tiene usted miedo...

—¿Se olvida usted, Anastasia Filippovna, que es conmigo con quien habla? —interrumpió, a su vez, Epantchine en un arranque de caballeresca generosidad—. Pues bien, sólo por afecto y consideración a usted no me moveré de este sitio, y si la amenazara algún peligro... Aunque a decir verdad, el único peligro que yo veo es que manchen la alfombra, o que rompan algún objeto. De todas maneras, opino, Anastasia Filippovna, que no debe recibir a esa gente.

—¡Rogojine en persona! —murmuró Ferdychtchenko.

—¿Qué piensa usted, Atanasio Ivanovitch? —preguntóle en voz baja el general—. ¿No le parece que se ha vuelto loca?

—Ya le he dicho, en otra ocasión, que era propensa a la locura —repuso en el mismo tono Atanasio Ivanovitch.

—Además, la fiebre...

A la salida de la casa de Gania, la partida de Rogojine habíase aumentado con dos nuevos reclutas: un viejo libertino, ex redactor de un periodicucho escandaloso, y un subteniente retirado.

Respecto al primero, circulaba la anécdota de que en cierta ocasión empeñó la dentadura postiza, para pagar los gastos de una orgía.

El subteniente, más que compañero, parecía un rival del hombrachón que tan orgulloso estaba de sus puños. Ninguno de los compañeros de Rogojine le conocía, y habíanlo encontrado en la avenida Nevsky.

Al principio, los dos antagonistas se miraron con manifiesta animosidad. El atleta considerábase ofendido por la admisión en la banda de aquel *mendigo;* y, taciturno por naturaleza, limitábase a lanzar de vez en cuando un gruñido sordo y a contemplar con soberano desdén al desconocido mientras que éste, hombre de mundo, sin duda, y profundo político, se esforzaba por captarse su simpatía.

A primera vista notábase que el subteniente era uno de esos hombres que substituyen con la habilidad y el tacto su escasez de fuerzas; desde luego era más bajo y menos robusto que el atleta.

Absorto desde las primeras horas de la tarde en el pensamiento de la visita que tenía que hacer a Anastasia Filippovna, Rogojine habíase esforzado por calmar la excitación báquica de sus compañeros, y en parte lo pudo conseguir.

El mismo había recobrado casi por completo el dominio sobre sí mismo; pero las emociones experimentadas aquel día, sin precedentes en su vida, habíanle casi trastornado el juicio.

Una sola idea persistía en su mente: la idea por cuya realización estaba sufriendo horriblemente todo aquel día. Finalmente tuvo en su poder los cien mil rublos, pero a un interés exorbitante.

Como en casa de Gania, Rogojine abría la marcha, seguido muy de cerca por sus satélites, los cuales, estaban, sin duda, penetrados del sentimiento de sus prerrogativas, pero no exentos de inquietud, pues Anastasia Filippovna les inspiraba miedo.

La mayoría de ellos estaban convencidos de que serían arrojados inmediatamente a la calle; entre estos poltrones se contaba el elegante e irresistible Zaliojeff.

Debido a este temor instintivo, invadieron el salón en pos de su jefe; pero al ver al general Epantchine entre los invitados de Anastasia Filippovna, el *mendigo*, el atleta y algunos otros, se desconcertaron, comenzando a retroceder hasta que ganaron la sala más próxima a la puerta.

Pocos fueron los que no perdieron su aplomo; entre estos intrépidos estaba Lebedeff, que iba pegado a Rogojine, comprendiendo la importancia de un hombre que posee un millón cuatrocientos mil rublos en dinero contante y sonante y que en aquel momento llevaba cien mil rublos en el bolsillo.

Rogojine, más animoso que sus satélites, penetró resueltamente en el salón; pero en cuanto vió a Anastasia Filippovna, todo lo demás desapareció para él.

Palideció intensamente y se detuvo un instante; era evidente que su corazón debía latir con inusitada violencia.

Tímidamente y con ojos de espanto, contempló a la dueña de casa, y de pronto, como si hubiera perdido la razón, avanzó hacia la mesa. Ciego como estaba, tropezó contra la silla de Ptitzine y manchó con sus sucias botas el ruedo de encaje del vestido de la bella alemana; pero no se dió cuenta de nada y, sin pedir disculpas, continuó avanzando con un paquete que llevaba entre ambas manos y lo depositó sobre la mesa.

Hecho esto, Rogojine dejó caer las manos a lo largo del cuerpo, y esperó, con la cabeza baja, que pronunciasen su sentencia.

Lebedeff se detuvo a tres pasos de la mesa.

Katia y Pacha, las dos criadas de Anastasia, contemplaban la escena llenas de zozobra y medio ocultas tras de los cortinajes del salón.

La dueña de casa miró curiosamente a Rogojine.

—¿Qué es eso? —preguntó indicando con la vista el paquete.

—¡Los cien mil rublos! —respondió el joven, casi con misterio.

—¡Ah! ¡Cumplió su palabra! ¡Qué hombre!... Siéntese, se lo ruego, aquí, en esta silla; luego hablaremos... ¿Quién ha venido con usted? ¿Los mismos de esta mañana? Pues que pasen y se sienten también en este sofá, o en cualquier otro... ¿Pero por qué no entran? ¿Qué les pasa?

Algunos de los satélites de Rogojine, verdaderamente atemorizados, habían emprendido la retirada y esperaban en la sala contigua. Los intrépidos que desde un principio entraron en el salón, tomaron asiento, pero cuidando de hacerlo lo más lejos posible de la mesa y en los más apartados rincones de la pieza.

Rogojine tomó asiento en la silla que le habían indicado; pero en seguida se levantó y ya no se sentó más.

Poco a poco comenzó a fijarse en los visitantes. Al ver a Gania sonrió desdeñosamente y murmuró por lo bajo: "¡Ahí tienes!".

La presencia del general Epantchine y de Totzky no le causó la más ligera impresión; apenas reparó en ellos.

Pero al percibir al príncipe junto a Anastasia, su sorpresa no tuvo límites y, a pesar suyo, no podía apartar sus ojos de Muichkine; aquel encuentro parecíale algo inexplicable.

Momentos había en que se hubiera dicho que era presa de un verdadero delirio producido por la fiebre.

—Señores, ese sucio paquete que ven sobre la mesa, contiene cien mil rublos —comenzó diciendo Anastasia Filippovna, paseando por los concurrentes una mirada retadora, impaciente y febril—. Hace pocas horas que este joven se puso a gritar como un loco que esta misma noche me traería cien mil rublos, y yo le esperaba.

"Como si fuera cualquier cosa vendible, empezó por proponerme dieciocho mil rublos, subió luego a cuarenta mil y, por último, llegó hasta cien mil, que es la suma depositada en esa mesa. Ha cumplido su palabra... ¡Pero qué pálido está!

"Esto ocurrió esta mañana en casa de Gania, adonde fuí para visitar a su madre y a mi futura familia.

"Allí, en la propia casa de Gabriel Ardalionovitch, su hermana me llamó "desvergonzada" y lanzó un salivazo en el rostro de su hermano. ¡Es una muchacha de carácter!

—¡Anastasia Filippovna! —exclamó el general en tono de reproche, pues comenzaba a hacerse cargo de la situación.

—¡Qué pasa, general! Estoy diciendo inconveniencias, ¿no es cierto? He terminado con los disimulos. Durante cinco años he representado a la virtud en mi palco del Teatro Francés; he rechazado a todos los que han solicitado mis favores; me he mostrado, en fin, de una virtud austera e inquebrantable. Pues bien, ¡esto ha terminado! Ya ven a lo que he venido a parar después de tanta virtud y honestidad; ante sus ojos tienen ustedes los cien mil rublos con que Rogojine me compra, y seguramente está tan seguro de ello, que me espera ya el carruaje en la puerta! ¡Rogojine me aprecia en cien mil rublos! Gania, ya veo que aun estás enojado conmigo, pero dime, ¿es que has pensado de veras hacerme ingresar en tu familia? ¡A mí, a la amante de Rogojine! ¿Qué es, sino, lo que ha dicho el príncipe hace un momento?

—¡Yo no he dicho que es usted la amante de Rogojine, porque no lo es ni lo fué nunca! —dijo el príncipe con alterada voz.

Daría Alexievna no pudo contenerse.

—¡Anastasia Filippovna, madrecita, basta ya, querida! —exclamó de pronto—. Si estás cansada, mándalos a todos a paseo. ¿Es posible que por cien mil rublos te vayas con semejante hombre? Verdad es que cien mil rublos no son de despreciar; pues bien, quédate con el dinero, y ponlo a él en la puerta. ¡Ah, si yo estuviera en tu lugar! ¡En un momento limpiaría esto!

—No te alteres, querida mía — repuso Anastasia sonriendo —. En todo lo que he dicho, no había ni el más ligero agravio para nadie. Realmente no puedo comprender cómo he sido tan tonta para querer entrar a formar parte de tan respetable familia. Vi a su madre y le besé la mano. Si en tu casa me mostré insolente y burlona fué, Gania, porque quería saber hasta qué punto eras capaz de llegar. Pues bien, me dejaste sorprendida; yo esperaba mucho de ti, pero no tanto. ¿Hubieras consentido en casarte conmigo sabiendo que el día antes de la boda, por decir así, me habían regalado un collar de perlas que yo acepté? ¿Y de Rogojine, qué me dices? En tu propia casa, delante de ti, de tu madre y de tu hermana, quiso comprarme, y, a pesar de eso, viniste esta noche a pedir mi mano. ¡Y poco faltó para que trajeras también a tu hermana! ¿Tendría razón Rogojine cuando dijo que por tres rublos andarías a gatas por el bulevar Vasilievsky?

—¡Sí, marcharía a gatas! —afirmó Rogojine en voz baja, con acento de profunda convicción.

—Además, no contento con introducir en tu casa a una criatura deshonrada, te casarías con una mujer odiosa para ti, porque tú me detestas, Gania, lo sé muy bien. ¡Ah!, ahora comprendo que un hombre semejante sería capaz de asesinar por dinero. La sed de oro devora actualmente a la humanidad, que parece loca. Pues bien, tú eres un desvergonzado y yo también; pero tú eres más que eso... En cuanto al hombre de las camelias, no quiero decir nada...

—¿Es usted, Anastasia Filippovna quien habla así? — exclamó el general juntando las manos

con aire desolado—. ¿Es posible que una mujer tan delicada, de ideas tan elevadas, se exprese de ese modo? ¡Qué lenguaje! ¡Qué palabras!

La joven lanzó una ruidosa carcajada.

—¡Hoy estoy embriagada, general! ¡Quiero divertirme! ¡Es mi cumpleaños! ¡Mi triunfo, tanto tiempo esperado! Daría Alexievna, ¿ves a ese amante de las flores, el caballero de las camelias, que está ahí sentado riéndose con nosotros?

—No me río, Anastasia Filippovna; me limito a escuchar atentamente — repuso Totzky con dignidad.

—Pues bien, por eso mismo, en vez de devolverme su libertad le he atormentado durante cinco años. ¿Merecía él esto? Ha ocurrido lo que necesariamente tenía que ocurrir... No ignoro que dirá que soy una desagradecida, que hizo mucho por mí, que me dió una esmerada educación, que me mantuvo como una condesa, que le costé mucho dinero, que en provincias quiso casarme con un hombre respetable y que, finalmente, aquí, en la capital, me encontró Gania... Hace cinco años que vivo separada de él y, sin embargo, continué recibiendo su dinero, persuadida de que debía hacerlo así. Pero estaba equivocada... Me dices, Daría Alexievna, que tome los cien mil rublos y plante en la calle a quien me los regala, si es que me repugna ser su amante; es cierto que me repugna... Hace mucho tiempo que hubiera podido casarme, y no precisamente con Gania, pero también me negué. ¿Por qué he pasado cinco años sufriendo tantas amarguras? Créelo o no, es lo cierto que, cuatro años ha, me pregunté muchas veces si me decidiría a casarme con mi Atanasio Ivanovitch. Pero pensaba esto con las peores intenciones del mundo. ¡Qué ideas más extrañas cruzaban entonces por mi mente! Sin embargo, créeme, hubiera llegado a ser su esposa. Lo más raro del caso era que él mismo hacíame proposiciones matrimoniales. Seguramente, no era sincero; pero estaba tan apasionado, que no hubiera vacilado en casarse conmigo, de ser ése mi deseo. Pero, gracias a Dios, pronto reflexioné que no era merecedor de tanto odio; y entonces experimenté tal asco hacia él, que de ningún modo hubiera consentido en ser su esposa. ¡Y durante cinco años he representado el papel de mujer virtuosa! No, es mejor rodar por las calles, pues ése es mi lugar, o irme, para vivir alegremente, con Rogojine, o si no, hacerme lavandera desde mañana mismo, puesto que nada de todo lo que llevo encima me pertenece. Al marcharme dejaré aquí hasta el último trapo, y cuando nada posea, ¿quién va a querer cargar conmigo? Pregunta a Gania si consentiría entonces en ser mi esposo. ¡Ni el mismo Ferdychtchenko se atrevería a hacerlo!...

—Ferdychtchenco quizá no se casaría con usted, Anastasia Filippovna — repuso el bufón—; yo soy un hombre franco. ¡En cambio el príncipe sí lo haría! Fíjese usted en él y deje de lamentarse... Hace rato que le estoy observando.

Anastasia se volvió con curiosidad hacia Muichkine.

—¿Es cierto eso? — le preguntó.

—Sí — contestó él en voz baja.

—¿Me aceptaría usted así, sin poseer nada?

—Sí, Anastasia Filippovna.

—¡He aquí otra anécdota! — exclamó el general, añadiendo—: ¡Sin embargo, era de esperar!

El príncipe fijó una mirada triste, severa y penetrante en la joven, que continuaba examinándole.

—¿Ves? Ya he encontrado otro — dijo de pronto, dirigiéndose a Daría Alexievna—. Y lo dice de corazón, lo conozco. ¡He encontrado un protector! Pero, a decir verdad, me parece que tienen razón los que dicen que... no es un hombre como los demás. ¿De qué viviremos, príncipe, suponiendo que estés lo bastante enamorado para casarte con la amante de Rogojine?

—Casándome con usted, Anastasia Filippovna, haríalo con una mujer honrada y no con la amante de Rogojine.

—¿Soy yo esa mujer honrada?

—Sí.

—Eso sólo existe en las novelas, son antiguas tonterías, querido príncipe; ahora el mundo es más razonable y todo eso es absurdo. Además, ¿por qué piensas en casarte? ¡Necesitas una niñera más bien que una esposa!

El príncipe se levantó y con voz trémula y tímida, pero con la expresión de un hombre profundamente convencido, replicó:

—Yo no sé nada, Anastasia Filippovna, no he visto nada, tiene usted razón; pero me tendría por honrado con su elección, lejos de suponer que era yo el que la honraba tomándola por esposa. Yo no sé más sino que ha sufrido atrozmente y que salió pura de semejante infierno, y eso es mucho para mí. ¿De qué se avergüenza usted entonces y por qué quiere irse con Rogojine? ¡La fiebre la hace delirar! Ha rehusado usted los setenta y cinco mil rublos que le ofrecía Totzky, y ha manifestado su propósito inquebrantable de dejarle todo lo que esta casa encierra... Nadie sino usted sería capaz de hacer otro tanto. Yo..., Anastasia Filippovna..., ¡yo la amo y daría gustoso mi vida por usted! No permitiré a nadie decir una sola palabra de usted... Si somos pobres, trabajaré para los dos, Anastasia Filippovna...

Al oír estas últimas palabras, Ferdychtchenko y Lebedeff lanzaron una carcajada; el propio general no pudo por menos que exteriorizar su mal humor con una risa que parecía un cloqueo.

Los demás se quedaron estupefactos.

—...Pero quizá, en vez de la pobreza, nos espera la fortuna — prosiguió el príncipe con la misma timidez—. Aun no sé nada positivo sobre el particular y es lástima que en todo el día no haya dado con una persona que pueda facilitarme los informes que necesito. El hecho es que, estando en Suiza, recibí una carta de Moscú, firmada por cierto señor Salazkine, según la cual habría heredado una considerable fortuna. Aquí está la carta.

Y esto diciendo, el príncipe sacó una carta del bolsillo.

—¿Estará loco este hombre? — exclamó el general—. ¡Esto es una casa de orates!

Hubo un instante de silencio.

—¿Dice usted, príncipe, que esa carta se la ha enviado Salazkine? — preguntó Ptitzine—. Es un hombre muy conocido y como agente de negocios goza de gran reputación, y si ese aviso procede de él, puede dar por seguro que la herencia es cierta. Afortunadamente conozco la letra de Salazkine, pues estos últimos tiempos estuve en relaciones comerciales con él. ¿Me permite que eche una ojeada sobre ese papel?

El príncipe, con mano temblorosa, alargó la carta sin decir palabra.

—¿Pero cómo? — exclamó el general mirando a todos con aire de estupor—. ¿Es posible que exista esa herencia?

Todas las miradas estaban fijas en Ptitzine mientras éste leía la carta.

Este incidente, sobrevenido después de tantas circunstancias enigmáticas, había excitado extraordinariamente la curiosidad de todos los concurrentes.

XVI

—Se trata de una cosa seria — declaró al fin, Ptitzine, doblando la carta y devolviéndola a su dueño—. En virtud de un testamento en regla, otorgado por una tía suya, debe usted entrar, sin dificultad alguna, en posesión de una cuantiosa herencia.

—¡Eso es imposible! — exclamó el general a pesar suyo.

El asombro se dibujó de nuevo en todos los rostros.

Ptitzine explicó entonces lo siguiente, dirigiéndose en modo especial a Iván Fedorovitch:

—Cinco meses antes, el príncipe había perdido a una tía suya, a la que no había conocido personalmente; la difunta, hermana mayor de la madre del príncipe, era hija de un comerciante de Moscú, Papuchine, el cual, después de haber hecho quiebra, murió en la mayor pobreza. Pero el hermano mayor de Papuchine, muerto también hacía poco tiempo, era un comerciante riquísimo.

"Un año antes habíansele muerto, en el intervalo de un mes, sus dos hijos únicos, y fué tal el dolor que por estas pérdidas experimentó el anciano, que no tardó en seguirlos a la tumba.

"Era viudo y, por lo tanto, toda su fortuna pasó a su sobrina, la tía del príncipe.

"Pero en el momento que la pusieron en posesión de la herencia, esta mujer estaba gravemente enferma de hidropesía; tuvo tiempo, empero, de otorgar testamento en favor de su sobrino y encargó a Salazkine que averiguase el paradero de éste.

"Según parece, ni el príncipe ni el médico con quien vivía Muichkine en Suiza quisieron esperar el aviso oficial, y sin pérdida de tiempo habíase puesto éste en camino.

"No puedo decir más —concluyó Ptitzine dirigiéndose al príncipe—, sino que el hecho es exacto, porque lo afirma Salazkine, y que puede estar tan seguro de esa herencia como si la tuviese ya en su poder. Felicito, pues, a usted, príncipe; recibirá, por parte baja, un millón y medio de rublos. Papuchine era muy rico.

—¡Ah, muy bien! ¡Viva el último de los Muichkine! — gritó Ferdychtchenko.

—¡Viva! — repitió con voz aguardentosa Lebedeff.

—¡Y yo que le he prestado veinticinco rublos como a un pobre diablo! ¡Ja, ja, ja! ¡Es algo extraordinario! — exclamó el general, estupefacto—. Pues bien, le felicito cordialmente.

Y, abandonando su asiento, estrechó al príncipe entre sus brazos.

Los demás se levantaron también, rodeando a Muichkine, para felicitarle calurosamente. Hasta los compañeros de Rogojine que se habían quedado en la sala contigua apresuróse a entrar en el salón. Todos gritaban y gesticulaban pidiendo champaña, reinando por un momento un gran desorden.

En aquellos instantes Anastasia Filippovna quedó olvidada; sus invitados no pensaban que se hallaban ya en su casa.

Poco a poco, empero, comenzaron a recordar que el príncipe le había propuesto casarse con ella y, a consecuencia de este incidente, la escena tomó un aspecto más extravagante.

La joven no se había movido de su sitio; paseaba por los concurrentes extrañas miradas de asombro como si no comprendiera la situación y tratase de explicársela. Luego, de pronto, volvióse hacia el príncipe y, fruncido el ceño, con expresión amenazadora, se puso a examinarlo atentamente; pero fué sólo por un instante; tal vez había cruzado por su mente la idea de que se trataba de una broma, y si así fué, bastóle mirar al príncipe para desengañarse. Quedó un momento pensativa y una sonrisa inconsciente erró en sus labios.

—¿De manera que soy princesa? — murmuró como hablando consigo misma en tono de burla, y mirando de pronto, a Daría Alexievna, estalló en carcajadas—. El desenlace es inesperado... ¡ja, ja, ja! No me lo había figurado así... ¿Pero por qué están ustedes de pie, señores?... Siéntense, se lo ruego, y felicítenme por mi enlace con el príncipe... Me parece haber oído que alguien ha pedido champaña... Ferdychtchenko, vaya a decir que traigan champaña... Katia, Pacha — añadió, viendo a sus dos criadas en la puerta del salón—, vengan acá. ¿Saben que me voy a casar? ¡Y con un príncipe! El príncipe Muichkine, que posee un millón y medio de rublos, me toma por esposa.

—Pues bien, madrecita, que Dios te asista; ya era tiempo, ¡no hay que dejar escapar la ocasión! — exclamó Daría Alexievna, conmovida por tan inesperado suceso.

—Pero siéntate aquí, a mi lado, príncipe — prosiguió Anastasia Filippovna—; así, junto a mí; ¡qué traigan el champaña! ¡Espero sus felicitaciones, señores!

—¡Viva! —gritaron algunas voces.

Rogojine contemplaba la escena como si fuera

lleno a ella, pues parecía no comprender nada, y la sonrisa que se dibujaba en sus labios daba a su rostro una expresión extraña.

—¡Querido príncipe, vuelve en tí! — murmuró el general con aire de espanto y tirándole de la manga.

Anastasia Filippovna observó la maniobra y prorrumpió en carcajadas.

—No, general, ahora soy princesa — dijo —; ya lo ha oído usted, y el príncipe no permitirá que se me insulte. Atanasio Ivanovitch, felicíteme. Ahora podré codearme con su esposa en todos los salones y en todas partes; es una gran ventaja tener semejante marido, ¿qué le parece a usted? Un hombre que posee un millón y medio de rublos, príncipe, y lo que es mejor, idiota, ¿qué más se puede desear? ¡Ahora es cuando comenzará para mí la verdadera vida! Rogojine, has llegado tarde. Llévate tu paquete, pues yo me caso con el príncipe y voy a ser más rica que tú.

Rogojine empezaba, al fin, a comprender. Su rostro reflejó un dolor profundo, y, sin poder contenerse, juntó las manos en ademán desesperado y un hondo gemido salió de su garganta.

—¡Renuncia a tu propósito! — suplicó al príncipe —. Pues yo quiero casarme con ella y le daré todo lo que poseo.

Estas palabras provocaron la hilaridad general.

—¿Oyes, príncipe? — dijo Anastasia Filippovna, volviéndose hacia Muichkine—. Ya ves cómo un *mujik* quiere comprar a tu futura esposa.

—Está borracho — contestó el príncipe —, pero la quiere mucho.

—¿Y más adelante no te avergonzarás de haberte casado con una mujer que ha estado a punto de irse con Rogojine?

—La fiebre le ha trastornado el juicio, Anastasia Filippovna; esta agitación es debida a una especie de delirio...

—¿Y no te avergonzarás cuando te digan que tu mujer fué la amante de Totzky?

—No, porque si ha pertenecido usted a Totzky fué contra su propia voluntad.

—¿No me reprocharás eso algún día?

—No lo haré jamás.

—Pero, ¿será esa promesa para toda la vida?

—Anastasia Filippovna — repuso el príncipe con dulce voz en la que traslucía cierto tono de conmiseración —, hace un momento le dije que me tendría por muy honrado obteniendo su mano, lejos de creer que le dispensaba yo un honor casándome con usted. Estas palabras le hicieron sonreír, y no lo hizo usted solamente, sino que me pareció que los que nos rodeaban lo hacían también. Quizá me he expresado en forma ridícula, y yo soy, sin duda, un hombre ridículo; pero siempre me pareció comprender que sé en qué consiste el honor, y estoy seguro de haber dicho la verdad. Poco ha quería usted perderse irremisiblemente, puesto que jamás se hubiera perdonado semejante locura..., pero usted no es culpable de nada... No es posible que su vida esté perdida para siempre. ¿Qué importa que Rogojine haya venido a esta casa ni que Gabriel Ardalionovitch quisiera engañarla? ¿Por qué insistir sobre esto? Lo que usted ha hecho, vuelvo a repetirlo, muy pocas personas serían capaces de hacerlo; y si por un instante siquiera pudo pensar en irse con Rogojine, es porque estaba bajo la influencia de la fiebre. Y aun ahora está sufriendo, y lo mejor que podría hacer es acostarse. Al día siguiente de vivir con Rogojine, usted lo abandonaría, aun a riesgo, como decía antes, de no tener otra solución que hacerse lavandera. Es usted orgullosa, Anastasia Filippovna, y su mayor desgracia, lo que más le hace sufrir, es el considerarse realmente culpable. Tiene usted necesidad de muchos cuidados, amiga mía, pero yo la cuidaré. En cuanto vi su retrato, me pareció reconocer unos rasgos familiares... Parecíame que me llamaba usted... ¡Yo la amaré siempre, Anastasia Filippovna! — acabó bruscamente el príncipe, poniéndose rojo como la grana.

—Gracias, príncipe — dijo Anastasia —; hasta ahora nadie me había hablado así. Han pensado muchos en comprarme, pero ni uno se ha mostrado dispuesto a casarse conmigo. ¿Ha oído usted, Atanasio Ivanovitch, el lenguaje del príncipe? Tal vez algo inconveniente, ¿verdad?... Rogojine, no te vayas aún... Aunque me parece que no tienes gran prisa en hacerlo... Quizá me vaya contigo todavía. ¿Adónde pensabas llevarme?

—A Ekaterinhoff — respondió desde un rincón Lebedeff.

Rogojine, tembloroso, estupefacto, miraba a Anastasia con los ojos desencajados: no podía creer lo que oía; estaba aturdido como si acabase de recibir un martillazo en la cabeza.

—¿Qué estás diciendo, madrecita? ¿Será cierto que te has vuelto loca? —exclamó Daría.

Anastasia se levantó de un salto.

—¿Pero creíste que hablaba en serio? — replicó riendo—. ¿Pudiste pensar siquiera que yo era capaz de destrozar la vida de ese niño? Ese es trabajo de Atanasio Ivanovitch, que se ocupa en pervertir a menores. ¡Vámonos, Rogojine! ¡Recoge tu paquete! Poco importa que te cases conmigo o no... Pero dame el dinero, que todavía no te dije que te acepto por esposo. ¿Querías guardarte los billetes de banco porque me ofreciste casarte conmigo? ¡Tú te burlas porque soy una desvergonzada! Fuí la querida de Totzky... Príncipe, es a Aglae Epantchine a quien debes dirigirte, y no a Anastasia Filippovna; si te casaras conmigo, hasta el mismo Ferdychtchenko te señalaría con el dedo; y aunque esto no te causara temor, no quiero ser la causa de tu desgracia, ni que más adelante pudieras echarme en cara mi pasado... En cuanto al honor que te dispensaría otorgándote mi mano, Totzky puede contestarte... Gania, te engañaste respecto a Aglae Epantchine, ¿lo sabías? Si no hubieras querido comerciar con ella, quizá hubiera consentido en ser tu esposa. ¡Así sois todos vosotros! Es preciso elegir entre la amistad de las cortesanas y la de las mujeres honradas; frecuentar al mismo tiempo a unas y a otras, trae, a la larga, muchos crueles desengaños... ¡Ved al general cómo está mirando con la boca abierta!...

—¡Qué escándalo, qué escándalo! —repetía el general, encogiéndose de hombros.

Epantchine, como todos los invitados, se había puesto en pie.

Parecía que, realmente, Anastasia, había perdido el juicio.

—¡Es esto posible! — exclamaba el príncipe, retorciéndose las manos.

—Pero, ¿habías tomado en serio todo lo que te dije? Por muy desvergonzada que yo sea, conservo aún mi amor propio. Hace un momento me decías que yo era la perfección misma... ¡Valiente perfección que se arroja al fango por el solo capricho de pisotear un millón y un título de princesa! ¿Qué concepto puedes tener de una mujer que da semejante paso? Atanasio Ivanovitch — añadió, volviéndose hacia éste —, aquí donde me ves, acabo de tirar un millón por la ventana. Ahora quiero divertirme, pues soy una mujer de la calle. ¡He pasado diez años de prisión, pero hoy llegó el día de mi felicidad! ¡Qué esperas, Rogojine, vámonos!

—¡Vámonos! — repitió el joven, a quien la alegría hacía casi delirar —. ¡Pronto, todos, traed vino!...

—Sí, sí, que traigan vino, yo también beberé. Y dime, ¿habrá música en el sitio donde vamos?

—Sí, habrá música... ¡No te acerques! — exclamó el joven, viendo que Daría dirigíase hacia Anastasia —. ¡Es mía, toda mía! ¡Mi reina, mi bien supremo!

Sofocado por la alegría, Rogojine iba de un lado a otro del salón, gritando:

—¡Que nadie se acerque a ella!

Todos sus compañeros habían invadido la pieza; unos bebían, otros reían y gritaban como si se hallasen en sus propias casas.

—¡Que nadie se acerque a ella! — repetía Rogojine.

—¿Por qué gritas tanto? — le dijo Anastasia, riendo —. Todavía soy dueño de mi casa y puedo arrojarte de aquí. Aun no he tomado tu dinero, todavía está sobre la mesa... ¡Dámelo en seguida!

"¿Este paquete contiene cien mil rublos? — prosiguió la joven —. ¡Qué horror! ¿Qué dices, Daría Alexievna? ¿Podía yo acaso hacerle desgraciado? — añadió, señalando al príncipe —. ¡Casarse él! Mejor es buscarle una institutriz... Mira, el general empieza a desempeñarse como tal... ¡Cómo le mima y le cuida! Oye, príncipe, tu futura esposa ha tomado este dinero, porque es una... cualquier cosa. ¡Y tú querías casarte con ella! ¿Por qué lloras? ¿Te causo pena, no? Entonces, haz como yo, ¡ríete! — y mientras decía esto dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas —. Fía en el tiempo; todo esto pasará, y más vale poner remedio ahora... Es mejor que nos digamos francamente adiós. ¿Para qué alimentar quimeras? Yo misma, ¿lo creerás?, las he alimentado soñando con un hombre como tú. Durante cinco años soñé constantemente con lo mismo, mientras vivía en la aldea donde Totzky me tenía recluída... Muchas veces, veía en sueños a un hombre honrado, hermoso y bueno, algo tonto también, que me decía de pronto: "Anastasia Filippovna, tú no eres culpable y yo te adoro". ¡Pero qué horrible despertar! ¡Era como para volverse loca... Mil veces estuve tentada de arrojarme al río, pero otras tantas fuí cobarde, me faltaba el valor, pero, ahora... Rogojine, ¿estás preparado?

—¡Estoy preparado! ¡Que nadie se acerque!

—¡Está preparado! — repitieron varias voces.

Anastasia tomó el paquete de rublos.

—Gania — dijo —, se me ha ocurrido una idea: quiero indemnizarte; ¿por qué lo habías de perder todo? Rogojine, ¿no es cierto que este hombre sería capaz, por tres rublos, de andar a cuatro pies por el bulevar Vasilievsky?

—Sí.

—Pues bien, Gania, quiero contemplar una vez más tu alma hermosa. Durante tres largos meses me has atormentado lo indecible y ahora me toca a mí. ¿Ves este paquete? Contiene cien mil rublos. Lo voy a tirar a la chimenea, al fuego, ahora mismo, en presencia de todos los que están aquí reunidos. En cuanto esté rodeado de llamas, tú lo retirarás de la chimenea, pero sin guantes y con el brazo desnudo. Si logras retirarlo, el paquete será tuyo, el dinero te pertenecerá. Te quemarás un poco los dedos, pero eso no será nada, si piensas que se trata de cien mil rublos. ¡Es cuestión de un momento! Yo admiraré tu grandeza de alma viendo cómo le disputas a las llamas mi dinero. Todos los presentes son testigos de que el paquete será tuyo si logras apoderarte de él. Si tú no lo retiras, el fuego lo consumirá, pues no consentiré que nadie lo toque. ¡Atrás todo el mundo! ¡Apártense! Este dinero me pertenece, pues Rogojine me lo ha dado a cambio de pasar con él esta noche. ¿Es mío este dinero, Rogojine?

—¡Es tuyo, mi alegría, mi reina!

—Pues bien, apártense todos. ¡Ferdychtchenko, aviva el fuego!

—Anastasia Filippovna, no tengo valor para hacer esto — repuso el bufón, estupefacto.

—¡Bah! — replicó la joven, y tomando las tenazas amontonó las brasas que estaban desparramadas; pronto brotaron las llamas y en ellas echó el paquete.

Un clamor de asombro se elevó en el salón.

—¡Está loca! ¡Está loca! —exclamaron al unísono.

Y ávidos de contemplar aquella escena, todos se apiñaron cerca de la chimenea, lanzando exclamaciones de asombro; algunos habíanse subido sobre las sillas para ver mejor por encima de las cabezas.

Daría Alexievna, asustada, corrió a la habitación contigua y susurró algunas palabras al oído de las criadas.

La hermosa alemana desapareció del salón como por encanto.

—*¡Matuchka! ¡Karalevna* todopoderosa! —exclamó Lebedeff, arrojándose a los pies de Anastasia y extendiendo los brazos hacia la chime-

nea—. ¡Cien mil rublos! ¡Cien mil rublos; he visto hacer el paquete con mis propios ojos! *¡Matuchka*, misericordiosa! ¡Mándame que me tire al fuego y lo haré de cabeza! ¡Una mujer enferma, paralítica, trece niños huérfanos, un padre enterrado hace unos días, un hombre que muera de hambre... ¡Anastasia Filippovna, te lo suplico!

E hizo ademán de acercarse al fuego.

—¡Atrás! —vociferó la dueña de casa apartándolo de su lado—. ¡Quieto todo el mundo! Gania, ¿qué haces ahí plantado como un poste? ¿No te da vergüenza? Recoge ese paquete que es tu felicidad...

Pero ya aquel día Gania había sufrido demasiado y no estaba preparado para soportar esta nueva prueba.

Los circunstantes retrocedieron, dejándole solo frente a Anastasia Filippovna, que a tres pasos de distancia le miraba con ojos llameantes. Gania, vestido de frac, enguantado y con el sombrero en la mano, contemplaba en silencio el fuego con los brazos cruzados.

Una rara y casi imperceptible sonrisa se insinuaba en su rostro; no podía, en verdad, apartar sus ojos del paquete que iba a ser pasto de las llamas; mas parecía que algo nuevo produciase en su alma; diríase que se había propuesto sufrir hasta el final aquella tortura y estaba como clavado en su sitio. A los pocos segundos, todos estaban convencidos de que dejaría arder el paquete de dinero.

—¡Mira que el fuego lo va a consumir! —exclamó Anastasia—. ¡Ahora te contiene el amor propio y luego cuando ya sea tarde, harás una barbaridad!

La caída del paquete sobre los tizones pareció que iba a extinguir el fuego; pero una pequeña llama azul salió de uno de los costados corriéndose rápidamente a toda la envoltura del paquete y proyectando un vivísimo resplandor. Un grito se escapó de todos los pechos.

—*¡Matuchka!* —suplicó de nuevo Lebedeff, haciendo ademán de acercarse una vez más a la chimenea; pero Rogojine le apartó con violencia.

El príncipe guardaba silencio y observaba la escena con aire entristecido.

—Que me den solamente mil rublos y saco ese paquete con los dientes —dijo Ferdychtchenko.

—¡Yo también lo haría! —rugió el atleta con acento desesperado—. ¡Vaya si lo haría! ¡El diablo me lleve! ¡Ya está ardiendo!... —añadió aterrorizado, viendo brillar la llama.

—¡Se quema! ¡Se quema! —repitieron a coro los demás, haciendo ademán de acercarse al fuego.

—Gania, déjate de melindres; te lo digo por última vez.

Ferdychtchenko, sin poder contenerse más, acercóse al joven diciéndole al tiempo que le tiraba vivamente de la manga:

—¡Anda, sácalo! ¡Cobarde! ¿No ves que se quema, estúpido?

Gania rechazó con violencia a Ferdychtchenko, y, girando sobre sí mismo, dirigióse a la puerta; pero apenas hubo dado unos pasos, comenzó a vacilar y cayó pesadamente al suelo.

—¡Se ha desmayado! —exclamaron los presentes.

—*¡Matuchka*, se quema! —gimió Lebedeff.

—¡Cien mil rublos perdidos inútilmente! —repetían los demás.

—¡Katia, Pacha, traigan agua y vinagre para Gania! —ordenó Anastasia, y, seguidamente, tomando las tenazas, retiró del fuego el paquete.

Habíase quemado casi toda la envoltura, pero el dinero estaba intacto gracias a la gran cantidad de papel usado para envolverlo.

—¡Sólo se han perdido mil rublos! —dijo Lebedeff, con la misma emoción que si se tratara de la salvación de una persona.

—Toda esta suma le pertenece, es para él, ¿han oído ustedes, señores? —dijo Anastasia en alta voz, colocando el paquete junto a Gania—. No lo ha retirado, ha sabido vencerse a sí mismo, demostrando que en él es más fuerte el amor propio que la codicia... No es nada, pronto volverá en sí... De no haberle ocurrido esto, quién sabe si no me hubiera matado... Miren ustedes, ya se recobra... Estos cien mil rublos pertenecen a Gania, yo se los doy en concepto de indemnización por... no importa el por qué. Ustedes se lo dirán, cuando los encuentre a su lado, al volver en sí. Rogojine, ¡vamos! Adiós, príncipe, tú eres el primer hombre que he encontrado en mi camino... Adiós, Atanasio Ivanovitch; gracias por todo.

Toda la banda de Rogojine preparóse para la partida, en pos de su jefe y de Anastasia Filippovna. Ésta encontró en la sala a sus criadas, que le pusieron el abrigo de pieles; la cocinera abandonó sus quehaceres para despedirse de su ama.

—Me voy al arroyo, Katia, pues ése es mi lugar...

El príncipe salió apresuradamente de la casa, mientras, a la puerta, Rogojine y los suyos se agrupaban en torno de cuatro trineos adornados con profusión de cascabeles, que los aguardaban.

El general logró alcanzar a Muichkine en el descansillo.

—Príncipe, sé razonable, te lo ruego; déjala —le dijo, asiéndole por un brazo—. Ya ves qué clase de mujer es ésa. Te hablo como un padre.

El príncipe le miró, sin proferir palabra, y desprendiéndose de él bajó de cuatro en cuatro las escaleras.

En el momento en que la comitiva se ponía en marcha, observó el general que Muichkine, subiendo en un coche, gritaba al cochero que siguiese a la caravana hasta Ekaterinhoff.

Seguidamente, Iván Fedorovitch, montando en su coche tirado por un caballo tordo, hízose conducir a su casa, llevando consigo el magnífico collar de perlas.

Por el camino, acariciaba nuevas esperanzas, formaba nuevos proyectos para el porvenir, pero sin que pudiera apartar de su mente la imagen seductora de Anastasia Filippovna.

—"¡Es una lástima —se decía—, una verdadera lástima!... ¡Una mujer perdida, una mujer loca!... Afortunadamente, el príncipe puede vivir muy bien sin ella... En fin, más vale que todo haya acabado así."

Atanasio Ivanovitch, que marchaba al lado de Ptitzine conversando sobre los extraordinarios sucesos, lanzó un profundo suspiro y dijo estas palabras:

—¡Esa mujer le hace perder la cabeza a cualquiera!

XVII

Dos días después, el príncipe se trasladaba a Moscú para entrar en posesión de su inesperada herencia.

Díjose que eran otras las causas que precipitaron su partida; pero los informes que tenemos sobre este punto son muy incompletos, así como los referentes al género de vida que el príncipe llevó en Moscú durante los seis meses que estuvo ausente de San Petersburgo.

Los que, por una u otra razón, no podían ser indiferentes a su suerte, estuvieron mucho tiempo sin saber noticias suyas.

Naturalmente, en ninguna parte se interesaban tanto por el príncipe como en casa de Epantchine, aunque se había ausentado sin despedirse de aquella familia.

En honor a la verdad, debemos consignar que el general le había visto dos o tres veces después de los sucesos de que hemos hablado en el capítulo precedente, y habían tenido largas conferencias. Pero Iván Fedorovitch mantuvo a su familia ignorante de tales secretas entrevistas.

Al principio, es decir, durante el primer mes de ausencia de Muichkine, habíase convenido, en casa del general, que no se hablaría de él. Isabel Prokofievna, fué, empero, la primera en quebrantar esta regla, diciendo que "se había engañado cruelmente al juzgar al príncipe".

Dos o tres días después añadió, pero esta vez en términos generales, sin mencionar a nadie, que "la particularidad más característica de su vida era la de engañarse siempre que juzgaba a las personas".

Por último, algunos días más tarde, tras una violenta escena que tuvo con sus hijas, pronunció estas palabras: "¡Hemos cometido ya bastante errores; en lo sucesivo será otra cosa!"

Aquí es preciso consignar que, desde hacía algún tiempo, no era paz precisamente lo que reinaba en la familia Epantchine.

Las relaciones entre unos y otros habíase enfriado de modo tal, que apenas se cambiaban las palabras absolutamente necesarias. Todos estaban ceñudos y taciturnos.

Si en la casa hubiese habido algún observador, sólo a una conclusión hubiera llegado: que el príncipe había dejado una impresión muy honda en la mente de los Epantchine, a pesar de no haberle visto más que en una oportunidad.

Tal vez esto podía explicarse simplemente por la curiosidad que hubiera despertado en ellas ciertas aventuras del príncipe. Sea como fuere, la impresión subsistía.

Poco a poco, comenzaron a circular por la capital rumores que fueron haciéndose confusos e incoherentes.

Se decía que un príncipe, idiota (nadie podía decir con exactitud cómo se llamaba), que había heredado inesperadamente una enorme fortuna, habíase casado con una célebre bailarina parisiense que residía en San Petersburgo.

Otros afirmaban que el heredero había sido un general y que el marido de la bailarina era un comerciante ruso.

Pronto, empero, dejaron de ocuparse en estos asuntos y cesaron las hablillas ante la imposibilidad de poner algo en claro.

Por ejemplo, los amigotes de Rogojine, algunos de los cuales hubieran podido facilitar datos precisos, habían seguido a su jefe a Moscú, después de haberse divertido durante ocho días en el Waux-Hall de Ekaterinhoff.

Anastasia Filippovna había asistido a esta orgía monstruosa, y por informes particulares se supo que había desaparecido al día siguiente.

Se supuso que habíase refugiado en Moscú, y esta creencia parecía confirmarla la partida de Rogojine a aquella ciudad.

Respecto a Gabriel Ardalionovitch Ivolguine se propalaron también no pocas especies en las esferas en que era conocido.

Pero una circunstancia imprevista hizo callar bien pronto a las malas lenguas: Gania cayó gravemente enfermo y no se le volvió a ver ni en la sociedad ni en su oficina.

Su enfermedad duró un mes. Al recobrar la salud, presentó la dimisión de su empleo, y la Compañía de que era secretario vióse obligada a poner otro en su lugar.

Por el despacho del general Epantchine tampoco se dejó ver, y aquél también le reemplazó de inmediato.

Los enemigos de Gania hubieran podido suponer que no se atrevía a presentarse en ninguna parte a causa de lo avergonzado que estaba por las humillaciones que había sufrido.

La enfermedad, que a juicio de muchos, fué fingida, habíale vuelto taciturno, hipocondríaco, irascible.

Aquel mismo invierno, Bárbara Ardalionovna contrajo matrimonio con Ptitzine. Los que conocían bien a la familia Ivolguine, atribuyeron aquel precipitado casamiento al hecho de que Gania no podía subvenir a las necesidades de la casa; antes al contrario, habíase convertido en una carga para ella.

Entre los Epantchine no se hablaba jamás del joven, como si para ellos no hubiese existido nunca.

Sin embargo, todos habían sabido —pues la noticia llegó antes que a ninguna parte— un hecho muy curioso: después de su desagradable aventura en casa de Anastasia Filippovna, Gania, de vuelta en su domicilio, no se acostó en

seguida, sino que con afiebrada impaciencia esperó el regreso del príncipe.

Este, que había ido a Ekaterinhoff, no volvió hasta las siete de la mañana.

Gania entró de inmediato en el cuarto de Muichkine, y depositando sobre la mesa el dinero que Anastasia dejó a su lado mientras estaba desmayado, le rogó que lo devolviese a la joven en la primera ocasión que tuviese.

Cuando entró en la habitación, Gania iba animado de sentimientos hostiles y casi desesperados, pero estas disposiciones se modificaron en cuanto hubo cambiado algunas palabras con el príncipe, en cuya compañía pasó dos horas, sollozando siempre, y al separarse lo hicieron como amigos.

Este hecho, del que toda la familia del general tuvo conocimiento, era rigurosamente exacto.

Había transcurrido un mes desde la partida del príncipe, cuando la generala recibió una carta de la anciana princesa Bielokonsky, que hacía quince días hallábase en Moscú, adonde había ido para abrazar a su hija mayor, que residía allí con su marido.

Isabel Prokofievna guardó para sí lo que su amiga le comunicaba; pero, por ciertos indicios, veíase que aquella carta le había causado muy viva impresión.

De pronto rompió el silencio que guardaba con sus hijas, hablándoles de cosas que no venían a cuento; era evidente que quería explicarse y no se atrevía a hacerlo.

El día que recibió la carta, colmó de caricias a sus hijas, abrazó a Aglae y a Adelaida y, por último, les hizo una especie de confesión de la que, sin embargo, no comprendieron nada ni una ni otra.

Llegó la generala en su entusiasmo, a ponerle buena cara a su marido, a quien desde hacía un mes trataba con gran rigor.

A fin de semana llegó otra carta de la princesa Bielokonsky, y esta vez Isabel Prokofievna decidióse a hablar, y dijo gravemente que la "vieja Bielokonsky" (no llamaba de otro modo a la princesa) le daba buenas noticias de aquel..., de aquel ente *original*..., del príncipe, en fin.

La "vieja" le había buscado en Moscú y obtenido muy buenos informes a su respecto; finalmente, el príncipe acabó por visitarla y le causó tan buena impresión, que le invitó a ir todos los días de una a dos a su casa, y la "vieja" no se había cansado aún de sus visitas.

Añadió la generala que la princesa había presentado a Muichkine a dos o tres familias de la buena sociedad.

—Me alegro —terminó diciendo— de que no viva como un lobo y no sea tan tímido como un idiota.

Las señoritas de Epantchine sospechaban que su madre les ocultaba la mayor parte del contenido de aquella carta, tal vez porque estaban mejor informadas que ella por medio de Bárbara Ardalionovna, que, a su vez, recibía las noticias de su marido.

Ptitzine, en efecto, por sus ocupaciones, era el más indicado para saber de las andanzas del príncipe.

Esto fué un motivo de rencor por parte de Isabel Prokofievna contra Varia. De todos modos, ya estaba roto el hielo y se podía hablar de Muichkine. Por otra parte, esta circunstancia revelaba una vez más el vivísimo interés que el príncipe había despertado en todos los individuos de la familia Epantchine.

La generala quedó sorprendida de la impresión que habían producido en sus hijas las noticias recibidas de Moscú.

En cuanto al general, también hizo sus comentarios, y éstos giraron alrededor de lo "positivo".

Sintiendo gran interés por los asuntos del príncipe, había hecho que le vigilasen, y especialmente a Salazkine, su agente de negocios; encargó de esta misión a dos señores de Moscú, que merecían toda su confianza.

Todo lo que se había dicho de la herencia era exacto, en el fondo, aunque la voz pública había exagerado bastante.

Los asuntos de Papuchine estaban muy embrollados; habíase comprobado que, al morir, dejó algunas deudas y que eran varios los que se disputaban la herencia. Por añadidura, el príncipe, sordo a los consejos y observaciones, había procedido como una persona sin ninguna noción de lo que era la vida.

Realmente, el general deseaba de todo corazón que el príncipe tuviese el más franco éxito, y se complacía en manifestarlo así, ahora que el "hielo estaba roto", pues si bien "aquel jovenzuelo" era bastante original, merecía que la fortuna le sonriese.

Pero en aquella ocasión, Muichkine había cometido torpeza sobre torpeza. Muchos acreedores del difunto comerciante sostenían sus reclamaciones con documentos dudosos y sin valor legal alguno; otros, sabiendo que se las habían con un hombre demasiado bueno, no se tomaban la molestia de presentar las pruebas que justificasen sus pretensiones. Pues bien, a pesar de que le decían sus amigos que todos aquellos documentos eran nulos, y que no les asistía ningún derecho, el príncipe habíase obstinado en pagar a casi todos los acreedores, únicamente porque le parecía que algunos habían sufrido a causa de sus créditos.

La generala apoyó las afirmaciones de su marido, diciendo que la "vieja Bielokonsky" habíale escrito en el mismo sentido, llamándole "tonto, tontísimo". La imbecilidad es un mal incurable —añadió Isabel Prokofievna, pero la expresión de su rostro delataba la viva satisfacción que sentía por el proceder de aquel "imbécil".

Al final de cuentas, el general hubo de percatarse de que su esposa se interesaba por el príncipe como si se tratase de un hijo y observó al mismo tiempo que se mostraba más amable que nunca con Aglae, por lo cual creyó oportuno mantener su actitud de "hombre positivo", por lo menos durante algún tiempo.

Pero aquella bella disposición de espíritu no duró mucho tiempo.

Dos semanas después, el general recibía una noticia sorprendente: Anastasia Filippovna, que al fin había aparecido en Moscú, se había vuelto a eclipsar, sin duda, en provincias; y con la desaparición de la joven había coincidido la del príncipe Muichkine, que abandonando bruscamente a Moscú, dejó todos sus asuntos en manos de Salazkine.

"¿Se han marchado juntos o ha ido el príncipe a reunirse con ella? —preguntábase el general—. Esto no me lo dicen, pero, seguramente, aquí hay algo raro".

Estas noticias coincidían completamente con las que había recibido Isabel Prokofievna.

Al cabo de dos meses de su partida, nadie hablaba ya del príncipe en San Petersburgo, y en casa de Epantchine se había vuelto "a romper el hielo".

Las señoritas, sin embargo, continuaban muy bien informadas, gracias a los buenos oficios de Bárbara Ardalionovna.

Durante el invierno, la familia Epantchine había decidido pasar el próximo verano en el extranjero. Esta resolución la tomaron exclusivamente la generala y sus hijas; el general pretextó que no podía perder tiempo en "vanas distracciones".

Pero hubo de ceder a los ruegos de sus hijas, las cuales estaban persuadidas de que sus padres no querían llevarlas al extranjero, porque se les había metido en la cabeza encontrarles marido a toda costa.

Digamos de paso que no se había vuelto a hablar del casamiento de Totzky con Alejandra; las negociaciones que nuestros lectores conocen habíanse llevado a cabo sin que mediase ningún compromiso formal por parte de Atanasio Ivanovitch.

El fracaso de aquella proyectada unión llenó de júbilo a Isabel Prokofievna; en cambio, el general tardó mucho tiempo en consolarse.

Poco después supo Iván Fedorovitch que una francesa perteneciente a la alta sociedad, una marquesa legitimista, había conquistado a Totzky, y que éste, en breve, iba a contraer matrimonio con la bella extranjera, con la que visitaría a París para establecerse luego en Bretaña.

—¡Es hombre al agua! —dijo por todo comentario Iván Fedorovitch.

Mientras las señoras Epantchine hacían los preparativos para pasar el verano en el extranjero, sobrevino un suceso que cambió por completo la faz de las cosas, con gran satisfacción de los padres, y el viaje quedó aplazado.

Llegó a San Petersburgo, procedente de Moscú, un cierto príncipe Chtch, que gozaba de envidiable reputación.

Era uno de esos honrados y modernos amantes del progreso, que desean sinceramente hacerse útiles a sus semejantes, trabajan con fe y se distinguen por una facultad preciosa: la de encontrar siempre algo que hacer.

De treinta años de edad, hombre de gran mundo, añadía a sus notables dotes naturales una fortuna "seria e indiscutible", como decía el general, el cual, habiendo conocido al príncipe en casa del conde, su superior jerárquico, había entablado relaciones con él.

Era muy agradable para el príncipe Chtch estrechar lazos de amistad con "hombres de negocios" rusos.

De aquí nació su conocimiento con la familia Epantchine.

Adelaida Ivanovna le causó una impresión agradabilísima y, al final del invierno, pidió su mano.

El pretendiente no desagradó a Adelaida ni a su madre, y en cuanto al general, no cabía en sí de gozo.

Naturalmente quedó diferido el viaje y convínose en celebrar la boda en la próxima primavera.

Por otra parte, Isabel Prokofievna hubiera podido partir, con sus otras dos hijas, a mediados o fines del verano.

Entretanto, el príncipe Chtch presentó a la familia Epantchine un lejano pariente, llamado Eugenio Pavlovitch..., al cual le unían, además, íntimas relaciones de amistad.

Era un joven de veintiocho años, ayudante del zar, apuesto, elegante, instruído, de noble cuna e inmensamente rico.

Respecto a esto último, el general estaba siempre en guardia.

"En efecto —se decía—, parece que es hombre de fortuna, pero conviene asegurarse".

La "vieja Bielokonsky" había escrito desde Moscú, recomendando en los términos más calurosos al joven ayudante de campo, como "persona de gran porvenir". Sin embargo, Eugenio Pavlovitch habíase creado una celebridad algo escabrosa: la voz pública le atribuía una larga serie de aventuras galantes. En cuanto vió a Aglae, empezó a frecuentar con gran asiduidad la casa de los Epantchine.

En realidad, nada se había dicho, aparte de algunas ligeras alusiones; sin embargo, los esposos Epantchine consideraron indispensable olvidarse por el momento del viaje al extranjero, a lo menos por aquel verano.

Aglae quizá no era del mismo parecer.

Esto sucedía poco tiempo antes de la reaparición en escena de nuestro protagonista.

A juzgar por las apariencias, en San Petersburgo nadie se acordaba ya del pobre príncipe Muichkine, y si en aquellos momentos hubiese reaparecido, hubiéranlo tomado por un hombre caído del cielo.

Pero, para dar por terminado este resumen, debemos consignar un hecho de bastante interés en esta historia.

Después de la partida del príncipe, Kolia Ivolguine había continuado, al principio, haciendo la vida de ordinario, es decir, iba al colegio, visitaba a su amigo Hipólito, mantenía la vigilancia de su padre, y todo ello sin des-

cuidar la ayuda que siempre le prestó a Varia en los quehaceres de la casa.

Pero los huéspedes no tardaron en eclipsarse; tres días después de los sucesos ocurridos en casa de Anastasia Filippovna, Ferdychtchenko desapareció, y no se volvió a saber de él.

Más tarde, cuando Varia se casó, Nina Alejandrovna y Gania se fueron a vivir con ella en la casa que Ptitzine poseía en Ismailovky-Polk.

Por lo que respecta al general Ivolguine, habíale ocurrido, casi al mismo tiempo, un percance desagradable e inesperado: su amiga, la señora Terentieff, a la que en diferentes épocas había suscrito dos mil rublos en pagarés, le hizo encarcelar por deudas.

Esta manera de proceder de su amiga causó profunda sorpresa al pobre Ardalión Alejandrovitch, "decididamente víctima de su ilimitada confianza en el corazón humano".

Ptitzine y Varia decían que la cárcel era su verdadero sitio, y Gania era del mismo parecer. Unicamente la pobre Nina Alejandrovna lloraba en secreto (cosa que sorprendía a los que la rodeaban) e iba a visitarle cuantas veces le era posible.

Después del "percance al general", como decía Kolia, o, mejor dicho, después del casamiento de su hermana, el joven se emancipó por completo; sus parientes apenas le veían por el día y eran muchas las noches que no dormía en su casa.

Según decía, habíase hecho de muchas amistades y, aparte de eso, visitaba con mucha frecuencia, acompañando a su madre, la cárcel de los presos por deudas.

En su casa se abstenían de preguntarle.

Tres meses después de la partida del príncipe, supo la familia Ivolguine, con la sorpresa que es de suponer, que Kolia había hecho conocimiento con los Epantchine y que era muy bien recibido por las señoritas.

Varia fué la primera en enterarse. Kolia no se atrevió a pedir a su hermana que lo presentase, y lo hizo por sí mismo.

Poco a poco, los Epantchine fueron tomándole afecto al muchacho; la generala le acogió al principio, con gran frialdad, pero en seguida agradóle, porque "era franco y no la adulaba".

Nadie más merecedor que Kolia de ser tenido en tan honroso concepto: el muchacho había sabido colocarse frente a sus nuevos amigos en una posición de igualdad e independencia completas; y si alguna vez leía a la generala libros o periódicos, era porque le gustaba ser útil en algo.

Sin embargo, poco faltó para que la generala le retirase su amistad. En el curso de una viva disputa sobre "cuestiones de mujeres", Kolia tuvo el atrevimiento de decir a Isabel Prokofievna que era una déspota y que jamás volvería a pisar su casa.

Y, por inverosímil que esto parezca, al día siguiente envióle la generala una cartita, por medio de un criado, rogándole que volviese. Kolia no se hizo el caprichoso y obedeció.

Aglae era la única persona de quien no pudo ganarse las simpatías, y siempre que le hablaba, hacíalo con autoridad. Sin embargo, estaba escrito que también había de vencer a la orgullosa joven.

Cierto día, Kolia aprovechó un momento en que los dejaron solos y le presentó una carta, diciéndole que tenía orden de entregarla en sus propias manos.

Aglae miró con expresión amenazadora al "presunto pilluelo", pero éste se retiró en seguida.

La joven abrió la carta y leyó lo siguiente:

En cierta ocasión me honró usted con su confianza. Ahora, quizá me haya olvidado por completo. ¿Por qué le escribo? No lo sé; pero no puedo resistir al deseo de hacerme presente a ustedes, y a usted especialmente. Muchas veces he tenido gran necesidad de tenerlas a mi lado, pero de las tres, sólo a usted veía. Me es necesario, indispensable. Por lo que a mí se refiere, nada que valga la pena tengo que contarle. Lo único que deseo de todo corazón es su felicidad. ¿Es usted feliz? Esto sólo es lo que quisiera saber su hermano

EL PRÍNCIPE L. MUICHKINE.

Después de haber leído estas disparatadas líneas, Aglae sonrojóse repentinamente y se quedó pensativa.

Hubiera sido imposible seguir el curso de sus pensamientos.

La primera pregunta que se dirigió a sí misma fué la siguiente:

"¿Debo enseñar esta carta?"

Sentíase como avergonzada de haberla leído. Finalmente, sonriendo de una manera extraña, arrojó la carta en el cajón de su mesa.

A la mañana siguiente volvió a leerla y la colocó dentro de un libro, como solía hacer con las cartas que deseaba tener a mano.

"¿Es posible —se dijo— que el príncipe haya elegido como confidente a ese pilluelo audaz? Y en todo caso, ¿será el único corresponsal con que cuente aquí?"

Y, si bien con cierto aire desdeñoso, no pudo menos que interrogar a Kolia al respecto.

Este, susceptible siempre, en aquella ocasión fingió no haber notado el desprecio de Aglae, y con tono breve y seco dijo que, en todo y para todo, había ofrecido sus servicios al príncipe, entregándole su dirección en el momento de partir y que ésa era la primera comisión y la primera carta que había recibido de Muichkine.

Y para afirmar la verdad de lo que decía, sacó del bolsillo una carta dirigida a él, y la presentó a Aglae.

Aglae no titubeó en leerla. He aquí lo que el príncipe le decía a Kolia.

Querido Kolia: Hazme el favor de entregar la carta que va incluida a Aglae Ivanovna.
Te desea felicidad, tu afectísimo:

EL PRÍNCIPE L. MUICHKINE.

—Sin embargo, es ridículo servirse de semejante granuja —dijo Aglae en tono injurioso, devolviendo a Kolia la carta; y, hecha esta hiriente observación, le volvió la espalda.

Kolia no pudo soportar este desdén, y se retiró de la casa cruelmente mortificado.

XVIII

Era a principios de junio y se gozaba en San Petersburgo de una temperatura excepcionalmente suave.

Los Epantchine poseían en Pavlovsk una espléndida quinta. Isabel Prokofievna sintió de repente vivos deseos de ir a pasar allí una temporada, junto con toda la familia; y, en efecto, dos días después se trasladaban al campo.

A los tres días de su partida, llegaba de Moscú el príncipe León Nikolaievitch Muichkine. Nadie le esperaba; sin embargo, al bajar del tren, el príncipe distinguió entre la muchedumbre de viajeros dos ojos llameantes que le miraban fijamente, causándole viva impresión. Trató de recordar a quién pertenecían aquellos ojos, pero fué en vano.

A pesar de la rapidez de aquella visión, quedó desagradablemente impresionado.

Por otra parte, el príncipe estaba ya triste y pensativo; era evidente que algo le preocupaba.

Su cochero le condujo a una fonda de ínfima categoría situada en las cercanías de Liteinaia. Muichkine alquiló dos pequeñas habitaciones oscuras y mal amuebladas; se lavó, mudóse de ropa y salió a la calle.

Si alguno de los que le habían conocido seis meses antes, o, mejor dicho, el día que llegó a San Petersburgo, hubiérale visto en aquel momento, notaría al punto que se había verificado en él un cambio muy notable que le favorecía en extremo.

Sin embargo, no hubiese tenido razón para asombrarse.

La indumentaria del príncipe había sufrido, ciertamente, una completa transformación; iba vestido por uno de los mejores sastres de Moscú; pero al defecto de seguir la moda demasiado rigurosamente uníase el hecho de que semejante atavío lo llevaba un hombre que no tenía nada de lechuguino; por lo tanto, un observador propenso a la burla hubiera encontrado en él motivo de risa.

El príncipe se hizo conducir a las Arenas. En una de las calles de la Natividad encontró bien pronto la casa que buscaba.

Era una casita de madera, de atrayente aspecto, lo cual extrañó sobremanera al príncipe; rodeaba al edificio un lindo jardín muy bien cultivado y lleno de flores. Las ventanas que daban a la calle estaban abiertas y dejaban llegar afuera un incesante rumor de ruidosas expresiones, casi estridentes, como si alguien leyese en alta voz o pronunciase un discurso. Ruidosas carcajadas interrumpían de vez en cuando al que hablaba.

El príncipe atravesó el patio y subió la escalinata; una cocinera con las mangas remangadas hasta el codo le abrió la puerta. El visitante le preguntó por el señor Lebedeff.

—Ahí está —contestó la interpelada, señalando con el dedo el *salón*.

Cuando el príncipe entró, el señor Lebedeff, de pie en medio de la estancia, estaba de espaldas a la puerta.

A causa del calor, iba en mangas de camisa; peroraba dándose golpes en el pecho.

Sus oyentes eran un muchacho de unos quince años, de aspecto alegre y avispado, que tenía un libro entre las manos; una joven de veinte años, vestida de negro, con un niño de pecho en brazos; una niña de trece años, vestida también de negro, que reía a carcajadas, y, por último, un joven de unos veinte años, no mal parecido, que estaba tendido en el sofá.

Este último tenía largos y espesos cabellos oscuros, grandes ojos negros, y patillas y barba.

Seguramente interrumpía a menudo al orador para contradecirle, y ésta era en apariencia la causa de la hilaridad de los oyentes.

—Lukian Timofeitch, ¡eh, Lukian Timofeitch! ¡Qué barbaridad! ¡Mire hacia aquí, hombre de Dios!... —bramó la cocinera, retirándose roja de ira.

Lebedeff volvió la cabeza y, al ver al príncipe, quedóse un instante como petrificado; luego avanzó hacia él, pero, antes de que se le acercara, el estupor le dejó clavado en su sitio.

—¡Ex-ce-len-tí-simo príncipe!... —exclamó gritando casi a su pesar.

Y de pronto, como si aun no hubiese recobrado su presencia de ánimo, se precipitó hacia la joven que llevaba el niño en brazos; el movimiento fué tan rápido y brusco, que ella retrocedió unos pasos; pero Lebedeff cambió en seguida de dirección para correr hacia la muchacha de trece años, la cual, de pie, apoyada en la puerta del aposento, parecía hacer grandes esfuerzos para contener la risa. La chiquilla lanzó un grito y fué a refugiarse en la cocina. Lebedeff golpeó el suelo con el pie, y observando que el príncipe le miraba con aire atónito, murmuró a manera de explicación:

—Es por el respeto..., ¿comprende?...

—Hace usted mal... —comenzó a decir el príncipe.

—¡Al momento, al momento, como un rayo!... —interrumpió Lebedeff, y salió del aposento como una exhalación.

El príncipe miró con estupor a los circunstantes, los cuales se reían a carcajadas.

Muichkine no pudo menos que hacerles coro.

—Ha ido a terminar de vestirse —dijo, al fin, el muchacho.

—¡Cómo he venido a molestar! Yo creía que...; díganme, él...

—¿Cree usted que está ebrio? —preguntó el joven del sofá—. Pues se engaña; cierto que ha tomado tres o cuatro copitas, o quizá cinco, pero, ¿qué es eso para él? No se ha excedido del reglamento el

El príncipe iba a replicar, pero la joven se lo impidió con un gesto, para decir:

—Por las mañanas bebe muy poco; por lo tanto, si viene usted para hablarle de negocios, aproveche la ocasión, pues a la tarde ya está completamente borracho y se pasa las noches llorando y leyendo la Biblia, porque sólo hace cinco semanas que falleció nuestra madre.

—Ahora ha salido corriendo, porque con toda seguridad no sabe qué decirle —observó el personaje que estaba tumbado en el sofá.

Lebedeff volvió vestido de luto.

—Sólo hace cinco semanas, nada más, que cinco semanas! —repetía sollozando al tiempo que se pasaba un pañuelo por los ojos—. ¡Huérfanos!...

—¿Pero por qué se ha puesto ese traje tan estropeado? Ahí detrás de la puerta, tiene usted el nuevo, ¿no lo ha visto?

—¡Silencio, entrometida! —rugió Lebedeff—; ¡te voy a hacer polvo, sabandija! —añadió dando una patada en el suelo.

Pero esta vez, la joven lanzó una carcajada en respuesta a la cólera paterna.

—¿Pretende usted asustarme? ¡Bah!; yo no soy Tania y no echaré a correr como ella. Además, con tanto gritar, no va a conseguir otra cosa que despertar a Lubotchka y que le repitan las convulsiones.

—¡Bueno, bueno, se acabó! —dijo el dueño de casa, y, presa de repentina inquietud, acercóse a la criatura que su hija tenía en brazos y la bendijo repetidas veces con aire de espanto—. ¡Señor, presérvala de todo mal! —añadió con cara compungida—. Esta criatura de pecho es mi hija Luboff —prosiguió, dirigiéndose al príncipe—, nacida de mi legítima esposa Elena, fallecida de resultas del alumbramiento... Esa que parece un pájaro asustado es mi hija Viera; y éste... éste...

—¿Por qué te interrumpes? —exclamó el joven del sofá—; vamos, vamos, habla sin reparos.

—Alteza —prosiguió con arranque impetuoso Lebedeff—, ¿ha leído usted en los diarios el asesinato de la familia Jeramine? Pues bien, ¡fué él y no otro!...

—¿Qué es lo que está usted diciendo? —replicó asombrado el visitante.

—Hablo en sentido figurado; es el futuro asesino de la segunda familia Jeramine, si él la llega a encontrar... Ya está ensayando...

Una carcajada general acogió estas palabras.

El príncipe sospechó que Lebedeff le hablaba, en efecto, de cosas que estaban por completo fuera de lugar, porque presentía que le iba a hacer preguntas embarazosas y trataba de ganar tiempo.

—¡Es un faccioso, un conspirador! —vociferó Lebedeff, que parecía fuera de sí—; lo que oye, Alteza; y a este deslenguado, a este libertino, a semejante monstruo, tengo que llamarle sobrino mío, porque es hijo único de mi difunta hermana Anisia.

—¡Te callarás, borracho! —exclamó el joven—. He aquí, príncipe, de lo que se trata. Yo soy, como ha dicho mi tío, sin mentir, quizá por primera vez en su vida, su sobrino. No he terminado mis estudios universitarios, pero estoy resuelto a acabarlos y lo haré, porque soy un hombre de carácter. Entretanto, para proveer a mi sustento, he conseguido un empleo en el ferrocarril, retribuído con veinticinco rublos mensuales. No negaré que mi tío me ha ayudado en dos o tres ocasiones. Ahora bien, poseía yo veinte rublos y... los perdí en el juego. ¿Creerá, príncipe, que he cometido la necedad, la vileza de jugarme ese dinero?

—El que te ganó es un bribón a quien no debiste pagar —replicó Lebedeff.

—Ciertamente, es un bribón, pero eso, a mi modo de ver, no es motivo para no pagar una deuda, y, por lo tanto, le pagué —replicó el joven—. Ahora bien, para entrar en posesión del empleo de que le he hablado hace un momento, es indispensable que me asee un poco, pues ando vestido como un vagabundo; mire mis zapatos..., no es posible presentarse así en una oficina; pero es el caso que si transcurre el plazo señalado sin que me posesione de mi empleo, se lo darán a otro y me quedaré en la calle. En consecuencia, solamente le pido a mi tío la irrisoria suma de quince rublos, empeñando mi palabra de honor de que no volveré a molestarle en lo sucesivo y obligándome a restituirle en el término de tres meses el importe total de mi deuda. ¡Puede estar seguro de que cumpliré mi palabra! Mi sueldo, en esos tres meses, sumará setenta y cinco rublos; añadiendo el dinero que ahora le pido a lo que le debo de antes, formará un total de treinta y cinco rublos; por lo tanto, tendré de sobra con qué pagarle. Es más, le permito que me cobre los intereses que desee. ¿Es que no me conoce, por ventura? Pregúntele, príncipe, si he dejado jamás de devolverle los préstamos que me ha hecho en otras ocasiones. ¿Por qué, pues, se obstina ahora en negarme su ayuda? Todo su enojo es porque le he pagado al ex oficial ese; no puede alegar otro motivo. ¡Ahí tiene, príncipe, cómo es mi tío; lo mismo que el perro del hortelano; ni come ni deja comer!

—¡Y no se va! —vociferó Lebedeff—; ¡se ha instalado aquí y aquí se queda!

—Te he repetido hasta el cansancio que no me moveré de aquí hasta que no me hayas dado lo que te pido... ¿Por qué se sonríe usted, príncipe? Parece desaprobar mis palabras...

—No me sonrío —repuso Muichkine con cierta mueca de repugnancia—, pero, en efecto, me parece que está usted algo fuera de razón al obrar así.

—Vamos, hablemos francamente; diga sin rodeos que no tengo ninguna razón. ¿Por qué ese *algo?*

—Si usted quiere, le diré que no tiene ninguna razón.

—¡Si yo quiero! ¡Me place la ocurrencia! ¿Cree usted, acaso, que no me hago cargo de mi reprensible manera de proceder, y que pareciera que estoy haciendo a mi tío víctima de una extorsión? Príncipe, usted no conoce la vida... por eso habla así; pero sepa que a los tipos como mi tío, hay que darles una buena lección, para que aprendan... Mis intenciones son perfectamente honradas; en conciencia, le aseguro que conmigo no perderá un solo copec. Además, ha obtenido una gran satisfacción moral, al tener que rebajarme ante él. ¿Qué más puede desear? ¿Cómo puede llamarse bueno un hombre que es incapaz de hacer un favor? ¡Vea usted, príncipe, su manera de proceder! ¡Pregúntele a él mismo a cuánta gente ha engañado, y de qué medios se ha valido para conseguir lo que posee! Me apostaría la cabeza sin ningún miedo de perderla a que, si todavía no le ha engañado a usted, está pensando en este momento cómo hacerlo. ¿Sonríe de nuevo? ¿No cree?...

—Lo que yo creo es que todo eso no tiene nada que ver con el asunto que aquí se ventila —replicó el príncipe.

—Llevo ya tres días viviendo en esta casa —contestó el joven desentendiéndose de la observación—, ¡y cuántas cosas he descubierto en tan poco tiempo! Imagínese usted que sospecha de ese ángel, de esa pobre muchacha huérfana, prima hermana mía e hija suya, y todas las noches, antes de irse a dormir, entra en su habitación para asegurarse de que no esconde algún amante... Además, viene a menudo a este aposento y lo registra cuidadosamente, hasta debajo del sofá que desde hace tres noches me sirve de lecho. La desconfianza le trastorna el juicio; no ve más que ladrones por todas partes. Se pasa toda la noche en vela, pues se levanta lo menos siete u ocho veces para asegurarse de que las ventanas están bien cerradas y dar un vistazo a la chimenea. Este hombre, que defiende a ladrones y estafadores, viene a este aposento tres o cuatro veces durante la noche para hacer sus oraciones y pedir a Dios por todo el mundo. Se arrodilla, toca el suelo con la frente, y en sus *oremus* de borracho se acuerda de personas que nunca ha conocido, y que ni siquiera son de su época; ¡la otra noche rezaba por el eterno descanso del alma de la condesa Du Barry!... ¡Lo he oído yo con mis propios oídos! Kolia estaba también aquí. Está completamente loco.

—Ya está usted viendo, príncipe, cómo se mofa de mí —exclamó Lebedeff, rojo de ira y fuera de sí—. Yo puedo ser un borracho, un libertino, un malhechor, hasta si se quiere un ladrón; pero él es el menos indicado para echarme en cara esas cosas; él ignora que cuando vino al mundo, fuí yo el primero en bañarlo y envolverlo en los pañales. Y si bien en mis rezos me acuerdo de personas a quienes no conocí, también he rogado por ti y por todos los insolentes y sinvergüenzas como tú; ahí tienes cómo rezo yo...

—¡Bah! Al final de cuentas, ¿qué me importa a mí de tus rezos? Sigue rezando por quien te dé la gana, ¡y que el diablo cargue contigo! —interrumpió violentamente el joven.

—Yo no veo que su tío sea un hombre desprovisto de sensibilidad —rebatió el príncipe, no sin cierta repugnancia, pues cada vez sentía más antipatía hacia el sobrino de Lebedeff. Y dirigiéndose al tío, agregó —: Escúcheme, Lebedeff: ¿usted sabe dónde puedo encontrar a Kolia?

—Yo se lo diré, príncipe —repuso el joven.

—¡No, no, no! —apresuróse a decir Lebedeff.

—Kolia —prosiguió el sobrino— ha pasado la noche aquí, pero a la mañana temprano, fué a reunirse con su padre, el general, a quien usted, Dios sabe por qué, hizo poner en libertad, pagando sus deudas. Ayer le prometió Ardalión Alejandrovitch que vendría a hospedarse aquí, pero no se ha dejado ver. Lo más probable es que se haya ido a dormir a la posada de *La Balanza*, cerca de aquí. Es casi seguro que encuentre allí a Kolia, a menos que se haya ido a Pavlovsk, a la quinta de los Epantchine, pues disponía de algún dinero y ya ayer hablaba de ir allá. Así, pues, si no lo encuentra en *La Balanza*, es porque ha ido a Pavlovsk.

—¡A Pavlovsk, a Pavlovsk!... Vamos al jardín, príncipe, y allí tomaremos el café.

Y esto diciendo, Lebedeff asió al príncipe por un brazo y le arrastró fuera de la habitación.

Atravesaron el patio, internándose en un bonito jardinillo que, gracias a la estación, estaba cubierto de flores y de árboles cargados de verdes hojas.

Lebedeff hizo sentar al visitante en un banco pintado de verde, ante una mesita del mismo color, cuyo pie estaba fijado en el suelo, y ocupó otro asiento frente a él.

A los pocos minutos sirvieron el café, sin que Muichkine lo rehusara.

El dueño de casa continuaba mirándole fijamente con apasionado servilismo.

—No conocía aún su casa —dijo el príncipe con aire distraído.

—¡Huérfanos! —comenzó a decir Lebedeff, dando a su fisonomía un profundo aire de tristeza, pero se interrumpió.

Muichkine miraba distraídamente delante de sí y sin duda había olvidado ya lo que acababa de decir.

Transcurrieron unos minutos más; Lebedeff esperaba, siempre con los ojos fijos en su visitante.

—Bien, ¿de qué estábamos hablando? —dijo al fin éste, sacudiendo su sopor—. ¡Ah, sí..., ya caigo! Supongo, Lebedeff, que no habrá olvidado el asunto por el cual yo estoy aquí; recibí su carta; puede hablar, le escucho.

El curial se turbó; quiso decir algo, pero sólo acertó a mascullar unas frases ininteligibles.

Muichkine le miraba sonriendo tristemente.

—Comprendo lo que le pasa, Lebedeff; usted no me esperaba, ciertamente; no creía que abandonase todo al primer aviso, me ha escrito por escrúpulo de conciencia. Pero ya ve que se ha engañado. Déjese, pues, de subterfugios y de servir a dos señores. Estoy enterado de todo; Rogojine hace casi un mes que está aquí. ¿Ha conseguido usted vendérsela como hizo la otra vez? ¡Diga la verdad!

—Ha sido él mismo, el monstruo, quien ha descubierto su retiro; él mismo...

—No le insulte; usted es el que más debe compadecerse de él.

—¡Me ha pegado, príncipe! ¡Me ha molido a palos! —protestó Lebedeff con extraordinaria vehemencia—. En Moscú lanzó en mi persecución un perro, un terrible galgo, que me hizo correr hasta el agotamiento.

—¿Me toma usted por un niño, Lebedeff? Vaya, dígame la verdad: ¿es cierto que *ella* ha salido de Moscú?

—Verdad, verdad, y ésta vez también la víspera de su casamiento. El contaba con ansia los minutos que faltaban, cuando ella estaba camino de San Petersburgo. Una vez aquí, vino a encontrarme en seguida y me dijo: "Lukian, búscame un asilo y no digas nada al príncipe..." Ella le teme, príncipe, mucho más que al *otro*, y esto demuestra que tiene gran talento.

Y diciendo esto, sonrióse con picardía, mientras se tocaba la frente con un dedo.

—¿Y ahora los ha acercado usted uno al otro?

—Excelentísimo príncipe, ¿cómo podía... cómo podía impedirlo?

—Basta, lo sabré todo por mí mismo. Dígame, solamente, dónde se encuentra ella; ¿estará con *él?*

—¡Oh, nada de eso!... "Soy libre todavía", dice ella a quien quiera escucharla, y usted sabe cuán ufana está de su libertad. "Soy completamente libre", repite sin cesar. Continúa viviendo en la Petersburgskaia, en casa de mi cuñada, según le escribí...

—¿Estará allí en este momento?

—Seguramente, a menos que haya ido a Pavlovsk. Como hace tan buen tiempo, quizá haya decidido irse al campo, a casa de Daría Alexievna. "Soy enteramente libre"; éste es su estribillo. Ayer mismo insistía sobre esa libertad, hablando con Nicolás Ardalionovitch. ¡Mala señal! —añadió sonriendo Lebedeff.

—¿Kolia la visita con frecuencia?

—Es un muchacho aturdido, incomprensible, sin pizca de discreción.

—¿Hace mucho tiempo que no va usted a su casa?

—Voy todos los días.

—¿Así, pues, la vió usted ayer?

—No, hace tres días que no voy por su casa.

—Es una lástima que esté usted algo bebido, Lebedeff, pues quisiera hacerle algunas preguntas.

—Es verdad que estoy algo ebrio; pero pregunte lo que quiera, que le voy a escuchar con atención —repuso el curial, disponiéndose a oír.

—Dígame, ¿cómo estaba ella la última vez que la vió usted?

—Da la impresión de una mujer que buscase algo...

—¿Cómo es eso?

—Sí, tiene el aire de una persona que ha perdido algo. Lo único que la subleva es la idea de su próximo matrimonio; eso la repugna, pues ve en ello una bajeza. De *él* se ocupa tanto como si se tratara de una hormiga; digo mal, ella piensa en *él* con temor, con verdadero espanto, y no quiere que se pronuncie su nombre en su presencia. Se ven únicamente por necesidad... y *él* sabe esto muy bien; ella está siempre inquieta, burlona, atolondrada, y, a veces, furiosa.

—¿Furiosa ha dicho usted, Lebedeff?

—Furiosísima. El otro día estuvo a punto de agarrarme del pelo, por una palabra que se me escapó involuntariamente. Pero yo me he propuesto curarla leyéndole el Apocalipsis.

—¿Cómo? —preguntó el príncipe, creyendo haber oído mal.

—Con la lectura del Apocalipsis. Esa mujer tiene la imaginación exaltada, y aun me parece haber observado que prefiere los temas de conversación seria, por indiferentes que sean. Yo me he dado cuenta de que esto la halaga. Ahora bien, yo soy muy ducho en la explicación del Apocalipsis, pues hace quince años que lo estudio. Ella ha convenido conmigo en que nos encontramos en la época representada por el tercer caballo, el negro, y por el jinete que lleva en la mano una medida, puesto que en nuestro siglo todo descansa sobre las medidas y los contratos; todos los hombres sólo buscan su derecho: "Una medida de trigo por un denario y tres medidas de cebada por un denario..." Y así pretenden conservar también una mente libre, un corazón puro, un cuerpo sano y todos los dones de Dios. Pero, con este género de vida, y pensando sólo en sus derechos, no lo conservarán y vendrá luego el caballo pálido, llamado de la muerte, y, por último, el infierno... Tal es el tema de nuestras conversaciones cuando estamos juntos, y ellas ejercen gran influencia en su espíritu.

—¿Pero cree usted realmente en esas cosas? —preguntó Muichkine, lanzando a su interlocutor una extraña mirada.

—Lo creo y quiero que lo crean los demás.

El príncipe se levantó, y Lebedeff quedó hondamente sorprendido y aun contrariado al darse cuenta de que su visitante disponíase a marcharse.

—Se ha vuelto usted muy indiferente —aventuró con respetuosa libertad.

—Es que me siento indispuesto; tengo la cabeza muy pesada; seguramente, a consecuencia del viaje —repuso el príncipe frunciendo el ceño.

—¿Y si se fuera a vivir al campo? —insinuó tímidamente Lebedeff.

Muichkine, distraído, pareció no oír.

—Mire, yo mismo me iré al campo con toda mi familia, dentro de tres días. La salud de la pequeña exige ese cambio, y, en nuestra ausencia, haremos en esta casa las reparaciones necesarias. Nos vamos también a Pavlovsk.

—¿Dijo usted a Pavlovsk? —preguntó bruscamente el príncipe—. ¿Pero qué quiere decir esto? ¡Todo el mundo se va a Pavlovsk! ¿Posee usted allí alguna casa de campo?

—No todo el mundo va a Pavlovsk. En cuanto a mí, Iván Petrovitch Ptitzine me ha cedido una de las quintas que él ha comprado a bajo precio. El lugar es agradable y bastante poblado, situado sobre una eminencia rodeada de hermosos campos verdes; la vida allí no es cara, y si añade todo esto al placer de oír la música, comprenderá por qué va tanta gente a Pavlovsk. Por mi parte, sólo ocuparé un pequeño pabellón, y la casa, propiamente dicha...

—¿La ha alquilado?

—No, no está aún resuelto.

—¿Puede alquilármela a mí? —preguntó el príncipe de improviso.

Evidentemente, todo el trabajo que estaba haciendo Lebedeff era con la exclusiva mira de arrancarle esta proposición a Muichkine. Y cuando le preguntó el precio del alquiler, el curial le hizo un ademán con la mano, como no queriendo oír hablar de aquella cuestión.

—No importa; ya me enteraré de lo que vale, pues no quiero que usted se perjudique —replicó el príncipe.

Ambos abandonaron el jardín.

—Si no le molestase..., si quisiera escucharme..., honorable príncipe, yo podría decirle algunas cosas muy interesantes —murmuró el curial, que, rebosante de satisfacción, redoblaba sus zalemas con Muichkine.

El visitante se detuvo.

—Daría Alexievna posee también una quinta en Pavlovsk.

—¿Y qué?

—Cierta persona está en íntimas relaciones con ella y quién sabe qué asunto se traerá entre manos, pues la visita con mucha frecuencia.

—¿Y bien?

—Me refiero a Aglae Ivanovna.

—¡Oh, basta, Lebedeff! —interrumpió vivamente el príncipe con amargo acento, como si aquel nombre le hubiese producido un cruel dolor—. Eso... no me interesa. Preferiría saber cuándo parte usted. Por mi parte, cuanto antes mejor, pues me he alojado en un hotel...

Hablando así, dejaron atrás el jardín, atravesaron el patio y, sin entrar en la casa, dirigiéronse a la puerta.

—Yo creo que lo mejor que puede hacer Vuestra Alteza es venirse desde hoy a vivir conmigo; pasado mañana partiremos todos para Pavlovsk.

—Lo pensaré —contestó Muichkine con aire pensativo, retirándose acto continuo.

Lebedeff quedóse observando cómo el príncipe se alejaba, extrañado de su distracción, pues se fué sin decirle siquiera adiós.

Este olvido causóle aún mayor extrañeza, porque conocía a fondo la irreprochable cortesía del príncipe.

XIX

Era ya cerca de mediodía.

El príncipe sabía que el único miembro de la familia Epantchine que podía encontrar aún en la ciudad, y de ello tampoco estaba seguro, era el general, a quien asuntos del servicio era posible retuvieran en San Petersburgo.

Si tuviese la suerte de encontrar a Iván Fedorovitch, tal vez lograra llevarlo consigo a Pavlovsk; pero, antes de ponerse en busca del general, tenía sumo interés en hacer otra visita: ir a la casa que tanto deseaba visitar. Por otra parte, en cierto sentido, esta visita era para él delicada en extremo, y vacilaba en dar un paso que le parecía algo arriesgado.

Sabía que la casa estaba situada en la calle de los Guisantes, no lejos de la Sadovaia, y se puso en camino, con la esperanza de que andando tomaría una resolución definitiva.

Cuando se encontró en la intersección de las dos calles, sorprendióse de su extraordinaria agitación; no había previsto que su corazón podía latir con tan inusitada violencia.

Una casa de la que aun estaba alejado llamóle la atención, probablemente debido a su particular aspecto.

Se dijo: "Indudablemente es aquella casa". Acercóse, presa de viva curiosidad por comprobar su conjetura, y temeroso al mismo tiempo de haber acertado. Era un sombrío edificio de tres pisos, desprovisto de todo gusto artístico; entristecía la mirada el color verde-sucio de su fachada.

En cuanto se acercó a la puerta, el príncipe vió un letrero que decía: *Casa Rogojine. Parfenio Rogojine, sucesor.*

Venciendo su vacilaciones, abrió la puerta de cristales, que se cerró tras de sí, ruidosamente, y subió al segundo piso por una escalera de piedra.

El príncipe sabía que Rogojine y su madre ocupaban todo el segundo piso de esta antipática casa.

El criado que salió a abrirle, hízole pasar sin anunciarse, y Muichkine hubo de seguir a su guía durante largo rato. Finalmente llamaron a una puerta que abrió el propio Parfenio Semenovitch. Al ver al príncipe palideció intensamente y quedóse un momento como petrificado; su mirada tenía una fijeza rayana en el espanto, la sonrisa que crispaba sus labios denunciaba el colmo del estupor. Dijérase que la presencia de Muichkine le producía el efecto de algo imposible, casi de un milagro. Su actitud sorprendió al visitante, a pesar de ir preparado para algo por el estilo.

—Parfenio, creo que mi visita no es muy oportuna; en seguida me retiro —dijo Muichkine algo confuso.

—No, no, tu visita es muy oportuna —repuso Rogojine, recobrando su aplomo—. Pasa, te lo ruego.

Ambos se tuteaban.

En Moscú veíanse con frecuencia, y los momentos que pasaban juntos les dejaban una impresión indeleble. Ahora se encontraba uno frente al otro, tras una separación de más de tres meses. Rogojine seguía con el semblante pálido y contraído. A pesar de haber hecho pasar a su visitante, continuaba presa de extraordinaria agitación.

Mientras invitaba al príncipe a que se sentase ante la mesa, éste volvió maquinalmente la cabeza y sorprendió en la mirada de Rogojine una expresión tan rara, que se quedó paralizado. Al mismo tiempo, un doloroso y sombrío recuerdo

acudió a la mente de Muichkine. De pie, inmóvil, contempló los ojos de Rogojine, que parecían brillar con destellos aun más vivos que al principio. Finalmente, Parfenio sonrió, pero todavía estaba algo turbado y confuso.

—¿Por qué me miras tan fijamente? —le preguntó—. ¡Siéntate!

El príncipe obedeció.

—Parfenio —repuso—, contéstame con franqueza: ¿sabías que yo había de llegar hoy a San Petersburgo, o no?

—Sospechaba que vendrías, y ya ves que no me he equivocado —respondió Rogojine sonriendo agriamente—, ¿pero cómo podía adivinar que llegarías hoy?

Y dijo esto con tal expresión de cólera, que el embarazo del príncipe aumentó.

—Y aunque lo hubieras sabido, ¿qué tiene eso de particular para que te enojes conmigo? —replicó dulcemente Muichkine.

—Y esa pregunta, ¿a qué viene?

—Porque, al descender del tren, distinguí entre la multitud unos ojos idénticos a los tuyos de hace un momento, cuando me volví para mirarte.

—¡Bah! ¿De quién podrían ser? —murmuró Rogojine, algo turbado.

Al príncipe parecióle notar que se estremecía.

—No lo sé, era entre la multitud; también puede ser debido a una alucinación mía, pues ahora estoy sujeto a alucinaciones que me atormentan. Me encuentro, amigo mío, en el mismo estado de hace cinco años, cuando sufría de ataques.

—Seguramente, habrá sido una alucinación —repuso Rogojine entre dientes.

A despecho de los esfuerzos que hacía para dar a su rostro una expresión agradable, la sonrisa que crispaba sus labios destruía el conjunto de su fisonomía.

—¿Entonces, volverás a irte al extranjero? —preguntó luego y apresuróse a añadir—: ¿Te acuerdas de nuestro viaje en tren, de Pskov a San Petersburgo, el otoño pasado? ¿Recuerdas aquel capote y aquellas polainas que usabas?

Y Parfenio Semenovitch lanzó una carcajada francamente provocativa; diríase que con ella quería desahogar su cólera.

—¿Te has establecido aquí definitivamente? —preguntó el príncipe paseando su mirada por el aposento.

—Sí, siendo esta casa mía, ¿dónde quieres que fuera a vivir?

—Hace tiempo que no nos vemos y he oído contar de ti cosas muy raras.

—¿Qué es lo que la gente no habla? —contestó secamente Rogojine.

—Has licenciado tu banda, no haces más calaveradas y vives en el hogar paterno. Eso me agrada. ¿La casa es tuya o la tienes en común?

—Es de mi madre; el pasillo separa sus habitaciones de las mías.

—Entonces, ¿dónde vive tu hermano?

—Mi hermano Senén vive en el pabellón.

—¿Está casado?

—Es viudo. ¿Te interesa todo esto?

El príncipe le miró sin contestar; habíase puesto, de pronto, pensativo, y es probable que no oyera la pregunta de Rogojine.

Este no la repitió y esperó. Siguióse un corto silencio.

—Hace un momento, estando aún a cien pasos de esta casa, adiviné que era la tuya —dijo el príncipe.

—¿Cómo es eso?

—No sabría explicártelo bien; tu casa lleva el sello de la familia, de los Rogojine; no me preguntes cómo he llegado a esta conclusión, pues te repito que no podría decírtelo. Sin duda, esto es a causa del delirio... Tengo miedo de lo que me está ocurriendo... Antes no hubiera podido siquiera imaginarme que habitaras en semejante casa; sin embargo, al ver este edificio, me he dicho al instante: "Aquí vive Parfenio".

—Realmente —dijo con vaga sonrisa Rogojine, que no había comprendido gran cosa del obscuro pensamiento del príncipe —fué mi abuelo quien hizo edificar esta casa.

—¡Qué obscuro es esto! —repuso el visitante, examinando de nuevo el aposento—. No tiene nada de alegre tu casa.

Era una enorme habitación, de elevado techo, sombría y abarrotada de muebles, especialmente de mesas escritorios, pupitres y armarios llenos de libros comerciales y papeles. Un largo sofá de tafilete rojo servía probablemente de lecho.

Sobre la mesa, ante la cual estaba sentado el príncipe, vió éste dos o tres libros.

—¿Tu boda se celebrará aquí?

—Sí —repuso Parfenio, estremeciéndose al oír esta pregunta inesperada.

—¿Y será pronto?

—Sabes perfectamente que no depende de mí.

—Parfenio, yo no soy enemigo tuyo, y, por lo tanto, no quiero estorbarte en nada. Te digo lo mismo que te dije en otra ocasión análoga a la presente. Cuando estabas por casarte en Moscú, no fuí yo, y esto no lo ignoras, el que impidió tu casamiento. La primera vez fué ella misma la que substrajo, por así decirlo, la corona [1] y vino a que la "salvara" de ti; repito literalmente sus palabras. Más tarde me tocó el turno de ser abandonado por ella; tú la encontraste y cuando estabas a punto de conducirla al altar volvió a plantarte y vino a refugiarse en San Petersburgo, según creo. ¿Es esto cierto? Lebedeff me escribió... y por eso he venido. En cuanto a la reconciliación habida entre vosotros, lo supe ayer, en el tren, de boca de uno de tus antiguos amigos: Zaliojeff. Mi venida a San Petersburgo tenía por único objeto decidirla a que marchase al extranjero, en beneficio de su salud, pues tiene el cuerpo y el alma muy enfermos, sobre todo el cerebro, y, a mi juicio, necesita muchos cuidados. No era, sin embargo, mi intención acompañarla, sino ocuparme de que realizara ese viaje. Esta es la verdad. Y si es cierto lo de vuestra reconciliación, no volveré a mostrarme en su presencia ni a visitarte siquiera; ya sabes que mi intención no es engañarte y que siempre he obrado sinceramente contigo. No te he ocultado jamás mi manera de pensar en todo esto, y, por lo tanto, no puedo por menos de repetirte que semejante matrimonio entre vosotros será su perdición. También para ti será fatal..., quizá más que para ella. Si de nuevo hay una ruptura, estaré muy contento de ello; pero, por mi parte, no haré nada para desunirlos. Tranquilízate y no desconfíes de mí. Muchas veces te he explicado que no es amor lo que por ella siento, sino compasión. ¡Qué expresión de odio hay en tu mirada! He venido para tranquilizarte, pues, a pesar de todo, te quiero, Parfenio, te quiero mucho. Ahora me marcho, y no volveré jamás. ¡Adiós!

El príncipe se levantó.

Rogojine no se movió de su asiento.

—No te vayas todavía —dijo con dulzura, apoyando su cabeza en la palma de la mano derecha—; hace mucho tiempo que no te veía.

El visitante volvió a sentarse; los dos permanecieron en silencio breves momentos.

—Cuando no estás delante de mí —dijo Rogojine—, siento hacia ti un tremendo odio, León Nikolaievitch. Durante los tres meses que pasé sin verte, estaba de continuo furioso contigo y de buena gana te hubiese envenenado. Es la verdad. En cambio, ahora, no hace aún un cuarto de hora que estás conmigo, y ya todo mi odio se ha borrado y vuelvo a quererte como antes; así, pues, quédate un momento más...

—Cuando estoy a tu lado me crees; pero en cuanto vuelvo las espaldas, tu confianza se transforma en sospecha. Eres el retrato de tu padre —terminó el príncipe sonriendo afablemente, y tratando de disimular la emoción que lo embargaba.

—Creo a tu voz cuando estamos juntos. Comprendo, no obstante, que no podemos ser colocados al mismo nivel...

—¿Por qué añades eso? Ya veo que todavía estás enojado conmigo —dijo el príncipe mirando a Rogojine con aire sorprendido.

—Pero aquí, amigo mío, no se pide a nadie su parecer, se obra sin consultar al interesado —continuó Parfenio, y tras una breve pausa añadió—: cada cual ama a su manera; es decir, que en todo nos diferenciamos tú y yo. Dices que el amor que sientes por ella es compasivo; a mí, en cambio, es muy distinto el sentimiento que me inspira. Por otra parte, ella me detesta cordialmente. Sueño con ella todas las noches y me parece estar viéndola siempre burlándose de mí con otro. Puedes creerlo, amigo mío. Pronto va a ser mi esposa, y se ocupa de mí tanto como del zapato que tira. ¿Lo creerás? Hace cinco días que no la veo porque no me atrevo a visitarla. "¿Para qué has venido?", me diría. Sería poco afirmar que me ha cubierto de oprobio...

—¿Qué te ha cubierto de oprobio? ¿Qué es lo que dices?

—¡No te hagas de nuevas!... Se escapó contigo justo en el momento en que iban a ceñirle la corona nupcial, según acabas de reconocer tú mismo.

—Pero, ¿tú no habrás creído que...?

—¿Y acaso en Moscú no mancilló mi nombre con un teniente, un tal Zemtujnikoff? Estoy muy seguro de lo que te digo; hizo esto, después de fijar ella misma la fecha de nuestra boda.

—¡No es posible! —exclamó el príncipe.

—Yo lo sé positivamente —replicó Rogojine, con acento convencido—. Ella no es capaz de una cosa así, dirás; pero te engañas. Contigo no obraría de ese modo, con toda seguridad; pero hacerme eso a mí ya es otra cosa, yo soy para ella el último de los gusanos. Su asunto con Keller no fué más que un pretexto para burlarse de mí. ¡Tú no sabes las jugadas que me ha hecho en Moscú y el dinero que he tenido que gastar!...

—Siendo así... ¿cómo pretendes casarte con ella?... ¿Qué harás una vez que sea tu esposa? —preguntó Muichkine con terror.

Una mirada siniestra fué la respuesta de Rogojine.

—Con hoy son cinco días que no voy por su casa —continuó después de un corto silencio—. Temo siempre que me ponga a la puerta de la calle. "Soy aún dueña de mí misma —exclama en cuanto me ve— y si no me dejas tranquila, te dejo para siempre y me voy al extranjero" (ella también me ha hablado de irse al extranjero) —añadió Rogojine como entre paréntesis, y mirando fijamente al príncipe con extraña expresión—; a veces, sin embargo, se contenta con infundirme temores y reírse de mí. Cierto día que estuve delante de su puerta haciendo de centinela hasta bien entrada la mañana, creí descubrir algo extraordinario. Ella, por su parte, me vió por una ventana. "¿Qué harías —me dijo— si descubrieses que te engañaba?" Yo no pude por menos que responderle: "Tú lo sabes muy bien".

—¿Y qué es lo que ella sabe?

—¡Ah! ¿Lo sé yo acaso? —repuso Parfenio con sardónica sonrisa—. Durante nuestra estada en Moscú, pude espiarla mejor, sin sorprenderla jamás en una traición. Un día le dije: "Me has prometido casarte conmigo, y haciéndolo así entrarás a formar parte de una familia honrada, a pesar de lo que eres... ¿Sabes tú lo que eres?"

—¿Y se lo dijiste?

—Sí.

—¿Qué contestó?

"—No sólo no te quiero para marido, sino que lo pensaría mucho antes de tomarte como lacayo." "No importa —repliqué—; de aquí no me he de mover." "Pues bien —repuso ella—, llamaré a Keller para pedirle que te eche a la calle." Sin poderme contener, me lancé sobre ella y la molí a golpes.

—¡Esto es imposible! —exclamó el príncipe.

—Te digo la verdad —prosiguió con acento tranquilo Rogojine, cuyos ojos, sin embargo, seguían lanzando siniestros relámpagos—. Du-

[1] En Rusia se acostumbra a poner una corona en la cabeza de los contrayentes en el momento de la ceremonia nupcial.

rante treinta y seis horas estuve sin comer, sin beber y sin dormir; no podía abandonar su habitación; me arrojé a sus plantas exclamando: "¡Prefiero la muerte, antes de irme de aquí sin tu perdón! Si mandas que me arrojen de tu casa, iré a tirarme de cabeza al río. ¿Qué sería de mi vida sin ti?" Durante todo ese día estuvo como loca; ya lloraba, ya tomaba un cuchillo y quería matarme, para terminar colmándome de injurias. Llamó a Zaliojeff, a Keller, a Zemtujnikoff, y mostrándome como un bicho raro, me hizo avergonzar delante de todos ellos.

"—Señores —dijo luego—, vámonos todos al teatro y dejémosle aquí, puesto que no quiere marcharse. ¡No será él quien me impida salir! Antes de hacerlo voy a ordenar que te sirvan el té, Parfenio Semenovitch; debes tener hambre, pues hoy no has comido nada.

"Volvió sola del teatro.

"—No he visto hombres más cobardes ni tan flojos —comenzó diciendo—. Te tienen miedo y querían asustarme a mí también. "No se irá —decían ellos— y quizá acabe por asesinar a usted..." Pues bien, esta noche, al acostarme, dejaré abierta la puerta de mi alcoba; ¡quiero que te enteres del miedo que me inspiras! ¿Has tomado el té?

"—No —contesté—; ni lo quiero.

"—¿Quieres hacerle pagar a tu estómago tu amor propio? Eso a nada conduce.

"Como lo dijo, lo hizo: no cerró la puerta de su alcoba. A la mañana siguiente, en cuanto abandonó el lecho, me preguntó riendo:

"—¿Te has vuelto loco, Rogojine? ¿Quieres morirte de hambre?

"—¡Perdóname!...

"—Ni te perdono ni me casaré contigo: mi resolución está tomada. ¿Es posible que hayas pasado toda la noche despierto en esa butaca?

"—No, no he dormido. Pasé la noche escuchando tu respiración; te moviste dos veces mientras dormías...

"—Y dime, ¿no pensaste en los golpes que me diste hacía unas horas? —replicó ella—. ¿No te acuerdas ya?

"—Tal vez sí, no sé qué decirte.

"—¿Y si yo no te perdono? ¿Y si me niego a ser tu esposa?

"—Ya te lo he dicho: me mataré.

"—Después de matarme a mí, ¿no?

"Al decir esto quedóse pensativa algunos segundos; luego, poniéndose furiosa, salió apresuradamente de la estancia. Una hora después entró de nuevo: su rostro estaba sombrío.

"—Parfenio Semenovitch —me dijo—, no porque te tenga miedo, sino porque no me importa perderme. ¡Lo mismo da esto que cualquier otra cosa! Toma asiento, te van a servir la comida. Y cuando sea tu esposa, te seré fiel, no lo dudes.

"Calló unos instantes y prosiguió después:

"—Al fin y al cabo, tú no eres un lacayo, como creí hasta hace poco.

"A continuación fijó el día de nuestra boda, para a los pocos días desaparecer e ir a pedirle asilo a Lebedeff. Cuando la encontré en San Petersburgo, me dijo:

"—No creas que renuncio a nuestra boda; únicamente voy a esperar todo el tiempo que crea conveniente, para ser libre unos días más. Tú puedes hacer lo mismo, si es que te parece bien.

"He aquí, pues, el estado de nuestras relaciones. ¿Qué piensas de todo esto, León Nikolaievitch?

—¿Y tú? —preguntó el príncipe con una gran expresión de tristeza retratada en los ojos.

—Pero, ¿es que puedo yo pensar en algo? —exclamó Rogojine.

Hubiera querido añadir algo más, pero guardó silencio, sin duda por no encontrar palabras para expresar el tormento que experimentaba.

El visitante se levantó con ánimo de retirarse.

—De todos modos, no me interpondré en tu camino —dijo en voz baja.

Estas palabras, pronunciadas con aire distraído, más bien que dirigidas a Rogojine, parecían responder a un oculto pensamiento del príncipe.

—¿Sabes una cosa? —dijo de pronto Parfenio, con vivísima animación y la mirada centelleante—. No puedo comprender que me la cedas así... sin más ni más. ¿Es que ya no la amas? Hace poco sufrías mucho por causa de ella, no me pasó inadvertido. ¿Por qué has venido, entonces, con tanta precipitación, a San Petersburgo? ¿Por compasión? ¡Ja, ja, ja!

—¿Crees que te engaño? —preguntó el príncipe.

—No, yo te creo; pero no acabo de comprender... A lo que parece, tu compasión es más intensa que mi amor.

La alteración de su semblante no dejaba lugar a dudas de que la cólera le agitaba.

—El amor y el odio se confunden en ti —observó, sonriendo, el príncipe—; pero el amor pasará y entonces puede ocurrir algo peor. Yo creo, amigo mío, que...

—Que la asesinaré, ¿no es cierto?

Muichkine se estremeció.

—Tú la odias violentamente a causa del amor que sientes por ella y de lo que te hace sufrir. Lo que me sorprende sobremanera es que aun esté decidida a ser tu esposa. Ayer, cuando supe esto, me costó gran trabajo creerlo y la impresión que semejante noticia me causó no pudo ser más dolorosa. Son dos ya las veces que se ha negado a la realización de ese proyecto matrimonial, y en vísperas de ser bendecida su unión contigo, ha preferido fugarse... ¡Sin duda ella obedecía a un presentimiento! ¿Qué es lo que ahora la impulsa a concederte su mano? ¿Tu dinero? Esto es absurdo. Por lo demás, creo que has debido mermar ya considerablemente tu patrimonio. ¿Por el simple deseo de casarse? No, porque ella podía haber hecho otra elección. Cualquier otro sería para ella mejor partido que tú, puesto que eres capaz de llegar a asesinarla, y esto no lo ignora ella. ¿El fuego de tu pasión? Tal vez sea por esto... He oído hablar de mujeres que gustan de ser amadas así..., pero...

El príncipe quedóse pensativo, sin terminar de expresar su pensamiento.

Parfenio escuchó hasta el final, sonriendo amargamente, las palabras de su interlocutor. Su convicción parecía inquebrantable.

—¡Qué modo sombrío de mirarme, Parfenio! —exclamó Muichkine, dolorosamente impresionado.

—¡Suicidarse, o poner su cuello bajo el cuchillo del matarife! —dijo Rogojine, al fin, rompiendo su silencio—. ¡Se casa conmigo porque espera morir a mis manos! Posiblemente, príncipe, no has adivinado aún de quién es el triunfo...

—No te comprendo...

—También es posible eso... ¡Vamos! Por algo se dice que no eres un hombre como los demás. El hecho es que ama a otro, y lo ama con la misma pasión que yo siento por ella. Ahora bien, ¿sabes quién es ese otro? *¡Tú!* ¿Lo ignorabas?

—¡Yo!

—Sí, esa pasión por ti, nació aquella noche en que celebraba la fiesta de su cumpleaños; pero no cree posible casarse contigo porque piensa que te llenaría de vergüenza y sería la causa de tu perdición. "Él sabe quién soy yo", dice. Hasta ahora su lenguaje sobre este particular no ha variado; me lo ha dicho sin rodeos. Por lo que a ti se refiere, teme perderte o deshonrarte; en cuanto a mí, todo la tiene sin cuidado; parecería más bien que ella me hace un honor en ser mi esposa.

—¿Cómo se explica, entonces, que huyera de ti para reunirse conmigo y luego?...

—¿...Huyese de ti para ir en mi busca? ¡Ah! ¿Es que no conoces todavía sus rarezas y caprichos? Actualmente se encuentra en una especie de estado febril. Un día me dice: "Para mí, el casarme contigo es lo mismo que si me tirara de cabeza al río; pues bien, ¡casémonos pronto!" Apresura los preparativos, fija el día de la ceremonia, y cuando se acerca el momento se asusta, nuevas y extrañas ideas cruzan por su mente, como Dios sabe y tú has visto; llora, ríe y se agita febrilmente. ¿Por qué te sorprende que huyese de tu lado? Lo hizo porque te ama con una pasión que la domina, que no es capaz de resistir. Decías hace poco que yo fuí a buscarla a Moscú; pues bien, te engañas; para alejarse de ti es por lo que vino a refugiarse a mi lado. "Fija el día —decíame—; estoy pronta. ¡Y ahora, haz traer champaña!" A no existir yo, tiempo ha que se hubiese arrojado al río, puedes estar seguro, y si no lo ha hecho, es porque soy más peligroso que el río. Se casará conmigo por despecho..., si es que llega a casarse.

—¡Y tú, a pesar de eso, tú!... —exclamó el príncipe, pero no pudo terminar la frase y se interrumpió mirando con expresión de terror a Rogojine.

Este sonreía.

—¿Por qué no acabas? —replicó—. ¿Quieres que te diga qué piensas en este momento? No lo niegues; te dices para tus adentros: "¿Cómo dejarla que se case con él? ¿Cómo no impedir esta boda?" ¡Ya ves que no me equivoco!

—Te repito, Parfenio, que no ha sido ése el motivo de mi viaje a San Petersburgo; y tampoco estaba pensando en lo que dices...

—Admito que fuera otro el motivo de tu viaje, y también que fueran otros tus pensamientos de hace un momento, pero, ahora, no me negarás que lo estás pensando. ¿Por qué esa agitación? Vamos, hombre... Te he abierto los ojos, ¿no es cierto? Verdaderamente, me asombras.

—Tú estás enfermo de celos, amigo mío, y la fiebre te hace exagerar las cosas... —balbuceó el príncipe, presa en una agitación extraordinaria—. ¿Pero qué tienes?

—¡Deja eso! —exclamó Rogojine, y arrancándole vivamente de las manos un pequeño cuchillo que el príncipe había tomado de sobre la mesa, lo volvió a colocar en su sitio.

—Lo sospechaba —continuó Muichkine—; cuando llegué a San Petersburgo tuve el presentimiento de que mi visita te exasperaría aún más... y Dios sabe que no quería venir a tu casa. ¡Quisiera olvidarme de todo esto, extirparlo de mi corazón! Bueno, adiós... ¿Pero quieres decirme lo que te pasa?

Diciendo esto, Muichkine, distraído, había tomado de nuevo el cuchillo con un movimiento maquinal, y Parfenio volvió a quitárselo y a arrojarlo sobre la mesa.

Aquel cuchillo no tenía nada de extraordinario; la hoja, fijada en un mango de asta de ciervo, medía tres pulgadas de largo y el ancho era proporcionado.

Observando que su persistencia en arrebatárselo de las manos había llamado la atención del príncipe sobre aquel objeto, Rogojine tomó el cuchillo con ademán colérico, y poniéndolo encima de un libro entreabierto, cerró éste y lo tiró sobre otra mesa.

—Te sirve para cortar las hojas de los libros, ¿no es cierto? —preguntó el príncipe, que parecía obsesionado por una idea fija.

—Sí, para cortar las páginas...

—¿No es de los que usan los jardineros?

—Sí, ¿no puedo cortar las páginas de un libro con un cuchillo de jardinero?

—Sí, pero... está tan nuevo...

—¡Qué importa eso! ¿Es que, acaso, me está prohibido comprar un cuchillo nuevo? —replicó Parfenio, cuya cólera aumentaba a cada palabra pronunciada por su visitante.

El príncipe tuvo un estremecimiento; miró fijamente a Rogojine y, desechando preocupaciones, exclamó sonriendo:

—¡Ah, qué horrible idea! Perdóname, amigo mío; cuando tengo la cabeza pesada, como ahora, experimento los síntomas de aquella enfermedad..., estoy sujeto a distracciones ridículas. No era eso lo que te quería preguntar...; me he olvidado por completo de la cuestión... Adiós...

—Por aquí, ven; yo te acompañaré.

—¡Ah, sí!; me había olvidado.

—Por aquí, ven; yo te acompañaré.

XX

Rogojine caminaba un poco adelante y Muichkine le seguía.

—Hace mucho tiempo que quiero hacerte una pregunta, León Nikolaievitch —dijo de pronto Rogojine, dándose vuelta de repente—: ¿crees tú en Dios?

—¡Vaya una pregunta! ¡Y qué manera de mirarme!... —exclamó el príncipe.

Rogojine guardó silencio unos segundos.

Habían llegado a la puerta de salida.

—¿Por qué me has preguntado si creía en Dios? —exclamó el príncipe, deteniéndose bruscamente.

—Por nada, pura curiosidad... Es una idea que se me ocurrió hace tiempo. Existen en la actualidad muchos incrédulos; he oído decir que en Rusia hay más ateos que en todo el resto del mundo; ¿es verdad esto? Debes saberlo, puesto que residiste en el extranjero.

Rogojine, con una sonrisa homicida en los labios, una vez hecha su pregunta, abrió con violencia la puerta, y sin soltar el picaporte, esperó que su visitante se retirara.

Este salió bastante sorprendido.

Rogojine le siguió hasta el rellano, cerrando antes la puerta de sus habitaciones. Durante unos segundos permanecieron silenciosos uno frente al otro; parecía que ignoraban dónde estaban y qué tenían que hacer.

—Adiós —dijo al fin el príncipe, tendiendo su mano a Parfenio.

—Adiós —repitió éste, estrechando con fuerza, pero maquinalmente, la mano que se le tendía.

El príncipe bajó un peldaño y se volvió.

—A propósito de fe —comenzó a decir sonriendo, pues era evidente que no quería dejar a Rogojine así—, la semana pasada tuve, en dos días, cuatro encuentros diferentes. Una mañana, viajando en ferrocarril, tropecé con un compañero de vagón con el cual estuve hablando más de cuatro horas. Conocíale por referencias y había oído decir que era ateo. Trátase de un hombre muy instruído, y me felicité de poder platicar con aquel sabio. No cree en Dios, y me sorprendió que no pronunciase una palabra alusiva siquiera a esta cuestión. Análoga observación había yo hecho en todas las ocasiones en que, con anterioridad a este encuentro, pude conversar con algún incrédulo o leer sus libros; siempre me ha parecido que sus argumentos, aun los más especiosos, no respondían al tema de discusión. No tuve reparo en manifestárselo así a mi interlocutor, pero sin duda no supe explicarme con bastante claridad, y no me entendió. Aquella misma noche decidí pernoctar en una pequeña ciudad, cabeza de distrito, y en la posada donde me alojé no se hablaba de otra cosa que de un asesinato cometido allí mismo la noche anterior. Dos campesinos, ya entrados en años, antiguos amigos, desafectos ambos a la bebida, tomaron juntos el té y se retiraron a la habitación que habían tomado para los dos. Uno de estos viajeros observó que su compañero llevaba un reloj de plata con cadena de cuentas de vidrio, que jamás le había visto antes. Este individuo no era ladrón, sino un labrador honrado y que vivía con relativo desahogo; pero le gustó de tal modo aquel reloj, sintió tan vehementes deseos de adueñárselo, que, sin poder contenerse, tomó un cuchillo, acercóse cautelosamente aprovechando que su amigo estaba vuelto de espaldas, levantó los ojos al cielo, hizo la señal de la cruz con devoción, y rezó con verdadera fe esta plegaria: "Señor, perdóname, por los méritos de tu Hijo". Y acto seguido degolló a su compañero como a un corderillo, y le quitó el reloj.

Rogojine lanzó una carcajada.

Había algo impresionante en aquella hilaridad repentina de un hombre que hasta entonces había estado tan sombrío y huraño.

—¡Magnífico!... ¡Nunca oí nada parecido!... —exclamó con voz trémula y jadeante—; uno no cree en Dios y el otro cree tanto que reza una oración antes de asesinar a una persona... ¡Qué cosas se inventan, amigo mío! ¡Nunca oí nada parecido!... ¡Ja, ja, ja!

—A la mañana siguiente salí a pasear por la ciudad —prosiguió Muichkine cuando se hubo calmado algo Rogojine— y me tropecé con un soldado ebrio que apenas podía tenerse en pie e iba haciendo caprichosas eses por la acera. "*Barin* —me dijo—, cómprame esta cruz, es de plata y te la doy por dos *grivnas*. En efecto, tenía en la mano una cruz, que, sin duda, acababa de quitarse del cuello, con un cordoncito azul; mas a primera vista se notaba que era de estaño, y reproducía fielmente el modelo de cruz bizantina. Saqué del bolsillo una moneda de dos *grivnas*, se la entregué al soldado y tomando la cruz me la puse en el cuello. Por la cara de satisfacción que puso, me di cuenta de que estaba contento por haber engañado a un *barin* tonto, y salió a gastarse aquel dinero a la taberna más próxima. Entonces, amigo mío, todo lo que yo veía en nuestra patria causábame honda impresión; antes no comprendía, no conocía; en mi infancia viví sin prestar atención a las cosas; más tarde, durante los cinco años que permanecí en el extranjero, los recuerdos que acudían a mi mente eran vagos y algo fantásticos. Continué pues, mi paseo, diciendo para mis adentros: "No, esperaré todavía antes de condenar a ese nuevo Judas. Sólo Dios sabe lo que hay en el fondo de un débil corazón de beodo". Una hora después, cuando regresaba a la posada, encontré a una aldeana con un niño de pecho en los brazos. La mujer era joven aún; el niño, que a lo sumo tendría seis semanas, sonreía a su madre, por primera vez desde que vino al mundo. De pronto vi que la aldeana hacía la señal de la cruz con gran respeto. "¿Por qué has hecho eso, amiga mía?", le pregunté. Entonces interrogaba yo incesantemente. "Porque la madre que ve sonreír a su hijito por primera vez, experimenta la misma alegría que siente Dios cuando contempla desde el cielo a un pecador que le eleva una plegaria." Fué una mujer del pueblo, una aldeana, quien me dijo esto; casi en los mismos términos que yo he empleado expresó ella un pensamiento tan profundo, tan justo, tan verdaderamente religioso, en el que se encuentra toda la esencia del cristianismo, esto es, la noción de Dios considerado como padre y la idea de que Dios se alegra a la vista de un hombre como un padre al ver a su propio hijo: el pensamiento primordial de Jesucristo. ¡Una simple aldeana! Verdad es que era madre, ¡y quién sabe si la esposa de aquel soldado ebrio! Escucha, Parfenio; he aquí mi respuesta a la pregunta que me hiciste hace un momento: el sentimiento religioso, en su esencia, no puede ser destruído por ningún argumento, por ningún sofisma, ni siquiera por el crimen; hay algo que ignoramos lo que es, y que, a pesar de todos los embates, mantendrá incólume y eternamente esa llama invisible. Pero lo esencial es que ese hecho no se observa en ninguna parte tan bien como en el pueblo ruso, y de todo ello he sacado una consecuencia. Es la más fuerte impresión que he recibido a mi llegada a Rusia. Hay que hacer mucho, Parfenio, hay que hacer mucho en el ambiente que nos rodea. Acuérdate de las conversaciones sostenidas en ciertas épocas en Moscú... No quisiera volver a lo mismo. ¡Tan cierto es esto como que sabía que te iba a encontrar otra vez!... En fin, adiós, hasta la vista, y que el cielo te guarde.

Y volviéndole las espaldas bajó las escaleras

—¡León Nikolaievitch! —gritó Rogojine desde el rellano, cuando ya el príncipe se encontraba casi en la calle—. ¿Llevas contigo la cruz que compraste al soldado?

—Sí —contestó Muichkine, deteniéndose.

—Enséñamela.

El visitante vaciló un momento; pero en seguida volvió a subir y, sin quitarse la cruz del cuello, se la mostró a Rogojine.

—Dámela.

—¿Por qué? ¿Es que tú...?

El príncipe hubiera preferido no desprenderse de la cruz.

—Dámela; yo, en cambio, te daré la mía.

—¿Quieres que cambiemos nuestras cruces? Sea; si se trata de eso, no te pregunto nada más; fraternicemos.

El príncipe entregó la cruz de estaño a Rogojine, y éste le dió la suya de oro.

Parfenio continuaba silencioso; había sido en vano aquella fraternidad. Muichkine observaba con pesar que el rostro de su amigo revelaba desconfianza y que, a veces, una sonrisa amarga, casi burlona, desdeñosa, crispaba sus labios.

Finalmente, Rogojine, sin pronunciar palabra, tomó la mano del príncipe, y durante unos segundos pareció vacilar; de pronto, atrayéndole hacia sí, exclamó con voz casi ininteligible:

—Ven conmigo.

Atravesaron el descansillo del primer piso y llamaron a la puerta situada frente a la que acababan de abandonar.

Una anciana muy encorvada, con un pañuelo negro anudado en la cabeza, abrióles la puerta; sin decir palabra se inclinó con una profunda reverencia ante Rogojine.

Este le hizo precipitadamente una pregunta y, sin esperar contestación, introdujo al príncipe en el departamento.

También las habitaciones de aquella parte del edificio eran tétricas y glaciales.

Sin hacerse anunciar, Rogojine entró con el príncipe en un saloncito dividido en dos por una mampara de caoba, tras la cual había, sin duda, una cama.

En un ángulo del aposento, junto a la estufa, hallábase en una butaca una viejecita que no parecía haber llegado aún a la extrema vejez. Su rostro, regordete y agradable, denunciaba que tenía buena salud; sus cabellos eran blancos y conocíase a primera vista que no estaba en su cabal juicio.

Vestía un traje negro, de lana; llevaba al cuello un gran pañuelo del mismo color y en la cabeza una cofia de deslumbrante blancura, adornada con cintas también negras.

Sus pies descansaban en un escabel.

A su lado, haciendo calceta, encontrábase otra anciana, de edad más avanzada y, como ella, vestida de negro y tocada con blanca cofia. Seguramente estaba allí para cuidar a la madre de Rogojine, y es muy probable que jamás cruzaran una palabra entre ambas.

Al entrar Parfenio con su acompañante, la primera anciana sonrió y, para demostrar su contento por la visita que le hacían, saludó repetidas veces con ligeras inclinaciones de cabeza.

—Madre mía —dijo Rogojine, después de haberle besado la mano—, te presento a mi gran amigo, el príncipe León Nikolaievitch Muichkine, con el que acabo de cambiar mi cruz. En Moscú ha sido para mí un hermano y le debo mucho. Bendícelo, madre mía, como bendecirías a un hijo. Espera, mamá, dame la mano para que te junte los dedos...

Pero sin esperar a que Parfenio le tomara la mano, la anciana se levantó y, juntando tres dedos, hizo devotamente, por tres veces, la señal de la cruz sobre la cabeza del príncipe, acompañando esta bendición con otro afabilísimo saludo.

—Bueno, vámonos ya, León Nikolaievitch —dijo Rogojine—; te he traído aquí sólo por esto.

Cuando estuvieron en el descansillo, añadió:

—No creas que mi madre ha comprendido nada de lo que le dije, y mis palabras habrán sido, de seguro, letra muerta para ella; sin embargo, te ha bendecido, lo cual demuestra que tenía ganas de hacerlo... Y ahora, adiós; ha llegado el momento de separarnos.

Y abrió la puerta.

El príncipe dirigió a Parfenio una mirada llena de tiernos reproches.

—Déjame, a lo menos, que te abrace antes de separarnos —dijo—. ¡Qué hombre tan raro! —continuó, abriendo los brazos.

Parfenio levantó también los suyos, pero al punto los dejó caer.

En su interior se libraba un terrible combate, y no queriendo abrazar al príncipe, esquivaba sus miradas.

—¡No tengas miedo! Aunque haya tomado tu cruz, no te asesinaré por un reloj —murmuró con extraña sonrisa.

Mas, de pronto, una transformación completa

le alteró el rostro: se puso pálido como la cera, temblaron sus labios y sus ojos lanzaron llamas. Levantando los brazos, atrajo al príncipe contra su pecho y le abrazó efusivamente, exclamando con voz ronca:

—¡Pues bien, tómala, ya que así lo quiere el Destino! ¡Ella es tuya, te la cedo! ¡No te olvides de Rogojine!

Dicho esto, se apartó violentamente del príncipe y, sin mirarlo siquiera, entró en sus habitaciones, cerrando con estrépito la puerta.

XXI

A las dos y media llegó el príncipe al domicilio del general Epantchine. No lo encontró, y después de dejar su tarjeta, salió hacia *La Balanza* en busca de Kolia, a quien dejaría unas letras, en caso de que no estuviese allí.

En *La Balanza* le dijeron que Nicolás Ardalionovitch había salido por la mañana temprano para comer en Pavlovsk en compañía de la generala Epantchine.

Era un magnífico día de principios de verano. Durante un buen rato, Muichkine caminó sin rumbo fijo, pues conocía muy poco la ciudad.

Con la mente inquieta y los nervios en tensión, experimentaba al mismo tiempo una imperiosa necesidad de estar solo; y lejos de hacer el menor esfuerzo para substraerse a este suplicio moral, ansiaba la soledad para abandonarse a él pasivamente.

Le disgustaba sobremanera tener que resolver las cuestiones que se presentaban a su espíritu y a su corazón.

"¿Acaso tengo yo la culpa de todo esto?" — murmuró para sí, casi sin conciencia de lo que se decía.

De pronto se encontró en la estación del ferrocarril de Tzarskoie Selo, acercóse a la ventanilla y pidió un boleto para Pavlovsk. Devorábale la impaciencia por marchar. Mas en el momento en que ponía el pie en el estribo para subir al vagón, tiró de repente el boleto que había tomado, y pensativo y perplejo salió de la estación.

Unos instantes después y ya en la calle, una idea cruzó por su mente, y al punto tuvo conciencia de una ocupación a la que se abandonaba desde hacía ya tiempo y de la cual no se diera cuenta hasta entonces. Algunas horas antes, en *La Balanza*, y acaso aun antes de llegar allí, habíase puesto de improviso a buscar algo en su derredor, pero en seguida se distrajo, y este olvido duraba una media hora cuando, con gran sorpresa suya, comenzaba nuevamente a lanzar a derecha e izquierda curiosas e inquietas miradas.

El príncipe conocía que su estado en aquellos momentos no era normal, sino análogo al que en otro tiempo precedía a sus ataques epilépticos. Sabía que durante este período precursor del acceso, estaba atrozmente distraído y a menudo producíase en su mente una confusión de las cosas y las personas, si no se fijaba en ellas con un esfuerzo supremo de especial atención.

Caminaba mirando a todos lados, con avidez, con el corazón oprimido por inexplicable angustia.

Pensó especialmente en un fenómeno que precedía a sus ataques de epilepsia, cuando éstos producíanse estando despierto.

En medio del abatimiento, del marasmo mental y de la ansiedad que experimentaba el enfermo, había momentos en que su cerebro se inflamaba repentinamente, por decir así, y todas sus fuerzas vitales alcanzaban de súbito un grado de prodigiosa intensidad.

La sensación de la vida, de la existencia consciente, se decuplicaba en aquellos instantes tan rápidos como el relámpago.

Una claridad extraordinaria iluminaba su mente y su corazón; calmábanse todas sus agitaciones, disipábanse todas sus dudas y perplejidades, resolviéndose en una armonía superior, en una tranquilidad serena y alegre, perfectamente razonable y motivada.

Pero estos momentos radiantes no eran más que el preludio de la segunda fase, a la que sucedía inmediatamente el acceso.

Llegó a un parque y se sentó en un banco. Serían alrededor de las siete; la soledad y el silencio reinaban en el parque. La temperatura sofocante presagiaba una tormenta.

Se levantó del banco y, abandonando el jardín, dirigióse a la Petersburgskaia.

"Sin duda, *ella* está en Pavlosk —se dijo—; de lo contrario, Kolia me habría dejado cuatro letras en *La Balanza*, según lo convenido".

Así, pues, si ahora iba allí, no era, sin duda, para verla.

Otro imán era el que le atraía, una curiosidad triste, punzante, una idea nueva que de pronto había cruzado por su mente.

Mas para él era ya mucho andar y saber adonde se dirigía; sin embargo, a los pocos minutos perdió el rumbo y no supo hacia qué punto iba.

Evidentemente, progresaba el estado epiléptico.

La tormenta que desde hacía largo rato se preparaba parecía próxima a estallar, anunciándose con lejanos truenos. El aire era pesado...

El príncipe no podía apartar de su imaginación el recuerdo del sobrino de Lebedeff, al que pocas horas antes conociera, y el de Rogojine.

¡Extraña asociación de ideas! Representábase al joven, a su pesar, bajo el aspecto de un asesino: "¿Vi en la casa de Rogojine un cuchillo que él mandó hacer? Pero... ¿es que ya está decidido que Rogojine tiene que matar? — exclamó el príncipe presa de súbito estremecimiento —. Es un crimen, una bajeza de mi parte, atreverme con tal cinismo a formar semejantes conjeturas..."

Al hacerse este cargo, Muichkine enrojeció vivamente, avergonzado de su sospecha, y permaneció, a causa del asombro, como clavado en el suelo.

Mil cosas acudíanle en tropel a la memoria.

Sumergido en la desesperación y en el dolor, Muichkine quiso retroceder de inmediato, volver a su casa, a su alojamiento; se volvió, en efecto, y comenzó a desandar el camino recorrido; pero al cabo de un momento titubeó, se detuvo, reflexionó y de nuevo siguió su marcha en la dirección primitiva.

Por otra parte, encontrábase ya en la Petersburgskaia y cerca de la casa donde vivía *ella*.

Y un recuerdo triste, punzante, atravesó de pronto el corazón del príncipe. Sí, punzante. Recordó lo que últimamente había sufrido al notar en ella síntomas de locura. Sufrir aquella prueba era llegar casi a la desesperación. ¿Cómo pudo dejarla partir cuando se separó de él para reunirse con Rogojine? Hubiera debido correr tras de ella, en vez de esperar que le diesen noticias de su paradero.

"Pero, ¿es posible que Rogojine no haya visto que está loca? ¡Ah! Rogojine atribuye sus extravagancias a otra causa, a una pasión desenfrenada. ¡Qué celos tan insensatos! ¿Qué significa el proyecto de que me ha hablado? ¿Qué ha querido decir?"

El príncipe se ruborizó, y algo así como un escalofrío estremeció su corazón.

"Mas, ¿a qué pensar en esto? —continuó—. No sólo ella está loca. A duras penas podríase concebir que sintiese yo un amor apasionado por esa mujer; sería inhumano, excesivamente cruel. No, Rogojine se calumnia, está dotado de un gran corazón, capaz de sentir y de compadecer. Cuando sepa toda la verdad, cuando comprenda qué digna de lástima es esa pobre criatura enferma y privada de razón, ¿no le perdonará todo lo pasado, todo lo que por ella ha tenido que sufrir? ¿No será entonces para ella un siervo, un amigo, un hermano, su providencia? ¡Oh, con cuánta ligereza le he juzgado, qué injusto he sido con Rogojine! ¡Ah! He aquí la calle; número 16, "Casa de la viuda del secretario del colegio Filisoff". Aquí es".

El príncipe llamó y preguntó por Anastasia Filippovna.

La misma dueña de la casa, que le abrió la puerta, fué quien le dijo que la joven había salido por la mañana para Pavlovsk, donde tal vez pasaría algunos días en casa de Daría Alexievna.

La señora Filisoff era una mujercilla de unos cuarenta años, de rostro afilado y ojos penetrantes, cuya mirada denotaba astucia.

El príncipe la miró con aire distraído, retirándose en seguida, camino de su alojamiento. Pero al salir de casa de la señora Filisoff no era ya el mismo que cuando llamó a la puerta.

Habíase operado en él un repentino y extraordinario cambio; de nuevo andaba pálido, débil, doliente; doblábansele las rodillas y una sonrisa vaga, extraviada, crispaba sus descoloridos labios. ¿Por qué aquel temor, el sudor frío que corría por su frente, el hielo que aprisionaba su alma? ¿Por qué acababa de ver otra vez *aquellos ojos?*

De pronto, el demonio le susurró al oído:

"Si Rogojine te espía desde por la mañana y sigue tus pasos, no dejará de ir a la casa situada en la Petersburgskaia; allí estará espiándote, a pesar de tu juramento de esta mañana, bajo palabra de honor, de que no la verías y que no habías venido a San Petersburgo con ese propósito".

Y ahora, cerca de la casa misteriosa, lo tenía allí, a cincuenta pasos de él, con los brazos cruzados, esperando, inmóvil. Era imposible no verlo, parecía haberse colocado allí para no pasar inadvertido. ¿Presentábase como acusador, como juez y no como..., como qué? Entonces, ¿por qué en vez de encararse con él, el príncipe se alejó sin demostrar que le había visto, a pesar de haberse cruzado sus miradas?

Así se desesperaba el príncipe mientras volvía de la Petersburgskaia. Cuando hubo llegado al final de la penosa y larga calle, experimentó, de pronto, un vivísimo deseo de ir inmediatamente a casa de Rogojine; y al aparecer éste, sería recibido por el príncipe con los brazos abiertos y lágrimas en los ojos; se lo contaría todo y la paz y la amistad reinarían de nuevo entre ellos... Pero había llegado a su alojamiento...

¡Qué mala impresión habíanle causado aquella fonda, aquellos sombríos corredores, sus oscuras habitaciones, la casa toda!

"Pero, ¿qué me pasa? Estoy lo mismo que una mujer enferma: presto fe a toda clase de presentimientos" — se dijo, burlándose de sí mismo, al tiempo que se detenía ante la puerta del hotel.

Entre todos los incidentes del día, uno especialmente era el que en aquel instante ocupaba su mente; mas ahora lo consideraba con sangre fría, en la plenitud de un buen sentido y no bajo el influjo de una pesadilla. Acordábase del cuchillo que viera sobre la mesa de Rogojine.

"Pero, después de todo, ¿no es dueño, acaso, Rogojine de tener sobre su mesa todos los cuchillos que quiera?" — díjose el príncipe, grandemente sorprendido de sus sospechas.

Sofocado por la vergüenza, casi desesperado, permanecía como clavado en el suelo, cerca de la puerta.

—Sí, soy un hombre sin corazón, ¡un cobarde! — añadió con irritación, e hizo un movimiento para entrar, pero... se detuvo.

Bajo aquel portón, envuelto en la penumbra debido al mal tiempo, pues habíase desencadenado la anunciada tormenta y el agua caía a torrentes, vió Muichkine una sombra que le pareció figura humana, en el fondo del zaguán, al pie de la escalera. Aquella figura, que era, sin duda, la de un hombre, debía esperar seguramente a alguien, pero desapareció en seguida.

El príncipe no tuvo tiempo de examinarlo ni de reconocerlo; hubiérale sido muy difícil, sino imposible, detallar sus rasgos fisonómicos. No obstante, Muichkine se persuadió al punto de que aquel individuo no podía ser otro que Rogojine.

Sin pensarlo más de un segundo, y con el corazón a punto de estallar, se lanzó tras él por la escalera, exclamando en tono de firme y extraña convicción: "¡Ahora lo aclararé todo!"

La escalera que con tanta precipitación subía, terminaba en los corredores del primero y el segundo pisos, a lo largo de los cuales estaban situados los cuartos de los huéspedes. Como en to-

das las casas antiguas, era una escalera de piedra, estrecha y oscura, que se desenrollaba en torno de una gruesa columna. Al nivel del primer piso, esta columna tenía una especie de hornacina en la que se podía ocultar perfectamente un hombre.

A pesar de la gran oscuridad, el príncipe notó, en cuanto puso el pie en el rellano, que alguien se había escondido en aquel hueco; y aunque habíase formado el propósito de continuar adelante, sin mirar a la derecha, no pudo por menos de volver la cabeza, apenas hubo avanzado un paso. ¡Los ojos de siempre, los *mismos* que le perseguían desde su llegada a San Petersburgo, estaban allí obstinadamente fijos en él!

El hombre oculto en el hueco adelantó también un paso y durante un segundo permanecieron ambos frente a frente, tan cerca que casi se tocaban. De pronto, el príncipe, asiendo al desconocido por los hombros, lo hizo retroceder para examinar sus facciones a la escasa luz de la escalera. Sus presunciones no habían sido equivocadas. ¡Era Rogojine!

Un relámpago brotó de los ojos de Parfenio Semenovitch; su rostro tenía una expresión feroz, su sonrisa era horrible... Levantó el brazo, blandiendo algo que brillaba en la oscuridad, y el príncipe no pensó siquiera en sujetarlo.

Al pensar en ello más tarde, decíase para sus adentros:

"¡No creo a Parfenio capaz...!"

Parecióle ver que se descorría un velo ante él; una luz *interior* iluminó su alma. Esto duró escasamente un segundo, pero Muichkine conservó un recuerdo bastante preciso del principio de la escena, de los primeros gritos que escaparon de su pecho y que ningún esfuerzo hubiera podido contener. Y acto seguido perdió el conocimiento por completo.

Era el retorno a la enfermedad que creía haber dejado para siempre.

Sabido es con qué rapidez se producen los ataques de epilepsia.

En un abrir y cerrar de ojos se transforma horriblemente el rostro; sobre todo, la alteración de la mirada es espantosa.

Fué, sin duda, esta impresión de espanto la que contuvo el brazo de Rogojine, ya levantado sobre el príncipe.

Este cayó pesadamente para atrás y rodó por las escaleras, golpeando con la nuca en los peldaños.

Rogojine, sin darse cuenta de lo ocurrido, presa de inmenso terror, saltó de cuatro en cuatro los escalones, apartó el obstáculo humano que le impedía el paso y, como un loco, salió precipitadamente de la fonda.

Sacudido por violentas convulsiones, el cuerpo del enfermo había rodado hasta el rellano de entrada. Cinco minutos después un compacto grupo de gente habíase formado en torno del desventurado príncipe, que yacía en el suelo, al parecer, sin vida.

Ante la abundancia de sangre que manaba de las heridas en la cabeza, lo primero que pensaron fué si se hallaban ante un accidente o un crimen.

Sin embargo, algunos de los presentes observaron en seguida que se trataba de un ataque de epilepsia, y uno de los huéspedes reconoció en el príncipe al viajero llegado aquella misma mañana. Gracias a una feliz coincidencia, pronto se puso todo en claro, lo que vino a desvanecer las presunciones de que pudiera tratarse de un crimen.

Kolia Ivolguine había vuelto de Pavlovsk. Inmediatamente se trasladó a la fonda donde Muichkine se hospedaba. No había regresado éste todavía y Kolia bajó al *buffet*, donde hízose servir el té para entretener el tiempo.

Absorto se hallaba Kolia oyendo las melodías del órgano, cuando, por casualidad, oyó cerca de él comentar el accidente ocurrido a una persona momentos antes, y guiado por un fuerte presentimiento, corrió al lugar donde se hallaba el herido y reconoció al príncipe.

Sin pérdida de tiempo tomáronse todas las medidas necesarias, comenzando por transportar al paciente a sus habitaciones.

Pronto volvió en sí, pero transcurrieron muchas horas antes de que pudiera explicarse lo ocurrido.

Apenas estuvo en condiciones de tenerse en pie, Kolia hizo subir al príncipe a un carruaje, conduciéndole a casa de Lebedeff, quien le acogió con las más vivas demostraciones de devoción y respeto.

A causa de este accidente, se anticipó el traslado a Pavlovsk de toda la familia.

XXII

La quinta de Lebedeff era pequeña, pero cómoda y elegante.

En el estado de debilidad física y moral en que se hallaba el príncipe, aquella casa agradóle sobremanera.

Por otra parte, desde la mañana de su salida para Pavlovsk, esto es, al día siguiente del ataque epiléptico, había comenzado a adquirir poco a poco las apariencias de un hombre sano, aunque, en realidad, sufría aún.

Era ya tarde cuando llegaron a Pavlovsk, aquel mismo día, varios visitantes para enterarse del estado de salud del príncipe; entre ellos, Gania fué el primero.

Muichkine no le conoció de momento; tan cambiado y enflaquecido estaba.

Después llegaron Varia y Ptitzine, que también veraneaban allí.

En cuanto al general Ivolguine, llegado el último, diríase que había traído con él sus penates, pues no se movía de la casa de Lebedeff ni a tres tirones. Lebedeff hacía todo lo posible para impedir que se acercase al príncipe, reteniéndole consigo.

Mas no era sólo a Ardalión Alejandrovitch a quien el dueño de la casa trataba de alejar del príncipe, sino a sus propios hijos, desde que se trasladaron a la quinta. So pretexto de que su inquilino tenía necesidad de absoluto reposo, había establecido en su derredor una especie de cordón sanitario.

En vano protestaba Muichkine contra este lujo de precauciones; Lebedeff daba una patada en el suelo y ponía en fuga a sus hijos.

—En primer lugar —dijo a guisa de justificación ante una pregunta de Muichkine—, no le tendrían el respeto debido, estando tan a menudo en contacto con usted; en segundo lugar...

—¡Basta, Lebedeff! —replicó con energía el príncipe—. Sepa de una vez por todas que esa exagerada vigilancia y ese respeto me tienen fastidiado. Cuando estoy solo me aburro soberanamente, ya se lo he dicho infinidad de veces, y usted mismo me aburre más que todo, con sus gesticulaciones y sus misteriosas idas y venidas.

Lo cierto es que Lebedeff, tan celoso de la tranquilidad del príncipe con los otros, no le dejaba en paz un segundo, entrando a cada momento en sus habitaciones sin que nadie le llamase.

Kolia entraba libremente y cuantas veces le parecía en las habitaciones del príncipe, y esta preferencia sacaba de sus casillas al celoso Lebedeff, el cual, con el oído pegado a la puerta, se pasaba a veces hasta media hora escuchando lo que hablaban los dos amigos.

El muchacho, que un día lo sorprendió *in fraganti*, no pudo por menos que comunicarlo a Muichkine.

—¿Se ha creído usted que soy su esclavo y que puede tenerme encerrado bajo llave? —dijo el príncipe a Lebedeff, y añadió vivamente airado—: ¡Tenga presente que recibiré cuantas visitas tenga por conveniente, y que iré a donde me parezca; no lo olvide usted!...

—Supongo que no va usted a recibir al matrimonio Ptitzine, ni a Gabriel Ardalionovitch, y mucho menos al general Ivolguine...

—¿Por qué no? ¡Que pase todo el mundo! Le aseguro, Lebedeff, que desde el principio ha comprendido usted mal mi situación: yo no tengo por qué ocultarme de nadie —respondió alegremente el príncipe.

Viéndole reír, Lebedeff creyó que estaba obligado a imitarle.

A pesar de estar agitado sobremanera, el cuál no podía disimular su gran satisfacción.

De pronto aparecieron en la casa los Ptitzine, Gania y Ardalión Alejandrovitch. También llegó, algo más tarde, la familia Epantchine, que tuvo conocimiento por Kolia de la enfermedad del príncipe y de su traslado a la quinta de Lebedeff.

El príncipe Chtch, que había ido a ver a Adelaida, accedió a acompañarlas.

Desde los comienzos de sus relaciones con la familia Epantchine, había oído a ésta hablar con frecuencia del príncipe Muichkine, a quien tenía muchos deseos de ver, pues se lo habían pintado como una persona muy interesante; y todo ello a pesar de conocerle ya personalmente, pues en cierta ocasión habíale tratado durante quince días en que residieron ambos en una pequeña ciudad.

Ya de entrada en la casa de Muichkine, sufrió Isabel Prokofievna la primera contrariedad al verle rodeado de tantas personas, entre las cuales había varias que no gozaban de su simpatía ni mucho menos.

A continuación, la generala, que esperaba encontrar a un moribundo, quedóse altamente sorprendida al ver que se adelantaba hacia ella un joven sonriente, vestido con elegancia y, al parecer, gozando de perfecta salud.

Lebedeff, Ptitzine y Ardalión Alejandrovitch se apresuraron a ofrecer sillas a las jóvenes.

El general ofreció asiento a Aglae, y Lebedeff hizo lo propio con el príncipe Chtch, inclinándose hasta el suelo. Varia cambió algunas frases de afectuoso saludo con las señoritas Epantchine.

—A la verdad, príncipe —dijo la generala—, creía encontrarte gravemente enfermo, de tal manera me exageraron tu estado; y, ¿por qué no decirlo?, al ver tu buen aspecto, me he indignado, pero sólo por un instante, pues no había tenido tiempo de reflexionar. Cuando reflexiono, hablo y me conduzco con sensatez; creo que lo mismo te sucede a ti. Verdaderamente, tu completo restablecimiento me ha causado más placer que si se hubiera tratado de un hijo mío. ¿Cuánto tiempo piensas permanecer aquí?

—Todo el verano o quizá más.

—¿Estás solo? ¿No te has casado?

—No, continúo soltero —respondió el príncipe, sonriendo ante la ingenuidad de la pregunta.

—¿Por qué sonríes? No sería eso una cosa del otro mundo. Hablemos de tu alojamiento; ¿por qué no has venido con nosotros? Tenemos un pabellón desocupado. En fin, haz como quieras. ¿Es ése el propietario de esta casa? —añadió en voz baja, indicando con un gesto a Lebedeff—. ¿Por qué siempre anda haciendo muecas?

En aquel momento apareció Viera, que, como siempre, llevaba el niño en brazos. Lebedeff, que andaba dando vueltas alrededor de las personas que estaban sentadas, sin atreverse a tomar asiento, en cuanto vió a su hija, se lanzó como una flecha hacia ella, haciéndole ademanes con los brazos para que se alejara de la terraza.

—¿Está loco? —preguntó, sorprendida, la generala.

—No, pero...

—Pero sí borracho, ¿verdad? Ya veo que te has rodeado de muy distinguida compañía —añadió, después de haber paseado su mirada por todos los circunstantes—. ¡Qué hermosa muchacha! ¿Quién es?

—Es Viera Lukianovna, la hija de Lebedeff —contestó el príncipe.

—¡Ah!, es muy graciosa...; quiero conocerla.

Apenas oyó Lebedeff el deseo de la generala, salió corriendo en busca de Viera para presentársela.

—¡Son huérfanos! ¡Huérfanos! —comenzó a decir con acento patético, acercándose a Isabel Prokofievna—. La niña que lleva en brazos es también huérfana; es su hermana, mi hija Luboff, nacida de legítimo matrimonio de mi esposa Elena, que, por voluntad de Dios, falleció

hace seis semanas, de resultas del parto... Esta muchacha, a pesar de no ser más que una hermana, se porta con la criatura como una madre, sí, como una verdadera madre, más que una madre...

—Y tú, *batuchka*, no eres más que un imbécil, y perdóname la franqueza, a pesar de que tú mismo no lo ignoras —exclamó la generala, presa de gran indignación.

Lebedeff se inclinó profundamente.

—¡Es la pura verdad! —repuso con el mayor respeto.

El príncipe expresó a la generala su deseo de haber ido a visitarlas no obstante su enfermedad y pese a lo avanzado de la hora.

Isabel Prokofievna contestó, mirando a todos los circunstantes, que ahora nada podría impedirle llevar a cabo sus propósitos.

Ptitzine, persona muy educada, no tardó en iniciar la retirada hacia el pabellón de Lebedeff; su deseo hubiera sido llevar consigo al curial.

Varia, que hablaba entretanto con las señoritas Epantchine, no se movió de su asiento.

Gania se retiró detrás de Ptitzine.

Durante los pocos minutos que había permanecido bajo las miradas de las señoras Epantchine, Gabriel Ardalionovitch habíase mantenido en una actitud modesta, pero digna, y sin dejarse amilanar por las severas miradas de Isabel Prokofievna, que, por dos veces, le examinó de pies a cabeza.

Los que le habían conocido en otro tiempo no podían por menos de notar el notable cambio que se había operado en el joven. Su comportamiento agradó mucho a Aglae.

—¿Es Gabriel Ardalionovitch el que acaba de salir? —preguntó de pronto.

—Sí —contestó el príncipe.

—Trabajo me ha costado reconocerle; ha cambiado de una manera extraordinaria y, justo es decirlo, en bien para él. Eso me satisface.

—Estoy muy satisfecho de ese cambio —dijo Muichkine.

—Ha estado gravemente enfermo —explicó Varia recalcando las palabras.

La observación de Aglae sorprendió y casi inquietó a su madre.

—¿En qué te parece que ha mejorado? —preguntó encolerizada Isabel Prokofievna—. Yo no veo por ninguna parte ese cambio tan ventajoso; a mi modo de ver, no está mejor ni peor que antes.

Era evidente que estaba enojadísima.

El príncipe León Nikolaievitch quiso hablar, pero, temeroso, ni abrió la boca. Unicamente Aglae parecía dueña de sí, y aun contenta.

Siempre seria y grave, la joven se levantó inmediatamente y fué a colocarse en medio de la terraza, frente al sillón en que estaba sentado Muichkine.

Todos los presentes la miraron estupefactos; sus hermanas, su madre y el príncipe Chtch, veían con manifiesto desagrado aquel nuevo capricho rayano en la inconveniencia.

De pronto aparecieron, hablando en voz alta, dos nuevos personajes. Eran Iván Fedorovitch y un joven. Ante su aparición, produjóse entre los circunstantes cierto movimiento de curiosidad.

XXIII

De veintiocho años de edad, alto y bien formado, el acompañante del general Epantchine tenía un rostro hermoso e inteligente; sus grandes ojos negros revelaban ingenio y malicia.

Aglae, sin que al parecer se hubiese dado cuenta de la llegada de otras personas, no apartaba sus ojos de Muichkine.

El príncipe comprendió de inmediato que lo hacía con segunda intención. Su situación era por demás incómoda, pero la llegada de los nuevos personajes le ayudó a modificarla.

En cuanto les vió, levantóse a medias de su asiento y dirigió de lejos un amable saludo al general.

La atención del príncipe se concentró en particular sobre el acompañante de Epantchine, sospechando que aquel joven fuese Eugenio Pavlovitch Radomsky, de quien había oído hablar mucho y en el que había pensado más de una vez. Una sola cosa le desconcertaba: tenía entendido que Eugenio Pavlovitch era militar, y el recién llegado iba vestido con ropa civil.

El general acercóse a Muichkine y lo saludó. Después presentóle a Eugenio Pavlovitch Radomsky, con estas palabras:

—Acaba de llegar de viaje, y sabedor de que venía yo a reunirme con mi familia...

—Y al enterarme de que usted también se hallaba aquí —interrumpió Eugenio Pavlovitch—, me apresuré a acompañarle, pues desde hace mucho tiempo deseaba, no sólo conocerle personalmente, sino también estrechar lazos de amistad, si es que usted me lo permite. He oído decir que estaba usted enfermo. ¿Sigue mejor?

—Muy bien, y contentísimo de conocerle. Ya le conocía por referencias y aun yo mismo le había nombrado en varias conversaciones con el príncipe Chtch —repuso León Nikolaievitch, tendiendo la mano a su visitante.

Después de aquel cambio de cumplidos de rigor, los dos interlocutores se estrecharon las manos, al tiempo que se lanzaban ambos una rápida y penetrante mirada.

La conversación no tardó en generalizarse.

El príncipe, cuya curiosidad iba en aumento, lo observaba todo, viendo lo que tal vez sólo existía en su imaginación.

No le pasó inadvertido que el traje civil de Eugenio Pavlovitch había intrigado a todos los que estaban allí reunidos. Evidentemente, este cambio de traje constituía un hecho de excepcional importancia. Adelaida y Alejandra, asombradas, interrogaban a Eugenio Pavlovitch.

El príncipe Chtch, pariente del joven, parecía muy inquieto. Iván Fedorovitch hablaba con cierta agitación.

Aglae fué la única que permaneció impasible, limitóse a mirar con cierta curiosidad a Eugenio, como para ver si aquella ropa le sentaba mejor que el uniforme militar, y volvió en seguida la cabeza a otra parte. Isabel Prokofievna se abstuvo de hacer pregunta alguna, a pesar de ser una de las más interesadas. El príncipe creyó observar que Eugenio Pavlovitch no gozaba de las simpatías de la generala.

—Yo he sido el primer sorprendido —decía Iván Fedorovitch, contestando a todas las preguntas—. No podía creerlo cuando le encontré hace poco rato en San Petersburgo. ¿Cómo explicar una determinación tan repentina?

El propio interesado se apresuró a descifrar lo que para todos era un enigma, recordándoles que mucho tiempo antes había anunciado su propósito de abandonar la carrera de las armas.

—Renuncio al servicio temporalmente, por unos meses, un año quizá —dijo, riendo, Radomsky.

—A juzgar por lo que de sus asuntos conozco, no tiene usted motivo para una determinación semejante —dijo el general Epantchine, animándose por momentos.

—¿Y mis tierras? Usted mismo me aconsejó que las visitase de vez en cuando; además, quiero ir al extranjero...

La conversación tomó bien pronto otro giro, sin que por eso se calmase la inquietud reinante.

El príncipe Muichkine, observador atento de todo lo que sucedía en su derredor, encontró demasiado exagerada esa inquietud por un hecho que, a su parecer, era tan baladí.

"Con toda seguridad, aquí se oculta algo raro" —díjose para sus adentros.

La hija de Lebedeff acercóse al príncipe, y le dijo:

—En el recibidor hay cuatro individuos que esperan hace mucho rato que usted los reciba; se presentaron gesticulando y maldiciendo, y por eso papá no quiso introducirlos a su presencia.

—¿Y quiénes son esos visitantes? —preguntó Muichkine.

—Lo ignoro. Dicen que vienen para tratar un asunto muy importante, y creo que si no se les deja entrar son capaces de detenerle en la calle. Es mejor que los reciba usted, León Nikolaievitch, librándose de ellos lo más pronto posible. Gabriel Ardalionovitch y Ptitzine están entre ellos, tratando inútilmente de hacerlos entrar en razón.

—Es el hijo de Pavlichtcheff. No vale la pena recibirle —dijo Lebedeff agitando los brazos—, no hay por qué hacerle pasar; no vale la pena que Vuestra Alteza se moleste por ellos. Y además, no le conviene...

—¡El hijo de Pavlichtcheff! ¡Dios mío! —exclamó el príncipe visiblemente turbado—. Pero si yo había encargado a Gabriel Ardalionovitch... y sé... Me han dicho que...

En aquel momento apareció Gania en la terraza, seguido de Ptitzine.

De la estancia vecina llegaba un ruido de voces alteradas, entre las que se distinguía la del general Ivolguine, que, al parecer, pretendía gritar más que todos juntos.

Kolia se apresuró a intervenir entre los alborotadores.

—Esto es interesantísimo —dijo en voz alta Eugenio Pavlovitch.

"¡También está enterado de esto!" —díjose para sus adentros el príncipe.

—¡Cómo! ¿El hijo de Pavlichtcheff? ¿Qué se le ha perdido aquí a ese joven? —preguntó sorprendido el general Epantchine, paseando su mirada por los circunstantes.

En efecto, la ansiedad se leía en los rostros y todos tenían el ánimo en suspenso. Aglae, mirando al príncipe, expresó:

—Es mejor que arregle *usted mismo* y en seguida este asunto; pero permítanos estar presentes, como testigos. Quieren deshonrarle, príncipe, y es preciso que su justificación sea un triunfo, y de ello me felicito por anticipado.

—Yo también deseo que se acabe de una buena vez con esta farsa y que la verdad resplandezca lo más pronto posible —exclamó la generala—. ¡Dales su merecido, príncipe! ¡No te andes con cumplidos! Tengo los oídos cansados de oír hablar tanto de ese asunto; ese dichoso Pavlichtcheff me tiene la sangre quemada por tu culpa. Esa entrevista será muy digna de ver; hazle pasar; nosotros continuaremos aquí. Aglae ha tenido una feliz idea. ¿Ha oído usted hablar de este asunto, príncipe? —añadió, dirigiéndose a Chtch.

—Ciertamente, señora, en su casa de usted —repuso el interpelado—, y siento curiosidad por verles la cara a esos jóvenes.

—Son nihilistas, ¿verdad?

—No, no —dijo Lebedeff, presa de gran agitación, acercándose a los dos interlocutores—; pertenecen a otro grupo, a un grupo especial. Según afirma mi sobrino, son de ideas más avanzadas que los nihilistas. Se equivoca Vuestra Excelencia si cree que con su presencia logrará intimidarlos; entre los nihilistas no escasean los hombres instruídos, incluso hasta sabios; pero éstos van mucho más allá, pues son hombres de acción... Por lo tanto, príncipe, yo le aconsejaría...

Pero Muichkine habíase levantado ya para abrir la puerta a los visitantes.

—Les calumnia usted, Lebedeff —dijo sonriendo—; usted tiene siempre sobre su corazón la mala conducta de su sobrino. No le crea usted, Isabel Prokofievna. Sin embargo, no me agradaría recibirles aquí, delante de todos. Permítame, pues, que una vez que se los haya presentado, me retire con ellos a otra habitación... Tengan la bondad de pasar, señores.

Era otra la idea que le inquietaba, atormentándole cruelmente: ¿aquel asunto no era una jugada que alguien habíale preparado? ¿Aquellos jóvenes no se presentaban aconsejados por alguien que les hubiese asegurado que de ese modo, ante tan numerosos testigos, la confusión del príncipe daría el triunfo?

Pero al instante Muichkine reprochóse amargamente a sí mismo "su pérfida y monstruosa desconfianza". Hubiera muerto de vergüenza si

alguno pudiese leer en su mente los pensamientos que le agitaban; y cuando entraron sus visitantes estaba persuadido de que valía infinitamente menos que cualquiera de las personas que le rodeaban.

Aparecieron en la terraza cuatro individuos, seguidos por el general Ivolguine, encendido como la grana y en vena de hacer alardes de elocuencia.

"Seguramente, ése está de mi parte" —díjose el príncipe con una sonrisa.

Kolia, que se había unido al grupo, hablaba con gran vehemencia a Hipólito, que era uno de la partida y escuchaba a su amigo con expresión burlona.

El príncipe ofreció asiento a sus visitantes. Estos eran todos muy jóvenes, casi niños, y su extrema juventud hacía aún más insólita aquella visita.

Iván Fedorovitch Epantchine, que nada sabía de lo que pasaba, se indignó a la vista de aquellos jovenzuelos, y seguramente hubiera protestado de algún modo, de no haberle contenido el apasionado interés, incomprensible para él, que se tomaba su esposa por todo lo que al príncipe se refería.

Acompañaba también a los jóvenes un antiguo conocido nuestro: el ex oficial del ejército, transformado en boxeador, que perteneciera a la banda de Rogojine.

Adivinábase que se había unido a los jóvenes para prestarles su ayuda moral, y, si llegaba el caso, también material.

El que pasaba por hijo de Pavlichtcheff, aunque se había presentado bajo el nombre de Antipas Burdovsky, era un joven de veintidós años, rubio, alto y de extremada flacura. Distinguíase por la pobreza de su indumentaria.

Al entrar hicieron todos algunas reverencias. Estaban cohibidos, a despecho del aire imponente que se daban para disimular su turbación.

—Antipas Burdovsky —tartamudeó precipitadamente "el hijo de Pavlichtcheff", haciendo su propia presentación.

—¡Vladimiro Doktorenko! —dijo, recalcando mucho las sílabas y con cierto orgullo, el sobrino de Lebedeff.

—¡Keller! —exclamó el ex oficial.

—Hipólito Terentieff — dijo el tísico con voz chillona.

Al terminar las presentaciones, tomaron asiento, formando fila ante el príncipe.

Todos deseaban hablar, y, sin embargo, ninguno despegaba los labios: esperaban con aire de reto.

"¡No, amiguito, tú no nos atraparás!" —decían claramente aquellos rostros.

Era evidente que apenas empezara a hablar uno, todos lo harían al mismo tiempo.

XXIV

—Señores, no esperaba su visita — comenzó diciendo el príncipe —; he estado enfermo hasta hoy. Hace un mes —añadió, dirigiéndose a Antipas Burdovsky— puse su asunto, según le hice saber oportunamente, en manos de Gabriel Ardalionovitch Ivolguine. Por lo demás, yo no me niego a tener con usted una entrevista; pero le propongo que pasemos a otra habitación y siempre que no me haga perder mucho tiempo, pues, como ve, estoy atendiendo a unos amigos...

—Sus amigos..., eso se cree usted —interrumpió el sobrino de Lebedeff con brusquedad, pero sin levantar la voz—; me ha de permitir que le digamos que podía emplear un poco más de educación con nosotros; hace dos horas que esperamos en la antesala.

—Sin duda..., procede como un príncipe — apoyó Antipas Burdovsky—. ¿Me ha tomado... por su lacayo?

—¡Así proceden los príncipes! —chilló Hipólito.

—Si esto lo hubieran hecho conmigo —refunfuñó el pugilista—, es decir, si hubiera sido asunto mío, yo, en lugar de Burdovsky...

—Señores, les aseguro que yo ignoraba que me estuvieran esperando; acaban de decírmelo; pueden ustedes creerme.

—No tememos a sus amigos, porque estamos seguros de nuestros derechos —dijo el sobrino de Lebedeff.

De nuevo hízose oír la voz silbante de Hipólito.

—¿Con qué derecho trata usted de someter al juicio de sus amigos el caso Burdovsky? Nos negamos en absoluto a ello.

El príncipe estaba consternado; no le era permitido pronunciar ni una sola palabra.

—Si no quiere usted hablar aquí, señor Burdovsky, le renuevo mi proposición de pasar a otro aposento; repito que hace sólo un momento...

—¡Usted no tiene derecho! ¡No señor, ningún derecho!... Sus amigos... ¡Eso es! —tartamudeó Burdovsky paseando su mirada desafiante por todos los concurrentes, exaltándose a medida que se sentía menos seguro de sí mismo—. Repito que...

Calló bruscamente, y adelantando el busto fijó en el príncipe la mirada interrogadora de sus grandes ojos miopes y surcados de pequeñas venas rojas.

—¡León Nikolaievitch! —dijo repentinamente la generala—; toma, lee esto en seguida, ahora mismo; es algo que se refiere directamente a esta cuestión.

Y con brusco ademán tendióle un periódico satírico, al tiempo que con el dedo le señalaba un artículo para que fijara en él la atención.

—¿No sería mejor que lo leyese luego solo, y no aquí, en voz alta? —balbuceó el príncipe, presa de gran turbación.

—¡Pues bien, lee tú, Kolia, y en voz alta! — exclamó la generala arrebatando el periódico de las manos del príncipe para entregárselo al muchacho, y añadió: —¡No dejes de leerlo en voz muy alta, para que todo el mundo se entere!

Kolia desdobló el periódico y comenzó a leer en voz alta el siguiente artículo, señalado con lápiz por Lebedeff:

PROLETARIOS Y VÁSTAGOS; HISTORIA DEL PILLAJE DEL DÍA Y... DE TODOS LOS DÍAS. ¡PROGRESO! ¡REFORMA! ¡JUSTICIA!

Suceden cosas extrañas en nuestra Rusia, llamada santa.

Uno de los vástagos de nuestra difunta aristocracia (De profundis!) ha sido protagonista de una singular aventura.

Los abuelos de este vástago habíanse arruinado en la ruleta y su padre se vió obligado a servir como oficial en el ejército, y menos mal que se le ocurrió morirse la víspera de comparecer ante un Consejo de guerra que lo había de juzgar por una inocente distracción de los fondos públicos.

Hace apenas seis meses, llegó nuestro protagonista a Rusia, es decir, en pleno invierno pasado, calzando polainas como un extranjero y temblando de frío bajo un pobre abrigo.

Procedía de Suiza, donde había sido tratado con éxito de idiotismo.

Fuerza es confesar que la suerte le ha prodigado con él sus dones, pues aparte de la curación de su interesante enfermedad (¿es curable el idiotismo?), desde la cuna le sonrió constantemente la felicidad.

Era un niño de pecho nuestro aristócrata cuando perdió a su padre, que, como hemos dicho, era oficial del ejército y murió en el momento que debía comparecer ante un Consejo de guerra por haber perdido en el juego todo el dinero de la caja de su compañía y por haber ordenado azotar de un modo inhumano a uno de sus subordinados.

El huérfano fué recogido por un rico propietario ruso. Este personaje, al que llamaremos P..., era uno de esos holgazanes, de esos parásitos rusos, que llevan en el extranjero una vida depravada y pasan los veranos en los balnearios de moda y el invierno en París.

El despreocupado P... educó principescamente al huérfano, confiándolo a los cuidados de preceptores e institutrices (bonitas sin duda) traídos ex profeso de París. Pero el aristocrático niño, último vástago de una noble raza, era idiota.

Las institutrices perdieron lastimosamente el tiempo, pues el discípulo llegó a los veinte años sin haber aprendido a hablar en ninguna lengua, ni siquiera en ruso.

Sin desanimarse por esto, P... tuvo una idea genial: creyó que la inteligencia era algo que se podía adquirir con dinero, y mandó a su protegido a Suiza, poniéndolo bajo la observación y los métodos de un célebre profesor. Allí permaneció el enfermo durante cinco años, costando millares de rublos que adquiriese las apariencias de hombre, ya que su imbecilidad era incurable. Entretanto, P... murió súbitamente, sin haber hecho testamento y dejando embrollados todos sus asuntos. Como por encanto surgieron multitud de codiciosos herederos, que no tuvieron ninguna consideración para con el vástago aristócrata que, a expensas del difunto, trataba de curarse en Suiza de su idiotismo.

A pesar de su idiotez, el vástago principesco trató, consiguiéndolo, de engañar al médico, y durante dos años más permaneció en la casa de salud, gratuitamente, ocultando el fallecimiento de su bienhechor.

Pero el profesor, que no era tonto, inquieto por la tardanza en recibir la paga de su pensionista, y asustado por su gran apetito, le hizo calzarse las polainas, le regaló un capote inútil para él y metiéndolo en un vagón de tercera, lo mandó a Rusia.

Parecía que la fortuna le volvía las espaldas, pero no era así.

Casi al mismo tiempo que llegaba a San Petersburgo, moría en Moscú un pariente de su madre, un viejo comerciante, sin hijos, que dejaba una herencia de varios millones en dinero contante y sonante, todo lo cual pasó a nuestro vástago, el aristócrata de las polainas.

En derredor de nuestro vástago y sus polainas, que de buenas a primeras sale enamorándose de una famosa mujer galante, se reúne repentinamente una multitud de amigos y parientes improvisados; es más, numerosas jóvenes de la nobleza se lo disputan por marido. ¿Podían, ni en sueños, encontrar un marido semejante? Aristócrata, millonario e idiota... Casi nada; el ideal de la mayoría de las mujeres...

—¡Esto es... nauseabundo! —expresó Iván Fedorovitch.

—No sigas, Kolia —suplicó el príncipe.

De todas las bocas salían exclamaciones de asombro.

—¡Que lea, que lea, que lea, diga lo que diga! —exclamó Isabel Prokofievna, que hacía esfuerzos sobrehumanos para contenerse.

El muchacho, con el rostro encendido y trémula la voz, continuó la lectura del artículo:

Pero mientras nuestro joven millonario se encontraba en sus glorias, sobrevino un suceso que le amargó su dicha.

Una mañana presentóse en su casa un joven de rostro apacible y severo, de gran distinción a pesar de sus humildes vestidos.

Con lenguaje cortés, pero enérgico, expúsole brevemente el objeto de su visita. Era abogado, e iba en nombre de un cliente suyo. Representaba al hijo único de P..., que no lleva el apellido paterno.

El libertino P... había seducido en su juventud a una muchacha pobre y honrada. Apenas supo que su amante estaba encinta, P... apresuróse a casarla con un hombre de noble carácter que desde hacía tiempo estaba enamorado de la joven. Al principio, ayudaba con dinero a aquella familia, pero bien pronto hubo de renunciar a su protección, porque el marido, con su nobleza de alma, negóse a recibir, de él auxilios.

Poco a poco, el despreocupado propietario olvidó a su antigua amante y al hijo nacido de aquellas relaciones, y murió, como hemos dicho, sin testar.

El hijo de P..., nacido después del matrimonio de su madre, encontró un verdadero padre en el hombre generoso cuyo apellido llevaba. Pero, habiendo muerto éste, el pobre huérfano se encontró solo para atender a su propio sustento y al de su madre enferma, que se había quedado paralítica de ambas piernas.

Mientras ella residía en una provincia lejana, el joven dedicóse en la capital a dar lecciones a domicilio, y así, con un trabajo intenso y penoso, logró hacer frente a todas las necesidades.

La muerte de la madre no alivió en gran parte la situación precaria del infortunado joven.

Ahora, he aquí la cuestión principal: si este vástago fuese un hombre justo y de noble corazón, ¿cómo debía haber razonado?

Indudablemente, el lector creerá que lo hizo en la siguiente forma: "Durante toda mi vida, P... me colmó de beneficios, gastando millares de rublos en educarme y mantenerme en Suiza en una casa de salud. Ahora, empero, poseo millones, y el hijo de P..., ese noble joven, inocente de las culpas de un padre libertino y despreocupado, se mata inútilmente yendo de casa en casa para dar lecciones. En rigor de justicia, todos los beneficios de que he sido colmado hubieran debido ser dispensados a él. Las enormes sumas que por mí gastó no me pertenecían; las he disfrutado por un error de la ciega fortuna, y lo natural y correcto sería que vuelvan a las manos de su hijo, pues es éste quien debía disfrutar de esos beneficios, y no yo. Así, pues, como hombre verdaderamente noble, delicado y justo, yo debería ceder la mitad de mi herencia al hijo de mi bienhechor.

Pues bien, señores, esos vástagos de familias ilustres no razonan así.

El abogado, que sólo por la amistad que le une al joven, y casi a su pesar, se encargó le este asunto, invocó en vano todos los sentimientos de justicia, de delicadeza, de honor y aun de simple conveniencia: el antiguo huésped de la casa de salud se mostró irreductible.

Todo esto, empero, sería nada en comparación de lo que sigue, que es verdaderamente imperdonable y no halla excusa en ninguna perturbación mental: este millonario improvisado no quiere comprender que el noble joven que está perdiendo su salud de tanto trabajar le pedía, no una limosna ni un socorro, sino algo que le pertenecía en justicia.

Con la tranquila insolencia de un ricachón parapetado detrás de sus millones, nuestro vástago sacó de su cartera un billete de cincuenta rublos y lo remitió al noble joven a manera de humillante limosna.

Desde luego que aquellos cincuenta rublos fueron devueltos a su magnánimo dador, o, mejor dicho, arrojados a su rostro.

El asunto no es de la incumbencia de los tribunales y, por consiguiente, no queda otro recurso que someterlo al juicio de la opinión pública.

Y esto es lo que nosotros hacemos, respondiendo al lector de la exactitud de los hechos consignados.

Cuando Kolia hubo terminado, pasó vivamente el periódico al príncipe, y sin decir palabra fué a refugiarse en un rincón de la terraza, invadido de un inexplicable sentimiento de confusión y de vergüenza.

El resto de la tertulia no estaba menos impresionado.

Las señoritas Epantchine sentíanse incómodas y abochornadas. Isabel Prokofievna, irritadísima.

El príncipe, como suele suceder a las personas tímidas, estaba tan avergonzado y sentíase tan humillado por sus visitantes, que en el primer momento no osó levantar los ojos hacia ellos.

Ptitzine, Varia, Gania y el propio Lebedeff estaban también turbadísimos. Y, cosa realmente extraña, Hipólito y el supuesto hijo de Pavlichtcheff parecían algo sorprendidos; el disgusto del sobrino de Lebedeff era visible.

Unicamente el pugilista permanecía impasible, retorciéndose los bigotes con acompasada gravedad.

—Estas son cosas del diablo —refunfuñó Iván Fedorovitch—. No hay duda que se han tenido que reunir cincuenta lacayos para escribir este artículo.

—Permita usted, señor, que le pregunte con qué derecho hace suposiciones tan injuriosas —dijo Hipólito, trémulo de ira.

—En primer lugar —dijo el general, dirigiéndose a Hipólito—, no le he autorizado para que me apee el tratamiento; y en segundo término, no tengo por qué darle ninguna explicación.

También estaba indignado con Isabel Prokofievna, por no dar señales de que pensara retirarse.

—¡Señores, señores! Déjenme hablar —exclamó el príncipe, agitado y anhelante—; les ruego que hablemos de modo que podamos entendernos. Dejo a un lado el artículo, limitándome a decir que es falso desde el principio hasta el fin, y esto lo saben ustedes perfectamente. ¡Es una vergüenza! Me sorprende que uno de ustedes haya sido capaz de escribir semejantes calumnias.

—Yo ignoraba la existencia de semejante artículo, y lo desapruebo —repuso Hipólito.

—Yo sabía que había sido escrito, pero no hubiera aconsejado su publicación, a lo menos por ahora —observó el sobrino de Lebedeff.

—Por mi parte..., yo tenía el derecho..., yo... —comenzó a balbucear Antipas.

—¡Cómo! ¿Fué usted el que redactó eso? —interrumpió el príncipe, contemplando con curiosidad a Burdovsky—. ¿Es posible?... Pero, en fin, oigan lo que quería decir; puesto que han dado a la publicidad este asunto, ¿por qué se mostraron ofendidos cuando comencé yo a hablar en presencia de mis amigos?

—¡Al fin! —exclamó la generala.

Lebedeff, sin poder contenerse, precipitóse en medio de los interlocutores, gritando:

—¿Se olvida, príncipe, de que si ha accedido a recibirlos ha sido por exceso de bondad, ya que no tenían derecho a solicitar semejante honor, desde el momento que Gabriel Ardalionovitch ha asumido el encargo de arreglar este asunto, lo que, dicho sea de paso, ha sido otro exceso de bondad por parte de Vuestra Alteza? Diga usted una sola palabra, y serán arrojados a la calle; yo, como dueño de casa, me encargo de ello.

—¡Muy bien dicho! —terció con voz estentórea el general Ivolguine.

—Basta, Lebedeff, basta... —comenzó a decir el príncipe, pero un clamor de indignación apagó sus palabras.

—Usted perdone, príncipe; esto no puede quedar así —replicó el sobrino de Lebedeff, casi a gritos—. Ahora es necesario poner este asunto en claro, pues es indudable que nadie lo entiende.

—A eso voy, señores —exclamó el príncipe—. Pero antes permítanme que les diga que han equivocado el camino. Ustedes han publicado ese artículo, en la suposición de que yo me iba a negar a satisfacer la demanda del señor Burdovsky; por lo tanto, han querido intimidarme y vengarse prematuramente de una supuesta negativa mía. Pero, ¿cómo podían adivinar mis intenciones? ¿No era posible, también, que yo hubiera resuelto dar lo que pide el hijo de Pavlichtcheff? Pues bien, en este momento, declaro sin rodeos, delante de todos ustedes, que satisfaré...

—¡Por fin! ¡He aquí las palabras nobles e inteligentes de un hombre inteligente y noble! —exclamó el pugilista.

—¡Esto es intolerable! —refunfuñó el general.

—¡Dios mío! —exclamó involuntariamente Isabel Prokofievna.

—Permitan ustedes, señores, que me explique —dijo el príncipe—. Hace cinco semanas, encontrándome en Z..., recibí la visita de Tchebaroff, abogado de usted, señor Burdovsky. Usted, señor Keller, que es el autor del escrito, ha hecho de este hombre un retrato demasiado lisonjero en su artículo —prosiguió Muichkine dirigiéndose al pugilista—. Comprendí al punto que ese Tchebaroff era el alma de esta intriga y el que, hablando con franqueza, señor Burdovsky, habíale inducido a presentar su reclamación, abusando de su simplicidad... Contesté a Tchebaroff que apenas regresara a San Petersburgo encargaría a un amigo mío este asunto y que en seguida se lo haría saber al señor Burdovsky. No vacilo en decirles, señores, que la intervención de Tchebaroff fué únicamente lo que me hizo sospechar que se trataba de una estafa... ¡Oh, no se ofendan por mis palabras, señores, por Dios, no sean tan susceptibles! —exclamó el príncipe, asustado al observar que Antipas se indignaba y los otros empezaban a protestar—. He dicho que vi en esto una tentativa de estafa, pero no por parte de ustedes. En aquel entonces, yo no conocía a ninguno de ustedes, ni siquiera de nombre; estoy juzgando solamente a Tchebaroff..., y hablo así y desconfío porque ustedes no pueden imaginarse las estafas que he sufrido desde que recibí esa herencia.

—Príncipe, es usted excesivamente ingenuo —observó en tono burlón el sobrino de Lebedeff.

—Y además, príncipe y millonario —añadió Hipólito—. Sin embargo, a pesar de su inocencia y de su buen corazón, no puede substraerse a la ley común.

—Es posible, muy posible, pero no sé a qué ley común se refiere usted —repuso el príncipe—. Continúo, pero les ruego que den a mis palabras el verdadero sentido que yo quiero darles y no vean en ellas motivo de ofensa para ustedes, pues no entra en mis intenciones herirles en lo más mínimo. En primer lugar, quedé estupefacto cuando me dijo Tchebaroff que existía un hijo de Pavlichtcheff y que este hijo se hallaba en la miseria. Pavlichtcheff fué mi protector y amigo de mi padre. ¡Ah! ¿por qué, señor Keller, imputa a mi padre hechos absolutamente falsos? Jamás malversó cantidad alguna perteneciente al ejército ni maltrató a ninguno de sus subordinados; de esto estoy completamente seguro. ¿Cómo pudo escribir tal calumnia? Igual cosa puede decirse de sus afirmaciones respecto a Pavlichtcheff. De un hombre que era la nobleza personificada, dice que era un libertino; sepa, señor Keller, que era el hombre más casto que jamás haya existido sobre la tierra. En cuanto a su buen corazón y a sus nobles acciones, no tengo palabras para ensalzarlos bastante... Razón tiene usted para decir que yo era entonces un idiota y que nada podía comprender (el ruso, sin embargo, lo hablaba y lo comprendía); pero podía apreciar todo lo que hoy recuerdo...

—Permítame —exclamó Hipólito—, ¿no es demasiado sentimentalismo ya? No olvide que no somos chiquillos. Vaya, pues, derecho al asunto, pues son ya más de las nueve.

—Sea, no me detendré más —replicó el príncipe—. Al principio acogí esta noticia con desconfianza; pero, pensándolo con más detenimiento, me dije que tal vez habíame engañado a mí mismo y que podía muy bien ser que Pavlichtcheff tuviese un hijo. Pero llamó poderosamente mi atención la facilidad con que ese hijo deshonraba a su madre, pues ya Tchebaroff, en nuestra entrevista, me amenazó con la publicidad...

—El hijo no es responsable de los desórdenes de su padre ni la madre es culpable —añadió con vehemencia Hipólito.

—Razón de más para evitar... —observó con timidez Muichkine.

—¿Qué derecho tiene usted para...? —chilló Burdovsky.

—¡Ninguno, ninguno! —apresuróse a reconocer Muichkine—. Si he hablado de esto, señores, fué porque me parece imposible que un hijo lance a la publicidad un secreto de tal naturaleza... Pues bien, señores, esto es precisamente lo que me ha convencido de que Tchebaroff es un perfecto canalla, que impulsa a este muchacho a cometer una tentativa de estafa.

—¡Esto es imposible! —exclamaron casi levantándose de sus asientos los visitantes.

—¡Calma, señores! De aquí mi fundada creencia de que el pobre señor Burdovsky es un alma sencilla e indefensa, muy a propósito para servir de instrumento a ese ladrón; he aquí por qué me considero obligado a serle útil como a "hijo de Pavlichtcheff", empezando por arrancarle de las garras de Tchebaroff, y constituyéndome en su guía leal y sincero; en fin, por eso he resuelto entregarle diez mil rublos, es decir, la equivalencia de lo que, a mi entender, ha gastado en mí Pavlichtcheff.

—¡Cómo! ¿Sólo diez mil? —exclamó Hipólito.

—Príncipe, o no está usted muy fuerte en aritmética o sabe demasiado; aunque yo creo esto último, a pesar de su aire bondadoso —dijo a su vez el sobrino de Lebedeff.

—No acepto diez mil rublos —declaró Burdovsky.

—¡Acéptalos, Antipas! —murmuróle al oído Keller, que corrió a colocarse detrás de él al escuchar la negativa—. ¡Toma esto como un adelanto; de lo otro ya hablaremos más tarde!

—Permítame, señor Muichkine —vociferó Hipólito—; haga el favor de no tomarnos por imbéciles, a pesar de que sus amigos y estas seño-

ras parecen convencidos de ello, pues nos miran sonriendo de una manera despreciativa...

—Todavía no me han comprendido ustedes —dijo con voz agitada el príncipe—. En primer lugar, señor Keller, en su artículo exagera la importancia de mi fortuna; estoy muy lejos de ser millonario como a cada momento están diciendo; mi capital no llega, quizá, ni a la octava parte de lo que usted supone. En segundo lugar, calculo yo con mucha largueza mis gastos en Suiza; Schneider sólo cobraba seiscientos rublos anuales por mi pensión y únicamente cobró tres anualidades. En cuanto a las institutrices que Pavlichtcheff hizo venir de París, es una prueba más de la frondosidad de su imaginación, señor Keller; se trata, pues, de otra calumnia. Repito, por lo tanto, que mi protector estuvo muy lejos de gastar en mí diez mil rublos; yo he señalado esa cantidad, y todos convendrán conmigo en que tratándose de liquidar una cuenta no puedo ni debo dar más de lo que he recibido; el propio señor Burdovsky podría ofenderse si yo me atreviese a aumentar esa suma, pues tendría derecho a calificarlo como una limosna. Yo no sé, señores, cómo ustedes no comprenden esto. Por lo demás, mi intención no era limitarme a esto; quería intervenir amigablemente, a efectos de hacer más llevadera la vida del pobre señor Burdovsky. Sin duda le engañaron, pues de lo contrario no se hubiera prestado a tal bajeza como es deshonrar a su propia madre, según se hace en el artículo del señor Keller... ¿Por qué se encolerizan ustedes? ¿Es que no vamos a poder entendernos? Pues bien; los hechos vinieron a darme la razón; he podido ver con mis propios ojos que no andaba equivocado en mis conjeturas; ¡todas mis sospechas se han confirmado! —añadió Muichkine con vehemencia.

El príncipe quería calmar a sus oyentes, pero sus palabras, lejos de conseguirlo, no tenían otra virtud que la de exasperarlos aún más.

—¿Cómo? ¿De qué está usted convencido? —le preguntaron furiosos.

—Con su visita, el señor Burdovsky me ha brindado la ocasión de poder ver por mí mismo de qué clase de persona se trataba; no me imaginaba que fuera tan... cándido. Por lo mismo, quiero ser indulgente con él... Pues bien, como ya les dije, encargué este asunto a Gabriel Ardalionovitch, y hacía tiempo que no tenía noticias suyas, porque yo estaba ausente y en cuanto llegué a San Petersburgo caí enfermo, teniendo que guardar cama por espacio de tres días; pero, hace escasamente una hora, supe por el propio Gabriel Ardalionovitch los designios nada honrados de Tchebaroff, asegurándome que tiene en su poder las pruebas necesarias para demostrar que se trata de una tentativa de estafa. No ignoro, señores, que son muchas las personas que me tienen por idiota, y la fama que me han dado de estar siempre dispuesto a aflojar los cordones de mi bolsa, hizo pensar a Tchebaroff que sería muy fácil poder robarme impunemente, explotando mi reconocimiento hacia Pavlichtcheff. Pues bien, señores, presten atención a lo que voy a decirles: ¡Antipas Burdovsky no es hijo de Pavlichtcheff! Gabriel Ardalionovitch acaba de comunicarme tan importante descubrimiento, asegurándome que se ha procurado las pruebas de ello. ¿Qué dicen ustedes a esto? Otra jugada que añadir a las muchas que ya me han hecho, ¿no es cierto? Tiene pruebas irrefutables, ¿se han fijado bien? Por eso repito que Tchebaroff es un canalla. Ha engañado al pobre señor Burdovsky y a todos ustedes, señores, que vinieron aquí noblemente para apoyar a su amigo (¡que buena falta le hace que lo apoyen!); ha abusado de la credulidad de ustedes para procurar llevarles a intentar una escandalosa estafa.

—¡Cómo! ¿Una estafa? ¿Así que no es hijo de Pavlichtcheff? ¡Esto no es posible!...

—¡Tal como suena, una estafa! El asunto, mirado superficialmente, es que el señor Burdovsky no es hijo de Pavlichtcheff; por lo tanto, según el código penal, esto constituye una tentativa de estafa (suponiendo, desde luego, que él supiese la verdad); pero yo estoy seguro de que ha obrado de buena fe... En fin, la cuestión es que no existe tal "hijo de Pavlichtcheff"; pero, a pesar de que todo ha sido una farsa, mantengo mi ofrecimiento y estoy dispuesto a entregar diez mil rublos como una ofrenda a la memoria de Pavlichtcheff. Antes de que apareciera el señor Burdovsky, ya había yo decidido con ese dinero fundar una escuela, para honrar la memoria de mi protector; pero la honraré igualmente ofreciendo este dinero al señor Burdovsky, que a pesar de no ser hijo de Pavlichtcheff, como a tal lo trató. Esta circunstancia es la de que se ha valido un bribón para engañarlo. Escuchen, pues, señores, a Gabriel Ardalionovitch; hay que terminar para siempre con este asunto; cálmense y vuelvan a tomar asiento, les repito, que Gabriel Ardalionovitch va a explicarnos de inmediato todo lo que ha podido averiguar respecto a este malhadado asunto. He sabido por él que su madre vive, señor Burdovsky; Gabriel Ardalionovitch ha hablado con ella; ya ve, pues, cómo miente el artículo del señor Keller...

Gabriel Ardalionovitch había permanecido hasta entonces mudo espectador de la escena que allí se desarrollaba; pero, requerido por el príncipe, acercóse a él, y, con voz tranquila y firme, comenzó a darle cuenta de las gestiones que por su orden había llevado a cabo. Todo el mundo, y en particular los cuatro jóvenes, hicieron el más profundo silencio para no perder palabra de lo que iba a decir Gania.

—No me negará usted —dijo Gania, dirigiéndose a Antipas, que, asombrado, le escuchaba con la boca abierta y mirándole con ojos atónitos— que nació dos años después del casamiento de su honrada y virtuosa madre con el señor Burdovsky, en aquella época secretario de un colegio. Nada más fácil, por correlación de los hechos, que establecer la fecha exacta de su natalicio; por lo tanto, las versiones sentadas por el señor Keller en su artículo, tan ofensivas para su madre y aun para usted mismo, son completamente gratuitas. Casualmente, por conducto de mi hermana Bárbara Ardalionovna de Ptitzine, he obtenido de su íntima amiga Viera Alexievna Zoubkoff, viuda y propietaria, una carta que le escribiera hace veinticuatro años Nicolás Andreievitch Pavlichtcheff, a la sazón residente en el extranjero. Puesto en relaciones con Viera Alexievna, me dirigí, siguiendo sus indicaciones, al coronel retirado Timofei Fedorovitch Viazovkine, pariente lejano y en otros tiempos gran amigo de Pavlichtcheff, y el coronel puso en mis manos otras dos cartas escritas por aquél desde el extranjero. Estos tres documentos, las fechas y los hechos que en ellos se consignan, prueban de una manera irrefutable que dieciocho meses antes que usted naciera, señor Burdovsky, Nicolás Andreievitch marchó al extranjero, donde permaneció tres años consecutivos. Su madre, usted no lo ignora, jamás salió de Rusia...

Las palabras de Gania causaron una sensación profunda. Un movimiento general produjose entre los concurrentes y el propio Burdovsky se puso en pie violentamente.

—Si es verdad todo lo que usted ha dicho, fuí engañado, no por Tchebaroff, sino por otras personas, y de esto hace ya mucho tiempo —dijo el frustrado hijo de Pavlichtcheff—. Renuncio a los diez mil rublos...; desisto de todo... ¡Adiós!...

Tomó su gorra e hizo ademán de marcharse.

—Espere usted, aunque sólo sea por cinco minutos —le dijo con tono afectuoso Gania—. Debo revelarle todavía ciertos hechos de mucha importancia, sobre todo para usted, y, además, en extremo curiosos.

Burdovsky volvió a sentarse silencioso y con la cabeza baja.

El sobrino de Lebedeff, que también habíase puesto de pie para acompañar a su amigo, imitó a Antipas. Doktorenko parecía contrariado. Hipólito revelaba a la vez que enojo la más viva sorpresa. Tuvo en aquel momento un acceso de tos y retiró manchado de sangre el pañuelo que se había llevado a los labios.

Keller estaba aterrado.

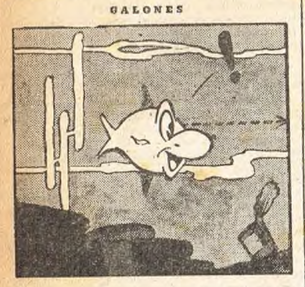
—¿Recuerdas, Antipas, que te dije hace dos días que a lo mejor no eras hijo de Pavlichtcheff? —balbuceó con acento lastimero.

Los concurrentes, a pesar de la gravedad del momento, no pudieron menos que volver la cara para reírse; algunos soltaron la carcajada.

—Deseo únicamente —prosiguió Gania, mientras en el auditorio se producía un movimiento de cansancio— dejar bien sentado que si Pavlichtcheff se mostró generoso con su madre de usted, señor Burdovsky, fué porque ésta era hermana de una muchacha de la que Pavlichtcheff estuvo enamorado en su primera juventud, y con la que se hubiera casado, sin duda, de no haber muerto ella repentinamente. Tengo pruebas de que esta circunstancia, absolutamente cierta, no dejó más que un vago recuerdo, el cual el tiempo ha borrado por completo. Podría añadir que, cuando su madre de usted contaba diez años de edad, fué recogida por Pavlichtcheff, quien encargóse de su educación, dotándola después con largueza. Esta benevolencia inquietó a los parientes de Nicolás Andreievitch, los cuales supusieron que pensaba casarse con su protegida; pero se engañaron, pues cuando su madre de usted cumplió los veinte años, contrajo nupcias con el señor Burdovsky; podría demostrar también de modo palpable que la joven se casó verdaderamente enamorada de su marido. De los datos que he podido reunir resulta que su padre de usted, el señor Burdovsky, en cuanto cobró los quince mil rublos que constituían la dote de su esposa, abandonó su empleo para lanzarse a empresas comerciales; pero como era un hombre desprovisto de espíritu práctico, le engañaron en todos los negocios que planteó, perdió todo su capital y, para olvidar aquel fracaso, entregóse a la bebida, y el alcohol llevóle muy pronto al sepulcro, ocho años después de su casamiento. La pobre viuda —ella misma me lo ha contado— quedó en la mayor miseria, y seguramente hubiera muerto de inanición, a no ser por la generosidad de Pavlichtcheff, que le asignó una pensión anual de seiscientos rublos. Además, existen infinitas pruebas de que le profesaba a usted gran afecto durante su niñez. De todos estos testimonios, confirmados por su propia madre, resulta que si Pavlichtcheff le amaba a usted, era por su delicado estado de salud, pues en su infancia parecía usted tartamudo, enfermizo y en extremo delicado. Está demostrado, también, que Nicolás Andreievitch sentía marcada predilección por los desgraciados que sufrían de algún mal, especialmente si eran niños. Este hecho reviste gran importancia en nuestro caso. Finalmente sus parientes y criados, viendo que Pavlichtcheff sentía por usted profundo cariño, empezaron a sospechar que usted era hijo de él, poniendo en duda la honorabilidad de la señora de Burdovsky. Pero hay una circunstancia que conviene tener muy en cuenta; la de que esta creencia no fué tomando cuerpo hasta las postrimerías de la vida de Pavlichtcheff, o sea cuando todos sus colaterales temblaban por su herencia, cuando los hechos primitivos habían sido olvidados y no había medio fácil de restablecer la verdad poniendo en claro el asunto. Es muy posible que también usted, señor Burdovsky, haya oído hablar de esta calumniosa suposición y no haya vacilado en admitirla como verdadera. Su madre de usted estaba también al corriente de estos rumores, pero ignora, pues tuve buen cuidado de ocultárselo cuando tuve el honor de hablarle, que su propio hijo presta fe a esa calumnia, haciéndose cómplice de su propalación. En Pskov, señor Burdovsky, he encontrado a su muy honorable madre enferma y sumida en la mayor miseria, que padece desde la muerte de Pavlichtcheff. Con lágrimas en los ojos díjome que sólo para usted

AGALLITA por **J. Christie M.**

GALONES









quiere vivir, que tiene grandes esperanzas en su porvenir porque cree ardientemente en los éxitos que le aguardan...

—¡Esto es insoportable! —exclamó con impaciencia el sobrino de Lebedeff—. ¿A santo de qué tanta literatura?

—¡Repugna tanta osadía! —apoyó Hipólito, que brincaba de cólera.

Pero Burdovsky permaneció inmóvil y silencioso.

—¿Les parece mucho? —dijo Gania con acento burlón—. Sin embargo, ha sido necesario todo esto que he dicho, para convencer al señor Burdovsky de que Pavlichtcheff le amó por grandeza de alma y no por deber paternal. Era de todo punto necesario explicar estas cosas, después de la lectura del artículo escrito por el señor Keller. Hablo en estos términos porque tengo al señor Burdovsky por hombre de nobles sentimientos, y, por consiguiente, el príncipe puede ahora, con más conocimiento de causa, ofrecerle su amistad y el socorro de que hablaba hace un instante...

—¡Calla, Gabriel Ardalionovitch! —exclamó el príncipe visiblemente asustado.

Pero ya era tarde.

—¡Ya he dicho y vuelvo a repetirlo que no quiero ese dinero! —vociferó Burdovsky, irritado—. ¡No lo tomaré! ¡Déjenme ir!

Y se dirigió apresuradamente hacia la escalinata; pero el sobrino de Lebedeff le alcanzó y asiéndole por un brazo le dijo unas palabras al oído.

Burdovsky volvió con brusquedad sobre sus pasos, y sacando de su bolsillo un gran sobre sin cerrar, lo arrojó sobre una mesita que había al lado del príncipe.

—¡Ahí tiene su dinero!... ¡Usted se ha atrevido...!

—Son los doscientos cincuenta rublos que tuvo el atrevimiento de enviarle como limosna por intermedio de Tchebaroff —explicó Doktorenko.

—¡En el artículo sólo se habla de cincuenta! —exclamó Kolia.

—¡Perdón! —dijo el príncipe acercándose a Burdovsky—; he cometido grandes injusticias con usted, pero no fué mi intención enviarle este dinero como una limosna, ¡se lo juro! Soy muy culpable..., he acumulado ofensa sobre ofensa... He dicho que había deshonrado a su madre, pero no es verdad, puesto que usted la ama...; ella misma lo confiesa... Yo no sabía... Gabriel Ardalionovitch no me lo había contado aún todo..., perdóneme. Me he atrevido a ofrecerle diez mil rublos con la mayor torpeza del mundo, pues debí haberlo hecho en otra forma..., mientras que ahora no hay medio de arreglarlo, porque usted me desprecia...

—¡Esto es un manicomio! —exclamó Isabel Prokofievna.

—¡Un manicomio suelto! —añadió con dureza Aglae.

Aquellas exclamaciones se perdieron en el murmullo general levantado por las últimas palabras del príncipe; todo el mundo hablaba en voz alta, algunos reían, otros discutían acaloradamente.

Iván Fedorovitch estaba fuera de sí por la indignación, y con aire de dignidad ofendida, esperaba a su esposa al pie de la escalinata.

El sobrino de Lebedeff tomó nuevamente la palabra.

—En verdad, príncipe, fuerza es hacerle justicia —dijo—; sabe usted sacar partido de su... enfermedad; llamémosla así, para emplear una palabra cortés. Se ha conducido con tan pasmosa habilidad para ofrecer su amistad y su dinero, que no hay medio posible de que los acepte un hombre que en algo se aprecie. Eso es demasiada ingenuidad... o demasiada malicia; usted sabe mejor que nadie lo que es.

—Perdonen ustedes, señores —interrumpió Gania, que entretanto había examinado el contenido del sobre—; aquí sólo hay cien rublos y no doscientos cincuenta. Hago esta observación, príncipe, para evitar ulterioridades.

—¡No importa, Gania, no importa! —dijo Muichkine, invitándole a callar.

—¡Sí, sí, importa! —replicó vivamente el sobrino de Lebedeff—. Su *no importa*, príncipe, es muy ultrajante para nosotros. Pero sepa usted que de nada tenemos que avergonzarnos, nada tenemos que ocultar. Es cierto, ahí faltan ciento cincuenta rublos, ¿pero no es lo mismo?

—No, no es lo mismo —observó Gania, sorprendido de aquella original manera de rendir cuentas.

—¡No me interrumpa! —exclamó impetuosamente el sobrino de Lebedeff—. No somos tan tontos como usted se figura, señor abogado; es verdad que faltan ciento cincuenta rublos; pero lo importante es el principio, la intención; la falta de ciento cincuenta rublos es sólo un detalle. El hecho capital es que Burdovsky no acepta esa limosna, Alteza, que se la tira a la cara. Desde este punto de vista, lo mismo dan cien que doscientos cincuenta. Usted acaba de oír que ha rehusado los diez mil rublos con que usted quería indemnizarlo; entonces, ¿cómo le va a robar esos ciento cincuenta? El dinero que falta ahí ha sido entregado a Tchebaroff para indemnizarle de los gastos que lleva hechos hasta la fecha. Ríase cuanto quiera de nuestra torpeza, de nuestra completa ignorancia en esta clase de asuntos, a pesar de que no ha dejado ya nada por ridiculizar, pero no se permita sospechar de nuestra honorabilidad.

—¡Si sigo aquí me volveré loca! —dijo Isabel Prokofievna—. Así que hay que acabar con este bochornoso espectáculo.

Presa de tremenda excitación, irguió el cuerpo, echó atrás la cabeza, y con los ojos llameantes y llenos de amenazas paseó su mirada fiera por todos los circunstantes.

Su cólera, largo rato contenida, sentía la necesidad de desahogarse sobre alguno. Los que conocían la vehemencia de su carácter presintieron una escena borrascosa.

—¡Déjeme, Iván Fedorovitch — exclamó la generala rechazando a su marido —. ¿Por qué me ofrece ahora su brazo? ¿No ha sabido arrancarme de aquí cuando era necesario, no permitiéndome ver ni oír las estúpidas escenas que aquí se han desarrollado? ¿No estaba usted obligado, como padre y como marido, a sacarme de aquí, aunque fuera de una oreja, si en mi imbecilidad me negaba a obedecerle? ¡Debiera por lo menos haber pensado en sus hijas! Pero ahora no lo necesitamos para nada; sabremos ir a casa sin usted. ¡Ni en un año olvidaré la vergüenza que he pasado esta noche! Esperen, quiero agradecerle al príncipe la agradable velada que nos ha hecho pasar... Adiós, príncipe, y muchas gracias por el placer que nos has proporcionado, permitiéndonos oír hablar a esos jóvenes... ¡Qué vergüenza!... ¡Es una indignidad, un escándalo, lo que ha ocurrido aquí!... ¿De manera, querido, que tu majadería llega hasta pedirles perdón a estos desharrapados?... ¿Y tú, majadero, de qué te ríes? —prosiguió, encarándose con el sobrino de Lebedeff—. "Nosotros rehusamos los diez mil rublos; nosotros no suplicamos". ¡Como si no supieran estos vivos que mañana ese idiota irá a su casa para ofrecerles de nuevo su amistad y su dinero! ¿Verdad que irás? ¡Contesta!... ¿Irás, sí o no?...

—Sí, iré —respondió el príncipe con sonriente humildad.

—¡No podía ser de otra manera!

—Vámonos, Isabel Prokofievna; es ya muy tarde; nos llevaremos al príncipe con nosotros —dijo sonriendo y con la voz más melosa posible el príncipe Chtch.

Las señoritas manteníanse aparte, casi espantadas; el general Epantchine estaba aterrado Lebedeff no cabía en sí de gozo.

—La confusión y el escándalo, señora, se encuentran en todas partes — observó Doktorenko, que estaba algo turbado.

—Pero no como estos que nos acabas de proporcionar, *batuchka!* —replicó con una especie de rabia histérica Isabel Prokofievna—. ¿Me de-

jarán acabar? —añadió con vehemencia, rechazando a los que la rodeaban con ánimo de hacerla callar—. A no dudar, se aproxima el fin del mundo. ¡Esto es espantoso! ¡Jamás había yo oído cosa semejante! Y sin embargo, ese imbécil irá todavía a pedirles perdón. ¿Pero existe en el mundo mucha gente como ésta? ¿De qué se ríen? ¿De que me haya rebajado a hablar con ustedes? ¡Sí, es verdad, he caído en la abyección, pero ya no hay remedio! ¿De quién te ríes tú, asqueroso?

Esta pregunta iba dirigida a Hipólito.

—Apenas si puede respirar y pervierte a los demás. Tú eres el que ha echado a perder a este pobre muchacho —prosiguió, señalando de nuevo a Kolia, que estaba a su lado—; tú, que predicas el ateísmo, cuando todavía estás en edad de que te den unos azotes y te manden a la cama sin comer... ¿De manera, León Nikolaievitch, que irás mañana a casa de esa gente? —preguntó por segunda vez al príncipe, con voz jadeante.

—Sí.

—Pues bien, después de eso, hazte de cuenta que no nos hemos conocido —replicó furiosa, e hizo ademán de retirarse; pero en seguida se volvió, exclamando al tiempo que señalaba a Hipólito: —¿No te da reparo ir a visitar a estos ateos? ¿Por qué me miras con ese aire despreciativo? —rugió, indignada, precipitándose sobre Hipólito, a quien iba dirigida la anterior pregunta, y cuya permanente sonrisa la tenía fuera de sí.

—¡Isabel Prokofievna! ¡Isabel Prokofievna! —gritaron de todas partes.

—¡Mamá, eso es una vergüenza! — exclamó Aglae.

—Pierda usted cuidado, Aglae Ivanovna —respondió tranquilamente el joven—. Su madre sabe muy bien que no se debe castigar a un moribundo... Desearía explicar el motivo de mi risa... Permítame, pues, que lo...

—¡Está moribundo y charla hasta por los codos! —exclamó Isabel Prokofievna, que, soltando el brazo de Hipólito, vió con horror que éste retiraba de sus labios el pañuelo manchado de sangre—. ¿Por qué hablas?— agregó, abandonando su agresividad—. Debieras ir a acostarte.

—Es lo que pienso hacer apenas esté de regreso en mi casa —murmuró Hipólito con voz ronca—. Moriré dentro de quince días..., lo sé..., me lo ha dicho el propio Botkine, mi médico, la semana pasada... He aquí por qué, si me lo permitiera, desearía decir cuatro palabras de despedida...

—¡Pero estás loco! ¡Déjate ahora de hablar y piensa sólo en curarte! —exclamó la generala, asustada, y añadió: —¡Vete a acostar!

—Cuando me acueste será para no levantarme más —repuso, sonriendo, Hipólito—; ayer quería meterme en cama para no abandonarla hasta mi muerte; pero como las piernas me sostenían aún, me he concedido una prórroga de dos días..., con objeto de venir aquí con ellos... Ahora, sólo estoy muy cansado...

—¡Siéntate, pues!; ¿por qué estás en pie?

E Isabel Prokofievna apresuróse a arrimar una silla al enfermo.

—Muchas gracias, señora; siéntese usted también frente a mí y hablaremos... Es absolutamente necesario que hablemos, Isabel Prokofievna..., tengo mucho interés —prosiguió Hipólito con dulzura—. Si me lo permitieran, pediría al príncipe una taza de té... No puedo más... ¿Sabe usted lo que debiera hacerse, Isabel Prokofievna? Tengo entendido que pensaba usted llevarse a su casa al príncipe para tomar allí el té; pues bien, quédese aquí, pasaremos juntos la velada y el príncipe nos ofrecerá el té... Perdóneme mi atrevimiento..., pero usted es buena, y no lo llevará a mal... El príncipe también es bueno...; aquí todos somos buenos... ¡Tiene gracia esto!...

Muichkine se puso en seguida en movimiento; Lebedeff abandonó su lugar precipitadamente, seguido de Viera.

—Tienes razón —repuso la generala de un modo decisivo—. Has excitado mi compasión... Príncipe, no te mereces que tome el té en tu casa; sin embargo, me quedo y acepto... en la inteligencia de que no daré satisfacciones a nadie ni pediré que me disculpen. ¿Han oído? ¡Absolutamente a nadie! No obstante, si te he ofendido, príncipe, perdóname, si quieres.

El príncipe rogó a los asistentes que se quedaran para tomar el té, excusándose por no haber hecho antes esa invitación.

Todos aceptaron. Únicamente Aglae permanecía con el rostro sombrío, silenciosa y preocupada, y habíase alejado de la tertulia formada en torno de su madre.

El príncipe no se olvidó de invitar a Burdovsky y a sus amigos; esta invitación los dejó bastante desconcertados, pero, no obstante, rehusaron el convite y fueron a sentarse lejos de los reunidos, murmurando entre dientes que esperarían a que se fuera Hipólito para acompañarle. A los pocos momentos sirvieron el té.

Dieron las once de la noche.

Después de haber humedecido sus labios en la taza que le presentó Viera Lebedeff, Hipólito la dejó sobre la mesita y paseó la mirada en su derredor. Parecía cohibido, desconcertado.

Pero de pronto, arrastrado por la fiebre y la excitación que lo dominaba, comenzó a hablar incoherentemente y sin ilación. Tan pronto elogiaba al príncipe como lo atacaba acerbamente. Por último, descargó su desasosiego e inquietud contra la generala y sus hijas, lo que dió lugar a que la reunión se levantara y abandonase la casa.

Hipólito, atacado por un fuerte acceso de tos, fué sacado a la terraza y llevado en brazos por sus amigos hasta su vieja vivienda del edificio Mayer.

El príncipe, después que se fueron todos, quedó sumido en una profunda tristeza, vencido por la fiebre que lo devoraba.

XXV

Dos días tardó en apaciguarse la cólera de los Epantchine.

Aunque el príncipe, según su costumbre, reprochábase muchas cosas y esperaba un castigo ejemplar por parte de Isabel Prokofievna, por la escena que les había hecho sufrir, creía sinceramente que ésta no le guardaría rencor, y que si con alguien estaba enojada, sería consigo misma. Por lo tanto, experimentó vivísimo pesar cuando observó que le ponían mala cara.

Otras circunstancias contribuían a dejarlo perplejo.

Una de ellas, sobre todo, fué adquiriendo poco a poco una importancia enorme a los ojos del príncipe, el cual, desde hacía algún tiempo, observaba con temor que existían en él dos tendencias opuestas y avasalladoras: una confianza extraordinaria, por una parte, y, por otra, una baja y tenebrosa desconfianza.

Al día siguiente de la fatal velada, el príncipe tuvo la satisfacción de recibir la visita del príncipe Chtch y de Adelaida, quienes, aprovechando aquella hermosa mañana, habían salido a dar un paseo y no quisieron perder la ocasión, ya que estaban cerca, de "enterarse del estado de su salud".

El príncipe Chtch se mostró cortés y amable como de costumbre, entabló conversación sobre hechos de bastante tiempo atrás, recordó las circunstancias de su primer encuentro con Muichkine, y no hizo la menor alusión a lo ocurrido la noche anterior.

Adelaida, por su parte, confesó sonriendo que había ido a escondidas, sin explicar la razón de esto; pero su propio silencio daba a entender a las claras que su familia, y especialmente su madre, no se hallaban en la mejor disposición respecto al príncipe León Nikolaievitch.

En el curso de la conversación, ninguno de los dos prometidos mencionó al general Epantchine, ni a su esposa, ni a Alejandra, ni a Aglae.

Al despedirse de Muichkine para reanudar su paseo, no le invitaron a acompañarles ni le preguntaron cuándo iría a visitarles.

A propósito de esto, la joven fué bastante explícita, sirviéndose, como pretexto, de una acuarela que había terminado.

—¿Cómo podría yo hacer para que usted la viera? —preguntó—. ¡Ah! Es verdad, se la puedo mandar por Kolia, si es que viene hoy a visitarnos, o bien se la traeré yo misma mañana cuando salga a dar mi acostumbrado paseo matinal con el príncipe Chtch.

Por último, cuando ya estaba a punto de retirarse, el prometido de Adelaida exclamó, como si de súbito se hubiera acordado de algo que se había olvidado:

—¡Ah! ¿Sabe usted, mi querido príncipe, quién habló anoche desde su carruaje con Eugenio Pavlovitch?

—Me lo figuro: Anastasia Filippovna —contestó Muichkine.

—En efecto. Parece que le habló de ciertos pagarés que dice están firmados por Pavlovitch a favor de Rogojine. Es indudable que esa mujer ha querido perjudicar a Eugenio Pavlovitch atribuyéndole, en presencia de determinadas personas, actos nada honrosos para él.

El príncipe León Nikolaievitch no se inmutó; sin embargo, continuó mirando fijamente a su interlocutor como pidiéndole una explicación de sus palabras. Pero Chtch guardó silencio.

—¿Luego, usted supone que lo de las letras ha sido un pretexto para...?

—Juzgue usted por sí mismo —interrumpió Chtch—. ¿Qué puede tener de común Eugenio Pavlovitch con ella... y mucho menos aun con Rogojine? Eugenio es inmensamente rico, y tiene, además, en perspectiva, la herencia de su tío, que dicen no es pequeña. Anastasia Filippovna ha tratado sencillamente...

El prometido de Adelaida se interrumpió de pronto; evidentemente, le repugnaba hacer comentarios de Anastasia Filippovna en presencia de Muichkine.

—De todos modos, es indudable que ella le conoce —dijo éste tras un corto silencio.

—Han podido conocerse en tiempos anteriores, pues nadie ignora que Eugenio ha sido algo mujeriego. Pero si es que se conocen, ese conocimiento debe remontarse a dos o tres años atrás, en la época en que era visita de Totzky; pero ni entonces ni ahora la índole de sus relaciones ha podido ser tal que autorizase esa familiaridad. Sabe usted perfectamente que ella no se encuentra aquí, que había desaparecido, y muchos son los que ignoran su regreso. Sólo hace tres días que vi yo su equipaje...

—Un equipaje espléndido —dijo Adelaida.

—Sí, demasiado espléndido —confirmó Chtch.

Los dos prometidos se despidieron, al fin, del príncipe Muichkine en los términos más afectuosos, casi fraternales.

Nuestro héroe quedó sumido en la más honda preocupación.

Cierto es que desde mucho tiempo antes el príncipe abrigaba vagas sospechas; pero hasta aquel momento no pudo darse exacta cuenta del fundamento de sus temores.

El príncipe Chtch venía a confirmar aquellas sospechas; evidentemente, se equivocaba respecto a la interpretación del hecho, pero andaba muy cerca de la verdad adivinando una intriga.

Había, empero, un extremo que no dejaba lugar a dudas: se había dirigido a él para adquirir informes, y esto constituía una prueba palpable de que le suponían mezclado en aquello.

Además, si tanta importancia daban a semejante hecho, era evidente que Anastasia Filippovna perseguía algún fin que los otros temían. ¿Pero qué fin podía ser éste?

Tal pregunta espantaba al príncipe.

"¿Cómo haría para contenerla? —se decía—. ¡Ah, cuando se propone llevar a cabo algún plan, nada ni nadie puede hacerla desistir!"

Esto lo sabía el príncipe por experiencia.

"¡Es loca! ¡Es loca!"

La llegada de Viera Lebedeff le distrajo un tanto de sus sombríos pensamientos.

Viera, que, como de costumbre, llevaba en brazos a la pequeña Lubotchka, le habló alegremente de diversas cosas. Luego llegó su hermana menor y, por último, el hijo de Lebedeff, que hacía los estudios de segunda enseñanza.

Viera hizo saber al príncipe que, desde la noche anterior, Keller habíase establecido en su casa y que no llevaba camino de abandonarla, pues había encontrado magnífica acogida y un excelente compañero en el general Ivolguine.

Cada día que pasaba, el príncipe tomábales más cariño a los hijos de Lebedeff.

Kolia no se dejó ver en todo el día: había ido a San Petersburgo muy de mañana.

El príncipe esperaba con febril impaciencia a Gania, el cual habíale prometido ir a visitarlo al día siguiente. Llegó, por fin, a eso de las siete de la tarde, después de la comida.

Bastó una mirada al príncipe para no abrigar la menor duda de que su amigo estaba perfectamente enterado de todos los pormenores del asunto. ¿Cómo no había de estarlo contando con tan excelentes fuentes de información en su hermana y Ptitzine?

Las relaciones, empero, de aquellos hombres, eran muy originales; no era la primera prueba de confianza que Muichkine daba a Gania encargándole del asunto de Burdovsky; pero sobre ciertos puntos no hablaban jamás, como si hubiese entre ellos un tácito acuerdo. A veces parecíale al príncipe que Gabriel Ardalionovitch deseaba más franqueza y cordialidad en sus relaciones. En aquel momento, por ejemplo, creyó el joven que la hora de romper el hielo había llegado.

Gania tenía prisa; su hermana le esperaba en las habitaciones de Lebedeff para ultimar un asunto urgente.

Durante los veinte minutos que los jóvenes permanecieron juntos, el príncipe estuvo pensativo y algo distraído. En vista de esto, Gania resolvió guardar la misma reserva. Mientras duró su visita, habló mucho, siempre alegremente, con ligereza y con gracia, pero sin tocar el punto principal.

Entre las diversas noticias que dió a Muichkine dijo que Anastasia sólo hacía cuatro días que se encontraba en Pavlovsky y que había atraído sobre sí la atención general; que se hospedaba con Daría Alexievna, en una pobre casita de la calle de los Marineros, lo que no le impedía lucir los mejores vestidos de Pavlovsky. En torno de ella habíase formado un verdadero ejército de admiradores, jóvenes y viejos, y a veces escoltaban su carruaje varios jinetes. Continuaba siendo muy delicada en la elección de sus relaciones y, por consiguiente, sólo recibía contadas y escogidas visitas. Esto no era óbice para que contase con un numeroso séquito, del que podía disponer en todo momento.

Por lo demás, Anastasia conducíase muy discretamente; las señoras de la localidad envidiaban su exquisita elegancia en el vestir y estaban celosas de su radiante hermosura.

Para encontrar algo que decir contra la conducta de Anastasia Filippovna era preciso vigilarla muy estrechamente, o calumniarla, lo que sin duda no tardaría en suceder —acabó diciendo Gabriel Ardalionovitch, esperanzado en que su interlocutor le preguntaría algo.

Pero se engañó: el príncipe no le dirigió ninguna pregunta sobre el particular.

Espontáneamente también, sin esperar a ser interrogado, se extendió Gania sobre el caso de Eugenio Pavlovitch. A su juicio, éste sólo conocía a Anastasia Filippovna por haber sido presentado a ella, cuatro días antes, en uno de los cotidianos paseos de la joven; a lo más, había ido a su casa una sola vez, junto con otros visitantes. En cuanto a las letras de cambio, era posible que existiesen, pues aunque Eugenio poseía una fortuna considerable, era algo desordenado en la administración de sus bienes, y no hubiera sido difícil que alguna vez, en un apuro de dinero, cayese en manos de algún usurero.

Finalmente, llegó Bárbara Ardalionovna a reunirse con su hermano y se detuvo unos momentos en la habitación en que se hallaban los dos jóvenes.

Sin que Muichkine hubiese tratado de hacerla hablar, Varia le dijo que Eugenio Pavlovitch pasaría en San Petersburgo todo aquel día y que quizá el día siguiente; que su marido Iván Ptitzine encontrábase asimismo en la capital, probablemente por algún asunto del propio Eugenio; que Isabel Prokofievna estaba de un humor de todos los diablos, y, por último, y esto era lo más singular, que Aglae estaba furiosa, no sólo con sus padres, sino también con sus hermanas.

Dada como al azar la última noticia, que para el príncipe era de extraordinaria importancia, Varia se retiró, acompañada de su hermano.

Contentísimo de hallarse al fin solo, Muichkine abandonó la terraza y bajó a pasear por el jardín.

Quería reflexionar sobre un proyecto que era preciso llevar de inmediato a la práctica, porque no resistía a largas reflexiones: el príncipe había sentido un deseo vehementísimo de abandonar todo aquello y refugiarse en un lugar solitario y lejano; en una palabra, desaparecer sin decir adiós a nadie.

Preveía que si aplazaba su marcha, aunque sólo fuese un par de días, quedaría definitivamente envuelto en aquel mundo del que quería escapar a toda costa y no habría salvación para él. Pero bastaron diez minutos para persuadirse de que semejante fuga era imposible, pues, a menos de pasar por un vil y cobarde, tenía que hallar la solución de los muchos problemas que se le habían presentado en aquellos días. Absorto en esos pensamientos, volvió a sus habitaciones después de un paseo que no duró más allá de un cuarto de hora.

¡Qué desgraciado sentíase en aquel momento! Lebedeff no había regresado aún, de manera que, al caer de la tarde, Keller no tropezó con ninguna dificultad para llegar a presencia del príncipe.

Aunque el ex oficial del ejército no estaba ebrio, sentía, al parecer, necesidad de expansionarse refiriendo a alguien sus cuitas y sus alegrías.

Comenzó, por lo tanto, diciendo que deseaba contar a Muichkine su vida entera y que únicamente con este objeto habíase quedado en Pavlovsk.

No había medio humano de librarse de él. Keller habíase propuesto hacer un extenso discurso; pero tras algunas palabras incoherentes, dichas a guisa de preámbulo, saltó a la conclusión: desde que había dejado de creer en el Altísimo, perdió toda la noción de moralidad, hasta el punto de haber robado.

—¿Puede usted imaginarse esto? —preguntó.

—Escuche, Keller —contestó el príncipe—; yo, en su lugar, no contaría estas cosas, sino en un caso de mucha necesidad; sin embargo, sospecho que se calumnia usted de propósito.

—¡Ay, querido príncipe, qué poco ha adelantado usted en Suiza respecto al conocimiento de los hombres!

—¿De veras se puede añadir algo más? —preguntó Muichkine tímidamente—. Bueno, hablemos con franqueza: ¿qué es lo que desea usted de mí, Keller? ¿Por qué ha venido a confesarse conmigo?

—¿Qué pretendo de usted? En primer lugar, tener el inmenso placer de contemplar o, mejor dicho, de hablar con un hombre tan extraordinario y virtuoso como usted. Después..., después...

—Pedirme dinero —dijo el príncipe terminando la frase.

Muichkine dijo esto con sencillez y de un modo que no pareciese ofensivo.

Keller se estremeció, y luego de mirar al príncipe unos instantes con aire de sorpresa, exclamó dando un puñetazo sobre la mesa:

—¡Ah, príncipe! ¡Esto sí que no lo comprendo, y destruye por completo mi opinión sobre usted! Está usted dotado, Alteza, de una bondad y de una inocencia tales, que aun en la edad de oro causarían admiración; pero a la vez lee usted en las almas de los hombres como el psicólogo más perspicaz. Pero permítame, príncipe, esto requiere una explicación porque yo... porque yo no sé lo que me digo. Realmente, el motivo de mi visita era para pedirle dinero; pero usted me lo ha preguntado de un modo tan sencillo, como si se tratase de la cosa más natural del mundo...

—Y lo es, en efecto..., tratándose de usted.

—¿No se disgusta por esto, príncipe?

—¿Por qué había de disgustarme?

—Escuche, Alteza —prosiguió Keller—; estoy en esta casa desde ayer noche, y no me he marchado aún, en primer lugar, porque siento especial predilección por el arzobispo francés Bourdaloue, cuyos sermones he saboreado junto con Lebedeff, hasta las tres de la mañana. Y en segundo lugar, y esto le juro por lo más sagrado para mí que le diré la pura verdad, me he quedado para hacerle mi confesión sincera y completa, para que con sus consejos pueda yo intentar mi regeneración. Tales eran mis pensamientos después de oír al arzobispo Bourdaloue por boca de Lebedeff y me dormí anegado en llanto a eso de las cuatro y, créame usted, pues le juro que le digo la verdad, en cuanto desperté, todavía con el alma llena de lágrimas y el rostro también, pues estaba sollozando, se me ocurrió una idea diabólica: "¿Y si le pidieses algún dinero después de tu confesión?", y como usted ha visto, puse en práctica mis dos ideas, la de la confesión y la de pedirle ciento cincuenta rublos. ¿No le parece a usted una bajeza esto?

—Su apreciación es injusta —replicó el príncipe—. Lo uno va unido a lo otro, eso es todo. Se han confundido las dos ideas, cosa que sucede con frecuencia. Lo mismo me ocurre a mí de continuo. Por lo demás, creo que eso no vale la pena, y eso es lo que yo me reprocho, Keller.

El príncipe contemplaba a Keller con extrema curiosidad. Evidentemente hacía tiempo que le preocupaba la cuestión de las ideas mixtas.

En aquel momento entró Lebedeff de regreso de San Petersburgo.

Al ver un billete en manos de Keller hizo un gesto de contrariedad y arrugó el ceño; pero el pugilista, en posesión ya de la cantidad que deseaba, desapareció como por encanto.

En cuanto hubo salido, Lebedeff comenzó a decir pestes de él.

—Es usted injusto; su arrepentimiento es sincero —le dijo Muichkine.

—¡Qué se va a arrepentir el bandido ese! —replicó el curial con indignación—. Su arrepentimiento es igual al mío. ¡Palabras, y nada más que palabras!

—¿Así que para usted, el arrepentimiento de Keller y el suyo propio, no son más que palabras?

—Escuche; sólo a usted, príncipe, diré la verdad, porque sabe leer en el corazón humano: las palabras y la realidad, la mentira y la verdad se confunden en mí, y soy sincero siempre. Lo verdadero, lo efectivo, es que me arrepiento sinceramente, créalo o no Su Alteza; pero las palabras y las mentiras me las dicta un pensamiento infernal, siempre presente; es una idea fija que no soy dueño de dominar; siento imperiosa necesidad de engañar a la gente, de explotar mis lágrimas de arrepentimiento. Juro que digo la verdad; a cualquier otro se lo ocultaría, pues, seguramente, o se reiría de mí, o me escupiría en la cara; pero usted, príncipe, juzga a los hombres humanamente.

—Bueno, dejemos eso ahora, Lebedeff. Lo he esperado durante todo el día para hacerle una

pregunta; diga la verdad, a lo menos una vez en su vida, y contésteme en seguida. ¿Tuvo usted alguna intervención en la escena que ocurrió anoche entre la mujer del carruaje y Eugenio Pavlovitch?

—Sí, pero de un modo muy indirecto, muy indirecto —respondió Lebedeff haciendo muecas.

—¡Pero de qué se trata, entonces! ¡Explíquese, por el amor de Dios!

—Más de una vez he querido decir la verdad, toda la verdad, pero en cuanto empezaba a hablar, Su Alteza no me permitía seguir adelante...

—Bueno, ahora le permito que hable —repuso el príncipe, apenado.

—Aglae Ivanovna... —comenzó diciendo Lebedeff.

—¡Calle! ¡Calle, no prosiga! —exclamó Muichkine, rojo de indignación y tal vez de vergüenza—. ¡Esto es imposible! Todo son invenciones suyas o de otros locos como usted. ¡Que no vuelvan a pronunciar sus labios ese nombre en mi presencia!

Eran más de las diez de la noche cuando llegó Kolia con un arsenal de noticias, de San Petersburgo unas, y otras de Pavlovsk.

De las primeras, que se referían especialmente a Hipólito y a los sucesos de la noche anterior, hizo un ligero resumen, a reserva de ampliarlas más tarde, y pasó a contar las que llevaba de Pavlovsk.

Tres horas hacía que Kolia había regresado de San Petersburgo, pero antes de ir a casa del príncipe había visitado a los Epantchine.

—¡Aquello es un infierno! —exclamó.

Desde luego, que la aventura del carruaje ocupaba el primer lugar en el mal humor general de aquella familia.

—Naturalmente, no he querido espiar ni preguntar a nadie —continuó el muchacho—; me recibieron afablemente, a pesar de lo cargada que estaba la atmósfera; de usted y de lo ocurrido anoche no me dijeron ni una palabra. Lo único interesante que pude averiguar es que Aglae habíase disgustado con su familia.

Kolia ignoraba los pormenores, pero sabía con certeza que el objeto de la rencilla había sido Gania y juzgaba cuerdamente que el motivo debía ser grave, en atención a lo violenta que resultara la escena.

El general llegó tarde y, al parecer, de muy mal humor. Eugenio Pavlovitch, que lo acompañaba, fué también acogido con la mayor amabilidad, y por su parte se mostró alegre y decidor como siempre.

Pero la noticia más importante era que, sin ruido ni escándalo, Isabel Prokofievna había llamado a Bárbara Ardalionovna, que se hallaba con las señoritas Epantchine, prohibiéndole terminantemente que volviese a poner los pies en la casa.

—Sin embargo, esta prohibición le ha sido impuesta con la mayor cortesía, al decir de mi hermana —continuó Kolia—. Cuando, al abandonar la casa, Varia se despidió de las señoritas, éstas ignoraban que les decía adiós por última vez, pues no habían de volver a recibir su visita.

—¡Pero si Varia estaba aquí a las siete! —exclamó el príncipe, sorprendido.

—Lo que le cuento ocurrió alrededor de las ocho —repuso Kolia—. Compadezco a Varia y a Gania... Se pasan la vida en enredos e intrigas, pues sin eso no podrían vivir. No he podido averiguar lo que traman, pero me tiene sin cuidado. Mas, yo le aseguro, mi bueno y querido príncipe, que Gania tiene un excelente corazón. Hasta cierto punto es un hombre corrompido, pero basta buscar en él buenas cualidades para encontrarlas en seguida. ¡Cómo siento no haberlo advertido antes!

—Haces mal en compadecer a tu hermano —replicó el príncipe—. Si las cosas han llegado a ese extremo, es señal de que Gabriel Ardalionovitch es peligroso, a juicio de Isabel Prokofievna, y de que, por lo tanto, sus esperanzas están próximas a realizarse.

—¡Cómo! ¿Qué esperanzas? —preguntó Kolia, intrigado—. ¿Cree usted, acaso, que Aglae...? ¡Vamos, eso es imposible!

El príncipe guardó silencio.

—¡Es usted terriblemente escéptico, mi querido Muichkine! —prosiguió Kolia, tras una breve pausa—. Observo que desde un tiempo a esta parte, se va usted convirtiendo en un escéptico mayúsculo... Empieza a no creer en nada, hace conjeturas de cualquier cosa... ¿pero estará bien empleada la palabra escéptico?

—Creo que sí, pero no estoy muy seguro de ello —repuso Muichkine.

—¡No, no! —exclamó de pronto Kolia—, retiro la palabra escéptico; he encontrado otra más adecuada: usted está terriblemente celoso. Los sentimientos de Gania por una preciosa señorita despiertan en su corazón unos celos infernales.

Al decir esto, Kolia se levantó riendo como jamás se había reído.

El rubor que cubría las mejillas del príncipe, acrecentaba la hilaridad del muchacho.

Calmóse pronto, empero, al ver la angustia retratada en el rostro de su amigo, y entablaron luego una conversación formal que se prolongó cerca de hora y media.

A la mañana siguiente, un asunto importante llamó al príncipe a San Petersburgo, donde pasó la mayor parte del día.

Hacia las cinco de la tarde, en el momento en que se disponía a tomar el tren para Pavlovsk, se encontró en la estación con el general Epantchine quien le obligó a subir con él en un departamento de primera clase, pues deseaba hablarle de asuntos importantes.

—Ante todo, querido príncipe —comenzó diciendo en cuanto se hubieron sentado—, no me guardes rencor; y si tienes algún reproche que hacerme olvídalo. No me faltaron ganas de ir a visitarte ayer, pero no me atreví, pues no sé cómo lo hubiera tomado Isabel Prokofievna... Mi casa es un infierno; no hay duda de que algún espíritu diabólico ha sentado allí sus reales; por mi parte, no comprendo lo que pasa, ni quiero comprenderlo.

El general habló aún durante largo rato de asuntos sin importancia, intercalando en su conversación palabras incoherentes; veíase que estaba muy turbado y que era otro el objeto de que quería hablar al príncipe, pero le contenía un vago temor.

Por último, habló con claridad, sobreponiéndose a sus vacilaciones.

—Estoy más que seguro —dijo— de que tú no tienes la menor culpa en lo ocurrido anoche; sin embargo, te pido como amigo que por ahora no te presentes en mi casa; espera que pase la tormenta y soplen vientos de paz. Por lo que a Eugenio Pavlovitch se refiere —prosiguió, presa de una animación extraordinaria—, es evidente que se trata de una absurda calumnia, de la calumnia de las calumnias, de una impostura infame, de una intriga maldita que tiende a sembrar la discordia entre nosotros. Escucha, príncipe, te lo digo con la mayor reserva: entre Eugenio Pavlovitch y nosotros no se ha dicho aún una sola palabra y, por lo tanto, no existe compromiso alguno, ¿entiendes? Pero esa palabra puede pronunciarse de un momento a otro, y... eso, precisamente, es lo que se ha querido impedir. ¿Pero con qué objeto? Confieso que inútilmente me devano los sesos para descubrir el juego. ¡Qué mujer singular! La temo hasta el punto de que me quita el sueño. Esos trajes, esos caballos blancos, son verdaderamente *chic*. ¿Quién pagará todo eso? A la verdad, había llegado a hacer un juicio temerario: supuse que sería Eugenio la víctima de esa ostentación. Pero he visto que eso no era posible. Ahora bien; siendo esto cierto, ¿por qué quiere ella provocar un rompimiento entre nosotros? ¡He aquí el problema! ¿Con objeto de retenerse para sí a Eugenio Pavlovitch? ¿Cómo es posible, si yo tengo la plena seguridad de que no se conocen y lo de las letras de cambio es pura invención? Aquí hay algo raro, seguramente. Claro está que nosotros debiéramos despreciar esos manejos, y mostrarnos aún más afectuosos con Radomsky, y en ese sentido he hablado a mi esposa. Ahora, en confianza, te digo que estoy persuadido de que esa mujer obra impulsada por deseos de venganza contra mí, aunque, a decir verdad, nunca hice nada para malquistarme con ella... ¡Oh, no puedo recordar sin sonrojarme la velada de su cumpleaños!

Iván Fedorovitch estaba completamente desorientado.

En la larga hora que duró el viaje habló incesantemente solo, haciendo preguntas que él mismo se contestaba, y estrechando a cada momento la mano del príncipe.

XXVI

Eran las siete de la tarde.

El príncipe disponíase a bajar al jardín, cuando de pronto vió aparecer en la terraza a Isabel Prokofievna.

—En primer lugar —dijo la generala, que iba sola—, no permito que supongas que he venido para pedirte perdón. ¡Eso no lo haré jamás, porque toda la culpa es tuya!

El príncipe guardó silencio.

—¿Confiesas o no que eres culpable?

—Tanto como usted. Por lo demás, ni usted ni yo tenemos que reprocharnos ninguna mala acción. Anteayer me creía culpable, pero ahora veo que me he equivocado.

—¡Así eres tú, hijo mío! Escúchame y siéntate, pues no tengo la intención de quedarme en pie.

Ambos tomaron asiento.

—En segundo lugar, no quiero oírte ni una palabra sobre los tipos que anoche nos estropearon la velada; sólo dispongo de diez minutos para estar contigo, y quiero aprovecharlos para hacerte algunas preguntas... ¡Si imaginaras lo que quiero preguntarte! Te repito que, si me nombras a aquellos mocosos, me marcho y entonces sí que se acabó todo entre nosotros.

—Comprendido —respondió el príncipe.

—Dime: ¿hace dos o tres meses, por la Pascua, escribiste una carta a Aglae?

—Sí.

—¿Con qué objeto? ¿Qué le decías en aquella carta? ¡Enséñamela!

Los ojos de la generala despedían llamas; la impaciencia la devoraba.

—Yo no la tengo —respondió el príncipe con timidez—; si no la ha destruído, es su hija quien la tiene.

—Déjate de argucias y dime qué le decías.

—No empleo argucias de ninguna clase y no veo el motivo por el cual me estuviera vedado escribirle a Aglae...

—¡Silencio! Ya hablarás luego; ahora dime qué le decías en la carta. ¿Por qué te ruborizas?

El príncipe reflexionó un momento.

—No puedo adivinar sus pensamientos, Isabel Prokofievna —dijo luego—, pero veo claramente que esa carta le ha causado vivo disgusto. Convendrá conmigo en que podría negarme a contestar semejante pregunta; sin embargo, para demostrarle que en aquella carta no había nada que fuese inconfesable, que no me arrepiento de haberla escrito y que no tengo por qué sonrojarme (y al decir esto el príncipe se puso como la grana), la repetiré palabra por palabra, pues creo que me la sé de memoria.

Así lo hizo, sin olvidarse ni una sílaba.

—¡Qué galimatías! ¿Y qué pretendías darle a entender con esa sarta de tonterías? —preguntó con severidad la generala.

—Yo mismo no podría decirlo. Lo único que sé es que entonces estaba yo bajo la influencia de un sentimiento sincero. ¡Allá lejos, he tenido momentos de verdadera vida y de ardientes esperanzas!

—¿Qué esperanzas eran esas?

—Difícilmente podría explicarlas; pero desde luego le aseguro que no eran las que usted su-

pone en este momento... Yo esperaba... En una palabra, soñaba con el porvenir, sentíame invadido de dulce alegría y pensaba que había *un lugar* donde no era considerado un extraño y donde tal vez no me habían olvidado por completo, y una gran alegría de hallarme en mi patria invadía mi alma. Una mañana espléndida de sol, tomé la pluma y escribí una carta. ¿Por qué a Aglae? No lo sé. Hay momentos en que se siente la necesidad de un ser amado...

—Tú estás enamorado de Aglae, ¿no es cierto?

—No; le escribí como se puede escribir a una hermana, y la antefirma de aquella carta decía: "Su hermano".

—¡Ah, eso lo hiciste para despistar; pero a mí no me engañas tú!

—Me sería muy penoso tener que contestar a esa suposición, Isabel Prokofievna.

—Me doy cuenta de ello; pero todo eso me tiene sin cuidado. Escucha y dime la verdad como si te encontraras en presencia de Dios: ¿mientes o es verdad lo que dices?

—No miento.

—¿No estás enamorado de ella?

—Así lo creo.

—¡Así lo cree!... —repitió la generala subrayando la frase—. ¡Y se la enviaste por conducto de un chiquillo!

—Rogué a Nicolás Ardalionovitch que...

—¡Un chiquillo, un chiquillo! —interrumpió encolerizada la generala.

El príncipe repuso con firmeza, pero sin levantar la voz:

—No fué un chiquillo, sino Nicolás Ardalionovitch.

—Bien, bien, querido mío, te lo cargaré en cuenta.

Isabel Prokofievna guardó silencio un momento para calmar su agitación y tomar aliento.

—¿Sería posible que sintiese alguna inclinación por ti; ella que te trataba de *alienado* y de *idiota?*

—Podía usted haberse abstenido de decirme eso —repuso el príncipe en tono de reproche, pero a media voz.

—Vamos, no te enojes. Es una muchacha caprichosa, una locuela, una hija demasiado mimada. Si se le mete entre ceja y ceja alguna cosa, no hay poder humano que la haga desistir de su capricho; insulta y se burla de quien le parece y todo sin disimulos; lo mismo era yo a su edad. Bueno, escucha bien lo que voy a decirte y no lo olvides jamás: Aglae no es tuya ni lo será nunca; te lo digo rotundamente, para que no te forjes ninguna ilusión al respecto. Ahora, júrame que no te has casado con *aquella* mujer.

—¿Qué está usted diciendo, Isabel Prokofievna? —exclamó el príncipe.

—Pero has estado a punto de casarte con ella, ¿no es cierto?

—En efecto —contestó Muichkine bajando los ojos.

—Eso quiere decir que estás enamorado de ella y que tal vez viniste con el objeto de hacerla tu esposa.

—No vine por eso.

—¿Hay algo para ti sagrado en el mundo?

—Sí.

—Pues júrame por ese algo que no viniste a casarte con ella.

—Lo juro por todo lo que usted quiera.

—Te creo; abrázame; ¡al fin respiro libremente! Pero no olvides que Aglae no te ama y que no se casará contigo mientras yo viva. ¿Has entendido?

—Sí.

Era tal la confusión del príncipe, que no se atrevía a levantar los ojos para mirar a Isabel Prokofievna.

—Dime ahora: ¿por qué esa mujer dió semejante escándalo desde su coche?

—Le doy mi palabra de honor de que yo ignoro en absoluto de qué se trata.

—Basta, te creo; he cambiado de parecer al respecto; pero ayer no había quién me quitase de la cabeza que Eugenio Pavlovitch no era tan inocente como parecía. No hay duda de que se ha tramado una conjura en contra suya; pero lo que no acierto a comprender es el fin que con la misma se persigue. Aquí hay un misterio que me hace sospechoso a Eugenio Pavlovitch, y sin dejar de reconocer que es una excelente persona, he tomado mi resolución: "Puedes ir encargándome el atúd, y meterme adentro; únicamente así permitiré que mi hija se case con ese hombre". Esto es lo que le he dicho a Iván Fedorovitch; tú eres el único que lo sabe; ya ves si me mereces confianza.

—Sí, ya lo veo y lo agradezco.

Isabel Prokofievna fijó una mirada escrutadora en el príncipe, tratando, sin duda, de sorprender la impresión que le causara lo que acababa de decirle respecto a Eugenio Pavlovitch.

—¿No sabes nada de Gabriel Ardalionovitch? —preguntó luego.

—Según a lo que usted se refiera...; sé muchas cosas de él.

—Pero no sabes que está en relaciones con Aglae.

Esta noticia causó en Muichkine una profunda emoción y un violento estremecimiento recorrió su cuerpo.

—Lo ignoraba —respondió—. ¡Que Gabriel Ardalionovitch está en relaciones con Aglae Ivanovna!... ¡Eso es imposible!

—Pues es verdad. Hace, sí, muy poco tiempo, porque su hermana Varia necesitó todo el invierno para abrirle camino con sus trabajos de zapa.

—No puedo creerlo —insistió el príncipe, con desaliento, después de haber estado unos segundos pensativo—; si eso fuera cierto, lo sabría yo, seguramente.

—¿Esperabas que él mismo viniera a decírtelo llorando, y arrojándose en tus brazos? ¡Hay que ser un bendito! Todo el mundo te engaña como un... Escucha: ¿no te da vergüenza haber puesto en él tu confianza? ¿Es posible que no te hayas dado cuenta de que te ha suplantado bonitamente?

—Sé que me engaña de vez en cuando —dijo Muichkine a media voz, visiblemente preocupado—, y Gania no ignora que conozco sus traiciones...

—¡Lo sabes y sigues confiando en él! ¡Era lo único que me faltaba oír! No sé por qué me admiro tanto, pues todo lo tuyo es natural. ¡Dios mío! ¿Habrá otro hombre como tú? ¡Puf! ¿A que tampoco sabes que Gania y Varia la han puesto en relaciones con Anastasia Filipovna?

—¿A quién? —exclamó el príncipe—. ¡Imposible! ¡Eso sí que no lo creo! ¿Con qué objeto?

Y diciendo esto se levantó violentamente.

—No lo creo tampoco yo, aunque tengo pruebas convincentes. Es una muchacha caprichosa, extravagante, alocada. ¡No me cansaré de repetir que es mala, mala, y mala! Todas mis hijas están de tal modo cambiadas que no las conozco siquiera; hasta esa mosquita muerta de Alejandra se me escurre de las manos. Pero lo que es eso, lo de su amistad con esa mujer, no lo creo, mejor dicho, no quiero creerlo —añadió la generala como hablando consigo misma—. ¿Por qué no fuiste a visitarnos? —preguntó luego bruscamente—. ¿Por qué dejaste pasar tres días sin aparecer por casa? —preguntó impaciente, por segunda vez.

El príncipe comenzó a exponer las razones de su desatención, pero la generala no lo dejó continuar.

—¡Todo el mundo te toma por un imbécil y todos te engañan! Ayer estuviste en San Petersburgo; apuesto a que fué con objeto de visitar a aquel bribón y suplicarle que aceptase tus diez mil rublos.

—Ni me acordé de él; ya ve que se engaña, pues no lo vi; por lo demás, sepa que no se trata de un bribón. Me ha escrito una carta.

—¡Enséñamela!

Muichkine sacó de su cartera una hoja de papel y la presentó a la generala. Aquella carta decía así:

"Señor: A los ojos del mundo, carezco de derecho para tener amor propio, pues la sociedad me considera como a un ser insignificante. Pero lo que es verdad a los ojos de los demás hombres, no lo es a los de usted. Tengo la plena convicción de que usted vale más que todos los demás hombres juntos. Sepa que jamás aceptaré de usted un copec; pero ha socorrido a mi madre y debo mostrarme agradecido, aunque se diga que esto es una debilidad. Mi opinión hacia usted ha cambiado por completo y me complazco en ponerlo en su conocimiento; pero comprendo a la vez que no puede existir entre nosotros dos ninguna clase de relaciones.

ANTIPAS BURDOVSKY."

"P. D. — Los doscientos rublos que le debo le serán devueltos lo más pronto posible."

—¡Qué estupidez! —dijo la generala devolviendo la carta con ademán desdeñoso—. No valía la pena leerla. ¿De qué te ríes?

—No me negará que esta carta le ha causado cierto placer.

—¡Cómo!, ¿esta sarta de disparates? ¿Pero no ves que la vanidad y el orgullo vuelven locos a esos infelices?

—Es cierto; pero no se puede negar que reconoce sus yerros, y precisamente porque tiene vanidad, más doloroso ha de ser para su amor propio. ¡Qué niña es usted, Isabel Prokofievna!

—Tú quieres que te dé una bofetada, ¿verdad?

—Le aseguro que no es ése mi deseo. He dicho esto porque trata de disimular la satisfacción que le ha producido la lectura de esa carta. ¿Por qué se sonroja de sus más elevados pensamientos?

—¡Te prohibo de nuevo que vuelvas a poner los pies en mi casa! —gritó la generala, poniéndose en pie, roja de ira.

—Y dentro de tres días vendrá usted a suplicarme que vaya... Vamos, no se avergüence... Siendo eso lo mejor de su alma, no tiene por qué sonrojarse. Diríase que se ha empeñado en atormentarse a sí misma.

—¡Que me muera si vuelvo a verte jamás! ¡Olvidaré hasta tu nombre, mejor dicho, lo he olvidado ya!

—Antes que usted pensara en decírmelo siquiera, habíame ya prohibido aparecer por su quinta —gritó el joven.

—¡Cómo! ¿Quién te lo ha prohibido? —exclamó la generala vivamente.

Arrepentido Muichkine de sus palabras, estuvo unos instantes pensativo sin responder. Por fin dijo:

—¡Me lo prohibió Aglae Ivanovna!

—¡Cuándo! ¡Hablarás de una vez!...

—Esta mañana me hizo saber que no debo intentar, siquiera, visitarles.

La generala quedóse como petrificada por el estupor; sin embargo, haciendo un gran esfuerzo pudo recoger sus dispersos pensamientos.

—¿Qué es lo que te mandó decir? ¿Por quién te lo hizo saber? ¿Por conducto del mocoso de Kolia? ¿De viva voz, acaso?

—No, por medio de una carta.

—¡Dónde está, quiero leerla!

Muichkine reflexionó un instante y sacando luego del bolsillo del chaleco una esquelita, se la entregó a la señora de Epantchine, que leyó lo siguiente:

"Príncipe León Nikolaievitch: Si después de todo lo ocurrido tiene la intención de sorprenderme con su visita en nuestra quinta, le prevengo que no me encontrará entre los que le acojan con simpatía.

AGLAE EPANTCHINE."

La generala meditó unos instantes y seguidamente, acercándose al príncipe, le asió con fuerza de un brazo y arrastrándole consigo exclamó:

—¡Ven conmigo en seguida! ¡Es absolutamente necesario que ahora mismo vengas a la quinta! ¡Vamos!...

Su agitación y su impaciencia eran extraordinarias.

—¡Pero me expone usted...!

—¿A qué? ¡Ah, el bobo! ¡Se diría que no es ni hombre! ¡Vamos, ahora veré por mis propios ojos de lo que se trata!

—Pero déjeme, al menos, que tome el sombrero...

—¡Toma tu horrible sombrero! ¡Vamos de una vez! ¡Podías haber comprado un sombrero un poco más elegante! Ella le ha escrito... después de la escena que hemos tenido... No hay duda de que está febricitante, de que delira... —murmuraba la generala, que, sin soltar el brazo del príncipe, casi le arrastraba—. Hace un momento tomé tu defensa y dije en voz alta que eras un imbécil si no venías a vernos... y ella salió escribiendo esa cartita estúpida..., esa cartita inconveniente... ¡Eso es indigno de una señorita noble, educada e inteligente! ¡Ah! —prosiguió—, ¿quién te dice a ti que te ha escrito eso porque está ofendida por tu prolongada ausencia? Pero la pobre ignora que los idiotas toman al pie de la letra las cosas y que tú no irías más. Pero, ¿por qué eres todo oídos, tonto? —exclamó la generala viendo que había dicho cosas que no tenía la intención de decir—. Ella necesita un bufón como tú para reírse, y por eso te llama. Tú le servirás de blanco para sus mordacidades. Yo estaré contentísima de que así sea, pues no mereces otra cosa. ¡Qué ridículo te hará parecer!

XXVII

Los individuos de la familia Epantchine, o por lo menos los más importantes de ella, estaban desconsolados por no parecerse al resto de la sociedad a que pertenecían.

Sin darse perfecta cuenta del hecho, no por eso dejaban de comprender que algo les distanciaba de las personas de su condición social. Todas llevaban una existencia tranquila, uniforme, mientras la de ellos era agitada e irregular.

Tal vez era Isabel Prokofievna la única que se hacía estas penosas reflexiones; sus hijas, aunque no carecían de penetración y de perspicacia, eran aún muy jóvenes para fijarse en estas pequeñeces; Iván Fedorovitch, hombre de despierta inteligencia, si bien poco desarrollada, se contentaba con exclamar *¡hum!* y dejaba que su mujer resolviese los pequeños problemas domésticos, cargando, por lo tanto, ella con toda la responsabilidad.

Desde hacía algún tiempo, a la generala habíasele metido en la cabeza que la causa de todo lo que ocurría era su "desgraciado carácter"; esta convicción aumentaba su angustia y hacíale maldecir su "estúpida originalidad"; y siempre inquieta y alarmada, perdía a cada momento la brújula, no hacía nada a derechas.

Lo que sobre todo amargaba su existencia era la manía de que sus hijas se iban haciendo "originales" como ella, lo cual había de ser causa de los sinsabores que más adelante experimentarían.

"¡Molestan tanto como los nihilistas!" —se repetía a cada instante.

Desde hacía un año, ese pensamiento la atormentaba más y más.

"¿Por qué no se casan primero, y se hacen las "originales" después? —preguntábase continuamente—. Sin duda para fastidiar a su madre, objeto único de su vida; no puede ser otra la razón, y esto es debido a las perniciosas ideas modernas".

Isabel Prokofievna sintióse más aliviada cuando pudo decirse que a lo menos una de sus hijas, Adelaida, estaba, al fin, próxima a contraer matrimonio.

—Será una preocupación menos para mí —solía decir cuando tenía que exteriorizar sus sentimientos.

A causa de haber sido llevado a cabo aquel noviazgo sin tropiezo alguno y salvando todas las apariencias, la generala estaba contentísima, y más, al ver que toda la sociedad aplaudía sin reservas aquel enlace.

El prometido era un hombre a carta cabal, muy conocido por su talento, príncipe además, y de sólida fortuna; a todo esto hay que agregar que estaba muy enamorado de su futura.

Pero la esposa de Epantchine había sentido siempre menos inquietud por su segunda hija que por las otras dos, si bien no dejaban de preocuparle de vez en cuando las aficiones artísticas de Adelaida.

Era el porvenir de Aglae el que más le preocupaba.

Respecto a su hija mayor no sabía si debía inquietarse o no. A veces le parecía que ya no había que pensar en casamiento para ella, pues cumplidos los veinticinco años en estado de soltera, aquella muchacha quedaba para vestir santos, lo cual, al decir de la madre, era un crimen, pues era de una belleza sin par. La pobre mujer se pasaba noches enteras llorando, mientras la causa de su llanto dormía como una bienaventurada.

"¿Pero qué es esa muchacha? —se preguntaba angustiada la generala—. ¿Nihilista o sencillamente tonta?"

Isabel Prokofievna sabía muy bien que esta última suposición no era justa; ella tenía en alta estima la circunspección e inteligencia de su hija, cuyos consejos solicitaba a menudo.

Isabel Prokofievna sentía por Alejandra una compasión más intensa que la que le inspiraba Aglae.

Pero el verdadero y continuo tormento de la madre era, como hemos dicho, su hija Aglae.

"Ella es absolutamente como yo, es mi vivo retrato —decía para sus adentros—; ¡es un diablillo despótico! Es una nihilista, extravagante, insensata, y más que nada, mala, mala, ¡muy mala!... ¡Qué desgraciada ha de ser, Dios mío!"

Sin embargo, repetimos, la seguridad de que Adelaida pronto había de contraer enlace, era un sedante para ella. Por un mes entero olvidó sus inquietudes.

Durante ese mes, Aglae habíase mostrado tan obediente y amable con su madre, que la generala desterró sus temores.

"¡Qué cambio tan notable se ha verificado en mi querida hija! —pensaba, enajenada de gozo—. ¡Y qué hermosa es, Dios mío, qué hermosa! Cada día que pasa está más fascinadora..."

La alegría de aquella familia no fué, empero, duradera, pues en cuanto apareció en escena aquel insignificante principillo, aquel pobre ente idiotizado, de nuevo volvió a reinar en la casa el desorden y la incomprensión.

¿Qué había pasado?

Para cualquier persona que no fuese Isabel Prokofievna, nada absolutamente; pero la generala descubría siempre, aun en los más sencillos incidentes de la vida, algo que la espantaba hasta el punto de hacerla enfermar.

Júzguese, pues, de lo que sufriría cuando en medio de sus quiméricas inquietudes vió producirse un hecho que valía la pena de examinarlo detenida y seriamente.

"¿Quién será el atrevido que ha osado enviarme ese maldito anónimo en el que se me dice que Aglae está en inteligencia con *esa* mujer?" —pensaba la generala, durante el camino mientras arrastraba consigo a Muichkine, asido fuertemente por un brazo.

En cuanto hubieron llegado a su casa y el príncipe estuvo sentado ante la mesa redonda en torno de la cual estaba reunida la familia en pleno, Isabel Prokofievna volvió a sumirse en sus angustiosas reflexiones.

"¿Cómo se han atrevido siquiera a pensar semejante cosa? Me moriría de vergüenza si creyese una sola letra de esa carta y se la enseñase a Aglae. ¡Ah, cómo hacen burla de nosotros, de los Epantchine! E Iván Fedorovich tiene la culpa de todo, ¡de todo! ¿Por qué no nos trasladaríamos a tiempo a Elaguine, como era mi propósito? Tal vez sea Varia la autora del anónimo; sí, debe haber sido ella, a menos que... ¡Ah, nunca le perdonaré a Iván Fedorovich estas cosas! No, no ha sido Varia; esto es cosa de *aquella* mujer, que ha querido poner en ridículo a mi marido, recordándole antiguas relaciones y burlándose de él como ya lo hizo en ocasión de aquel malhadado collar de perlas que le regalara... ¡No te puedo perdonar esto, Iván Fedorovich, no te le perdonaré jamás!"

Entretanto, Eugenio Pavlovitch hablaba animadamente con todos. El príncipe estaba palidísimo. Sentado ante la mesa redonda, parecía asustado y, sin embargo, en ciertos momentos, sentía que se apoderaba de su alma un entusiasmo, un éxtasis dulcísimo que él mismo no acertaba a explicarse. ¡Qué miedo tenía de mirar hacia cierto lado desde donde le miraban fijamente dos ojos negrísimos, muy conocidos para él! Pero al mismo tiempo, ¡qué gozo inefable experimentaba por hallarse en medio de aquella familia y de oír la voz querida, después de lo que le habían escrito!

"¡Señor!, ¿qué dirá ahora ella?" —pensaba Muichkine.

No había despegado aún los labios y escuchaba con suma atención a Eugenio Pavlovitch, quien jamás habíase mostrado de tan excelente humor como aquella tarde.

Excepción hecha de Iván Fedorovitch, que no había regresado aún de San Petersburgo, hallábanse allí reunidos toda la familia Epantchine y sus contertulios de costumbre, o sea el ya mencionado Eugenio Pavlovitch, el príncipe Chtch y, desde luego, Muichkine. En aquel momento iban a servir el té; una de las señoritas Epantchine tocaba el piano.

Al poco rato llegó Kolia.

"¿De manera que sigue siendo visita de la casa?" —dijo para sí el príncipe.

La quinta de los Epantchine tenía el aspecto de un chalet; por todas partes veíanse flores y verdes enredaderas. Un jardín reducido, pero muy bien cuidado, rodeaba el edificio.

Como en casa del príncipe, la tertulia se reunía en la terraza, que era más amplia y ofrecía a la vista más vasto y hermoso panorama.

Cuando llegó el príncipe, la conversación había recaído sobre un tema que, al parecer, no era del agrado de la mayoría de la concurrencia. Adivinábase a primera vista que había tenido lugar una discusión; era evidente que, por no desairar a Eugenio Pavlovitch, quien parecía no notar la desagradable impresión que su discurso causaba, seguíanle la corriente.

La aparición del príncipe dióle nuevas energías para seguir aquella conversación.

La generala, según su costumbre, cuando no entendía una cosa, enarcaba las cejas, simulando una gran atención.

Aglae, sentada algo aparte, no se retiró; escuchaba en silencio con marcada indiferencia.

El príncipe creyó notar que el tono de Eugenio desagradaba a Alejandra, a quien no gustaba que se tratase en sentido de broma asuntos tan serios.

—En el momento en que llegaba usted, príncipe —dijo Eugenio, dirigiéndose a Muichkine—, sostenía yo que en Rusia se reclutan los liberales entre dos clases muy distintas entre sí; se componen de propietarios, de siervos y de seminaristas. Respecto al socialismo, cabe decir lo mismo. Todos los que en nuestra patria, como en el extranjero, alardean de liberales, pertenecen a la aristocracia contemporánea de la servidumbre. ¿Por qué ríen ustedes? Basta leer cualquiera de sus obras, y sin necesidad de ser un crítico de primera fila, uno puede demostrar que cada página de esos libros, de esos folletos y de cuantas publicaciones lanzan a la luz pública, ha sido escrita por un propietario ruso de los tiempos que se fueron para no volver. La cólera, la indignación, el mal humor que destilan todas sus obras, denuncian al propietario, al propietario más fósil; es posible que esas ideas y esas lágrimas sean sinceras, pero no dejan por eso de ser ideas y lágrimas de hidalgüelos o... seminaristas. ¿Siguen ustedes riendo? ¿Usted también, príncipe? ¿Tampoco es de mi parecer?

—No puedo pronunciarme en su favor ni en su contra —repuso Muichkine, dejando de sonreír y azorado como un colegial al que le han

sorprendido en falta —; pero le aseguro que le escucho con sumo interés.

Eugenio Pavlovitch echó de ver la turbación de Muichkine, y sonrióse maliciosamente.

—Yo creo que lo mejor sería dejar esta fastidiosa conversación que hubiera sido mejor no empezar, e irnos a dar un paseo por el jardín —observó Alejandra con tono desabrido.

—¡Muy bien dicho! ¡A pasear! — exclamó alegremente Eugenio —; mas antes les ruego que me permitan hacerle al príncipe una pregunta que se me ocurrió hace ya dos horas. No hace mucho rato se ha hablado aquí de "caso particular"; estas dos palabras se emplean mucho en la conversación. Hace poco, la prensa y la opinión pública se interesaron vivamente por un espantoso crimen, por el horrible asesinato de seis personas... cometido por... un jovenzuelo, y, más que el crimen en sí, lo que llamó la atención fué la defensa hecha por el abogado, que sostenía que la verdadera culpable de aquel crimen era la miseria, que había conducido *naturalmente* a su defendido a asesinar a aquellas seis personas. No es ésta, desde luego, la palabra empleada por el abogado, pero la idea en sí era la misma. A mi juicio, el defensor, al lanzar tan peregrina afirmación, estaba íntimamente convencido de que sentaba la doctrina jurídica más humanitaria, más progresista y más liberal que se pueda concebir en nuestros tiempos. Ahora bien: ¿qué me dice usted de esto? Semejante perversión de las ideas y de las convicciones, ¿es un caso particular o general?

—Particular, muy particular — exclamaron, riendo, Alejandra y Adelaida.

—Permite que te recuerde, Eugenio Pavlovitch, que tu chiste es ya demasiado viejo — dijo el príncipe Chtch.

—¿Cuál es su opinión, príncipe? — continuó Pavlovich, desentendiéndose de aquella observación, y viendo fija en él la mirada del príncipe Muichkine —. ¿Qué le parece a usted, es un caso particular o general? Confieso que sólo por usted he traído esta cuestión.

—No, no es un caso particular — repuso el príncipe en tono bajo, pero firme.

—¡Vamos, León Nikolaievitch! ¿No se da cuenta que es un lazo que le tiende y que el objeto de su pregunta no es otro que el de hacerle caer en él? — exclamó algo encolerizado el príncipe Chtch.

Muichkine se sonrojó.

—Creía que Eugenio Pavlovitch hablaba en serio — contestó.

—Querido príncipe — continuó Chtch —, acuérdese de la conversación que tuvimos hará unos tres meses; hablábamos precisamente del gran número de abogados distinguidos con que cuenta nuestro joven foro, después de la reforma de la organización judicial, y comentábamos los sabios veredictos que suelen pronunciar nuestros jurados. ¡Qué contento se mostraba usted de semejante estado de cosas y qué placer me causaba su alegría!... También dijimos que había materia suficiente para que se convirtiesen en bellas realidades las promesas que en todo aquello apuntaban... Ese desdichado informe de defensa, ese extraño argumento, es ni más ni menos una excepción que desentona entre millares de ejemplos contrarios.

El príncipe Muichkine reflexionó unos instantes, y dijo con cierta timidez:

—Quería únicamente decir que la perversión de las ideas, sirviéndome de la frase de Eugenio Pavlovitch, es, desgraciadamente, un hecho demasiado generalizado; desde luego, entonces, trátase de un caso general y no particular. Si esta perversión no estuviese tan difundida, no se cometerían esos crímenes inconcebibles, como es el que...

—¿Inconcebibles? — interrumpió su interlocutor —. Le aseguro que crímenes parecidos y aun más horribles se han cometido en los tiempos pasados, se siguen cometiendo, y se cometerán aún por mucho tiempo, y no sólo entre nosotros, sino también en las naciones más adelantadas. Lo que hay es que antes no se les daba tanta publicidad y que ahora la opinión pública los comenta por medio de la palabra y del lenguaje escrito; es por esto por lo que parecen constituir un fenómeno en la nueva sociedad. En esto estriba su error, príncipe, y este error es demasiado ingenuo — terminó Chtch, sonriendo burlonamente.

—No ignoro que en todos los tiempos se han cometido crímenes horrorosos — replicó Muichkine —; últimamente he visitado algunas prisiones, y he tenido la ocasión, por lo tanto, de hablar con algunos delincuentes presuntos o condenados ya por sus fechorías. Había entre ellos algunos mucho más culpables que ese asesino de seis personas, pues allí vi uno que despachó para el otro mundo nada menos que a diez personas y no mostraba el más ligero arrepentimiento; sin embargo, en esas visitas, he observado una cosa que ha llamado fuertemente mi atención: el asesino más endurecido, el más inaccesible al remordimiento, está convencido de que es un *criminal*, es decir, que no ignora que ha obrado mal. Sin embargo, desprecia como cosa inútil el arrepentimiento. Así son todos, mientras que aquellos de quienes habla Eugenio Pavlovitch no quieren confesarse culpables y creen que el asesinato no es más que el ejercicio de un derecho. Esta es, por lo tanto, la terrible diferencia que observo y que me hace decir que no se trata de un caso particular.

El príncipe Chtch no sonreía ya; escuchaba a Muichkine con estupor.

Alejandra, que desde hacía rato quería aventurar una observación, guardó silencio, al parecer, por un motivo particular.

Eugenio Pavlovitch, verdaderamente atónito, contemplaba al príncipe, sin que vagase en sus labios su habitual sonrisa burlona.

—¿Por qué le miran ustedes con esa expresión de asombro? —preguntó con brusquedad Isabel Prokofievna —. Le suponían más tonto de lo que son ustedes, ¿no es cierto? ¡Vaya chasco! ¡Le creían incapaz de razonar!

—No, no es eso lo que me sorprende — dijo Eugenio Pavlovitch —. Perdone, príncipe, la pregunta; puesto que tan bien y acertadamente observa estas cosas, dígame — y repito que perdone la pregunta —, ¿por qué no vió usted tan claro en el asunto Burdovsky? ¿Por qué no vió usted esa perversión de ideas y de convicciones morales? El caso es absolutamente el mismo, y, sin embargo, me parece que no hizo usted esa observación.

—Lo mismo se nos había ocurrido a todos nosotros, y hemos hecho alarde de nuestra penetración; pero han de saber ustedes, que hemos quedado en ridículo, porque el protagonista del drama, el joven de la cara llena de granos, ¿te acuerdas, Alejandra?, le ha escrito una carta pidiéndole perdón. De modo que ahora ese muchacho siente un gran respeto por Muichkine. En cambio, nadie nos ha enviado a nosotros una carta semejante. Por lo tanto, en lo sucesivo, debemos aprovechar esta lección y no hacernos los pillos con el príncipe.

—Hipólito ha venido a residir en el campo con nosotros — dijo Kolia.

—¡Cómo!, ¿ya está aquí? — preguntó el príncipe, alarmado.

—Sí, llegó en el momento en que usted salía con Isabel Prokofievna — contestó Kolia —; le he traído yo.

—Apuesto lo que se quiera — exclamó la generala, presa de súbita cólera, olvidándose de la acalorada defensa que acababa de hacer de Muichkine —, apuesto a que ha ido León Nikolaievich a visitar a ese malvado muchacho en su sotabanco, a que le ha pedido perdón y a que le ha suplicado de rodillas que se venga a vivir con él. ¿Fuiste a verlo ayer? Vamos, di la verdad: ¿le suplicaste de rodillas que accediera a venir a tu casa de campo?

—No — exclamó Kolia —. Si bien es cierto que el príncipe ha ido a visitar a Hipólito, y éste, al verle llegar, tomándole las manos, se las cubrió de besos y lágrimas; lo vi con mis ojos; no se habló ni una palabra de lo ocurrido la noche anterior, y León Nikolaievitch le invitó a pasar una temporada en el campo, a lo que Hipólito contestó que lo haría cuando su estado le permitiese ese viaje.

—Has hecho mal, Kolia... — balbuceó el príncipe poniéndose de pie y tomando su sombrero —. ¿Por qué cuentas esas cosas?

—¿Adónde vas? — preguntóle la generala.

—No se vaya usted ahora, príncipe — dijo Kolia —, pues no haría usted más que exacerbarlo con su presencia; en este momento descansa de las fatigas del viaje; está muy contento y creo más conveniente que hasta mañana no se deje usted ver de él, pues su visita puede turbarle de nuevo.

El príncipe observó que Aglae había abandonado su lugar para acercarse a la mesa redonda. No se atrevía a mirarla, pero sentía, o mejor dicho, veía con los ojos del alma que ella tenía fijos en él sus negros ojos y adivinaba también la indignación de aquella mirada y el vivo carmín que cubría las mejillas de la joven.

—Me parece, Nicolás Ardalionovitch, que ha hecho usted mal en conducirle a Pavlovsk, si se trata como supongo de ese joven tísico que anteanoche nos puso de chupa de dómine — observó Eugenio.

—O te buscará camorra en cuanto te vea y se irá echando pestes — añadió la generala.

—No hará nada de eso el pobre Hipólito — dijo Kolia —. Al contrario, viene a pedir perdón.

—Por lo que a mí me concierne, se lo perdono todo; puede usted decírselo, si gusta — repuso Eugenio Pavlovitch.

—No es así como se solucionan cosas de tanta trascendencia; es necesario ir todos a recibir su perdón — respondió Muichkine en voz baja y mirando al suelo como si le repugnara tener que decir aquello.

El príncipe Chtch cambió una mirada de inteligencia con uno de los presentes y añadió en tono que revelaba cierta inquietud:

—Querido príncipe, el paraíso sobre la tierra no se consigue tan fácilmente, y parece que usted se ha forjado algunas ilusiones a este respecto; el paraíso es muy difícil, mucho más de lo que su excelente corazón se lo puede figurar. Dejemos, pues, las cosas como están, porque de lo contrario se haría una confusión general y entonces...

—Vamos a dar un paseo por el parque — interrumpió la generala, levantándose violentamente.

Todos la imitaron.

XXVIII

De pronto Muichkine se acercó a Radomsky.

—Eugenio Pavlovitch — le dijo con extraña vehemencia tomándole de una mano —, esté usted seguro de que, a pesar de todo, le tengo por el hombre más noble y generoso; créame usted...

El asombro de Radomsky fué tal, que dió un paso atrás involuntariamente.

—Juraría, príncipe, que usted no pensaba decirme eso ni aun dirigirme la palabra... ¿Pero qué le pasa? ¿Se siente usted indispuesto?

—Es probable, casi seguro; ha sido usted muy perspicaz al adivinar que no pensaba dirigirle la palabra...

Mientras decía esto, vagaba en sus labios una extraña sonrisa, pero, de pronto, añadió con la misma vehemencia de antes:

—¡No me recuerde usted mi conducta de anteanoche! Estoy profundamente avergonzado... Sé que soy culpable...

—Pero... ¿qué horrible delito ha cometido usted?

—Veo que usted es el que más vergüenza siente por mí, Eugenio Pavlovitch; se ha sonrojado y esto me demuestra que posee usted un excelente corazón. Pero esté tranquilo, me ausentaré en seguida y para siempre.

—¿Pero qué pasa? Son esos los síntomas precursores de los accesos que padece, ¿verdad? —preguntó alarmada la generala a Kolia.

—Nada tema, Isabel Prokofievna —contestó Muichkine, que había oído la pregunta—; no tengo ningún acceso; en seguida me voy. No

ignoro que nada tengo que agradecerle a la Naturaleza... Hace veinticuatro años que estoy enfermo, es decir, desde mi nacimiento hasta hoy; tome usted, pues, todo lo sucedido como obra de un enfermo. Me voy ahora mismo para no volver, porque conozco que estorbo en la sociedad. No me sonrojo de decir estas cosas; ¿por qué?...; ¿acaso es culpa mía?... Ni tampoco me las dicta el amor propio... Durante estos tres días he reflexionado mucho y ansiaba que se me ofreciese ocasión para hablar franca y noblemente. Existen ideas, ideas muy elevadas que no me es permitido exponer sin provocar la hilaridad de todo el mundo; el príncipe Chtch me lo ha recordado hace un momento. Mi gesto no es conveniente, desconozco la justa medida de los sentimientos, mi lenguaje no responde a mi pensamiento, y al hacerme apóstol de esas ideas, las ridiculizo... Por lo tanto, no tengo derecho a... Además, soy sospechoso...; estoy convencido de que en esta casa no pueden ofenderme y que me quieren más de lo que yo merezco; pero sé también, de manera que no deja lugar a dudas, que una enfermedad de veinticuatro años ha tenido, necesariamente, que dejar huellas, y que es imposible que no se rían de mí de vez en cuando, ¿no es cierto?

Y paseó su mirada por los circunstantes, como si esperase una respuesta.

Sus oyentes, empero, penosamente sorprendidos, no sabían qué pensar de este lenguaje imprevisto, morboso y que nada parecía justificar.

—¿Por qué dice usted eso aquí? —exclamó de improviso Aglae—. ¿Por qué les dice eso a *ellos?* ¡A ellos!...

La joven estaba encendida de indignación; sus ojos despedían llamas.

El príncipe permaneció mudo ante ella; una súbita palidez cubrió su rostro.

—¡Aquí no hay nadie que sea merecedor de semejantes explicaciones, ni que valga lo que su dedo meñique! —exclamó fuera de sí Aglae—. ¡Es usted el más honrado, el más noble y el más inteligente de los hombres! Ninguno de los aquí presentes es digno de recogerle el pañuelo que deja usted caer en el suelo. ¿Por qué, pues, se humilla y se cree inferior a los demás? ¡Sea altivo y orgulloso, en vez de rebajarse a sus propios ojos!

—Señor, ¿quién podía esperarse tal cosa? —dijo la generala golpeando las manos.

—¡Viva! —gritó Kolia, entusiasmado.

—¡Cállese usted! —exclamó Aglae, indignada, dirigiéndose a su madre y en un estado de excitación que le impedía medir el alcance de sus palabras—. ¿Por qué me persiguen todos, desde el primero hasta el último? ¿Por qué, príncipe, no me dejan en paz, desde hace tres días, por causa suya? ¡Por nada del mundo me casaría con usted! ¡No lo olvide; jamás seré su esposa, León Nikolaievitch! ¿Acaso alguna mujer en su sano juicio se casaría con un hombre tan ridículo como usted? Mírese en un espejo y verá cómo está en este momento... ¿Por qué me martirizan incesantemente diciéndome que seré su esposa? Usted debe saberlo, pues sin duda está de acuerdo con ellos.

—¡Nadie te ha dicho semejantes cosas! —exclamó Adelaida asustada.

—Nadie ha pensado ni hablado nunca de eso —añadió Alejandra.

—¿Quién te ha ofendido? ¿Cuándo ha sido eso? ¡Yo no he visto nada de eso! —exclamó la generala irguiéndose, y mirando a todos los presentes con gesto desafiante.

—¡Todo el mundo me lo dice! ¡Desde hace tres días no me dejan en paz un segundo con la misma cantinela! ¡Pero sepan de una vez que jamás me casaré con él!

Aglae estalló en sollozos, y escondiendo su rostro en el pañuelo dejóse caer en una silla.

—¡Pero si él no te ha pe...!

—Yo no la he pedido a usted en matrimonio, Aglae Ivanovna —interrumpió Muichkine, vivamente, acercándose a la joven.

—¡Qué!... ¿Qué es lo que ha dicho usted?... —replicó la generala, en el colmo de la indignación, al mismo tiempo que demostraba gran sorpresa.

No quería creer lo que sus oídos habían escuchado.

—He querido decir..., quise decir... —repuso temblando el príncipe—, quería únicamente explicar a Aglae Ivanovna..., tener el honor de explicarle que no se me había ocurrido siquiera... tener el honor de pedir su mano... Le juro que nunca tuve esa intención... Créame, Aglae Ivanovna, que no soy culpable de nada. Le repito que esa idea jamás ha cruzado por mi mente, y puede usted estar muy tranquila de que ello no ocurrirá. Alguna persona malvada me ha querido indisponer con usted.

Al decir estas palabras, Muichkine se hallaba frente a la joven, la cual, quitándose el pañuelo de los ojos, contempló un instante al príncipe, que parecía muy asustado, y prorrumpió en sonoras carcajadas. Adelaida, al ver la cara de espanto de Muichkine, no pudo menos que reírse también, al tiempo que caía en brazos de Aglae.

Al verlas así, el príncipe no pudo menos que sonreír, mientras exclamaba con no fingida alegría:

—¡Gracias a Dios!

Alejandra tampoco pudo contenerse e imitó a sus hermanas; parecía que la hilaridad de las tres jóvenes no iba a tener fin.

—¡Son locas de remate! —exclamó la generala—; nos llenan de espanto, e instantes después...

—Vámonos a pasear al parque —dijo, al fin, Adelaida—; vamos todos y, desde luego, el príncipe también; no tiene por qué dejarnos plantados ese querido amigo. Es muy simpático, ¿verdad, Aglae? ¿No es cierto, mamá? Es absolutamente necesario que yo lo abrace, por la explicación que acaba de darle a mi hermana. ¿Me permites, querida mamá, que le dé un abrazo? ¿Consientes, Aglae, en que abrace a *tu* príncipe?

Y, esto diciendo, se acercó vivamente al príncipe, y le besó en la frente. El príncipe le tomó una mano, estrechóla con fuerza atroz, y contemplando a la joven con alegría, se la besó por tres veces.

—¡En marcha! —dijo Aglae—. Usted, príncipe, será mi caballero; ¿puedo hacerlo, mamá? ¡Un caballero que desdeña a su dama! ¿Así que rehusa definitivamente mi mano? ¡Pero no es así, príncipe, como se ofrece el brazo a una señora! ¿También ignora eso? ¡Eso es, así! ¿Quiere que vayamos solos, delante de todos?

La reducida comitiva se puso en marcha en dirección al Waux-Hall, punto de reunión de los veraneantes de Pavlovsk.

—¡Mire usted a la derecha! —dijo Aglae en voz baja a Muichkine.

Este dirigió la vista al sitio indicado.

—Fíjese bien y descubrirá un banco pintado de verde, en el fondo del parque, cerca de esos tres grandes árboles.

—Es un sitio encantador —balbuceó el príncipe.

—Le agrada, ¿verdad? Pues a veces, a las siete de la mañana, cuando aun duermen todos en casa, vengo a pasar un rato aquí sola.

El corazón de Muichkine latió con violencia cuando Aglae le dijo lo del banco, pero al cabo de un minuto estaba avergonzado de la idea absurda que se le había ocurrido.

El Waux-Hall de Pavlovsk estaba muy concurrido.

Aglae y el príncipe, que, como hemos dicho, iban delante de todos, eran objeto de la curiosidad de muchos paseantes.

Al poco rato llegaron todos y vieron acercarse un grupo de jóvenes amigos de la familia Epantchine, así como también de Eugenio Pavlovitch, y entablóse una amena conversación. Había entre ellos un elegante y bien parecido oficial del ejército, jovial y decidor, quien se apresuró en dirigir la palabra a Aglae sin escatimar galanterías ni frases ocurrentes para acaparar la atención de la bella joven, la cual no se quedó corta en sus amables y alegres réplicas.

Eugenio Pavlovitch, después de pedir su venia al príncipe, le presentó al joven militar.

Muichkine apenas si se dió cuenta de aquella presentación. Estaba agitadísimo, pues entre la multitud acababa de ver un rostro pálido, de negros cabellos, cuya sonrisa y modo de mirar le eran bien conocidos; esa visión duró lo que un relámpago. ¿Sería su imaginación? No, pues había visto también una horrible corbata verde. Buscó con los ojos durante largo rato al dueño de aquella corbata, pero sin resultado.

De improviso, por la entrada junto a la cual se hallaban sentados nuestros amigos, desembocó un grupo compuesto por una decena de personas. Caminaban delante tres señoras, dos de las cuales eran tan espléndidamente hermosas, que disipaban al punto la sorpresa que pudiera causar el verlas rodeadas de tantos adoradores.

—¡Dios mío, Anastasia Filippovna! —murmuró el príncipe, alterado.

—¿Qué le pasa? —preguntó Aglae tocándole con el brazo.

El príncipe la miró, y viendo en sus ojos un fulgor extraño trató de sonreír; pero, de pronto, como olvidándose de la joven, volvió la cabeza hacia la visión que le había fascinado.

En aquel momento pasó Anastasia por delante de las sillas que ocupaban las señoritas Epantchine.

—¡Mírenlo ustedes qué tranquilo está! —exclamó encarándose con Eugenio Pavlovitch, que hablaba animadamente con Alejandra—. ¡Tres días hace que te andan buscando sin que hayan podido echarte la vista encima! ¿Pero es que no sabes que tu tío se ha levantado la tapa de los sesos? Yo me he enterado hace pocas horas, a las dos; pero ya su caso es la comidilla de todas las conversaciones. Según unos, deja un déficit de trescientos cincuenta mil rublos, mientras afirman otros que asciende a quinientos mil. Yo había contado siempre con que te dejaría una pingüe herencia, y ahora resulta que te quedas sin blanca, pues tu querido tío se lo ha comido todo bonitamente. Era un viejo libertino... Bueno, adiós y mucha suerte. ¿No decías que te ibas de viaje? A tiempo has abandonado el servicio militar, ¿eh?... Es imposible que tú no estuvieras enterado de lo que pasaba.

Eugenio creyó más digno contestar con el desprecio a este insulto; pero la noticia que Anastasia acababa de darle le cayó como un rayo.

Al oír el trágico fin de su tío palideció intensamente y miró a su perseguidora con aire de estupefacción. Entretanto, la generala y sus hijas abandonaron sus asientos, retirándose con precipitación del lugar de la escena, cuyo desenlace era imposible prever.

Eugenio y el príncipe Muichkine no las siguieron. Pero antes de que las Epantchine hubiesen caminado veinte pasos, se produjo un escándalo terrible.

—¡No habrá otro remedio que emplear el látigo para librarse de esta mujer! —exclamó el teniente, que, sin duda, estaba al corriente de la persecución de que Anastasia hacía objeto a su amigo Pavlovitch.

La joven se volvió rápidamente hacia él con los ojos centelleantes de cólera, y arrebatando de las manos de uno de los curiosos el junquillo que llevaba en las manos, cruzó con todas sus fuerzas el rostro de su ofensor.

Fuera de sí el teniente por el dolor y la ira, quiso castigar a la joven, pero Muichkine, que estaba a dos pasos detrás de él, tomóle con fuerza el brazo impidiéndole descargarlo sobre el rostro de la joven, aunque no logró esquivar el puñetazo que con la mano libre le asestó el teniente en el pecho, haciéndole caer en la silla.

El agraviado oficial se volvió de nuevo hacia la joven, pero se encontró frente al ex oficial y actual pugilista.

—Me llamo Keller y he sido sub-oficial del ejército —dijo con reposado acento—. Le ruego

me acepte por paladín del bello sexo; por lo tanto, estoy a su completa disposición; pero tengo que advertirle que el boxeo no tiene secretos para mí, como tampoco ignoro el manejo de las armas que se suelen emplear en ciertos terrenos.

Pero el joven oficial volvió la espalda. En aquel momento, Rogojine, abriéndose paso entre la multitud, tomó a Anastasia por un brazo y se alejó con ella.

—¡Chúpate esa! ¡Te han roto la cara por meterte en lo que no te importa!

El oficial, que se restañaba la sangre con un pañuelo, y ya dueño de todo su aplomo, no ignorando con quién se las había, dirigióse cortésmente a Muichkine, que en aquel momento abandonaba su asiento, diciéndole:

—¿Tengo el honor de hablar con el príncipe León Nikolaievitch? Pues bien, ya sabe que estoy a sus órdenes para resolver esta cuestión.

Dicho esto, saludó con una inclinación de cabeza y se alejó del lugar.

Cuando acudió la policía, habían desaparecido los protagonistas del escándalo que había turbado por un momento la tranquilidad reinante en el hermoso parque.

El príncipe se apresuró a volver al lado de sus amigos.

Si cuando estuvo sentado en la silla se le hubiera ocurrido volver la cabeza hacia la izquierda, hubiese visto a veinte pasos de distancia a Aglae que, sorda a las llamadas de la madre, contemplaba la escandalosa escena.

El príncipe Chtch se dirigió hacia ella y logró, al fin, que abandonase aquel lugar.

—Quería ver cómo terminaba la función —dijo, cuando se reunió a su familia, esforzándose por disimular su emoción.

XXIX

El incidente de Waux-Hall llenó de consternación a las señoras Epantchine, y la generala, inquieta y despavorida, condujo con presteza a sus hijas a la casa.

Lo que acababa de ocurrir era, a sus ojos, demasiado significativo, y dando rienda suelta a su imaginación exaltada a pesar de su emoción, concibió las ideas más descabelladas.

Por lo demás, sus hijas también vieron en aquello el principio del fin de un misterio que pronto iba a tener su desenlace.

Eugenio Pavlovitch, era indudable y claro como la luz del día, sostenía relaciones con aquella mujer.

Así pensaban, no sólo Isabel Prokofievna, sino también sus dos hijas mayores; pero esta conclusión no arrojaba ninguna luz sobre el asunto, sino todo lo contrario.

Aunque Alejandra y Adelaida estaban algo enojadas con su madre por aquella retirada que más bien parecía desordenada fuga, en la confusión del primer momento se abstuvieron de hacerle ninguna pregunta.

Por otra parte, estaban persuadidas de que Aglae no desconocía los pormenores del asunto.

El príncipe Chtch estaba sombrío y absorto en profundas reflexiones.

Adelaida trató de hacerle hablar.

—¿Qué es lo que ha ocurrido con ese individuo? —le preguntó.

El semblante de Chtch ensombrecióse aún más; por toda respuesta balbuceó algunas vagas palabras, entre las que pudieron sacar en claro "que todo aquello era absurdo".

—Muy posible —afirmó Adelaida, no atreviéndose a insistir.

En cuanto a Aglae, estaba perfectamente tranquila; sólo habló una vez, para decir que fuesen más despacio. Poco antes de llegar a la quinta volvió la cabeza hacia atrás, y al ver al príncipe que corría más que andaba para reunirse con ellos, sonrió irónicamente.

Cuando la pequeña comitiva llegaba a la casa les salió al encuentro Iván Fedorovitch, que acababa de llegar de San Petersburgo. Sus primeras palabras fueron para pedir noticias de Eugenio Pavlovitch.

Isabel Prokofievna pasó por delante de su marido sin contestarle ni mirarle siquiera, y por eso y por las miradas de sus hijas y del príncipe Chtch, comprendió que una tempestad estaba a punto de desencadenarse; por su parte, también parecía presa de una agitación muy rara en él.

Asiendo vivamente a Chtch por un brazo, el general le retuvo en la entrada de la villa, y allí los dos hombres cambiaron breves palabras en voz baja. A los pocos instantes aparecían en la terraza, acercándose a Isabel Prokofievna y llevando retratada en el rostro la sorpresa de haber escuchado algo extraordinario.

Unos detrás de otros fueron reuniéndose en la salita de la generala, quedando únicamente en la terraza el príncipe Muichkine, sentado en un rincón, como si esperase algo o a alguien, pero sin saber a ciencia cierta por qué estaba allí. Desde lo alto le llegaban algunas de las acaloradas palabras que en la conversación general partían de las habitaciones de los Epantchine. Estaba allí como clavado, y sentía una extraña sensación de vacío, como si el mundo hubiese dejado de marchar.

¿Cuánto tiempo permaneció allí ensimismado? Él mismo no hubiera podido decirlo.

Era tarde y comenzaba a obscurecer, cuando Aglae apareció de pronto en la terraza; parecía calmada de sus anteriores agitaciones, aunque una ligera palidez cubría su rostro; al ver al príncipe se sonrió, manifestando sorpresa de encontrarlo sentado en un rincón.

—¿Qué hace usted aquí? —le preguntó, acercándose al joven.

Confuso, el príncipe quiso balbucear algunas palabras, levantándose precipitadamente, pero Aglae le obligó a que de nuevo se sentara, haciendo ella lo mismo a su lado.

"Quiere burlarse de mí; pero no. Si tales fuesen sus intenciones, lo hubiera hecho antes", pensó el príncipe.

—Quizá le sentara bien una taza de té —dijo Aglae—; voy a mandar que se lo preparen...

—No...

—¿Cómo que no?... ¡Ah! Escuche lo que quería preguntarle, príncipe: ¿qué haría usted si alguien le desafiase en duelo?

—Pero... ¿quién?... No creo que nadie me rete a duelo.

—Supóngalo usted como posible; ¿tendría miedo?

—Me parece... que sí.

—¿De veras? ¿Entonces es usted cobarde?

—Tanto como eso... —respondió Muichkine después de reflexionar unos segundos, y añadió sonriendo—: cobarde es el que tiene miedo y huye, pero no el que, a despecho del miedo, se queda.

—¿Y usted no huiría?

—Quizás no.

—Tampoco yo huiría, y soy mujer —continuó Aglae en un tono algo desabrido—. Sospecho que usted se está burlando de mí, y esas muecas raras las hace para fingirse el interesante... Pero dígame, ¿es cierto que, de ordinario, en los duelos a pistola, disparan los adversarios a doce y aun a diez pasos de distancia? En ese caso, es forzoso que uno de ellos quede en el terreno, muerto o herido.

—En los duelos es donde menos peligro corre una persona.

—No diga usted eso; acuérdese de la muerte de Puchkin.

—Su muerte fué una casualidad.

—De ninguna manera; se trataba de un duelo a muerte y él sucumbió.

—La bala le hirió demasiado bajo, y Dantés, con toda seguridad, apuntaba a la cabeza o al pecho; nadie tira como él tiró; por lo tanto, lo más probable es que su muerte fué casual.

—¿Y usted sabe tirar?

—No, no sé, a pesar de que comprendo muy bien cómo se hace, pero nunca se me ha ocurrido tomar entre las manos una arma de fuego.

—Entonces es lo mismo que si no lo comprendiera, pues en eso la práctica es indispensable —replicó Aglae—. Escuche, pues, y aprenda usted. Ante todo, compre pólvora buena y que no esté húmeda; pida pólvora de pistola, para que no le den de la que se usa en la artillería, que es más gruesa. Las balas parece que las funden y venden los mismos armeros. ¿Tiene usted pistolas?

—No, ni las preciso —contestó alegremente el príncipe.

—¡Ah, qué tontería! No deje de comprar lo más pronto posible un par y que sean de fabricación francesa o inglesa, pues dicen que son las mejores. Hecho esto, tome la cantidad de pólvora que cabe en un dedal, o el doble quizá, y la echa dentro del caño de la pistola; a continuación hay que poner los tacos; una vez puestos los tacos, los aprieta bien con la baqueta, introduciendo por último la bala. ¿Comprende usted? Primero la pólvora antes que la bala, pues de lo contrario ésta no saldría. ¿De qué se ríe? Quiero que practique usted todos los días en el manejo de las armas hasta que sea un perfecto tirador. ¿Lo hará?

El príncipe se echó a reír, y Aglae, impacientada, golpeó el suelo con el pie. La gravedad con que había hablado sorprendió un poco a Muichkine, el cual comprendía, aunque confusamente, que debía pedir una aclaración sobre ciertos extremos, hacer determinadas preguntas, o, por lo menos, hablar de algo más serio que de cargar armas para duelos. Pero esas ideas pasaron por su espíritu como las nubecillas que cruzan el espacio y pronto se pierden de vista; lo único que sabía y veía era que estaba sentado al lado de la joven, y bajo el poder de sus negros ojos.

Finalmente bajó a la terraza el general Iván Epantchine.

—¡Ah! ¿Eres tú, León Nikolaievitch? ¿A dónde vas? —preguntó al príncipe, que permanecía en su silla y no había aún pensado en marcharse—. Ven conmigo, tengo que decirte cuatro palabras.

—Hasta la vista —dijo Aglae tendiéndole la mano.

La obscuridad reinante en la terraza impidió al joven ver el rostro de Aglae mientras se despedía.

No era a Muichkine precisamente a quien tenía que hablar Iván Fedorovitch; a pesar de lo avanzado de la hora, el general sentía absoluta necesidad de conversar con alguien, para distraerse de quien sabe qué graves preocupaciones.

—Evidentemente —comenzó diciéndole el general—, todos habéis perdido el seso. Te aseguro que no acierto a comprender las raras ideas ni los temores de Isabel Prokofievna. Tiene accesos de nervios, llora, anda todo el día diciendo que nos han humillado y deshonrado. ¿Cómo? ¿Quién? ¿Cuándo? ¿Por qué? Cierto es que han ocurrido escenas muy desagradables, pero todo se puede arreglar, por ejemplo dando parte a la policía, para que ate corto a esa... revoltosa, y hoy mismo pienso ir a prevenirla que ande con cuidado, pues si nos molesta, ejerceré, fuera de toda duda, mis derechos. Pero también se puede arreglar a las buenas, sin escándalo, incluso amigablemente. Confieso que el porvenir nos tiene reservadas algunas sorpresas que tal vez no sean de nuestro gusto, que el presente está muy obscuro, que hay una intriga de por medio... Pero, si aquí no sabemos nada, allá saben menos; yo no conozco este asunto, tú tampoco, ni nadie de los que les pregunto; entonces, ¿a quién he de dirigirme? ¿Cómo explicarnos esto?

—*Ella* está loca —balbuceó el príncipe, recordando la escena del Waux-Hall.

—¿Te refieres a Anastasia...? Yo también creía eso y dormía tranquilo; pero ahora veo que esa apreciación no es justa, pues no se trata de una loca. Si bien es verdad que no es normal como las demás personas, tampoco llega a la locura; pero, en cambio, es muy sagaz y astuta, muestra bien a las claras. Lo que ha dicho de Kapitón Alexievitch lo de-

—¿Quién es Kapitón Alexievitch?

—¡Ah, Dios mío! ¡Entonces no escuchas lo que te estoy hablando! Lo primero que te he dicho al encontrarte aquí, fué que se debe a Kapitón Alexievitch Radomsky que yo haya abandonado precipitadamente San Petersburgo. Se trata del tío de Eugenio Pavlovitch; estoy aún tan sobrecogido que me tiemblan los brazos y las piernas...

—¿Y bien?

—Se ha levantado la tapa de los sesos, esta mañana a las siete. ¡Un anciano! ¡Un hombre tan considerado! Si bien es verdad que era algo libertino. Lo que ella dijo es cierto: deja un déficit muy respetable.

—¿Cómo pudo ella...?

—¡Quién sabe!... Desde su llegada aquí se ha formado como una especie de estado mayor. No ignoras la clase de personajes que la rondan y que aprovechan cualquier ocasión para tener el "honor de su amistad". Por lo tanto, nada tendría de particular que alguno de sus admiradores se lo haya comunicado, máxime cuando es una noticia que ha corrido como pólvora por todo San Petersburgo, y aquí en Pavlovsk también la sabía mucha gente. ¡Con qué astucia ha lanzado la especie de que Eugenio Pavlovitch ha abandonado el servicio militar antes de que ocurriera la trágica aventura de su tío! ¡Qué infernal insinuación! No, eso no denota locura. Desde luego, yo no creo que Eugenio supiese lo que iba a ocurrir... Unicamente que lo presintiera... ¡Es terrible, terrible! Por lo demás, yo no acuso absolutamente de nada a Eugenio, compréndelo bien, pero todo esto es muy obscuro.

—¿Qué es lo que hay de obscuro en la conducta de Eugenio Pavlovitch?

—Nada, nada absolutamente; conserva una actitud muy noble. Yo no le he hecho alusión a nada. Creo que su fortuna ha quedado intacta... Como es natural, Isabel Prokofievna no quiere oír hablar de él...; pero lo peor de todo son estas discordias domésticas o, mejor dicho, estas miserias; uno no sabe ya qué nombre darle a las cosas... Tú eres, en toda la extensión de la palabra, un verdadero amigo de la casa, León Nikolaievitch; parece ser que, hace cosa de un mes, Eugenio Pavlovitch se declaró formalmente a Aglae y ésta le rechazó no menos formalmente...

—¡Esto no es posible! —exclamó el príncipe con ardor.

—¿Pero es que tú sabes algo? —preguntó el general, a quien la exclamación de Muichkine dejó medio aturdido—. Ya veo, querido, que he cometido una torpeza al hablarte con tanta confianza..., pero lo hice porque tú... vamos, por ser tú quién eres... Dime, ¿sabes tú algo que me hayan ocultado?

—Yo no sé nada... de Eugenio Pavlovitch —balbuceó el príncipe.

—Ni yo tampoco sé más de lo que acabo de decirte. Yo, amigo mío, estoy como para que me maten y me entierren, y te aseguro que esto es preferible a tener que reflexionar sobre lo que nos está pasando, que es tan penoso que no sé si podré soportarlo. ¡Hace poco hemos tenido una escena espantosa! Ya ves que te hablo como a un hijo. Lo principal es que es muy fácil que Aglae se esté burlando de su madre. Acabo de decirte que, hace más o menos un mes, Eugenio se le declaró y ella no le quiso aceptar como prometido; esto lo hemos sabido por sus hermanas..., bajo la forma de conjeturas... Por lo demás, deben de estar en lo cierto. ¡Yo no vi en mi vida una criatura más autoritaria y fantástica que ella! Todas las grandezas del alma, todas las brillantes cualidades del corazón y del espíritu, están reunidas en Aglae, estoy seguro de ello; pero, en cambio, tiene un carácter diabólico, es caprichosa, burlona... Hace un momento se ha reído en la cara de su madre, de sus hermanas y del príncipe Chtch; de mí no hablo, a pesar de que me escatima sus carcajadas. Con todo aplomo nos dijo: "A esa loca (esa apreciación me sorprendió mucho, pues coincide con lo que tú has dicho) se le ha metido en la cabeza, cueste lo que cueste, casarme con León Nikolaievitch; ¿no lo han adivinado ustedes?, y con ese fin obra así, para indisponernos con Eugenio Pavlovitch". Sin añadir una palabra más ni darnos otra explicación, se ha echado a reír dejándonos a todos con la boca abierta, pues se ha ido dando un gran portazo. Después me ha contado lo que pasó entre vosotros dos... y... y..., escúchame, querido príncipe, no te forjes ilusiones; ella se divierte a tus expensas, como hace con nosotros y con todo el mundo; nos mistifica a todos, para distraerse. Y ahora adiós, pues ya hemos charlado bastante.

Al quedar solo, Muichkine miró en derredor de sí, y apresurándose a abandonar la quinta, atravesó rápidamente la calle y se acercó a una ventana iluminada, desdobló un papel que durante todo el tiempo que duró la conversación con el general había tenido en su puño fuertemente apretado y leyó las siguientes líneas:

Mañana, a las siete, estaré en el banco verde del parque. Tengo que hablarle de algo muy importante y que le concierne muy directamente.

Espero que no enseñará a nadie este papel. Me disgusta tener que hacerle semejante recomendación; pero, dado su ridículo carácter, no creo esté demás.

El banco verde a que me refiero es el que le mostré esta tarde. Es vergonzoso para usted que tenga también que indicarle esto.

Presa de vivísima agitación y de temor inexplicable, el príncipe se alejó con gran presteza de la ventana; pero al retroceder bruscamente, chocó contra un individuo que estaba situado a sus espaldas.

—Le vengo siguiendo, príncipe.

—¿Es usted, Keller? —preguntó Muichkine, sorprendido.

—Lo andaba buscando, Alteza. Estuve esperándolo mucho rato en la puerta de los Epantchine, pero, como es natural, no pude acercarme a usted, pues salió con Iván Fedorovitch. Bien; tengo que decirle que he venido para ponerme por completo a sus órdenes; disponga de Keller, príncipe; estoy pronto a sacrificarme y a morir si es necesario...

—¿Pero, por qué?

—¿Ignora usted, príncipe, que de un momento a otro puede recibir los padrinos para un duelo? El teniente Molovtzoff, a quien yo conozco aunque no personalmente, no dejará impune lo que para él es un insulto. A nosotros, es decir, a Rogojine y a mí, por considerarnos de la clase baja, no nos pedirá explicaciones, siendo usted, por lo tanto, el indicado para tener un duelo con él. Quiere hacerle pagar los platos rotos, príncipe. Tengo entendido que ya ha pedido informes suyos, y es muy posible que a estas horas estén los padrinos esperándole en su casa de usted.

—¿Así que usted también cree en la posibilidad de un duelo? —exclamó Muichkine lanzando una carcajada que dejó estupefacto a Keller.

Este, que aun no sabía si su oferta sería aceptada o no, y que estaba sobre ascuas, sintióse algo ofendido por aquella imprevista hilaridad.

—No olvide, príncipe, que le sujetó usted por los brazos, y un caballero no perdona semejante ultraje, mucho menos si el ultraje fué hecho en público.

—Y él, en cambio, me dió un puñetazo en el pecho —respondió el príncipe sin dejar de reír—; de manera que no existen razones para batirnos. No tengo inconveniente en presentarle mis excusas. Sin embargo, si es preciso batirse, nos batiremos; casi lo prefiero. Además, ahora ya sé cómo se carga una pistola. ¡Ja, ja!... Véngase conmigo a tomar champaña... Tengo doce botellas que le he comprado a Lebedeff; nos reuniremos unos cuantos amigos y, seguramente, nos emborracharemos todos...; ¿es capaz de irse a dormir con esta proposición?

—Sí, príncipe.

—Pues bien, que goce de hermosos sueños. ¡Ja, ja!...

El príncipe atravesó la calle y se internó en el parque, dejando a Keller algo intrigado.

—No hay duda de que está excitado —murmuró Keller—; todas estas cosas que le suceden han alterado sus nervios, pero salta a la vista que no tiene miedo. En verdad que esta clase de personas no son cobardes. Pero, aparte de todo eso, no hay que olvidarse de la gran novedad del día: ¡doce botellas! Una docena de botellas de champaña ya es una razonable cantidad y no hay por qué despreciarla...

El príncipe vagó largo rato por el parque, absorto en sus pensamientos, sin darse cuenta de dónde se hallaba.

Al fin se internó por una especie de calle bordeada de grandes árboles en cuyo final vió el banco verde y, algo más retirado, el viejo árbol.

Hubiérale sido muy difícil al príncipe decir lo que pensaba durante ese paseo de casi una hora por el parque; no es que se hubiera olvidado, sino simplemente que no pensaba.

Sin embargo, cuando se detuvo frente al banco verde, varias cuestiones se le presentaron, provocándole gran hilaridad, y no porque fueran cosas risibles, sino porque aquella noche tenía grandes deseos de reír.

La primera cuestión que se planteó fué la de que la suposición de un probable duelo no habría nacido solamente en la cabeza de Keller; y por lo tanto, las explicaciones sobre la manera de cargar una pistola, no habían sido una casualidad.

Una idea repentina cruzó por su mente, iluminándola como un rayo de luz.

"Ella bajó a la terraza y se mostró muy sorprendida de verme sentado en un rincón; estuvo muy risueña y me ofreció té; sin embargo, llevaba ya en la mano este papel; luego sabía que me había de encontrar allí. ¿Por qué fingió, pues, tanta sorpresa? ¡Ja, ja, ja!"

Sacó del bolsillo el papelito y se lo llevó a los labios; pero a los pocos segundos se puso en extremo pensativo.

"¡Es raro!" —exclamó con amargura al cabo de unos segundos.

En los momentos de más intensa alegría, invadíale una profunda tristeza cuya causa no podía adivinar.

"¿Cómo se explica que haya venido aquí a estas horas?" —se preguntó mirando en su derredor.

Sintiéndose cansado se dejó caer en el banco. Profundo silencio reinaba por todas partes, y era muy posible que en el parque no hubiera otra persona que Muichkine; serían cerca de las doce.

Era una de esas noches tranquilas, tibias y luminosas de principios de junio; pero en el sitio donde el príncipe se encontraba, la obscuridad era casi completa debido a lo frondoso del follaje.

Si en aquel momento alguna persona hubiérale dicho que estaba enamorado, se hubiera asombrado de ello, rechazando con indignación aquella idea. Y si le hubieran añadido que la cartita de Aglae era un billete amoroso por el cual la joven le pedía una entrevista galante, hubiera enrojecido.

Todo eso era perfectamente sincero; jamás tuvo dudas al respecto, jamás admitió la más mínima idea "mixta" referente a unas relaciones amorosas entre Aglae Ivanovna y él.

Hubiérale avergonzado pensar tal cosa; la hipótesis de que un hombre como él podía ser amado, le parecía una monstruosidad.

Suponiendo que algo había de verdad en lo que pensaba, quería creer que la joven lo tomaba como un simple pasatiempo, y esta idea le pareció muy lógica para explicar todo aquello, que, a decir verdad, le tenía bastante preocupado.

Un rato antes, cuando el general, debido a su agitación, dejara escapar que Aglae se burlaba de todo el mundo, incluso del mismo príncipe, admitió sin discusión ese punto de vista, sin sentirse ofendido por ello.

Lo principal, a sus ojos, era que a las siete del día siguiente por la mañana estaría sentado al lado de ella en el banco verde, y era muy posible que insistiera en enseñarle cómo se cargaba una pistola mientras él la contemplaría a su sabor.

Una o dos veces le vino a la mente qué asunto importante tendría la joven que comunicarle; pero, en el caso de que fuera verdad, no pensaba en ello, ni tenía interés en saberlo.

El ruido de pasos sobre la arena le hizo levantar la cabeza. Un hombre, cuyos rasgos fisonómicos no era posible distinguir a causa de la obscuridad, fué a sentarse a su lado. El príncipe se acercó a él bruscamente y reconoció al punto el pálido rostro de Rogojine.

—Sabía que andarías oculto por aquí y andaba buscándote; afortunadamente, he dado pronto contigo —dijo Parfenio entre dientes.

Era la primera vez que se veían frente a frente desde su encuentro en el corredor de la posada.

Sorprendido por esta aparición inesperada, el príncipe quedóse por unos instantes mudo de asombro y con el corazón oprimido por una dolorosa sensación.

Rogojine, adivinando la impresión que había causado su presencia, al principio desconcertóse algo, pero luego, para disimular, comenzó a hablar con desenvoltura, lo cual no engañó al príncipe, que se dió cuenta de que aquella tranquilidad era aparente.

—¿Cómo has podido saber que yo estaba aquí? —preguntó Muichkine por decir algo.

—Me lo dijo Keller, a quien vi en tu casa, pues fué hasta allí para verte —contestó Rogojine—. Al decirme que estabas en el parque, me he alegrado, pues eso me venía muy bien.

—¿Qué quieres decir? —preguntó éste, alarmado.

Parfenio enrojeció, pero dejó sin contestación la pregunta.

—He recibido tu carta, León Nicolaievitch; pero todo es inútil... es tiempo perdido —repuso—. Vengo de parte suya; quiere verte a toda costa para hablarte de un asunto muy urgente. Me encargó que vayas hoy mismo a su casa.

—Iré mañana; ahora me voy a casa. ¿Me acompañas?

—¿Para qué? Ya te dije lo que tenía que decirte. Adiós.

—¿Es que no piensas venir conmigo cuando yo vaya a casa de ella? —dijo afablemente el príncipe.

—Eres un hombre sorprendente, León Nikolaievitch —respondió Rogojine sonriendo agriamente—. A la verdad, no hay más remedio que admirarte.

—¿Por qué? ¿Qué motivos tienes para odiarme de ese modo? — dijo Muichkine profundamente apenado —. Ya viste tú mismo que todas tus suposiciones eran falsas. Además, yo creía que no persistías en un odio que no tenía razón de ser, porque ya olvidé por completo al Parfenio Semenovitch que atentó contra mi vida, para sólo acordarme de aquel Rogojine con quien cambié hace pocos días, fraternalmente, mi cruz; así te lo decía en mi carta de ayer, a fin de que no pensaras más en aquella locura y no dejaras de hablarme. ¿Por qué te apartas de mí y no aceptas mi mano de amigo? Te repito que considero como un sueño todo lo que pasó; sé perfectamente cómo estabas tú aquel día. Lo que tú sospechabas, no existía ni podía existir; ¿por qué, pues, ha de subsistir nuestra enemistad?

—Tú no eres capaz de ser enemigo de nadie — repuso Rogojine contestando con una carcajada a las calurosas palabras del príncipe.

Habíase separado dos pasos de Muichkine y no era posible verle las manos.

—En adelante es imposible que vaya a tu casa, León Nikolaievitch — añadió con lentitud y en tono sentencioso.

—¿Hasta tal punto me detestas?

—¡No puedo quererte, León Nikolaievitch! Siendo así, ¿cómo puedo ir a tu casa?

Parfenio sonrió de nuevo, y continuó así:

—Tal vez no me he arrepentido aún de lo que hice y ya te apresuras a enviarme tu perdón... Acaso aquella misma noche estuviese pensando en otra cosa muy diferente y que eso...

—Lo olvidaste de inmediato — interrumpió el príncipe terminando la frase de Rogojine —. Pero eso ya lo sabía. Juraría que en seguida fuiste a tomar el tren para Pavlovsk, te hiciste conducir al Waux-Hall y, una vez allí, te diste a seguirla con los ojos entre la muchedumbre, precisamente como hiciste hoy. ¿Crees que eso me sorprende? Si no hubieses estado aquel día dominado por una idea fija que te impedía pensar en otras cosas, con toda seguridad que no hubieras levantado sobre mí tu mano armada de un cuchillo. Aquel día, cuando te vi por la mañana en tu casa, presentí lo que iba a suceder; ¿te figuras cómo estabas en aquellos momentos? Este presentimiento aumentó cuando cambiamos nuestras cruces. Después, ¿por qué me condujiste delante de tu madre? Era una precaución que tomabas contra ti mismo; ¿no es cierto? Evidentemente, tú hiciste todo aquello sin pensarlo, por instinto irresistible, de la misma manera que yo no dudé instintivamente de tus intenciones... Los dos tuvimos en aquel momento la misma sensación. Si entonces no hubieras levantado tu brazo contra mí (y que Dios tuvo a bien detener) ¡qué culpable sería ahora a tus ojos, al haber dado pábulo a tus sospechas con mi conducta! ¿Por qué frunces el entrecejo? ¿De qué te sonríes? ¡Yo no estaba arrepentido!... Aunque quisieras estarlo, no te sería posible, puesto que me detestas, y aunque tuvieses la seguridad de que yo soy un ángel, me odiarías lo mismo, pues tienes la creencia de que ella me prefiere a mí; esos son celos que debes desechar de tu mente, ya que en estos ocho días he llegado a la conclusión de que es a ti a quien Anastasia ama más que a nadie en el mundo; más aún, te hace sufrir precisamente porque te ama. Esto no se confiesa, es preciso adivinarlo. Y si no, ¿por qué quiere casarse contigo? Día llegará en que ella misma te lo diga. Hay mujeres que quieren ser amadas así, y ella se cuenta en ese número. Tu carácter y tu pasión deben de impresionarla sobremanera. ¿Ignoras que una mujer es capaz de atormentar cruelmente a un hombre, de cubrirle de injurias y sarcasmos, sin sentir el menor remordimiento porque lo hace con el intento de recompensar luego con inmenso amor los sufrimientos que le ocasiona?

Una sonora carcajada fué la contestación de Rogojine al discurso del príncipe.

—Me parece, príncipe, que tú has encontrado una mujer por el estilo, según oí decir, ¿es cierto?

—¿Qué te dijeron? — preguntó vivamente Muichkine, esperando una respuesta, anhelante y tembloroso.

—No es gran cosa lo que sé, pero ya veo que es cierto — añadió —. Te desconozco, príncipe; nunca te oí hablar de esa manera. De no haber prestado crédito a lo que me han referido de ti, ten por seguro que no hubiera venido en tu busca ni me encontraría a medianoche en este parque, conversando contigo.

—No te entiendo, Parfenio Semenovitch — repuso Muichkine.

—Hace días que ella misma me dijo algo sobre el particular, y hoy pude comprobar con mis ojos que era verdad, pues te vi sentado al lado de esa señorita en el Waux-Hall. Ayer, y aun hoy, Anastasia me juró que tú estás locamente enamorado de Aglae Epantchine. Esto, como podrás suponer, no me importa, pues no es asunto de mi incumbencia; pero es el caso que, a pesar de haberla tú olvidado, Anastasia te sigue amando y me dijo que no se casará conmigo hasta que no vea realizado tu matrimonio con esa muchacha. Por más que me devano los sesos, no puedo comprender este asunto: ¿por qué, si te ama con esa pasión sin límites, quiere que te cases con Aglae? Ella dice: "Quiero verle feliz". Entonces, es que te ama todavía.

—Te dije muchas veces que ella no está en su cabal juicio — repuso el príncipe, a quien las palabras de Rogojine habían hecho sufrir lo indecible.

—¡Quién sabe! A lo mejor te equivocas... De todos modos, hoy, cuando la acompañé a su casa desde el Waux-Hall, señaló definitivamente la fecha de nuestro casamiento para dentro de tres semanas; lo juró sobre la cruz; así, pues, príncipe, ese juramento reza también contigo; ¡a casarse tocan! ¡Ja, ja, ja!

—Todo eso son locuras —replicó Muichkine—. Por lo que a mí se refiere, eso que acabas de decir no se realizará jamás, ¡jamás!... Mañana iré a tu casa...

—Sólo tú la tienes por loca — contestó Rogojine —. De los demás, nadie la ve bajo ese aspecto, y así debe ser, pues de lo contrario se vería por sus cartas.

—¿Qué cartas? — preguntó el príncipe con ansiedad.

—Ella escribe cartas *allá* para *aquélla*, que las lee con avidez. ¿Ignorabas tú eso? Pues bien, ella misma te enseñará seguramente esa correspondencia.

—¡Me resisto a creerlo! — exclamó Muichkine.

—Tú no conoces todavía la vida, León Nikolaievitch. Escucha: tienes que tomar un policía particular a sueldo, y que te ayude a espiar, y entonces puede que te enteres de algo; pero, no obstante...

—¡Basta, no me hables más de eso! — interrumpió vivamente Muichkine —. Escucha, momentos antes de tu llegada paseaba silencioso y pensativo, y de pronto me entraron grandes ganas de reír sin saber por qué; después, dando libre curso a mis ideas, me acordé de que mañana es mi cumpleaños. Es cerca de medianoche; ven, pues, a mi casa a esperar el nuevo día; tengo champaña y brindaremos tú por mi felicidad y yo por la tuya. Si no quieres venir, devuélveme mi cruz y yo te daré la que me diste. ¿La llevas contigo?

—Sí — contestó Rogojine.

—Pues bien, vamos. Quiero que asistas al principio de mi nueva vida, pues debes saber que una nueva existencia empieza para mí desde hoy. ¿Ignorabas que hoy nace para mí una nueva aurora, Parfenio?

—No me pasa inadvertido que empieza para ti una nueva existencia; se lo diré a *ella*. No te encuentras en tu estado normal, León Nikolaievitch!

XXX

Hablábase como de cosa cierta en tertulias y salones del próximo enlace del príncipe León Nikolaievitch con la señorita Aglae Ivanovna. Hacíale éste la corte con tal asiduidad y menudeaba sus visitas a la quinta Epantchine de tal modo, que nadie dudaba de que el *idiota* era recibido con los brazos abiertos no sólo por el general, sino también por Isabel Prokofievna, cuyos nervios no se alteraban ya al pensar que podía tocarle en suerte semejante yerno.

Las volubles hermanas de la prometida tampoco miraban con malos ojos este enlace, que antes les parecía más absurdo que irrealizable.

Pero dos semanas después, esto es, a principios de julio, un suceso tan extraño como inesperado fué la comidilla de todas las conversaciones.

El príncipe encontró un día a Anastasia Filippovna radiante de belleza y cayó a sus plantas enajenado de amor, suplicándole que le aceptase por esposo, y como la hermosa protegida de Totzky no fué dueña de sobreponerse a su emoción ni pudo permanecer insensible a un ruego tan vehemente y sincero, pocos días después se anunciaba oficialmente el matrimonio de León Nikolaievitch Muichkine con Anastasia Filippovna, señalado para fecha muy próxima.

Cada cual refería a su modo y lo comentaba a su sabor que un príncipe en vísperas de contraer matrimonio con una joven de familia rica y distinguida, hubiérala abandonado de improviso para unirse con lazos indisolubles a una cortesana.

El príncipe, entretanto, se pasaba los días y

gran parte de la noche en compañía de Anastasia, sin recatarse de pasear con ella por el Waux-Hall, cuando más concurrido estaba el hermoso parque de Pavlovsk.

Algunos días después del anuncio de su próximo enlace, Muichkine recibió la visita de Eugenio Pavlovitch, que iba a reprocharle su inesperada y ofensiva ruptura con Aglae.

—Yo moriré durmiendo — dijo el príncipe a su interlocutor al tiempo de despedirle —; presiento que moriré esta noche durante el sueño... antes de mi casamiento moriré, seguramente.

Sin embargo, el presentimiento de Muichkine no se realizó antes de la fecha indicada ni dormido ni despierto. Tal vez era cierto que su sueño lo agitaban terribles pesadillas; pero en cuanto al día siguiente se reunía con Anastasia, desechaba toda idea de muerte, olvidaba sus sueños y se mostraba contentísimo y ávido de vivir muchos y felices años al lado de su amada.

Se activaron febrilmente los preparativos para la boda, que había de verificarse ocho días después de la visita de Eugenio a Muichkine.

En vista de esto, los amigos del príncipe, suponiendo que tuviese alguno verdadero, hubieran debido comprender la inutilidad de sus esfuerzos para salvar a aquel pobre loco; no obstante, se esparció el rumor de que el general Epantchine y su esposa no eran ajenos a la visita que Eugenio Pavlovitch hiciera al príncipe.

Entretanto Kolia, que por todos los medios imaginables había tratado de impedir el insensato casamiento de su amigo, cumplía con sus deberes filiales a la cabecera del lecho de su padre moribundo. El general Ivolguine falleció de resultas de un ataque cardíaco y el príncipe asistió al entierro de la misma manera que durante la corta enfermedad del pobre anciano había menudeado sus visitas a Ana Alejandrovna para infundirle ánimos primero y decirle frases de consuelo después.

Su presencia en la iglesia durante los funerales del general Ivolguine provocó los mismos murmullos de desagrado y reprobación que cuando paseaba por el parque o recorría las calles de Pavlovsk.

El príncipe estaba conmovido y medio trastornado, y contestando a Lebedeff, que no pudo por menos de preguntarle la causa de su turbación, le dijo que era la primera vez que asistía a un entierro ortodoxo; a lo más recordaba muy vagamente haber presenciado una ceremonia semejante en la iglesia de la aldea donde pasó los primeros años de su niñez.

—¿A quién busca? — volvió a preguntar Lebedeff, al notar que el príncipe escudriñaba con mirada ávida la concurrencia.

—A nadie... habíame parecido...

—¿Es a Rogojine?

—¿Pero ha venido?

—Sí, está aquí, en la iglesia.

—En efecto, he creído ver sus ojos — murmuró el príncipe con visible agitación —, ¿pero quién le invitó?

—Nadie; la familia Ivolguine no le conoce. Ha entrado confundido con el pueblo. ¿Pero de qué se sorprende? Ahora lo veo a menudo; la semana pasada me lo tropecé cuatro veces aquí en Pavlovsk.

—Yo no he vuelto a verle desde aquella noche — balbuceó el príncipe.

Como Anastasia Filippovna no le había dicho nunca si desde el día que le mandó en su busca al parque le había encontrado en parte alguna, el príncipe supuso que Rogojine tenía razones muy poderosas para no dejarse ver en público.

Durante el resto de aquel día, Muichkine estuvo siempre preocupado y sombrío; Anastasia, por el contrario, se mostró más contenta y conversadora que nunca.

Kolia, que durante la enfermedad de su padre habíase reconciliado con el príncipe, le propuso que nombrase padrinos de su boda a Keller y a Bourdovsky.

Ana Alejandrovna y Lebedeff hicieron algunas atinadas observaciones a Muichkine. Bien estaba que se casara con Anastasia Filippovna, puesto que no había poder humano que le disuadiera de su empeño, ¿pero por qué había de celebrarse la boda precisamente en Pavlovsk donde los ánimos estaban tan excitados y se comentaba el próximo enlace como un acto de insensatez? ¿No era preferible celebrarlo en cualquier capilla privada de San Petersburgo?

Muichkine comprendió todo el alcance de estas insinuaciones; pero se limitó a responder que tal era el deseo de Anastasia Filippovna.

El día siguiente Keller, orgulloso de haber sido designado padrino de la boda, presentóse en casa de Muichkine, y antes de atravesar el umbral de su aposento extendió el brazo en actitud de prestar un solemne juramento y exclamó con voz sonora:

—¡No beberé más que agua!

Seguidamente se acercó al príncipe, le estrechó con fuerza brutal la mano y declaró que desde el primer día había visto con agrado aquel proyecto matrimonial y que así lo había dicho sin empacho a cuantos quisieron oírle.

Los envidiosos, los maldicientes y los cortos de alcance, eran de otro parecer, y como en todas las reuniones de la ciudad se hablaba mucho y mal de ese matrimonio, era preciso hacerles entrar en razón a todos y de esto se encargaba el propio Keller.

—He oído decir que le preparan una serenata nada agradable la misma noche de su boda, para la cual agotaron todas las existencias de latas y pitos que había en la ciudad y pidieron otros a San Petersburgo. Pero nada tema, príncipe: ¡aquí me tiene usted provisto de excelente revólver y ganoso de darle gusto al dedo! Sin embargo, no estaría de más proveerse de una manga de riego paar disolver a los manifestantes y poner fin a la cencerrada apenas comiencen a ensordecernos.

Lebedeff se opuso enérgicamente a que se aprobasen los planes de batalla de Keller, cuyo resultado sería no dejar piedra sobre piedra en su quinta.

—Este Lebedeff conspira contra usted, príncipe. Quiere someterlo a su tutela, apoderarse de su dinero y, por añadidura, de su libre albedrío y de su voluntad.

A oídos de Muichkine habían llegado ya los rumores de que le hablaba Keller; sin embargo, al oír a éste lo olvidó todo y se echó a reír. Era indudable que desde hacía tiempo Lebedeff maquinaba algo; los ruegos y las insinuaciones de este hombre, acompañados siempre de una especie de fiebre, ofrecían demasiadas complicaciones para que tuviesen éxito. Cuando más tarde se confesó al príncipe (tenía por costumbre invariable, después de cada fracaso, ir a confesarse con aquel en cuyo perjuicio conjuraba) le refirió todas sus artimañas.

Hecho esto, Lebedeff se dió a buscar la protección de elevados personajes que le apoyaran con su influencia en caso necesario, y con este objeto se presentó en la quinta de Epantchine. Isabel Prokofievna no quiso siquiera recibirlo; Eugenio Pavlovitch y el príncipe Chtch no trataron de disimular la repugnancia que les causaba y le negaron su concurso.

No por eso se desanimó Lebedeff y fué a consultar con un famoso y respetable abogado, de quien era amigo.

El jurisconsulto admitió que podía impedirse perfectamente la celebración de aquel matrimonio, siempre que los médicos atestiguasen y algunos testigos confirmasen sus informes que uno de los contrayentes no estaba en el pleno goce de sus facultades mentales.

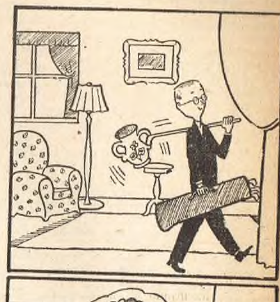
Esta respuesta llenó de júbilo a Lebedeff, y al siguiente día condujo a su casa a un médico.

El doctor, que a la sazón veraneaba en Pavlovsk, ostentaba la venera de la Orden de Santa Ana y, según decía, iba únicamente a tantear el terreno, a ponerse en inmediato contacto con el príncipe y juzgar de primera impresión el estado de sus facultades mentales antes de someterle a una verdadera y prolija observación médica.

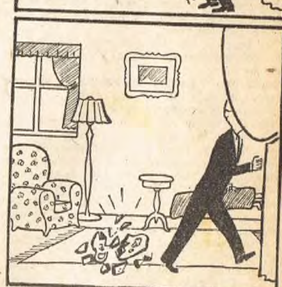
Muichkine se acordó de esta visita mientras hablaba Keller, así como también de que la víspera de la visita del médico se esforzó por con-

DON TEMBLEQUE, UN HOMBRE TIMIDO

ESTRATEGIA **Por JAN - KIEL**









vencerle de que estaba enfermo y de que tenía que ponerse en manos de la ciencia.

—Venimos de casa de Hipólito, que está muy grave —dijo hipócritamente Lebedeff— y el doctor ha tenido la bondad de acompañarme para dar a usted noticias exactas del pobre enfermo.

El príncipe sonrió a Lebedeff y acogió al médico afablemente. La conversación recayó al punto sobre la enfermedad de Hipólito. Seguidamente hablaron del clima de San Petersburgo, de Suiza, de la casa de salud de Schneider y de la permanencia de Muichkine en ella.

Todo lo que el supuesto idiota decía era tan interesante, sobre todo lo referente al sistema terapéutico de Schneider, que el anciano doctor, encantado de oírle, prolongó su visita por más de dos horas.

—Si fuera necesario poner en cura a todos los que se hallan en igual estado que el príncipe, no habría suficientes médicos en el mundo, aunque se triplicase su número —dijo después el doctor a Lebedeff, cuando salieron.

Aludió entonces el curial en tono trágico al proyectado matrimonio del príncipe, y sufrió un nuevo desengaño, puesto que el médico no se mostró sorprendido, ni mucho menos, de una cosa que le parecía naturalísima.

—Aparte de esto —añadió el doctor—, tengo entendido que la contravente está dotada de una belleza radiante, fascinadora, y esto basta para explicar la pasión que ha encendido en el corazón del príncipe. Además, gracias a las liberalidades de Totzky y de Rogojine, posee la joven un capital muy considerable en joyas y, por consiguiente, no era un partido despreciable.

Por último, el médico declaró con acento de profunda convicción que el único idiota era el que por tal tuviese a Muichkine.

Esto fué el golpe final que desvaneció todas las esperanzas de Lebedeff, y persuadido de que su plan fracasaría cuantas veces lo intentase, y cambiando de táctica terminó su confesión jurando al príncipe que estaba dispuesto a derramar su propia sangre con tal de que se celebrase un casamiento que hasta entonces había tenido por absurdo.

En aquellos días los continuos caprichos de Hipólito distraían también a Muichkine de sus preocupaciones.

La familia Terentief habíase establecido, por cuenta del príncipe, en una casita de campo próxima a la quinta de Lebedeff.

Hipólito se quejaba de que Kolia no le visitase con la frecuencia que él deseaba, y como, por añadidura, llegó a ofender gravemente a Muichkine con motivo de su casamiento con Anastasia, el príncipe dejó también de ir a verle.

Una mañana, la viuda de Terentief se presentó desolada en casa de Muichkine suplicándole con lágrimas en los ojos que fuese a ver a su hijo, pues de lo contrario, éste *se la comería*. Añadió al mismo tiempo que el joven quería revelarle un secreto muy importante.

El príncipe accedió a los ruegos de la madre de Hipólito e inmediatamente fué a visitarle, sin pensar para nada en el secreto que le tenía que ser revelado.

El pobre tísico expresó su deseo de reconciliarse con Muichkine y prorrumpió en llanto; pero esta debilidad le irritó todavía más, aunque logró disimular la cólera que bullía en su pecho.

Hipólito estaba muy grave; no eran ya sus días, sino sus horas, las que estaban contadas.

No reveló al príncipe ningún secreto; pero le aconsejó, con agitación tal vez fingida, que se guardase de Rogojine.

—Es un hombre peligroso, León Nikolaievitch, irreflexivo e impetuoso... ¡guárdese usted de él!

En vano le rogó el príncipe que fuera más explícito; el enfermo se encerró en una reserva impenetrable.

Era evidente que Hipólito gozaba con el espanto del príncipe.

—No sé nada en concreto —decía—; hablo por conjeturas. Sin embargo, me atrevería a aconsejarle que se marcharan ambos al extranjero y se casaran allí, pues sacerdotes rusos se encuentran por todas partes. Temo únicamente por Aglae Ivanovna. Rogojine sabe cuánto la ama usted... Amor por amor, usted ha preferido el de Anastasia Filippovna, quitándosela a Rogojine, y éste es muy capaz de matar a Aglae, pues sabe que, a pesar de todo lo ocurrido, usted sigue amándola apasionadamente.

Muichkine despidióse de Hipólito con el corazón oprimido por indecible angustia.

Aquella misma noche Anastasia y el príncipe se vieron por última vez antes de la ceremonia nupcial.

La joven, empero, no pudo devolver la calma a su futuro esposo; al contrario, en los últimos días lo agitaba más y más.

Antes de la entrevista a que fué invitado por medio de Rogojine, hacía lo imposible para distraerle, cantando unas veces y otras contándole divertidas historias, porque le apenaba verle triste y preocupado, y lo conseguía a las mil maravillas, pues Muichkine no podía por menos de desarrugar el ceño y prorrumpir en carcajadas.

Viéndole reír, Anastasia se tenía por la más dichosa de las mujeres; mas aquella noche era ella la que estaba melancólica y profundamente pensativa.

Muichkine tenía ya formada su opinión sobre semejante mujer, de lo contrario, hubiérale parecido su actitud enigmática, incomprensible.

Anastasia y el príncipe no hablaban jamás de su amor; diríase que ambos se habían puesto de acuerdo para que semejante tema no entrara nunca en sus conversaciones, tan desprovistas siempre de todo carácter íntimo.

Daría Alexievna refirió después que, mientras estaban reunidos, pasaban la mayor parte del tiempo contemplándose mutuamente.

Cuando el príncipe se retiró, dejó a Anastasia tranquila y contenta examinando con febril curiosidad todas las prendas de su equipo de novia y especialmente el traje que había de lucir en la ceremonia; pero en el momento en que Muichkine se disponía a acostarse, esto es, poco después de las doce, recibió recado de parte de Daría de que fuera inmediatamente a ver a Anastasia porque había sido víctima de un terrible ataque nervioso.

Costó gran trabajo que la protegida de Totzky abriese la puerta de su aposento en el que se había encerrado; y cuando al fin decidióse a recibir al príncipe, cayó de hinojos ante él y abrazándose a sus piernas exclamó con desgarrador acento:

—¿Qué es lo que voy a hacer contigo, mi amado León Nicolaievitch? ¡Ah, no, no; no lo permita el Cielo! ¡Sería infame!

El príncipe permaneció una hora a su lado procurando calmarla, y cuando se separaron, ambos parecían tranquilos y contentos.

En el transcurso de la noche, Muichkine envió a preguntar varias veces por el estado de su tutura esposa, y el mensajero que envió por la mañana fué portador de la noticia de que Anastasia Filippovna se hallaba rodeada de un ejército de modistas y oficialas llegadas de San Petersburgo; que no se había reproducido la crisis nerviosa de la noche anterior, que sólo se ocupaba de su atavío de novia y que en aquel momento discutían sobre el número y clase de alhajas que había de lucir en la ceremonia.

Estas noticias tranquilizaron por completo al príncipe.

* * *

La ceremonia nupcial había sido anunciada para las ocho de la mañana.

A las siete ya estaba Anastasia vestida. A las seis comenzaron a agruparse los curiosos, unos ante la quinta de Lebedeff y otros, los más, a la puerta de la casita de campo de Daría Alexievna. A la misma hora muchas personas se dirigían a la iglesia en la que había de celebrarse la ceremonia religiosa.

Viera Lebedeff y Kolia estaban inquietos y atareadísimos: era preciso tomar las disposiciones convenientes para recibir a los visitantes que, a la salida de la iglesia, irían a felicitar a los nuevos esposos.

Respecto a los convidados no se preocupaban gran cosa, pues su número era reducido, contando entre ellos a los padrinos Keller y Bourdovsky, quienes, vestidos de frac y guantes blancos, tenían aspecto de caballeros distinguidos. Lebedeff había enviado también invitaciones a Ptitzine, a Gania y al anciano médico condecorado.

—¿Por qué invitó a ese caballero a quien apenas conozco? —le preguntó Muichkine.

—Luce constantemente la venera de la Orden de Santa Ana y esto viste mucho en una boda, mi querido príncipe —contestó sonriendo el curial.

A las siete y media, Muichkine, acompañado de sus padrinos, subió a su carruaje y dirigióse a la iglesia.

Precedido de Keller, el príncipe atravesó el templo, en medio de las aclamaciones del público, y fué a situarse en el presbiterio.

Seguidamente el pugilista fué en busca de la novia.

Delante de la casa de Daría Alexievna la multitud era bastante más numerosa y mucho más hostil que la turba estacionada ante la quinta de Lebedeff.

En el momento en que Keller subía la escalinata, llegaron a sus oídos algunas frases insultantes, que le sacaron por completo de sus casillas y se volvió airado hacia el público, dispuesto a castigar sus insolencias; pero, afortunadamente, le contuvieron Bourdovsky y Daría, quienes, asiéndole por los brazos, hiciéronle entrar a viva fuerza en la casa.

Estaba furioso.

Anastasia Filippovna levantóse, echó una última ojeada al espejo, sorprendiéndose de su "palidez cadavérica", hizo una genuflexión ante una imagen y abandonó el salón.

Su aparición en la puerta del edificio provocó un estrépito infernal de silbidos, increpaciones y aplausos que muy pronto se trocaron en gritos de admiración y en comentarios hechos en alta voz, no todos agradables para la joven.

—¡Qué hermosa es! —exclamaban unos.

—¡Bah! —replicaban otros—. Adornada como va ella, todas las jóvenes son hermosas.

—¡Es encantadora!

—¡Una reina! ¡La reina de la belleza! —exclamaban los más entusiasmados.

Anastasia estaba intensamente pálida; pero sus grandes ojos negros fijos en el público brillaban como carbones encendidos.

La muchedumbre no pudo resistir aquella mirada y prorrumpió en exclamaciones de entusiasmo.

Keller abrió la portezuela del carruaje y Anastasia puso un pie en el estribo; pero, de improviso, lanzó un grito terrible y escapó abriéndose paso a fuerza de puños entre la multitud que, asustada, al verla como enloquecida, se apartaba apresuradamente.

Los que acompañaban a la novia se quedaron como petrificados por el estupor.

Cuando se dieron cuenta de lo que ocurría, creció su estupefacción hasta lo indecible viendo a Anastasia que, abrazada desesperadamente a Rogojine, le decía con angustia:

—¡Sálvame, Parfenio, sálvame! ¡Llévame adonde quieras, pero en el acto!

Tomar a Anastasia en brazos y llevarla hasta un carruaje que estaba parado a pocos pasos de distancia, fué para Rogojine obra de unos segundos.

—¡A la estación! —gritó al cochero, poniéndole en la mano un billete de cien rublos—. Si llegamos con tiempo para tomar el tren te daré otros cien.

El cochero fustigó a los caballos y en pocos instantes el carruaje perdióse de vista.

Keller se excusó con la sorpresa que le había causado tan inesperado suceso.

Los dos jóvenes padrinos pensaron en tomar otro coche y lanzarse en persecución de los

fugitivos; pero en seguida comprendieron que sus esfuerzos serían inútiles.

—Ya es demasiado tarde —dijo Keller—. Por otra parte, a viva fuerza no podríamos hacerla volver.

—Además, el príncipe desaprobaría lo que hiciésemos en ese sentido —apoyó Bourdovsky vivamente contrariado.

Rogojine y Anastasia llegaron con tiempo sobrado a la estación.

Apenas bajaron del coche, Parfenio acercóse a una joven que pasaba en aquel momento envuelta en una bata de color obscuro y tocada con un velo negro, y le dijo, uniendo la acción a la palabra:

—Le doy cincuenta rublos por la bata y el velo.

La joven quedóse aturdida y algo asustada por la expresión feroz del rostro de Rogojine y lo extraño de la proposición que le hacía; pero antes de que tuviese tiempo de reponerse, Parfenio habíala despojado del velo y le ayudaba a desvestirse de la bata.

Un minuto después, el tren partía conduciendo a la pareja fugitiva.

La noticia del rapto llegó inmediatamente a oídos de la multitud que se apiñaba a la puerta de la iglesia.

Cuando Keller atravesó la nave para reunirse con el príncipe, fueron varias las personas que le siguieron, ávidas de conocer los pormenores del inaudito suceso.

—No hubiera sospechado siquiera la posibilidad de lo que ha ocurrido —dijo el príncipe con voz apenas perceptible, en cuanto le hubo enterado Keller del hecho—. Sin embargo, dada su posición... lo encuentro muy natural.

Seguidamente, Muichkine abandonó el templo, sin que nada demostrase en él pesar ni abatimiento.

Sin embargo, ansiaba llegar a su casa para encontrarse solo; pero hasta esta última satisfacción le fué negada, pues varios de sus invitados, sobre todo Ptitzine, Gabriel Ardalionovitch y el médico se obstinaron en acompañarle a su domicilio y permanecieron con él hasta las diez.

Kolia fué el último en retirarse, después de haber ayudado a su amigo a cambiarse de traje.

Momentos después no quedaba nadie en la quinta. Bourdovsky había ido a ver a Hipólito; Keller y Lebedeff también estaban ausentes. Unicamente Viera permaneció aún largo rato en la quinta para poner en orden las habitaciones.

Mas antes de retirarse a su pabellón, entró en el cuarto donde se había retirado Muichkine. Estaba sentado ante una mesa con el rostro oculto entre las manos. La joven acercóse a él silenciosamente y le tocó en un hombro. El príncipe la miró un instante con aire de sorpresa, como si de momento no la reconociera, y le rogó luego encarecidamente que le despertase a las siete de la mañana del día siguiente, pues tenía necesidad de ir a San Petersburgo en el primer tren.

La joven dirigióse hacia la puerta para marcharse; pero apenas había puesto la mano en el picaporte, el príncipe la asió por un brazo y atrayéndola hacia sí la estrechó fraternalmente contra su pecho, suplicándole que guardase el secreto de su proyectado viaje a la capital.

Viera se retiró presa de la más viva inquietud, y a la mañana siguiente llamó a la puerta del príncipe, advirtiéndole que sólo faltaba un cuarto de hora para la salida del tren de San Petersburgo.

Muichkine no se había desvestido para dormir; y al abrir la puerta apareció sereno y sonriente, lo cual tranquilizó algo a la muchacha.

XXXI

Cerca de las diez de la mañana, Muichkine subía la escalera de la casa de Parfenio y llamaba inútilmente a la puerta del departamento ocupado por éste. Por último, abrióse la de enfrente, donde habitaba la madre de Rogojine, y el príncipe pudo preguntar por el raptor de su novia.

—Parfenio Rogojine no está en casa —le contestó la anciana criada que salió a recibirle.

—¿Puede usted decirme, a lo menos, si durmió aquí anoche y si vino solo o acompañado? —interrogó Muichkine.

La sirvienta, que examinaba con curiosidad de pies a cabeza al extraño visitante, dejó sin respuesta esta pregunta.

—¿Vino con él Anastasia Filippovna? —insistió Muichkine.

—¿Pero quién es usted?

—El príncipe León Nikolaievitch Muichkine, amigo íntimo de Parfenio Semenovitch.

—Pues bien, repito que no está en casa —repuso la criada.

—¿Y Anastasia Filippovna?

—No la conozco siquiera.

—¿A qué hora volverá Parfenio Semenovitch?

—¡Qué sé yo! —contestó la criada bajando los ojos y cerrando bruscamente la puerta.

El príncipe resolvió volver al cabo de una hora.

En el patio tropezó al portero.

—¿Está en casa Parfenio Semenovitch? —le preguntó.

—Sí, señor.

—¿Entonces por qué me acaban de decir que está ausente?

—¿Quién se lo dijo?

—La criada que sirve a su madre.

—Puede ser que haya salido, pero no pasó por la portería, de eso estoy segurísimo. A veces sale por la puerta de atrás y se lleva la llave consigo sin decir nada a nadie, de manera que se pasan los días sin que se sepa dónde anda metido —contestó el portero.

—¿Sabe usted si ayer volvió a casa?

—Sí, puesto que le vi entrar.

—¿Vino también Anastasia Filippovna?

—No, señor; sus visitas son muy raras, y si hubiese venido la hubiera visto, pues no me retiré un momento de la portería.

Muichkine salió y se puso a pasear de arriba bajo por la acera, sin saber qué partido tomar. En el departamento de Rogojine las ventanas estaban herméticamente cerradas. El príncipe atravesó la calle y se situó en la acera de enfrente para examinar mejor las ventanas de las habitaciones de Ragojine; pero no sólo estaban cerradas, sino también bajadas las cortinas. De pronto le pareció a Muichkine que una de estas cortinas se levantaba y que desde detrás de ella le miraba Parfenio; mas la visión fué tan rápida, que el príncipe creyó firmemente que se había engañado.

—¡Ah, qué idea! ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? En su antiguo alojamiento la encontraré, seguramente.

Tres semanas antes, al ausentarse ella de Pavlovsk, le dijo que se hospedaría en Izmalovsky Polk, en casa de una señora conocida suya, viuda de un profesor y madre de numerosa familia.

Y allí se dirigió el príncipe, en la firme creencia de que Anastasia conservaría sus habitaciones en casa de la viuda para cuando por un motivo u otro tuviese que ir a San Petersburgo.

Muichkine tomó un carruaje y dió al conductor la dirección de la viuda del profesor.

Nueva decepción le esperaba allí: la buena señora hacía tres días que no tenía la menor noticia de Anastasia; es más, se mostró en extremo sorprendida de que fuese precisamente el príncipe quien buscase a la joven. Era, pues, evidente que la dueña de casa estaba al corriente del proyectado casamiento de Anastasia con el príncipe, y de ahí su justificada sorpresa.

La viuda lo invitó cortésmente a que descansase un momento, y el príncipe, rodeado al punto de las nueve hijas de la viuda, la mayor de las cuales contaba quince años, se vió obligado a hacer un breve resumen de lo ocurrido si quiso calmar la inquietud y la curiosidad de la dueña de casa, a la que se habían unido además su hermana y su madre, ávidas de enterarse de la aventura.

Las señoras menudearon las exclamaciones de estupor y Muichkine hubo de extenderse, a su pesar, en nuevos pormenores. Por último, le aconsejaron que volviese sin pérdida de tiempo a casa de Rogojine y no se cansase de llamar hasta que le abriesen la puerta, sin hacer caso a quien le dijese que el raptor de Anastasia se encontraba ausente de su domicilio o de San Petersburgo. Mas si realmente Rogojine no estaba en su casa o se obstinaba en no recibirle o no contestarle, debía ir a visitar a una señora alemana que vivía en Semonovsky-Polk, amiga de Anastasia.

El príncipe se levantó desconsolado, y como contestase a las señoras, las cuales le pidieron su dirección en la capital por si algo tenían que comunicarle, que no tenía domicilio fijo, le brindaron con una de las habitaciones amueblladas, asegurándole que deseaban ayudarle en sus investigaciones. Muichkine reflexionó un momento y excusándose luego cortésmente, les dió las señas de la fon. donde se había hospedado cinco semanas antes, es decir, la misma en que Rogojine intentó asesinarle. Dicho esto, despidióse y dió orden al cochero de que le condujera de nuevo a casa de Parfenio.

Esta vez no fué sólo la puerta del departamento de Rogojine la que permaneció cerrada a pesar de sus repetidas y violentas llamadas, sino también la de las habitaciones de su madre.

El príncipe, abatido y contrariado, bajó al patio y no tardó en encontrar al portero, el cual, atareado como estaba en sus habituales ocupaciones, contestó en tono desabrido a sus reiteradas preguntas. Sin embargo, juró y perjuró que estaba segurísimo de que Rogojine había marchado en el primer tren a Pavlovsk, donde se proponía pasar todo el día.

—En ese caso, le esperaré, puesto que ha de volver antes de la noche —dijo el príncipe.

—Es muy posible que vuelva después de las ocho —observó el portero.

—No importa —replicó Muichkine, y añadió, insistiendo en la pregunta que le había dirigido en su primera entrevista—: pero el día de ayer lo pasó aquí o por lo menos durmió en su cuarto, ¿no es eso?

—Desde luego...

Esto era muy extraño; en el intervalo de una visita a otra dieron, sin duda, órdenes terminantes y concretas al portero, pues mientras la primera vez charlaba hasta por los codos, ahora era sumamente parco.

Muichkine resolvió volver a pasar al cabo de dos horas y aun ponerse de centinela frente a la puerta, si fuese necesario, y entretanto iría a visitar a la señora alemana, quien tal vez podría darle los informes que necesitaba.

Así, pues, se hizo conducir a Semonovsky-Polk; pero allí ni siquiera le entendieron.

Muichkine retiróse apesadumbrado. De pronto se le ocurrió que Anastasia podía muy bien haberse refugiado en Moscú, como ya hiciera en otra ocasión parecida, y que, naturalmente, Rogojine la había seguido, si es que no había ido con ella.

—¡Si a lo menos pudiese dar con una pista cualquiera! —se dijo.

A pesar de sus preocupaciones, el príncipe no se olvidó de que tenía aún que buscarse un alojamiento y dirigióse a la Liteinaia, donde en seguida le dieron un cuarto. El mozo le preguntó si quería comer; Muichkine contestó maquinalmente que sí y cuando se dió cuenta de ello se irritó consigo mismo, porque así perdería media hora por lo menos.

Mas, pensándolo mejor, sentóse tranquilamente a la mesa, puesto que tenía tiempo sobrado para lo que se proponía hacer.

Terminada la comida, abandonó la fonda, cuyo obscuro corredor le produjo una indecible sensación de angustia, y se dirigió nuevamente a casa de Parfenio.

Rogojine no había vuelto. En vano se cansó de tirar del cordón de la campanilla y ya iba a retirarse descorazonado, cuando se abrió la

puerta de enfrente y apareció la anciana que le recibiera la vez primera, diciéndole que Parfenio se hallaba ausente desde por la mañana y que no regresaría hasta dentro de tres o cuatro días.

Menos afortunado que por la mañana no pudo encontrar al portero. Atravesó, pues, el desierto patio y la calle y, conforme a lo que había hecho en sus visitas anteriores, fué a situarse en la acera de enfrente, donde permaneció media hora con la mirada fija en las ventanas del departamento de Rogojine.

El calor era asfixiante.

Esta vez no vió nada; las ventanas continuaron cerradas y echadas las cortinillas blancas.

El príncipe se persuadió aún más de que había sido una alucinación lo que creyó ver por la mañana, y se dirigió inmediatamente a Iznailovsky, donde le esperaba la viuda del profesor.

Esta señora había ido ya a dos o tres casas, incluso a la de Rogojine, pero sus investigaciones fueron infructuosas: nada pudo averiguar.

El príncipe escuchó en silencio, con aire distraído, y pidió que le enseñasen las habitaciones de Anastasia, que eran dos, bien iluminadas y espaciosas y amuebladas con lujo severo y elegante.

Muichkine examinó y tocó todo los objetos que los dos aposentos encerraban. Sobre una mesita de centro había una novela.

El príncipe la hojeó rápidamente y pidiendo permiso para llevársela la guardó en el bolsillo a pesar de habérsele advertido que era propiedad de un salón de lectura donde Anastasia la había alquilado.

En un rincón, cerca de la ventana, había una mesita de juego y quiso saber quiénes eran los jugadores que se servían de ella.

La viuda satisfizo al punto su curiosidad diciendo que Rogojine y Anastasia jugaban todas las noches al *douraki*, al *melniki* o al *whist*.

El príncipe quiso llevarse alguna baraja, pero no fué posible satisfacer su deseo, porque Rogojine se llevaba cada noche la baraja de que se había servido.

Terminada la minuciosa visita, o, por mejor decir, registro de las habitaciones de Anastasia, la viuda aconsejó al príncipe que volviese a casa de Parfenio, pero no en seguida, sino al anochecer, rogándole que, antes de retirarse a descansar, volviese a verla, aunque fuera a las diez de la noche, para ponerse de acuerdo sobre las investigaciones que fuera necesario hacer al día siguiente. La viuda, por su parte, le prometió ir a Pavlovsk con objeto de ponerse al habla con Daría Alexievna, la cual estaría ya, sin duda, enterada del paradero de Anastasia.

El príncipe volvió a pie a la fonda, y en cuanto estuvo en su habitación dejóse caer en un sofá, con desaliento y sumiéndose en profundas reflexiones.

Pensó primero que Viera y Lebedeff estaban al tanto de lo que ocurría y que, en todo caso, nadie mejor que el curial podía ayudarle en sus pesquisas; pero en seguida desechó esta idea y Rogojine ocupó por completo su pensamiento.

—Si Parfenio se encuentra realmente en San Petersburgo —se decía—, estará oculto más o menos tiempo, pero acabará por venir a verme... Es natural que lo haga y mucho más que venga aquí, pues sabiendo que no tengo domicilio en la capital habrá supuesto al punto que me hospedo en esta fonda, por ser la única que conozco... Mas, ¿con qué objeto vendrá? ¿Se acercará a mi cuarto o me acechará en el corredor, armado de cuchillo, como la vez pasada?... Si es dichoso, se olvidará de mí· pe si es desgraciado... y seguramente lo es, no me perdonará, y en el obscuro corredor de esta fonda...

El príncipe no dudaba de que, tarde o temprano, aquel mismo día se le presentaría Rogojine. Era, pues, natural que no pensara en moverse de su habitación, con objeto de que Parfenio le encontrase cuando fuese a visitarle; pero no pudo dominar su impaciencia y se lanzó a la calle.

En el corredor reinaban profundas tinieblas.

—¿Y si ahora saliese de la hornacina y me hundiese el puñal en el pecho? —se dijo acercándose al hueco donde Rogojine habíase ocultado la noche que atentó contra su vida.

El hueco estaba vacío, y el príncipe continuó su marcha algo más tranquilo.

La concurrencia era muy numerosa en la calle. Muichkine dirigióse resueltamente a la calle de Pois, pero cuando se hallaba a unos cincuenta pasos de la fonda, sintió que alguien le tiraba de la americana, y, al darse vuelta, vió con profundo estupor a Rogojine que, inclinándose hacia él, le decía al oído:

—León Nikolaievitch, amigo mío, ven conmigo.

Cosa extraña: el estupor del príncipe cedió a una vivísima alegría a la vista del raptor de Anastasia, y con voz que la emoción hacía temblorosa, le dijo que, un momento antes, esperaba encontrarle en el corredor de la fonda.

—Pues allí estuve —contestó Rogojine.

Esta respuesta inesperada sorprendió al príncipe, pero no se dió cuenta de su sorpresa hasta diez minutos después.

—Sígueme —añadió Rogojine.

—¿Por qué no preguntaste por mí, puesto que estuviste en la fonda? —le dijo bruscamente Muichkine.

Parfenio se detuvo, miró fijamente a su interlocutor, y tras de una breve pausa contestó, desentendiéndose de la pregunta que éste le había hecho:

—Escucha, León Nikolaievitch, ve derechamente a mi casa... ya sabes el camino; yo iré por la acera de enfrente, pero no me pierdas de vista, porque es indispensable que lleguemos juntos.

Dicho esto, atravesó la calle y al llegar a la acera opuesta vió al príncipe parado y absorto contemplándole; le hizo con la mano seña de que continuase.

Caminaron así unos quinientos pasos, preguntándose el príncipe qué motivos podía tener Parfenio para no ir junto a él por la acera, y mirar receloso como si huyera de alguien.

De pronto se estremeció; una sospecha terrible cruzó por su mente, y llamando con un gesto a Rogojine le preguntó con ansiedad, apenas se le hubo reunido:

—¿Está en tu casa Anastasia Filippovna?

—Sí.

—¿Eras tú el que me miraba esta mañana por detrás de los visillos?

—Sí.

—Entonces...

El príncipe interrumpióse, pues se había olvidado de la pregunta que quería hacer. Además, el corazón le latía con tal violencia que apenas le permitía articular trabajosamente las palabras.

Rogojine le miró con aire pensativo.

—Bueno —dijo—, vuelve a tu acera; continúa sin perderme de vista y ajusta tu paso al mío. No conviene que nos vean juntos...

Al fin llegaron a casa de Rogojine, cuando era ya completa la obscuridad.

El príncipe sentía que se le doblaban las rodillas, que iba a caer desfallecido en medio de la acera.

—El portero no me espera —díjole Rogojine al oído, sonriendo con una sonrisa que causaba espanto—. Cuando salí le dije, lo mismo que a mi madre, que pasaría la noche en Pavlovk; por lo tanto, es menester que nadie nos vea entrar y que no hagamos el menor ruido.

Dicho esto, comenzó a subir las escaleras cautelosamente, llevando de la mano al príncipe, para evitar que tropezase; abrió la puerta de su departamento con infinitas precauciones y volvió a cerrarla cuando entraron, guardando las llaves en el bolsillo.

A pesar de su calma aparente, Rogojine estaba agitadísimo.

Sin pronunciar palabra condujo a Muichkine al salón que precedía a su dormitorio, y llevándole de la mano, hasta el hueco de la ventana, comenzó su explicación.

—Cuando llamaste a mi puerta esta mañana yo me encontraba aquí y adiviné al punto que eras tú el visitante. Andando de puntillas, apliqué el oído a la cerradura y no perdí palabra de cuanto dijiste a la criada de mi madre. Perdías el tiempo, León Nikolaievitch, pues yo tenía advertidos a todos de que debían contestar invariablemente que yo no estaba en casa. Cuando saliste me dije: "Ahora se situará en la acera de enfrente para vigilar a quien entra o salga de mi casa". No me equivoqué: vine en seguida a esta ventana, levante un poco los visillos y te vi ahí, mirándome fijamente...

—Dejemos eso —interrumpió el príncipe— y dime dónde está Anastasia Filippovna.

—Aquí —contestó Rogojine tras un instante de vacilación.

—¿Pero, en qué aposento?

—Ven conmigo.

Penetraron en un dormitorio. En la habitación reinaban densas tinieblas. Las noches *blancas* del verano de San Petersburgo comenzaban a ser menos claras, y a no haber sido por los rayos de luna que se filtraban a través de las ventanas, no se hubieran podido distinguir los objetos.

No obstante, los rostros de los amigos veíanse aunque muy confusamente.

Rogojine estaba pálido; sus ojos, fijos obstinadamente en Muichkine, tenían un brillo extraño.

—¿Por qué no enciendes una bujía? —preguntó el príncipe.

—¡De ninguna manera! —exclamó vivamente Parfenio, y tomando a su interlocutor por un brazo le obligó a sentarse, al mismo tiempo que se dejaba él caer en una silla frente al príncipe.

Estaban tan cerca que sus rodillas se tocaban. A su lado había un pequeño velador.

Siguióse un corto silencio que rompió al fin Rogojine, diciendo:

—Supuse que te hospedarías en la misma fonda de la vez anterior; cuando entré en el corredor pensé: "Quizá él me está esperando con la misma impaciencia que yo le espero". Dime, ¿estuviste en casa de la viuda del profesor?

—Sí.

—Lo había sospechado... "Luego hablaremos", dije para mí, y pensé: "Esta noche le llevaré a mi casa para que me haga compañía..."

—Rogojine, ¿dónde está Anastasia Filippovna? —interrumpió el príncipe poniéndose en pie y temblando.

Parfenio se levantó también.

—Ahí —contestó señalando el lecho.

—¿Duerme? —interrogó el príncipe en voz baja.

Rogojine lo volvió a mirar fijamente.

—¿Quieres verla?... Bueno..., pero..., vamos, ven acá.

Levantó un poco una colgadura, y añadió con voz sorda:

—Pasa.

El príncipe obedeció.

—¡Qué obscuro está esto! —exclamó.

—Se ve lo suficiente —replicó Parfenio.

—¡Pero si apenas veo la cama!

—Acércate —repuso en voz queda Rogojine.

El príncipe adelantó dos pasos más y se detuvo. Durante un minuto miró sin ver. Los dos hombres guardaban un silencio sepulcral. El príncipe estaba tan agitado que se hubieran podido oír los latidos de su corazón.

Al fin sus ojos se acostumbraron a la obscuridad y pudo ver que en la cama yacía una persona completamente inmóvil; no se oía tampoco su respiración. Un paño blanco le cubría la cabeza, y una sábana el cuerpo, que se dibujaba netamente. La alcoba estaba en completo desorden: sobre la cama, en las sillas, en el suelo, por todas partes había prendas de vestir y en revuelta confusión un magnífico traje de novia, flores y lazos. En la mesita de luz brillaban, en medio de la obscuridad, los diamantes y las alhajas de que se había despojado la durmiente antes de acostarse. Entre un montón de encajes, que hacían el efecto de una mancha blanca en un paño negro, sobresalía un pie diminuto que parecía de una estatua. La inmovilidad de aquel cuerpo infundía miedo.

Cuanto más la miraba más siniestra era la

impresión que le causaba al príncipe el silencio de muerte que reinaba en aquel aposento.

De pronto saltó una mosca y fué a posarse en la almohada. El príncipe se estremeció.

—Vámonos —le dijo Rogojine tocándole el brazo.

Abandonaron la alcoba y volvieron a sentarse frente a frente.

Los estremecimientos que agitaban el cuerpo de Muichkine eran más frecuentes y violentos.

—Observo, León Nicolaievitch — dijo Parfenio —, que tiemblas como cuando te va a dar algún ataque. Lo mismo te sucedió en Moscú, ¿te acuerdas? Sentiría que tuvieras ahora algún acceso, pues no sabría cómo atenderte.

El príncipe lo escuchaba con gran atención, esforzándose por comprender lo que le decía y con la mirada obstinadamente fija en su interlocutor.

—¿Fuiste tú? — preguntó señalando con un gesto la alcoba.

—Sí — contestó Rogojine bajando los ojos.

Y añadió seguidamente, volviendo sin transición al objeto que le preocupaba antes de la pregunta de Muichkine:

—Porque si ahora tuvieras un ataque de epilepsia, tus gritos se oirían en el patio y en la calle, sospecharían que hay aquí gente, llamarían a la puerta... y entrarían... Todo el mundo cree que yo estoy en Pavlovsk. No quise prender la luz por eso... Cuando salgo, me llevo las llaves y estoy fuera tres o cuatro días sin que durante mi ausencia nadie pueda entrar en mis habitaciones ni para hacer la limpieza. Así, para que no se sepa que hemos pasado aquí la noche...

—Escucha, Parfenio; esta tarde le pregunté al portero y a la vieja criada si Anastasia Filippovna había dormido aquí... de modo que ya saben...

—Estoy enterado de que hiciste esa pregunta y por eso me apresuré a asegurar la coartada diciendo a la sirvienta que Anastasia Filippovna había venido realmente, pero que, al cabo de diez minutos, regresó a Pavlovsk. Nadie absolutamente sabe que pasó aquí la noche. Antes que llegásemos pensaba yo que no podríamos entrar sin ser vistos; pero ella salvó los inconvenientes caminando de puntillas y levantándose la falda de seda para que no metiese ruido; era ella, en fin, la que tomaba mayores precauciones... porque te tenía miedo. En el tren parecía verdaderamente loca, tanto era su pánico, y accediendo a sus ruegos la conduje aquí, pues mis intenciones eran haberla llevado a su alojamiento en casa de la viuda. "¡Ah, no! —me dijo—; allí me encontraría en seguida; ocúltame en tu casa y mañana, con el primer tren, nos iremos a Moscú, o, mejor aun, a Orel". Y se acostó repitiendo que iríamos a Orel...

—¿Y qué piensas hacer ahora, Parfenio?

—Me tienes sobre ascuas con tus continuos estremecimientos. No hay aquí más cama que ésa; pero había pensado tomar los cojines de dos sofás y echarlos en el suelo, a la entrada de la alcoba, donde dormiríamos tú y yo... porque si vienen se la llevarán en seguida... Nos preguntarán, confesaré que fuí yo... y me prenderán en el acto... Pues bien, antes que esto suceda, quiero que ella repose ahí, cerca de nosotros... cerca de ti y de mí...

—¡Sí, sí! —aprobó calurosamente el príncipe.

—En la inteligencia de que no debemos confesar nada ni permitir que se la lleven.

—¡Oh, llevársela, de ninguna manera!

—Esa era, precisamente, mi intención: no cederla a nadie, que no pudiera ser más que mía —repuso Rogojine—. Velaremos aquí, juntos, sin hacer ruido... Pasé todo el día a su lado, menos una hora que salí esta mañana y el rato que pasé fuera cuando fuí a buscarte... Pero temo que el hedor nos delate... ¿No sientes nada? La temperatura es ardiente y...

—Me parece que sí, que siento algo, pero no lo sé... Mañana es cuando seguramente el olor a...

—La envolví en tela encerada, la cubrí luego con una sábana y coloqué en la alcoba cuatro botellas destapadas de agua Idanoff...

—¿Como en Moscú?

—Por lo del olor... Mañana, cuando sea de día, la verás... ¿Pero qué te pasa? ¡Si no puedes tenerte en la silla!

—Se me doblan las rodillas... tiemblo..., es el miedo, el terror..., pero esto pasará...

—Espera, voy a preparar nuestra cama, nos acostaremos... y escucharemos, porque todavía no estoy decidido, amigo mío... todavía no

estoy decidido, pero te lo digo para que estés prevenido.

Mientras decía estas enigmáticas palabras, Rogojine se puso a preparar la cama. Era evidente que desde por la mañana pensaba en esto.

La noche anterior habíala pasado tendido en un diván; pero en él no cabían dos personas y a toda costa quería dormir al lado de su amigo. Así, pues, tomó los pesados almohadones de dos divanes, atravesó penosamente el cuarto y los tendió junto a la colgadura de la alcoba. Hecho esto, acercóse al príncipe, lo tomó por debajo de los brazos con exaltada ternura, y haciéndole acostar en el almohadón de la izquierda, el mejor, se echó, vestido como estaba, en el otro, cruzando las manos sobre su cabeza.

—Ahora —dijo bruscamente— hace mucho calor y empieza a notarse un hedor que pronto será insoportable. No me atrevo a abrir la ventana; en las habitaciones de mi madre hay muchas y fragantes flores... pero sería arriesgado traerlas aquí, porque la criada es demasiado curiosa.

—Sí, es muy curiosa — asintió el príncipe.

—Podía haber comprado muchos ramos y cubrirla de flores... pero tampoco conviene.

En la mente del príncipe confundíanse las ideas; buscaba angustiosamente la pregunta que quería hacer y la olvidaba en cuanto la había encontrado.

—Dime, Parfenio, ¿cómo fué? ¿Con un cuchillo? ¿Con aquel que yo tuve en las manos? —preguntó, al fin, tras un sobrehumano esfuerzo.

—Sí, con el mismo.

—Tengo que preguntarte muchas cosas... pero será mejor que me cuentes minuciosamente lo que pasó... Tú querías matarla antes de las bendiciones nupciales, atravesarle el corazón con tu cuchillo en el atrio de la iglesia, ¿no es cierto?

—No sé lo qué quería hacer — repuso Parfenio en tono desabrido.

Parecía sorprendido de semejante pregunta o más bien que no la había comprendido.

—¿Llevabas el cuchillo cuando fuiste últimamente a Pavlovsk?

—Nunca llevé armas. En cuanto a ese cuchillo, he aquí lo único que puedo decirte, León Nicolaievitch — añadió Rogojine después de una corta pausa —: lo tomé esta mañana del cajón en que lo había guardado, pues todo esto ocurrió esta mañana, de tres a cuatro de la madrugada. Estaba aún dentro del libro en que tú lo dejaste... Lo que me sorprende es que el cuchillo penetró unas cuantas pulgadas nada más... debajo del seno izquierdo y apenas brotó de la herida media cucharadita de sangre...

El príncipe estremecióse violentamente.

—Sí, sí, comprendo — repuso presa de terrible agitación —; sé de lo que se trata, porque lo leí en alguna parte... se llama hemorragia interna... a veces no sale ni una gota de sangre, cuando el golpe fué bien dirigido al corazón...

—¡Silencio! ¿Oyes? — interrumpió bruscamente Rogojine, sentándose presa del mayor espanto —. ¿Oyes?

—No — contestó el príncipe con viva inquietud.

—Se oyen pasos en la sala...

Ambos aguzaron el oído.

—Ahora los oigo — dijo Muichkine en voz baja, pero segura.

—¿Vienen hacia aquí?

—Así parece.

—¿Y si corriéramos el cerrojo?

Así lo hicieron, y más tranquilos volvieron a acostarse.

Siguió un prolongado silencio.

De pronto Muichkine tomó la palabra; había aferrado al vuelo, por decir así, una de las ideas fugaces que perseguía, y temió que se le volviese a escapar.

—¡Ahora ya sé! — exclamó incorporándose con un brusco movimiento —: quería una baraja... sí, la baraja con que tú jugabas de noche con ella en casa de la viuda, porque vosotros jugábais, ¿verdad?

Rogojine no contestó en seguida.

—Sí — murmuró al fin.

—¿Dónde está la baraja?

—La llevo en mi bolsillo — respondió tras de un silencio más prolongado que el primero —; aquí la tienes.

Y diciendo esto, presentó a Muichkine una baraja que acababa de sacarse del bolsillo.

El príncipe la tomó con cierta vacilación.

Un nuevo y penoso sentimiento le embargaba; comprendía que en aquellos momentos y desde mucho tiempo atrás, todo lo que decía o hacía no era lo que él hubiera querido decir o hacer; se hacía cargo de que ya no le serviría para nada la baraja que tenía en las manos y que tanto había deseado, y se levantó presa de indecible agitación.

Rogojine no se dió cuenta de este movimiento; permanecía inmóvil, tendido en los almoha-

dones; sus ojos, desencajados, brillaban con siniestros destellos en medio de la obscuridad. El príncipe sentóse en una silla y lo miró con temor. Así transcurrió media hora. De repente, Parfenio, olvidándose de que tenía que hablar en voz muy baja, comenzó a gritar como un loco:

—¡El teniente! ¡El teniente! ¿Te acuerdas con qué furia Anastasia le cruzó el rostro con el bastoncillo? ¡Ja, ja, ja! ¡Pobre teniente! ¡Ja, ja, ja! Di, ¿te acuerdas de la escena del parque de Pavlovsk? ¡Qué divertido fué aquello! ¡Ja, ja, ja!

El príncipe saltó de su asiento, invadido de intenso terror. Afortunadamente, Rogojine guardó silencio, y entonces Muichkine sentóse junto a él: el corazón le latía con inusitada violencia y a duras penas podía respirar mientras contemplaba a su amigo. Este no volvió la cabeza hacia el príncipe; diríase que se hallaba olvidado de su presencia.

Pasaban las horas; el alba comenzaba a desgarrar los velos de la noche...

De vez en cuando, Rogojine quebraba el silencio profiriendo palabras incoherentes o lanzando gritos y carcajadas ruidosas. Entonces el príncipe extendía su mano temblorosa, le tocaba suavemente la cabeza y acariciábale los cabellos y las mejillas...

El temblor que poco antes le agitaba volvió a apoderarse de él, y de nuevo perdió por completo sus facultades.

Una nueva sensación, de indecible sufrimiento, le oprimía angustiosamente el corazón.

Entretanto, a través de los empañados cristales del aposento filtrábanse los primeros rayos del sol.

Vencido, al fin, por el cansancio y la desesperación, el príncipe tendióse sobre el almohadón apoyando su rostro contra la cabeza de Rogojine. Las ardientes lágrimas que brotaron de sus ojos bañaban las mejillas de su amigo; pero Parfenio no se daba cuenta del llanto ni de los actos del príncipe.

Cuando algunas horas después se abrió la puerta, los que entraron en la habitación lo encontraron privado de los sentidos y presa de una fiebre altísima. A su lado estaba sentado León Nikolaievitch, inmóvil y silencioso.

Cada vez que el enfermo deliraba, lanzando agudos gritos, el príncipe le pasaba en seguida su mano temblorosa por los cabellos y las mejillas, para hacerle callar con sus caricias.

Pero Muichkine no entendía ninguna de las preguntas que le dirigían ni reconocía a sus propios amigos.

Si el doctor Schneider hubiese visto en aquel momento a su antiguo enfermo, recordando el estado en que se hallaba éste cuando fué conducido a su manicomio, hubiese exclamado con el mismo desaliento con que lo hizo entonces: *¡idiota!*

CONCLUSION

Conforme prometiera al príncipe, la viuda del profesor corrió a casa de Daría Alexievna, y ésta, que desde el día anterior sentía la más viva inquietud, fué presa de un verdadero espanto al oír las explicaciones de la visitante. Las dos mujeres, de común acuerdo, resolvieron que lo más conveniente sería ponerse al habla con Lebedeff, el cual, como amigo y arrendador del príncipe, no estaba menos afectado. Siguiendo los consejos del curial, decidióse que los tres irían a San Petersburgo para prevenir en lo posible lo que pudiera ocurrir, ya que supieron por Viera Lukianovna que Muichkine había partido para la capital.

Resultado de las investigaciones del curial y de las dos mujeres fué que, a las once de la mañana, la policía presentóse en el domicilio de Rogojine.

El portero hizo importantes declaraciones, entre ellas la de que, la víspera, había visto entrar a Rogojine acompañado por un caballero y que ambos entraron con gran sigilo, como si temiesen ser vistos. Ante estas declaraciones y después de haber llamado en vano durante largo rato, la policía no titubeó en forzar la puerta.

La fiebre cerebral tuvo a Rogojine durante dos meses entre la vida y la muerte; cuando se restableció, al fin, fué vista la causa. Su confesión, sincera y completa, hizo que el príncipe fuese al instante descartado de aquel proceso.

Su abogado demostró con claridad y lógica que el crimen habíalo cometido el reo bajo el influjo de una afección cerebral, enfermedad que le aquejaba desde hacía largo tiempo y que ya antes de eso le había ocasionado grandes sufrimientos morales.

Rogojine, sin contradecir a su defensor, tampoco le apoyó en lo más mínimo, limitándose a exponer con gran exactitud todos los detalles del crimen.

Reconocido culpable, pero con la admisión de varias atenuantes, Parfenio fué condenado a quince años de trabajos forzados en Siberia.

En silencio e impasible escuchó el terrible fallo.

Su cuantiosa fortuna, de la que sólo había derrochado una parte relativamente insignificante, pasó a poder de su hermano Senén Semenovitch. La anciana señora Rogojine vive todavía y a veces parece recordarse de su querido Parfenio; en el naufragio de su mente, la pobre mujer ignora por lo menos la tragedia desarrollada en su casa.

Lebedeff, Keller, Gania, Ptitzine y varios personajes de nuestra historia, siguen haciendo su vida ordinaria, sin que en la misma haya sobrevenido ningún cambio digno de mención. Hipólito murió un poco antes de lo que esperaba, o sea quince días después que la pobre Anastasia Filippovna; su agonía fué espantosa.

Kolia, impresionadísimo por los últimos acontecimientos, resolvió no moverse más del lado de su madre, y ésta dice que el demasiado melancólico para su edad.

Gracias en parte a sus gestiones, se han tomado las medidas necesarias para atender al príncipe León Nicolaievitch.

De todas las personas que en aquellos días había conocido, Eugenio Pavlovitch era el que le merecía más confianza; fué, pues, a verle y en cuanto le puso al corriente de los sucesos y del estado mental del príncipe, éste se le ofreció incondicionalmente para cuanto fuese necesario hacer en favor de Muichkine.

Y a los pocos días, acompañado del propio Eugenio, el príncipe ingresó en la clínica del doctor Schneider, en Suiza.

Eugenio Pavlovitch, después de dejar a Muichkine en Suiza, decidió permanecer también él una temporada fuera de Rusia.

Cada dos o tres meses va a visitar a su pobre amigo el príncipe; en cada visita encuentra al doctor Schneider más descorazonado, y si bien no dice que la enfermedad de Muichkine es incurable, no duda que es muy difícil que llegue a curarse algún día.

Eugenio se interesa tanto por el estado del príncipe, que después de cada visita a la clínica del doctor Schneider, envía un largo y minucioso detalle del curso de la enfermedad del príncipe a otra persona que reside en San Petersburgo. La persona a quien Eugenio Pavlovitch dirige estas cartas, no es otra que Viera Lukianovna Lebedeff. Ignoramos cómo nacieron estas relaciones, pero es de suponer que tuvieron su origen en la última y terrible aventura del príncipe, la cual impresionó de tal suerte a la hija de Lebedeff, que estuvo a punto de costarle una enfermedad.

Si hemos hecho mención de esta correspondencia, es porque en ella se nombra de vez en cuando a la familia Epantchine y en particular a Aglae Ivanovna.

En una carta algo incoherente que Pavlovitch le escribió a Viera desde París, hacíale saber que Aglae se había enamorado de un conde polaco refugiado en Francia, con el cual no tardó en casarse a despecho de la oposición de los padres de ella.

Seis meses después, durante los cuales estuvo sin noticias de Eugenio, Viera recibió una extensa carta suya, en la que le comunicaba que en una de sus visitas al príncipe Muichkine había encontrado allí al príncipe Chtch y a la familia Epantchine, excepto al general, a quien sus ocupaciones no le permitían abandonar San Petersburgo.

La entrevista fué altamente emotiva; todos acogieron con grandes demostraciones de amistad a Eugenio Pavlovitch; Alejandra y Adelaida se creyeron también obligadas a significarle su admiración por la conducta que había observado con Muichkine después de la desgracia de éste, y en vista del estado de postración del desventurado León Nicolaievitch, Isabel Prokofievna no pudo contener el llanto.

En aquella ocasión el príncipe Chtch hizo ciertas insinuaciones que autorizaron a Pavlovitch para suponer que no reinaba la mejor armonía entre Adelaida y su prometido; pero estaba convencido de que, a la larga, la razón y la experiencia de Chtch se impondrían a los caprichos de la exaltada joven.

Además, la reciente lección que el Destino había dado a Aglae, habíale causado un doloroso estupor, y meditaba mucho acerca de la suerte de su hermana menor.

En el corto espacio de seis meses, la familia Epantchine tuvo repetidas ocasiones de comprobar que eran muy justificadas sus aprensiones respecto a la unión de su hija con aquel individuo.

Su marido, que no era conde ni emigrado político, tuvo que abandonar su patria porque estaba complicado en un asunto bastante sucio; pero supo demostrar con tanta veracidad su pena por la patria lejana y dióse tal maña en hacerse pasar por mártir de la independencia, que Aglae, ya de por sí amante de las grandes empresas por su ardiente imaginación, no tardó en amar a aquel hombre.

Habíase enamorado de la joven de tal modo el pseudo conde, que ya antes del casamiento entró ésta a formar parte de un comité secreto que laboraba por la restauración de la nacionalidad polaca.

Como es de suponer, tampoco existía la colosal fortuna del marido de Aglae, de lo cual dió pruebas irrecusables a Isabel Prokofievna y al príncipe Chtch; y como si esto fuera poco, el polaco terminó por indisponer a Aglae con su familia, cesando por completo sus relaciones.

En resumen, había mucho que contar, pero todos aquellos sucesos habían impresionado de tal modo a Isabel Prokofievna, a sus hijas y al mismo príncipe Chtch, que no se atrevieron a mencionar ciertos hechos al hablar con Eugenio Pavlovitch, de quien, sin embargo, sabían que estaba enterado de los errores cometidos por Aglae Ivanovna. La pobre Isabel Prokofievna hubiera querido volver a Rusia, y siempre, según la carta de Eugenio Pavlovitch, criticaba con toda amargura las costumbres del extranjero: "En ninguna parte saben cocer el pan como es debido" —decía ella a su interlocutor—. "En invierno, la gente se hiela como ratones en un sótano. Pues bien, por lo menos, he podido llorar aquí como se llora en Rusia al lado de ese pobre hombre", y con gran emoción mostraba al príncipe, quien no la reconocía. "Basta de futilezas; ya es hora de escuchar la razón. Y todo eso, todo ese Occidente, vuestra Europa toda, no son más que fantasías, y también nosotros, cuando nos hallamos en el extranjero, somos fantasías... ¡No olvide usted lo que le digo, pues ya verá que tengo razón!", terminó la generala casi irritada, despidiéndose de Eugenio Pavlovitch.

Fin de **"EL PRINCIPE IDIOTA"**

LA SUERTE DE ROARING CAMP

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 26)

—Pero —añadió Stumpy rápidamente usando de estas ventajas— estamos aquí para un bautizo y lo tendremos: Yo te bautizo, Tomás La Suerte, según las leyes de los Estados Unidos y de California, y... en nombre de Dios.

Era la primera vez que el nombre de la Divinidad se profería en el campamento de otro modo que profanándolo. Esta forma de bautizo era tal vez más risible que la que había concebido el satírico Boston, pero, cosa extraña, nadie reparó en ello, nadie se rió. Tommy fué bautizado tan seriamente como lo hubiera sido bajo las bóvedas de un templo cristiano, y lloró y fué consolado a la manera ortodoxa.

Y de esta manera principió la obra de regeneración de Roaring Camp. Casi imperceptiblemente se operó en el campamento un cambio. La cabaña destinada a Tommy La Suerte, o a La Suerte, como más comúnmente se le llamaba, experimentó las primeras señales de progreso. Fué escrupulosamente blanqueada, luego entarimada con maderas, adornada y empapelada. La cuna de palo de rosa traída de ochenta millas sobre un mulo, como decía Stumpy a su manera, mató lo demás del mueblaje. De este modo la rehabilitación de la cabaña fué un hecho consumado. Los mineros que solían pasar el rato en casa de Stumpy, para ver cómo seguía La Suerte, apreciaban el cambio; y en defensa propia, el establecimiento rival, la especería de Tuttle, se restauró con una alfombra y un espejo. Las indiscreciones de este último mueble, sobre la apariencia del campamento Roaring, tendieron a fomentar costumbres más rígidas de aseo personal; además, Stumpy impuso una especie de cuarentena a aquellos que aspiraban al honor de tener en brazos a La Suerte. Fué una mortificación para Kentuck, quien gracias al descuido de una varonil naturaleza y a las costumbres de la vida de fronteras, había creído hasta entonces que los vestidos eran una segunda piel que, como la de la serpiente, sólo se cambiaba cuando se caía fuera de uso. Sin embargo, fué tan sutil la influencia de la innovación, que desde aquella fecha en adelante apareció regularmente con camisa limpia y cara aun reluciente por las abluciones. Tampoco fueron descuidadas las leyes higiénicas, tanto morales como sociales. Tommy, al que se suponía en necesidad permanente de reposo, no debía ser estorbado por el ruido. La gritería y los aullidos que le habían ganado al campamento su infeliz nombre, (1) no fueron permitidos al alcance del oído de la casa de Stumpy. Los hombres conversaban en voz baja o bien fumaban con gravedad india; la blasfemia fué tácitamente prohibida en estos sagrados recintos, y en todo el campamento la forma expletiva popular: maldita sea la suerte o maldita la suerte, fué desechada como si se la interpretase en sentido personal. La música vocal fué autorizada por suponérsele una cualidad calmante, y cierta canción entonada por Jack, marino inglés, desertor de las colonias australianas de S. M. Británica, se hizo popular como un canto de cuna. Era el relato lúgubre de las hazañas de la Aretusa, navío de 74 cañones, cantado en tono menor, cuya melodía terminaba con un estribillo prolongado al fin de cada estrofa: a bo... o... ordo de la Aretusa. Era de ver a Jack meciendo en sus brazos a La Suerte con el movimiento de un buque y entonando esta canción naval. Sea por el extraño balanceo de Jack, sea por lo largo de la canción —contenía noventa estrofas, que se continuaban en concienzuda deliberación hasta el deseado fin—, el canto de cuna causaba el efecto propuesto. En tales ocasiones, los mineros se tendían bajo los árboles, en el suave crepúsculo de verano, fumando su pipa y saboreando los melodiosos sonidos. Una vaga idea de que esto era la felicidad pastoril invadió el campamento.

—Esta especie de cosa —decía el Chokney Simons gravemente apoyado en su codo— es celestial.

Le recordaba a Greenwich.

En los días largos de verano, generalmente llevaban a La Suerte al valle, donde Roaring Camp explotaba el oro. Allí, sobre una manta extendida por encima de ramas de pino, permanecía mientras los hombres trabajan más abajo. El rudo ingenio de los mineros acabó por decorar esta cuna con flores y arbustos olorosos, llevándole cada cual de tiempo en tiempo matas de silvestre madreselva, azalea, o bien los capullos pintados de las mariposas. Los mineros despertaron de repente a la idea de la hermosura y significación de estas bagatelas que durante tanto tiempo habían hollado descuidadamente. Un pedacito de reluciente mica, un fragmento de cuarzo de variado color, una piedra pulida por la corriente del río, se embellecieron a los ojos de estos valientes mineros y fueron siempre puestos aparte para La Suerte. Maravillaba la multitud de tesoros que dieron los bosques y las montañas para Tommy. Rodeado de juguetes tales como jamás los tuvo niño alguno en el país de las hadas, es de esperar que Tommy viviese contento. Parecía descansar en su felicidad, pero dominaba una gravedad infantil en él, una luz contemplativa en sus grises y redondos ojos que alguna vez inquietaba a Stumpy. Era muy dócil y apacible. Cuentan que una vez, habiendo caminado a gatas más allá de su corral o cercado de ramas de pino entrelazadas que rodeaban su cuna, se cayó de cabeza por encima del banquillo, en la tierra blanca, y permaneció con las abigarradas piernas al aire, por lo menos cinco minutos, con una gravedad inalterable. Lo levantaron sin una queja. Vacilo en recordar otros muchos ejemplos de su sagacidad, que desgraciadamente descansan en las relaciones de amigos interesados. Algunos de ellos no carecían de cierto tinte supersticioso.

Un día Kentuck llegó en un estado de excitación que no lo dejaba respirar:

—Hace un momento —dijo—, subí por la colina, y maldito sea mi pellejo, si no hablaba con una urraca que se había posado sobre sus rodillas. Allí estaban ambos tan desenvueltos y sociales, como tú y yo, charlando como dos querubines.

Sea como fuere, ya corriese a gatas por entre las ramas de los pinos o tumbado de espaldas contemplase las hojas que sobre él se mecían, para él cantaban los pájaros, brincaban las ardillas y se abrían las flores. La Naturaleza fué su nodriza y compañera de juego. Para él deslizaba entre las hojas, flechas doradas de sol que caían al alcance de su mano; enviaba brisas, para orearle con el aroma del laurel y de la resina; le saludaban los altos palos campeches familiarmente, y somnolientas zumbaban las abejas, y los cuervos graznaban para adormecerlo. Tal fué el verano, edad de oro de Roaring Camp.

Era un gran tiempo aquel, y La Suerte estaba con ellos. Los filones rendían enormemente; el campamento estaba celoso de sus privilegios y miraba con prevención a los forasteros; no se estimulaba a la inmigración, y al efecto de hacer más perfecta su soledad compraron el terreno del otro lado de la montaña que circundaba el campamento como una muralla. Esto y una reputación de rara destreza en el manejo del revólver mantuvo inviolable el recinto de Roaring Camp. El correo, único eslabón que los unía con el mundo circunvecino, contaba algunas veces maravillosas historias del campamento. Solía decir: "Allí arriba en Roaring tienen una calle que deja muy atrás a cualquier calle de Red-Dog; tienen alrededor de sus casas emparrados y flores, y se lavan dos veces al día; pero son muy duros para con los extranjeros e idolatran a una criatura india."

Con la mejora del campamento entró un deseo de mayores adelantos; para la primavera siguiente se propuso edificar una fonda e invitar a una o dos familias decentes para que residiesen allí en favor de La Suerte, quien tal vez sacaría provecho de la sociedad femenina. El sacrificio que esta concesión hecha al bello sexo costó a aquellos hombres, que eran tenazmente escépticos respecto de su virtud y utilidad general, sólo puede comprenderse por su afecto a Tommy. Algunos llegaron a oponerse, pero la resolución no se podía efectuar hasta al cabo de tres meses, y la misma minoría cedió, sin resistencia, con la esperanza de que algo sucedería que lo impidiese, y así sucedió.

El invierno de 1851 se recordará por mucho tiempo en las colinas. Una densa capa de nieve cubría las sierras: cada riachuelo de la montaña se transformó en un río y cada río en un lago: las cañadas se convirtieron en torrentes desbordados que se precipitaron por las laderas de los montes, arrancando árboles gigantescos y esparciendo sus arremolinados despojos a lo largo de la llanura. Red-Dog fué inundado ya por dos veces, y Roaring Camp estaba ya advertido de ello.

—El agua llevó el oro a estas hondonadas —dijo Stumpy—, ha estado aquí una vez, vendrá otra.

Y aquella noche el North-Fork rebasó repentinamente sus orillas y barrió el valle triangular de Roaring Camp. En la irrupción del agua que arrebataba árboles quebrados y maderas crujientes, y en la obscuridad que parecía deslizarse con el agua e invadir a poco el hermoso valle, poco pudo hacerse para recoger el desparramado campamento. Cuando amaneció, la cabaña de Stumpy, la más cercana a la orilla del río, había desaparecido. Más arriba, en la hondonada, encontraron el cuerpo de su desgraciado propietario; pero el orgullo, la esperanza, la alegría, La Suerte de Roaring Camp había desaparecido.

Ya se volvían con corazón triste, cuando un grito lanzado desde la orilla los detuvo; era una barca de socorro que venía contra corriente. Dijeron que habían recogido un hombre y una criatura medio exánimes, como a unas dos millas más abajo. Acaso algunos los conocerían si pertenecían al campamento.

Les bastó una sola mirada para reconocer a Kentuck, tendido, y magullado cruelmente, pero teniendo todavía en los brazos a La Suerte de Roaring Camp.

Al inclinarse sobre la pareja extrañamente junta, vieron que la criatura estaba fría y sin pulso.

—Está muerto —dijo uno.

Kentuck abrió los ojos.

—¿Muerto? —repitió débilmente.

—Sí, buen hombre, y tú también te estás muriendo.

Una sonrisa iluminó los ojos del moribundo Kentuck.

—Muriéndome —repitió—, me lleva consigo. Diga a los muchachos que me quedo con La Suerte.

Y el hombre fuerte, asiendo a la débil criatura, como el que se ahoga se aferra a una paja, desapareció en el tenebroso río que corre para siempre a un mar desconocido. ✥

(1) *Roaring*, de *to roar*, rugir o gritar.

LA PARDA BALCARCE

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 7)

tono, incomprensible, salía de sus labios sin sangre, y los ojillos hundidos brillaban en la penumbra del rancho.

—Ella te va a querer, hijo — exclamó de pronto, con risa gutural —; ella te va a querer... Así dicen las cartas...

El cantor experimentó un calofrío. El pájaro indio lo miraba fijamente.

—Me va a querer... — balbuceó.

—Sí... Un día... Las cartas no dicen cuándo... Pero será por poco tiempo...

La vieja guardó los naipes entre sus ponchos.

—Las cartas lo han dicho, hijo... Y las cartas de la negra Mercedes no mienten nunca... Pregúntale al coronel González... Y a todas las morenas de San Telmo... Son ocho reales, hijo...

Extendió la mano sarmentosa y pedigüeña. Lázaro le entregó el dinero. Sus ojos no se apartaban de la bruja.

—Me va a querer... Por muy poco tiempo... ¡Cristo santo!

Lo empujó ella fuera del rancho, seguido por la mirada misteriosa del pájaro.

III

EL preso

—¿Es que lo amas tú, Felipa? Yo no lo querré nunca...

Mariana envolvió su bordado en un pañuelo, y miró a su hermana. Estaba más hermosa que nunca, con su vestido de lanilla roja y su rebozo elegante, que llevaba como una blanca.

Felipa había estado hablando de Lázaro Samaniego. Hacía largos meses que el cantor no aparecía por los barrios del sur. Nadie en el matadero sabía por dónde andaba.

—¿Se habrá ido a las guerras de Rosas? — preguntábase Felipa.

La última vez que lo vieron fué en la Semana Santa de aquel mismo año de 1840. Lázaro habíase acercado a Mariana con nuevo y apasionado requerimiento, en el atrio de San Telmo.

—Por última vez, no, Lázaro...

El mozo palideció al escuchar las palabras terminantes, entre el tañido de las campanas que repicaban el júbilo de la Resurrección. Vió alejarse a las dos entre la caravana de fieles. Y recordó las otras palabras de la negra Mercedes, allá en el rancho de los sauzales:

"—Te ha de querer, pero por muy poco tiempo..."

Después de la Semana Santa abandonó los barrios del sur. Se perdió en los caminos de la pampa, solo con su pesadumbre y su decepción. La negra Mercedes lo había engañado...

Nadie más que la pobre Felipa y acaso la blanquita de la Concepción parecieron acordarse del mísero cantor. Un tropero contó en el matadero que le parecía haberlo visto arreando hacienda una madrugada, allá cerca de Patagones, pero no estaba seguro si era él.

La primavera lo vió regresar. Felipa lo encontró en la plaza de la Fidelidad, una mañana de noviembre. Estaba muy flaco, quemado el blanco semblante por los vientos y las heladas de los campos.

—¿Dónde anduvo, Lázaro? — le preguntó, conmovida.

El se encogió de hombros.

—Lejos — respondió —, me fuí para ver si la olvidaba... Pero no pude... Se me hizo que me iba a morir si no volvía a verla... Y aquí me tiene, Felipa...

Sonreía tristemente. La miraba con melancólica curiosidad, sin atreverse a preguntar por la que atormentaba su corazón.

—¿Nunca se acordó de mí? — interrogó de pronto, haciendo un esfuerzo, y leyó la respuesta negativa en la mirada de la parda.

Volvió a trabajar en el matadero. Pero su guitarra ya no sonaba como antes en los patios y en las pulperías. Contáronle a Felipa que Lázaro se había dado a la pelea y a la caña, mas nada dijo a Mariana, que, por otra parte, no lo ignoraba. Después oyó decir que una noche, borracho, pisoteó la divisa federal...

"¡Es la desesperación, pobrecito!..." — pensó Felipa, y rezó muchos Padrenuestros por el enamorado sin fortuna.

Llegó el año de 1841, y en los barrios negros comenzaron los preparativos del carnaval. Iba a ser un carnaval bravo. Rosas aflojaba cada vez más las cadenas de la negrada, y se aproximaban las orgías de sangre...

Otra vez resonaron los candombes en la calle Buen Orden. Pero este año los cánticos, los gritos, los mismos tambores parecían contener un acento de siniestra amenaza; los ojos inyectados de los negros parecían brillar con rojos relámpagos.

—¡Vivan los negros de Rosas!

Mariana y Felipa, muy compuestas, esperaban el paso de los candombes en Monserrat, como el año anterior. Los ecos del cañonazo flotaban sobre la ciudad en bullicio, y un ronco bordoneo de guitarras resonaba en las pulperías.

—¡Ahí vienen los candombes!

De pronto Felipa lanzó un grito agudo. Mariana siguió la dirección de su mirada y vió que un grupo de cuatro hombres abandonaba una pulpería y se internaba por la calle Buen Orden, delante del primer candombe, que ya llegaba a la plazuela.

Eran tres soldados de color. Uno ostentaba jinetas de cabo. En medio de ellos, con las manos atadas a la espalda, las cabellos castaños al viento, marchaba Lázaro Samaniego.

—¡Manuel! ¡Manuel! ¿Dónde lo llevan?

Felipa, seguida por Mariana, corrió hacia el grupo. Manuel Balcarce, el cabo, se volvió hacia su hermana:

—Lo llevamos al cuartel de Restauradores...

—¿Pero qué ha hecho, Cristo santo? — exclamó la aterrada mujer.

Su hermano la miró tristemente. Luego, fijando los ojos en Mariana, dijo con lentitud:

—Ha hecho armas contra la Santa Federación...

El gemido mortal de Felipa se perdió entre el estrépito de los candombes. Una nube de curiosos rodeaba al preso y los soldados.

—¡Vamos!

Se lo llevaban. La multitud se olvidó en seguida de aquel preso que llevaban a un cuartel, y se entregó al ruidoso júbilo de carnaval.

—Vamos a casa, Felipa...

El acento de Mariana era extraño. Felipa la miró, desolada, mas no pronunció una palabra.

Al caer la noche, cuando las últimas voces de los candombes se alejaban hacia el sur, Mariana Balcarce permanecía en la misma actitud, inmóvil, silenciosa. Felipa le había ofrecido mate, pero no quiso tomar nada.

Esa noche no durmió. Oía las campanadas de Monserrat, y volvía a ver en la oscuridad los ojos azules de Lázaro. La habían mirado de modo tan extraño, como diciéndole: "¿Ves? Me llevan a la muerte... Y tú tienes la culpa..."

IV

Víspera de amor y de muerte

—¿Se puede ver al señor coronel?

Acababan de tocar diana en Restauradores. El soldado negro miró con vaga admiración a la hermosa parda que hacía rato esperaba en la puerta del cuartel.

—No sé...

—Soy la hermana del cabo Balcarce... ¿Quiere llamarlo?

Pero Manuel ya la había visto y se acercaba.

—¿Qué haces aquí, Mariana?

—Quiero hablar con el coronel...

La miró tristemente.

—Si vienes por "él", no hay nada que hacer, hermanita... Lo fusilan el Miércoles de Ceniza, a las nueve de la mañana... Es orden del Restaurador.

Sintió ella que una congoja de muerte invadía su soberbio corazón. Esa noche trágica se había revelado su secreto. Lo amaba, había amado siempre a Lázaro. Y ella lo había sabido recién ese domingo de Carnaval, al verlo pasar con las manos atadas a la espalda, camino del banquillo; ella, que lo arrojara a la desesperación, a la muerte...

—Ahí viene el coronel... Puedes hablarlo, hermanita...

El coronel Ravelo, un hombre alto, de cabello gris, se detuvo frente a ellos.

—¿Quién es esta mujer, cabo?

—Es mi hermana, mi coronel... Quiere hablar con usted de un asunto grave...

Clavó el militar sus ojos bondadosos en el bello semblante de Mariana Balcarce.

—¿De un asunto grave? Venga conmigo...

Solos los dos, la escuchaba en silencio, admirando la hermosura de aquella mujer de color. Ella todo le contó, estremecida por trágica y desesperada emoción. Mientras hablaba, las voces del cuartel le parecían que venían de muy lejos, de un mundo misterioso y terrible.

Finalmente, guardó silencio. El coronel Ravelo llamó al cabo Balcarce, que esperaba cerca.

—Cabo, haga venir al padre Salvatierra en seguida.

Breves instantes después, los ojos alucinados de la pobre Mariana vieron aparecer ante ella a un sacerdote de cabellos canos, con galones en las mangas de la sotana. Era el capellán del cuartel de Restauradores.

—Padre, ¿confesó usted al reo que trajeron ayer?

El capellán dirigió una mirada profunda a Mariana.

—Sí, coronel... ¡Pobre mozo!...

—Escuche usted, padre... Esta joven, que se llama Mariana Balcarce, quiere casarse con el reo... ¿Está usted dispuesto a casarlos hoy mismo?

—¿"In articulo mortis"? ¿Y qué dirá el Restaurador?

—El Restaurador no dirá nada, yo lo aseguro. ¿Está usted dispuesto, padre?

El capellán vacilaba aún.

—¿Y las ceremonias y requisitos previos, coronel?

El coronel frunció el ceño.

—Vamos, padre Salvatierra... No me venga a hablar de derecho canónico en este momento. ¿A qué hora los piensa casar usted?

El coronel Ravelo, el cabo Balcarce y Felipa

asistieron a la boda, en la capilla del cuartel de Restauradores. Doblaba la campanita, y los sargentos negros mandaron ramos de jazmines para aquel casamiento al pie del patíbulo. Los dejaron solos después de la ceremonia. Felipa lloraba amargamente.

—¡Mariana! ¡Mariana! Yo creí que me iba al infierno, pero primero tenía que saber lo que era el cielo — gimió el condenado a muerte, y sus labios ardientes se posaron por primera y última vez en los de Mariana Balcarce.

V

El carnaval de 1842

Es el año rojo. Rosas ha prohibido la celebración del carnaval en la ciudad de la Santa Federación. Las voces de los antiguos candombes ya no resuenan en los alegres y populosos barrios de San Telmo, Monserrat y de la Concepción.

Ni una guitara resuena en las pulperías de la calle Buen Orden. Las multitudes de otro tiempo han desaparecido. Las parroquias parecen dormir el sueño silencioso del terror.

Las negradas, otrora frenéticas, se agazapan en las rancherías.

Mariana Balcarce, sentada frente a la ventana, en la casita del callejón del Pecado, sueña con las horas lejanas de 1840 y 1841, en aquellos carnavales desvanecidos en que Lázaro Samaniego la amó...

¡Lázaro! ¡Lázaro!

Hacía un año que dormía en la zanja de los fusilados. Pero ella no lo olvidaría nunca, nunca.

—Aquí tienes a tu hijo, Mariana... No quiere dormir...

Felipa acababa de entrar en la habitación, con un niño de pocos meses que lloraba ruidosamente, un niño de piel algo oscura, pero de ojos azules.

—Tiene los mismos ojos de Lázaro — dijo Felipa, y Mariana lo besó apasionadamente.

En el barrio de Monserrat sonaban, lúgubres, las campanas del carnaval de 1842. ◈

CASTRUCCIO, UN PRECURSOR DE...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 23)

la ley del Registro Civil, con acotaciones de Castruccio en los artículos referentes a exhumaciones en casos de presunción de delito. En una biblioteca del barrio estaban registrados con su firma varios pedidos recientes de tratados de química, que aparecían marcados con lápiz en las páginas relativas al arsénico.

—Las rayas no son caligrafía, no prueban nada —objetó el acusado—. Pueden condenar por ellas a todos los estudiantes del distrito que hayan consultado los mismos textos que yo; cualquiera que lee un libro lo subraya, distraídamente o para volver sobre el tema y encontrarlo a primera vista.

Como Otelo a Desdémona

Las pruebas se acumulaban en su contra, mientras Castruccio, imperturbable, terminaba cada interrogatorio con una frase declamatoria sobre su inocencia:

—La póliza suscripta a mis expensas, demuestra mi alta estimación por el difunto... La nobleza de mi espíritu, hermano del de mi coterráneo San Francisco de Asís, me impide concebir siquiera un crimen tan monstruoso... La Argentina no puede ofender a la madre Italia infamando así a uno de sus hijos... El respeto que debo a las leyes de esta noble y gloriosa nación... ¡Juro que soy inocente y denuncio ante Dios a la Fatalidad que me persigue disfrazada de justicia humana!

Negó con tesón inagotable en recursos, hasta que el doctor Agustín J. Drago —el médico legista que había analizado las vísceras de Bouchot— abrió brecha en su vanidad, diciéndole:

—Usted es sincero cuando dice que su amigo no murió envenenado: el arsénico se empleó para simular la enfermedad, justificar la intervención médica y obtener un certificado de defunción en regla. Pero usted tiene inteligencia para algo "más artístico", si consideramos el asesinato una de las Bellas Artes, como dice Tomás de Quincey; por ejemplo, una asfixia que no deje huellas visibles de violencia, como la oclusión simultánea de la boca y la nariz, hecha con firmeza, pero con delicadeza, artísticamente...

—¡Es cierto, doctor! —exclamó Castruccio. Y añadió, acuciado por su propensión a asombrar al auditorio: —Es verdad: lo maté como Otelo a Desdémona, sin despertarlo...

Allí empezó a revelarse su verdadera personalidad, represada hasta entonces tras el disimulo, en su lógico afán de negar el delito.

La muerte, valor financiero

Confesó de plano. Dándole un aire novelesco al relato, comenzó por su autobiografía. Infancia pobre, duras tareas juveniles, soledad, tristeza y... una estéril lucha, sembrada de obstáculos, en el camino del enriquecimiento; su fracaso más grande, el de "socio fundador de La Plata", donde —decía— perdió casi todos sus ahorros, aportados como comerciante para impulsar el progreso de la ciudad naciente. Al volver a Buenos Aires, moral y económicamente deshecho, decidió suicidarse. Antes, redactó su testamento, "su mensaje a una humanidad que no lo había amado porque no supo comprenderle". Ya iba a matarse, cuando "la superconciencia, que sólo ilumina a los humanos en comunicación frecuente con los astros", le hizo reflexionar: "¿Por qué eliminarme yo, si hay tantos seres incultos, sin fantasía ni grandes proyectos humanitarios, vidas inútiles cuya extinción a nadie perjudicará y a mí pueden beneficiarme, sin haberles quitado nada más que la existencia, como un lastre innecesario?"

Semejante teoría le llevó a lo que él llamaba "su gran descubrimiento económico", cuya explotación, puesto que era invención suya, quiso monopolizar en el mayor secreto:

—Yo solamente he querido poner en valor —por medio de la muerte y en combinación con el sistema del seguro de vida a corto plazo— vidas que no tienen social ni económicamente valor alguno. Mi plan era financiar todos los gastos —lo que he cumplido religiosamente—, y una vez obtenido el deceso, pagado el sepelio, el médico, etcétera, retirar los beneficios correspondientes al capital invertido, esto es: cobrar el monto de la póliza. La eliminación de los asegurados no era un fin —no puede serlo para espíritu cristiano matar a nadie—, sino un medio para entrar en posesión de un dinero que sin mi intervención no se habría producido...

Tan absurdo como sus declaraciones en el proceso, era su testamento, que Castruccio había escrito un año antes, cuando proyectaba suicidarse, y tenía escondido entre la lana de un colchón, bajo sobre cerrado en el que se leía: "Nulo hasta nueva orden mía".

"Creo que soy ateo, racionalista y anticatólico", decía en el preámbulo; y después de acusar al Dante de "inventar un Infierno anticientífico, por encargo del Vaticano", agregaba: "El único Infierno es el del centro de la Tierra, cuya ignición hace más daño a los vivos que a los muertos, al enviarnos volcanes, terremotos y maremotos, sin importársele nada la vida de campesinos ni marineros". Se mostraba partidario de la astronomía como origen de todas las ciencias, y de la astrología como clave del destino y base de toda ética; copiaba extensas parrafadas de Víctor Hugo y Flammarión, y en la breve parte expositiva de su última voluntad se permitía esta expansión de misógino resentido:

"De mis escasos bienes, todo lo que no se lleven curiales y escribas, lo lego al Hospital Italiano de Buenos Aires, con la condición expresa de que no se dedique al sostenimiento de la sala de mujeres, pues éstas son seres en muchos casos antipáticos y en todos ellos, desde Eva, perjudiciales al libre albedrío del hombre."

Hizo el resumen de "su" defensa

¿Era o simulaba ser un irresponsable? Tras larga controversia letrada, iba ya a dictarse sentencia, cuando Castruccio dijo al tribunal:

—Mi abogado ha agotado ya los últimos recursos de su imaginación como brillante actor en esta farsa de la justicia. Permítanme, ya que me asignaron el peor papel, sin haberlo pedido, que haga yo mismo el resumen de mi defensa. Deseo demostrar que, al menos, soy tan buen actor como ustedes...

He aquí algunos de sus argumentos:

—Mi plan eliminatorio era de una técnica perfecta. Pero fracasó porque la compañía de seguros, para no cumplir lo pactado, sobornó a medio mundo y encima me señaló como culpable... Admito mi ineptitud en Toxicología; por eso falló el arsénico y se prolongó cinco días la agonía de mi pobre amigo; un médico lo habría hecho mejor y no estaría ahora en el banquillo de los acusados... adonde debieran traer al farmacéutico que me expendió el veneno, por vender un arsénico adulterado... En cambio, el tribunal debe reconocer que fuí un bienhechor de Peuchot al emplear la asfixia para evitarle mayores sufrimientos. ¡También yo padecí bastante viendo que el desdichado no acababa de morirse! Y esto, creo que se descontará de la pena que haya de imponérseme... Otro mérito en mi descargo: preferir a un extranjero para mi experimento. La Argentina es mi segunda patria, y nunca habría intentado este negocio a base de quitarle la vida a un criollo, aunque fuese un linyera...

Las "conclusiones" del reo

Seguidamente, Castruccio desarrolló lo que él llamó "sus conclusiones":

—Ha habido dos errores: uno de jurisdicción, al someterseme a un proceso criminal en vez de enfrentarme con la compañía aseguradora en un juicio civil por cobro de pesos; y otro de calificación: mi caso no es un crimen alevoso, sino una operación comercial fallida. En cuanto a la premeditación, la acepto, y muy honrado: toda acción financiera debe ser premeditada... Rechazo las costas y pido indemnización: Bouchot descansa ya y nada siente. Pero yo pagué por la póliza —que él habría cobrado en su vejez, si no hubiese fallecido—. Además, he gastado 230 pesos entre médico, productos de farmacia y entierro. ¡Y mientras, la compañía de seguros tan tranquila en la impunidad de esta ficción legal, en lugar de cumplir lo estipulado con el difunto, o sea: abonarme a mí la póliza cuando él falleciese!

"Respecto a lo que ustedes denominan "el crimen de Castruccio" —dijo para terminar "su informe"—, confío en el dictamen de la ciencia jurídica moderna, objetiva en sus especulaciones serena en sus juicios, sin ánimo de venganza y exterminio contra una persona tan inteligente como desventurada por culpa de la fatalidad. Espero que no se me condene a

más de diez años de prisión; y prometo a la sociedad aprovechar bien ese tiempo de clausura en el estudio de otros inventos míos, que serán útiles a la humanidad cuando resplandezca la justicia y me sea devuelta la libertad, el único tesoro inalienable de los mortales, que hemos nacido libres por derecho natural...

"Sigue la farsa", dijo en el patíbulo

—Pero... ¡el tribunal está loco! ¿Pena de muerte por haber perdido un pleito comercial? ¡No quiero hacerme cómplice de este nuevo error! —exclamó al negarse a firmar la notificación del fallo.

Puesto en capilla, todavía expresó:

—Nadie me convencerá de que un mal negocio de seguros sea para tanto. Todos estos preparativos son ficciones legales para asombrar a los tontos e intimidar a los malvados; pero un hombre inteligente no puede tomarlos en serio.

Refiere el gran José Ingenieros que cuando el reo se dirigía al patíbulo —un banquillo al pie de un árbol recién plantado en un terreno de la Penitenciaría—, Castruccio declaró a sus acompañantes que "la farsa de la ejecución, para que entrase por los ojos de los criminales vulgares, estaba bien llevada."

—Pero... ya verán como al final llega el indulto —reflexionó en voz alta—. ¡Si no es posible que se mate a un hombre por un pleito civil! La compañía de seguros no exige tanto: ella, con no pagarme lo que me debe, se da por satisfecha; el muerto no reclama... Entonces, ¿a quién puede favorecer mi muerte? ¡El presidente de la República no va a permitir un error judicial irreparable!

Pidió ser electrocutado

Le temblaban las manos, le flaqueaban las piernas. Apartó los ojos del piquete ejecutor que aguardaba la señal de hacer fuego, y vió al grupo de "invitados" que representaban al pueblo, y a los presos asomados tras los barrotes de sus celdas...

—¡Para comedia, ya está bien! Creo que es hora de que llegase el indulto —susurró al sacerdote que oraba junto a él.

De pronto volvió a sentir la vocación de la elocuencia y aprovechando la expectación de aquel abigarrado auditorio, lanzó otro discurso:

—El país está algo atrasado en materia de ejecuciones. Quiero que conste mi protesta, seguro de que me la agradecerán las futuras generaciones de condenados a muerte: ni el garrote, ni el fusilamiento, ni la monstruosa guillotina, son maneras de matar dignas del siglo de las luces. Añaden a la ejecución una crueldad innecesaria, impropia, hasta como espectáculo, de la serenidad de la diosa Justicia. ¡Todo esto es feísimo!

Había ido irritándose a medida que hablaba. Por último gritó:

—¿Por qué no emplear en estos "asesinatos" medios más científicos? ¿Para cuándo se deja el gran invento de la electricidad? ¡Si he de morir de veras, exijo ser electrocutado!

Acto seguido se sentó; parecía haberse tranquilizado con su improvisado *speech* final.

El silencio en torno hízose más imponente. Se notaba una profunda emoción de angustia en todos los que tenían sus miradas fijas en Castruccio... En esto llegó el mensajero del indulto presidencial. Carreras. Ordenes rápidas, en voz baja. Todo el mundo se sintió conmovido. Se rebullía la gente, respirando, hablando al fin después de la pesadilla. Sólo el reo no pareció alterarse lo más mínimo. Antes bien, se engalló, sin poder disimular un movimiento de vanidad triunfante: había acertado él, no podían matarlo.

—¡Ya decía yo que todo esto no es más que una farsa! —insistió ante sus acompañantes. Y al volver a su celda, murmuró, sonriéndole al público que le abría paso: —Esto parece el cuento del muerto resucitado.

Los inventos de Castruccio

El indulto no contuvo el proceso degenerativo mental del indultado. Vivió en continuo sofisma verbal; se acentuaron su vanidad, su amoralidad, su propensión al absurdo razonado, sus accesos de ira. Hablaba y reía a solas, y en sus alucinaciones oía voces extrañas y dialogaba con ellas.

Paulatinamente, a medida que sus carceleros dejaron de tratarlo como a un delincuente y empezaron a compadecerlo por loco, fué serenándose, sometiéndose a la disciplina carcelaria. En sus últimos diez años de reclusión penal, no hubo que aplicarle un solo correctivo. Pero estaba más loco que nunca.

Trabajó en el taller de imprenta, con buen rendimiento, excepto cuando le daba por traducir en el componedor los textos que se le confiaban a un "idioma" que decía estar creando para hacerse entender de los animales inferiores.

En clase de geometría y dibujo lineal, contendía con el maestro, queriendo demostrar que el área del círculo se obtiene con la misma fórmula que el área del cuadrado.

—Lamento ser yo el único que ve claro en estos problemas matemáticos —solía decir a sus contradictores.

Otras veces trataba de explicar que solamente él poseía la fórmula algebraica y el desarrollo práctico de su gran teorema: la cuadratura del círculo, "base imprescindible —declaraba— para hallar el secreto de la piedra filosofal y producir el oro".

El indulto de Castruccio dejó un saldo favorable: las observaciones de la ciencia sobre su caso ◈

LA AGONIA DE SAN JOSE DEL...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 9)

más interesantes episodios de "Una excursión a los indios ranqueles".

Miguelito, cuya historia nos trasmitió con particular simpatía hacia su protagonista el autor de este libro, ya clásico en nuestras letras, cuenta:

—...mi padre, mi madre y yo, como le he dicho, hemos nacido en el Morro, cerca del cerro, en un rancho que está en un terrenito que siempre pasó por nuestro, aunque yo no sé de quién será...

Es el rancho al que Miguelito, refugiado entre los indios para huir de la justicia, iba en sus novelescas correrías, que relata de este modo:

—Siempre que puedo hacer una escapada, si tengo buenos caballos, me corto solo, tomo el camino de la laguna del Bagual, llego hacia el Cuadril, espero en los montes la noche; paso el río Quinto, entro en Villa Mercedes, donde tengo parientes, me quedo allí por unos días, me voy después en dos galopes al Morro, me escondo en el cerro, en lo de un amigo, y de noche visito a mi vieja, y veo a la Dolores, que viene a casa con la chiquita.

Cualquiera de estos ranchos que hoy se aparecen a nuestros ojos en San José del Morro, como reliquias del tiempo, pudo albergar a los personajes de esta dramática historia, en la que palpita una vida tan intensa, y que da al pueblo donde se ha desarrollado cierto prestigio romántico.

Es una historia apasionante, hecha de amor, de celos, de superstición y de crimen, en un ambiente en el cual las pasiones no conocen freno; una turbia historia ennoblecida por la ingénita bondad de un alma, la de Miguelito, arrastrado en el torbellino de una sociedad rudimentaria, que se ha desarrollado frente a la amenaza del indio y los horrores de una guerra fratricida, entrecruzándose el malón con la montonera, los dos azotes de nuestra patria, a los que en aquellos años procuraba poner remedio el titán de nuestro progreso, bajo cuyo gobierno realizó Lucio V. Mansilla su excursión a los indios ranqueles: Domingo Faustino Sarmiento.

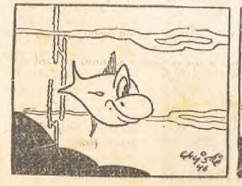
Siguiendo el camino de Miguelito, vamos hoy desde la progresista Villa Mercedes a San José del Morro, donde una veintena de ranchos de paredes desconchadas, sostenidos por anchos contrafuertes, agonizan a la vera de una capilla antiquísima, de una sola nave y en cuyo suelo se hacían los enterramientos.

Unas cuadras antes de llegar al pueblo nos encontramos con el cementerio actual. Y esta pequeña ciudad de los muertos se ofrece a nuestros ojos más cuidada, con una arquitectura más moderna y sólida que la población habitada por quienes, más que vivir, parecen sobrevivir en ella a los tiempos idos, cuando San José del Morro tenía una razón de existir, al amparo del cerro que le avisaba la llegada del malón... ◈

AGALLITA

"Un plato"

Por J. CHRISTIE M.









BOSQUES ARGENTINOS



Más de doscientas especies de árboles cubren los sesenta y cinco millones de hectáreas de nuestros bosques. Sin embargo, de esta enorme riqueza maderera sólo una parte es conocida y utilizada por los industriales, quedando sin explotar valiosas especies de frondosos y utilísimos árboles.

DEL MUNDO OVINO



Las primeras ovejas que se conocieron en el país fueron traídas de España, una de cuyas variedades, la "churra", pobló gran parte de nuestros campos. Después de dos siglos y medio de reproducción libre se formaron dos tipos diferentes: la "criolla" y la "pampa". Hoy pasan de veinte las razas de ovejas que se explotan en la Argentina.

LA GRANJA

LA LUCHA CONTRA

Entre los graves problemas y plagas que de tanto en tanto tiene que enfrentar el campesino argentino, ninguno tan trascendental como el que actualmente sufren los agricultores del norte del país.

Como ya es del dominio público, las provincias norteñas de la República están soportando la invasión, voraz y destructora, de la langosta.

Nutridas mangas del devorador acridio arrasan todas las siembras de nuestras ubérrimas tierras.

La lucha que se entabló contra tal destructor enemigo es gigantesca. Todos los medios para combatirlo son empleados: desde la fumigación de arsenicales lanzados mediante aparatos especiales, hasta la utilización de lanzallamas y la espolvoreación intensa por medio de aviones.

El Estado y las sociedades agrarias argentinas están empeñadas en esta lucha a muerte contra el mayor flagelo de nuestros campos.

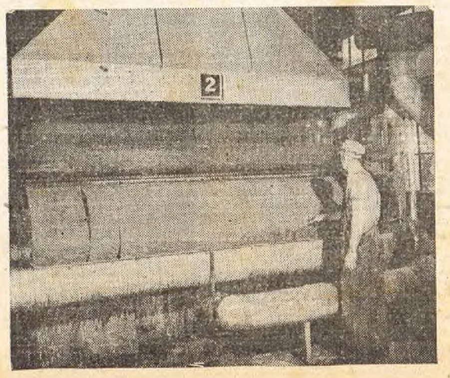
Pero para poder juzgar en toda su importancia el valor que ha de concederse a tan grave problema, baste decir que en el año agrícola de 1936-37, el voraz acridio arrasó el diez por ciento de la superficie cultivable del país, que representaba muchos millones de pesos.

Esto, que en verdad cobra caracteres trágicos, se comprenderá fácil-



LA PRESENCIA DE ESTOS HOMBRES OBLIGA A LAS MANGAS DE LANGOSTAS A LEVANTAR EL VUELO, PERO YA SU OBRA DESTRUCTORA FUE CUMPLIDA

ALIMENTOS PARA AVES



En esta época en que tanto escasean los cereales y granos en general, por su elevado costo y la merma de las cosechas, los hombres de ciencia estudian la manera de reemplazarlos con otros productos de menor precio. Aquí vemos — en forma de hojas — una nueva alimentación, preparada con un subproducto extraído de la destilación de alcoholes.

por Emilio Pérez



LA LANGOSTA

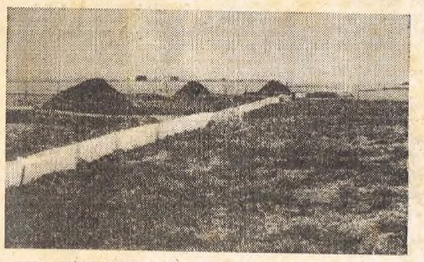
mente al saber que de una yunta de langostas nacen en dieciocho meses siete mil millones de descendientes. ¡Y son tantas las parejas, que ya es de imaginar la fantástica reproducción!

Según un miembro de la Sociedad Entomológica Argentina, "la reproducción de la langosta es de proporciones astronómicas. Supera a la fantasía y deja muy atrás a la realidad. Cada hembra pone más de un desove (de 4 a 8); la línea de multiplicaciones es geométrica; el número final verdadero es un múltiplo de la cifra mencionada. Calculando solamente cinco desoves, hallaremos la siguiente progresión, y partiendo de la base de 100 huevos por ooteca: primera generación, 500; segunda, 125.000; tercera, 30 millones, y cuarta generación, siete mil millones".

¡Siete mil millones es, pues, como dijimos, la descendencia de una sola pareja de langostas!

En el año 1934 fueron destruídos 120.000.000 de kilos de langostas (en un kilo entran ochocientas, aproximadamente) y sin embargo ya consignamos lo que ocurrió en 1936-37.

Que cada hombre del campo se asocie a esta campaña y que no dé tregua al voraz acridio. Es necesario, y sumamente importante, destruir sus desoves en la época propicia, roturando las tierras, pues así se evitará parcialmente su gigantesca reproducción.



ESTOS MONTICULOS DE ACRIDIOS MUERTOS SON EL RESULTADO PARCIAL DE LA LUCHA ENTABLADA CONTRA LA MAYOR PLAGA DE NUESTROS CAMPOS

EL AZUFRE Y LA COCCIDIOSIS

Estudios realizados recientemente en diversas granjas experimentales revelan que el empleo del azufre mezclado en la comida de los pollitos ayuda a evitar que éstos sean atacados de coccidiosis. La proporción a mezclar es de 2 kilos de azufre por cada 100 kilos de alimento, y sólo debe suministrarse a los pollos que tengan más de un mes de vida.



MISCELANEA

Las abejas son excelentes polinizadoras, pues en sus sucesivas visitas a flores de la misma especie transportan consigo la materia fecundante de flor en flor.



El color de la yema de los huevos varía según la alimentación que se les da a las gallinas, pero no afecta en absoluto el valor ni el sabor del huevo.



Si a las dos semanas de haber estado con el macho, la coneja no prepara el nido y se arranca los pelos de la barriga, es señal de que no está preñada. Deben juntarse de nuevo.

El sorgo de Alepo o pasto ruso es una verdadera plaga que disminuye el valor de los campos. Este vegetal dispone, como ningún otro, de dos armas destructoras de multiplicación e invasión: semillas y rizomas.

El cerdo necesita 550 kgs. de agua para producir 100 kilos de carne. De ahí lo necesario que es que siempre tengan abundante agua limpia.



Las gallinas llegan a la máxima producción al cumplir los tres años de vida. Después comienza a mermar la postura.

BUZON DE GRANJA

Todas las preguntas que sobre temas de granja nos formulen nuestros lectores serán contestadas, sucintamente, en la página 114 de este magazine. La correspondencia debe dirigirse a "La granja", revista "LEOPLAN", Esmeralda 116, Capital.

Lea su respuesta en la pág. 114

UNA MIRADA HACIA EL FUTURO

(CONTINUACIÓN DE LA PAGINA 19)

Se ofrecieron cuotas atractivas a los industriales que comenzaron a cambiar las máquinas de vapor por los motores eléctricos; luego el tranvía colaboró para aliviar los costos, y con la electrificación rural aumentó la posibilidad de una compensación razonable. Y el resultado fué el abaratamiento de la energía eléctrica y, por consiguiente, la posibilidad de utilización en otros usos.

El "plan" eléctrico

La energía eléctrica ha cambiado el mundo en una medida e intensidad nunca sospechadas antes; y lo cambiará más todavía. A grandes rasgos, entre lo que ha ocurrido o lo que puede ocurrir, se puede trazar un "plan" eléctrico general de esta manera:

La descentralización, o sea una distribución nueva y mejor de la población; el fin de dos tipos antes perfectamente definidos: campesino y ciudadano, que la energía eléctrica, posiblemente, fusione en uno solo; el establecimiento de fábricas más pequeñas y más flexibles, ampliamente distribuídas, o sea el término del culto a la enormidad; la manufactura automática de tal manera que ni un solo brazo humano intervenga entre la materia prima y el producto manufacturado; el control remoto de las operaciones industriales, es decir, la creación de fábricas que funcionan sin un solo hombre en su interior; el fin del "robot" humano en la industria; la falta de trabajo tecnológico que llegará a un grado sin precedentes; el fin de las dificultades para hacer el trabajo más eficiente y la dirección más fácil, más que nada por medio del control remoto del trabajo; nuevos principios de manufactura, al producir máquinas cada vez mejor adaptadas a las necesidades, que respondan, así, más pronto a los cambios de modelos y a las demandas del mercado; el enorme descenso en los costos del trabajo del agricultor, manteniéndose además, éste, como unidad independiente; la disminución de trabajo en el hogar; la declinación de todas las demás formas de energía; un nuevo regionalismo, que se levantará alrededor de la planta generadora; una nueva era en los transportes y la construcción de máquinas; nuevas posibilidades de alumbrado, nuevas presiones, nuevas temperaturas, nuevas velocidades; todo ello como resultado del abaratamiento de la energía en los procesos electroquímicos y electrometalúrgicos; el fin del transporte de grandes volúmenes: la energía eléctrica es lo más barato que existe, pues no pesa y posee la velocidad de la luz; la unión final de la economía de todo un continente a una sola máquina supereléctrica y, por fin, la necesidad imprescindible de controlar esa máquina, por medio de planes económicos y acción de conjunto.

Lo que vendrá

El impulso del desarrollo de la energía eléctrica marcha claramente hacia las generadoras centrales eficientes e inmensas, operadas hidráulicamente, en donde sea posible hacerlo a bajo costo, o impulsadas por medio de turbinas de vapor que consumirán carbón en proporción siempre decreciente por kilowathora, conforme avance la tecnología de la combustión del carbón, y conforme el factor de carga vaya acercándose a un balance más equitativo.

Se puede tener la visión de una central eléctrica, considerándola como el palpitante corazón de una región económica, que proporcione la corriente de sangre que da vida a la industria, la agricultura, el transporte y los usos domésticos. Las plantas generadoras serán pequeñas y estarán ampliamente distribuídas; el excedente de energía podrá ser intercambiable con otras regiones.

Hace años se realizó una experiencia de este tipo en Ontario, Canadá, y sus resultados fueron magníficos; una vasta zona adquirió en poco tiempo un florecimiento que en épocas pasadas hubiera demandado un costoso proceso de larguísimos años.

Además, la corriente barata promoverá nuevos procesos técnicos en una escala sin precedentes, especialmente en el orden electroquímico y electrometalúrgico. El aluminio, el magnesio, las aleaciones de hierro eléctrico y el acero eléctrico, se reducirán considerablemente en el costo, y se incorporarán a centenares de nuevos usos. La electricidad, aplicada a la producción de metales ligeros, revolucionará la construcción de maquinarias y el transporte, alcanzando metas inesperadas en la fabricación de mecanismos de control y altas presiones, temperaturas y velocidades. Veremos al automóvil o la locomotora de 1946 como un vehículo tan anticuado como la carreta de bueyes. Y la era del aluminio seguirá a la del cromo actual, que vino tras la del hierro de ayer.

Todo esto afectará profundamente el diseño de los ferrocarriles, las oficinas, las fábricas y los hogares, y gracias a la electricidad surgirá, de a poco, un mundo completamente nuevo...

La electricidad puede sobreponerse a la mayoría de las objeciones y problemas que encerraba la "civilización de la máquina de vapor", y devolvernos muchas de las lloradas virtudes de la era del trabajo manual, sin necesidad del auxilio del elemento humano, ni la maldición de penurias que ha caracterizado a nuestro tiempo.



ENRIQUE DE MATA, *Venezuela*. — Atendiendo sus deseos, le enviamos por carta la respuesta que usted solicita. Agradecemos sus elogiosas palabras.

RAÚL CRESPO, *J. B. Alberdi (F. C. P.)*. — Aunque resulta difícil diagnosticar sobre el mal que sufren sus gallinas, probablemente se trata de abscesos microbianos. Conviene que tan pronto les note hinchazón debajo de la pata, seccióneles con un bisturí o cortaplumas la bolsa y desinfecte la herida con agua oxigenada. Después, vaya colocando separadamente las aves así tratadas. Si tiene paja en los gallineros, renuévela diariamente y observe mucha higiene. Ponga unas gotas de permanganato en el agua de los bebederos.

"CHACRA RACIONAL". — 1ª. Contando con los alimentos verdes, el costo de producción de un conejo es ínfimo, pues basta que usted complemente las raciones de verde con sobrante de comidas para que crezcan bien y engorden. En cuanto a su segunda pregunta, consideramos más conveniente que, previamente a la instalación de la cabaña de caprinos, se dirija usted a los criadores de las provincias andinas consultando las necesidades de esos animales.

LEOPOLDO RIBAS, *Tandil*. — Julio, agosto, septiembre y octubre son los meses más propicios para la incubación... Está usted acertado en lo que dice con respecto a esa raza de gallinas.

ROBERTO JORDI, *Tintina*. — Creemos que lo más conveniente es que usted exponga su situación al Ministerio de Justicia e Instrucción Pública.

LOLITA RÍOS, *Callao (Perú)*. — Lamentamos no poder complacerle publicando el aviso que nos hace llegar, ya que es norma de la revista no insertar tal clase de notas en la presente sección. Le sugerimos se dirija a alguna entidad social o deportiva de esta capital. Agradecemos sus conceptuosas palabras.

N. M. N., *Capital*. — Momentáneamente, y por razones de espacio, no aceptamos colaboraciones espontáneas. Quizá más adelante podamos satisfacer sus deseos.

INDUSTRIAL, *Asunción (Paraguay)*. — En algún buen recetario práctico industrial hallará las fórmulas que solicita.

ORLANDO AICARDI, *Rafaela*. — No tenemos noticia de la publicación de esa obra. Puede usted, si acaso, dirigirse por carta a alguna librería importante de ésta.

LECTOR CONSECUENTE, *Capital*. — Tiene usted razón y no su amigo. Se lee "guilda", aunque se escribe "gilda". Las *gildas* fueron cofradías o hermandades de la Edad Media para la mutua ayuda y amparo de los miembros que las integraban. En el norte de Europa abundaban, sobre todo, dichas organizaciones, cuyos estatutos sería largo transcribir.

R. L. M., *Vespucio*. — Sin duda, lo más indicado será que publique un aviso en algún diario de esta capital para averiguar el paradero de ese familiar suyo.

JUAN DIEZ DIX, *Capital*. — Se llama "pañol" a cualquiera de los compartimientos de un buque para guardar víveres, municiones, herramientas o pertrechos.

CURIOSO LEOPLANISTA, *La Paz (Bolivia)*. — La creencia de que existe algún lazo místico o sobrenatural entre los gemelos, ha persistido siempre a través de los tiempos. Si bien la ciencia asegura que no se trata más que de pura coincidencia, el caso ocurrido a los mellizos Roy y Ray Rilley, de Buckhorn, Estados Unidos, encierra indudablemente un gran interés para los científicos... y para los que no lo son. Ambos hermanos —de veinte años de edad— fueron movilizados en 1944. Se embarcaron a ultramar y combatieron juntos con la 78 división de Infantería. Cayeron heridos y fueron capturados juntos. Los encerraron en el mismo campo de concentración y al poco tiempo se les debió hospitalizar a los dos simultáneamente con pulmonía. Más tarde se les liberó en la misma fecha, aunque habían sido internados, una vez restablecidos, en distintos campos. Embarcaron después en diferentes transportes con rumbo a su patria, pero arribaron a Boston el mismo día, para ponerse a las órdenes del mismo oficial, en el campamento de Shanks. Estas "coincidencias" fueron muy comentadas en Norteamérica.

En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
"LEOPLÁN"

Anual................ $ 9.60
Semestral............ „ 5.—

Estos precios rigen para todo el país, América y España.